



SILVIA Y BRUNO

LEWIS CARROLL



Lectulandia

Silvia y Bruno, los protagonistas de esta historia (publicada originalmente en dos volúmenes) pertenecen al mundo de las hadas, pero la novela se centra en las disparatadas aventuras que viven actuando en el mundo real y sus intentos por intervenir en él. Estas dos novelas, *Silvia y Bruno* y *Silvia y Bruno. Conclusión* eran consideradas por su autor sus menores novelas. Al igual que el volumen de *Alicia*, se incluyen las ilustraciones originales de Henry Holliday y los prólogos a cada uno de los volúmenes, en los que el autor reflexiona sobre sus textos y desvela algunos de sus secretos.

Lectulandia

Lewis Carroll

Silvia y Bruno

ePub r1.1

Titivillus 15.06.16

Título original: *Sylvie and Bruno*
Lewis Carroll, 1889
Traducción: Axel Alonso Valle
Ilustraciones: Henry Holliday

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

El nombre de Lewis Carroll irá eternamente unido al de su creación más famosa, la pequeña Alicia, quien le garantizó un puesto en el olimpo de la literatura universal al internarse por la madriguera de conejo, primero, y al cruzar unos años más tarde el espejo sobre la repisa de la chimenea. Y al igual que con Cervantes y el Quijote, Goethe y Fausto, Conan Doyle y Sherlock Holmes, Bram Stoker y Drácula, Saint-Exupéry y el *Principito*, y otros tantos, la inmensa fama alcanzada por uno solo de sus personajes de ficción (aunque, si hablamos de Fausto, este no fuese en sentido estricto una invención del propio Goethe) ha terminado por eclipsar el resto de sus obras. ¿Cuántos aficionados a la lectura (no digamos ya un ciudadano tristemente típico de los que únicamente lee la prensa deportiva o las revistas «del corazón») son capaces de mencionar hoy en día algún otro libro de Carroll aparte de las dos «Alicias»? Muy pocos. Y de esos pocos, la gran mayoría nombraría su otra obra magna, el extenso poema precursor de la literatura del absurdo *La caza del snark*. No obstante, como en el caso de todos los autores referidos, y de cualquier otro escritor que merezca ser calificado como tal, la producción de Carroll fue muchísimo más abundante.

Podríamos hablar de las decenas de miles de cartas que escribió a lo largo de su vida, muchas de ellas a los cientos de «amiguitas» cuya amistad siempre se esforzó por ganar y cultivar, y que constituían la mayor alegría de su, en ocasiones solitaria, existencia de soltero. Muchas de estas epístolas rebosan de tanta fantasía e ingenio como es posible hallar en sus mejores libros y poemas, motivo, junto con el continuado interés por la figura del autor, por el cual una selección de ellas ha merecido publicación en diversas ocasiones. También debemos mencionar sus obras matemáticas, la mayoría de ellas firmadas con su nombre real, Charles Lutwidge Dodgson. (Este siempre deseó mantener separado su *alter ego* literario de su yo real frente a los desconocidos, pues temía que su faceta de autor de libros infantiles le restara crédito cuando quisiera tratar temas más serios. Mas, pese a ello, no albergaba reparo alguno en revelar que eran la misma persona y aprovechar la fama que los libros de Alicia le habían reportado cuando lo creía conveniente). Al margen de sus escritos puramente especializados, dirigidos a colegas de profesión y expertos, compuso otros tantos en los que insertaba los problemas matemáticos en relatos o escenas noveladas, mediante los cuales buscaba acercar y popularizar estas materias entre el gran público, mostrar lo divertidas e interesantes que podían llegar a ser si se les daba una presentación lúdica. Después podemos hablar de su faceta estrictamente poética, que como puede observarse en los mismos libros de Alicia o en los poemas introductorios de cualquiera de sus demás obras en prosa, resulta completamente inseparable de su yo creativo. Desde su adolescencia, Carroll comenzó a componer breves poemas lúdicos y humorísticos, en los que ya se adivinaba el estilo inconfundible que posteriormente alcanzaría todo su potencial. No obstante, como

poeta «puro» o serio, Carroll nunca pasó de la segunda fila. Admirador de Blake, Coleridge, Wordsworth o el «poeta laureado» Tennyson, trató de plasmar sus preocupaciones e inquietudes emocionales y espirituales a la manera de estos, pero nunca logró estar a su altura en este ámbito. Naturalmente, el desmesurado éxito de los libros de Alicia posibilitó que sus versos encontraran mayor aceptación y difusión de lo que hubiera sido de esperar por su propio talento. Macmillan & Co., la única editorial con la que Carroll trabajó en vida, publicó, aparte de *La caza del snark* (1876), varias antologías poéticas suyas, reimpressiones sucesivas de las composiciones por las que él sentía más aprecio, con ligeros cambios en la selección. Todas ellas tuvieron una acogida bastante tibia, incluido el propio *snark*, que tardó bastante en ser valorado en su justa medida.

Como acabamos de decir, parte de la culpa de que el público no llegara a apreciar realmente estas últimas obras la tenían las propias carencias de Carroll como poeta fuera de la esfera de la parodia, el disparate y el absurdo, ámbito en el que realmente fue único e irrepetible, y por el que ha pasado a la posteridad con toda justicia con obras maestras como «Jabberwocky» o *La caza del snark*. Sus composiciones serias son además producto de su época, y destilan un sentimentalismo Victoriano que no ha soportado bien el paso del tiempo. No obstante, el propio Carroll albergaba un gran apego por ellas, pues era donde vertía su lado más emotivo, sus miedos, anhelos e inquietudes. Sus obras matemáticas dirigidas al gran público, por muy edulcoradas que estuviesen con juegos de palabras y divertidos disparates, resultaban también difíciles de tragar para alguien sin un interés previo por la lógica y la geometría.

La otra razón por la que Carroll nunca llegó a conquistar de nuevo a sus lectores con igual rotundidad tras el impacto de los dos libros de Alicia fue justamente la alargadísima sombra de esta. Los niños que constituían su público mayoritario y los críticos que tanto habían alabado su ingenio y habilidad para divertir querían más creaciones en la misma línea; pero Carroll deseaba innovar, recorrer sendas no transitadas, una pulsión intrínseca a su personalidad, como demuestran su interés por la fotografía (cuando ésta daba aún sus primeros pasos), sus juegos e invenciones. No quería repetirse ni imitarse a sí mismo: ya le habían salido suficientes clones literarios. Estaba decidido a no escribir otra «Alicia». Asimismo, la chispa creativa que había hecho posibles sus obras maestras se fue agotando poco a poco con la edad, y nunca volvería a alcanzar las mismas cotas de brillantez; no obstante lo cual, todavía resultaba posible encontrar de tanto en tanto destellos puntuales de genio, como ocurre en la obra cuya introducción estás leyendo, la cual posee además otras virtudes que hasta hace poco no fueron comprendidas. Los dos libros de *Silvia y Bruno* supusieron el mayor fracaso comercial y de crítica de su autor, pero con la perspectiva que dan los más de cien años transcurridos desde que viesen la luz, resulta posible valorarlos en su contexto social y temporal, y atendiendo a la influencia que tendrían en escritores posteriores.

Silvia y Bruno y *La conclusión de Silvia y Bruno* fueron publicados en 1889 y

1893 respectivamente, y se gestaron durante más de veinte años partiendo de un relato breve escrito en 1867 para la revista *Aunt Judy's Magazine*, «La venganza de Bruno», en el que el autor conoce a un par de hadas (los hermanos que posteriormente cederían sus nombres para el título de los libros) mientras da un paseo por un bosque en un día muy caluroso. Tiempo después de que saliera publicado, como el propio Carroll comenta en el prefacio del primer volumen, «se me ocurrió por primera vez la idea de convertirlo en el núcleo de una historia más larga. Con los años, fui anotando, de cuando en cuando, toda clase de ideas curiosas, y fragmentos de diálogo, que me sobrevenían [...]. Y así fue que me vi finalmente en posesión de una indigesta ensalada de papeles —si el lector tiene la bondad de disculpar el doble sentido que solamente necesitaba un hilvanado, sobre el hilo conductor de una historia ordenada, para constituir el libro que esperaba escribir—. ¡Solamente! La tarea, al principio, parecía completamente irrealizable, y me dio una idea, mucho más clara que ninguna otra que hubiera tenido, del significado de la palabra “caos”; y creo que debieron de transcurrir diez años, o más, antes de que lograra organizar lo suficiente dichos retazos como para ver a qué tipo de historia apuntaban, ya que esta tenía que surgir de los episodios, y no al revés». Dicha historia se extiende a lo largo de los dos libros mencionados. La idea inicial de Carroll era publicarla por entero en uno solo, con el título provisional de *Cuatro estaciones* (presumiblemente porque la trama —o tramas, más bien— se desarrollan a lo largo de un solo año). No obstante, este sería finalmente cambiado por el nombre de sus dos protagonistas, y la extensión final de la narración provocó asimismo su división en dos partes, que salieron en las Navidades de los años mencionados. Curiosamente, según cuenta el ilustrador de *La caza del snark*, Henry Holiday, en su artículo «The Snarks Significance» [La relevancia del *snark*], el famoso poema iba en un principio a figurar en *Silvia y Bruno*, pero la extensión que finalmente alcanzó la composición hizo cambiar de idea a Carroll y que este lo publicase de manera independiente.

Carroll sintió durante toda su vida un gran interés por las hadas. Creía en la posibilidad de su existencia, al igual que en la de espíritus y otros seres que quizás habitaran otros mundos más allá de nuestra percepción y entendimiento. Las hadas aparecen en muchos poemas y cartas del escritor; uno de sus libros favoritos para regalar era *Fairies* [Hadas] de William Alingham; y pidió a Gertrude Thomson que ilustrara con una serie de dibujos de hadas su antología poética *Three sunsets and other poems* [Tres puestas de sol y otros poemas]. Se vio asimismo atraído por la fiebre decimonónica por el espiritismo, y consideraba muy probable que fenómenos paranormales como la telepatía pudieran ser algo más que pura ficción. Sin embargo, según su criterio, ello no entraba en contradicción ni con su pensamiento religioso ni con el lógico-científico. Confiaba en que algún día el progreso permitiera demostrar que tales fenómenos también formaban parte del mundo creado por Dios, aunque *a priori* parecieran inexplicables y antinaturales. Estas ideas, la de la posible existencia de hadas y otros mundos más allá del nuestro a los que quizá resultase posible viajar

con determinados medios, sirven de cimientos para la historia relatada en los libros de *Silvia y Bruno*, como veremos más adelante.

Para ilustrar estos últimos, Carroll pensó en Harry Furniss, «un artista muy hábil de *Punch*^[1]», según sus propias palabras. Le escribió el 1 de marzo de 1885 proponiéndole el trabajo, y el día 9 le llegó la contestación, en la que el artista se mostraba dispuesto a colaborar con el célebre autor de libros infantiles y presentaba sus tarifas. Carroll las aceptó sin poner reparos, iniciándose una abundante correspondencia entre ambos a través de la cual el escritor enviaría sus textos y sugerencias, y Furniss respondería con sus bocetos y comentarios. Este, al principio de su relación, estaba encantado de trabajar con Carroll, pues había adorado desde siempre los libros de *Alicia*, con los que creció de niño, y las ilustraciones de Tenniel. No obstante, su algo excéntrica personalidad no soportó bien el bombardeo de cartas al que el escritor sometía a todos los ilustradores de sus libros, con precisas instrucciones de su visión de personajes y escenas, y cientos de esbozos de los mismos. Ello derivó en que la relación de trabajo fuera deteriorándose hasta estar a punto de romperse en varias ocasiones: «¡Usted me crea una serie de problemas adicionales al ignorar tanto el texto! He tenido que reescribir varios pasajes, para que esté de acuerdo con la ilustración...», decía Carroll en una de sus cartas. Intercambiaron intensas diatribas sobre pequeños detalles de los dibujos, como el vestuario de la protagonista o sus proporciones. De hecho, la imagen de la pequeña Silvia fue una de las cuestiones que más preocupó a Carroll, y que motivó las primeras discusiones. Harry Furniss, en su autobiografía *Confessions of a caricaturist* [Confesiones de un caricaturista], publicada en 1902, afirmaba haber recibido por carta instrucciones como estas por parte del escritor:

[Silvia y Bruno] no son hadas a lo largo de todo el libro, sino niños. Todas estas condiciones hacen que su vestimenta constituya hasta cierto punto un rompecabezas. No deben tener alas; eso está claro. Y ha de tratarse de ropa completamente normal para la vida londinense. Debería ser lo más extravagante posible, al límite de lo que se considera presentable en sociedad. Tal vez las amistades pudieran decir: «¡Qué ropa más rara llevan estos niños!», pero no deberían poder afirmar: «¡No son humanos!»...

Y en otra carta:

En lo que se refiere a la vestimenta de estos niños en su estado feérico (en ocasiones los tendremos alternando en sociedad, la cual da por sentado que son niños de verdad; y por eso deben, supongo, ir vestidos como en la vida normal, pero de forma extravagante, a fin de

crear una pequeña distinción). Ojalá me atreviera a prescindir de toda ropa: los niños desnudos resultan tan perfectamente puros y adorables, pero la Sra. Grundy^[2] se pondría furiosa; no es una opción. Entonces la pregunta es: ¿qué cantidad mínima de ropa le satisfaría? De cualquier forma, las piernas y los pies deben ir necesariamente al aire. Detesto de un modo tan absoluto esa moda monstruosa de los tacones altos (y, de hecho, he planeado atacarla en este mismo libro), que me resultaría seguramente imposible permitir que mi dulce y pequeña heroína fuera víctima de ella.

En otra, sigue arremetiendo contra la moda contemporánea:

¿Podría eliminar esas hombreras de sus mangas? ¿Por qué deberíamos observar deferencia alguna a una moda espantosa que quedará extinta de aquí a un año? Después de la fealdad sin parangón de la «crinolina», pienso que esas mangas de hombros altos son la peor cosa inventada para las damas en nuestra época. ¡Imagínese lo horrorizadas que estarían si una de sus hijas tuviera realmente esa forma!

Y aún en una más, continúa la discusión:

En cuanto a su [dibujo de] Silvia, me encanta la idea que ha tenido de vestirla de blanco; encaja a la perfección con mi concepto de ella: quiero que sea una especie de encamación de la pureza. Por lo cual pienso que, en sociedad, debería ir totalmente de blanco, con un vestido de ese color (ceñido al cuerpo, por supuesto; odio de veras la moda de la crinolina); también creo que podríamos arriesgarnos a hacer su vestido de hada transparente. ¿No le parece que podríamos enfrentarnos a la Sra. Grundy hasta ese punto? En realidad, pienso que esta se contentaría relativamente con verla vestida, y que le daría igual que el material fuese seda, muselina o incluso gasa. Una cosa más. ¡Por favor no le ponga tacones altos a Silvia! Me parecen una abominación.

Es muy posible que estos párrafos, por chocantes que puedan parecerle al lector las sugerencias sobre que los protagonistas vayan desnudos o con vestidos transparentes, pertenezcan realmente a Carroll. Nunca escondió sus peculiares gustos en lo relativo a la estética y sus amistades, ni sentía que tuviesen nada de malo. Pese a sus ideas generalmente conservadoras, una parte de él siempre se opuso a los rígidos convencionalismos Victorianos, sobre todo en lo concerniente a la educación y las

asfixiantes normas a las que se sometía a los niños. En cualquier caso, tampoco sería de extrañar que Furniss hubiese retocado o inventado alguna de estas cartas para hacer quedar a Carroll como una persona maniática, muchas veces intratable y, según su propia descripción, como «un niño malcriado». En la mencionada autobiografía podemos encontrar descripciones tan peregrinas del comportamiento del escritor durante el proceso de trabajo de *Silvia y Bruno* como estas:

Pero su egotismo le hizo ir aún más allá. Estaba decidido a que nadie leyese su manuscrito, a excepción de él y yo; de modo que, a altas horas de la noche (a veces se quedaba escribiendo hasta las 4 a. m.), lo cortó en tiras horizontales de cuatro o cinco líneas, y a continuación metió todas ellas en una bolsa y agitó esta para mezclarlas; sacándolas una a una, pegó las tiras en el orden en que iban saliendo. El resultado, en un manuscrito como ese, que hablaba de disparates en una página y de teología en otra, fue extremadamente audaz, por no decir absolutamente irreverente; por ejemplo:

«... y me vi repitiendo, cuando salíamos de la iglesia, las palabras de Jacob cuando “despertó de su sueño”: “¡No hay duda de que el Señor se encuentra aquí!...”.

»Y una vez más volvieron a oírse aquellas agudas notas discordantes:

*Creyó ver bajar de un bus
a un empleado de banca;
mas luego advirtió que
era un hipopótamo...».*

Estas tiras incongruentes estaban marcadas de manera elaborada y misteriosa con números, letras y diversos jeroglíficos, cuyo desciframiento habría convertido realmente mi fingida excentricidad en auténtica locura. Por consiguiente, le envié de vuelta el manuscrito entero, ¡amenazándole otra vez con declararme en huelga! Esto logró el efecto deseado. Recibí entonces un manuscrito legible, aunque frecuentemente desconcertante al estar mezclado con Euclides y problemas de matemáticas abstrusas.

Sabemos con seguridad que Carroll tenía una personalidad singular, cuando menos, en comparación con sus contemporáneos, pero no hay constancia alguna de que cometiese con el manuscrito de *Silvia y Bruno* esta locura que Furniss le atribuye, junto con otras conductas a cada cual más pintoresca e irracional. Todo parece apuntar a que, tras la muerte del escritor, el ilustrador aprovechó la imposibilidad de que este pudiera defenderse para lanzar un ataque contra su reputación, en venganza

por las desavenencias pasadas durante su colaboración laboral y por un agravio posterior cuando Carroll devolvió en 1896 unas entradas que había comprado para un espectáculo teatral del propio Furniss al enterarse de que en este se hacía una imitación caricaturesca de un predicador norteamericano, temiendo «un insulto a la cristiandad y [...] una profanación de cosas sagradas». Furniss nunca le perdonó el insulto. Morton N. Cohen escribe en su biografía de 1995 de Lewis Carroll: «Los informes [de la autobiografía del ilustrador] son en su mayor parte invención de Furniss para saciar su sed de venganza, aunque Charles le pagó muy bien por sus servicios. Furniss era un populista extravagante, un ostentoso *showman*, poco escrupuloso al tratar temas caricaturescos, que ni siquiera Tenniel podía soportar»^[3]. Pese a las incompatibles personalidades de escritor e ilustrador y los fuertes encononazos referidos, y gracias principalmente a la paciencia, educación y tenacidad del primero, las cuarenta y seis ilustraciones de cada volumen de *Silvia y Bruno* fueron terminadas e incluidas en su libro correspondiente acompañando al texto. En mi opinión personal, el resultado nada tiene que envidiarle al trabajo de Tenniel en los libros de Alicia o al de Holiday en *La caza del snark*, y logra transmitir el espíritu —trascendental en ocasiones, divertido en otras que Carroll quiso plasmar en la que sería a la postre la última obra por la que sería considerado como literato.

Cada una de sus dos partes se abre con un poema acróstico dedicado a una de sus amiguitas; en el tono nostálgico y sombrío de ambos se puede percibir nítidamente el pesar que le produce al escritor verse viejo y solitario, abandonado una y otra vez por sus amiguitas a medida que estas crecían y se casaban, frustrados ya sin solución los anhelos de un lejano en el tiempo «mediodía de ensueño»; pesar mitigado, no obstante, por su certeza interior de que Dios, el cual es amor puro e incondicional, lo acompaña en todo momento, y de que lo estará esperando en el Cielo cuando llegue su hora. Ambos poemas están relacionados con los temas centrales de la obra, de los cuales hablaremos más adelante.

El primero de los poemas está dedicado a Isa Bowman, quien fuera una de las amiguitas favoritas de Carroll de cualquier época. La conoció en 1886 durante los ensayos del primer musical que se hizo de *Alicia en el País de las Maravillas*, obra en la que tenía un pequeño papel. Por aquel entonces ella contaba doce años, y era la mayor de varias hermanas actrices. Carroll quedó muy impresionado por la niña, pero no comenzó a entablar amistad con ella, llevarla de excursión y recibirla como invitada hasta septiembre de 1887. Durante los ocho años siguientes mantuvieron una estrecha relación, por carta y en diversas y frecuentes visitas. Gracias a su intermediación, Isa logró el papel protagonista en la primera reposición del musical de Alicia en 1888, y el escritor consiguió del mismo modo muchos otros trabajos para ella y sus hermanas. Su feliz amistad terminó en 1895 cuando Isa le anunció sus planes de boda, a lo cual él respondió de manera ofendida y agresiva, destrozando unas rosas que la joven, ya veinteañera, llevaba en el cinturón. Aunque Carroll se disculparía enseguida, no tardarían en romper el contacto. El poema que le dedicó en

Silvia y Bruno es un doble acróstico: su nombre puede formarse uniendo la primera letra de cada uno de sus nueve versos, agrupados en tercetos monorrimos, o las tres primeras letras de cada uno de estos últimos; una muestra más del desbordante ingenio creativo del autor. Brian Sibley señaló en un artículo^[4] aparecido en 1975 en las páginas de la revista de la Lewis Carroll Society que este poema está conectado con el que concluye *Alicia a través del espejo*, no sólo temáticamente, al recuperar la idea de «la vida es un sueño» y la imagen del famoso paseo estival en barca por el río, sino también por medio de una repetición en orden inverso de las palabras que remataban los tres últimos versos de aquel (*Ever drifting down the stream-I Linger in the golden gleam- / Lifte, what is it but a dream?*) en los tres primeros de este (*Is all our lifte, then, but a dream / Seen faintly in the golden gleam / Athwart Time's dark resistless stream?*).

El segundo poema, el que introduce *La conclusión de Silvia y Bruno*, es asimismo un acróstico, aunque mucho más sutil: uniendo la tercera letra de cada verso se forma el nombre de Enid Stevens, a la que conoció en 1891 en la casa familiar de esta en Oxford. Enid era la «bella hermana» de ocho años de una de sus alumnas de lógica en la Oxford High School, también amiguita suya. Cohen nos cuenta en su biografía de Carroll: «Su amistad con Enid se fue afianzando poco a poco. La “pidió prestada” a menudo, la llevó a pasear, imprimió tarjetas de visita para ella, la recibió en sus habitaciones, sola o con su madre, para tomar el té, y consiguió que Gertrude Thomson pintase un retrato de ella, que colgó encima de la repisa de su chimenea». Carroll dedicó mucho tiempo y esfuerzo a su amistad con la pequeña Enid, y esta siempre recordó con alegría los años que compartieron entre juegos, meriendas y excursiones. Fue una de sus últimas amiguitas: durante los años finales de vida, invirtió cada vez más tiempo en trabajar y menos en sus relaciones sociales, obsesionado con escribir antes de morir una lista de trabajos que tenía en mente (algunos de los cuales menciona en el prefacio de *Silvia y Bruno*). Evocando sueños confusos y desconcertantes y el amor de una madre fallecida, quizá la suya propia, a la que perdió siendo él muy joven, el poema preliminar de *La conclusión de Silvia y Bruno* sirve a Carroll para despedirse de Silvia, la niña que constituye su ideal de belleza y pureza infantil, un último amor platónico de ficción, crisol donde reúne todo lo que él admiraba y adoraba de sus amiguitas.

Además de los poemas introductorios de cada parte, estas se hallan repletas de otras composiciones de diverso carácter, entremezcladas con la prosa como ya ocurría en los libros de Alicia, una más de las muchas innovaciones que aportó Carroll a la literatura universal. Varias de ellas se extienden a lo largo de uno o dos capítulos, interrumpiendo aquí y allá el relato; de hecho, uno de los poemas, la divertida y descabellada «Canción del jardinero», se extiende a lo largo de todo el libro (con ocho estrofas en el primer volumen, y una última en el segundo). Los críticos coinciden en señalar que esta es posiblemente la composición más conseguida de la obra. Hay otras de carácter similar y mayor extensión, e incluso algún poema

romántico más serio: el conjunto resulta heterogéneo y no siempre efectivo. Ha de tenerse en cuenta, en cualquier caso, el proceso de unión de retales que llevó a cabo Carroll para crear su historia. Aparte de la «Canción del jardinero», podemos destacar también el largo poema «Pedro y Pablo», que ocupa prácticamente un capítulo entero, y en el que se relata una historia cargada de ironía sobre una cruel broma del Día de los Inocentes (que en los países anglosajones es el día 1 de abril, recordemos); en este poema narrativo, buena parte de la gracia reside en el uso eufemístico de los términos «conveniente» e «inconveniente» que realizan sus dos (supuestos) amigos protagonistas. Y sobre todo, mencionar la pieza clave que recoge uno de los temas centrales sobre los que se asienta la historia y el mensaje de la misma: «Una canción de amor», cantada por los dos duendes —luego hadas— hermanos. Este poema es un himno al poder del amor, verdadero motor del mundo, que inunda misteriosamente cada recoveco de este y de sus habitantes, alejando el pecado y la tristeza y trayendo belleza, alegría y serenidad. Aunque como composición lírica no sorprende ni impresiona, la sinceridad de su mensaje nos acerca al Carroll más íntimo, y ello es lo que le confiere relevancia.

El autor colocó originalmente al final de cada volumen un índice de materias, con intención, suponemos, más irónica que otra cosa (el de *La conclusión de Silvia y Bruno* era general, para ambas partes). A través de ellos podemos localizar rápidamente en el texto, por ejemplo, muchos de los temas tanto serios como disparatados tratados en las largas conversaciones entre los protagonistas, las distintas estrofas de la «Canción del jardinero» o los inventos del profesor. Un índice de este tipo no tiene un verdadero interés práctico en una novela como esta, salvo quizá para el estudioso o para el devoto carrolliano que gusta de visitar sus partes favoritas. Por ello, y buscando asimismo no aumentar el ya de por sí abultado número de páginas de esta edición integral de *Silvia y Bruno*, se ha decidido no incluirlo aquí.

Hablemos ahora del argumento y los personajes: Silvia y Bruno son una pareja de jóvenes hermanos, de unos diez y cinco años aproximadamente, hijos del rector o gobernante de Exotilandia, un país fantástico habitado por duendes y vecino de Hadalandia, el país de las hadas, cuyos soberanos son los Titania y Oberón shakespearianos (el propio Bruno, que junto con su hermana experimentará una transformación en hada durante el relato, posee una personalidad traviesa y bulliciosa muy similar a la del Puck de *El sueño de una noche de verano*). Tanto Silvia y Bruno como su padre (un anciano que por su edad casi resultaría más propio como abuelo de los niños) son bondadosos, inocentes y puros de corazón; por el contrario, el subrector y hermano del gobernante de Exotilandia (Sibimet), su estúpida esposa (Tabikat) y el hijo de ambos (Uggug, el cual es primo por tanto de la pareja protagonista) se presentan al lector como personas malintencionadas e insidiosas que generan el conflicto motor de una de las dos tramas principales del libro: el subrector

ha urdido una conspiración con el lord canciller para sustituir a su hermano como dirigente vitalicio de Exotilandia aprovechando una ausencia de éste en un viaje al extranjero. Mediante argucias consiguen que el rector firme antes de partir un edicto que nombra a Sibimet emperador de Exotilandia, consiguiendo así su propósito. Silvia y Bruno, que se quedan inicialmente con sus tíos, deciden seguir a su padre hasta Elfolandia (una provincia de Hadalandia de la que este ha sido declarado rey, lo cual motiva su marcha), y al hacerlo quedan mágicamente convertidos en hadas. Los niños contarán durante toda la historia con la ayuda de un viejo y chiflado profesor que ha viajado a palacio para asistir al cumpleaños de Silvia, creador de disparatados inventos que serán fuente de muchas situaciones divertidas. Al profesor lo acompaña el «otro profesor», un colega igual de excéntrico que se pasa los días «enfrascado» en la lectura. El último personaje notable de Exotilandia es el jardinero de palacio, quien posiblemente sea el más memorable y menos cuerdo de todos (las briznas de paja que lo acompañan son un símbolo Victoriano de la locura; pueden observarse igualmente en las ilustraciones de Tenniel de la liebre de marzo en *Alicia*). Entre sus hábitos están bailar frenéticamente, regar a la pata coja con una regadera vacía porque «así pesa menos» o cantar la historia de su vida: las nueve estrofas que forman su canción, repartidas a lo largo del texto, narran constantes equívocos del personaje, el cual cree ver algo inicialmente que resulta ser otra cosa todavía más chocante y absurda. Carroll, en el prólogo del primer volumen, nos anima a intentar descubrir qué estrofas fueron inspiradas por el relato y viceversa. Otro elemento importante de la historia es el guardapelo mágico, un colgante en forma de corazón que en un principio aparece en dos versiones: uno con la leyenda «Silvia querrá a todos», y otro con el inverso «Todos querrán a Silvia». El padre de Silvia le da a elegir a esta entre uno y otro cuando los dos hermanos encuentran a su padre en Elfolandia, disfrazado de mendigo, después de haberle seguido. La niña escoge el primero, y usará durante el resto del libro algunos de los poderes que posee, como hacer invisibles las cosas, para originar muchas situaciones curiosas. Este colgante, y la elección de Silvia, sirven a Carroll como símbolo de su mensaje de amor universal.

La trama de los pequeños Silvia y Bruno se entrelaza desde el principio con otra que se desarrolla de manera paralela en el mundo real del autor, la Inglaterra del siglo XIX, al cual pertenece el propio narrador de la historia, un anciano heptagenario que, salvo por la diferencia de edad, podría ser perfectamente el propio Carroll. En ningún momento se menciona su nombre, ni su profesión: tan sólo sabemos de él que es un hombre de clase media, culto, aficionado a las matemáticas y al dibujo y que padece una afección cardiaca, «quizá —en opinión del erudito carrolliano Martin Gardner— simbólica de la tristeza de Carroll por la pérdida de amiguitas, como Isa Bowman, que crecieron, se casaron y dejaron de escribirle»^[5]. Este narrador inicia el relato a bordo de un tren que se dirige a Elveston, un pequeño pueblo de pescadores de la costa norte del país donde reside un médico rural amigo suyo, Arthur Forester, de «alrededor de veinticinco años y [...] estatura poderosa y aspecto de poeta» (según

una descripción que hizo de él a Furniss), el cual espera poder administrarle algunos cuidados que mejoren su estado. En el vagón que ocupa el narrador, este conoce a *lady* Muriel Orme, una joven, inteligente y agradable dama de la nobleza, hija del earl (conde) de Ainslie, con la que entabla una amena conversación. A su llegada a Elveston, y tras comentarle el narrador a Arthur su encuentro con la joven, este último revela que ya se conocen y que está enamorado de ella, aunque no se atreve a pedirle matrimonio por la diferencia de posición entre ellos. Arthur desconoce que su amor es correspondido, aunque en secreto. Al día siguiente, Arthur y el narrador hacen una visita al earl y su hija que se repetirá en muchas otras ocasiones, motivando largas charlas veraniegas que Carroll aprovechará para plantear, por boca de sus personajes, «algunas reflexiones que quizá demuestren no estar, de buen grado espero en total disarmonía con las cadencias más serias de la vida». La situación pronto se complicará cuando entre en escena Eric Lindon, primo de *lady* Muriel y capitán del ejército inglés, quien acabará por prometerse con ella tras recibir un ascenso.

Ambas tramas, la que se desarrolla en el plano fantástico de Exotilandia y Hadalandia y la que tiene lugar en el mundo real, se alternan y entrecruzan a lo largo de todo el libro sobre la base de que tanto las hadas como los seres humanos son capaces de entrar en ciertos estados psíquicos que les permiten vislumbrar lo que ocurre en el mundo que no les es natural por su condición, e incluso viajar a él de maneras distintas. Tal como explica en detalle en el prefacio al segundo volumen, el autor parte de la idea de que los seres humanos, aparte de en su estado normal, pueden encontrarse en uno de «inquietud», como él lo denomina, que les permite interactuar con las hadas sin abandonar el mundo real, o en un trance que posibilita una suerte de «viaje astral» o «experiencia extracorpórea» al plano dimensional de las hadas y los duendes. En este último, mientras la persona parece estar durmiendo en el mundo real, su «esencia inmaterial» se traslada a Hadalandia o Exotilandia, pudiendo ser testigo invisible de los hechos que allí tienen lugar. Es así, gracias a estos trances del narrador de la historia, como logramos enterarnos de lo que acontece a Silvia y Bruno en su mundo, mientras que, para los que le rodean, el anciano aparenta haberse quedado simplemente traspuesto. Cuando los dos hermanos cruzan las puertas de Hadalandia, trascienden su condición de meros duendes para convertirse en hadas: estas, al igual que los seres humanos, pueden entrar en un estado de «inquietud» que les permite interactuar con ellos mientras se encuentran en el mundo real, al que además pueden viajar a voluntad gracias a sus poderes mágicos (sus «flizz»), con su diminuto tamaño real o adoptando la forma de niños humanos. Es entonces cuando Silvia y Bruno establecen contacto directo con el narrador y los demás habitantes de Elveston, llevando su inocente alegría, sus travesuras y su magia con ellos. Al final del relato, tras diversos encuentros y peripecias en el mundo real, los hermanos regresarán a Exotilandia y, tanto allí como en el mundo real, el poder del amor logrará un desenlace feliz para todos los que han confiado en él.

Esta teoría sobre la que se construye la historia no se explica de manera clara en el propio relato: tan sólo se insinúa, y cuando este se encuentra ya además bastante avanzado. Por esta razón, una primera lectura de la obra suele resultar muy confusa, dado que la narración salta frecuentemente de Exotilandia a Inglaterra sin previo aviso —muchas veces en un simple cambio de párrafo, o incluso dentro de uno— con las entradas y salidas en trance del narrador. La historia comienza, por ejemplo, en mitad de una frase y sin poner en situación al lector, lo cual resulta tremendamente desconcertante: el narrador acaba de experimentar bruscamente su primer «viaje astral» a Exotilandia y está observando lo que allí sucede sin que nadie repare en su presencia. Pero no es hasta el segundo capítulo cuando averiguamos que en realidad se encuentra en el interior de un vagón de tren camino a Elveston. Dada la naturaleza «narcoléptica» del narrador, capaz de quedarse «dormido» (esto es, de entrar en trance) en mitad de cualquier conversación, el lector se verá acompañándolo en sus constantes escapadas extracorporales a Exotilandia a lo largo de buena parte del relato, mas debido a la brusquedad de dichas excursiones a veces se sentirá un tanto desubicado.

Contribuyen también a ello las deliberadas conexiones creadas por Carroll entre los personajes de uno y otro mundo. *Lady* Muriel parece tratarse de una versión adulta de Silvia, exhibiendo ambas la misma bondad, inocencia y pureza; Arthur comparte con Bruno su gusto por la réplica rebelde y una actitud picara y contestataria. El profesor y Mein Herr, quien hace su aparición en el segundo volumen, son viejos excéntricos llenos de anécdotas e invenciones disparatadas. El earl y el rector de Exotilandia comparten asimismo el rol de padre anciano de la joven protagonista de cada mundo. En ciertos momentos, esta identificación no sólo se insinúa, sino que es el propio narrador quien la hace explícitamente. Aparte de estos claros paralelismos entre los personajes de uno y otro mundo, sus propios nombres remiten al mundo campestre en que viven duendes y hadas: Silvia, para empezar, significa «habitante del bosque» en su latín originario; el apellido de *lady* Muriel, Orme, es «olmo» en francés; el de Arthur, Forester, deriva claramente del inglés *forest* («bosque»); y el de Eric Lindon se parece sospechosamente al también inglés *linden* («tilo»). El pueblo de pescadores en el que se desarrolla la trama amorosa de Muriel, Eric y Arthur se llama además Elveston, que suena curiosamente parecido a *elves-town*, «pueblo de los elfos».

Todas estas referencias y los mencionados paralelismos buscan obviamente desdibujar la frontera entre el mundo de las hadas y el real, y entre los propios personajes de uno y otro, lo cual entronca con una de las ideas centrales de la historia, que aparece ya en el poema preliminar del primer libro: «¿Acaso es nuestra vida sólo un sueño...?». Esta duda existencial aparece expresada directa o indirectamente en numerosas ocasiones a lo largo de los dos volúmenes. Sin ir más lejos, nada más

conocer el narrador a *lady* Muriel, cuyo rostro se encuentra tapado por un velo, realiza un «experimento telepático» para lograr verlo, y acaba contemplando en su mente la cara de la pequeña Silvia. Entonces se dice a sí mismo: «¡De modo que, o bien he estado soñando con Silvia —me dije y esta es la realidad, o he estado realmente con ella, y esto es un sueño! ¡Me pregunto si no será la propia vida un sueño!». El autor también sugiere esta idea haciendo que sus personajes, y por ende el lector, contemplen la realidad como una obra dramática (¿no se suele hablar a veces de «el teatro de los sueños»?). Por ejemplo, un momento antes de plantearse la cuestión anterior sobre si ha estado realmente con Silvia o soñando, el narrador cavila del siguiente modo: «¡... una joven y encantadora dama! —musité para mis adentros con cierta amargura—. Y esta es, por supuesto, la escena inicial del primer volumen. *Ella* es la heroína. Y *yo* soy uno de esos personajes secundarios que únicamente hacen acto de presencia cuando el desarrollo de su destino lo requiere, y cuya última aparición se da en el exterior de la iglesia, ¡mientras esperan para felicitar a la feliz pareja!». ¿Es la vida pura ficción, como gusta de imaginar el earl para divertirse en el capítulo veintidós del primer libro?: «¿Alguna vez ha convertido la vida real en una obra dramática? —dijo el earl—. Pruebe a hacerlo ahora. A menudo me entretengo así». En el primer libro de Alicia, la pregunta tiene una respuesta clara: la pequeña protagonista se despierta al final del relato y descubre que el País de las Maravillas sólo existía en sus sueños. Pero en *A través del espejo*, aunque Alicia despierta de igual modo tras sus aventuras, Carroll pregunta al lector a través de su protagonista si cree que la realidad es simplemente el sueño del rey rojo. El poema final de la obra incide de nuevo en la cuestión y, como ya hemos mencionado, el introductorio de este libro recoge el guante con esa inversión de los finales de los versos de la última estrofa de aquél. La propia estructura del relato y la narración en los dos libros de *Silvia y Bruno* pretende hacernos dudar sobre qué es real y qué no: ¿es *lady* Muriel quien habla en un momento dado o es Silvia? ¿Son realmente dos personas distintas o sólo diferentes encarnaciones de un mismo ser, de una misma alma? Quizá nos asalta la confusión sólo porque vivimos a toda prisa, sin detenernos a mirar con atención, como insinúa el poema inicial del volumen uno, y como le ocurre al alocado jardinero. Si lo hiciéramos, tal vez descubriríamos que la diferencia entre «sueño» y «realidad» no es más que una ilusión, que todo forma parte de la misma creación divina.

El otro núcleo conceptual alrededor del cual gira *Silvia y Bruno* es un mensaje de amor universal: Dios es Amor, y sólo a través de éste, es decir, de Él, lograremos la felicidad y la serenidad interior, nos alejaremos del pecado y, en última instancia, entraremos en el Reino de los Cielos. Carroll era diácono de la Iglesia de Inglaterra y un hombre de profundas convicciones religiosas. No obstante, su espiritualidad nacía de su interior, de consultar consigo mismo las cuestiones que lo atormentaban. Creía, influido por la visión liberal de la religión de Coleridge y el reverendo Frederick Denison Maurice, entre otros, que Dios habla directamente con cada uno de nosotros

por medio de la reflexión interior y que, independientemente del credo de cada uno, esta voz que nace de dentro, si uno sabe escucharla, es la divina voz de la verdad. Se oponía, por tanto, a la restrictiva visión del cristianismo y a los dogmas de la Iglesia alta^[6], y sobre todo a su vertiente más ortodoxa y «ritualista», que en su opinión convertía la religión en un mero espectáculo que hacía olvidar a los fieles el auténtico significado de la asistencia a la iglesia y la oración, y así lo denuncia en este libro, primero por boca del narrador y de Arthur, luego bajo su propia firma en el prefacio de *La conclusión de Silvia y Bruno*.

El guardapelo mágico es la clave para descifrar el mensaje del libro. Silvia, a petición de su padre, escoge entre sus dos versiones: la niña elige el altruismo frente al egoísmo, dar su amor al mundo, independientemente de las consecuencias. Su padre le dice que su elección ha sido la correcta, mas no es hasta el final de la historia cuando se revela por qué: en la última escena, Bruno la sostiene al trasluz y descubre que las dos joyas eran en realidad una sola, de manera que Silvia, al optar por entregar su amor incondicionalmente, recibe el del mundo entero. Este es el mensaje de Carroll: si contemplamos el mundo *a través* de los ojos del amor, veremos que «el cielo de Dios», un Amor puro y eterno, nos devuelve la mirada. La «Canción del amor» que cantan los dos hermanos en el segundo volumen no hace sino verbalizar esta idea: «Porque creo que es amor, / porque siento que es amor, / ¡porque sé que no es otra cosa que amor!». Todos los personajes que abrazan este mensaje y aman desde el principio o aprenden a amar encuentran un final feliz en la historia: Arthur, al sacrificarse por los habitantes de la aldea de pescadores, halla al cabo la salvación; Eric Lindon, al rescatar a su rival de las garras de la muerte, supera su escepticismo y descubre que «¡hay un Dios que responde a las plegarias!»; incluso Sibimet y Tabikat, los bellacos tíos de Silvia y Bruno, son perdonados tras arrepentirse de sus maldades. El único que acaba la historia de manera lamentable y cruel es Uggug, el cual no conoce el amor. A diferencia de lo que ocurre en los dos libros de Alicia, que son divertimento puro, en *Silvia y Bruno* sí que hay una moraleja.

Esta última característica nos sirve para resaltar una dualidad existente en esta obra: por un lado, es producto de su tiempo; por otro, se adelantó a él. Su moraleja, el sentimentalismo imperante y algunos de los temas que se tratan (como el choque entre ciencia y fe o las discusiones teológicas y filosóficas) son totalmente Victorianos. Incluso el lenguaje infantil de Bruno, la «lengua de trapo» que exhibe, era algo típico de encontrar en la literatura de su época, aunque según afirma Martin Gardner: «... Carroll creyó basarse en el lenguaje real de los niños, pero desde luego jamás ha habido ningún niño inglés que hablase como Bruno. Aunque el habla infantil era una convención de la ficción victoriana, los *oo's* y *welly's* de Bruno debieron de ser casi tan difíciles de aceptar para los lectores contemporáneos de Carroll como lo son hoy»^[7]. Pero la original teoría sobre la que se construye la historia y la estructura de la narración, con esos confusos y abruptos saltos del mundo feérico al real, anuncian la llegada del siglo xx y de una serie de artistas que se

interesarían por explorar o desdibujar la frontera entre lo real y lo irreal, entre el consciente y el inconsciente: Joyce, Kafka, los surrealistas... O yéndonos mucho más adelante en el tiempo, esa duda que asalta al narrador y al lector varias veces durante el relato, «¿qué es real?», encuentra ecos, de tonos mucho más siniestros y paranoicos, en cualquiera que se sumerja en un libro de Philip K. Dick.

El fracaso de ventas y crítica del libro, en cualquier caso, no puede atribuirse únicamente a que fuera un libro demasiado original en ciertos aspectos para su época. La falta de cohesión de la historia es patente, y ciertamente uno se pregunta a menudo mientras la lee si existe de verdad un hilo argumental marcado o este no es más que una excusa para que Carroll exponga a modo de diálogos platónicos sus inquietudes y reflexiones. Los abruptos saltos de escenario hacen que la primera lectura resulte pesada y trabajosa, aun con las advertencias que hemos hecho en esta traducción, y la larga extensión del relato completo tampoco alienta a encararla con valentía. La poesía y los abundantes, abundantísimos juegos de palabras poseen una calidad irregular. La lengua de trapo de Bruno puede llegar a resultar cargante (¡díganse a este traductor!), y el exceso de almíbar hace desear en algunos momentos que aparezca en escena la Reina de Corazones gritando «¡que les corten la cabeza!» para ponerle un poco de emoción al asunto.

Pese a todo lo anterior, Carroll en horas bajas sigue siendo Carroll, y en *Silvia y Bruno* hay escenas disparatadas y divertidísimos retruécanos a la altura de su leyenda que le hacen a uno reír a mandíbula batiente. Por cada densa discusión sobre el pecado y el alma cristianos (que ya en su época parecían fuera de lugar en una obra de este tipo) hay un invento del profesor que merece la pena descubrir y que provoca maravilla y asombro, o una divertida travesura de Bruno capaz de descolocar al más pintado. *Silvia y Bruno*, además, constituye la obra de Carroll que mejor nos permite conocer a la persona, Charles L. Dodgson, que hay detrás de la máscara del pseudónimo: sus preocupaciones, anhelos, frustraciones y debilidades. Este libro no es seguramente el más idóneo para alguien que nunca haya pisado el País de las Maravillas, o viajado a bordo del barco que persigue al *snark*, pero para los que ya se hallan irremediamente fascinados por ese mundo fantástico y desean conocer en lo más íntimo a su creador (llevándose de propina una buena ración de su genio), *Silvia y Bruno* es una obra imprescindible.

Nota a la traducción

Carroll es un prestidigitador del lenguaje, cuyos trucos son capaces de arrancarnos una exclamación de asombro o una carcajada cuando menos lo esperemos. Traducir una obra como *Silvia y Bruno* es una tarea titánica, a veces desesperante, pero siempre estimulante y, desde el punto de vista creativo, enormemente gratificante. A la hora de afrontar esta empresa, he optado por conservar el espíritu lúdico de la obra

por encima de todo, lo cual implica que los juegos de palabras del original han sido más «adaptados» que «traducidos», en el sentido habitual del término («tradaptados», podríamos decir, al estilo carrolliano). Un chiste de tipo lingüístico traducido literalmente se convierte en un galimatías; si se le añade una explicación (léase aquí una «nota al pie») el chiste se entenderá, pero seguirá sin resultar gracioso. Para provocar risa, es requisito imprescindible que sorprenda, que encierre una paradoja. En muchos casos, sí resulta posible trasladar al idioma de llegada (en este caso, el castellano) dicha paradoja mediante un chiste análogo al original, aunque distinto; uno en el que el proceso mental que sigue el lector de la lengua de llegada para dar con «la gracia» es el mismo que en la lengua de origen. Se conserva así el espíritu del juego de palabras, aunque tal vez no el significado literal de la expresión que lo contiene. En una traducción de «disparates humorísticos», es la pérdida más asumible de todas las posibles, a mi modo de ver. Aunque podría haber incluido también notas al pie para explicar estas adaptaciones, a fin de que el lector español pudiera conocer los juegos de palabras originales, el gran número de ellas que habría sido necesario me ha disuadido de hacerlo. Confío en que mi ingenio haya bastado para divertir allí donde Carroll tuvo la misma intención; no obstante, dado que no soy él, ni poseo por supuesto su genio creativo, admito haber incluido alguna nota puntual en aquellos retruécanos «tradaptados» que no me parecían suficientemente claros, en favor de la comprensibilidad del texto. En cualquier caso, siempre he procurado alejarme lo menos posible del sentido del texto original: ningún cambio ha sido arbitrario. He introducido asimismo notas para explicar aspectos culturales que resultarían familiares para un lector Victoriano pero no para uno español actual, al igual que para indicar la fuente de algunas citas.

He aplicado este mismo criterio en todos los aspectos de la traducción, lo cual incluye los poemas del libro. Las composiciones originales de Carroll son siempre muy musicales, con una métrica estricta y una rima muy marcada precisamente a tal objeto. He tratado de conservar, hasta donde alcanzan mis dotes como versificador, esa característica de su poesía, sacrificando de nuevo irremediabilmente cierta literalidad. Esta es mi visión personal de cómo habría compuesto Carroll sus poemas de haber sido el castellano su lengua natal. Es un trabajo que he realizado con gran humildad, y al que he dedicado un enorme esfuerzo que nace de mi pasión por la obra del autor. Espero no estar a su altura, lo cual es imposible, pero sí lograr dar una idea al lector español de cómo «suenan» los poemas en su propio idioma, al tiempo que hago accesible su significado.

Por último, quisiera explicar brevemente cómo he decidido adaptar el lenguaje infantil de Bruno, cuyas características en inglés no pueden trasladarse directamente a nuestro idioma. En líneas generales, se expresa como una persona adulta, pero he adjudicado a su forma de hablar una serie de particularidades que espero transmitan la sensación de que se trata de un niño de unos cuatro o cinco años: primero, un defecto de rotacismo (dificultad para pronunciar el fonema /r/ —la «r fuerte»—, el

cual sustituye continuamente por los fonemas /d/ o /f/ —la «r suave»—), muy habitual en los niños que están aprendiendo a hablar; segundo, una tendencia a regularizar formas verbales irregulares y a inventar palabras extrapolando ciertas reglas lingüísticas generales, como las que rigen la formación de los distintos grados del adjetivo, incurriendo en ocasiones en sobrecorrección; tercero, simplificación de grupos consonánticos complejos; y cuarto, desórdenes y otros errores de pronunciación en palabras largas, complicadas o poco comunes. Para facilitar la comprensión de la manera de expresarse del personaje, he señalado en cursiva todas las palabras «alteradas» según el criterio anterior, de manera que el lector pueda localizarlas e interpretarlas con facilidad. Soy consciente de que esto quizá dé gráficamente una impresión de recargamiento al texto, pero he querido destacar la claridad del diálogo por encima de consideraciones estéticas.

AXEL ALONSO VALLE

Silvia y Bruno

¿Acaso es nuestra vida sólo un sueño
entrevisto en el áureo fulgor
que hiende el funesto río del tiempo?

Encorvados con amarga aflicción
o divertidos por alguna escena,
revoloteamos de sol a sol.

La jornada bebemos con sed fiera
y, desde su mediodía de ensueño,
ignoramos el fin que nos espera.

Prefacio

Una pequeña ilustración de este libro, la del guardapelo mágico, en las pp. 93, 578, es obra de la «Srta. Alice Havers». No incluí su nombre en la portada porque parecía justo, cuando menos, que figurara únicamente el del artista de todos estos (en mi opinión) maravillosos dibujos.

Las descripciones, en las pp. 291-292, de cómo pasaban los domingos los niños de la última generación, se han extraído *verbatim* de un relato directo hecho por una pequeña amiga y de una carta escrita a mi persona por otra amiga no tan pequeña.

Los capítulos titulados «Silvia el hada» y «La venganza de Bruno» son una reimpresión, con unas pocas modificaciones, de un breve cuento de hadas que escribí en el año 1867, a petición de la fallecida Sra. Gatty, para *Aunt Judy's Magazine*, revista que por aquel entonces ella dirigía.

Fue en 1874, creo, cuando se me ocurrió por primera vez la idea de convertirlo en el núcleo de una historia más larga. Con los años, fui anotando, de cuando en cuando, toda clase de ideas curiosas y fragmentos de diálogo que me sobrevenían —¿quién sabe cómo?— de un modo tan fugaz que no me quedaba más opción que apuntarlos de inmediato o abandonarlos al olvido. A veces uno podía rastrear el origen de estos pensamientos aleatorios y efímeros —como inspiraciones nacidas del libro que se estaba leyendo, o como una chispa provocada en el «pedernal» de la mente de uno por el «acero» de un comentario casual de un amigo—, pero también poseían una manera propia de darse sin motivo alguno: muestras de ese fenómeno absolutamente ilógico, «un efecto sin causa». Tal, por ejemplo, fue la última línea de *La caza del snark*, que me vino a la cabeza (como ya relaté en el número de abril de 1887 de *The Theatre*) de forma bastante repentina, durante un paseo a solas; y tales, de nuevo, han sido pasajes que se me ocurrieron en sueños, y cuya causa precedente me es completamente imposible ubicar. En este libro aparecen al menos dos casos de estas inspiraciones oníricas: una, la observación de *milady* «Se trata a menudo de algo hereditario; igual que el amor por la repostería» en la p. 100; la otra, la chanza de Eric Lindon acerca de haber trabajado en diversos empleos, en la p. 256.

Y así fue que al final me vi en posesión de una indigesta ensalada de papeles —si el lector tiene la bondad de disculpar el doble sentido— que solamente necesitaba un hilvanado, sobre el hilo conductor de una historia ordenada, para constituir el libro que esperaba escribir. ¡Solamente! La tarea, al principio, parecía completamente irrealizable, y me dio una idea, mucho más clara de lo que nunca había tenido, del significado de la palabra «caos»; y creo que debieron de transcurrir diez años, o más, antes de que lograra organizar lo suficiente dichos retazos como para ver a qué tipo de historia apuntaban, ya que esta tenía que surgir de los episodios, y no al revés.

No cuento todo esto por un ánimo egotista, sino porque creo de veras que algunos de mis lectores estarán interesados en estos detalles de la «génesis» de un libro, cuestión que, una vez finalizada, parece tan simple y directa que podrían suponer que

fue escrito de corrido, página a página, como uno escribiría una carta, comenzando por el principio y terminando por el final.

Resulta posible, sin duda, escribir un relato de ese modo: y, si decirlo no es vanidad por mi parte, creo que yo mismo —si me viera en la desgraciada situación (pues yo lo considero una verdadera desgracia) de estar obligado a producir una determinada cantidad de texto narrativo en un tiempo dado podría «cumplir con mi tarea», y fabricar mi «relato hecho de ladrillos», como han hecho otros esclavos. Una cosa al menos podría garantizar respecto a la historia así creada: que sería totalmente común y corriente, que no contendría ni una sola idea novedosa, ¡y que resultaría una lectura muy muy aburrida!

Este tipo de literatura ha recibido el apropiadísimo nombre de «paja», la cual podría definirse adecuadamente como «aquello que todos pueden escribir y nadie puede leer». No me atrevo a afirmar que el presente volumen esté libre por completo de ella: en ocasiones, para poder situar una escena en el lugar que le corresponde, ha sido necesario alargar una página dos o tres líneas: pero puedo decir de manera honesta que no he añadido más de lo absolutamente imprescindible.

Tal vez mis lectores quieran entretenerse tratando de detectar, en un pasaje concreto, el trozo de «paja» que este contiene. Mientras ordenaba los «papeles» en páginas, descubrí que al episodio que ahora se extiende de la p. 63 a la 70 le faltaban dos Eneas. Suplí la deficiencia, no intercalando una palabra aquí y otra allá, sino escribiendo dos líneas seguidas. ¿Son capaces mis lectores de adivinar cuáles son?

Un pasatiempo más desafiante —en caso de desearse uno— sería determinar, hablando de la «Canción del jardinero», en qué casos (de haberlos) se adaptó la estrofa al texto de alrededor y en qué casos (de haberlos) fue este el adaptado a la estrofa.

Quizá lo más difícil a la hora de escribir cualquier clase de literatura —al menos para mí; no puedo lograrlo por mucho que me esfuerce, tengo que aceptarlo tal como viene— sea escribir algo original. Y quizá lo más fácil sea, una vez que se ha producido una línea así, desarrollarla, y añadir cuantas sean sin desviarse de esa senda. No sé si *Alicia en el País de las Maravillas* era una historia original —yo, al menos, no fui un imitador consciente al escribirla—, mas lo que sí sé es que, desde su publicación, han aparecido alrededor de una docena de libros de cuentos similares, cortados exactamente por el mismo patrón. El camino que yo exploré de forma tímida —creyendo ser «el primero que se había adentrado en ese océano silente»— es ahora una calzada más que transitada: hace tiempo que todas las flores de sus márgenes fueron pisoteadas hasta enterrarlas en el polvo; y estaría exponiéndome al desastre si hiciera una nueva tentativa en ese estilo.

Es por ello que, en *Silvia y Bruno*, me he esforzado —no sé con qué grado de éxito en iniciar un camino nuevo y distinto: sea bueno o malo, soy incapaz de hacerlo mejor. Ha sido escrito no por dinero, ni por fama, sino con la esperanza de proporcionar, a los niños que adoro, algunos pensamientos que puedan resultar

apropiados para esas horas de júbilo inocente que constituyen la misma savia de la niñez; y también con la esperanza de suscitar, en ellos y en otros, algunas reflexiones que quizá demuestren no estar, de buen grado espero, en total disarmonía con las cadencias más serias de la vida.

Si todavía no he agotado la paciencia de mis lectores, me gustaría aprovechar esta oportunidad —acaso la última que vaya a tener para dirigirme a tantos amigos a la vez para dejar constancia de algunas ideas que se me han ocurrido, en lo que concierne a los libros que desearía escribir— trabajos que me encantaría acometer, pero para los que quizá nunca disponga del tiempo ni de las fuerzas con que llevarlos a término—, con la esperanza de que, si *no* consiguiera (y los años están volando muy deprisa) acabar la tarea que me he propuesto, tal vez otras manos recojan el testigo.

En primer lugar, una Biblia para niños. Esta obra tendría como única base verdaderamente fundamental pasajes y dibujos cuidadosamente escogidos, apropiados para la lectura de un niño. Un principio de selección, que yo adoptaría, sería que la religión se presentara al niño como una revelación de amor, sin que exista necesidad de angustiar y confundir su mente juvenil con la historia del crimen y el castigo. (Sobre dicho principio omitiría, por ejemplo, la historia del Diluvio Universal). Conseguir las ilustraciones no supondría una gran dificultad: no se necesitaría ninguna nueva, pues ya existen cientos de imágenes excelentes, cuyos derechos expiraron hace mucho tiempo, y que simplemente requieren un proceso de fotocincografiado, o algún otro similar, para lograr una buena reproducción. El libro debería poseer un tamaño manejable, una cubierta bastante vistosa, un tipo de letra claro y legible y, sobre todo, ¡gran cantidad de dibujos, dibujos y más dibujos!

En segundo lugar, un libro de fragmentos seleccionados de la Biblia —no textos enteros, sino pasajes de diez a veinte versículos cada uno para su memorización. Dichos pasajes resultarían útiles para recitárselos a uno mismo y meditar sobre ellos, en muchas ocasiones en las que la lectura resulta difícil, si no imposible: por ejemplo, en las noches de insomnio en la cama; en un viaje en tren; durante un paseo solitario; en la vejez, cuando a uno le falla la vista o la ha perdido por completo y, lo mejor de todo, cuando la enfermedad, al tiempo que nos incapacita para leer o realizar cualquier otra actividad, nos condena a permanecer despiertos muchas horas tediosas y silenciosas: en momentos así, con qué claridad resulta posible reparar en la verdad de la efusiva exclamación de David: «¡Oh, qué dulces son tus palabras a mi garganta: sí, más dulces que la miel a mi boca!».

He dicho «pasajes», en vez de textos enteros, porque no tenemos forma de recordar estos últimos: la memoria necesita anclas, y en ellos no hay ninguna; uno puede tener memorizados cien textos y no ser capaz de recordar, cuando lo desee, más de media docena —y sólo por mera casualidad—; mientras que, cuando se recuerda cualquier sección de un capítulo que ha sido aprendido de memoria, se puede recuperar el resto de él: todo forma una unidad coherente.

En tercer lugar, una colección de pasajes, tanto en prosa como en verso, de otros libros aparte de la Biblia. Quizá no haya muchos, dentro de lo que se denomina literatura «no inspirada» (un nombre poco apropiado, mantengo: si Shakespeare no gozó de inspiración, uno bien puede dudar de que algún hombre jamás la tuviera), que aguanten un proceso de reflexión, repetido cien veces: aun así los hay —suficientes, pienso yo, para componer una reserva de consideración para la memoria.

Estos dos libros —de pasajes sagrados y seculares destinados a su memorización— servirán a otros buenos propósitos aparte de para llenar simplemente horas ociosas: ayudarán a mantener a raya muchos pensamientos angustiosos, preocupantes, poco caritativos, impíos. Permítanme que diga esto, con mejores palabras que las mías, copiando un pasaje de ese libro sumamente interesante, los *Sermones sobre las epístolas a los corintios* de Robertson, sermón XLIX: «Si un hombre se ve acosado por deseos malignos e imágenes impías, lo cual sucederá por lo general de forma periódica, que memorice pasajes de las Escrituras, u otros de los mejores escritores en verso y prosa. Que llene su mente con ellos, como salvaguardas que recitar cuando yazca despierto en alguna noche de insomnio, o cuando imaginaciones desesperadas, o sombríos pensamientos suicidas, lo acosen. Que estos sean para él la espada que se enarbole doquiera para impedir que el camino del Jardín de la Vida sea hollado por la blasfemia».

En cuarto lugar, un «Shakespeare» para jovencitas: esto es, una edición en la que habría de omitirse todo lo que no resultara adecuado para la lectura de muchachas de (digamos) entre diez y diecisiete años. Pocas niñas de edad inferior a diez años serían capaces probablemente de entender al mayor de los poetas o disfrutar de él; y se puede permitir a aquellas que ya han pasado su juventud que lean tranquilamente a Shakespeare, en cualquier edición, «expurgada» o no, que prefieran; pero resulta una lástima que tantas niñas, en la etapa intermedia, deban ser excluidas de un gran placer por la falta de una edición apropiada para ellas. Ni las de Bowdler, Chamber o Brandram ni la «edición de tocador» de Shakespeare realizada por Cundell cumplen los requisitos, a mi parecer: no están lo bastante «expurgadas». El libro de Bowdler es el más extraordinario de todos: cuando lo examino, me invade un profundo asombro al pensar, teniendo en cuenta lo que ha mantenido, ¡que ha suprimido *algo!* Además de eliminar implacablemente todo lo que resulte inadecuado por causas de reverencia o decoro, me sentiría inclinado a omitir asimismo todo lo que parezca demasiado complicado, o vaya probablemente a interesar poco a unos lectores jóvenes. El libro resultante podría revelarse ligeramente fragmentario; pero sería un auténtico tesoro para todas las doncellas británicas con algún gusto por la poesía.

De tener que disculparme con alguien por la nueva dirección que he tomado en esta narración —al introducir, junto con lo que espero resultarán ser disparates aceptables para niños, algunas reflexiones de corte más serio sobre la vida humana—, habría de ser con una persona que haya aprendido el arte de mantener tales pensamientos completamente apartados en momentos de alegría y serena

despreocupación. Para ella, una mezcla como esta parecerá, sin duda, poco sensata y repugnante. Y no pongo en duda que dicho arte existe: con juventud, buena salud y dinero suficiente, parece bastante posible llevar, durante años seguidos, una vida de pura alegría, salvo por un hecho solemne, con el que estamos abocados a enfrentarnos en cualquier momento, incluso rodeados de la más esplendorosa compañía o en mitad de la actuación más brillante. Un hombre puede fijar sus propios momentos para permitirse la reflexión seria, para asistir a servicios religiosos, para rezar, para leer la Biblia: puede aplazar todas estas cuestiones hasta esa «época conveniente», que tantas posibilidades tiene de no darse nunca; pero no puede aplazar, ni un solo instante, la necesidad de atender a un mensaje que puede llegar antes de que haya terminado de leer esta página: «Esta noche te será solicitada tu alma».

La sensación siempre presente de esta cruda posibilidad ha sido, en todas las épocas^[8], una carga angustiosa que los hombres han luchado por sacudirse de encima. Pocas materias de investigación más interesantes podría encontrar un estudiante de historia que las diversas armas empleadas a lo largo del tiempo contra este enemigo tenebroso. Los pensamientos más tristes de todos deben de haber pertenecido a aquellos que imaginaban realmente una existencia de ultratumba, pero una mucho más terrible que la aniquilación: una existencia como espectros vaporosos, intangibles, prácticamente invisibles, errantes, durante interminables eras, en un mundo de sombras, sin nada que hacer, nada por lo que tener esperanza, ¡nada que amar! En mitad de los alegres versos de Horacio, ese genial *bon vivant*, destaca una pavorosa palabra cuya tristeza absoluta le llega a uno al corazón. Es la palabra *exilium* en el famoso pasaje:

*Omnes eodem cogimur, omnium
Vers atur urna serius o dus Sors
exitura et nos in aeternum
Exilium impositura cymbae.*

Sí, para él esta vida presente —a pesar de todo el cansancio y dolor que lleva aparejada— era la única vida que merecía la pena tener: ¡todo lo demás era «exilio»! ¿No resulta casi increíble que una persona con un credo así haya sonreído alguna vez?

Y muchos en estos días, me temo, aun cuando creen en una existencia tras la muerte mucho más real que la que Horacio jamás soñó, la ven pese a todo como una especie de «exilio» de todos los placeres de la vida, por lo que adoptan la teoría de Horacio, y dicen: «comamos y bebamos, pues mañana moriremos».

Asistimos a espectáculos, como el teatro —y digo «asistimos» porque yo también voy a representaciones, siempre que tengo oportunidad de ver una realmente buena—, y mantenemos alejado, si nos es posible, el pensamiento de que quizá no

regresemos vivos. ¿Pero cómo sabe usted —querido amigo, cuya paciencia le ha ayudado a soportar este prolijo prefacio— que no será quizá su suerte, cuando la dicha se halle en su punto más álgido, experimentar la afilada punzada, o el mortífero desvanecimiento, que anuncia la crisis final; ver, con vago asombro, a amigos que se inclinan con inquietud sobre usted; escuchar sus susurros cargados de preocupación; tal vez formular usted mismo, con labios temblorosos, la pregunta?: ¿«Es grave», y que le digan: «Sí, el fin está cerca» (y ¡oh, qué distinta parecerá la vida cuando se pronuncien esas palabras!)?; ¿cómo sabe usted, digo, que todo eso no le sucederá acaso esta misma noche?

Atrévase entonces, sabiendo esto, a decirse a sí mismo: «Bien, quizá sí sea una obra inmoral: puede que las situaciones sean un poco “peligrosas”, el diálogo algo fuerte, el “tema” un tanto provocativo. No digo que tenga la conciencia del todo tranquila, ¡pero la pieza es tan ingeniosa que debo verla en el acto! Comenzaré una vida más estricta mañana». ¡*Mañana, y mañana, y mañana!*

Quien peca con una esperanza, quien, al pecar, dice:
«¡Lamentarse de los pecados aplaca el juicio de Dios!»
falsea el espíritu divino; frena toda
misericordia con el insulto; reta, y cae,
como una mosca abrasada, que gira en vano
sobre el eje de su dolor,
y luego recibe su condena: arrastrarse renqueante,
ciega y olvidada, de tropiezo en tropiezo^[*].

Permítanme que haga un breve alto para decir que creo que este pensamiento, el de la posibilidad de morir —si se asimila con serenidad y se afronta de manera firme —, constituiría una de las mejores pruebas posibles para establecer si el ir a un lugar de esparcimiento, el que sea, está bien o mal. Si la idea de una muerte súbita se le presenta, a usted, como algo especialmente aterrador al imaginar que le sucediera en un teatro, entonces no le quepa la menor duda de que este último es pernicioso *para usted*, por muy inofensivo que pueda ser para otros, y que está corriendo un peligro mortal al ir. Tenga la certeza de que la regla más segura es que no deberíamos atrevernos a *vivir* en ningún sitio en que no nos atrevamos a *morir*.

Mas, una vez conscientes de cuál es el verdadero objeto de la vida, que no es el placer, ni el conocimiento, ni siquiera la misma fama, «el último defecto de las mentes nobles», sino el desarrollo del carácter, la elevación a un nivel moral más alto, noble y puro, la construcción del Hombre perfecto; entonces, mientras sintamos que esto está sucediendo, y que (confiamos) sucederá por siempre, la muerte no nos aterrará: no es una sombra, sino una luz; no un final, ¡sino un principio!

Otra cuestión que tal vez parezca requerir una disculpa es que haya tratado con

tan entera falta de simpatía la pasión británica por el deporte de la caza, la cual sin duda ha constituido en tiempos pasados, y aún constituye, en ciertas formas de la misma, una excelente escuela para la fortaleza y la serenidad en momentos de peligro. Mas la *auténtica* caza no me es del todo desagradable: puedo admirar sinceramente el coraje del hombre que, con gran esfuerzo físico, y al riesgo de su propia vida, da caza a algún tigre «devorahombres»; y puedo entender por completo su regocijo ante la grata emoción de la persecución y la lucha mano a mano con el monstruo acorralado. Pero no puedo sino contemplar con profundo asombro y pesar al cazador que, de manera completamente cómoda y segura, puede hallar placer en algo que supone, para una criatura indefensa, un terror extremo y una muerte agónica; más profundo aún, si el cazador es alguien que ha jurado predicar a los hombres la Religión del Amor universal; y más profundo que nada, si resulta ser uno de esos seres «sensibles y delicados», cuyo mismo nombre sirve como símbolo del Amor —«tu amor hacia mí fue maravilloso, superior al de las mujeres»—, ¡y cuya misión en este mundo es sin duda ayudar y consolar a todos los afligidos!

¡Adiós, adiós, invitado!
Mas escucha mis palabras:
plegarias eleva a Dios
quien a hombre y bestia ama.

Más se elevan si se ama al
ratón como al león,
pues nuestro Dios bienamado
ama toda la creación^[*].



Capítulo 1

¡Menos pan! ¡Más impuestos!

[...] y entonces la multitud prorrumpió de nuevo en vítores, y un hombre, que se encontraba más exaltado que los demás, tiró su sombrero al aire, muy alto, y gritó (según logré entender): «¡Que levante la voz quien esté a favor del subrector!». *Todos* lo hicieron, pero no quedaba muy claro si era por el subrector o no: algunos vociferaban «¡Pan!» y otros «¡Impuestos!», mas nadie parecía saber qué era lo que querían en realidad.

Yo era testigo de todo aquello desde la ventana abierta del salón del desayuno rectoral, mirando sobre el hombro del lord canciller, quien se había levantado como un resorte nada más iniciarse el griterío, casi como si hubiera estado esperándolo, y se había aproximado raudo a la ventana que ofrecía la mejor vista de la plaza del mercado.

—¿Qué puede significar todo esto? —repetía una y otra vez para sí, mientras, con las manos juntas a la espalda, y su toga flotando en el aire, recorría la sala de un lado a otro con largas y rápidas zancadas—. Nunca antes había oído tal clamor... ¡y a esta hora de la mañana, además! ¡Y tan unánime! ¿No le parece algo realmente sorprendente?

Yo apunté, de manera discreta, que mi impresión era que pedían distintas cosas, pero el canciller no escuchó ni por un segundo mi sugerencia.

—¡Todos gritan lo mismo, se lo aseguro! —dijo; entonces, asomando mucho el cuerpo por la ventana, le susurró a un hombre que se encontraba debajo de ella, a corta distancia—: ¿Es que no puedes mantenerlos juntos? El rector llegará enseguida. ¡Dales la señal para que comiencen la marcha! —Se suponía obviamente que yo no debía oír todo aquello, pero apenas pude evitarlo, teniendo en cuenta que mi barbilla se hallaba prácticamente sobre el hombro del canciller.

La «marcha» resultó una visión muy curiosa: una procesión desordenada de hombres, en fila de a dos, echó a andar desde el extremo opuesto de la plaza, y avanzó describiendo un zigzag irregular hacia el palacio, virando con furor de un lado a otro, como un barco de vela que estuviera abriéndose camino contra un viento desfavorable, de tal modo que la cabeza de la procesión se hallaba a menudo más alejada de nosotros tras un cambio de dirección de lo que había estado al terminar el anterior.

No obstante, resultaba evidente que todo aquello estaba siendo dirigido, pues advertí que todas las miradas estaban fijas en el hombre que permanecía justo bajo la ventana, a quien el canciller no dejaba de susurrarle cosas. Este hombre sujetaba su

sombrero en una mano y una banderita verde en la otra: cada vez que agitaba esta última la procesión avanzaba un poco, cuando la bajaba se alejaban ligeramente hacia uno de los lados, y cuando movía el sombrero todos prorrumpían en una ronca ovación. «¡Hurra! —gritaban, siguiendo cuidadosamente el ritmo del sombrero mientras este subía y bajaba—. ¡Hurra! ¡Abajo! ¡La! ¡Consti! ¡Tución! ¡Menos! ¡Pan! ¡Más! ¡Impuestos!».

—¡Así vale, así vale! —susurró el canciller—. Déjalos descansar un poco hasta que te lo indique. ¡Aún no ha llegado! —Mas en aquel instante las grandes puertas plegables del salón se abrieron de golpe, y se giró con un respingo de culpabilidad para recibir a su excelentísima. Sin embargo, se trataba únicamente de Bruno, por lo que el canciller emitió un jadeo de ansiedad aliviada.

—¡Buenos días! —saludó el muchachito, dirigiéndose, de un modo más o menos general, al canciller y los camareros—. ¿Sabéis dónde está Silvia? ¡La estoy buscando!

—¡Está con el rector, según creo, æ'l! —contestó el canciller con una profunda reverencia. Resultaba, sin duda, un poco absurdo aplicar aquel tratamiento (el cual, como por supuesto habrás deducido



antes de que te lo diga, no era más que «alteza real» condensado en una sílaba) a una criaturita cuyo padre era únicamente el rector de Exotilandia: aun así, uno debía mostrarse muy comprensivo con un hombre que había pasado varios años en la corte de Hadalandia, donde había aprendido el arte casi imposible de pronunciar seis sílabas como una sola.

Pero Bruno se perdió la reverencia al encontrarse ya fuera de la sala, de la que había salido corriendo mientras la gran proeza de El Monosílabo Impronunciable estaba siendo ejecutada de manera triunfal.

En ese mismo momento, se oyó exclamar en la distancia a una voz solitaria: «¡Que hable el canciller!».

—Desde luego, amigos míos —respondió el canciller con extraordinaria presteza—. ¡Hablaré! —En aquel instante, uno de los camareros, que llevaba unos minutos atareado en preparar una mezcla de huevos con jerez de aspecto extraño, presentó esta última de forma respetuosa sobre una gran bandeja de plata. El canciller se la

comió con aire altanero, se la bebió con gesto pensativo, sonrió con benevolencia al feliz camarero mientras dejaba sobre la mesa la copa vacía, e inició su discurso. Hasta donde me alcanza la memoria, esto fue lo que dijo:

—¡Ejem, ejem, ejem! Compañeros de angustias, o más bien, angustiados compañeros... —«¡No los insulte!», susurró el hombre bajo la ventana. «¡No he dicho *comadreros!*», explicó el canciller—. Podéis estar seguros de que siempre compar... —«¡Eso, eso!», gritó la multitud, tan fuerte que ahogó por completo la débil y aguda voz del orador—. De que siempre compar... —repitió. «No ponga una sonrisa tan tonta al hablar», dijo el hombre bajo la ventana. «¡Le hace parecer un zoquete!». Y durante todo esto, un clamor de «¡Eso, eso!» resonaba por la plaza del mercado, como un trueno—. ¡De que siempre *comparto vuestros sentimientos!* —vociferó el canciller al primer instante de silencio—. ¡Pero vuestro verdadero amigo es el subrector! Día y noche cavila por vuestro mal... digo, por vuestro bien... es decir, vuestro mal... no, quiero decir vuestro bien... —«¡Déjelo ya!», gruñó el hombre bajo la ventana. «¡Menudo cacao está montando!»—. En ese momento el subrector entró al salón. Era un hombre enjuto, con una tez verde amarillenta que denotaba mezquindad y astucia; atravesó la sala con gran parsimonia, mirando receloso a su alrededor como si pensara que pudiera haber escondido un perro fiero en alguna parte.

—¡Bravo! —exclamó, dándole unas palmaditas en la espalda al canciller—. Ha hablado usted muy bien. ¡Es usted un orador nato!

—¡Oh, eso no es nada! —contestó el canciller, modesto, con la mirada gacha—. La mayoría de los oradores *nacen*, ya sabe.

El subrector se frotó la barbilla con gesto pensativo.

—¡Sí que es cierto! —admitió este—. Nunca lo había considerado desde esa perspectiva. Aun así, lo ha hecho muy bien. ¡Hablemos en privado!

El resto de su conversación transcurrió totalmente entre susurros, de modo que, como me era imposible oír nada más, decidí ir en busca de Bruno.

Encontré al muchachito en el pasillo frente a uno de los hombres de librea, el cual se estaba dirigiendo a él casi doblado por la cintura debido a un respeto extremo, con las manos colgando por delante como las aletas de un pez.

—¡Su excelentísima —estaba diciendo aquel respetuoso hombre— se halla en su estudio, æ'l! —(No pronunció esto último igual de bien que el canciller). Bruno salió trotando hacia allí, y yo creí adecuado ir tras él.

El rector, un hombre alto y digno con un rostro serio pero muy agradable, se encontraba sentado ante un escritorio, que estaba cubierto de papeles, aguantando sobre su rodilla a una de las jovencitas más encantadoras y adorables que jamás he tenido la suerte de ver. Parecía unos cuatro o cinco años mayor que Bruno, pero presentaba las mismas mejillas sonrosadas y los mismos ojos chispeantes, y una idéntica abundancia de rizos castaños. Su cara expectante y sonriente estaba levantada hacia la de su padre, y resultaba una hermosa visión contemplar el amor

recíproco con que ambos rostros —uno en la primavera de la vida, el otro en las postrimerías de su otoño se miraban mutuamente.

—No, no lo conoces —se hallaba diciendo el anciano—: sería algo imposible, ¿sabes?, lleva lejos tanto tiempo... viajando de país en país, buscando mejorar su salud, ¡más años de los que has vivido tú, pequeña Silvia!

Bruno se subió entonces a su otra rodilla, y un generoso intercambio de besos, mediante un procedimiento bastante complicado, fue el resultado.

—Regresó anoche mismo —explicó el rector, una vez concluidos los besos—: ha estado viajando tan rápido como le ha sido posible, las últimas mil millas aproximadamente, para poder asistir al cumpleaños de Silvia. Pero es muy madrugador, y me figuro que estará ya en la biblioteca. Acompañadme a verlo. Siempre es amable con los niños. Seguro que os cae bien.

—¿Ha venido también el *otdo pdofesod*? —preguntó Bruno con voz temerosa.

—Sí, llegaron juntos. El otro profesor es... bueno, es posible que él no os caiga tan bien. Es algo más «soñador», ¿sabéis?

—Ojalá Silvia fuera algo más soñadora —comentó Bruno.

—¿A qué te refieres, Bruno? —dijo Silvia.

Su hermano siguió dirigiéndose a su padre.

—Dice que no puede, ¿sabes? Pero yo *cdeo* que no es que no pueda, es que no quiere.

—¡Que no puede soñar! —repitió el perplejo rector.

—Eso dice —insistió Bruno—. Cuando le digo: «¡Dejemos ya las *lecciones!*», ella dice: «Oh, ¡eso *ni soñadlo!*».

—Siempre quiere dejar las lecciones —explicó Silvia— a los cinco minutos de haber empezado.

—¡Cinco minutos de lecciones al día! —dijo el rector—. ¡A ese ritmo no aprenderás mucho, jovencito!

—Eso es justo lo que dice Silvia —replicó Bruno—. Dice que no quiero *apdended* mis *lecciones*. Y yo le digo, una y *otda* vez, que no puedo *hacedlo*. ¿Y qué *cdees* que dice ella? Dice: «No es que no puedas, ¡es que no quieres!».

—Vayamos a ver al profesor —dijo el rector, evitando sabiamente continuar con la discusión. Los niños se bajaron de sus rodillas, cada uno de ellos agarró una mano, y el feliz trío echó a andar hacia la biblioteca, conmigo detrás. Para entonces, yo había llegado ya a la conclusión de que nadie (a excepción, durante unos breves momentos, del lord canciller) era capaz en absoluto de verme.

—¿Y qué le pasa? —preguntó Silvia, caminando de manera un poco más tranquila de lo normal, con idea de servir de ejemplo a Bruno, el cual no paraba de brincar al otro lado.

—Lo que le *pasaba*, aunque espero que ya esté recuperado, era lumbago, reumatismo y esa clase de cosas. Ha estado tratándose a sí mismo, ¿sabéis?: es un doctor muy sabio. De hecho, ha inventado tres nuevas enfermedades, ¡además de una

nueva forma de romperse la clavícula!

—¿Y es buena? —inquirió Bruno.

—Ah, esto... no mucho —dijo el rector, cuando entrábamos ya en la biblioteca—. Y aquí está el profesor. ¡Buenos días, profesor! ¡Espero que haya descansado bien tras su viaje!

Un hombre regordete y de aspecto jovial, ataviado con una toga floreada y con un libro de gran tamaño debajo de cada brazo, entró con paso presto por el extremo contrario de la sala, y empezó a cruzarla en línea recta sin reparar en los niños.

—Estoy buscando el tercer volumen —dijo—. ¿Por un casual no lo habrá visto?



—¡Es a mis hijos a quienes no está viendo usted, profesor! —exclamó el rector, agarrándolo por los hombros y dándole la vuelta para que los mirara.

El profesor se carcajeó con fuerza: después los observó atentamente a través de sus grandes anteojos, durante unos instantes, sin decir nada.

Finalmente, se dirigió a Bruno:

—Espero que hayas pasado una buena noche, hijo.

Bruno puso cara de desconcierto.

—He pasado la misma noche que usted —contestó—. ¡Sólo ha habido una desde

ayed!

Ahora fue el turno del profesor de parecer desconcertado. Se quitó los anteojos y los limpió con su pañuelo. Después volvió a mirar a los niños. Luego se giró hacia el rector.

—¿Son pupilos de alguien? —preguntó.

—No, no lo somos —saltó Bruno, el cual creía estar perfectamente capacitado para responder aquella pregunta él mismo.

El profesor meneó la cabeza apenado.

—¿Ni siquiera a media jornada?

—¿*Pod* qué íbamos a *sedlo* a media *jodnada*? —repuso Bruno—. ¡No somos ojos!

Pero para entonces el profesor ya se había olvidado por completo de ellos, y estaba hablando nuevamente con el rector.

—Le alegrará oír —decía— que el barómetro está empezando a moverse...

—Ah, ¿y en qué dirección? —contestó el rector, añadiendo hacia los niños—: Tampoco es que me importe. Lo que pasa es que él cree que afecta al tiempo. Es un hombre maravillosamente listo, ¿sabéis? A veces dice cosas que sólo es capaz de entender el otro profesor. ¡Y a veces dice cosas que *nadie* es capaz de entender! ¿Cuál es la dirección, profesor? ¿Arriba o abajo?

—¡Ninguna de las dos! —dijo el profesor, dando una suave palmada—. Se está poniendo de lado, si es que puede expresarse así.

—¿Y qué clase de tiempo produce eso? —indagó el rector—. ¡Atended, niños! ¡Vais a oír algo que vale la pena saber!

—Tiempo horizontal —señaló el profesor, y luego salió directo hacia la puerta, de tal modo que a puntísimo estuvo de pasarle por encima a Bruno, el cual logró apartarse de su camino por los pelos.

—¿Verdad que es sabio? —dijo el rector, siguiéndolo con la mirada, una llena de admiración—. Decididamente, ¡su nivel de conocimientos resulta arrollador!

—¡Pero no tenía *pod* qué *arolladme* a mí! —se quejó Bruno.

El profesor regresó enseguida: había cambiado su toga por una levita, y se había puesto un par de botas de aspecto muy extraño, que tenían unos paraguas abiertos en su parte superior.

—Pensé que os gustaría verlas —comentó—. ¡Éstas son botas para el tiempo horizontal!



—¿Pero de qué sirve llevar paraguas alrededor de las rodillas?

—Con lluvia normal —admitió el profesor no servirían de mucho. Pero si alguna vez lloviera en horizontal, no tendrían precio, ¿sabéis?... ¡sencillamente no tendrían precio!

—Llevad al profesor al salón del desayuno, niños —pidió el rector—. Y decidles que no me esperen. He desayunado temprano, pues tengo algunos asuntos que atender. —Los niños cogieron al profesor de las manos, con tanta familiaridad como si lo conocieran desde hace años, y lo guiaron con paso ligero fuera de la sala. Yo los seguí de manera respetuosa.

Capítulo 2

L'amie inconnue

Al tiempo que entrábamos en el salón del desayuno, el profesor decía: «... y ha desayunado por su cuenta, temprano: así que rogó que no lo esperara, *milady*. Por aquí, *milady* —añadió—, ¡por aquí!». ¡Y entonces, con (a mi modo de ver) una cortesía que sobraba completamente, abrió de golpe la puerta de mi compartimento, e hizo pasar a «¡... una joven y encantadora dama! —musité para mis adentros con cierta amargura—. Y esta es, por supuesto, la escena inicial del primer volumen. *Ella* es la heroína. Y *yo* soy uno de esos personajes secundarios que únicamente hacen acto de presencia cuando el desarrollo de su destino lo requiere, y cuya última aparición se da en el exterior de la iglesia, ¡mientras esperan para felicitar a la feliz pareja!».

—Sí, *milady*, el cambio es en Fayfield —fueron las siguientes palabras que oí (¡oh, ese jefe de tren excesivamente obsequioso!)—, la próxima estación no, la siguiente. —La puerta se cerró, la dama tomó asiento en su rincón y la monótona vibración de la locomotora (que le hacía a uno sentir como si el tren fuera un monstruo gigantesco, cuya circulación pudiera percibirse) anunció que retomábamos la marcha una vez más. «La dama tiene una nariz perfectamente formada —me descubrí diciendo para mis adentros—, ojos avellana, y labios...», y en ese momento se me ocurrió que ver, con mis propios ojos, qué aspecto tenía realmente «la dama», resultaría más satisfactorio que un montón de especulaciones.

Me giré con cuidado, y... mis esperanzas se vieron completamente truncadas. El velo, que le ocultaba el rostro entero, era demasiado grueso como para poder ver nada aparte del destello de unos ojos brillantes y el vago contorno de lo que tal vez fuera una encantadora cara ovalada, pero que también podía constituir, igual y desgraciadamente, una que no lo fuera en absoluto. Cerré los ojos de nuevo, diciéndome a mí mismo: «¡... no podía presentármeme mejor ocasión para un experimento telepático! Imaginaré su rostro y luego compararé el retrato con el original».

Al principio, ningún resultado coronó mis esfuerzos, aunque «dividí mi ángel mente» por aquí y por allá, de un modo que estaba seguro habría hecho a Eneas ponerse verde de envidia: pero el ovalo vislumbrado seguía tan provocadoramente vacío como siempre; una simple elipse, como de algún diagrama matemático, sin ni siquiera los focos a los que podría haberseles asignado los papeles de nariz y boca. De forma gradual, sin embargo, me entró la convicción de que era capaz, mediante una cierta concentración, de retirar mentalmente el velo, y obtener así un atisbo del

misterioso rostro; en relación con el cual las dos preguntas «¿es bella?» y «¿es poco agraciada?» continuaban aún en suspenso, en mi mente, en un hermoso equilibrio.

El éxito fue parcial —e intermitente—, aunque sí que hubo un resultado: de vez en cuando, el velo parecía esfumarse, en un súbito destello luminoso; pero antes de que pudiera apreciar el rostro, todo se volvía oscuro nuevamente. Con cada una de aquellas visiones fugaces, el rostro parecía tornarse más infantil e inocente y, cuando por fin logré eliminar por completo el velo con mi mente, se trataba, inconfundiblemente, ¡de la preciosa cara de la pequeña Silvia!

«¡De modo que, o bien he estado soñando con Silvia —me dije— y esta es la realidad, o he estado realmente con ella, y esto es un sueño! ¡Me pregunto si no será la propia vida un sueño!».

Para ocupar el tiempo, saqué la carta que me había hecho emprender aquel repentino viaje en tren desde mi hogar en Londres a un extraño pueblo de pescadores en la costa norte, y la leí entera una vez más:

Mi querido y viejo amigo:

Estoy seguro de que reunimos otra vez después de tantos años me supondrá un enorme placer; como seguramente lo será también para ti; y, por supuesto, me hallaré preparado para ofrecerte el beneficio de las habilidades médicas que poseo; mas, como sabes, ¡uno no debe violar la etiqueta profesional! Y tú estás ya en manos de un médico londinense de primera categoría, con el cual sería una total afectación por mi parte pretender competir. (No me cabe la menor duda de que tiene razón al afirmar que el corazón se halla afectado: todos tus síntomas apuntan en esa dirección). Hay una cosa, al menos, que ya he hecho en mi calidad de doctor: reservarte un dormitorio en la planta baja para que no tengas que subir las escaleras para nada.

Esperaré tu llegada en el último tren del viernes, según indica tu carta; y, hasta entonces, diré, como reza la vieja canción: «¡Oh, la noche del viernes! ¡Cuán lejos queda aún!».

Un abrazo,

Arthur Forester

P. D.: ¿Crees en el destino?

Aquella posdata me dejó profundamente desconcertado. «Es un hombre demasiado sensible —pensé para haberse vuelto un fatalista. ¿Mas qué otra cosa puede querer decir con eso?». Acto seguido, mientras doblaba la carta y la guardaba, repetí las palabras en voz alta de forma inadvertida:

—¿Crees en el destino?

La hermosa desconocida giró la cabeza enseguida ante la súbita pregunta.

—¡No, no creo! —dijo sonriendo—. ¿Y usted?

—¡No... no era mi intención hacerle esa pregunta! —tartamudeé, sorprendido por haber iniciado una conversación de un modo tan poco convencional.

La sonrisa de la dama mudó en risa: no una de burla, sino la risa de una niña feliz que se siente totalmente cómoda.

—¿Ah, no? —dijo—. ¿Entonces ha sido un caso de lo que ustedes los médicos llaman «cerebración inconsciente»?

—No soy médico —repuse—. ¿Acaso lo parezco? ¿O qué le hace pensar eso?

Ella señaló el libro que yo había estado leyendo, el cual descansaba de tal modo que su título, *Enfermedades cardíacas*, quedaba claramente a la vista.

—No hace falta ser médico —dije yo— para interesarse por los libros de medicina. Hay otra clase de lectores que encuentran en ellos un interés aún más profundo...

—¿Se refiere a los pacientes? —me interrumpió ella, mientras una expresión de tierna compasión confería una renovada dulzura a su semblante—. Pero —añadió con el evidente deseo de evitar un tema posiblemente doloroso— uno tampoco necesita serlo para interesarse por los libros de ciencia. ¿Qué contiene mayor cantidad de conocimientos científicos, en su opinión: los libros, o las mentes?

«¡Una pregunta bastante profunda para una dama!», me dije, dando por hecho, con el parecer tan natural para el hombre, que el intelecto de la mujer es esencialmente superficial. Consideré la cuestión un momento antes de responder:

—Si se refiere a mentes vivas, no creo que sea posible decidirlo. ¡Existe tanta ciencia escrita que nadie ha leído jamás; y hay tanta ciencia pensada que aún no ha sido escrita! Mas, si se refiere a toda la raza humana, entonces pienso que ganan las mentes: todo lo registrado en los libros debe haber estado antes en la mente de alguien, ya sabe.

—¿No recuerda eso un poco a una de las reglas del álgebra? —inquirió *milady*. «¡Álgebra también!», pensé yo cada vez más asombrado—. Quiero decir, si vemos los pensamientos como factores, ¿no podríamos decir que el mínimo común múltiplo de todas las mentes contiene el conocimiento de todos los libros, pero no al revés?

—¡Sin duda! —respondí, encantado con la ilustración—. ¡Y qué magnífico sería —continué ensimismado, pensando en voz alta más que hablando— que tan sólo pudiéramos aplicar esa regla a los libros! Como sabrá, para encontrar el mínimo común múltiplo, eliminamos una cantidad allí donde se presente, salvo en el término en el que se halla elevada a su potencia más alta. De manera que tendríamos que borrar todos los pensamientos escritos, a excepción de las frases en que cada uno de ellos estuviera expresado con la mayor intensidad.

Milady rio alegremente.

—¡Me temo que algunos libros quedarían reducidos a papel en blanco! —observó.

—Así es. La mayoría de las bibliotecas se verían terriblemente menguadas en *volumen*. ¡Pero considere tan sólo lo que ganarían en *calidad*!

—¿Y cuándo se hará eso? —preguntó ansiosa—. ¡Si existe posibilidad de que ocurra durante mi vida, creo que dejaré de leer, hasta ese momento!

—Bueno, quizá en otros mil años más o menos...

—¡Entonces no tiene sentido esperar! —dijo *milady*—. Tomemos asiento. Uggug, cielo, ¡ven y siéntate conmigo!

—¡Donde sea excepto a mi lado! —gruñó el subrector—. ¡El golfo siempre se las arregla para tirar su café! —Adiviné en el acto (como quizá el lector haya hecho también, si, como yo, es muy rápido sacando conclusiones) que *milady* era la esposa del subrector, y que Uggug (un niño gordo y feísimo, aproximadamente de la misma edad que Silvia, con la expresión de un cerdo campeón de un concurso de peso) era el hijo de ambos. Silvia y Bruno, junto con el lord canciller, completaban un grupo de siete personas.

—¿Y de verdad se daba usted un baño en piscina todas las mañanas? —preguntó el subrector, retomando al parecer una conversación con el profesor—. ¿Incluso en las pequeñas fondas para viajeros?

—¡Oh, desde luego, desde luego! —contestó el profesor con una sonrisa en su alegre semblante—. Permita que le explique. Se trata, de hecho, de un problema muy simple de hidrodinámica. (Lo cual quiere decir una combinación de agua y fuerzas). Si consideramos una piscina, y un hombre de gran fuerza (como es mi caso) que se dispone a zambullirse en ella, tenemos un ejemplo perfecto de esta ciencia. He de admitir —continuó el profesor, en tono más bajo y con la mirada gacha que necesitamos un hombre de fuerza excepcional. Debe ser capaz de elevarse desde el suelo de un salto hasta aproximadamente el doble de su propia altura, girando en el aire a medida que asciende, para así caer de cabeza.



—¡Pero entonces necesita una pulga, no un hombre! —exclamó el subrector.

—Disculpe —dijo el profesor—. Este tipo concreto de baño no se adapta a una pulga. Supongamos —prosiguió, doblando su servilleta en un elegante festón— que esto representa lo que quizá sea la gran necesidad de nuestra era: la Piscina Portátil del Turista Activo. Uno puede referirse a ella de manera abreviada, si lo desea —añadió mirando al canciller—, mediante la sigla PPTA.

El canciller, enormemente desconcertado por ver que todo el mundo se había vuelto hacia él, acertó tan sólo a decir, en un tímido susurro:

—¡Exactamente!

—Una gran ventaja de esta piscina —retomó el profesor su explicaciones que requiere solamente unos dos litros de agua...

—¡Yo no llamaría a eso piscina —observó su subexcelencia— a menos que su Turista Activo se sumerja por completo!

—Pero es que sí lo hace —contestó con suavidad el anciano—. El TA cuelga la PP de un clavo: así. Luego vacía la jarra de agua en ella; coloca la jarra vacía debajo de la bolsa; salta hacia arriba; desciende de cabeza en la bolsa; el agua se eleva a su alrededor hasta la boca de la bolsa; ¡y listo! —concluyó en tono triunfante—. ¡El TA se halla tan sumergido como si hubiera bajado a una o dos millas de profundidad en el Atlántico!

—Y se ahoga, digamos, en unos cuatro minutos...

—¡De ningún modo! —repuso el profesor con una sonrisa de orgullo—. Pasado un minuto aproximadamente, abre tranquilamente una espita en el fondo de la PP; toda el agua cae de nuevo en la jarra, ¡y listo otra vez!

—¿Pero cómo diantres va a lograr salir él de la bolsa?

—Esa, en mi opinión —dijo el profesor—, es la parte más hermosa de todo el invento. Por todo el interior de la PP, de la boca al fondo, hay anillas para los pulgares; de manera que es algo parecido a subir por unas escaleras, aunque quizá menos cómodo; y, para cuando el TA ha sacado todo el cuerpo de la bolsa, a falta de la cabeza, ha de caer necesariamente, de un modo u otro: la ley de la gravedad lo asegura. ¡Y ya está de vuelta en el suelo!

—Quizá un poco magullado, ¿no?

—Bueno, sí, un poco magullado; pero habiéndose dado su baño en piscina: eso es lo importante.

—¡Maravilloso! ¡Resulta casi imposible de creer! —musitó el subrector. El profesor lo tomó como un cumplido, e hizo una inclinación con una sonrisa agradecida.

—¡Es *totalmente* imposible de creer! —añadió *milady*, con la intención, sin duda, de hacer un cumplido aún mayor. El profesor se inclinó, pero esta vez *no* sonrió.

—Puedo asegurarle —dijo en actitud seria que, siempre y cuando estuviera montada, usaba la piscina todas las mañanas. Yo desde luego pedía que la montaran, de eso estoy convencido; mi única duda es si el hombre terminó de hacerlo alguna vez. Es difícil de recordar, después de tantos años...

En ese momento la puerta, de manera muy lenta y chirriante, empezó a abrirse, y Silvia y Bruno se levantaron de un brinco de sus asientos y corrieron al encuentro de aquellos familiares pasos.

Capítulo 3

Regalos de cumpleaños

—¡Es mi hermano! —exclamó el subrector, en un susurro de alarma—. ¡Suéltalo, date prisa!

La solicitud iba claramente dirigida al lord canciller, quien al instante respondió, con voz aguda y monocorde, como un niño que recitara el alfabeto:

—Como iba diciendo, subexcelencia, este movimiento portentoso...

—¡Has comenzado demasiado pronto! —interrumpió el otro, apenas capaz de mantener su voz en un susurro, tal era su excitación—. Es imposible que te haya oído. ¡Empieza otra vez!

—¡Como iba diciendo —salmodió el obediente lord canciller—, este movimiento portentoso ha adquirido ya las dimensiones de una revolución!

—¿Y cuáles son las dimensiones de una revolución? —La voz era afable y sosegada, y el rostro del alto y digno anciano, que acababa de entrar en la sala, llevando a Silvia de la mano, y con Bruno montado en actitud triunfante sobre su hombro, era demasiado noble y gentil para haber asustado a un hombre menos culpable: pero el lord canciller se puso pálido en el acto, y apenas pudo articular las palabras:

—¿Las dimensiones, ex... excelentísima? ¡M-m-me parece que no le comprendo!

—¡Pues el largo, el ancho y el grosor, si lo prefieres dicho así! —Y el anciano sonrió medio desdeñoso.

El lord canciller recuperó la compostura con gran esfuerzo, y señaló la ventana abierta.

—Si su excelentísima se detiene un momento a escuchar los gritos del exasperado populacho... —«¡Del exasperado populacho!», repitió el subrector en voz más alta, dado que el lord canciller, en el estado de terror absoluto en que se encontraba, había bajado la suya hasta casi un susurro comprenderá qué es lo que demandan.

Y en ese instante la sala se vio invadida por un clamor áspero y confuso, en el que las únicas palabras audibles eran: «¡Menos... pan! ¡Más... impuestos!». El anciano estalló en carcajadas.

—¿Pero qué...? —empezó a decir, pero el canciller no le oyó.

—¡Debe de ser un error! —farfulló, acercándose a toda prisa a la ventana, desde la que regresó enseguida con aire aliviado—. ¡Escuche ahora! —exclamó, manteniendo una mano en alto para mayor efecto. Y esta vez las palabras se oyeron con absoluta claridad, y con la precisión del tictac de un reloj: «¡Más... pan! ¡Menos... impuestos!».

—¡Más pan! —repitió el rector con asombro—. ¡Pero si la nueva panadería del Estado abrió hace sólo una semana, y di órdenes de vender el pan a precio de coste mientras dure la actual carestía! ¿Qué más pueden esperar que haga?

—¡La panadería está cerrada, æ'I! —dijo el canciller, más alto y claro de lo que había hablado hasta el momento. Lo había envalentonado el saber que a ese respecto, al menos, disponía de pruebas: entregó entonces al rector unos cuantos edictos que se encontraban preparados, junto con algunos libros abiertos de contabilidad, sobre una mesa auxiliar.

—¡Sí, sí, ya veo! —murmuró el rector, mientras los ojeaba con indiferencia—. ¡Una orden revocada por mi hermano, pero firmada supuestamente por mí! ¡Una práctica bastante artera! ¡Está bien! —añadió en tono más alto—. Llevan mi firma, de modo que los tomo como míos. Pero ¿qué quieren decir con «menos impuestos»? ¿Cómo pueden bajar más? ¡Abolí el último de ellos hace un mes!

—¡Ha sido restablecido, æ'l, y por propia orden de su æ'l! —dicho lo cual, presentó otros edictos para que los examinara.

El rector, al tiempo que echaba un vistazo a los papeles, hizo lo propio una o dos veces hacia el subrector, el cual había tomado asiento frente a uno de los libros de contabilidad abiertos, y se encontraba completamente absorto haciendo cuentas; pero el rector se limitó a repetir:

—Está bien. Acepto que son míos.

—Y dicen —continuó el canciller avergonzado, pareciendo más un ladrón convicto que un funcionario de Estado que un cambio de Gobierno, mediante la eliminación del subrector... quiero decir —se apresuró en añadir, al ver la expresión perpleja del rector—, la eliminación del *cargo* de subrector, y la concesión al actual titular del derecho a actuar como *vicerector* siempre que el rector se halle ausente... aplacaría todo este fraguado descontento. Digo... —añadió, mirando un papel que sostenía en su mano—... todo este *fragoso* descontento.

—Quince años —terció una voz profunda pero sumamente áspera lleva mi esposo ejerciendo de subrector. ¡Es demasiado! ¡Un tiempo excesivo! —*milady* era en todo momento una criatura enorme; pero cuando fruncía el ceño y cruzaba los brazos, como ahora, parecía más gigantesca que nunca, y le hacía a uno tratar de imaginar el aspecto que tendría un almiar fuera de sus casillas—. ¡Sería un destacado *óbice*! —continuó *milady*, que era demasiado estúpida como para darse cuenta de que había confundido la palabra—. ¡No ha habido *óbice* capaz de igualársele en Exotilandia en muchos y largos años!

—¿Y qué propones tú, cuñada? —inquirió en tono suave el rector.

Milady pataleó, lo cual fue indecoroso; y resopló, lo cual fue inelegante.

—¡No es algo para tomarse a risa! —vociferó.

—Lo consultaré con mi hermano —dijo el rector—. ¡Hermano!

—... y siete hacen ciento noventa y cuatro, que son dieciséis con dos peniques —respondió el subrector—. Anoto dos y me llevo dieciséis.

El canciller levantó las manos y las cejas, poseído por la admiración.

—¡Qué dedicación al trabajo! —murmuró.

—Hermano, ¿podría tener una charla contigo en mi estudio? —dijo el rector elevando el tono. El subrector se levantó con presteza, y ambos abandonaron juntos el salón.

Milady se giró hacia el profesor, el cual había destapado la tetera, y se encontraba tomándole la temperatura con su termómetro de bolsillo.

—¡Profesor! —saltó, de forma tan brusca y ruidosa que incluso Uggug, que se había dormido en su asiento, paró de roncar y abrió un ojo. El profesor se guardó el termómetro en el bolsillo en un momento, juntó las manos y ladeó la cabeza con una sonrisa dócil.

—Creo que antes del desayuno ha estado usted impartiendo unas lecciones a mi hijo, ¿no es cierto? —comentó *milady* con altanería—. Espero que su talento le haya impactado.

—¡Oh, muchísimo, *milady*, sin duda! —respondió a toda prisa el profesor, frotándose de forma inconsciente la oreja, mientras algún recuerdo doloroso parecía estar pasándole por la cabeza—. Su magnificencia me produjo un fuerte impacto, ¡se lo aseguro!

—¡Es un chiquillo encantador! —exclamó *milady*—. ¡Incluso sus ronquidos resultan más musicales que los de los demás muchachos!

En tal caso, pareció pensar el profesor, los ronquidos de los demás muchachos deben de ser algo demasiado horrible para poder soportarlo: pero era un hombre cauto, de modo que no dijo nada.

—¡Y es tan listo! —prosiguió *milady*—. Nadie disfrutará más de su charla... por cierto, ¿ha fijado ya la hora de la misma? Nunca ha dado una, ya sabe, y prometió hacerlo hace años, antes de que usted...

—Sí, sí, *milady*, ¡lo sé! Puede que el martes que viene... o el siguiente...

—Estupendo —dijo *milady*, de manera cortés—. Dejará que el otro profesor dé también una charla, por supuesto.

—Creo que no, *milady* —repuso el profesor con cierta vacilación—. Verá, siempre se pone de espaldas al público. No resulta ningún problema para recitar, pero para dar una charla...

—Tiene toda la razón —asintió *milady*—. Y, ahora que caigo, apenas habrá tiempo para más de una charla. Y la velada saldrá mucho mejor si comenzamos con un banquete, y un baile de disfraces...

—¡Desde luego que sí! —exclamó el profesor, entusiasmado.

—Yo iré de saltamontes —siguió diciendo tranquilamente *milady*—. ¿De qué irá usted, profesor?

El profesor sonrió lánguidamente.

—Yo iré de... ¡deprisa, *milady*, lo antes que pueda!

—No debe entrar antes de que las puertas se abran —advirtió *milady*.

—Me sería imposible hacerlo —dijo el profesor—. Discúlpeme un momento. Dado que es el cumpleaños de Silvia, me gustaría... —Se marchó de allí a toda prisa antes de terminar la frase.

Bruno empezó a hurgar en sus bolsillos, con gesto más y más triste por momentos; después se metió el dedo pulgar en la boca, y se quedó pensando durante un instante; luego abandonó la sala sin hacer ruido.

Apenas acababa de hacerlo cuando el profesor volvió, completamente sin aliento.

—¡Te deseo numerosos y felices regresos de este día, mi querida niña! —dijo a continuación, dirigiéndose a la jovencita sonriente que había corrido a su encuentro—. Permite que te haga un regalo de cumpleaños. Es un alfilerero de segunda mano, querida. ¡Sólo costó cuatro peniques y medio!

—¡Gracias, es precioso! —Y Silvia recompensó al anciano con un efusivo beso.

—¡Y los alfileres me los dieron gratis! —añadió el profesor con gran regocijo—. ¡Quince, y sólo uno torcido!

—¡Ese lo convertiré en un anzuelo! —dijo Silvia—. Para pescar a Bruno con él, ¡cuando huya de sus lecciones!

—¡No te imaginas cuál es mi regalo! —dijo Uggug, que había cogido la fuente de la mantequilla de la mesa y se había colocado a su espalda, con una expresión maliciosa en el rostro.

—No, no me lo imagino —contestó Silvia sin levantar la vista. Seguía examinando el alfilerero del profesor.

—¡Es este! —gritó el granuja, exultante, mientras vaciaba la fuente sobre la cabeza de la niña, y luego, con una gran sonrisa de placer ante su propio ingenio, miró a su alrededor a la espera de aplausos.

Silvia se fue poniendo colorada, a medida que se limpiaba la mantequilla del vestido; pero mantuvo los labios muy apretados y se alejó hasta la ventana, donde se quedó mirando al exterior, intentando tranquilizarse.

El triunfo de Uggug fue uno muy breve: el subrector había regresado, justo a tiempo de ser testigo de la trastada de su querido hijo, y un instante después un sopapo hábilmente propinado transformó la sonrisa gozosa en un aullido de dolor.

—¡Cariñito! —gritó su madre, rodeándolo con sus rechonchos brazos—. ¿Te has llevado un bofetón por nada? ¡Mi cosita bonita!

—¡No es por nada! —gruñó el enfadado padre—. ¿Es usted consciente, señora, de que soy yo el que paga las facturas de la casa, de una suma anual fija? ¡La pérdida de toda esa mantequilla desperdiciada recae sobre mí! ¿Me oye, señora?

—¡Cierre el pico, caballero! —*milady* habló en voz muy baja, casi en un susurro. Pero había algo en su mirada que lo hizo callar—. ¿Es que no ves que se trataba únicamente de una broma? ¡Y de una muy ingeniosa, además! ¡Tan sólo quería decirle que su amor por ella entenece su corazón como si estuviese hecho de mantequilla! ¡Y, en vez de alegrarse por el cumplido, esa cría rencorosa se ha ido enfurruñada!

El subrector era muy hábil cambiando de tema. Cruzó la sala hasta la ventana.

—Querida —dijo—, ¿es un cerdo eso que veo ahí abajo, hociqueando entre tus flores?

—¡Un cerdo! —chilló *milady*, corriendo como loca hasta la ventana, y casi apartando de un empujón a su marido, en sus ansias por mirar ella misma—. ¿De quién es? ¿Cómo ha entrado? ¿Adónde ha ido ese jardinero chiflado?

En ese momento Bruno entró de nuevo en la sala, y pasando por delante de Uggug (el cual estaba lloriqueando con todas sus fuerzas, con la esperanza de que alguien le hiciera caso) como si estuviera totalmente acostumbrado a ese tipo de cosas, corrió hasta Silvia y la rodeó con sus brazos.

—¡He ido a mi *admario* de juguetes —dijo con expresión muy apenada— para *ved* si había algo que pudiera *degaladte*! ¡Y no hay nada! ¡Están todos *dotes*, todos! ¡Y no me queda dinero para *compdadte* un *degalo* de cumpleaños, así que sólo puedo *dadte* esto! —(«Esto» fue un abrazo y un beso muy sentidos).

—¡Oh, gracias, cariño! —exclamó Silvia—. ¡Tu regalo es el que más me gusta de todos! —(mas, si así era, ¿por qué se lo devolvió con tanta rapidez?).

Su subexcelencia se giró y acarició las cabezas de ambos niños con sus largas y finas manos.

—¡Ahora marchaos, bonitos! —dijo—. Tenemos asuntos que discutir.

Silvia y Bruno se fueron cogidos de la mano pero, al llegar a la puerta, Silvia volvió otra vez y se acercó tímidamente a Uggug.

—No me importa lo de la mantequilla —dijo—, y... ¡y siento que te haya hecho daño! —Intentó que el pequeño rufián y ella se dieran la mano; pero Uggug se limitó a lloriquear con más fuerza y no quiso hacer las paces. Silvia se marchó de la sala dejando escapar un suspiro.

El subrector clavó una mirada furiosa en su lagrimeante hijo.

—¡Sal de aquí, jovenzuelo! —ordenó, tan alto como se atrevió. Su mujer seguía asomada a la ventana, sin dejar de repetir:

—¡No veo a ese cerdo! ¿Dónde está?

—Se ha movido a la derecha... ahora un poco a la izquierda —indicó el subrector, quien se encontraba no obstante de espaldas a la ventana, gesticulando hacia el lord canciller, señalando a Uggug y la puerta con múltiples y hábiles movimientos de cabeza y guiños.



El canciller entendió finalmente lo que le estaba diciendo y, tras cruzar la habitación, agarró al absorbente niño por la oreja; un instante después Uggug y él se encontraban fuera de la sala, y la puerta cerrada tras ellos; pero no antes de que un penetrante alarido resonara por todas partes y alcanzara los oídos de la cariñosa madre.

—¿Qué es ese espantoso ruido? —preguntó de manera impetuosa, girándose hacia su sobresaltado marido.

—Una hiena... o algo así —replicó el subrector, mirando al techo con aire indiferente, como si fuera allí donde se las encontrara habitualmente—. Pasemos al trabajo, querida. Aquí llega el rector. —Acto seguido recogió del suelo un pedazo extraviado de papel escrito a mano, en el que alcancé a leer únicamente las palabras: «... tras cuya debida celebración de elecciones los mencionados Sibimet y su esposa Tabikat pueden a su voluntad asumir imperial...», antes de estrujarlo en su mano, con expresión delatora.

Capítulo 4

Una hábil conspiración

El rector entró en ese momento, y a escasos pasos detrás de él venía el lord canciller, con el color un poco subido, falto de aliento y colocándose la peluca, la cual parecían haberle quitado parcialmente de la cabeza de un tirón.

—¿Pero dónde está mi precioso niño? —inquirió *milady*, mientras los cuatro tomaban asiento en la pequeña mesa auxiliar destinada a libros de contabilidad, legajos y facturas.

—Se fue hace unos instantes, con el lord canciller —explicó sucintamente el subrector.

—¡Ah! —contestó *milady*, sonriendo con gentileza hacia este alto funcionario—. ¡Su señoría sí que sabe cómo ganarse a los niños! ¡Dudo que nadie pudiera *tener de la oreja* a mi querido Uggug tan deprisa como lo ha hecho usted! —Para tratarse de una mujer tan rematadamente estúpida, los comentarios de *milady* estaban curiosamente llenos de significado: significados de los que ella misma era del todo inconsciente.

El canciller hizo una reverencia, pero con un aire de gran incomodidad.

—Creo que el rector se disponía a hablar —señaló, claramente ansioso por cambiar de tema.

Pero no iba a conseguir frenar a *milady*.

—Es un chico inteligente —continuó con entusiasmo ¡pero necesita a un hombre como su señoría para *abrirse*!

El canciller se mordió el labio y guardó silencio. Obviamente, temía que, por estúpida que pareciera, *milady* comprendiese lo que había dicho esta vez, y estuviera riéndose de él. Pero podría haberse ahorrado todas sus preocupaciones: fuesen cuales fuesen los significados accidentales de sus palabras, nunca iban con segundas.

—¡Todo está resuelto! —anunció el rector, sin perder el tiempo en preliminares—. La subrectoría ha sido suprimida, y mi hermano designado para actuar como vicerrector siempre que me halle ausente. De modo que, como voy a estar de viaje en el extranjero durante una temporada, asumiré sus nuevas funciones de inmediato.

—¿Entonces de veras habrá, después de todo, óbice? —inquirió *milady*.

—¡Así lo espero! —contestó el rector sonriente.

Milady pareció alegrarse mucho, y trató de aplaudir, pero si hemos de atender al ruido producido, tanto habría dado hacer chocar dos colchones de plumas entre sí.

—Cuando sea mi esposo óbice —dijo—, ¡será como si tuviésemos cien de ellos!

—¡Eso, eso! —exclamó el subrector.

—¡Pareces pensar que —observó *milady*— el que tu esposa diga la verdad es algo notable!

—¡No, no lo es en absoluto! —corrió a explicar su marido—. ¡Tú nunca dices nada notable, amor mío!

Milady sonrió en aprobación de la opinión de su esposo, y continuó:

—¿Soy entonces yo obicerrectora?

—Si decides emplear ese título... —asintió el rector—, pero el tratamiento apropiado será «excelencia». Y confío en que «sus excelencias» respetarán el acuerdo que he preparado. La disposición que más me preocupa es la siguiente —desenrolló un pergamino de gran tamaño y leyó en voz alta—: «Ítem: que trataremos con amabilidad a los pobres». El canciller lo redactó por mí —añadió, mirando al alto funcionario—. Supongo que la palabra «ítem» tiene un profundo significado legal, ¿no?

—¡Indudablemente! —contestó el canciller, vocalizando lo mejor que pudo mientras sujetaba una pluma con los labios. Estaba enrollando y desenrollando con nerviosismo varios otros pergaminos, y apartándolos para dejar sitio al que el rector acababa de pasarle—. Estos son simples borradores —explicó—: y, en cuanto agregue las correcciones finales... —dijo, revolviendo con gran escándalo los distintos rollos— un punto y coma o dos que he omitido por accidente... —aquí saltó a toda velocidad, pluma en mano, de una parte a otra del pergamino, extendiendo hojas de papel secante sobre sus correcciones— todo estará listo para firmar.

—¿No habría que leerlo antes en alto? —inquirió *milady*.

—¡No hace falta, no hace falta! —exclamaron al mismo tiempo el subrector y el canciller, con febril entusiasmo.

—En absoluto —convino el rector en tono suave—. Tu esposo y yo lo hemos revisado juntos. Establece que él ejercerá la total autoridad de rector, y que podrá disponer de la renta anual adscrita al cargo, hasta mi regreso o, de no producirse, hasta que Bruno alcance la mayoría de edad; y que entonces deberá ceder, a Bruno o a mí según sea el caso, la rectoría, la renta no gastada y el contenido del Tesoro, el cual ha de conservarse, intacto, bajo su cuidado.

Durante todo aquel rato el subrector se dedicó, con la ayuda del canciller, a cambiar los papeles de un lado a otro, y a señalar al rector el lugar donde había de firmar. Después firmó él mismo, y *milady* y el canciller añadieron sus nombres como testigos.

—Las despedidas, mejores cuanto más cortas —dijo el rector—. Todo está listo para mi viaje. Mis hijos están esperando abajo para decirme adiós. —Besó de forma solemne a *milady*, estrechó las manos de su hermano y del canciller, y se fue de la sala.

Los tres aguardaron en silencio hasta que el sonido de unas ruedas anunció que el rector se encontraba ya lo suficientemente lejos; entonces, para mi sorpresa, empezaron a carcajearse de manera incontrolable.

—¡Qué gran ardid, oh, qué gran ardid! —exclamó el canciller. Tras lo cual el vicerrector y él unieron sus manos y se pusieron a dar grandes brincos por la sala. *Milady* era demasiado digna para brincar, pero emitió una risa parecida al relincho de un caballo, y agitó su pañuelo sobre su cabeza: estaba claro para su muy limitado entendimiento que se había hecho algo muy inteligente, pero aún no sabía el qué.



—Dijiste que me lo contarías todo cuando se fuera el rector —señaló, tan pronto como logró hacerse oír.

—¡Y así será, Tabi! —contestó su esposo con afabilidad mientras retiraba el papel secante y mostraba los dos pergaminos que descansaban uno al lado del otro—. Este es el que leyó pero no firmó, ¡y este el que firmó pero no leyó! Ya has visto que estaba todo tapado, salvo el espacio donde había que firmar...

—¡Sí, sí! —interrumpió entusiasmada *milady*, y empezó a comparar los dos acuerdos—: «Ítem: que ejercerá la autoridad de rector, en ausencia de este». ¡Oh!, eso ha sido cambiado a «que será gobernador vitalicio absoluto, con el título de emperador, si es elegido por el pueblo para tal cargo». ¿¡Qué!? ¿Eres *emperador*, cielo?

—Aún no, querida —contestó el vicerrector—. Por el momento, no basta con enseñar este papel. Todo a su debido tiempo.

Milady asintió con la cabeza, y siguió leyendo:

—«Ítem: que trataremos con amabilidad a los pobres». ¡Eso se ha omitido por completo!

—¡Pues claro! —dijo su esposo—. ¡No vamos a preocuparnos por los miserables!

—Estupendo —contestó *milady*, con gran énfasis, y retomó de nuevo la lectura—: «Ítem: que el contenido del Tesoro sea conservado intacto». ¡Caramba, eso se ha cambiado a «estará a la absoluta disposición del vicerrector»! ¡Oh, Sibi, qué truco más astuto! ¡Sólo imagínatelo: todas las joyas! ¿Puedo ir a ponérmelas directamente?

—Esto... todavía no, amorcito —repuso de manera incómoda su esposo—. Entiende que la opinión pública aún no está del todo lista para ello. Debemos ir con tiento. Por supuesto tendremos el carruaje para nosotros de inmediato. Y yo tomaré el título de emperador tan pronto como podamos celebrar elecciones. Pero será difícil que toleren que usemos las joyas mientras sepan que el rector sigue vivo. Debemos extender el rumor de que ha muerto. Una pequeña conspiración...

—¡Una conspiración! —gritó contentísima la dama, dando palmas—. ¡Qué sorpresa, me encantan las conspiraciones! ¡Con lo interesantes que son!

El vicerrector y el canciller intercambiaron unos guiños.

—¡Que conspira todo lo que quiera! —susurró el astuto canciller—. ¡No hará ningún daño!

—¿Y la conspiración cuándo...?

—¡Chsss! —la cortó a toda prisa su marido al abrirse la puerta, por la cual entraron Silvia y Bruno, entrelazados en un tierno abrazo, este último sollozando convulsivamente, con el rostro hundido en el hombro de su hermana, y ella más seria y callada, pero con ríos de lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—¡No debéis llorar así! —dijo el vicerrector con severidad, mas sin causar efecto en los llorosos niños—. ¡Anímalos un poco! —le indicó a *milady*.

—¡Bizcocho! —murmuró para sí *milady* con gran decisión, cruzó la sala y abrió un armario, del cual regresó enseguida con dos trozos de bizcocho con pasas—.

¡Comed, y no lloréis! —fueron sus escuetas y sencillas órdenes, y los pobres niños se sentaron uno junto al otro, pero no parecían tener ganas de comer.

La puerta se abrió por segunda vez, o más bien la empujaron violentamente, en esta ocasión, cuando Uggug irrumpió como loco en la sala, gritando:

—¡Ya está aquí otra vez ese viejo pordiosero!

—No debe dársele comida... —empezó a decir el vicerrector, pero el canciller lo interrumpió:

—No se preocupe —dijo, en voz baja—: los criados ya han recibido órdenes.

—Está justo aquí abajo —señaló Uggug, que se había acercado a la ventana y estaba mirando al patio.

—¿Dónde, cielito? —dijo su cariñosa madre, arrojando sus brazos en torno al cuello del pequeño monstruito. Todos nosotros (excepto Silvia y Bruno, que no prestaban atención a lo que ocurría) la seguimos a la ventana. El viejo pordiosero levantó la vista hacia nosotros con ojos hambrientos.

—¡Sólo un mendrugo, alteza! —rogó. Era un anciano de rasgos apuestos, pero daba la triste impresión de estar enfermo y exhausto—. ¡Un mendrugo es lo que imploro! —repitió—. ¡Un simple mendrugo y un poco de agua!

—¡Aquí tienes agua, bébetela! —bramó Uggug, vertiendo una jarra de agua sobre la cabeza del viejo.

—¡Bien hecho, hijo! —gritó el vicerrector—. ¡Así es como hay que tratar a esa gente, para que aprenda!

—¡Qué niño más listo! —convino la vicerrectora—. ¿Verdad que es muy alegre?

—¡Que lo muelan a palos! —voceó el vicerrector, mientras el viejo pordiosero sacudía el agua de su capa raída y volvía a levantar la vista en actitud sumisa.

—¡Que le apliquen un atizador al rojo! —volvió a coincidir *milady*.

Posiblemente no hubiera a mano ningún atizador al rojo vivo, pero pasados unos momentos hicieron su aparición unos cuantos palos y unos rostros amenazadores que rodearon al pobre y viejo vagabundo, el cual, con silenciosa dignidad, les hizo señas para que no se acercaran.

—No hace falta que rompáis mis viejos huesos —dijo—. Me voy. ¡Ni un simple mendrugo!

—¡*Pobde, pobde* anciano! —exclamó una vocecilla a mi lado, medio ahogada en sollozos. Bruno estaba en la ventana, intentando arrojar por ella su trozo de bizcocho con pasas, pero Silvia lo detuvo.

—¡Le voy a *dad* mi *bicicocho*! —gritó Bruno, luchando con vehemencia por liberarse de los brazos de su hermana.

—¡Sí, sí, cariño! —le suplicó Silvia con delicadeza—. ¡Pero no lo tires por la ventana! Ya se ha ido, ¿no lo ves? Vayamos a buscarlo. —Y Silvia se lo llevó fuera de la sala sin que ningún otro de los presentes se diera cuenta, pues estaban totalmente absortos mirando al viejo pordiosero.

Los conspiradores volvieron a sus asientos y retomaron su conversación en voz

baja para que Uggug, que seguía aún en la ventana, no los oyera.

—Por cierto, el viejo acuerdo decía algo sobre que Bruno heredaría la rectoría —recordó *milady*—. ¿Cómo queda eso en el nuevo?

El canciller soltó una risita.

—Exactamente igual, palabra por palabra —dijo—, con una salvedad, *milady*. En vez de «Bruno», me he tomado la libertad de poner... —bajó la voz hasta un susurro — ¡de poner «Uggug», ya sabe!

—¡Uggug, cómo no! —exclamé, en un arranque de indignación que no pude seguir conteniendo. Pronunciar incluso aquella única palabra me resultó un esfuerzo titánico; mas, una vez proferido aquel grito, todo esfuerzo cesó de inmediato: la escena entera desapareció barrida por una ráfaga de viento y me vi incorporado en mi asiento, con la mirada fija en la joven dama del rincón opuesto del vagón, la cual se había levantado el velo del rostro, y me observaba con una expresión de divertida sorpresa.

Capítulo 5

El palacio de un pordiosero

Estaba seguro de haber dicho algo al despertar: el grito ronco y ahogado resonaba aún en mis oídos, incluso en caso de que la expresión de sobresalto de mi compañera de viaje no fuera prueba suficiente, pero ¿qué podía decir yo a modo de disculpa?

—Espero no haberla asustado —tartamudeé finalmente—. No tengo ni idea de qué he dicho. Estaba soñando.

—Ha dicho: «¡Uggug, cómo no!» —respondió la joven dama, con labios trémulos que se arqueaban con voluntad propia para formar una sonrisa, pese a todos los esfuerzos de ella por parecer seria—. Al menos, no lo dijo, ¡lo gritó!

—Lo lamento mucho —fue todo lo que pude decir, sintiéndome muy arrepentido e impotente. «¡Tiene los ojos de Silvia!», pensé para mis adentros, medio dudando si, incluso ahora, me encontraba realmente despierto. «Y esa dulce expresión de inocente asombro es también totalmente propia de ella. Pero Silvia no posee ese gesto resuelto y sereno en los labios, ni esa expresión distante de tristeza soñadora, como de alguien que ha sufrido un profundo pesar, hace largo tiempo...». Y la avalancha de divagaciones a punto estuvo de impedirme oír las siguientes palabras de la dama.

—Si hubiera tenido una novela de terror en las manos —continuó ella—, algo sobre fantasmas o dinamita, o asesinatos a medianoche, resultaría comprensible: esas historias no valen el chelín que cuestan a menos que le causen a uno pesadillas. Pero a decir verdad, refiriéndose únicamente a un tratado de medicina, sabe usted... —Y echó una mirada, con un lindo y desdeñoso encogimiento de hombros, al libro con el que me había quedado dormido.

Su simpatía, y total naturalidad, me dejó desconcertado durante unos instantes, aunque no había en la chiquilla (pues aparentaba ser, prácticamente, una chiquilla: imaginé que apenas habría cumplido los veinte años) ni el más leve dejo de insolencia, o descaro; era por completo la inocente franqueza de un visitante angelical, no familiarizado aún con las costumbres terrenales y los convencionalismos (o, si se prefiere, la barbarie) de la sociedad. «No obstante —cavilé—, en otros diez años, Silvia tendrá su aspecto, y hablará como ella».

—¿Entonces los fantasmas no le preocupan —me atreví a plantear—, a menos que sean verdaderamente aterradores?

—En efecto —asintió la dama—. Los fantasmas de tren corrientes... quiero decir, los fantasmas de la literatura de trenes corriente, son algo lamentable. Me siento inclinada a decir, con Alexander Selkirk^[*]: «¡Su mansedumbre resulta pasmosa!». Y nunca llevan a cabo ningún asesinato a medianoche. ¡No podrían «revolcarse en

sangre» para salvar sus vidas!

—«Revolcarse en sangre» es una frase muy expresiva, ciertamente. Me pregunto si es aplicable a cualquier fluido.

—Creo que no —contestó enseguida la dama, como si ya hubiera reflexionado sobre ello, hacía largo tiempo—. Ha de ser algo espeso. Por ejemplo, podría revolcarse en salsa de pan. Esta, al ser blanca, resultaría más apropiada para un fantasma, ¡suponiendo que quisiera revolcarse!

—¿Aparece algún fantasma realmente terrorífico en ese libro? —apunté.

—¿Cómo lo ha sabido? —exclamó con una franqueza de lo más cautivadora, y colocó el libro en mis manos. Lo abrí ansioso, con una excitación nada molesta (similar a la que despierta una buena historia de fantasmas) ante la «asombrosa» coincidencia de que hubiera adivinado tan inesperadamente el objeto de sus estudios.

Era un libro de cocina doméstica, abierto por el artículo «Salsa de pan».

Le devolví el libro, con expresión, supongo, algo perpleja, mientras la dama reía alegremente ante mi desconcierto.

—Es mucho más emocionante que algunos fantasmas modernos, ¡se lo aseguro! Encontré un fantasma el mes pasado... no hablo de un fantasma real en... en el mundo sobrenatural, sino en una revista. Era un fantasma absolutamente insulso. ¡No habría asustado ni a un ratón! ¡Ni siquiera se trataba de un fantasma al que uno le ofrecería una silla para sentarse!

«¡Ser un septuagenario, calvo y con anteojos tiene sus ventajas después de todo! —me dije—. En vez de un joven tímido y una doncella, intercambiando monosílabos con voz entrecortada entre terribles silencios, nos encontramos aquí con un anciano y una chiquilla, totalmente a sus anchas, ¡charlando como si se conociesen desde hace años!».

—¿Cree usted entonces —proseguí en voz alta— que en ocasiones deberíamos pedirle a un fantasma que se sentase? ¿Acaso poseemos autoridad alguna para ello? En Shakespeare, por ejemplo... ahí aparecen muchos... ¿hace Shakespeare alguna vez la acotación: «Cede una silla al fantasma»?

La dama adoptó una expresión intrigada y pensativa durante un instante: luego hizo un ademán de aplauso.

—¡Sí, así es! —gritó—. Le hace decir a Hamlet: «¡Descansa, descansa, espíritu turbado!».

—Y con eso, imagino, ¿se refiere a una butaca?

—A una mecedora americana, creo...

—¡Estación de Fayfield, *milady*, cambio de tren a Elveston! —anunció el jefe de tren, abriendo de golpe la puerta del vagón: y pronto nos encontramos, rodeados por todo nuestro equipaje, en el andén.

El alojamiento proporcionado a los pasajeros que esperaban en aquella estación de empalme resultaba claramente inadecuado: un único banco de madera, diseñado al parecer como asiento sólo para tres personas; e incluso este ya se encontraba ocupado

en parte por un hombre muy mayor, con blusa de obrero, que se hallaba sentado, con los hombros encorvados, la cabeza gacha y las manos aferradas a la cabeza de su bastón a modo de almohada para ese rostro arrugado y su gesto de paciente fatiga.

—¡Vamos, fuera de aquí! —abordó con rudeza el jefe de estación al pobre anciano—. ¡Lárgate, y deja sitio a tus mejores! ¡Por aquí, *milady*! —añadió en un tono completamente diferente—. Si la señora quiere sentarse, el tren llegará en pocos minutos. —El servilismo de su comportamiento se debía, sin duda, a la dirección que podía leerse en el montón de equipaje, que anunciaba que su dueña era «*lady* Muriel Orme, pasajera a Elveston, vía estación de Fayfield».

Mientras observaba al anciano levantarse con lentitud y alejarse renqueando por el andén unos cuantos pasos, acudieron a mis labios los versos:

De su lecho el monje se levantó, con
esfuerzo alzó sus rígidos miembros;
cien años teñían de albo color
su barba liviana y finos cabellos^[*].

Pero la dama apenas se percató del pequeño incidente. Tras una mirada al «desterrado», que permanecía apoyado de manera temblorosa sobre su bastón, se giró hacia mí.

—¡Esto no es una mecedora americana, ni mucho menos! Mas permita —dijo desplazándose un poco de su sitio, para hacer un hueco para mí a su lado—, permita que le diga, en palabras de Hamlet: «¡Descanse, descanse...» —calló entre risas argentinas.

—«... espíritu turbado!» —terminé la frase por ella—. Sí, ¡resulta una exacta descripción del viajero de ferrocarril! Y aquí hay un ejemplo de ello —añadí, cuando el pequeñísimo tren local se detuvo junto al andén, y los mozos empezaron a ir y venir afanosamente, abriendo las puertas de los vagones: uno de ellos ayudó al pobre anciano a subirse a un vagón de tercera clase, en tanto otro nos conducía con modales excesivamente obsequiosos a la dama y a mí a uno de primera.



Ella se detuvo un momento, antes de seguirlo, para observar los progresos del otro pasajero:

—¡Pobre anciano! —dijo—. ¡Qué débil y enfermo parece! Fue vergonzoso dejar que lo echaran de ese modo. Lo siento mucho... —Caí en la cuenta en ese momento de que aquellas palabras no iban dirigidas a mí, sino que ella estaba pensando en voz

alta, sin darse cuenta. Me aparté unos pasos y esperé a que subiera al vagón, donde retomé la conversación.

—Shakespeare debió de viajar en tren, aunque fuera únicamente en sueños: «espíritu turbado» es una frase realmente acertada.

—«Turbado» en referencia, sin duda —se reincorporó ella a la charla—, a los sensacionales libritos que suelen leerse principalmente en los trenes. El vapor, cuando menos, ¡ha servido para generar un tipo completamente nuevo de literatura inglesa!

—Sin duda —repetí yo—. El verdadero origen de todos nuestros libros de medicina... y de cocina...

—¡No, no! —interrumpió ella de manera jovial—. ¡No hablaba de *nuestra* literatura! Nosotros somos bastante atípicos. Pero las emocionantes novelitas románticas, en las que el asesinato aparece en la página quince, y la boda en la cuarenta, se deben con seguridad al vapor, ¿no le parece?

—Y cuando viajemos por medio de la electricidad, si me permite desarrollar su teoría, tendremos folletos en vez de libritos, y el asesinato y la boda se producirán en la misma página.

—¡Un desarrollo digno de Darwin! —exclamó la dama con entusiasmo—. Sólo que usted invierte su teoría. En vez de convertir un ratón en un elefante, ¡usted haría lo contrario! —Mas entonces nos metimos en un túnel, y yo me retrepé en mi asiento y cerré los ojos por un momento, tratando de recordar algunos de los incidentes de mi reciente sueño.

«Creí ver...», musité soñoliento, y entonces la frase insistió en conjugarse por sí sola, y pasó a «creíste ver... creyó ver...» y a la sazón se transformó en una canción:

Creyó ver un elefante
que alto un pífano tocaba;
mas luego advirtió que era,
de su esposa, una carta.
«Por fin me doy cuenta dijo—:
¡esta vida es bien amarga!».

¡Y menudo personaje disparatado cantaba tales disparates! Parecía tratarse de un jardinero; aunque uno loco, sin duda, por el modo en que blandía su rastrillo; más loco, por cómo, de tanto en tanto, rompía a bailar con frenesí; ¡más loco que nadie, por el alarido con el que profirió los últimos versos de la estrofa!

Hasta cierto punto estaba describiéndose a sí mismo, pues tenía los pies de un elefante: pero el resto de él era piel y hueso; y las briznas de paja suelta que le sobresalían por todas partes parecían indicar que en un principio llevaba esta metida bajo la ropa, y que prácticamente toda ella se le había salido ya.

Silvia y Bruno esperaron pacientemente hasta el final de la primera estrofa.

Entonces Silvia se aproximó sola (dado que a Bruno le había entrado una repentina vergüenza) y se presentó tímidamente diciendo:

—Disculpe, ¿me llamo Silvia!

—¿Y quién es esa otra cosa? —preguntó el jardinero.

—¿Qué cosa? —dijo Silvia, girándose—. Oh, ese es Bruno. Es mi hermano.

—¿Era tu hermano ayer? —inquirió el jardinero ansiosamente.

—¡Pues claro! —exclamó Bruno, que se había acercado poquito a poco, y al que no le gustaba nada que se hablara de él sin tomar parte en la conversación.

—¡Ah, bien! —dijo el jardinero con una especie de gruñido—. Aquí las cosas cambian así. ¡Cada vez que miro se ha transformado por fuerza en algo distinto! Pero a pesar de ello, ¡hago mi tarea! Me levanto a las cinco con el canto del gallo...

—Yo en su *lugad* —dijo Bruno— no me levantaría tan *tempdano*. ¡Es casi tan malo como *sed* el *pdopio* gallo! —añadió en voz baja hacia Silvia.

—Pero no deberías remolonear por la mañana, Bruno —replicó su hermana—. ¡Recuerda que pájaro durmiente, tarde hincha el vientre!

—¡Pues que lo haga el gallo, si quiere! —señaló Bruno bostezando ligeramente—. A mí no me gustan nada los gusanos. ¡*Siempde* me quedo en la cama hasta que el gallo se los ha comido todos!

—¡Qué cara tienes para contarme un cuento como ese! —exclamó el jardinero.

A lo cual Bruno contestó sabiamente:

—No hace falta *tened* cara para *contad* un cuento: sólo boca.

Silvia cambió discretamente de tema:

—¿Y ha plantado usted todas estas flores? —preguntó—. ¡Qué jardín más bonito ha creado! ¿Sabe qué?: ¡me gustaría vivir aquí siempre!

—En las noches de invierno... —empezó a decir el jardinero.

—¡Pero casi me olvido de a qué veníamos! —interrumpió Silvia—. ¿Podría, por favor, dejarnos salir al camino? Hay un pobre y viejo pordiosero que acaba de irse y que está muy hambriento; Bruno quiere darle su bizcocho, ¿sabe usted?

—¡Me debo a mi puesto de jardinero! —farfulló este, mientras sacaba una llave de su bolsillo y comenzaba a abrir una puerta en la tapia del jardín.

—¿Y cuánto debe? —quiso saber Bruno inocentemente.

Pero el jardinero se limitó a sonreír.



—¡Es un secreto! —contestó—. ¡Procurad volver pronto! —dijo a voces hacia los niños, cuando estos hubieron salido al camino. Tuve el tiempo justo para seguirlos a través de la puerta, antes de que la volviera a cerrar.

Avanzamos apresuradamente por el camino, y al poco vimos al viejo pordiosero, alrededor de un cuarto de milla por delante de nosotros, momento en que los niños echaron a correr para alcanzarlo. Se deslizaban ligeros y veloces sobre el suelo, y yo era incapaz de comprender en lo más mínimo cómo podía yo mantener su ritmo con tanta facilidad. Mas el problema sin resolver no me preocupaba tanto como podría haber sido el caso en otro momento, habiendo tantas otras cosas que demandaban mi atención.

El viejo pordiosero debía de estar muy sordo, ya que hizo caso totalmente omiso a los vehementes gritos de Bruno, y continuó andando con gran esfuerzo y agotamiento, sin detenerse ni un instante hasta que los niños se colocaron delante de él y le ofrecieron el trozo de bizcocho. El pobre chiquillo estaba completamente sofocado, y sólo pudo articular la palabra: «¡*Bicicocho!*!», no con la sombría decisión con la que la había pronunciado su excelencia de forma tan reciente, sino con una encantadora timidez infantil, levantando la vista hacia el rostro del anciano con ojos que amaban «al ratón como al león».

El anciano le quitó el bizcocho de las manos y lo devoró ansiosamente, como habría hecho una hambrienta bestia salvaje, mas no correspondió a su pequeño benefactor con ninguna palabra de agradecimiento; únicamente gruñó: «¡Más, más!», y clavó una mirada feroz en los niños, que se asustaron un poco.

—¡No hay más! —dijo Silvia con lágrimas en los ojos—. Yo me he comido el mío. Fue vergonzoso dejar que lo echaran de ese modo. Lo siento mucho...

No escuché el resto de la frase, pues mis pensamientos habían regresado, con gran sorpresa, a *lady* Muriel Orme, quien había pronunciado hacía nada aquellas mismas palabras de Silvia; así es, y con la misma voz de esta, ¡y con sus ojos amables y suplicantes!

—¡Seguidme! —fueron las siguientes palabras que oí, mientras el anciano movía una mano, con una elegancia majestuosa que no se correspondía con sus harapientas ropas, sobre un arbusto que se hallaba al borde del camino, el cual comenzó en el acto a hundirse en la tierra. En otro momento habría dudado de lo que veían mis ojos, o por lo menos sentido cierto asombro; pero, en aquella extraña escena, todo mi ser parecía absorbido por una intensa curiosidad respecto a qué sucedería después.

Cuando el arbusto desapareció por completo de nuestra vista, se reveló una escalera de mármol que descendía en la negrura. El anciano abrió la marcha, y nosotros lo seguimos expectantes.

La escalera estaba tan oscura, al principio, que únicamente me era posible ver las siluetas de los niños mientras, cogidos de la mano, bajaban a tientas en pos de su guía, pero cada vez fue habiendo más y más luz, un extraño resplandor argénteo, que parecía darse en el aire, ya que no había lámparas a la vista, y, cuando por fin

llegamos a una zona de suelo llano, la sala en la que nos encontramos estaba iluminada casi como a plena luz del día.

Era octogonal, con un esbelto pilar en cada ángulo, alrededor de los cuales había enroscadas colgaduras de seda. Las paredes entre los pilares estaban totalmente cubiertas, hasta una altura de unos dos metros, con enredaderas, de las que pendían gran número de frutas maduras y flores brillantes, que prácticamente tapaban las hojas. En otro lugar, tal vez, me habría maravillado ver frutas y flores creciendo juntas; allí, mi mayor asombro era que jamás había contemplado antes frutas o flores como aquellas. Por encima de ellas, cada muro albergaba una vidriera circular, y rematando todo había una cúpula que parecía estar cubierta por entero de joyas.

Con asombro escasamente menor, me giré hacia un lado y a otro, tratando de averiguar cómo habíamos logrado entrar en la sala, pues no había ninguna puerta y todas las paredes se hallaban cubiertas por las preciosas y tupidas enredaderas.

—¡Aquí estamos a salvo, queridos míos! —dijo el anciano, poniendo una mano sobre el hombro de Silvia, y agachándose para darle un beso. Silvia se apartó presurosa, con aire ofendido, pero un momento después, exclamando con alegría «¡Pero si es padre!», se había lanzado a sus brazos.

—¡Padre, padre! —repitió Bruno, y, mientras los felices niños recibían abrazos y besos, yo no pude hacer otra cosa que frotarme los ojos y decir: «¿Adónde han ido los harapos?», pues el anciano estaba vestido ahora con ropajes reales que centelleaban con joyas y bordados de oro, y llevaba ceñida en torno a la cabeza una corona del mismo metal precioso.

Capítulo 6

El guardapelo mágico

—¿Dónde estamos, padre? —susurró Silvia, abrazando con fuerza el cuello del anciano, y con su mejilla sonrosada apretada afectuosamente contra la de él.

—En Elfolandia, cariño. Es una de las provincias de Hadalandia.

—Pero yo creía que Elfolandia estaba lejísimos de Exotilandia, ¡y hemos recorrido una distancia ridícula!

—Vinisteis por el Camino Real, cielo. Sólo aquellos de sangre real pueden viajar por él, pero tú lo eres desde que me nombraron rey de Elfolandia, lo cual fue hace casi un mes. Enviaron dos embajadores para asegurarse de que su invitación, para ser su nuevo soberano, me llegara. Uno era un príncipe, de modo que pudo venir por el Camino Real, y hacerlo sin que nadie salvo yo lo viera; el otro era un barón, así que tuvo que viajar por el camino normal, y me imagino que aún no ha llegado.

—¿Entonces cuánto hemos viajado? —inquirió Silvia.

—Sólo unas mil millas, cielo, desde que el jardinero os abrió la puerta.

—¡Mil millas! —repitió Bruno—. ¿Puedo *comedme* una?

—¿Comerte una milla, pequeño granuja?

—No —corrigió Bruno—. Me *defiero* a si puedo *comedme* una de esas *fdutas*.

—Sí, hijo —asintió el padre—; entonces descubrirás cómo es el placer: el placer que todos ansiamos con tanta locura, ¡y disfrutamos con tanto pesar!

Bruno corrió entusiasmado a la pared y cogió una fruta cuya forma era similar a la de un plátano, pero que tenía el color de una fresa.

Se la comió con una sonrisa de felicidad que fue decayendo gradualmente, hasta convertirse, cuando se la hubo terminado, en un rostro verdaderamente apático.

—¡No sabe a nada! —se quejó—. ¡No notaba nada en la boca! Es un... ¿cómo era esa *palabda* tan difícil, Silvia?

—Era un flizz —contestó Silvia muy seria—. ¿Son todas así, padre?

—Lo son para vosotros, cariño, porque no pertenecéis a Elfolandia, todavía. Pero para mí son reales.

Bruno puso cara de extrañeza.

—¡*Pdobaré* con *otdo* tipo *Aefdutas*! —dijo, y se bajó de la rodilla del rey con un saltito—. Hay algunas a *dayas* muy bonitas, ¡como un *adcoiris*! —Se alejó a la carrera.

El rey feérico y Silvia conversaron mientras tanto, pero en un tono tan bajo que me era imposible captar las palabras; de modo que fui tras Bruno, el cual se hallaba cogiendo y comiendo otros tipos de fruta, con la vana esperanza de encontrar alguna

con sabor. Yo mismo intenté coger unas cuantas, pero era como tratar de asir el aire, así que me rendí al poco tiempo y regresé junto a Silvia.

—Míralo bien, cariño —estaba diciendo el anciano—, y dime si te gusta.

—¡Es realmente precioso! —exclamó Silvia con gran alegría—. ¡Bruno, ven a ver! —Lo sostuvo en alto, para que él pudiera verlo al trasluz: un guardapelo en forma de corazón, tallado aparentemente a partir de una única gema, de un vivo color azul, con una fina cadenita de oro unida a él.

—Es muy bonito —comentó Bruno en tono más serio, y empezó a deletrear unas palabras que tenía inscritas.

»Todos... *querán*... a... Silvia —logró por fin descifrar—. ¡Es *cierto*! —gritó, abrazándose con fuerza al cuello de su hermana—. ¡Todo el mundo quiere a Silvia!

—Pero nadie más que nosotros, ¿no es cierto, Bruno? —dijo el viejo rey, tomando el guardapelo—. Ahora, Silvia, mira esto. —Y le mostró, sobre la palma de su mano, un guardapelo de un intenso color carmesí, con la misma forma que el azul y, como este último, unido a una delicada cadenita de oro.

—¡Menuda preciosidad! —exclamó Silvia, juntando las manos extasiada—. ¡Mira, Bruno!

—¡Y este también tiene unas *palabras*! —señaló Bruno—. Silvia... *querá*... a... todos.

—Ahora ves la diferencia —dijo el anciano—: colores y palabras diferentes. Escoge uno de ellos, tesoro. Te daré el que más te guste.



Silvia susurró las palabras, varias veces, con una sonrisa pensativa, y entonces tomó su decisión.

—Es muy agradable que te quieran —apuntó—, ¡pero más aún querer a otras personas! ¿Puedo quedarme el rojo, padre?

El anciano no respondió, pero pude ver que sus ojos se llenaban de lágrimas cuando bajó la cabeza y apretó sus labios contra la frente de Silvia en un largo y cariñoso beso. Después abrió la cadenita y enseñó a su hija a ponérsela alrededor del cuello, y a esconderla bajo el de su vestido.

—Debes guardarlo —dijo en voz baja—, ¿entiendes?, y no dejar que otros lo vean. ¿Te acordarás de cómo se usa?

—Sí, me acordaré —aseguró Silvia.

—Y ahora, queridos míos, es hora de que regreséis, u os echarán en falta, ¡y entonces ese pobre jardinero se meterá en problemas!

Me asaltó nuevamente una sensación de desconcierto respecto a cómo íbamos a lograr regresar —pues daba por sentado que adonde quiera que fueran los niños, yo los acompañaría—, pero por sus mentes no pareció pasar ni la más mínima sombra de duda, mientras abrazaban y besaban a su padre, susurrando, una y otra vez: «¡Adiós, querido padre!». Y entonces, de forma veloz y repentina, la oscuridad de la medianoche pareció caer sobre nosotros, y a través de ella resonó de manera estridente una extraña y alocada canción:

Creyó ver a la repisa
un búfalo encaramado:
mas luego advirtió que era
sobrina de su cuñado.
«¡Si no te largas ya dijo—
la poli vendrá volando!».

—¡Ese era yo! —añadió el jardinero, mirándonos a través de la puerta entreabierta, mientras aguardábamos en el camino—. ¡Y es lo que habría hecho, tan seguro como que las patatas no son rábanos, si ella no se hubiera largado! Pero yo siempre he querido a mis allegados más que a nadie.

—¿Quiénes son tus allegados? —preguntó Bruno.

—¡Pues sea quien sea el que *ha llegado*, por supuesto! —respondió el jardinero—. Ya podéis pasar, si queréis.

Abrió la puerta de manera enérgica tras sus palabras y salimos un poco deslumbrados y aturdidos (al menos yo me sentí así) por la brusca transición de la penumbra del vagón de tren al intensamente iluminado andén de la estación de Elveston.

Un lacayo, vestido con una bonita librea, se acercó a nosotros y saludó respetuosamente con un toque de su sombrero.

—El coche está aquí, *milady* —dijo, haciéndose cargo del chal y los pequeños

bártulos que portaba *lady* Muriel, y esta, tras estrecharme la mano y desearme «¡Buenas noches!» con una agradable sonrisa, lo siguió.



Fue con una sensación de cierto vacío y soledad que me dirigí al furgón del que estaban sacando el equipaje, y, tras dar instrucciones de que mandaran mis cajas detrás de mí, me encaminé hacia la vivienda de Arthur, y la sensación de soledad no tardó en desaparecer ante la calurosa bienvenida que me brindó mi viejo amigo y la confortable calidez y la alegre luz de la salita de estar a la que me hizo pasar.

—Pequeña, como ves, pero más que suficiente para los dos. Siéntate en el sillón, viejo amigo, ¡y deja que te eche otro vistazo! Pues, ciertamente, ¡sí se te ve un poco abatido! —dijo, y adoptó un solemne aire profesional—. Prescribo ozono, *quantum sufficit*; disipación social, *fiant pilulae quam plurimae*^[*]: ¡tómense, en banquetes, tres veces al día!

—¡Pero doctor! —protesté—. ¡La alta sociedad no «recibe» tres veces al día!

—¡Eso es lo que usted se cree! —contestó alegremente el joven médico—. En casa, tenis sobre hierba, tres de la tarde. En casa, pisolabis, cinco de la tarde. En casa, música (en Elveston no se invita a cenar), ocho de la tarde. Carruajes a las diez. ¡Ahí lo tiene!

Parecía muy agradable, hube de admitir.

—Y ya conozco a algunas damas locales —añadí—. Una de ellas venía en mi mismo vagón.

—¿Cómo era? Tal vez pueda identificarla.

—Se llamaba *lady* Muriel Orme. En cuanto a cómo era... bueno, muy hermosa, en mi opinión. ¿La conoces?

—Sí... la conozco. —Y el serio doctor se ruborizó ligeramente al añadir—: Sí, coincido contigo. Es realmente hermosa.

—¡Casi me enamoro perdidamente de ella! —Proseguí con picardía—. Hablamos...

—¡Cena algo! —Interrumpió Arthur con aire de alivio, cuando la criada entró con la bandeja. Y resistió firmemente todos mis intentos de volver al tema de *lady* Muriel hasta que la tarde prácticamente se hubo agotado. Entonces, cuando nos hallábamos sentados contemplando el fuego y la conversación derivaba en silencio, realizó una apresurada confesión.

—No tenía intención de contarte nada sobre ella —dijo (sin dar ningún nombre, ¡como si no hubiera más que una «ella» en el mundo!)— hasta que la hubieras visto algo más y te hubieras formado una opinión propia; pero de algún modo me lo sonsacaste. Y no le dicho una palabra de esto a nadie más. ¡Pero a ti sí puedo confiarte un secreto, viejo amigo! ¡Así es! Lo que supongo dijiste en broma, ¡es cierto en mi caso!

—¡No fue nada más que eso, créeme! —dije con sinceridad—. ¡Cielo santo, hombre, si le triplico la edad! Pero si es tu elegida, entonces no me cabe duda de que no hay persona más buena...

—... ni dulce —continuó Arthur—, ni pura, ni abnegada, ni sincera, ni... —y calló bruscamente, como si no pudiera confiar en sí mismo para seguir hablando sobre una cuestión tan sagrada y preciosa. Sobrevino el silencio: y yo me recosté en mi sillón, adormilado, con la cabeza llena de radiantes y hermosas escenas de Arthur y su amada, y de toda la paz y la felicidad que les estaban reservadas.

Me los imaginé paseando juntos, tranquila y amorosamente, bajo un dosel de árboles, en un precioso jardín de su propiedad, y recibiendo la bienvenida de su fiel jardinero, a su vuelta de alguna breve excursión.

Parecía bastante natural que este último se sintiera desbordado de gozo ante el regreso de un señor y una señora tan encantadores —¡y qué aspecto más extrañamente infantil tenían! Podría haberlos confundido con Silvia y Bruno—; ¡pero menos natural que lo expresara con bailes tan alocados y canciones tan delirantes!

Creyó ver una serpiente que
en griego lo interrogaba;
mas luego advirtió que era
un jueves de otra semana.
«¡Lo que sí lamento —dijo
es que ahora ya no habla!».

... y menos natural que nada que el vicerrector y *milady* se encontraran a mi lado, hablando acerca de una carta abierta que el profesor, quien aguardaba en actitud dócil a pocos metros, acababa de entregarle.

—Si no fuera por esos dos mocosos —lo oí murmurar, mientras observaba de manera fiera a Silvia y Bruno, los cuales se encontraban escuchando educadamente la canción del jardinero no habría problema alguno.

—Oigamos otra vez esa parte de la carta —dijo *milady*. Y el vicerrector leyó en alto:

—«... y por ello le rogamos gentilmente que acepte la corona, para la cual ha sido elegido de manera unánime por el Consejo de Elfolandia; y que permita que su hijo Bruno (cuya bondad, inteligencia y belleza han llegado a nuestros oídos) sea considerado príncipe heredero».

—¿Y cuál es el problema? —preguntó *milady*.

—¿Pero es que no lo ves? El embajador que trajo esto está esperando en palacio y verá con seguridad a Silvia y a Bruno, y entonces, cuando vea a Uggug, y recuerde todo eso de «bondad, inteligencia y belleza», está claro que...

—¿Y dónde es posible encontrar un muchacho mejor que Uggug? —interrumpió *milady* indignada—. ¿O uno más listo, o encantador?

A todo lo cual el vicerrector respondió simplemente:

—¡No seas tonta, y deja de decir sandeces! Nuestra única oportunidad es que no vea a esos dos mocosos. Si eres capaz de lograrlo, puedes dejarme el resto a mí. Yo le haré creer que Uggug es un dechado de inteligencia y todo eso.

—Está claro que tenemos que cambiarle el nombre por el de Bruno, ¿no? —aventuró *milady*.

El vicerrector se frotó la barbilla.

—¡Hum! ¡No! —dijo cavilante—. No serviría. El niño es tan rematadamente idiota que jamás aprendería a contestar a él.

—¡Cómo que idiota! —gritó *milady*—. ¡No es más idiota que yo!

—Tienes razón, querida —contestó en tono sedante el vicerrector—. ¡Desde luego que no!

Milady se quedó contenta.

—Vayamos a recibir al embajador —dijo, y llamó con un gesto al profesor—. ¿En qué sala está esperando? —demandó.

—En la biblioteca, señora.

—¿Y cómo ha dicho usted que se llamaba? —preguntó el vicerrector.

El profesor consultó una tarjeta que sostenía en la mano.

—Su adiposidad el barón Doppelgeist.

—¿Por qué se presenta con un nombre tan raro? —dijo *milady*.

—Le fue imposible cambiárselo durante el viaje —respondió mansamente el profesor— porque venía cargado.

—Ve tú a recibirlo —le indicó *milady* al vicerrector— y yo me ocuparé de los

niños.

Capítulo 7

La embajada del barón

Empecé a seguir al vicerrector pero, tras pensarlo mejor, fui en pos de *milady*, pues sentía curiosidad por ver cómo se las iba a arreglar para mantener a los niños fuera de la vista.

La encontré con la mano de Silvia cogida en una de las suyas, mientras con la otra le acariciaba el cabello a Bruno de un modo de lo más tierno y maternal: ambos niños parecían desconcertados y un poco asustados.

—Queridos míos —estaba diciendo—, ¡he estado planeando una cosita que os va a gustar! El profesor os acompañará a dar un largo paseo por el bosque esta hermosa tarde: ¡llevaréis una cesta con comida y haréis un pequeño picnic junto al río!

Bruno dio un brinco y aplaudió.

—¡Qué chuli! —gritó—. ¿*Veddad*, Silvia?

Esta, que seguía aún con cara de cierta sorpresa, levantó los labios para dar un beso.

—Muchas gracias —dijo de corazón.

Milady volvió la cabeza para ocultar la amplia sonrisa triunfante que se extendió de un lado a otro de su enorme faz, como una onda en un lago.

—¡Pequeños bobos! —murmuró para sí, mientras se dirigía con paso resuelto al palacio. Yo la seguí al interior.

—Efectivamente, excelencia —estaba diciendo el barón cuando entramos en la biblioteca—. Toda la infantería se hallaba bajo mi mando. —Se giró, y fue debidamente presentado a *milady*.

—¿Un héroe bélico? —dijo esta. El rechoncho hombrecito puso una sonrisilla tonta.

—Bueno, así es —respondió, agachando modestamente la mirada—. Mis ancestros fueron todos célebres por su genio militar.

Milady sonrió gentilmente.

—Se trata a menudo de algo hereditario —comentó—; igual que el amor por la repostería.

El barón pareció ofenderse ligeramente, y el vicerrector cambió de tema de manera sutil.

—La cena estará pronto lista —dijo—. ¿Me concede el honor de acompañar a su adiposidad a la habitación de invitados?

—¡Desde luego, desde luego! —asintió con entusiasmo el barón—. ¡Nunca se debe hacer esperar a la cena! —Dicho lo cual, salió de la sala casi al trote siguiendo

al vicerrector.

Regresó tan rápido que este último apenas tuvo tiempo de explicarle a *milady* que su comentario acerca de «el amor por la repostería» había sido...

—... desafortunado. Tendrías que haber visto a la legua —añadió— que estaba dándose aires de importancia. ¡Genio militar, sí, claro! ¡Bah!

—¿Está lista ya la cena? —inquirió el barón, entrando con paso presto en la sala.

—En escasos minutos —repuso el vicerrector—. Entretanto, demos una vuelta por el jardín. Me estaba usted contando —prosiguió, mientras el trío salía del palacio— algo acerca de una gran batalla en la que usted se encontraba al mando de la infantería...

—Cierto —asintió el barón—. El enemigo, como iba diciendo, nos superaba ampliamente en número, pero yo marché con mis hombres directamente al corazón de... ¿qué es eso? —exclamó el héroe bélico en tono agitado, colocándose detrás del vicerrector, cuando una extraña criatura se lanzó como loca hacia ellos, blandiendo una pala.

—Sólo es el jardinero —respondió el vicerrector en tono alentador—. Es totalmente inofensivo, se lo aseguro. ¡Escuche, está cantando! Es su pasatiempo favorito.

Y una vez más volvieron a oírse aquellas agudas notas discordantes:

Creyó ver bajar de un
bus a un empleado de banca;
mas luego advirtió que era
un hipopótamo: «¡Hala!
Si a cenar viniese —dijo—
¡no dejaría migaja!».

Tiró la pala y empezó a bailar de manera desenfrenada, chasqueando los dedos, y repitiendo, una y otra vez:

¡No dejaría migaja!
¡No dejaría migaja!



El barón pareció de nuevo ligeramente ofendido, pero el vicerrector se apresuró a explicar que la canción no se refería a él, y que, de hecho, no tenía ningún sentido.

—No ha querido decir nada con ella, ¿verdad que no? —Se dirigía al jardinero, que había terminado su canción y permanecía en equilibrio a la pata coja, mirándolos con la boca abierta.

—Nunca quiero decir nada —contestó el jardinero, y en aquel momento apareció por suerte Uggug, y le dio un nuevo giro a la conversación.

—Permítame presentarle a mi hijo —dijo el vicerrector; añadiendo, en un susurro—, ¡uno de los muchachos más sobresalientes y listos que jamás ha habido! Trataré de que le demuestre parte de su inteligencia. Sabe todo lo que los demás muchachos desconocen, y en tiro con arco, pesca, pintura y música, sus dotes son... pero júzguelo usted mismo. ¿Ve aquella diana de allí? Va a dispararle una flecha. Querido muchacho —dijo a continuación en voz alta—, a su adiposidad le complacería verte disparar. ¡Traed el arco y las flechas de su alteza!

Uggug puso una cara de gran enfurruñamiento cuando le entregaron el arco y la flecha, y se preparó para el disparo. Nada más salir volando el proyectil, el

vicerector propinó un fuerte pisotón en la punta del pie al barón, que profirió un grito de dolor.

—¡Diez mil perdones! —exclamó el vicerector—. Di un paso atrás por la emoción. ¡Mire! ¡Ha dado en el blanco!

El barón clavó una mirada atónita.

—¡Sostenía el arco con tamaña torpeza que parecía imposible! —musitó. Pero no había ninguna duda: allí estaba la flecha, ¡justo en el centro de la diana!

—El lago está ahí al lado —dijo a continuación el vicerector—. ¡Traed la caña de pescar de su alteza! —Y Uggug sujetó la caña de malísima gana, y dejó colgando la mosca sobre el agua.

—¡Tiene un escarabajo en el brazo! —chilló *milady*, pellizcando el brazo del pobre barón más fuerte que si diez langostas se lo hubieran atenazado a la vez con sus pinzas—. Esa variedad es venenosa —explicó—. ¡Pero qué lástima! ¡Se ha perdido cómo sacaba el pez del agua!

Un enorme bacalao muerto yacía en la orilla, con el anzuelo en la boca.

—Siempre había creído —comentó el barón entre titubeos— que los bacalao eran peces de agua salada.

—No en este país —señaló el vicerector—. ¿Vamos adentro? Hágale alguna pregunta a mi hijo de camino... ¡sobre cualquier tema que guste! —Y el malhumorado muchacho recibió un violento empujón al frente para que caminara al lado del barón.

—Podría decirme su alteza —empezó cautelosamente el barón— ¿cuál sería el total de siete por nueve?

—¡Tuerza a la izquierda! —chilló el vicerector, adelantándose con aspereza para indicar el camino, de forma tan brusca que chocó con su desafortunado invitado, el cual cayó pesadamente de bruces al suelo.

—¡Cuánto lo lamento! —exclamó *milady*, mientras su esposo y ella lo ayudaban a ponerse de nuevo en pie—. ¡Mi hijo se disponía a decir «sesenta y tres» cuando se ha caído!

El barón no dijo nada: estaba cubierto de polvo y parecía muy dolorido, tanto física como emocionalmente. No obstante, una vez que lo llevaron adentro, y tras darle un buen cepillado, las cosas tomaron mejor cariz.

La cena se sirvió a su debida hora, y cada nuevo plato parecía acrecentar el buen humor del barón, mas todos los esfuerzos para que expresase su opinión sobre la inteligencia de Uggug fueron vanos, hasta que el interesante muchacho abandonó la sala, y se le vio por la ventana abierta rondando el jardín con un cestillo, el cual estaba llenando de ranas.

—¡Cómo le gusta la historia natural a mi cariñito! —dijo la madre de su adorado hijo—. ¡Ahora díganos, barón, qué opina de él!

—Para ser totalmente franco —dijo el cauto barón—, me gustaría disponer de unas pocas pruebas más. Creo que mencionó sus dotes para la...

—¿Música? —terminó la frase el vicerrector—. ¡Oh, es sencillamente un prodigio! Tocará el piano para usted. —Se acercó a la ventana—. Ug... quiero decir, ¡muchacho! Ven un segundo, ¡y trae al maestro de música contigo! Para pasarle las páginas de la partitura —agregó como explicación.



Como Uggug ya había llenado su cesto de ranas, no puso objeción alguna, y al

poco se presentó en la sala, seguido de un hombrecillo de aspecto intratable, que preguntó al vicerrector:

—¿Qué música fa a queueg?

—La sonata que su alteza toca tan deliciosamente —dijo el vicerrector.

—*Tsu alteza* no tiene... —empezó a decir el maestro de música, pero fue bruscamente interrumpido por el vicerrector.

—¡Silencio, señor! Vaya a pasarle las hojas de la partitura a su alteza. Querida — a la vicerrectora—, ¿le mostrarás qué hacer? Y mientras tanto, barón, yo le enseñaré un mapa sumamente interesante que tenemos... ¡de Exotilandia, Hadalandia y ese tipo de cosas!

Para cuando *milady* regresó de explicarle las cosas al maestro de música, el mapa había sido colgado, y el barón se encontraba ya bastante desconcertado por el hábito del vicerrector de señalar un lugar mientras decía a voces el nombre de otro.

El que *milady* se uniera, y se pusiese a señalar otros lugares y a gritar otros nombres, sólo empeoró la situación, y el barón finalmente, desesperado, se puso a señalar lugares por sí mismo, y preguntó de manera apocada:

—¿Es esa gran mancha amarilla Hadalandia?

—Sí, así es —dijo el vicerrector—, y quizá podrías dejarle caer sutilmente —le susurró a *milady*— que emprenda el viaje de vuelta mañana. ¡Come como un tiburón! ¡Que yo lo mencionara resultaría escasamente apropiado!

Su esposa captó la idea, y al momento empezó a soltar indirectas de lo más sutiles y delicadas.

—¡Pero mire qué corta es la vuelta a Hadalandia! ¡Si saliera mañana por la mañana, llegaría allí en poco más de una semana!

El barón puso cara de incredulidad.

—Venir me ha llevado un mes entero —dijo.

—¡Pero se tarda mucho menos en regresar, ¿sabe?!

El barón miró en busca de apoyo al vicerrector, quien se mostró inmediatamente de acuerdo con su esposa.

—Puede volver cinco veces en el tiempo que le llevó venir una sola... ¡si sale mañana por la mañana!

Mientras ocurría todo aquello, la sonata resonaba por la sala. El barón no pudo evitar admitir para sí que la interpretación estaba siendo magnífica, pero sus intentos de captar el más mínimo atisbo del joven músico fueron inútiles. Cada vez que estaba a punto de lograr verlo, el vicerrector o su esposa se colocaban inevitablemente en medio, señalando algún nuevo punto del mapa, y ensordeciéndolo con algún nuevo nombre.

Finalmente se dio por vencido, deseó buenas noches de forma apresurada y abandonó la sala, al tiempo que su anfitrión y anfitriona intercambiaban miradas victoriosas.

—¡Qué habilidad! —gritó el vicerrector—. ¡Qué plan más astuto! ¿Pero qué

significa todo ese jaleo de pasos en las escaleras? —Entreabrió la puerta, miró afuera y añadió en tono de consternación—: ¡Están bajando las cajas del barón!

—¿Y a qué viene ese estruendo de ruedas? —gritó *milady*, y echó un vistazo por entre las cortinas de la ventana—. ¡El carruaje del barón está aquí! —gimió.

En aquel momento la puerta se abrió: un rostro gordo y furioso se asomó por ella; una voz, ronca por la ira, bramó:

—¡Mi habitación está llena de ranas; me marchó! —La puerta volvió a cerrarse.

Y la noble composición seguía todavía sonando en la sala, pero era la magistral ejecución de Arthur la que originaba los ecos y me conmovía la misma alma con la delicada música de la inmortal *Sonata Pathétique*; y no fue hasta que hubo expirado la última nota que el cansado pero feliz viajero fue capaz de pronunciar las palabras «¡Buenas noches!» e ir en busca de su muy necesitada almohada.

Capítulo 8

Un paseo en león

El día siguiente transcurrió de manera fugaz y bastante agradable; dediqué parte en instalarme en mi nuevo alojamiento y parte en pasear por el vecindario, bajo la guía de Arthur, e intentar formarme una idea general de Elveston y sus habitantes. Al dar las cinco, Arthur propuso —esta vez sin vergüenza alguna— que lo acompañara hasta el Hall a fin de que pudiera conocer al earl de Ainslie, quien lo había alquilado para pasar la estación, y me reencontrara con su hija *lady* Muriel.

Mi primera impresión del distinguido y digno pero aun así amistoso anciano fue del todo favorable, y la genuina satisfacción visible en el rostro de su hija, cuando me recibió con las palabras «¡este sí que es un placer inesperado!», resultó un verdadero consuelo para cualquier remanente de vanidad personal que los fracasos y decepciones de muchos y largos años, y la lucha constante con un mundo cruel, hubieran dejado en mí.

Advertí, no obstante, y lo hice con agrado, indicios de un sentimiento que iba mucho más allá de un mero aprecio cordial en su encuentro con Arthur —aunque esto sucedía, según colegí, prácticamente a diario—, y la conversación que mantuvieron, en la que el earl y yo participamos sólo de manera ocasional, tuvo lugar con una comodidad y una espontaneidad difícil de encontrar salvo entre amigos que han mantenido una relación muy larga, y, dado que sabía que no se habían conocido por un periodo mayor que el verano que estaba rondando ya el otoño, no me cupo duda de que el «Amor», y sólo él, podía ser la explicación del fenómeno.

—¡Qué conveniente sería —comentó entre risas *lady* Muriel, a propósito de mi insistencia en ahorrarle la molestia de llevar una taza de té al earl, quien se encontraba en la otra punta de la habitación— que las tazas de té no pesaran nada! ¡Puede que entonces se les permitiera a las damas, sólo a veces, transportarlas en trayectos cortos!

—No resulta difícil imaginar una situación —dijo Arthur— en la que las cosas necesariamente no tendrían peso, en relación unas con otras, aun manteniendo cada una de ellas su peso usual, si se la considerase de manera aislada.

—¡Qué terrible paradoja! —exclamó el earl—. Díganos cómo sería posible. Nunca lo adivinaremos.

—Bien, imagine esta casa, tal cual, situada a unos cuantos miles de millones de millas por encima de un planeta, y con ninguna otra cosa lo bastante cerca como para perturbarla; no hay duda de que cae hacia el planeta, ¿cierto?

El earl asintió con la cabeza.

—Desde luego... aunque tardaría varios siglos en hacerlo.

—¿Y habría té de las cinco mientras tanto? —dijo *lady* Muriel.

—Eso y otras cosas —señaló Arthur—. Los ocupantes vivirían sus vidas, crecerían y morirían, ¡y la casa seguiría cayendo, cayendo, cayendo! Pero en cuanto al peso relativo de las cosas: nada puede ser pesado, ya saben, salvo si intenta caer, y algo se lo impide. ¿Están todos de acuerdo?

Todos lo estábamos.

—Entonces, si cojo este libro y lo sostengo con el brazo extendido, está claro que siento su peso. Está tratando de caer y yo se lo impido. Y, si lo suelto, cae al suelo. Pero si estuviéramos todos cayendo a la vez, no podría tratar de caer más rápido, ¿comprenden?, ya que, si lo suelto, ¿qué otra cosa podría hacer sino caer? Y, como mi mano estaría cayendo también, a la misma velocidad, nunca la abandonaría, pues eso supondría adelantarla en la carrera. ¡Y jamás podría rebasar el suelo, también en caída!

—Lo entiendo con claridad —dijo *lady* Muriel—, ¡pero resulta mareante pensar en cosas así! ¿Cómo puede obligarnos a ello?

—Hay una idea más curiosa todavía —me atreví a decir—. Supongamos un cordel atado a la casa, desde abajo, y del que tira alguien en el planeta. Entonces, por supuesto, la propia casa va más deprisa que su ritmo natural de caída, pero los muebles, junto con nuestros nobles cuerpos, seguirían cayendo a su antigua velocidad, ¡por lo que se quedarían atrás!

—Subiríamos hasta el techo, prácticamente —apuntó el earl—. Lo cual acarrearía de manera inevitable una conmoción cerebral.

—Para evitar eso —dijo Arthur—, habría que fijar los muebles al suelo, y atarnos nosotros a ellos. Entonces el té de las cinco podría tener lugar tranquilamente.

—¡Con un pequeño inconveniente! —interrumpió *lady* Muriel de modo alegre—. Tendríamos que agarrar las tazas para que bajaran con nosotros, pero ¿qué hay del té?

—Me había olvidado del té —confesó Arthur—. Eso, sin duda, subiría hasta el techo... ¡a no ser que decidiera beberse en mitad de la ascensión!

—Lo cual, me parece, ¡resulta suficientemente absurdo por un rato! —dijo el earl—. ¿Qué noticias nos trae este caballero del gran mundo londinense?

Aquello me metió en la conversación, la cual adquirió entonces un tono más convencional. No mucho después, Arthur dio la señal para nuestra partida, y en el frescor de la tarde fuimos paseando hasta la playa, disfrutando del silencio, roto únicamente por el murmullo del mar y la distante música de una canción de pescadores, casi tan lejana como nuestra última y agradable charla.

Nos sentamos entre las rocas, junto a una pequeña charca, tan rica en vida animal, vegetal y zoófita —o sea cual sea la palabra adecuada que me quedé absorto en su contemplación, y, cuando Arthur sugirió regresar a nuestro domicilio, le rogué que me dejara allí un poco más para observar y meditar a solas.

La canción de los pescadores se escuchaba cada vez más cerca y clara, a medida

que su barca se aproximaba a la playa, y habría bajado para verlos descargar su flete de pescado si el microcosmos a mis pies no hubiera excitado aún más mi curiosidad.

Un viejo cangrejo, que no cesaba de moverse frenéticamente de un lado a otro de la charca, me tenía particularmente fascinado: existía una cierta vacuidad en sus ojos fijos y una violencia sin sentido en su comportamiento que recordaba, de manera irresistible, al jardinero que se había hecho amigo de Silvia y Bruno; mientras lo miraba, llegaron a mis oídos las notas con que concluía la melodía de su alocada canción.

El silencio que se produjo a continuación se vio roto por la dulce voz de Silvia:

—¿Podría dejarnos salir al camino, por favor?

—¡¿Qué?! ¿Para ir otra vez tras ese viejo pordiosero? —gritó el jardinero, que se puso a cantar:



Creyó ver un gran canguro
que molía en molinillo:
mas luego advirtió que era
un tónico en comprimidos.
«Si lo tomara —saltó—
¡me pondría muy malito!».

—No queremos que se tome nada —explicó Silvia—. No tiene hambre. Pero

queremos ir a verlo. Así que, ¿sería tan amable de...?

—¡Pues claro! —respondió de inmediato el jardinero—. Yo siempre soy amable. Nunca soy desagradable con nadie. ¡Ya está! —Y abrió la puerta de un tirón, dejándonos salir al polvoriento y amplio camino.

No tardamos en encontrar el arbusto que se había hundido en la tierra de forma tan misteriosa, y allí Silvia extrajo el guardapelo mágico de su escondite, le dio la vuelta en su mano con aire pensativo y finalmente se dirigió a Bruno con un cierto tono de impotencia:

—¿Qué era lo que teníamos que hacer con él, Bruno? ¡Se me ha olvidado por completo!

—¡Bésalo! —era la invariable receta de Bruno en casos de duda y dificultad. Silvia lo besó, pero no dio ningún resultado—. *Fdótalo al devés* —fue su siguiente sugerencia.

—¿Al revés cómo? —inquirió Silvia de manera muy lógica. El plan obvio era intentarlo de las dos maneras.

Frotarlo de izquierda a derecha no produjo ningún efecto visible.

De derecha a izquierda...

—¡Oh, para, Silvia! —gritó Bruno repentinamente alarmado—. ¿Qué es lo que pasa?

Esto se debía a que varios árboles, en la ladera de la colina vecina, estaban subiendo lentamente por ella, en solemne procesión, al tiempo que un apacible arroyuelo, que había estado fluyendo a nuestros pies un momento antes, formando pequeñas ondas, comenzó a crecer, a espumar, a silbar y a burbujear, de un modo verdaderamente alarmante.

—¡*Fdótalo de otda* manera! —chilló Bruno—. ¡*Pdueba de ariba* abajo! ¡*Core!*

Fue una feliz idea. Frotarlo de arriba a abajo surtió efecto, y el paisaje, que había estado mostrando signos de enajenación mental en diversas direcciones, regresó a su estado normal de sobriedad; a excepción de un ratoncillo de color pardoamarillento, que seguía correteando como loco por el camino, en una y otra dirección, meneando enérgicamente la cola como un pequeño león.



—Sigámoslo —dijo Silvia, y esta resultó ser también una idea acertada. El ratón se puso en el acto a trotar con un paso ceremonioso, cuyo ritmo podíamos seguir sin dificultad. El único fenómeno que me produjo un cierto desasosiego fue el rápido aumento de tamaño de la pequeña criatura que estábamos siguiendo, que se parecía más y más a un verdadero león a cada momento que pasaba.

Pronto la transformación se hubo completado, y un noble león aguardaba

pacientemente a que lo alcanzáramos. Ningún miedo pareció pasar por la mente de los niños, que le dieron suaves palmadas y lo acariciaron como si se tratase de un poni de las islas Shetland.

—¡Ayúdame a *subid!* —gritó Bruno. Y un momento después Silvia lo levantó hasta el ancho lomo de la mansa bestia, y ella se sentó detrás de él, de lado. Bruno llenó ambas manos de melena y simuló guiar a aquel nuevo tipo de corcel—. *¡Are!* —aquello pareció bastar a modo de indicación verbal: el león inició al instante un medio galope tranquilo y pronto nos vimos en el corazón del bosque. Y digo «nos vimos», pues tengo la seguridad de que yo los acompañaba, aunque me siento totalmente incapaz de explicar cómo me las arreglé para mantener el ritmo de un león a dicho aire. Pero ciertamente yo era parte del grupo cuando nos topamos con un viejo pordiosero que estaba cortando leña, y a cuyos pies el león hizo una profunda reverencia, momento en el cual los niños desmontaron y se lanzaron a los brazos de su padre.

—¡De mal en peor! —dijo el anciano para sí en tono caviloso cuando los niños hubieron terminado su relato, algo confuso, de la visita del embajador, construido sin duda a partir del rumor general, pues ellos no lo habían visto en persona—. *¡De mal en peor!* Ese es su destino. Lo veo, pero no puedo alterarlo. El egoísmo de un hombre mezquino y artero, de una mujer ambiciosa y necia, de un niño lleno de rencor y falto de amor... todos llevan en una dirección: *¡de mal en peor!* Y vosotros, queridos míos, debéis sufrirlo por algún tiempo, me temo. Empero cuando las cosas estén peor que nunca, podéis acudir a mí. Es poco lo que puedo hacer de momento...

Tras recoger un puñado de polvo y tirarlo al aire, pronunció lenta y solemnemente unas palabras que asemejaban ser un encantamiento, mientras los niños observaban en un silencio atemorizado:

Que el engaño, el rencor, la ambición
duerman en la noche de la razón,
¡hasta que la flaqueza sea fuerza;
las tinieblas, fulgor;
y todo mal se invierta!

La nube de polvo se extendió por el aire, como si estuviera viva, adoptando formas curiosas que cambiaban sin cesar.

—*¡Está fodmando letdas! ¡Y palabdas!* —susurró Bruno, agarrándose, un poco asustado, a Silvia—. *¡Pero no consigo leedlas!* ¡Hazlo tú, Silvia!

—Lo intentaré —contestó Silvia con gravedad—. Espera un momento... si tan sólo pudiera distinguir esa palabra...

—*¡Me pondría muy malito!* —aulló una voz disonante en nuestros oídos.

«Si lo tomara —saltó—
¡me pondría muy malito!».

Capítulo 9

Un bufón y un oso

Así es, nos encontrábamos en el jardín una vez más, y, para escapar de aquella horrible voz disorde, corrimos a entrar en palacio, y nos vimos en la biblioteca; Uggug estaba lloriqueando, el profesor de pie a su lado con aire desconcertado, y *milady*, abrazada al cuello de su hijo, repetía, una y otra y otra vez:

—¿... y le han puesto unas lecciones muy difíciles? ¡Ay, mi cielito!

—¿A qué se debe todo este jaleo? —demandó el vicerrector con enfado, entrando con paso resuelto en la sala—. ¿Y quién ha colocado el perchero ahí? —Dicho lo cual colgó su sombrero sobre Bruno, quien se encontraba en medio de la sala, demasiado pasmado por el súbito cambio de escenario como para hacer intento alguno de quitárselo pese a que le resbaló hasta los hombros, lo que le confirió un aspecto similar al de una pequeña vela con un gran apagador encima.

El profesor explicó apaciblemente que su alteza había tenido el refinado gusto de decir que no tomaría sus lecciones.

—¡Atiende a tus lecciones ahora mismo, jovenzuelo! —rugió el vicerrector—. ¡Y toma esto! —y un resonante sopapo mandó al desafortunado profesor dando tumbos por la sala.

—¡A la dama de la corte apelo! —balbuceó el pobre anciano, mientras caía, medio desmayado, a los pies de *milady*.

—¿Que le corte el pelo? ¡No faltaba más! —contestó ella, lo levantó hasta una silla y le colocó un antimacasar alrededor del cuello—. ¿Dónde están las tijeras?



El vicerrector, entretanto, había logrado agarrar a Uggug, y lo fustigaba con su paraguas.

—¿Quién ha dejado este clavo suelto en el suelo? —vociferó—. ¡Yo digo que hay que clavarlo! ¡Hay que clavarlo! —Uggug recibió un golpe tras otro, entre doloridas contorsiones, hasta que cayó berreando al suelo.

Después su padre se volvió hacia la escena del «corte de pelo» que estaba siendo representada, y empezó a carcajearse.

—¡Perdón, querida, no puedo evitarlo! —dijo tan pronto como pudo hablar—. ¡Mira que eres burra! ¡Dame un beso, Tabi!

Y lanzó sus brazos en torno al cuello del aterrorizado profesor, el cual profirió un alarido, pero me fue imposible ver si recibió el beso amenazado o no, pues Bruno, que para entonces ya se había librado de su apagavelas, salió corriendo precipitadamente de la sala, seguido por Silvia; y yo tenía tanto miedo de ser dejado a solas entre todas aquellas locas criaturas que los seguí a toda prisa.

—¡Debemos ir con padre! —jadeó Silvia, mientras atravesaban el jardín a la

carrera—. ¡Estoy segura de que las cosas están peor que nunca! ¡Pediré al jardinero que nos deje salir otra vez!

—¡Pero no podemos *haced* todo el camino a pie! —se quejó Bruno de manera lastimera—. ¡Ojalá *teniéramos* un *carnaje*, como el de tío!

Y se oyó la familiar voz, estridente y exaltada:

Creyó ver junto a su cama un
carruaje (a la espera),
mas luego advirtió, no obstante,
que era un oso sin cabeza.
«¡Pobre! —dijo—. ¡Criaturita!
¡Está esperando la cena!».

—¡No, no puedo dejaros salir de nuevo! —dijo, antes de que los niños tuvieran oportunidad de hablar—. ¡El vicerrector me echó un buen rapapolvo la última vez! ¡Así que largo! —Y, dándoles la espalda, empezó a cavar de manera frenética en mitad del paseo de gravilla, sin parar de cantar:

«¡Pobre! —dijo—. ¡Criaturita!
¡Está esperando la cena!»,

pero en un tono más musical que los ensordecedores alaridos con los que había empezado.

La música se escuchaba con mayor intensidad y sonoridad por momentos; otras voces masculinas se unieron al estribillo, y al poco oí el golpe fuerte y sordo que indicaba que la barca había alcanzado



la playa, y el áspero rechinar de los guijarros cuando los hombres la arrastraron tierra adentro. Yo desperté de mis ensoñaciones, y, tras echarles una mano en tirar de su barca, permanecí allí un rato más para verlos descargar un buen surtido de los duramente ganados «tesoros de las profundidades».

Cuando por fin llegué a nuestro domicilio me sentía cansado y soñoliento, y bastante contento de instalarme de nuevo en el sillón, al tiempo que Arthur se dirigía hospitalariamente a su armario para servirme un poco de bizcocho y vino, sin los cuales, declaró, no podía, como médico, permitir que me fuera a la cama.

¡Y cómo chirriaba la puerta de aquel armario! Estaba claro que no podía ser Arthur quien lo abría y cerraba a cada segundo, se movía sin descanso de acá para allá, ¡y murmuraba como en un soliloquio de una reina de tragedia!

No, era una voz femenina. También la figura —parcialmente oculta por la puerta del armario era femenina, enorme e iba ataviada con un vestido holgado. ¿Podría tratarse de la dueña de la casa? La puerta se abrió, y un extraño hombre entró en la habitación.

—¿Qué está haciendo esa mema? —dijo para sí, deteniéndose un instante, aterrado, en el umbral.

La dama, a la que se había referido de manera tan ruda, era su esposa. Esta había abierto uno de los armarios y se encontraba de espaldas a él, alisando una hoja de papel de estraza sobre uno de los estantes, y susurrando para ella misma: «¡Así, así! ¡Qué habilidad! ¡Qué plan más astuto!».

Su amante esposo se acercó sigilosamente por detrás de ella y le dio un golpecito

en la cabeza.

—¡Te pillé! —le gritó a la oreja, en actitud juguetona—. Nunca vuelvas a decir que no pillo ningún chiste.

Milady se retorció las manos.

—¡Descubierta! —gimió—. Pero todavía... ¡no, es uno de los nuestros! ¡No cuentas nada, oh, esposo! ¡Aún no es el momento!

—¿Contar el qué? —replicó este último con irritación, cogiendo la hoja de papel de estraza—. ¿Qué escondes aquí, esposa mía? ¡Insisto en saberlo!

Milady bajó la mirada, y habló con una vocecilla minúscula.

—¡No te rías, Benjamín! —rogó—. Es... es... ¿no lo entiendes? ¡Es una daga!

—¿Y para qué la quieres? —dijo con sorna su excelencia—. ¡Sólo tenemos que hacer que la gente *crea* que está muerto! ¡No tenemos que matarlo de verdad! ¡Además, está hecha de hojalata! —gruñó, doblando desdeñosamente la hoja con el pulgar—. Bien, señora, sea buena y explíquese. Primero, ¿por qué me llamas Benjamín?

—¡Es parte de la conspiración, amor! Uno debe tener un alias, ¿sabes?...

—¡Oh, así que un alias! ¡Vaya! Y segundo, ¿con qué objeto compraste esta daga? Venga, ¡nada de evasivas! ¡No puedes engañarme!

—Lo compré con... con el ob-objeto... —tartamudeó la conspiradora cazada, tratando de poner la expresión asesina que había estado ensayando frente al espejo—. Con...

—¡Con qué objeto, señora!

—¡Pues con dieciocho peniques, ya que necesitas saberlo, querido! Con ese objeto lo compré, por mi...

—¡No me sueltes ahora «por mi honor te lo juro»! —refunfuñó el otro conspirador—. ¡Con eso no llega ni para la mitad de lo que cuesta!

—Por mi *cumpleaños* —concluyó *milady* en un humilde susurro—. Uno debe tener una daga, ¿sabes? Es parte de la...

—¡Oh, no hables tú de conspiraciones! —la cortó violentamente su esposo, tirando la daga al interior del armario—. Sabes tanto de dirigir una conspiración como una gallina. Lo primero que hay que hacer es conseguir un disfraz. ¡Mira esto!

Y con comprensible orgullo se ciñó el gorro y los cascabeles, y el resto del disfraz de bufón, le guiñó un ojo a su esposa y preguntó con ironía:

—¿Doy el pego o no?

Los ojos de *milady* brillaron con absoluto entusiasmo conspirativo.

—¡Totalmente! —exclamó, dando palmadas—. ¡Tienes todo el aspecto de un payaso!

El «payaso» sonrió con recelo. No estaba completamente seguro de si aquello era un halago o no.

—¿Quieres decir un bufón? Sí, esa era mi intención. ¿A que no te imaginas cuál es tu disfraz? —Y procedió a deshacer el paquete, mientras la dama lo observaba

extasiada.

—¡Oh, qué maravilla! —gritó, cuando el disfraz estuvo por fin extendido—. ¡Un disfraz espléndido! ¡De mujer esquimal!

—¡Cómo que de esquimal! —bramó el otro—. Toma, pónelo, y mírate en el espejo. ¿Pero es que no ves que es un oso? —El vicerrector calló de repente, al oírse una áspera voz que aullaba:

«Mas luego advirtió, no obstante,
que era un oso sin cabeza».

Pero se trataba únicamente del jardinero, que estaba cantando bajo la ventana abierta. El vicerrector se acercó de puntillas a la ventana y la cerró sin hacer ruido, antes de atreverse a seguir hablando.

—Sí, querida, un oso: ¡pero espero que no sin cabeza! Tú eres el oso, y yo el cuidador. Y si alguien nos reconoce, ¡será sólo porque tiene una vista muy aguda!

—Tendré que practicar un poco la forma de andar —dijo *milady*, mirando a través de la boca del oso—: ya sabes que al principio es imposible no comportarse un poco como un humano. Y por supuesto dirás: «¡Arriba, Bruin^[*]!», ¿a que sí?

—¡Por supuesto que sí! —contestó el cuidador, agarrando la cadena que colgaba del collar del oso con una mano, mientras con la otra hacía restallar un pequeño látigo—. Ahora da una vuelta a la habitación bailando un poco. Muy bien, querida, muy bien. ¡Arriba, Bruin!

¡Arriba te digo!



Uggug, que acababa de entrar en la habitación, logró oír estas últimas palabras proferidas a voces por su padre, y se encontraba ahora con los brazos extendidos y los ojos y la boca abiertos de par en par: la viva imagen de la estupefacción.

—¡Santo cielo! —fue todo lo que pudo decir, casi sin aliento.

El cuidador fingió estar ajustándole el collar al oso, lo cual le dio la oportunidad de susurrar, sin que Uggug lo oyera:

—¡Me temo que es culpa mía! Olvidé por completo cerrar la puerta. ¡Si lo descubre, arruinará el complot! Sigue con la farsa uno o dos minutos más. ¡Muéstrate fiero! —Entonces, mientras aparentaba estar tirando de él con todas sus fuerzas, dejó que «el animal» avanzara hacia el asustado muchacho; *milady*, con un aplomo admirable, siguió gruñendo de un modo que ella creía sin duda daba impresión de ferocidad, aunque en realidad se parecía más al ronroneo de un gato, y Uggug salió huyendo de la habitación tan deprisa que tropezó con la alfombra, y se le oyó caer fuera con pesadez; un accidente al que ni siquiera su madre amantísima prestó atención, en el calor del momento.

El vicerrector cerró la puerta con cerrojo.

—¡Basta de disfraces! —jadeó—. No hay un instante que perder. Está claro que traerá al profesor, y a él, sabes, ¡no podremos engañarlo! —Un minuto después los disfraces se hallaban escondidos en el armario, la puerta abierta y los dos conspiradores sentados amorosamente uno al lado del otro en el sofá, hablando con

aire muy serio sobre un libro que el vicerrector había cogido a toda prisa de la mesa, y que resultó ser el callejero de la capital de Exotilandia.

La puerta se abrió, de manera muy lenta y cautelosa, y el profesor atisbó el interior de la habitación, mientras la estúpida cara de Uggug asomaba justo a su espalda.

—¡Qué hermosa distribución! —estaba diciendo el vicerrector con entusiasmo—. Como ves, preciosa mía, hay quince casas en la calle Verde antes de torcer por la calle Oeste.

—¡Quince casas! ¿Es eso posible? —contestó *milady*—. ¡Pensaba que eran catorce! —Y tan concentrados estaban ambos en aquella interesante cuestión, que ninguno de los dos levantó siquiera la vista hasta que el profesor, llevando a Uggug de la mano, estuvo prácticamente frente a ellos.

Milady fue la primera en percatarse de su acercamiento.

—¡Pero si está aquí el profesor! —exclamó en un tono sumamente apático—. ¡Y también mi tesoro! ¿Habéis terminado con las lecciones?

—¡Ha ocurrido algo extraño! —comenzó a decir el profesor con voz trémula—. Su exaltada obesidad —este era uno de los muchos títulos de Uggug— me cuenta que acaba de ver, en esta misma habitación, ¡un oso bailarín y un bufón de la corte!

El vicerrector y su esposa se sacudieron entre convincentes risas.

—¡En esta habitación no, querido! —dijo la cariñosa madre—. Llevamos una hora o más aquí sentados, leyendo... —dijo, en referencia al libro en su regazo—. Leyendo el... el callejero.

—¡Deja que te tome el pulso, hijo mío! —solicitó el preocupado padre—. Ahora saca la lengua. ¡Ah, lo que pensaba! Tiene un poco de fiebre, profesor, y ha sufrido una pesadilla. Métralo en la cama inmediatamente y dele un jarabe que le baje la temperatura.

—¡No lo *soñao*! —protestó su exaltada obesidad, mientras el profesor lo conducía afuera.

—¡Eso es un error de gramática, señor! —señaló su padre con cierta severidad—. Sea tan amable de ocuparse de esa pequeña cuestión, profesor, tan pronto como haya atajado la fiebre. ¡Y, por cierto, profesor! —Este dejó a su distinguido pupilo en la puerta y regresó de manera dócil—. Corre el rumor de que la gente quiere elegir un... a decir verdad, un... entiende lo que quiero decir, un...

—¡No será otro profesor! —exclamó horrorizado el pobre anciano.

—¡No! ¡Claro que no! —se apresuró a explicar el vicerrector—. ¡Un emperador, nada más! ¿Entiende?

—¡Un emperador! —gritó el atónito profesor, sujetándose la cabeza con las manos, como si pensara que fuera a hacérsele añicos de la impresión—. Y el rector, ¿qué...?

—¡Lo más probable es que el rector sea el nuevo emperador! —declaró *milady*—. ¿Dónde íbamos a encontrar uno mejor? A no ser que, tal vez... —añadió mirando a

su esposo.

—¡Claro, dónde! —respondió con vehemencia el profesor, sin captar en absoluto la insinuación.

El vicerrector retomó el hilo de su discurso.

—El motivo por el que lo he mencionado, profesor, era pedirle que tuviera la amabilidad de presidir las elecciones. Como entenderá, ello conferiría respetabilidad al asunto para que no hubiera sospechas de nada turbio...

—¡Me temo que no puedo, excelencia! —balbuceó el anciano—. ¿Y si el rector...?

—¡Cierto, cierto! —interrumpió el vicerrector—. Su posición, como profesor de la corte, no lo vuelve oportuno, lo admito. ¡Pues nada! Entonces las elecciones se llevarán a cabo sin su intervención.

—¡Mejor sin mi *intravención* que con ella! —murmuró el profesor con aire desconcertado, como si apenas supiese lo que estaba diciendo—. ¿Creo recordar que lo que dijo su alteza fue cama y un jarabe contra la fiebre? —Y regresó con paso errático, como si estuviese soñando despierto, junto a Uggug, que lo esperaba con cara enfurruñada.

Los seguí fuera de la habitación, y por el pasillo, mientras el profesor murmuraba para sí, sin cesar, como si ello ayudara a su débil memoria: «C, C, C: Cama, jarabe Contra la fiebre, Corregir gramática», hasta que, al doblar una esquina, se encontró con Silvia y Bruno de un modo tan repentino que el sobresaltado profesor soltó a su gordo pupilo, el cual puso al instante pies en polvorosa.

Capítulo 10

El otro profesor

—¡Lo estábamos buscando! —gritó Silvia en tono de gran alivio—. ¡No se imagina lo mucho que lo necesitamos!

—¿Qué sucede, queridos niños? —preguntó el profesor sonriéndoles de oreja a oreja, una expresión muy distinta de cualquiera que Uggug llegara a verle jamás.

—Queremos que hable con el jardinero por nosotros —dijo Silvia, mientras Bruno y ella cogían al anciano de las manos y lo conducían al salón.

—¡Es *siempde* tan *desagadablé*! —añadió Bruno lastimeramente—. Ahora que *padde* ya no está, todos lo son con *nosotdos*. ¡El león se *podtó* mucho *mejod*!

—Pero tenéis que hacer el favor de aclararme —contestó el profesor con gesto de preocupación— cuál es el león, y cuál el jardinero. Es sumamente importante no confundir dos animales así uno con otro. Y en su caso, es muy probable que ocurra, dado que ambos tienen boca, ¿sabéis?...

—¿*Siempde* confunde unos animales con *otdos*? —preguntó Bruno.

—Bastante a menudo, me temo —confesó con franqueza el profesor—. Por ejemplo, están la conejera y el reloj del salón —señaló—. Uno los confunde un poco... porque los dos tienen puertas, como sabéis. Ayer mismo, ¿os lo podéis creer?, metí unas lechugas en el reloj, ¡y traté de dar cuerda al conejo!

—¿Y el conejo *madchaba*, después de *habedle* dado *cuedda*? —inquirió Bruno.

El profesor se llevó las manos a la cabeza, y gimió:

—¿Que si marchaba? ¡Me parece que sí! ¡De hecho, se ha marchado! Y a dónde... ¡eso es lo que no puedo averiguar! Lo he intentado todo... me he leído entero el artículo «Conejo» en la encielopedia... ¡Pase!

—Soy sólo el sastre, señor, con su pequeña factura —dijo una voz suave al otro lado de la puerta.

—Ah, bien, me ocuparé enseguida de este asunto con él —apuntó el profesor hacia los niños—, si no os importa esperar un minuto. ¿Cuánto es, este año, buen hombre? —El sastre había entrado en la habitación mientras hablaba.

—Bueno, verá, la cifra lleva doblándose muchos años —respondió el sastre, de forma un poco desabrida— y creo que me gustaría que me pagara ya. ¡Son dos mil libras!

—¡Oh, eso no es nada! —observó el profesor con despreocupación, hurgando en su bolsillo, como si siempre llevara por lo menos dicha cantidad consigo—. ¿Pero no preferiría esperar un añito más y que pasen a ser cuatro mil? ¡Piense tan sólo en lo rico que sería! ¡Podría ser rey, si quisiera!

—No sé si querría ser rey —dijo el hombre, pensativo—. ¡Pero desde luego parece un buen montón de dinero! Está bien, creo que esperaré...

—¡Claro que sí! —asintió el profesor—. Veo que es usted muy sensato. ¡Que tenga un buen día!

—¿Tendrá algún día que pagarle esas cuatro mil libras? —preguntó Silvia cuando la puerta se cerró tras el acreedor.

—¡Nunca, mi niña! —contestó enfáticamente el profesor—. Seguirá doblándola, hasta que muera. ¡Entenderéis que siempre merece la pena esperar un año más para conseguir el doble de dinero! Y ahora, ¿qué os gustaría hacer, amiguitos míos? ¿Os parece bien que os lleve a ver al otro profesor? Es una ocasión excelente para una visita —dijo para sí, echando un vistazo a su reloj—: normalmente se toma un breve descanso, de catorce minutos y medio, sobre esta hora.

Bruno dio un rápido rodeo hasta Silvia, que se encontraba al otro lado del profesor, y le cogió la mano.

—*Cdeo* que nos gustaría *id* —dijo con recelo—, pero *podfavod*, vayamos todos juntos. Es *mejod sed pdudentes*, ¿sabe?

—¡Ahora hablas como Silvia! —exclamó el profesor.

—Lo sé —contestó Bruno muy humildemente—. Olvidé *pod* completo que no era ella. ¡Es que he pensado que *podía sed* una *pedsona peligdosa*!

El profesor rio alegremente.

—¡Oh, es totalmente inofensivo! —dijo—. No muerde. Sencillamente, es un poco... un poco «soñador», ¿sabéis? —Agarró la otra mano de Bruno y llevó a los niños por un largo pasillo en el que yo nunca antes había reparado, lo cual tampoco resultaba en absoluto sorprendente: iba descubriendo a cada momento nuevas habitaciones y corredores en aquel misterioso palacio, y con escasa frecuencia lograba encontrar de nuevo los ya visitados.

Poco antes de llegar al final del pasillo, el profesor se detuvo.

—Esta es la habitación —dijo, señalando la pared maciza.

—¡No podemos *pasad pod* ahí! —exclamó Bruno.

Silvia guardó silencio hasta que hubo examinado atentamente si el muro se abría por alguna parte. Entonces se echó a reír de manera jovial.

—¡Nos estás gastando una broma, anciano encantador! —dijo—. ¡Aquí no hay ninguna puerta!

—La habitación no tiene puertas —explicó el profesor—. Tendremos que entrar por la ventana.

De modo que fuimos hasta el jardín y no tardamos en hallar la ventana de la habitación del otro profesor. Era una ventana en la planta baja, y se encontraba invitadoramente abierta; el profesor aupó primero a los dos niños para que entraran, y después él y yo trepamos al alféizar para seguirlos.

El otro profesor estaba sentado frente a una mesa, con un gran libro abierto delante, sobre el cual tenía la frente apoyada; abrazaba el libro con ambos brazos, y

roncaba con fuerza.

—Lee así, por lo general —comentó el profesor—, cuando el libro es muy interesante, ¡y entonces a veces cuesta mucho conseguir que atienda!



Aquella parecía ser una de esas ocasiones difíciles; el profesor lo levantó, una o dos veces, y lo zarandó violentamente, pero siempre retornaba a su libro en cuanto

se lo soltaba, y mostraba con su pesada respiración que el libro seguía siendo tan interesante como siempre.

—¡Qué ensimismado está! —exclamó el profesor—. ¡Debe de haber llegado a una parte del libro interesantísima! —Y descargó una buena lluvia de golpes sobre la espalda del otro profesor, mientras gritaba sin parar—: ¡Eh! ¡Eh! —Luego le dijo a Bruno—: ¿No es asombroso que esté tan abstraído?

—Si *siempde* está tan *dodmido* —observó Bruno—, ¡no me *extdaña*!

—¿Pero qué vamos a hacer? —dijo el profesor—. Como veis, ¡el libro lo tiene totalmente absorbido!

—¿Y si *ciera* el *libdo*? —sugirió Bruno.

—¡Eso es! —exclamó el profesor, encantado—. ¡Eso servirá, no hay duda! —Y cerró el libro con tanta brusquedad que pilló con fuerza la nariz del otro profesor entre las hojas.

Este se levantó al instante y llevó el libro al fondo de la habitación, donde lo devolvió a su sitio en la librería.

—He estado leyendo dieciocho horas y tres cuartos —dijo—, y ahora me tomaré un descanso de catorce minutos y medio. ¿La charla está lista?

—Prácticamente —contestó de manera humilde el profesor—. Le pediré consejo en uno o dos puntos... habrá unas cuantas dificultades de poca importancia...

—Y dijo usted que habría un banquete, si no recuerdo mal.

—¡Oh, sí! El banquete tendrá lugar antes, por supuesto. La gente nunca disfruta de la ciencia abstracta, ya sabe, cuando le ruge el estómago. Y también está el baile de disfraces. ¡Oh, será de lo más entretenido!

—¿En qué momento será el baile? —preguntó el otro profesor.

—En mi opinión debería celebrarse al principio del banquete... viene muy bien para que la gente rompa el hielo, ya sabe.

—Sí, ese es el orden correcto. Primero el conocer; luego el comer; y después el placer... ¡pues estoy seguro de que cualquier charla que imparta será un placer para nosotros! —dijo el otro profesor, el cual no había dejado de darnos la espalda en ningún momento, ocupado como estaba en sacar los libros, uno por uno, y colocarlos cabeza abajo. Un caballete, que sostenía una pizarra, se hallaba cerca de él, y, cada vez que le daba la vuelta a un libro, hacía una marca en el encerado con un trozo de tiza.

—Y respecto al cuento del cerdo, que tan amablemente ha prometido narrarnos... —prosiguió el profesor, frotándose la barbilla con gesto pensativo—: Creo que lo mejor sería que lo hiciera al final del banquete; así la gente podría escucharlo con tranquilidad.

—¿Le parece que lo haga cantando? —preguntó el otro profesor, con una sonrisa de deleite.

—Si es capaz... —respondió prudentemente el profesor.

—Deje que lo intente —dijo el otro profesor, sentándose al pianoforte—.

Supongamos, por ejemplo, que comienza en la bemol —añadió, tocando la nota en cuestión—. ¡La, la, la! Creo que estoy dentro de la octava. —Volvió a tocar la nota y apeló a Bruno, que se encontraba a su lado—: ¿La he cantado como es debido, hijo?

—No, no lo ha hecho —respondió Bruno con gran decisión—. La ha cantado como *bebido*.

—El cantar una sola nota suele producir ese efecto —dijo el otro profesor con un suspiro—. Dejad que pruebe con una estrofa entera:

Había una vez un cerdo sentado a solas
junto a una fuente rota,
que día y noche se lamentaba;
a un corazón de piedra habría conmovido
verlo retorcerse las pezuñas y soltar gemidos
porque era incapaz de saltar.

—¿Diría que era una melodía, profesor? —le preguntó a este, cuando hubo acabado.

El profesor caviló durante unos instantes.

—Bueno —dijo finalmente—, algunas de las notas son iguales entre sí... y otras diferentes... pero difícilmente llamaría yo a eso «melodía».

—Deje que lo intente un poco yo solo —pidió el otro profesor. Y se puso a tocar notas aquí y allá, y a tararear para sí mismo con la boca cerrada, produciendo un sonido parecido al de una moscarda enfadada.

—¿Qué os parece su forma de cantar? —preguntó el profesor a los niños en voz baja.

—No es muy bonita —dijo Silvia, vacilante.

—¡Es muy feísima! —contestó Bruno, sin vacilación alguna.

—Los extremos son siempre malos —comentó el profesor, con gran seriedad—. Por ejemplo, la sobriedad es algo muy bueno, cuando se practica con moderación: pero incluso esta, cuando se lleva al extremo, tiene desventajas.

«¿Qué desventajas?» fue la cuestión que me vino a la cabeza; y, como de costumbre, Bruno la formuló por mí:

—¿Qué debe en cajas?

—Esta es una de ellas —continuó el profesor—: cuando un hombre está achispado (ese es un extremo, sabéis), ve una sola cosa como si fueran dos. Pero cuando está *extremadamente* sobrio (ese es el otro extremo), ve dos cosas como si fueran una sola. En ambos casos, se trata de algo igual de inconveniente.

—¿Qué significa «inconveniente»? —susurró Bruno a Silvia.

—La diferencia entre «conveniente» e «inconveniente» se ilustra mejor por medio de un ejemplo —dijo el otro profesor, que había oído la pregunta—. Si

sencillamente piensas en cualquier poema que contenga las dos palabras... como...

El profesor se tapó las orejas con las manos y adoptó una expresión consternada.

—Si se le deja empezar un poema —informó a Silvia—, ¡no parará de recitar!
¡Nunca lo hace!

—¿Alguna vez se ha puesto a recitar un poema y nunca ha parado? —indagó Silvia.

—En tres ocasiones —dijo el profesor.

Bruno se puso de puntillas hasta que sus labios estuvieron a la altura del oído de Silvia.

—¿Y qué paso con esos *tdes* poemas? —susurró—. ¿Los está *deciendo* ahora?

—¡Calla! —le instó Silvia—. ¡El otro profesor está hablando!

—Seré muy breve —musitó el otro profesor, mirando al suelo con voz melancólica, lo cual contrastaba de manera extraña con su expresión, pues había olvidado dejar de sonreír. («Al menos, no era exactamente una sonrisa —como diría Silvia más tarde—; daba la impresión de que su boca tenía esa forma»).

—Adelante, entonces —dijo el profesor—. Lo que tiene que ser, será.

—¡Recuerda eso! —le susurró Silvia a Bruno—. Es una regla muy buena para las veces en que te haces daño.

—¡Y también para cuando hago *duido*! —contestó el descarado jovencuelo—. ¡Así que *decuéddelo* usted también, señorita!

—¿A qué te refieres? —dijo Silvia, tratando de poner cara de reproche, algo que nunca se le daba demasiado bien.

—¿No me has dicho veces y veces —explicó Bruno—: «¡No tiene que *habed* tanto *duido*, *Bduno!*»? y yo te he dicho: «¡Sí que tiene!». ¡No hay ninguna *degla* que diga que no tiene! ¡Pero tú nunca me *cdees*!

—¡Como si alguien pudiera creerte, pillastre, más que pillastre! —le soltó Silvia. Sus palabras fueron bastante severas, pero soy de la opinión de que, cuando uno desea realmente despertar en el criminal una conciencia de su culpabilidad, no debería pronunciar la frase con los labios muy cerca de su mejilla, dado que concluiría con un beso, por muy accidental que sea, debilita terriblemente el efecto.

Capítulo 11

Pedro y Pablo

—Como iba diciendo —prosiguió el otro profesor—, si tan sólo piensas en cualquier poema que contenga las palabras, como por ejemplo:

«Pedro es pobre —dijo el noble Pablo
mas su amigo fiel siempre yo he sido;
y, aunque mis medios son escasos,
ya que dar no, prestar me permito.
¡Qué pocos, salvo por interés,
ayudan al que lo necesita!
¡Pero a Pedro yo le prestaré,
pues sensible soy, cincuenta libras!».

¡Cuán inmenso fue el gozo de Pedro
al ver a su amigo tan solidario!
¡Con qué alegría firmó el acuerdo
por el cual quedaría endeudado!
Y dijo Pablo: «No está de más
que fijemos del retorno el día.
Siguiendo un buen consejo, será
de mayo el cuarto, al mediodía».



«¡Pero si ya es abril! Día uno, si no me equivoco —dijo Pedro—. Cinco semanas se irán al punto: ¡apenas duran un pestañeo! Dame, para montar una empresa y especular, al menos un año». «Es imposible cambiar la fecha. Ha de pagarse el cuatro de mayo».

«¡Qué remedio! —suspiró el deudor—. Me marchó: abóname el importe. Ganaré una libra honesta o dos con una sociedad por acciones». «Si parezco insensible, lo siento: Te haré el préstamo, naturalmente;

mas, por unas semanas, encuentro que no será... en fin, conveniente».



Cada semana, Pedro volvía,
para marcharse apesadumbrado;
la respuesta siempre era la misma:
«Hoy no te puedo dar lo que hablamos».
Y pasaron las lluvias de abril
—cinco semanas, prácticamente—
y aún Pablo replicaba así:
«Por el momento, ¡no es conveniente!».

Llegó el cuatro, y Pablo, puntual,
se presentó allí con un letrado.

«Creí mejor venir a tu hogar,
y dejar ya todo esto zanjado».
¡Qué desesperación la de Pedro!
Mechones se arrancaba frenético,
y muy pronto sus rubios cabellos
formaron en el suelo gran séquito.

El letrado quieto lo observaba
con lástima medio contenida:
una lágrima en su ojo temblaba;
su mano el acuerdo sostenía.
Pero cuando al fin la profesión de nuevo
en su corazón se impuso,
dijo: «La Ley no tiene señor;
si no pagas seguirá su curso».

Y habló Pablo: «¡Cómo me arrepiento
de mi visita aquel día aciago!
¡Considera lo que haces, Pedro!
¡No serás más rico al estar calvo!
¿Crees que arrancándote los rizos
lograrás que mengüen tus problemas?
Frena esta violencia, te lo pido:
¡pues sólo más disgusto me creas!».

«Nunca a sabiendas infligiría
en tan buen corazón —Pedro dijo—
innecesario dolor o herida.
Mas, ¿por qué tan estricto, “amigo”?
Por muy legal que a lo mejor sea
pagar un préstamo inexistente,
¡yo creo que resulta un sistema
en extremo grado inconveniente!

»¡Tanta nobleza en mi alma no existe
como en la de algunos de estos tiempos!
—Pablo se sonrojó, pues humilde
era, y bajó la vista al suelo—.
¡La deuda me dejará pelado
y me atribulará para siempre!».
«¡No, no, Pedrito! —repuso Pablo—.
¡No te quejes así de tu suerte!

»No te falta en casa el alimento;

eres respetado en todo el mundo,
y en la barbería, según creo,
rizas tus patillas a menudo.
Aunque la nobleza nunca alcances
—te quedarás corto, ni lo intentes—,
la vía honesta tienes delante
¡aunque sea muy inconveniente!».

«Cierto es —dijo Pedro—, vivo estoy;
el mundo todavía me admira,
y una vez a la semana voy
a rizar y aceitar mis patillas.
Pero un activo insignificante
e ingresos nulos son mi presente:
abusar del capital, ya sabes,
¡es en cualquier caso inconveniente!».

«¡Pero paga! —exclamó su amigo—.
Mi buen Pedrito, ¡paga tus deudas!
¿Qué importa si al completo tu “activo”
resulta devorado por ellas?
Ya tardas una hora en pagar;
aunque ser generoso procuro.
Me irrita, pero bueno, ¡da igual!
¡NO TE APLICARÉ INTERÉS NINGUNO!»

«¡Cuánta bondad! —gritó el pobre Pedro—.
Empero ¡deberé mi alfiler
de corbata, mi piano, mi cerdo
e incluso mi peluca vender!».
Al poco todo aquello echó alas,
y, con cada vuelo, diariamente,
él se veía (y suspiraba)
en situación menos conveniente.

Pasaron semanas, meses, años:
Pedro quedó hecho un saco de huesos.
Y una vez hasta rogó, llorando:
«¿Te acuerdas, Pablo, de aquel dinero...?».
El cual contestó: «¡Te prestaré,
cuando pueda, todos mis ahorros!
¡Ah, Pedro, qué dicha obra en tu haber!
¡Decir que te envidio es decir poco!»

»Estoy engordando, como ves,
y mi salud no es del todo buena.
Ya no siento el júbilo de ayer
al oír la llamada a la cena.
Pero tu figura es leve y fina,
y retozas igual que un muchacho:
¡el rancho es una diaria alegría
para apetitos así, tan sanos!».



«De veras que sé —Pedro repuso—
en qué feliz estado me veo.
Mas podría prescindir con gusto
de parte de esos lujos que tengo.
Lo que tú llamas sano apetito

supone del hambre mordedura.
Y, cuando no hay qué llevarse al pico,
¡el toque a fagina es cruel tortura!

»Ni un espantapájaros querría este
abrigo, o botas así.
¡Ah, Pablo, cinco míseras libras
harían otro hombre de mí!».
«Pedrito, me llena de sorpresa
escucharte hablar en ese tono.
¡Temo que no eres consciente apenas
de tus muchos motivos de gozo!

»No corres riesgo de criar manteca;
resultas pintoresco en harapos; te
salvas de sufrir las jaquecas
que el dinero trae bajo el brazo.
Y tienes tiempo de cultivar
el contento, virtud muy decente,
en pro de lo cual tu estado actual
¡te será de lo más conveniente!».

«Aunque penetrar —contestó Pedro— tus hondos pensamientos no pueda,
no obstante, en tu carácter encuentro
alguna pequeña inconsistencia.
Tomártelo pareces con calma
cuando una promesa has de cumplir;
pero ¡ay, si de cobrar se trata!
¡persona tan puntual jamás vi!».

Su amigo: «Toda cautela es poca
en lo que concierne a soltar “plata”;
para los cobros, como bien notas,
soy la puntualidad encarnada.
Uno ha de reclamar lo que es suyo;
mas, al prestar dinero a la gente,
¡se le debe permitir —propugno—
escoger ocasión conveniente!».

Un cierto día, mientras roía
Pedro un mendrugo —su dieta usual—, se presentó Pablo de visita
y estrechó su mano con afán.
«Tus frugales costumbres conozco:
como herir tu orgullo no quisiera por entrar con extraños curiosos,

¡he dejado a mi abogado fuera!



»Bien recuerdas, no me cabe duda,
con qué desdén todos te miraban
cuando empezó a irse tu fortuna.
¡Yo nunca te puse mala cara!
Y cuando tus pocas posesiones
perdiste y te viste marginado,
no he de recordarte cómo entonces
de ti me apiadé cual un hermano.

»Así pues, te ofrecí mi consejo
rebotante de sabiduría,
a cambio de nada, aunque es cierto
¡que haber cobrado por él podría!

Pero me abstengo de mencionar
mis buenas acciones: larga estela.
Ya que alardear, como sabrás,
es una cosa que odio de veras.

»¡Qué extensa parece ser la lista
de todos los favores que he hecho,
desde aquellos vagos, mozos días,
al préstamo de abril el primero!
El cual secó mis escasos fondos,
aunque de ello no hubieses sospecha;
pero tengo un corazón de oro.
¡Y VOY A PRESTARTE OTRAS CINCUENTA!».

«No será así —Pedro contestó,
lágrimas de gratitud llorando—.
Nadie recuerda, mejor que yo,
tus servicios en años pasados;
y he de admitir que esta nueva oferta
es generosísimo presente.
Con todo, hacer uso de ella
¡no me parece muy conveniente!».

—... enseguida veréis la diferencia entre «conveniente» e «inconveniente». Ahora la entendéis del todo, ¿a que sí? —añadió, mirando con gesto amable a Bruno, el cual se encontraba sentado, junto a Silvia, en el suelo.

—Sí —dijo Bruno, en voz muy baja. Una respuesta tan sucinta era algo muy inusual, tratándose de él, pero en aquel momento me pareció verlo un tanto agotado. De hecho, se subió al regazo de Silvia mientras hablaba, y apoyó la cabeza en su hombro—. ¡Cuántos *vedsos* tenía el poema! —susurró.

Capítulo 12

Un jardinero con dotes musicales

El otro profesor observó a Bruno con cierta preocupación.

—La criaturita debería irse a la cama de una vez —dijo con aire autoritario.

—¿Por qué de una vez? —preguntó el profesor.

—Porque no puede irse de dos veces —respondió el otro profesor.

El profesor aplaudió con suavidad.

—¿No es asombroso? —le dijo a Silvia—. Nadie más habría dado con la razón tan rápido. ¡Pues claro que no puede irse de dos veces! Que lo partieran por la mitad le dolería.

Aquel comentario despertó a Bruno, súbita y completamente.

—No quiero que me *padtan* —dijo con rotundidad.

—Se ve muy bien en un diagrama —apuntó el otro profesor—. Podría mostrártelo enseguida, pero hay que sacarle un poco de punta a la tiza.

—¡Tenga cuidado! —exclamó Silvia con preocupación, pues el otro profesor se había puesto a afilarla de un modo bastante torpe—. ¡Si sujeta así el cuchillo, se rebanará el dedo!

—¿Si se lo *codta*, me lo *poderío*, *dad*, *pod favod*? —agregó Bruno con gesto pensativo.

—Es algo así —dijo el otro profesor, dibujando aprisa una larga línea sobre la pizarra, y escribiendo las letras «A» y «B» en los dos extremos, y una «C» en el medio—: deja que te lo explique. Si hubiera que partir un AB en dos por el centro o C anotado...

—Se ahogaría —dictó Bruno con seguridad.

El otro profesor emitió un grito ahogado.

—¿Qué se ahogaría?

—¡Pues el pajarito, qué va a *sed*! —respondió Bruno—. ¡Y los dos pedazos se hundirían en el *centdo* del océano!

El profesor intervino entonces, pues el otro profesor se encontraba claramente demasiado desconcertado como para continuar con su diagrama.

—Cuando antes dije que le dolería, me refería únicamente a la acción de los nervios...

Al otro profesor no tardó en iluminársele el rostro.

—La acción de los nervios —empezó a decir con entusiasmo— es curiosamente lenta en algunas personas. Una vez, ¡tuve un amigo que tardaba años y años en sentir una quemadura hecha con un atizador al rojo!

—¿Y si simplemente se le pellizcaba? —inquirió Silvia.

—Entonces tardaría mucho más en sentirlo, naturalmente. De hecho, dudo que el hombre llegara a hacerlo jamás. Quizá sus nietos sí.

—No me gustaría *sed* nieto de un abuelo al que *habieran* pellizcado, ¿y usted, *hombde señod*? —susurró Bruno—. ¡*Podería llegadle* justo cuando quisiera *estad* contento!

Admití que aquello resultaría incómodo, tomando como algo completamente normal que de pronto le fuese posible verme.

—¿Pero es que acaso no quieres estar siempre contento, Bruno?

—No *siempde* —dijo Bruno con aire pensativo—. A veces, cuando estoy demasiado contento, quiero *estad* un poquito *tdiste*. Entonces se lo cuento a Silvia, ¿sabe?, y ella me pone algunas *lecciones*. Y todo se *aregla*.

—Siento que no te gusten las lecciones —dije yo—. Deberías hacer como Silvia. ¡Ella siempre está ocupada a lo largo del día!

—¡Yo también! —señaló Bruno.

—¡No, no! —lo corrigió Silvia—. ¡Tú estás ocupado a lo *corto* del día!

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Bruno—. *Hombde señod*, ¿no es el día tan *codto* como *ladgo*? Quiero *decid*, ¿no dura *siempde* lo mismo?

Dado que nunca había considerado la cuestión desde ese punto de vista, sugerí que lo mejor era que le preguntaran al profesor, y al instante salieron corriendo para solicitar la ayuda de su anciano amigo. El profesor paró de limpiar sus anteojos para pensar sobre aquello.

—Queridos míos —respondió tras unos momentos—, el día es igual de largo que cualquier cosa que dure lo mismo que él. —Y regresó a su interminable tarea de limpieza.

Los niños volvieron, con paso lento y cavilante, para comunicar su respuesta.

—¿A que es sabio? —preguntó Silvia en un reverente susurro—. Si yo fuera así de sabia, me dolería la cabeza el día entero, ¡estoy segura!

—Parecís estar hablando con alguien... que no está ahí —observó el profesor, girándose hacia los niños—. ¿Quién es?

Bruno puso cara de extrañeza.

—¡Yo nunca hablo con nadie cuando no está aquí! —respondió—. No es de buena educación. ¡Uno debería *siempde esperad* a que llegue antes de *hablad* con él!

El profesor miró con inquietud en mi dirección, y dio la impresión de estar atravesándome una y otra vez con la mirada sin verme.

—¿Con quién habláis entonces? —dijo—. Aquí no hay nadie, ¿sabéis?, excepto el otro profesor... ¡que tampoco está aquí! —agregó frenético, dando vueltas y vueltas sobre sí mismo como una perinola—. ¡Niños! ¡Ayudadme a buscarlo! ¡Rápido! ¡Se ha perdido otra vez!

Los niños se pusieron en pie al momento.

—¿Dónde buscamos? —preguntó Silvia.

—¡En cualquier parte! —gritó el nervioso profesor—. ¡Pero hacedlo de prisa! —Y empezó a moverse por la habitación apresuradamente, de un lado a otro, levantando las sillas y sacudiéndolas.

Bruno cogió un librito muy pequeño de la librería, y lo abrió y sacudió imitando al profesor.

—Aquí no está —dijo.

—¡Ahí no puede estar, Bruno! —señaló Silvia con indignación.

—¡Pues claro que no! —contestó su hermano—. ¡Si estuviera aquí, se *habría* caído del *libdo* al *sacudidlo*!

—¿Ha llegado a perderse en alguna ocasión anterior? —inquirió Silvia, levantando una esquina de la alfombra frente a la chimenea y echando un vistazo debajo.

—Lo hizo una vez —explicó el profesor—: se perdió en un bosque...

—¿Es que no era capaz de *encontdarse otda* vez? —preguntó Bruno—. ¿*Pod* qué no *gditó*? Está claro que se *habría* oído a sí mismo, *podque* no podía *andad* muy lejos, ¿sabéis?

—Probemos a llamarlo a voces —propuso el profesor.

—¿Y qué gritamos? —dijo Silvia.

—Pensándolo bien, no lo hagáis —contestó el profesor—. El vicerrector podría oíros. ¡Se está volviendo terriblemente estricto!

Aquello recordó a los pobres niños todos los problemas que les habían hecho acudir a su viejo amigo. Bruno se sentó en el suelo y comenzó a llorar.

—¡Es tan *cduel*! —sollozó—. ¡Y deja que Uggug me quite todos mis juguetes! ¡Y la comida es una *podquedíal*!

—¿Qué has tenido hoy para cenar? —preguntó el profesor.

—Un *tdocito* de *cuedvo muedto* —fue la amarga contestación de Bruno.

—Quiere decir pastel de grajo —explicó Silvia.

—Era un *cuedvo muedto* —insistió Bruno—. Había un pudín de manzana... pero Uggug se lo comió entero... ¡y para mí sólo quedó un pedazo de masa! Y pedí una naranja... ¡y no me la dieron! —El pobre niño hundió el rostro en el regazo de Silvia, que tomó el relevo de la conversación, mientras le acariciaba continua y suavemente el pelo a su hermano:

—¡Todo es cierto, querido profesor! ¡Tratan de un modo horrible a mi precioso Bruno! Y conmigo tampoco se portan bien —añadió en un tono más bajo, como si eso fuera algo mucho menos importante.

El profesor sacó un gran pañuelo de seda roja y se enjugó las lágrimas.

—¡Ojalá fuera capaz de ayudaros, queridos niños! —dijo—. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Conocemos el camino a Hadalandia, a donde ha ido padre, bastante bien —expuso Silvia—; ojalá el jardinero nos dejara salir.

—¿No quiere abriros la puerta? —indagó el profesor.

—A nosotros no —dijo Silvia—, pero estoy segura de que sí lo haría para usted. ¡Venga y pídaselo, querido profesor!

—¡Iré ahora mismo! —anunció el profesor.

Bruno se incorporó y se secó los ojos.

—¿No le parece una *pedsona* amable, *hombde señod*?

—Desde luego que sí —dije yo. Pero el profesor no se percató de mi comentario. Se había puesto un bonito gorro con una larga borla, y se encontraba eligiendo uno de los bastones del otro profesor de una bastonera en una esquina de la habitación.

—Empuñar un sólido bastón hace que la gente se vuelva respetuosa —decía para sí mismo—. ¡Venid, queridos niños! —Y todos salimos juntos al jardín.

—Me dirigiré a él, lo primero —explicó el profesor mientras caminábamos—, haciendo unos cuantos comentarios chistosos sobre el tiempo. Después le preguntaré por el otro profesor. Esto tendrá una doble ventaja. En primer lugar, iniciará la conversación (no se puede beber una botella de vino sin abrirla antes); y en segundo lugar, si ha visto al otro profesor, daremos así con él, y, de no ser así, seguiremos sin encontrarlo.

De camino, pasamos por delante de la diana a la que habían hecho disparar a Uggug durante la visita del embajador.

—¡Mirad! —exclamó el profesor, señalando un agujero en el centro de la diana—. Su obesidad imperial hizo un solo disparo, ¡y pasó justo por aquí!

Bruno examinó atentamente el agujero.

—No *pudió pasad pod* ahí —me susurró—. ¡Está demasiado *goddo*!

No tuvimos ningún tipo de problema para encontrar al jardinero. Pese a hallarse detrás de unos árboles que lo ocultaban a nuestra vista, aquella áspera voz suya sirvió para guiarnos hasta él; y, al acercarnos, la letra de su canción se volvió cada vez más audible y clara:

Creyó ver volando en torno
a la lámpara un albatros:
mas luego advirtió que era
un sello postal barato.
«Mejor vete a casa —dijo—
¡o acabarás empapado!».



—¿Tenería miedo de *coged fdio*? —dijo Bruno.

—Si se mojara mucho —sugirió Silvia—, podría pegarse a algo, ya sabes.

—Y ese algo *tenería* que *viajad pod coreo*, ¡fuese lo que fuese! —exclamó Bruno con entusiasmo—. ¡Imagina que se *tdatara* de una vaca! ¡Qué mal lo pasarían los *otdos* paquetes!

—Y todas esas cosas le han ocurrido a él —señaló el profesor—. Eso es lo que hace tan interesante la canción.

—Debe de haber tenido una vida muy curiosa —opinó Silvia.

—¡Y que lo digas! —contestó efusivamente el profesor.

—¡Pues claro que lo dice! —gritó Bruno.

Para entonces habíamos llegado ya hasta el jardinero, quien se hallaba a la pata coja, como de costumbre, regando afanosamente un macizo de flores con una regadera vacía.

—¡Pero si no tiene agua! —le explicó Bruno, tirándole de la manga para llamar su atención.

—Así pesa menos —repuso el jardinero—. Si está muy llena, el brazo acaba doliendo. —Y siguió con su trabajo, al tiempo que canturreaba para sí:

¡O acabarás empapado!

—En tanto cavaba en la tierra para sacar cosas de ella, en lo cual probablemente se ocupa de vez en cuando —empezó a decir el profesor en voz alta—; juntaba cosas en montones, labor que sin duda desempeña a menudo, y coceaba cosas a la pata coja, lo cual, al parecer, no para de hacer nunca; ¿no habrá visto por un casual a otro profesor, parecido a mí, pero diferente?

—¡Nunca! —gritó el jardinero, de forma tan fuerte y violenta que todos retrocedimos alarmados—. ¡Eso no existe!

—Probaremos con un tema que lo altere menos —comentó el profesor hacia los

niños en tono afable—. Ibais a preguntar...

—Le pedimos que nos abriera la puerta del jardín —recordó Silvia—, pero no quiso; ¡puede que a usted sí se la abra!

El profesor formuló la petición, de manera muy humilde y cortés.

—No me importaría dejarle salir a usted —dijo el jardinero—. Pero no debo abrir la puerta a los niños. ¿Se cree que desobedecería las reglas? ¡Ni por un chelín y medio!

El profesor extrajo cuidadosamente un par de chelines.

—¡Con eso valdrá! —gritó el jardinero, mientras tiraba la regadera por encima del macizo de flores, y sacaba un puñado de llaves: una grande, y varias otras de menor tamaño.

—¡Pero escuche, querido profesor! —susurró Silvia—. No hace falta para nada que nos abra la puerta a nosotros. Podemos salir con usted.

—¡Cierto, mi niña! —contestó el profesor agradecido, devolviendo las monedas a su bolsillo—. ¡Así nos ahorramos dos chelines! —Y cogió las manos de los niños para poder salir todos juntos cuando la puerta estuviera abierta. Lo cual, no obstante, no parecía que fuera a ocurrir, pese a que el jardinero probó pacientemente todas las llavecitas, una y otra vez.

Finalmente el profesor aventuró una amable sugerencia.

—¿Por qué no prueba con la grande? He observado a menudo que una puerta se abre mucho mejor con su propia llave.

La llave grande resultó ser la correcta al primer intento; el jardinero abrió la puerta y extendió la mano para recibir el dinero.

El profesor meneó negativamente la cabeza.

—Está actuando según las reglas —explicó al abrirme la puerta a mí. Y ahora que está abierta, vamos a salir apelando a una de ellas: la regla de tres.

El jardinero puso cara de no entender nada, y permitió que saliésemos; pero mientras cerraba la puerta detrás de nosotros, lo oímos cantar para sí con aire meditabundo:

Creyó ver una cancela
que con una llave abría,
mas luego advirtió que eran
dos reglas de tres seguidas.
«¡Y este gran misterio —dijo—
pa mí es claro como el día!».

—Ahora he de regresar —dijo el profesor, cuando hubieron recorrido unos pocos metros—: entenderéis que es imposible leer aquí, pues todos mis libros están en palacio.

Pero los niños no le soltaban las manos.

—¡Acompáñenos! —rogó Silvia con lágrimas en los ojos.

—¡Vaya, vaya! —dijo el bondadoso anciano—. Tal vez os siga, uno de estos días. Pero debo volver, ahora mismo. Veréis, dejé la lectura en una coma, ¡y es un fastidio no saber cómo acaba la frase! Además, el primer sitio por el que tenéis que pasar es Canilandia, y los perros siempre me han puesto un pelín nervioso. Pero viajar será muy sencillo en cuanto haya acabado mi nuevo invento: sirve para transportarse, ¿sabéis? Le falta únicamente un poquitín más de trabajo.

—¿No será eso muy cansado, transportarse uno mismo? —inquirió Silvia.

—Ah, no, mi niña. Verás, cualquier cansancio que uno sufra por transportar, ¡se lo ahorra siendo transportado! ¡Adiós, preciosos! ¡Adiós, señor! —añadió para mi gran sorpresa, y me estrechó la mano de manera afectuosa.

—¡Adiós, profesor! —contesté, mas mi voz sonaba extraña y distante, y los niños no se percataron en lo más mínimo de nuestra despedida. Era evidente que ni me veían ni me oían cuando, abrazados tiernamente el uno al otro, continuaron la marcha con paso audaz.

Capítulo 13

Una visita a Canilandia

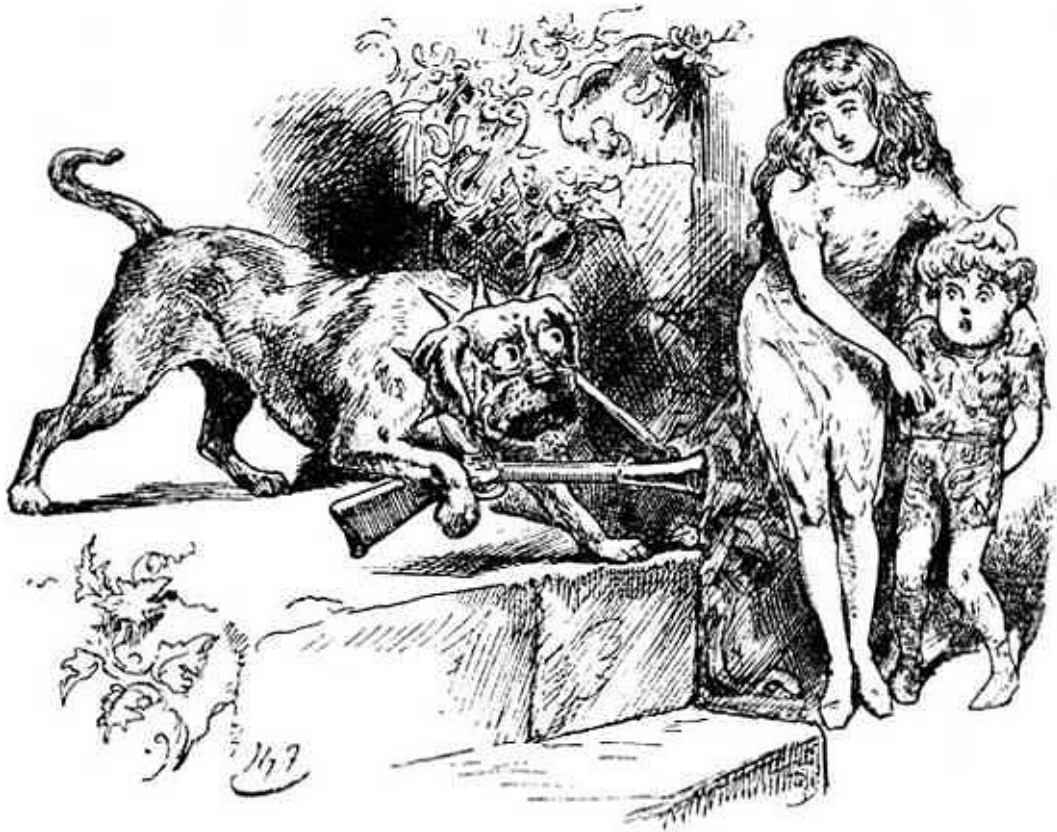
—Hay una casa, ahí a la izquierda —dijo Silvia después de que hubiéramos recorrido andando lo que me parecieron unas cincuenta millas—. Acerquémonos a pedir alojamiento para la noche.

—Parece una casa muy *acodejora* —opinó Bruno, cuando tomamos la desviación del camino que conducía a ella—. Espero de *veddad* que los *peros* sean amables con *nosotdos*, ¡estoy tan cansado y *hambdiento*!

Un mastín inglés, que portaba un collar escarlata y un mosquete, se paseaba de un lado a otro, como un centinela, frente a la entrada. Dio un respingo, al ver a los niños, y se acercó a su encuentro, manteniendo su mosquete apuntado directamente hacia Bruno, el cual se quedó totalmente quieto, aunque se puso pálido y sujetó con fuerza la mano de Silvia, mientras el centinela daba una vuelta y otra en torno a ellos con paso solemne, y los observaba desde todos los ángulos.

—¡Ubuf, uof bufuofhau! —gruñó por fin—. ¡Guofbau hauguau ubuf! ¿Bou guaubau guofbufhau? ¿Bou guou? —interpeló a Bruno, con severidad.

Naturalmente Bruno entendió todo aquello, sin excesivos problemas. Todas las hadas entienden el perruno —esto es, la lengua de los perros—. Pero como puede que vosotros lo encontréis un poco difícil, sólo al principio, mejor será que os lo traduzca: «¡Humanos, en verdad lo creo! ¡Un par de humanos perdidos! ¿Qué perro es vuestro amo? ¿Qué queréis?».



—¡No *pedtenecemos* a ningún *pero*! —empezó a decir Bruno, en perruno. («Los *peros* nunca son amos de las *pedsonas*», le susurró a Silvia).

Pero su hermana lo hizo callar enseguida, por miedo a herir los sentimientos del mastín.

—Por favor, queremos un poco de comida, y pasar la noche aquí... si es que hay sitio en la casa —añadió tímidamente. Silvia hablaba perruno con mucha finura, pero creo que es casi mejor para vosotros que ofrezca la conversación en nuestro idioma.

—¡Pero cómo que «la casa»! —gruñó el centinela—. ¿Es que no habéis visto un palacio en vuestra vida? ¡Venid conmigo! Su majestad debe decidir qué se ha de hacer con vosotros.

Lo siguieron a través del vestíbulo, y luego por un largo pasillo, hasta entrar en un magnífico salón, alrededor del cual había reunidos perros de todas clases y tamaños. Había dos espléndidos sabuesos de san Huberto sentados muy derechos, uno a cada lado del portador de la corona. Dos o tres bulldogs —los cuales, supuse, formaban la guardia personal del rey— aguardaban en un adusto silencio: de hecho las únicas voces claramente audibles eran las de dos perros pequeños, que se habían subido a un sofá, y mantenían una acalorada discusión que tenía todo el aspecto de una riña.

—Lores y damas de honor, y diversos funcionarios de la corte —apuntó con malas pulgas nuestro guía, mientras nos conducía adentro. Los cortesanos no se fijaron para nada en mí, pero Silvia y Bruno fueron el blanco de muchas miradas inquisitivas, y de numerosos comentarios susurrados, de los cuales sólo alcancé a oír con claridad uno —realizado por un perro salchicha a un amigo suyo—: «Bau guof guauhau uofbau ubuf, ¿au bau?» («Pues no es demasiado fea para ser una humana,

¿no crees?»).

Dejando a los recién llegados en el centro del salón, el centinela avanzó hasta una puerta, en su extremo más alejado, sobre la que había un rótulo pintado en perruno: «Caseta Real: Rascar y Ladrar».

Antes de hacer esto último, el centinela se giró hacia los niños, y dijo:

—¡Dadme vuestros nombres!

—¡*Pdeferiríamos no hacedlo!* —exclamó Bruno, tirando de Silvia en dirección contraria a la puerta—. Los queremos para *nosotdos*. ¡Volvamos, Silvia! ¡Vámonos *dápido!*

—¡No digas tonterías! —le recriminó su hermana de manera tajante; y dio sus nombres en perruno.

A continuación el centinela rascó violentamente la puerta y profirió un agudo y fuerte ladrido que hizo estremecerse a Bruno de la cabeza a los pies.

—¡Uofhau guau! —dijo una voz profunda desde el interior. (Lo que significa «¡Adelante!» en perruno).

—¡Es el rey en persona! —susurró el mastín en un tono lleno de temor reverencial—. Quitaos las pelucas, y dejadlas humildemente a sus patas, —(o «a sus pies», como diríamos nosotros).

Silvia se disponía a explicar, con mucha educación, que les era realmente imposible llevar a cabo esa ceremonia porque sus pelucas no eran de quita y pon, cuando la puerta de la Caseta Real se abrió, y por ella asomó la cabeza un gigantesco perro terranova.



—¿Bou guou? —fue lo primero que preguntó.

—¡Cuando su majestad se dirija a vosotros —corrió a susurrarle el centinela a Bruno— deberíais levantar las orejas!

Bruno miró a Silvia con actitud vacilante.

—*Pdeferiría no hacedlo, pod favod* —contestó—. Me dolería.

—¡Pero si no duele nada! —dijo el centinela con cierta indignación—. ¡Mira! ¡Se

hace así! —Y levantó las orejas como dos señales ferroviarias.

Silvia explicó amablemente la cuestión.

—Me temo que no somos capaces de hacerlo —dijo en voz baja—. Lo lamento mucho, pero nuestras orejas no poseen el... —quiso decir «mecanismo» en perruno, pero había olvidado la palabra, y sólo le vino a la cabeza «motor de vapor»... apropiado.

El centinela repitió la explicación de Silvia al rey.

—¡No pueden levantar sus orejas sin un motor de vapor! —exclamó su majestad—. ¡Deben de ser criaturas curiosas! Tengo que echarles un vistazo. —Entonces salió de su Caseta, y se aproximó con paso solemne a los niños.

¡Cuál fue el asombro —por no decir el horror— de todos los allí reunidos, cuando Silvia no hizo otra cosa que acariciarle la cabeza a su majestad, mientras Bruno le agarraba las largas orejas y simulaba atárselas bajo el mentón!

El centinela dejó escapar un fuerte gemido; un hermoso galgo —que al parecer era una de las damas de honor sufrió un desvanecimiento, y el resto de los cortesanos se apartó a toda prisa, y dejó un amplio espacio para que el enorme terranova se abalanzara sobre los audaces extraños y los despedazara.

Sólo que... no lo hizo. Al contrario, su majestad incluso sonrió —hasta donde puede hacerlo un perro y (los demás perros no dieron crédito a lo que vieron, pero así ocurrió, de todos modos) ¡meneó la cola!

—¡Hau uof auguof! —(Esto es: «¡Jamás vi cosa igual!») fue el grito unánime.

Su majestad echó una mirada severa a su alrededor, y soltó un leve gruñido, que produjo un silencio instantáneo.

—¡Conducid a mis amigos a la sala de banquetes! —ordenó, poniendo tanto énfasis en «mis amigos» que varios de los perros no pudieron evitar rodar sobre sus lomos y ponerse a lamer los pies de Bruno.

Se formó una comitiva, pero yo sólo me atreví a seguirla hasta la puerta de la sala de banquetes, de lo furioso que era el tumulto de perros ladrando que había dentro. De modo que me senté junto al rey, que parecía haberse dormido, y esperé hasta que los niños regresaron para dar las buenas noches, momento en que su majestad se levantó y sacudió.

—¡Hora de irse a dormir! —dijo con un bostezo de somnolencia—. Los sirvientes os mostrarán vuestra habitación —añadió, aparte, hacia Silvia y Bruno—. ¡Traed luces! —Y, con aire digno, extendió la pata para que los dos la besaran.

Pero era obvio que los niños no tenían mucha práctica en modales palaciegos. Silvia únicamente estrechó la gran pata; Bruno se abrazó a ella; el maestro de ceremonias parecía estupefacto.

Entretanto no paraban de entrar a toda prisa perros camareros, ataviados con magníficas libreas y portando velas encendidas, pero tan pronto como las dejaban sobre la mesa, otros camareros se las llevaban corriendo, de forma que nunca parecía haber una para mí, aunque el maestro me propinaba codazos sin cesar y repetía

continuamente:

—¡No puedo dejar que se duerma aquí! ¡No está en la cama, ¿sabe?!

Con gran esfuerzo, logré únicamente pronunciar las palabras:

—Ya lo sé. Estoy en un sillón.

—Bueno, un sueñecito no le hará daño —dijo el maestro, que acto seguido se marchó. Apenas pude oír sus palabras, lo cual no es de extrañar: se encontraba apoyado en la borda de un navío, a muchas millas del muelle donde yo estaba. El barco se perdió tras el horizonte, y yo me hundí de nuevo en el sillón.

Lo siguiente que recuerdo es que era por la mañana; el desayuno acababa de terminar; Silvia estaba bajando a Bruno de una silla alta, y diciéndole a un spaniel, que los observaba con una sonrisa muy benévola:

—Sí, gracias, hemos desayunado estupendamente. ¿No es cierto, Bruno?

—Había demasiados huesos en el... —empezó a decir este, pero su hermana lo miró con gesto reprobatorio y se llevó un dedo a los labios, pues, en ese momento, los viajeros estaban siendo atendidos por un funcionario de aspecto muy solemne, el gruñidor mayor, cuyo deber era, en primer lugar, llevarlos ante el rey para que se despidieran de él, y después escoltarlos hasta la frontera de Canilandia. El gran terranova los recibió con suma afabilidad pero, en vez de decirles «adiós», anunció que los escoltaría él mismo, lo cual sobresaltó de tal modo al gruñidor mayor que este profirió tres salvajes gruñidos.

—¡Es un modo de proceder tremendamente inusual, majestad! —exclamó el gruñidor mayor, a punto de ahogarse por el disgusto de ser dejado al margen, dado que se había puesto su mejor traje de gala, confeccionado enteramente con pieles de gato, para la ocasión.

—Los escoltaré yo mismo —repitió su majestad, suave pero firmemente, despojándose de las vestiduras reales, y cambiando su corona por otra más pequeña —, y tú puedes permanecer en palacio.

—¡Me *alegdo!* —le susurró Bruno a Silvia cuando estuvieron lo bastante lejos como para que el gruñidor no pudiera oírlos—. ¡Estaba muy enfadadísimo! —Y no sólo acarició a su escolta real, sino que incluso lo abrazó por el cuello exultante de gozo.

Su majestad meneó tranquilamente la cola real.

—¡Es todo un alivio —dijo— alejarse del palacio de cuando en cuando! La realeza perruna lleva una vida insulsa, ¡os lo aseguro! ¿Te supondría...? —y esto se lo dijo a Silvia, en voz baja, y con aspecto de sentirse un poco tímido y avergonzado—. ¿Te supondría mucha molestia lanzar simplemente ese palo para que te lo traiga?

Silvia se quedó por un instante demasiado atónita como para hacer nada: le parecía una imposibilidad monstruosa que un rey quisiera correr detrás de un palo. Pero Bruno estaba a la altura de la ocasión, y con el alegre grito de «¡Venga! ¡*Tdáelo, perito* bueno!» lo arrojó por encima de un matorral. Un instante después el monarca de Canilandia había saltado las matas, recogido el palo y vuelto al galope con él en la

boca a donde estaban los niños. Bruno se lo quitó de manera muy decidida.

—¡Pídelo! —insistió, y eso hizo su majestad.

—¡Dame la patita! —ordenó Silvia, y su majestad se la dio. En resumen, la solemne ceremonia de escoltar a los viajeros hasta las fronteras de Canilandia ¡se convirtió en un prolongado y divertidísimo juego!

—¡Pero el trabajo es el trabajo! —dijo el rey canino por fin—. Y yo debo retornar al mío. No podría ir más lejos —agregó, consultando un reloj para perros que colgaba de una cadena alrededor de su cuello—, ¡ni aunque hubiera un gato a la vista!

Se despidieron afectuosamente de su majestad y continuaron adelante, con paso cansado.

—¡Qué *pero* más *encantadod*! —exclamó Bruno—. ¿Hay que *caminad* mucho más, Silvia? ¡Estoy cansado!

—¡No mucho más, cariño! —contestó Silvia con dulzura—. ¿Ves ese resplandor, justo detrás de esos árboles? ¡Estoy casi segura de que son las puertas de Hadalandia! Sé que son totalmente doradas, padre me lo dijo, ¡y brillan tanto, tanto! —agregó en tono soñador.

—¡*Deslumbdan* a la vista! —dijo Bruno, tapándose los ojos con una manita, mientras la otra asía fuertemente la de Silvia, como si la extraña actitud de su hermana lo alarmara un poco.

Pues esta avanzaba como si caminara en sueños, con sus grandes ojos fijos en la distancia y su respiración afectada por rápidos jadeos de ávido gozo. Yo sabía, por alguna extraña iluminación mental, que un gran cambio estaba produciéndose en mi dulce amiguita (pues tal me gustaba considerarla) y que estaba trascendiendo la simple condición de duende de Exotilandia para pasar a ser una verdadera hada.

El cambio tardó más en llegar en el caso de Bruno, pero se completó en ambos antes de su llegada a las puertas doradas, a través de las cuales sabía que me sería imposible seguirlos. No pude hacer otra cosa que permanecer fuera y echar una última mirada a los dos encantadores niños antes de que desapareciesen en su interior y las puertas doradas se cerraran con un potente estruendo.

¡Y menudo estruendo!

—¡Nunca se cerrará como una puerta de armario normal! —explicó Arthur—. Le pasa algo a la bisagra. De todos modos, aquí tienes el bizcocho y el vino. Y ya te has echado tu sueñecito. ¡Así que ahora debes irte realmente a la cama, anciano! No estás para nada más. Da fe oficial el Dr. Arthur Forester.

Para entonces me encontraba otra vez completamente despierto.

—¡Aún no! —rogué—. De veras que ahora no tengo sueño. Y no es medianoche todavía.

—Bueno, quería hablarte de otra cosa —contestó Arthur en tono transigente, mientras me entregaba la cena que había prescrito—, pero pensaba que tenías demasiado sueño como para hacerlo esta noche.

Tomamos nuestra comida de medianoche prácticamente en silencio, pues un

nerviosismo inusual parecía haberse apoderado de mi viejo amigo.

—¿Cómo está la noche? —preguntó, tras lo cual se levantó y recorrió las cortinas de la ventana, aparentemente para cambiar de tema por un momento. Fui tras él y nos quedamos los dos allí en silencio, mirando afuera.

»La primera vez que te hablé de... —empezó a decir Arthur, tras un largo e incómodo silencio—, es decir, cuando hablamos por primera vez de ella, ya que creo que fuiste tú quien sacó el tema, mi propia situación en la vida me impedía cualquier otra cosa que no fuera adorarla a distancia, y me encontraba dándole vueltas al plan de dejar finalmente este lugar e instalarme en alguna otra parte lejos de cualquier posibilidad de reencontrarme con ella. Esto parecía ser lo único provechoso que podía hacer con mi vida.

—¿Y crees que eso habría sido juicioso? —dije yo—. ¿No permitirte esperanza alguna?

—No existía tal esperanza —respondió Arthur con firmeza, a pesar de que sus ojos relucían por las lágrimas cuando levantó la vista hacia el cielo de medianoche, en el cual resplandecía una estrella solitaria, la maravillosa Vega, con una intermitente grandiosidad que traspasaba las ágiles nubes—. Para mí ella era como esa estrella: brillante, hermosa y pura, ¡pero se encontraba tan lejos de mi alcance, tan lejos!

Corrió de nuevo las cortinas, y regresamos a nuestros asientos junto al hogar.

—Lo que quería contarte es lo siguiente —continuó su relato—: Esta tarde me han llegado noticias de mi abogado. No puedo entrar en los detalles del asunto, pero el resultado es que mi fortuna material es mucho mayor de lo que pensaba, y me encuentro (o pronto me encontraré) en posición de ofrecerle matrimonio, sin que ello resulte imprudente, a cualquier dama, incluso en el caso de que esta no aportara nada. Y hablando de *ella*, dudo que lo hiciera: el earl es pobre, según creo. Pero yo dispondría de suficiente para los dos, incluso si nos fallase la salud.

—¡Os deseo toda la felicidad del mundo en vuestra vida de casados! —exclamé—. ¿Hablarás mañana con el earl?

—Todavía no —repuso Arthur—. Es muy simpático, pero no me atrevo a pensar que guarde intenciones más profundas, de momento. Y en cuanto a... a *lady* Muriel, a pesar de mis esfuerzos, no logro adivinar sus sentimientos hacia mí. Si hay amor, ¡lo oculta! ¡No, debo esperar, debo esperar!

No quise presionar con ningún consejo más a mi amigo, cuyo juicio, me dio la sensación, resultaba mucho más sensato y serio que el mío, y nos fuimos a dormir sin una palabra más sobre el tema que tenía ahora absorbidos sus pensamientos, más aún, su vida misma.

A la mañana siguiente llegó una carta de mi propio abogado, que me convocaba a la ciudad en relación con un asunto importante.

Capítulo 14

Silvia el hada

El asunto por el cual había regresado a Londres me retuvo allí un mes entero y, aun así, fue únicamente el insistente consejo de mi médico el que me persuadió de dejarlo sin resolver del todo y realizar otra visita a Elveston.

Arthur me escribió una o dos veces durante el mes, pero en ninguna de sus cartas había mención alguna a *lady* Muriel. No obstante, su silencio no era un mal augurio: a mi modo de ver se trataba del comportamiento natural de un enamorado, el cual, aun cuando su corazón estuviese cantando «Es mía», temía plasmar su felicidad en las frías frases de una carta, prefiriendo en cambio esperar a contarlo de palabra. «Sí —pensé—; ¡escucharé su canción victoriosa de sus propios labios!».

La noche que llegué teníamos muchas otras cosas de las que hablar y, cansado como me encontraba del viaje, me fui pronto a la cama, dejando el feliz secreto aún sin revelar. Al día siguiente, sin embargo, mientras charlábamos entre los restos del almuerzo, me atreví a plantear la trascendental cuestión.

—Bien, viejo amigo, no me has contado nada de *lady* Muriel, ni de cuándo será el feliz día.

—El feliz día —dijo Arthur, con gesto inesperadamente serio se halla todavía en un improbable futuro—. Hemos de conocernos... o, más bien, ella necesita conocerme mejor. Yo conozco su encantadora naturaleza, perfectamente, a estas alturas. Pero no me atrevo a hablar hasta estar seguro de que mi amor será correspondido.

—¡No esperes demasiado! —contesté en tono alegre—. ¡Un corazón apocado nunca conquistó mujer hermosa!

—Quizá sea ese mi problema. Pero de verdad que todavía no me atrevo a decirle nada.

—Pero entretanto —aduje yo estás corriendo un riesgo en el que puede que no hayas pensado. Algún otro hombre...

—No —replicó Arthur con firmeza—. No ha entregado su corazón a nadie: eso lo sé. Dicho lo cual, si ama a alguien mejor que yo, ¡que así sea! No estropearé su felicidad. El secreto morirá conmigo. Pero ella es mi primer... ¡y mi único amor!

—Son unos sentimientos muy hermosos —dije—, pero nada prácticos. No es propio de ti.

Teme excesivamente su destino o

posee un pequeño desierto, quien
no se atreve a saltar al vacío aun
pudiendo así ganar el cielo^[*].

—¡No me atrevo a preguntarle si hay otro! —dijo de forma apasionada ¡Saberlo me rompería el corazón!

—¿Y te parece sensato vivir con la duda? ¡No debes desperdiciar tu vida por un «y si...»!

—¡Te digo que no me atrevo!

—¿Quieres que lo averigüe yo por ti? —pregunté, con la libertad de un viejo amigo.

—¡No, no! —respondió con expresión afligida—. Te ruego que no digas nada. Mejor esperar.

—Como quieras —accedí, y juzgué conveniente no decir nada más en ese momento. «Pero esta tarde», pensé, «le haré una visita al earl. Tal vez pueda ver cómo están las cosas, ¡sin tener que decir siquiera una palabra!».

Fue una tarde muy calurosa —demasiado para pasear o hacer cosa alguna—; de lo contrario no habría ocurrido, creo yo.

En primer lugar, deseo saber —¡querido y pequeño lector!— por qué han de estar siempre las hadas aleccionándonos para que cumplamos con nuestro deber, y sermoneándonos cuando nos equivocamos, y por qué nosotros nunca podemos enseñarles nada a ellas. Uno no puede mantener que las hadas nunca son codiciosas, ni egoístas, ni enfadadizas, ni embusteras, porque eso sería absurdo, ¿sabes? Por tanto, ¿no crees que a lo mejor no les vendría mal recibir alguna pequeña reprimenda y castigo de vez en cuando?

De verdad que no veo por qué no debería intentarse, y estoy prácticamente seguro de que, si tan sólo uno pudiese atrapar un hada, y ponerla contra el rincón, y tenerla a pan y agua durante un día o dos, ello descubriría un carácter totalmente mejorado; o le bajaría un poco los humos, en cualquier caso.

La siguiente cuestión es: ¿cuál es la mejor época para ver hadas? Creo que puedo contarte todo lo que hay que saber al respecto.

La primera regla es que debe tratarse de un día realmente caluroso, uno que podamos considerar estable, y tienes que sentirte un poquito somnoliento, pero no tanto como para no poder mantener los ojos abiertos, atención. Deberías sentirte además ligeramente... «feérico», podríamos llamarlo, o «inquieto»; los escoceses dicen *erie*, y quizá sea una palabra más bonita; si no sabes lo que significa, me temo que me resulta prácticamente imposible de explicar; habrás de esperar a encontrarte con un hada, y entonces lo sabrás.

Y la última regla es que los grillos no deberían estar cantando. No puedo detenerme a explicarlo; tendrás que fiarte por el momento.

De modo que, si todas estas cosas se dan al mismo tiempo, tienes muchas posibilidades de ver un hada, o, al menos, bastantes más que si no fuera así.

Lo primero que advertí, mientras paseaba ociosamente por un claro en el bosque, fue que había un escarabajo de gran tamaño, tendido boca arriba en el suelo, que luchaba por darse la vuelta, y me agaché sobre una rodilla para ayudar a la pobre criatura. Con algunas cosas, ¿sabes?, uno nunca puede estar totalmente seguro de qué le gustaría a un insecto: por ejemplo, me vería incapaz de decidir, suponiendo que yo fuera una polilla, si preferiría que me mantuviesen apartado de la vela o que me dejaran volar directamente hasta ella y quemarme; o también, en caso de ser una araña, no estoy convencido de que me gustase realmente que destrozaran mi tela y soltaran a la mosca; pero sí guardo la absoluta certeza de que si fuera un escarabajo y hubiese rodado sobre mi caparazón hasta quedar panza arriba, estaría siempre encantado de que me ayudasen a levantarme.

Así que, como iba diciendo, había apoyado una rodilla en la tierra y alargado justo una mano para coger un palito con el que darle la vuelta al escarabajo, cuando vi algo que provocó que diera un paso atrás rápidamente y contuviera el aliento por miedo a hacer cualquier ruido que pudiese asustar a la pequeña criatura.

Tampoco es que esta diera la impresión de ser asustadiza: tenía un aspecto tan bondadoso y gentil que estoy seguro de que jamás habría esperado que nadie pudiera querer hacerle daño. Medía únicamente unos cuantos centímetros, y vestía de verde, de modo que en realidad apenas habrías podido verla entre la alta hierba, y era tan delicada y grácil que parecía totalmente formar parte del lugar, casi como si fuese una flor más. Puedo decirte, además, que no tenía alas (no creo en las hadas aladas) y que poseía un abundante cabello largo y castaño y unos grandes y sinceros ojos del mismo color, y con esto he hecho todo lo que he podido para darte una idea de cómo era.

Silvia (averigüé su nombre más tarde) se había arrodillado, como estaba haciendo yo, para ayudar al escarabajo, pero a ella le hizo falta algo más que un palito para ponerlo de nuevo sobre sus patas; no pudo hacer otra cosa que, con ambos brazos, empujar al pesado insecto sobre su costado, y mientras lo hacía no paró de hablarle, medio regañándolo y medio consolándolo, como haría una niñera con un niño que se hubiese caído al suelo.

—¡Ya, ya! No tienes por qué llorar tanto. Aún no estás muerto; aunque si así fuera, no podrías llorar, ¿sabes?, ¡de modo que es una regla general contra el llanto, querido! ¿Y cómo has llegado a quedarte panza arriba? Pero no hace falta que te lo pregunte, puedo ver bien cómo ocurrió: pasando por hoyos llenos de arena con el mentón levantado, como de costumbre. Está claro que si caminas entre esos hoyos de ese modo lo normal es que acabes cayendo y volteado. Deberías mirar por donde andas.



El escarabajo murmuró algo parecido a: «¡Pero si lo hice!», y Silvia continuó con su reprimenda.

—¡Sé bien que no lo hiciste! ¡Nunca lo haces! Siempre andas con la barbilla levantada, ¡dándote tantos aires! Bien, veamos cuántas patas te has roto esta vez. ¡Yo diría que ninguna! ¿Y de qué sirve tener seis patas, querido, si cuando quedas panza arriba sólo puedes agitarlas en el aire? Las piernas están pensadas para caminar con ellas, ¿sabes? No empieces ya a sacar las alas; aún no he acabado. Ve a ver a la rana que vive detrás de ese ranúnculo y dale saludos de mi parte, de Silvia... ¿puedes decir «saludos»?

El escarabajo probó a hacerlo y, supongo, lo dijo bien.

—Sí, eso es. Y dile que tiene que darte un poco de ese unguento que le dejé ayer. Deberías convencerla para que te lo extienda. Tiene las manos bastante frías, pero no se lo tengas en cuenta.

Creo que al escarabajo debieron de entrarle escalofríos ante la idea, pues Silvia prosiguió en un tono más serio:

—No hace falta que finjas ser tan quisquilloso, como si fueras demasiado mayor para que una rana te frote la espalda. De hecho, deberías estarle muy agradecido. Imagínate que el único voluntario disponible fuese un sapo, ¿qué te parecería eso?

Hubo un breve silencio, y luego Silvia añadió:

—Puedes irte ya. Sé un buen escarabajo, ¡y no vayas levantando el mentón! — Dio comienzo entonces una de esas representaciones de zumbidos, silbos y sacudidas inquietas en el aire propias de un escarabajo cuando este ha decidido echar a volar, pero aún no tiene claro hacia dónde. Al fin, con uno de sus torpes zigzags, se las arregló para lanzarse directamente contra mi cara y, para cuando logré recuperarme

del sobresalto, la pequeña hada había desaparecido.

Miré a mi alrededor en todas direcciones en busca de la pequeña criatura, pero no había rastro de ella, y mi sensación de «inquietud» había desaparecido del todo, y los grillos volvían a cantar alegremente, por lo cual supe que ella se había ido realmente.

Y ahora tengo tiempo para hablarte de la regla sobre los grillos. Siempre cesan de cantar cuando pasa un hada, porque un hada es una especie de reina para ellos, supongo —en cualquier caso es un ser mucho más grande que un grillo—; así que siempre que estés dando un paseo y los grillos dejen repentinamente de cantar, puedes estar seguro de que están viendo un hada.

Retomé mi camino con cierta tristeza, no te quepa duda. No obstante, me consolé pensando: «Ha sido una tarde absolutamente maravillosa, hasta el momento. Seguiré andando en silencio y mirando a mi alrededor, y no sería de extrañar que me topase de nuevo con otra hada por alguna parte».

Paseando atentamente la mirada en torno mío de tal modo, reparé por casualidad en una planta de hojas redondeadas, que presentaba unos extraños agujeritos en mitad de varias de ellas. «¡Ah, la abeja cortahojas!», observé con aire indiferente —soy todo un erudito en historia natural, ¿sabes? (por ejemplo, siempre puedo diferenciar a los gatos de los patos de un solo vistazo)— mientras pasaba por su lado, cuando un súbito pensamiento hizo que me agachara y examinase las hojas.

Entonces me recorrió un estremecimiento de placer, pues advertí que los agujeritos estaban dispuestos formando letras; había tres hojas adyacentes, marcadas con una «B», una «R» y una «U», y después de buscar un poco hallé dos más, que contenían una «N» y una «O».

A la sazón, en un instante, un destello de luz interior pareció iluminar una parte de mi vida que prácticamente había quedado en el olvido: las extrañas visiones que había experimentado durante mi viaje a Elveston, y pensé, súbitamente dichoso: «¡Aquellas visiones están destinadas a tener relación con mi vida real!».

Para entonces, aquella sensación de «inquietud» había regresado, y de pronto observé que no había ningún grillo cantando, así que me entró la completa certeza de que «Bruno» andaba muy cerca, por alguna parte.

Y así era: tan cerca que a punto había estado de pisarlo sin darme cuenta; lo cual habría sido terrible, suponiendo claro está que resulte posible pisar un hada: mi creencia es que su naturaleza es similar a la de los fuegos fatuos, y a estos no hay forma de pisarlos.

Piensa en algún niño de gran hermosura que conozcas, con mejillas sonrosadas, grandes ojos oscuros y pelo castaño y revuelto, e imagina después que es lo bastante pequeño como para caber sin dificultad en una taza de café, y tendrás una imagen muy atinada de él.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —fue lo primero que dije, con voz tan suave como pude. Y, por cierto, ¿por qué razón iniciamos siempre las conversaciones con niños pequeños preguntándoles sus nombres? ¿Es porque pensamos que un nombre ayudará

a hacerlos un poco mayores? Nunca se te ha ocurrido preguntárselo a un hombre adulto real, ¿eh?, ¿a que no? Empero fuese cual fuese el motivo, sentí la absoluta necesidad de saber su nombre; de modo que, como no respondió a mi pregunta, la repetí un poco más fuerte—: ¿Cómo te llamas, jovencito?

—¿Y usted? —contestó, sin alzar la vista.

Le dije mi nombre con modales muy delicados, ya que era demasiado pequeño como para enfadarme con él.

—¿Duque de Algo? —preguntó, mirándome durante sólo un instante, para luego seguir con lo que estaba haciendo.

—De nada —dije, levemente avergonzado por tener que confesarlo.

—Es usted lo bastante *gdande* para *sed* dos duques —comentó la criaturita—. Supongo que entonces será *sid* algo, ¿no?

—No —respondí, con creciente vergüenza—. No poseo ningún título.

El hada pareció pensar que en ese caso no merecía la pena seguir hablando conmigo, ya que siguió cavando y destrozando las flores en silencio.

Tras unos segundos, lo volví a intentar.

—Dime cómo te llamas, por favor.

—*Bduno* —contestó en el acto el pequeñín—. ¿*Pod* qué no lo *pdeguentó* antes «*pod favod*»?

«Eso se parece a lo que solían enseñarnos en el cuarto de juegos», pensé para mis adentros, remontándome largos años (en torno a un siglo, ya que lo preguntas) a la época en que era un párvulo. Y entonces me vino a la cabeza una idea, y le pregunté:

—¿Eres una de las hadas que enseñan a los niños a ser buenos?

—Bueno, a veces tenemos que *hacedlo* —dijo Bruno—, y es un fastidio *enodme*. —Al decir esto, partió salvajemente por la mitad un pensamiento silvestre y pisoteó los trozos.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Bruno? —pregunté.

—*Estdopead* el *jaddín* de Silvia —fue su única respuesta en un principio. Pero a medida que seguía rompiendo las flores, refunfuñó para sí—: Esa *gduñona* mala... no quiso *dejadme id* a *jugad* esta mañana... dijo que tenía que *acabad* antes mis *leciones*... ¡cómo no! ¡Pero voy a *chinchadla* bien!

—¡Oh, Bruno, no deberías hacer eso! —exclamé—. ¿No sabes que eso es vengarse? ¡Y la venganza es algo malvado, cruel y peligroso!

—¿Ven-gansa? —dijo Bruno—. ¡Qué *palabda* más *divedtida*! Supongo que dice que es *cduel* y *peligorosa podque* si la gansa se *acedcara* demasiado, ¡*podería acabad* en la olla!

—No, ven-gansa no —expliqué—; venganza —pronuncié la palabra muy despacio, mas no pude evitar pensar que la explicación de Bruno resultaba muy acertada.

—¡Oh! —dijo Bruno abriendo mucho los ojos, pero sin hacer intento de repetir la palabra.

—¡Vamos! ¡Trata de decírla, Bruno! —le insté de manera jovial—. Ven-gan-za. Ven-gan-za.

Pero Bruno se limitó a sacudir su cabecita y afirmó que era incapaz, que su boca no tenía la forma adecuada para palabras de ese tipo. Y cuanto más me reía, más malhumorado se ponía el pequeñajo.

—¡No importa, jovencito! —contesté—. ¿Quieres que te ayude con tu tarea?

—Sí, *pod favod* —asintió Bruno, ya calmado del todo—. Aunque ojalá se me *ocuriera* algo que la chinchara más que esto. ¡No sabe lo que *costa hacedla enfadad!*

—Atiende, Bruno, ¡voy a enseñarte una forma realmente magnífica de vengarte!

—¿Algo que la chinchará un montón? —preguntó con ojos resplandecientes.

—Así es. Primero, arrancaremos todas las malas hierbas de su jardín. ¿Ves?, hay muchas en este extremo, que tapan totalmente las flores.

—¡Pero eso no la chinchará! —se quejó Bruno.

—Después —añadí, haciendo caso omiso del comentario—, regaremos este macizo elevado de aquí arriba. Ya ves que se está quedando bastante seco y polvoriento.

Bruno me echó una mirada inquisitiva, pero esta vez no dijo nada.

—A continuación —proseguí—, los caminos están pidiendo que los barran un poco, y creo que podrías cortar esa ortiga alta; está tan pegada al jardín que casi hace falta apartarla para pasar...

—¿De qué está hablando? —me interrumpió con impaciencia Bruno—. ¡Todo eso no le molestará nada!

—¿Ah, no? —respondí, con aire inocente—. Entonces, una vez hecho eso, qué te parece si ponemos unas cuantas de esas piedrecitas de colores... sólo para señalar las divisiones entre los distintos tipos de flores, ya sabes. Quedará muy bonito así.

Bruno se dio la vuelta y me observó fijamente durante unos momentos. Al final se produjo un extraño y leve brillo en sus ojos, y dijo, con una voz que dejaba traslucir una intención completamente nueva:

—Eso *vernirá* estupendamente. Pongámoslas en filas: las *dojas* con las *dojas* y las azules con las azules.

—Eso vendrá de perlas —dije yo—, y después... ¿qué tipo de flores son las favoritas de Silvia?

Bruno tuvo que meterse el pulgar en la boca y pensar un poco antes de poder contestar.

—Las violetas —dijo, finalmente.

—Hay un hermoso macizo de violetas junto al arroyo...

—¡Oh, vayamos a *cogedlas!* —gritó Bruno, dando un saltito—. ¡Venga! *Agare* mi mano y le ayudaré a *llegad*. La *hiedba* de camino al *arollo* es bastante espesa.

No pude evitar reír ante su completo olvido de la enormidad de la criatura con la que estaba hablando.

—No, todavía no, Bruno —dije—; hemos de pensar por dónde conviene empezar.

Como ves, tenemos mucho trabajo por delante.

—Sí, pensemos —asintió Bruno, que se metió de nuevo el pulgar en la boca y se sentó sobre un ratón muerto.

—¿Para qué guardas ese ratón? —inquirí—. Deberías enterrarlo, o tirarlo al arroyo.

—¡Pues para *medid* con él! —exclamó Bruno—. ¿Cómo si no iba a *constuid* un *jaddín*? Hacemos cada macizo de *tdes datones* y medio de *ladgo* y dos *datones* de ancho.

Lo detuve cuando se disponía a arrastrarlo por la cola para enseñarme cómo se usaba, ya que temía en parte que la sensación de «inquietud» pudiese desaparecer antes de que hubiéramos terminado el jardín, en cuyo caso dejaría de verlo a él y a Silvia.

—Creo que lo mejor será que tú arranques las malas hierbas mientras yo separo esas piedrecitas para señalar con ellas los caminos.

—¡Eso es! —gritó Bruno—. Y *mientdas ttabajamos*, le hablaré de las orugas.

—¡Ah, pues oigámoslo! —dije, en tanto me afanaba en amontonar las piedrecitas y comenzaba a separarlas por colores.

Y Bruno continuó en un tono rápido y bajo, que daba más la sensación de que estuviera hablando solo que otra cosa.

—*Ayed* vi dos oruguitas, cuando estaba sentado junto al *arroyo*, justo donde empieza el bosque. Eran muy *veddes*, y tenían ojos amarillos, y no me vieron. Y una de ellas iba *cadgada* con un ala de polilla: una *gdande* y *marón*, ¿sabe?, totalmente seca, con plumas. Imagino que no la *quería* para *comed*... ¿pensaría *hacedse* una capa para el *inviedno*?

—Quizá —dije yo, pues Bruno había entonado la última palabra como si se tratara de una pregunta, y estaba mirándome a la espera de una respuesta.

Una palabra fue más que suficiente para el pequeñín, que siguió hablando tan campante.

—Y no quería que la *otda* oruga viera el ala, ¿sabe?, así que lo único que podía *haced* es *intentad llevadla* sólo con sus patas *izquieddas*, con todas, y *caminad* con las *otdas*. Y como es lógico, *peddió* el *equilibdio* y se cayó después.

—¿Después qué? —pregunté, tras escuchar sólo la última palabra, pues, a decir verdad, no había estado prestando mucha atención.

—Se cayó —repitió Bruno, muy serio—, y si alguna vez viera a una oruga *caedse*, *sabdía* que es una cosa muy *seriísima*, y no estaría ahí sentado *sondiendo*... ¡y ya no le voy a *contad* nada más!

—Tienes toda la razón, Bruno, he sonreído sin querer. ¿Ves?, ya vuelvo a estar totalmente serio.

Pero Bruno se limitó a cruzarse de brazos, y dijo:

—¡No me diga! Veo un pequeño *bdillo* en su mirada, como el de la luna.

—¿Por qué piensas que me parezco a la luna, Bruno? —pregunté.

—Su cara es *gdande* y *dedonda* como la luna —respondió el pequeñín, mirándome con gesto pensativo—. No *bdilla* tanto, pero está más limpia.

No pude evitar sonreír al escuchar aquello.

—Me lavo la cara de vez en cuando, ¿sabes, Bruno? La luna nunca lo hace.

—¡Oh, ya lo sé! —exclamó Bruno, y se inclinó hacia delante y añadió en un susurro cargado de solemnidad—. La cara de la luna se ensucia más y más cada noche, hasta que se pone totalmente *negda*. Y entonces, cuando está sucia del todo, así —se pasó la mano por sus propias mejillas sonrosadas mientras hablaba—, se la lava.

—Y entonces vuelve a estar limpia, ¿no?

—No toda de golpe —corrigió Bruno—. ¡Qué montón de cosas quiere *sabed*! Se la lava poco a poco... sólo que empieza por el *bodde contdadio*, ¿sabe usted?

Para entonces se hallaba sentado tranquilamente sobre el ratón muerto con los brazos cruzados, y el desherbado no estaba progresando nada; así que tuve que decir:

—Primero el trabajo, después el placer: ¡se acabó la charla hasta que esté terminado ese macizo!

Capítulo 15

La venganza de Bruno

Luego compartimos unos cuantos minutos de silencio, mientras yo separaba las piedrecitas y me divertía viendo el plan de jardinería de Bruno, uno totalmente novedoso para mí: siempre medía cada macizo antes de limpiarlo de hierbajos, como si temiera que el proceso fuera a hacerlo encoger; y en una ocasión en que resultó ser más largo de lo que deseaba, se puso a golpear al ratón con su puñito, gritando: «¡Ahí lo tienes! ¡Todo está mal otra vez! ¿Pod qué no mantienes la cola *decta* cuando te lo digo?».

—Le diré lo que voy a *haced* —medio susurró Bruno, durante el trabajo—. Le gustan las hadas, ¿veddad?

—Sí —respondí yo—, claro que sí; en caso contrario no habría venido aquí, sino a algún otro sitio donde no las hubiese.

Bruno soltó una risa desdeñosa.

—Tanto le *valerla decid* que iría a un sitio donde no *habiera* aire... ¡suponiendo que no le gustase el aire!

Era una idea bastante difícil de captar. Intenté cambiar de tema.

—Eres prácticamente la primera hada que he visto en mi vida. ¿Alguna vez has visto a otra persona aparte de mí?

—¡Un montón! —dijo Bruno—. Las vemos cuando vamos andando *pod* el camino.

—Pero ellas no pueden veros a vosotras. ¿Cómo es que nunca os pisan?

—No pueden *pisadnos* —explicó Bruno, con cara de estar divirtiéndose con mi ignorancia—. Mire, imagínese que está caminando *pod* aquí... así —dijo haciendo unas pequeñas marcas en el suelo—, y que hay un hada, que soy yo, caminando *pod* aquí. Muy bien, entonces pone un pie aquí, y *otdo* pie aquí, así que no pisa al hada.

La explicación no parecía mala del todo, pero no me convenció.

—¿Y por qué no iba a poner el pie donde está el hada?

—No sé *pod* qué —contestó el pequeñajo en tono pensativo—, pero sí sé que no lo haría. Nunca nadie ha pisado un hada. Le diré lo que voy a *haced* ahora, ya que le gustan tanto. Voy a *conseguid* una invitación para usted a la cena de gala del *dey* de las hadas. Conozco a uno de los jefes de camareros.

No pude evitar reírme de la idea.

—¿Los camareros llevan invitados? —pregunté.

—¡Oh, no para *sentadse* en las mesas! —matizó Bruno—, sino para *atendedlas*. Eso le gustaría, ¿no? *Llebad* fuentes y esas cosas.

—Pero es que eso no es tan agradable como sentarse en la mesa, ¿no crees?

—Pues claro que no —dijo Bruno en un tono que parecía traslucir cierta lástima por mi ignorancia—, pero usted, si ni siquiera es *sid* Lo-que-sea, no puede *esperad* que le *pedmitan sentadse* en la mesa, ¿sabe?

Yo contesté, con la mayor humildad de la que fui capaz, que no lo esperaba, pero que era el único modo de ir a una cena de gala que realmente fuera a disfrutar. Y Bruno sacudió la cabeza, y dijo, en tono bastante ofendido, que hiciera lo que quisiese; mucha gente que él conocía habría dado las orejas por asistir.

—¿Has ido tú alguna vez, Bruno?

—Me invitaron una vez, la semana pasada —asintió Bruno, con gran circunspección—. Fue para *lavad* las fuentes de sopa... digo, las fuentes de queso... me hizo *sentid* bastante *impodtante*. Y *sedví* en la mesa. Y cometí apenas un solo fallo.

—¿Cuál fue? —dije—. No te dé vergüenza contármelo.

—Sólo que llevé unas tijeras para *codtad* la *tednera* —reveló Bruno con despreocupación—. Pero lo que me hizo *sentid* más *impodtante* fue que ¡le llevé al *dey* un vaso de *sidda*!

—¡Qué importante! —exclamé, mordiéndome el labio para contener la risa.

—¡A que sí! —añadió Bruno con mucha seriedad—. ¡No todo el mundo ha tenido un *honod* como ese!, ¿sabe?

Aquello hizo que me pusiera a pensar en las diversas excentricidades que calificamos de «un honor» en este mundo, pero que, después de todo, no poseen ni un ápice más de honor que del que disfrutó Bruno cuando le llevó al rey un vaso de sidra.

No sé cuánto tiempo podría haberme pasado elucubrando de aquel modo si Bruno no me hubiese despertado repentinamente.

—¡Oh, venga *dápido*! —gritó, con desaforada emoción—. ¡*Agárelo* del *otdo cuedno*! ¡No *poderé sujetadlo* mucho más!

Se encontraba bregando desesperadamente con un gran caracol, aferrado a uno de sus cuernos, y a punto de partirse su pobre espaldita en sus esfuerzos por arrastrarlo sobre una brizna de hierba.

Comprendí que no podríamos seguir trabajando en el jardín si permitía aquella clase de cosas, de modo que cogí tranquilamente el caracol y lo puse sobre un montículo donde él no pudiera cogerlo.

—Lo cazaremos más tarde, Bruno —dije—, si de verdad quieres atraparlo. Pero una vez lo tienes, ¿qué haces con él?

—¿Qué hace con un *zoro* cuando lo tiene? —replicó Bruno—. Sé que *vosotdos* los *gdandullones* cazáis *zoros*.

Traté de pensar en alguna buena razón por la que los «grandullones» debiéramos cazar zorros y él no cazara caracoles, pero no se me ocurrió ninguna; de manera que dije, finalmente:

—Bueno, supongo que tanto dan unos como otros. Iré a cazar caracoles algún día.

—*Cdeía* que no sería tan tonto —soltó Bruno— como para *id* usted solo a *cazad* caracoles. Sin alguien que lo sujetase del *otdo cuedno*, ¡nunca conseguiría *atdapad* a uno!

—Pues claro que no iré solo —contesté, totalmente serio—. Por cierto, ¿son los caracoles de ese tipo los mejores para la caza, o recomiendas los que no tienen concha?

—Oh, no, nunca cazamos los que no tienen concha —explicó Bruno, estremeciéndose ligeramente ante la idea—. *Siempde* se enfadan un montón cuando lo haces y, además, si te caes encima, ¡están muy *pejagosísimos*!

Para entonces, ya casi habíamos terminado con el jardín. Yo había cogido algunas violetas, y Bruno me estaba ayudando a replantar la última, cuando de repente se detuvo y dijo:

—Estoy cansado.

—Descansa, entonces —dije—; puedo seguir solo, sin problemas.

A Bruno no le hizo falta una segunda invitación: se puso inmediatamente a colocar el ratón muerto a modo de sofá.

—Y yo le cantaré una pequeña canción —sugirió mientras lo empujaba, haciéndolo rodar.

—Adelante —contesté yo—; me encantan las canciones.

—¿Qué canción quiere? —inquirió Bruno, a la vez que tiraba del ratón hasta un sitio desde el que pudiera verme bien—. La más bonita es «Dan, dan».

Era imposible resistirse a una indirecta tan clara como aquella; no obstante, fingí reflexionar durante un momento, y luego dije:

—Pues esa es mi favorita.

—Eso *demuestda* que entiende de música —comentó Bruno, con un gesto de agrado—. ¿Cuántas campanillas le gustaría *escuchad*? —Y se metió el pulgar en la boca para ayudarme a pensarlo.



Como sólo había una mata de campanillas cerca, contesté en tono muy serio que creía que con una bastaría en aquella ocasión; la cogí y se la di. Bruno pasó su mano una o dos veces por las flores, como un músico que estuviera probando su instrumento, produciendo con ello un delicado tintineo de lo más delicioso. Nunca antes había escuchado música floral —no creo que resulte posible, a no ser que se esté en el estado de «inquietud»— y no sé muy bien de qué modo darte una idea de cómo era, salvo diciendo que sonaba como un repique de campanas a mil millas de distancia. Una vez que se aseguró de que las flores estaban afinadas, se sentó sobre el ratón muerto (nunca parecía verdaderamente cómodo en ningún otro sitio) y, levantando hacia mí sus ojos, que ahora brillaban de manera alegre, comenzó. La melodía, por cierto, era bastante curiosa, y tal vez quieras probar a tocarla tú mismo, así que aquí tienes las notas:



¡Levanta! Muere el día.
Los búhos ululan, ¡dan, dan!
¡Despierta! En el lago,
los elfos ya tocan, ¡dan, dan!

Saludando a nuestro rey,
¡cantan, tan, tan!

Cantó las cuatro primeras líneas de manera briosa y jovial, haciendo sonar las campanillas al compás de la música, pero en las dos últimas lo hizo lenta y suavemente, y tan sólo agitó las flores adelante y atrás. Después cesó de cantar para explicar:

—El *dey* de las hadas es Oberón, y vive al *otdo* lado del lago, y a veces lo *cduza* en una pequeña *badea*, y *nosotdos* vamos a *decibidlo*; y entonces cantamos esta canción, ¿sabe?

—¿Y luego cenáis con él? —dije yo, de manera picara.

—No debería *hablad* —replicó Bruno con irritación—; *interumpe* la canción.

Le dije que no volvería a hacerlo.

—Yo nunca hablo cuando estoy cantando —continuó, muy serio—, así que usted tampoco debería. —Después afinó las campanillas una vez más, y entonó:

¡Escucha! Por aquí y allá
las notas convocan, ¡dan, dan!
En los rápidos alegres
las campanas doblan, ¡dan, dan!
Saludando a nuestro rey,
¡trinan, nan, nan!

¡Contempla! En las ramas
qué faroles brillan, ¡dan, dan!
Son ojos de moscones
que la cena alumbran, ¡dan, dan!
Saludando a nuestro rey,
¡bailan, lan, lan!

¡Deprisa! Prueba y gusta
las viandas que esperan, ¡dan, dan!
La melaza se guarda...

—¡Silencio, Bruno! —interrumpí con un susurro de alerta—. ¡Viene Silvia!

Bruno paró su canción y, cuando ella apareció abriéndose camino con paso tranquilo entre las largas briznas de hierba, se lanzó súbita y precipitadamente hacia ella como un toro en miniatura, gritando:

—¡Mira para allí! ¡Mira para allí!

—¿A dónde? —preguntó Silvia, en tono bastante asustado, al tiempo que miraba

en todas direcciones para ver dónde podía estar el peligro.

—¡Para allí! —dijo Bruno, ayudándola delicadamente a darse la vuelta hasta quedar cara al bosque—. Ahora, camina de espaldas, con cuidado, no tengas miedo: ¡no te caerás!

Pero Silvia se tropezó de todos modos; de hecho, Bruno la llevó, con las prisas, por tantos palitos y piedras que fue realmente un milagro que la pobre niña consiguiese no acabar en el suelo. Pero Bruno se encontraba demasiado excitado como para pensar en lo que estaba haciendo.

Le señalé a Bruno con gestos el mejor lugar al que conducirla para que tuviera desde allí una vista general de todo el jardín; se trataba de un pequeño montículo de la altura aproximada de una patata y, cuando subieron a él, retrocedí hasta esconderme en las sombras, con objeto de que Silvia no me viese.

Oí a Bruno exclamar en tono triunfante:

—¡Ya puedes *mirad!* —Lo cual vino seguido de un aplauso, ejecutado, no obstante, por el propio Bruno. Silvia estaba callada; tan sólo contemplaba el jardín con las manos entrelazadas, y me entró cierto miedo de que no le gustase después de todo.

Bruno también la estaba observando de manera ansiosa, y cuando ella bajó de un brinco del montículo y comenzó a pasearse de acá para allá por los caminitos, la siguió con cuidado, claramente preocupado porque ella pudiera formarse una opinión propia del jardín, sin sugestión alguna por su parte. Y cuando Silvia por fin respiró hondo, y dio su veredicto —en un acelerado susurro y sin la más mínima consideración por la gramática—: «¡Es la cosa más preciosísima que jamás he visto en toda mi vida!»; el pequeñín pareció tan satisfecho como si hubiera sido pronunciado por todos los jueces y jurados de Inglaterra juntos:

—¿Y de verdad lo has hecho todo tú solo, Bruno? —dijo Silvia—. ¿Y todo por mí?

—Tuve un poco de ayuda —empezó Bruno, con una alegre risilla motivada por la sorpresa de su hermana—. Hemos estado *tdabajando* en él toda la *tadde*; pensé que te gustaría... —Entonces comenzó a temblarle el labio al pobre pequeñín, y un momento después prorrumpió en llanto, y tras correr hasta su hermana se abrazó apasionadamente a su cuello y escondió el rostro en su hombro.

También hubo un ligero temblor en la voz de Silvia, cuando susurró:

—¿Pero qué pasa, cariño? —Y trató de levantarle la cabeza para darle un beso.

Pero Bruno simplemente se aferró a ella, sollozando, y no se quedaría tranquilo hasta haber confesado:

—Intenté... *estdopead* tu *jaddín*, al *pdincipio*, pero yo nunca... nunca... —Tras lo cual se produjo otro ataque de llanto, que ahogó el resto de la frase. Finalmente logró sacar las palabras—: Me gustó... *plantad* las flores... para ti, Silvia... y nunca antes me había sentido tan feliz. —Y la carita sonrosada se levantó por fin para recibir su beso, completamente húmeda de lágrimas como estaba.

Para entonces Silvia también estaba llorando, y lo único que respondió fue:

—¡Querido Bruno! —y—. ¡Yo sí que nunca me había sentido tan feliz! — Aunque por qué estos dos niños que nunca antes habían sido tan felices debían estar llorando me resultaba un misterio.

Yo me encontraba muy feliz igualmente, pero naturalmente no lloré: los «grandullones» nunca lo hacen, ya sabes —les dejamos todo eso a las hadas—. Aunque creo que debía de estar lloviendo un poco justo en ese momento, pues descubrí unas pocas gotas sobre mis mejillas.

A continuación recorrieron de nuevo el jardín entero, flor por flor, como si estuviesen deletreando una larga frase, con besos por comas, y un gran abrazo a modo de punto cuando llegaron al final.

—¿Sabes que esto ha sido mi ven-gansa, Silvia? —empezó a decir Bruno en tono solemne.

Silvia rio alegremente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió. Echó atrás su tupida melena castaña con ambas manos y lo miró con unos ojos que seguían relucientes por los lagrimones.

Bruno respiró hondo y preparó su boca para un gran esfuerzo.

—Quiero *decid* ven-gan-za —rectificó—; ahora ya me *entendes*.

—Y lo vi tan alegre y orgulloso por haber dicho por fin bien la palabra, que sentí mucha envidia. Tengo la sensación de que Silvia no «entendió» nada; pero le dio un besito a su hermano en cada carrillo, lo cual pareció valerle igualmente.

Entonces se alejaron de allí juntos con paso tranquilo y en actitud cariñosa, internándose entre los ranúnculos, cada uno rodeando al otro con el brazo, susurrando y riendo por el camino, y sin volver la mirada hacia este pobre narrador ni una sola vez. Bueno sí, una: justo antes de que los perdiera totalmente de vista, Bruno giró un poco la cabeza y se despidió descaradamente con un leve movimiento de la misma. Y ese fue el único agradecimiento que recibí por las molestias que me había tomado. Lo último que vi de ellos fue esto: Silvia estaba inclinándose abrazada al cuello de su hermano, diciéndole al oído en tono persuasivo: «¿Sabes, Bruno? He olvidado por completo esa palabra tan difícil. Dila otra vez. ¡Vamos! ¡Sólo una vez, cariño!».

Pero Bruno no quiso volver a intentarlo.

Capítulo 16

Un cocodrilo cambiado

Lo Maravilloso —lo Misterioso había desaparecido totalmente de mi vida por el momento, e imperaba lo Ordinario. Dirigí mis pasos hacia la casa del earl, pues la «hora bruja» de las cinco ya había llegado, y sabía que los encontraría preparados para tomar una taza de té y charlar tranquilamente.

Lady Muriel y su padre me brindaron una bienvenida deliciosamente cálida. No eran del tipo de gente que lo recibe a uno en salones decorados a la última moda, que ocultan cualquier sentimiento de esa clase que por un casual pudieran albergar bajo la impenetrable máscara de una placidez convencional. *El hombre de la máscara de hierro* era, no cabe duda, una rareza y una maravilla en su propia época: ¡en el Londres moderno nadie volvería la cabeza para cerciorarse de lo que había visto! No, estas eran personas auténticas.

Cuando parecían estar contentos, era porque realmente lo estaban, y cuando *lady Muriel* dijo, con una sonrisa resplandeciente, «¡Me alegro muchísimo de volver a verlo!», supe que era verdad.

Sin embargo, no me atreví a desobedecer las órdenes —aunque me parecieran absurdas— del joven y perdidamente enamorado doctor, ni siquiera por medio de una alusión a su existencia, y no fue hasta que me hubieron detallado en profundidad su plan de hacer un picnic, al cual me invitaron, cuando *lady Muriel* exclamó, casi como una idea de último momento:

—¡... y traiga con usted, si es posible, al doctor Forester! Estoy segura de que le sentaría bien un día en el campo. Me temo que estudia demasiado...

Tuve «en la punta de la lengua» el decirle: «¡La belleza de usted es su única materia de estudio!», pero me la mordí justo a tiempo, con una sensación similar a la de alguien que, al cruzar la calle, ha estado a punto de verse arrollado por un cabriolé^[*].

—... y pienso que lleva una vida muy solitaria —continuó diciendo ella, con una dulce seriedad que no permitía sospecha alguna de un doble sentido—. ¡Convénzalo para que venga! Y no olvide el día: el martes siguiente al que viene. Podemos llevarlos nosotros. Sería una pena que fueran en tren: ¡el paisaje del camino es tan bonito! Y en nuestro carruaje descubierto caben justamente cuatro personas.

—¡Oh, le convenceré! —dije con confianza, pensando que, en caso de querer evitar que fuera, ¡habría de recurrir a toda mi capacidad de persuasión!

El picnic tendría lugar en diez días, y aunque Arthur aceptó de inmediato la invitación que le llevé, nada de lo que yo pudiera decirle lo animaría a hacer una

visita —ni solo ni con mi compañía— al earl y su hija en el ínterin. No; temía «desgastar su hospitalidad», dijo; que ya «lo habían visto suficiente por el momento» y, cuando al fin llegó el día de la excursión, se encontraba tan puerilmente nervioso e incómodo que creí conveniente organizamos de manera que fuésemos a la casa cada uno por nuestra cuenta, siendo mi intención llegar algo más tarde que él, con objeto de darle tiempo para recuperarse del encuentro.

A tal fin, di a propósito un rodeo considerable en mi camino al Hall (como llamábamos a la casa del earl); «y si tan sólo me las arreglara para perderme un poco —pensé—, ¡eso me vendría estupendamente!».

Conseguí esto último con mayor éxito, y antes, de lo que me había atrevido a esperar. Me encontraba ya familiarizado con el sendero que atravesaba el bosque, a causa de muchos paseos solitarios en mi anterior visita a Elveston, y cómo podía haber perdido su rastro de manera tan repentina y absoluta —aunque me encontrase tan abstraído pensando en Arthur y su bienamada que apenas prestara atención a nada más— era un misterio para mí. «Y este claro —me dije— parece traer a mi memoria algo que no puedo recordar con claridad: ¡tiene que ser el lugar donde vi a aquellos niños-hada!».

—¡Mas espero que no haya serpientes por aquí! —pensé en voz alta, tomando asiento en un árbol caído—. A mí desde luego no me gustan... ¡y supongo que a Bruno tampoco!

—No, ¡no le gustan! —dijo a mi lado con recato una vocecilla—. No les tiene miedo, ¿sabe? Pero no le gustan. ¡Dice que se agitan demasiado!

Me faltan palabras para describir la belleza del pequeño grupo, acostado en una zona musgosa sobre el tronco del árbol caído, con el que tropezó mi mirada ansiosa: Silvia reclinada con el codo hundido en el musgo, y su carrillo sonrosado descansando sobre la palma de su mano, mientras Bruno yacía a sus pies con la cabeza en el regazo de su hermana.



—¿Que se agitan demasiado? —fue todo lo que pude decir en aquella situación tan imprevista.

—No es que les tenga manía —dijo Bruno en tono despreocupado—, pero *pdfiero* los animales *dectos*.

—Pero bien que te gustan los perros cuando agitan la cola —lo interrumpió Silvia—. ¡No lo niegues, Bruno!

—Un *pero* tiene más cosas, ¿*veddad* que sí, *hombde señod*? —recurrió Bruno a mí—. ¿A que no le gustaría *tened* un *pero* con sólo cabeza y cola?

Reconocí que un perro de ese tipo resultaría poco interesante.

—No hay ningún perro así —apuntó Silvia con gesto pensativo.

—¡Pero lo *habdía* —exclamó Bruno— si el *pdfesod* lo *acodtara* para *nosotdos*!

—¿Acortarlo? —dije yo—. Eso es nuevo. ¿Cómo lo hace?

—Tiene una curiosa máquina... —empezó a explicar Silvia.

—Una máquina muy curiosísima —la cortó Bruno, que no estaba en absoluto dispuesto a dejar que le robaran la historia—, y si mete unacosaoloque sea *pod* un *extdemo*, ¿sabe?, y el *pdfesod* le da a la manivela, ¡sale *supedcodto pod* el *otdo* lado!

—¡Más corto imposible! —añadió Silvia, como un eco.

—Y un día, cuando estábamos en Exotilandia, ¿sabe?, antes de *venid* a Hadalandia, Silvia y yo le llevamos un *gdan cocoddilo*. Y él lo *acodtó* para *nosotdos*. ¡Qué pinta más *gdaciosa* tenía! No dejaba de *mirad* a su *aldededod*, diciendo: «¿Adónde ha ido el *desto* de mí?». Y entonces puso unos ojos *tdistes*...

—Los dos ojos no —interrumpió Silvia.

—¡Claro que no! —dijo el pequeñín—. Sólo el que no podía *ved* adonde había ido el *desto* de él. Pero el ojo que sí podía...

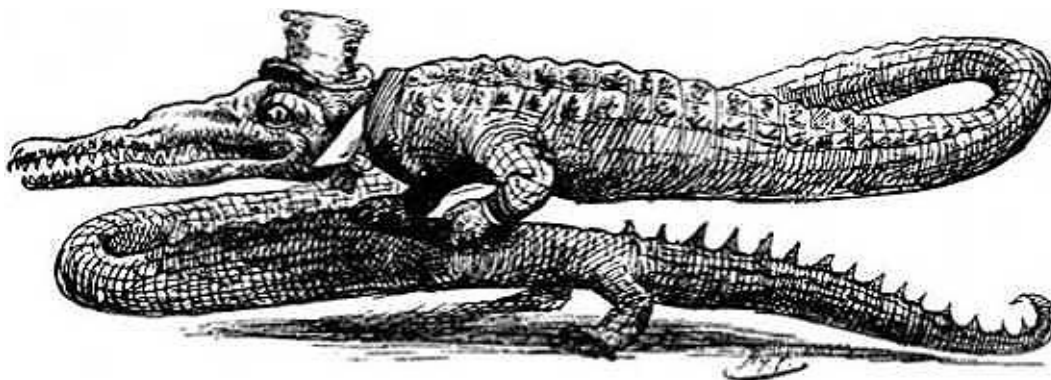
—¿Cómo de corto era el cocodrilo? —pregunté, pues la historia se estaba

enrevesando un poco.

—La mitad que cuando lo cogimos; así —indicó Bruno, extendiendo sus brazos al máximo.

Traté de realizar el cálculo de cuánto era aquello, pero me resultaba demasiado difícil. ¡Por favor, querido y pequeño lector, hazlo tú por mí!

—Pero no dejaríais a la pobre criatura así de corta, ¿no?



—No. Silvia y yo lo hicimos *pasad otda vez pod* la máquina y lo estiramos hasta... hasta... ¿cuánto fue, Silvia?

—Dos veces y media su longitud, y un poquitín más —señaló Silvia.

—Imagino que no preferiría estar así a de la otra forma, ¿me equivoco?

—¡Oh, sí que lo hacía! —interpuso Bruno—. ¡Estaba *odgulloso* de su nueva cola! ¡Jamás vio un *cocoddilo* más *odgulloso*! Era capaz de *girad sobde* sí mismo y *subid* andando *pod* su cola, y *pod* su lomo, ¡hasta *llegad* a su cabeza!

—Hasta la misma cabeza no —dijo Silvia—. Eso es imposible, ¿sabes?

—¡Oh, pero una vez lo hizo! —exclamó Bruno en tono triunfante—. Tú no lo viste, ¡pero yo sí! Caminaba de puntillas, para no *despedtadse* a sí mismo, *podque cdeía* que estaba *dodmido*. Y se subió con las dos patas a su cola. Y *andó* y *andó pod* su lomo, y luego *pod su fdente*. ¡Y una pizquitina *pod* su nariz! ¡Ahí lo tienes!

Aquello era mucho peor que el rompecabezas anterior. ¡Por favor, querido niño, ayúdame otra vez!

—¡Pues yo no me creo que ningún cocodrilo haya caminado nunca sobre su propia frente! —gritó Silvia, demasiado alterada por la controversia como para limitar el número de sus negaciones.

—¡No sabes *pod* qué lo hizo! —replicó desdeñoso su hermano—. Tenía un muy buen motivo. Oí que dijo: «¿Qué me impide *caminaad sobde* mi *pdopia fdenté*?». Así que naturalmente lo hizo, ¿sabes?

—Si ese es buen motivo, Bruno —tercié yo—, ¿qué te impide a ti trepar a ese árbol?

—Lo haré, enseguida —contestó Bruno—, en cuanto hayamos *tedminado* de *hablad*. ¡Es que dos *pedsonas* no pueden *hablad* cómodamente, cuando una está *tdependo* a un *ádbol*, y la *otda* no!

A mí me parecía que una conversación difícilmente podía resultar «cómoda» en

mitad de una escalada a un árbol, incluso si ambas personas estaban haciéndolo; pero oponerse a cualquier teoría de Bruno entrañaba un claro peligro, así que pensé que era mejor dejar pasar la cuestión, y pedir que me hablaran de la máquina que alargaba cosas.

Esta vez Bruno no supo explicarse, y le cedió la palabra a Silvia.

—Es como un rodillo escurridor —dijo—: si se mete una cosa, se queda *espachurreada*...

—¡*Espachorada!* —interrumpió Bruno.

—Sí —aceptó Silvia la corrección, pero sin tratar de pronunciar la palabra, que evidentemente era nueva para ella—. Se queda... así, ¡y sale larguísima!

—Una vez —empezó a decir Bruno de nuevo—. Silvia y yo habíamos *escdibido*...

—¡Escrito! —susurró Silvia.

—Hum..., habíamos *escdibidito* una canción infantil, y el *pdofesod* la *espachoró* para *nosotdos* para que fuera más *ladga*. Decía: «Había un *hombdecito*, que tenía un *tdabuquito*, y las *balas*...».

—Sé cómo sigue —interrumpí—. ¿Pero os importaría recitármela alargada?... quiero decir, tal como salió del rodillo.

—Le pediremos al profesor que se la cante —dijo Silvia—. Recitársela sería estropearla.

—Me gustaría conocer al profesor —apunté yo—. Y que todos vinierais conmigo para ver a unos amigos míos que viven cerca de aquí. ¿Os gustaría?

—No creo que al profesor le apetezca —contestó Silvia—. Es muy tímido. Pero a nosotros nos encantaría. Aunque sería mejor que no fuésemos con este tamaño, ¿sabe?

La dificultad ya se me había pasado por la cabeza, y tenía la sensación de que quizá resultaría ligeramente embarazoso presentar en sociedad a dos amigos tan diminutos.

—¿Y qué tamaño tendréis? —inquirí.

—Lo mejor es que vayamos como... niños normales —contestó Silvia con aire pensativo—. Es el tamaño más fácil de lograr.

—¿Sería posible que vinieseis hoy? —dije, pensando: «¡Entonces podríais estar presentes en el picnic!».

Silvia lo meditó unos instantes.

—Hoy no —contestó—. No hemos preparado las cosas. Iremos... el próximo martes, si quiere. Y ahora, Bruno, ya es hora de que vayas a estudiar tus lecciones.

—¡Ojalá no dijese: «*Bduno*, ya es hora»! —suplicó el pequeñajo, con un mohín que le hizo parecer más lindo que nunca—. ¡*Siempde* anuncia que se avecina algo *horible!* Y si me *tdatas* tan mal, no te daré un beso.

—¡Ah, pero eso ya lo has hecho! —exclamó Silvia de manera alegremente triunfante.

—¡Pues entonces te «desbesaré»! —Y se colgó del cuello de su hermana con ambos brazos para esta novedosa, pero aparentemente no muy dolorosa, operación.

—¡Se parece mucho a besar! —observó Silvia, tan pronto como sus labios se vieron otra vez libres para el habla.

—¡No tienes ni idea! ¡Te he quitado un beso con *otdo!* —respondió Bruno de forma muy severa, mientras se alejaba.

Silvia se volvió hacia mí, riendo.

—¿Venimos entonces el martes? —preguntó.

—Muy bien —asentí yo—, que sea el martes que viene. ¿Pero dónde está el profesor? ¿Fue con vosotros a Hadalandia?

—No —dijo Silvia—. Pero prometió que vendría a vernos, algún día. Está preparando su charla. Así que tiene que quedarse en casa.

—¿En casa? —repetí yo como si me hallara en un sueño, sin estar del todo seguro de qué había dicho ella.

—Sí, señor. El lord y *lady* Muriel están en casa. Haga el favor de seguirme.

Capítulo 17

Los tres tejones

Me vi siguiendo aquella voz imperiosa con una sensación aún más fuerte de estar soñando, hasta que entré en una habitación donde el earl, su hija y Arthur aguardaban sentados.

—¡Así que por fin ha llegado! —dijo *lady* Muriel, en tono de pícaro reproche.

—Me entretuvieron —balbuceé. ¡Aunque habría sido un embrollo explicar qué era lo que me había entretenido! Por suerte no hubo preguntas al respecto.

Se llamó al carruaje, la canasta, que contenía nuestra contribución al picnic, se cargó debidamente a bordo, y nos pusimos en marcha.

No hubo necesidad de que yo mantuviera viva la conversación. *Lady* Muriel y Arthur se hallaban claramente en ese estado sumamente placentero en el que uno no ha de ponderar cada pensamiento, al acudir este a los labios, con el miedo de que «esto no será bien recibido... esto ofenderá... esto dará una impresión demasiado sería... esto parecerá frívolo»; como amigos que se conociesen de toda la vida, en total sintonía, su charla se desgranaba sin interrupción.

—¿Qué nos impide olvidar el picnic e ir a alguna otra parte? —sugirió ella de repente—. Un grupo de cuatro personas es sin duda suficiente, ¿no? Y en cuanto a la comida, nuestra canasta...

—«¿Qué nos impide?». ¡Qué argumento más auténticamente femenino! —rio Arthur—. ¡Una dama nunca sabe sobre qué lado recae el *onus probandi*... la carga de la prueba!

—¿Y los hombres sí? —preguntó ella adoptando una atractiva actitud de mansa docilidad.

—Con una excepción, la única que se me ocurre en este momento: el Dr. Watts^[*], que planteó la absurda cuestión:

¿Por qué debería despojar a mi vecino de sus bienes contra su voluntad?

»¡Yaya un argumento para la honestidad! Su postura parece ser: “Soy honesto únicamente porque no veo motivo para robar”. Y la respuesta del ladrón es por supuesto rotunda y aplastante: “Despojo a mi vecino de sus bienes porque los quiero para mí. ¡Y lo hago contra su voluntad porque no hay ninguna posibilidad de que consienta a ello!”.

—Yo puedo darle otra excepción —dije—: un argumento que he escuchado hoy mismo, y no de labios de una mujer: «¿Qué me impide caminar sobre mi propia frente?».

—¡Qué tema de especulación más curioso! —comentó *lady* Muriel, girándose

hacia mí, con ojos desbordantes de diversión—. ¿Se puede saber quién propuso la cuestión? ¿Y si logró caminar sobre su frente?

—¡No puedo recordar quién lo dijo! —respondí con voz entrecortada—. ¡Ni dónde lo oí!

—Quienquiera que fuese, ¡espero que lo conozcamos en el picnic! —dijo *lady Muriel*—. Es una cuestión mucho más interesante que: «¿No resultan pintorescas estas ruinas?», «¿No son adorables esos tonos otoñales?». ¡Tendré que responder a esas dos preguntas diez veces, como mínimo, esta tarde!

—¡Ese es uno de los suplicios de la sociedad! —apuntó Arthur—. ¿Por qué no puede la gente dejarle a uno disfrutar de las maravillas de la naturaleza sin tener que decirlo a cada momento? ¿Por qué debería ser la vida un largo catecismo?

—Pues en una galería de arte resulta igual de horrible —observó el *earl*—. Visité la Real Academia de las Artes el pasado mayo, con un joven artista presuntuoso: ¡y a qué tormento me sometió! No me habría molestado que criticara los cuadros él solo, pero tenía que mostrarme de acuerdo con él... o de lo contrario haber discutido, ¡lo cual habría sido peor!

—Sus críticas eran despreciativas, naturalmente —dijo Arthur.

—¿Por qué «naturalmente»?

—¿Es que alguna vez ha conocido a un hombre presuntuoso que alabara un cuadro? Aparte de pasar desapercibido, ¡lo que más teme es ver demostrada su falibilidad! Si elogias un cuadro una vez, tu reputación de infalible pende de un hilo. Supongamos que se trata de un cuadro figurativo y te atreves a decir que «dibuja bien». Alguien le toma las medidas y descubre que una de las proporciones es incorrecta en tres milímetros. ¡Estás acabado como crítico! «¿No dijiste que dibujaba bien?», preguntan tus amigos con sarcasmo, mientras agachas la cabeza y te sonrojas. No. El único camino seguro, en caso de que alguien diga que «dibuja bien», es encogerse de hombros. «¿Que si dibuja bien?», repites con aire pensativo. «¡Ja!». ¡Esa es la manera de convertirse en un gran crítico!

Así charlando alegremente, tras un agradable trayecto por unas cuantas millas de hermoso paisaje, alcanzamos el *rendezvous* —un castillo en ruinas—, donde el resto del grupo de picnic se encontraba ya reunido. Estuvimos una hora o dos paseando tranquilamente por allí, juntándonos finalmente, de común acuerdo, en unos pocos grupos al azar, sentados en la ladera de un montículo, el cual ofrecía una buena vista del viejo castillo y sus contornos.

Del momentáneo silencio que siguió se apropió enseguida —o, más correctamente, este quedó al cuidado de— una voz; una voz tan suave, tan monótona, tan sonora, que uno sentía, con un estremecimiento, que cualquier otra conversación quedaba descartada, y que, de no adoptarse algún remedio desesperado, estábamos condenados a escuchar una charla, ¡cuyo final ningún hombre podía prever!

El orador era un hombre corpulento, cuyo rostro amplio, chato y pálido quedaba delimitado al norte por un flequillito, al este y al oeste por unas patillitas, y al sur por

una barbita, que en conjunto componían un halo uniforme de pequeñas cerdas color marrón claro. Sus facciones estaban tan desprovistas de expresión que no pude evitar decir para mis adentros —de manera irreprimible, como atrapado en una pesadilla—: «sólo están esbozadas, ¡aún no han recibido los toques finales!». Y tenía un modo particular de rematar cada frase con una súbita sonrisa que se abría como una onda sobre aquella extensa y lisa superficie, y al momento siguiente desaparecía, dejando tras de sí una solemnidad tan absoluta que me sentía impelido a murmurar: «no fue él, ¡sino otra persona la que sonrió!».

—¿Ven ustedes —así comenzaba el infeliz cada frase cómo se recorta sobre el claro cielo ese arco derruido en la mismísima cima de las ruinas? Está situado *exactamente* donde debe estar, y sobresale *exactamente* lo justo. Un poco más, o un poco menos, ¡y el conjunto se vería totalmente estropeado!



—¡Oh, qué arquitecto más talentoso! —murmuró Arthur de forma inaudible, salvo para mí y *lady* Muriel—. ¡Capaz de predecir el efecto exacto que tendría su obra, una vez en ruinas, siglos después de su muerte!

—¿Y ven ustedes, allá donde esos árboles bajan por la colina —dijo señalándolos con un ademán de la mano y con el aire condescendiente del hombre que se ha dedicado personalmente a ordenar el paisaje—, cómo la neblina que se eleva desde el río llena *exactamente* esos espacios en los que necesitamos indefinición para obtener

un efecto artístico? Aquí, en primer plano, unos cuantos toques de nitidez no están fuera de lugar, ¡pero un fondo sin neblina, ya saben, resulta sencillamente burdo! Sí, ¡necesitamos la indefinición!

El orador me miró de forma tan expresa mientras pronunciaba estas palabras que me sentí obligado a contestar, y murmuré algo que venía a decir que, en mi caso, apenas notaba la necesidad, y que disfrutaba más viendo algo cuando realmente podía verlo.

—¡En efecto! —aceptó bruscamente el hombretón mi discrepancia—. Desde su punto de vista, es una aserción correcta. Pero para cualquiera con alma para el arte, una visión así es ridícula. La naturaleza es una cosa. El arte, otra. La naturaleza nos muestra el mundo tal cual es. Pero el arte, como nos dice un autor latino... el arte, sabe usted... he olvidado las palabras...

—*Ars est celare Naturam* —interpuso Arthur con deliciosa prontitud.

—¡Exacto! —contestó el orador con aire aliviado—. ¡Gracias! *Ars est celare Naturam*... pero no es eso. —Y, durante unos breves y pacíficos momentos, el orador caviló, con el ceño fruncido, sobre la cita. La bienvenida oportunidad fue aprovechada, y otra voz rompió el silencio.

—¡Qué ruinas más encantadoras! —dijo a voz en grito una joven dama con anteojos, la personificación misma del progreso de la razón, mirando a *lady* Muriel, como adecuada destinataria de todos los comentarios realmente originales—. ¿Y no le parecen admirables esos tonos otoñales de los árboles? ¡A mí sí, profundamente!

Lady Muriel me lanzó una mirada significativa, pero respondió con admirable seriedad:

—¡Oh, por supuesto que sí! ¡Qué gran verdad!

—¿Y no es sorprendente —continuó la joven dama, pasando con asombrosa celeridad del sentimiento a la ciencia— que el simple impacto de ciertos rayos de colores en la retina nos proporcione un placer tan exquisito?

—¿Ha estudiado usted entonces fisiología? —inquirió cortésmente cierto médico de joven edad.

—¡Oh, sí! ¿A que es una ciencia maravillosa?

Arthur esbozó una sonrisa.

—¿No es cierto que parece una paradoja —siguió diciendo— que la imagen formada en la retina se halle invertida?

—Es desconcertante —admitió la dama con franqueza—. ¿Y por qué no vemos las cosas al revés?

—Entonces, ¿nunca ha oído la teoría de que el cerebro también está invertido?

—¡Desde luego que no! ¡Qué hecho más hermoso! ¿Pero cómo puede demostrarse?

—Así —contestó Arthur, con toda la seriedad de diez profesores fundidos en uno —: lo que llamamos «vértice» del cerebro es en realidad su «base», y viceversa; es una simple cuestión de nomenclatura.

Este último polisílabo zanjó la cuestión.

—¡Verdaderamente encantador! —exclamó la bella científica con entusiasmo—. ¡Le preguntaré a nuestro profesor de Fisiología por qué nunca nos habló de tan exquisita teoría!

—¡Lo que daría por estar presente cuando lo haga! —me susurró Arthur cuando, a una señal de *lady* Muriel, nos desplazamos a donde se habían dejado las canastas juntas y nos entregamos al asunto más «sustancioso» del día.

Nos «servimos» nosotros mismos, ya que la bárbara costumbre moderna (que combina dos cosas buenas de tal modo que asegura las incomodidades de ambas y las ventajas de ninguna) de ir de picnic con sirvientes que lo atiendan a uno, no había llegado aún a aquella apartada región, y naturalmente los caballeros ni siquiera ocuparon sus sitios hasta que las damas estuvieron debidamente provistas de todas las comodidades imaginables. Entonces me aprovisioné de un plato de algo sólido y un vaso de algo líquido y encontré un hueco para sentarme al lado de *lady* Muriel.

Lo habían dejado libre, al parecer, para Arthur, en su calidad de extraño distinguido, pero a este le había entrado la timidez y se había colocado junto a la joven dama con anteojos, cuya voz chirriante ya había desatado sobre la sociedad frases de tal ominosidad como «¡el hombre es un conjunto de rasgos de personalidad!» o «¡lo objetivo es alcanzable únicamente a través de lo subjetivo!», las cuales Arthur estaba soportando con coraje; pero varios de los rostros presentaban expresiones alarmantes, por lo que consideré que era hora de introducir algún tema menos metafísico.

—Cuando yo era niño —empecé a decir—, y el tiempo no era adecuado para hacer picnics al aire libre, nos dejaban celebrar unos de tipo peculiar que disfrutábamos enormemente. El mantel se colocaba *debajo* de la mesa, en vez de sobre ella, y nos sentábamos alrededor de él en el suelo, ¡y creo que en realidad siempre disfrutamos más de esa clase de cena extremadamente incómoda que de su versión ortodoxa!

—No me cabe duda —contestó *lady* Muriel—. No hay nada que un niño bien regulado odie tanto como la regularidad. Pienso que un muchacho realmente sano disfrutaría enormemente de la gramática griega... ¡si tan sólo pudiera aprenderla cabeza abajo! Y su cena de alfombra le ahorró ciertamente uno de los aspectos de un picnic ¡que para mí constituye su principal inconveniente!

—¿La posibilidad de que llueva? —sugerí.

—No, la posibilidad, o más bien la certeza, ¡de la combinación de criaturas vivas con la comida de uno! Mi pesadilla son las arañas. Un sentir que mi padre no comparte, ¿verdad, querido? —añadió, pues el earl había captado la palabra y se había girado para escuchar.

—«A cada uno sus sufrimientos, todos son hombres»^[*] —contestó él en el tono dulce y triste que parecía serle natural—: cada persona tiene sus fobias.

—¡Pero nunca averiguaré la suya! —dijo *lady* Muriel, con esa delicada risa

argentina que era música para mis oídos.

Decliné intentar lo imposible.

—¡No le gustan las serpientes! —reveló, en un aparte teatral—. Y bien, ¿no le parece una aversión poco razonable? ¡Imagínese, no gustarle una criatura tan adorable y tan persuasiva y asfixiantemente cariñosa como una serpiente!

—¡Que no le gustan las serpientes! —exclamé—. ¿Acaso es algo así posible?

—No, no le gustan —repitió con una fingida seriedad que realzaba su atractivo—. No les tiene miedo, ¿sabe? Pero no le gustan. ¡Dice que se agitan demasiado!

Me encontraba más sorprendido de lo que quería admitir. Había algo tan asombroso en este eco de las mismas palabras que había oído escasas horas antes de labios de aquel duendecillo del bosque, que sólo por medio de un gran esfuerzo logré decir, en tono despreocupado:

—Olvidemos este tema tan desagradable. ¿Nos cantarías alguna cosa, *lady* Muriel? Sé que canta usted muy bien sin necesidad de música.

—¡Me temo que las únicas canciones que me sé, sin música, son tremendamente sentimentales! ¿Están listos para llorar?

—¡Totalmente! ¡Totalmente! —se oyó desde todos lados, y *lady* Muriel, que no era una de esas cantantes que consideran *de rigueur* negarse a cantar hasta que no se lo han pedido tres o cuatro veces, y han alegado falta de memoria, pérdida de voz y otras razones conclusivas para su silencio, comenzó de inmediato:

Tres tejones hay sobre un pedrusco musgoso
junto a una oscura vereda:
cada uno sueña que es un monarca en su trono,
por lo que no hay quien los mueva.
Aunque su viejo padre languidezca solo,
no hay forma de que se muevan.

Tres sardinas que rondan en torno a la roca
anhelan sentarse arriba:
cada una intenta plasmar en trémulas notas
su hallazgo, que endulzaría,
piensan, su vida. Así pues, con voces rotas,
gimen y se desgañifan.



Mamá sardina buscaba en vano en el mar
a sus retoños perdidos.

El padre tejón no paraba de gritar
en su cueva: «¡Hijos míos!
¡Sed buenos! ¡Volved! ¡Y vuestro padre os dará
cantidad de panecillos!».

«¡Tejón, sus hijos se han extraviado!, me temo.
¡Y las mías me han dejado!».

«Pues sí —respondió aquel—; está usted en lo cierto.
Muy poco los vigilamos».

Y así los pobres padres mataron el tiempo,
llorando desconsolados.

En ese momento, Bruno paró súbitamente de cantar.

—*La canción de las sardinas necesita otda melodía, Silvia —dijo—. Y yo no
puedo cantadla ¡si no la tocas para mí!*



Silvia se sentó al momento sobre un champiñón diminuto que crecía casualmente frente a una margarita, como si esta fuese el instrumento musical más corriente del mundo, y se puso a tocar los pétalos a la manera de teclas de órgano. ¡Y qué música tan deliciosa y diminuta producían! ¡Qué diminuta y chiquitita!

Bruno ladeó la cabeza, y escuchó con gesto muy solemne unos momentos hasta que hubo cogido la melodía. Entonces la dulce voz infantil volvió a sonar:

¡Oh, cautivador eres sin medida,
más hermoso que la misma hermosura!
¡Para horas de gozo pasar aquí
festejando y bailando en torno a ti!
Bendita sería
tan libre la vida:
¡del pudin de Ipergis probar ración
con una copa de suave Acigón!
Y si, en una ocasión diferente
de escenario florido e intrascendente,
pudiera elegir qué quiero cenar.
«¡Pide por esa boca tu manjar!».
Oh, veo enseguida qué vida tendría:
¡del pudin de Ipergis probar ración
con una copa de suave Acigón!

—Ya puedes *dejad de tocad*, Silvia. Puedo *hacedla, otda* melodía mucho *mejod* sin acompañamiento.

—Quiere decir «sin acompañamiento» —susurró Silvia, sonriendo ante mi cara de perplejidad; luego simuló cerrar los registros del órgano.

Los tejones no querían hablar con peces,
ni apreciaban sus canciones;
tampoco le habían hincado nunca el diente
al plato de dicho nombre
(y era su deseo): «¡Oh, las colas prenderles
con pincitas a montones!».

Debería mencionar que señaló los paréntesis, en el aire, con el dedo. Me pareció un plan estupendo. Ya sabes que no hay sonido que los represente, como tampoco lo hay para una pregunta.

Imagina que le has dicho a tu amigo: «Hoy estás mejor», y que quieres que entienda que le estás haciendo una pregunta; ¿qué puede ser más sencillo que dibujar simplemente un «?» en el aire con el dedo? ¡Te entendería enseguida!

«¿No son estos los peces —suspiró el mayor—
que habitan bajo la espuma
con su madre?». Y el mediano saltó: «¡Lo son,
pero se han dado a la fuga!».
«¡Oh, sardinillas traviesas —gritó el menor—,
con aletas vagabundas!».



Y los tejones trotaron hasta la playa
que bordeaba la bahía.
Cada uno en la boca una sardina llevaba
exultante de alegría,
cuyas voces sobre las olas resonaban:
«¡Hurra, hurra! ¡Viva, viva!».

—Así que todos *degdesaron* a casa sanos y salvos —concluyó Bruno, tras esperar un instante para ver si yo tenía algo que decir; saltaba a la vista que a él le parecía que debía hacerse alguna observación. Y yo no pude evitar desear que existiese una regla tal en la sociedad que estableciera que, al finalizar una canción, el propio cantante debía decir lo que se esperaba y no dejárselo al público. Supongamos que una joven dama acaba de gorgoritear («con voces rotas») la exquisita letra de Shelley «Me despierto tras soñar contigo»^[*]: ¡cuánto más agradable sería que, en vez de tener que decir uno! «¡Oh, gracias, gracias!», que fuera la joven dama la que hiciese el comentario, mientras se pone los guantes y las apasionadas palabras «¡Oh, apriétalo contra el tuyo o terminará por romperse!» ¡aún resuenan en los oídos!

—... pero no lo hizo, ¿sabe? De modo que al final se rompió.

—¡Sabía que pasaría! —añadió ella en voz baja, a la vez que yo daba un respingo por el repentino estrépito del cristal roto—. Ha estado usted el último minuto sujetando la copa de lado, ¡y dejando que se derramara todo el champán! ¿Se había dormido? ¡Siento muchísimo que mi canción haya tenido un efecto tan narcótico!

Capítulo 18

Calle Estrafalaria, número cuarenta

Quien estaba hablando era *lady* Muriel. Y, por de pronto, aquel era el único hecho que podía percibir con claridad. Pero cómo había llegado ella allí —y yo, y la copa de champán—, constituían todas preguntas que me pareció mejor meditar en silencio, y no comprometerme con ninguna declaración hasta que comprendiese un poco mejor lo que estaba ocurriendo.

«Primero reunir un conjunto de hechos y después elaborar una teoría». Ese, según creo, es el auténtico método científico. Me incorporé, froté mis ojos y empecé a reunir hechos.

Una suave pendiente cubierta de hierba, delimitada, en su extremo superior, por unas venerables ruinas medio enterradas en hiedra, y en el inferior, por un curso de agua visible entre árboles de perfiles arqueados; una docena de personas de atuendos alegres, sentadas aquí y allá en pequeños grupos; algunas canastas abiertas; los restos de un picnic: tales fueron los «hechos» recopilados por el investigador científico. Y ahora, ¿qué teoría de profundo y largo alcance había de elaborar a partir de ellos? El investigador se sintió confundido. ¡Un momento! Un hecho había escapado a su atención. En tanto que todos los demás se encontraban en grupos de dos y tres personas, Arthur se hallaba solo; mientras todas las lenguas estaban hablando, la suya en cambio permanecía en silencio; todos los rostros mostraban alegría, pero el suyo estaba sombrío y apesadumbrado. ¡Eso sí que era un hecho! El investigador pensó que debía elaborarse una teoría sin demora.

Lady Muriel se había levantado y dejado el grupo hacía unos instantes. ¿Podía ser esa la causa de su abatimiento? La teoría apenas alcanzaba la categoría de hipótesis de trabajo. Claramente, se requerían más hechos.

El investigador miró una vez más en derredor suyo, y ahora los hechos se acumularon con tal profusión desconcertante que la teoría se perdió entre ellos. Pues *lady* Muriel había ido a recibir a un extraño caballero, apenas visible en la distancia; y luego regresó con él, hablando ambos de manera entregada y gozosa, como viejos amigos largo tiempo separados; y después fue de un grupo a otro, presentando al nuevo héroe del momento; y él, joven, alto y apuesto, se movía a su lado con gracia, y el porte erguido y el paso firme de un soldado. Ciertamente, ¡la teoría no auguraba nada bueno para Arthur! Su mirada se cruzó con la mía, y vino hasta donde me encontraba.

—Es muy apuesto —opiné.

—¡Odiosamente apuesto! —murmuró Arthur; luego sus propias palabras de

amargura le hicieron sonreír—. ¡Suerte que sólo me has oído tú!

—Doctor Forester —dijo *lady* Muriel, que acababa de unírseles—, permita que le presente a mi primo Eric Lindon... el *capitán* Lindon, debería decir.

Arthur se deshizo de su malhumor de forma total e inmediata al levantarse para ofrecer su mano al joven soldado.

—He oído hablar de usted —dijo—. Me alegro mucho de conocer al primo de *lady* Muriel.

—¡Sí, eso es lo único por lo que me distingo, de momento! —contestó Eric (como pronto empezamos a llamarlo) con una encantadora sonrisa—. ¡Y dudo —dijo mirando a su prima— que eso equivalga siquiera a una insignia por buena conducta! Pero por algo se empieza.

—Tienes que ver a mi padre, Eric —señaló *lady* Muriel—. Creo que está dando una vuelta por las ruinas. —Y la pareja se alejó.

El semblante de Arthur volvió a ensombrecerse, y pude adivinar que fue únicamente para distraer sus pensamientos que ocupó de nuevo su sitio junto a la joven dama metafísica, y retomó su interrumpida conversación.

—Hablando de Herbert Spencer —empezó—, ¿de veras no encuentra ninguna dificultad lógica en considerar la naturaleza como un proceso de involución, que va de la homogeneidad coherente definida a la heterogeneidad incoherente indefinida?

Pese a lo divertido que me resultaba el ingenioso galimatías que había construido con las palabras de Spencer, me mantuve lo más serio que pude.

—Ninguna de tipo físico —respondió con seguridad—, pero no estoy muy instruida en lógica. ¿Podría exponer la dificultad?

—Bueno —procedió Arthur—, ¿lo acepta como algo evidente en sí mismo? ¿Es tan obvio, por ejemplo, como que «las cosas que son mayores que una misma cosa son mayores entre sí»^[*]?

—A mi entender —contestó ella con modestia— parece absolutamente igual de obvio. Alcanzo a ver ambas verdades de manera intuitiva. Pero otras mentes quizá necesiten algún no-sé-qué lógico... se me olvidan los términos técnicos.

—Para un argumento lógico completo —empezó Arthur con admirable solemnidad—, necesitamos dos *prememas*...

—¡Por supuesto! —interrumpió la dama—. Ahora recuerdo esa palabra. ¿Y dan como resultado?

—Una confusión —dijo Arthur.

—¿Ah, s-sí? —contestó ella con vacilación—. Creo que eso no me suena tanto. ¿Pero qué nombre recibe el argumento en su conjunto?

—Un silogilismo^[*].

—¡Ah, claro! Ya me acuerdo. Pero no necesito un silogilismo, sabe usted, para demostrar el axioma matemático que ha mencionado.

—Ni para demostrar que «todos los ángulos son iguales», supongo.

—¡Oh, por supuesto que no! ¡Una da una verdad sencilla como esa por sentada!

Entonces me atreví a interrumpir y le ofrecí a la dama un plato de fresas con nata. Me inquietaba de veras la idea de que ella pudiera percatarse de la broma, y me las arreglé, sin que ella me viera, para menear la cabeza hacia el pseudofilósofo en un gesto reprobatorio. Pasando igualmente desapercibido para la mujer, Arthur se encogió ligeramente de hombros y separó ampliamente las manos, como diciendo: «¿Qué más puedo decirle?», y se alejó de allí, dejando a la dama hablar de sus fresas por «involución», o como las prefiriera.

Para entonces, los carruajes que debían transportar a los jaraneros a sus respectivos hogares habían comenzado a agruparse en el exterior del castillo, y se hizo evidente —ahora que el primo de *lady* Muriel se había unido a nuestro grupo que el problema de cómo llevar a cinco personas a Elveston, con un carruaje en el que sólo cabían cuatro, debía ser resuelto de algún modo.

El honorable Eric Lindon, que se encontraba en aquel momento caminando de acá para allá con *lady* Muriel, podría haberlo solucionado en el acto, sin duda, anunciando su intención de regresar a pie. Pero no parecía existir ni la más mínima probabilidad de que esta solución fuera a producirse.

La mejor alternativa, tal como yo lo veía, era que quien volviese andando a casa fuera yo, y así lo propuse sin tardanza.

—¿Seguro que no le importa? —respondió el earl—. Me temo que no cabemos todos en el carruaje, y no quiero decirle a Eric que abandone a su prima tan pronto.

—Lejos de importarme —aseguré—, lo preferiría. Así tendré tiempo de hacer un bosquejo de estas hermosas y antiguas ruinas.

—Te haré compañía —interpuso de pronto Arthur. Y, en respuesta a lo que supongo fue una expresión de sorpresa por mi parte, agregó en voz baja—: De verdad que me parece una opción más apetecible. Estaría realmente de más en el carruaje.

—Creo que yo también iré a pie —dijo el earl—. Tendrás que contentarte con Eric como escolta —añadió hacia *lady* Muriel, que se nos había unido mientras hablábamos.

—Deberás ser tan entretenido como Cerbero: «tres caballeros en uno» —se dirigió *lady* Muriel a su acompañante—. ¡Será una gran hazaña militar!

—¿Una especie de misión desesperada? —sugirió modestamente el capitán.

—¡Sí que sabes hacer un cumplido! —ironizó riendo su hermosa prima—. Que tengan un buen día los tres, caballeros... o más bien, ¡desertores! —Y los dos jóvenes subieron al carruaje, que se puso después en marcha.

—¿Cuánto tardarás en hacer tu boceto? —preguntó Arthur.

—Bueno —contesté—, me gustaría dedicarle una hora. ¿No consideráis mejor marchar sin mí? Regresaré en tren. Sé que pasa uno dentro de una hora más o menos.

—Quizá sea la mejor opción —planteó el earl—. La estación no está lejos.

De manera que dejaron que me las arreglara solo, y no tardé en hallar un sitio confortable donde sentarme, al pie de un árbol, desde el cual tenía una buena vista de las ruinas.

—Hace un día realmente amodorrante —dije para mis adentros, pasando tranquilamente las hojas de mi cuaderno de dibujo en busca de una página en blanco—. ¡Vaya, pensaba que a estas alturas estaríais ya a una milla de aquí! —exclamé, pues, para mi sorpresa, los dos caminantes habían regresado.

—He vuelto para recordarte —dijo Arthur— que pasa un tren cada diez minutos...

—¡Tonterías! —repuse—. ¡No es el metro de Londres!

—¡Sí que lo es! —insistió el earl—. Esto forma parte de Kensington.

—¿Por qué hablas con los ojos cerrados? —inquirió Arthur—. ¡Despierta!

—Creo que es este calor el que me está dando sueño —aduje, con la esperanza, pero sin la seguridad completa, de estar diciendo algo con sentido—. ¿Estoy despierto ahora?

—Me parece que no —dictó el earl—. ¿Qué piensa usted, doctor? ¡Sólo tiene un ojo abierto!

—¡Y *doñea* como un oso! —gritó Bruno—. ¡*Despiedte*, querido anciano! —Y Silvia y él se pusieron manos a la obra, girándole la pesada cabeza de un lado a otro, como si su unión con los hombros fuera algo carente de cualquier importancia.

El profesor abrió finalmente los ojos y se incorporó, parpadeando hacia nosotros con absoluta perplejidad.

—¿Tendría la amabilidad de decir —se dirigió a mí con su acostumbrada y añeja cortesía— dónde nos encontramos ahora mismo... y quiénes somos, empezando por mí?

Creí conveniente empezar por los niños.

—Esta es Silvia, señor, y este es Bruno.

—¡Ah, sí! ¡A ellos los conozco muy bien! —murmuró el anciano—. Soy yo el que más preocupado me tiene. Y quizá tendría la bondad de mencionar, al mismo tiempo, cómo he llegado aquí.

—Se me ocurre un problema más serio —me atreví a indicar—, y es cómo va a volver.

—¡Cierto, cierto! —respondió el profesor—. Ese es el gran problema, no cabe duda. Visto como un problema ajeno, resulta de lo más interesante. Visto como una parte de la biografía de uno mismo, es, debo admitir, ¡muy angustiante! —gimió, pero enseguida agregó, con una risita—: En cuanto a mí, creo que dijo que era...

—¡Usted es el *pdofesod*! —chilló Bruno en su oído—. ¿No lo sabía? ¡Ha venido desde Exotilandia! ¡Y queda muy lejísimos de aquí!

El profesor se puso en pie de un brinco con la agilidad de un muchacho.

—¡Entonces no hay tiempo que perder! —exclamó en tono ansioso—. Le preguntaré a ese inocente campesino, con ese par de cubos que contienen (aparentemente) agua, si sería tan amable de indicarnos el camino. ¡Inocente campesino! —continuó alzando la voz—. ¿Podría decirnos por dónde se va a Exotilandia?

El inocente campesino se giró con una sonrisa avergonzada.

—¿Eh? —fue toda su respuesta.

—¡Por-dónde-se-va-a-Exotilandia! —repitió el profesor.

El inocente campesino dejó sus cubos en el suelo y se puso a pensar.

—Ah, yo no...

—Debería mencionar —lo interrumpió precipitadamente el profesor— que cualquier cosa que diga podrá utilizarse como prueba en su contra.

El inocente campesino recogió al instante sus cubos.

—¡*Tonces* no diré *na!* —contestó con brusquedad, y se alejó a paso rápido.

Los niños observaron con tristeza la figura que se perdía rápidamente en la distancia.

—¡Camina muy deprisa! —comentó el profesor con un suspiro—. Pero sé que era lo que había que decir. He estudiado vuestras leyes inglesas. En cualquier caso, preguntémosle a ese otro hombre que viene. No es inocente, ni un campesino..., pero no sé si alguno de los dos puntos posee una importancia vital.

Se trataba, de hecho, del honorable Eric Lindon, el cual, al parecer, había cumplido con su tarea de acompañar a *lady* Muriel a casa y se encontraba ahora paseando tranquilamente frente a esta última, subiendo y bajando por el camino, y disfrutando de un solitario cigarro.

—Si no le es molestia, señor, ¿podría decirnos el camino más corto a Exotilandia? —Pese a su apariencia extravagante, el profesor era, por esa naturaleza esencial que ningún disfraz sería capaz de ocultar, un caballero de los pies a la cabeza.

Y, como tal, Eric Lindon lo aceptó de inmediato. Se quitó el cigarro de la boca y le dio unos delicados golpecitos para que cayera la ceniza, mientras meditaba su respuesta.

—El nombre no me suena —dijo—. No estoy seguro de poder ayudarle.

—No está muy lejos de Hadalandia —indicó el profesor.

Las cejas de Eric Lindon se elevaron un poco al escuchar estas palabras, y una sonrisa divertida, que educadamente trató de reprimir, se dibujó fugazmente en su apuesto semblante.

—¡Está un pelín chiflado! —murmuró para sí—. ¡Pero es un anciano bien alegre! —Después se volvió hacia los niños—: ¿Y no podéis ayudarle vosotros, pequeños? —dijo con un tono de amabilidad que pareció ganárselos en el acto—. ¡Seguro que vosotros lo sabéis!

¿A cuántas millas está Babilonia?

Tres veces veinte más diez.

¿Puedo llegar sin más luz que una vela?

Así es, ¡y hasta volver![*].

Para mi sorpresa, Bruno corrió directo hacia él, como si se tratase de un viejo amigo, le agarró la mano que tenía desocupada y se colgó de ella con las dos suyas; y hete aquí a un alto y digno oficial en medio del camino, columpiando de un lado a otro con gesto serio a un muchachito, mientras Silvia aguardaba lista para darle un empujón a este, exactamente como si les hubieran proporcionado para su recreo un columpio de verdad.

—¡No queremos *id* a Babilonia, ¿sabe?! —explicó Bruno en pieno vaivén.

—Y no llevamos velas: ¡es de día! —agregó Silvia, dándole nuevo impulso al columpio, lo cual a punto estuvo de tirar al suelo la máquina entera.

A esas alturas estaba claro para mí que Eric Lindon no era consciente en absoluto de mi presencia. Incluso el profesor y los niños parecían haber dejado de verme, y yo permanecía en mitad del grupo, tranquilo como un fantasma, observando sin ser visto.

—¡Qué perfectamente isócrono! —exclamó el profesor con entusiasmo. Tenía su reloj en la mano, y estaba contando con atención las oscilaciones de Bruno—. ¡Mide el tiempo de manera tan precisa como un péndulo!

—Pero hasta los péndulos —apuntó el bondadoso y joven soldado, mientras liberaba su mano con cuidado del agarre de Bruno— ¡dejan de ser divertidos en algún momento! Vamos, ¡ya está bien, jovencito! La próxima vez que nos veamos, podrás repetir. Entretanto, más vale que llevéis a este anciano caballero a la calle Estrafalaria, número...

—¡La *encontdaremos*! —gritó Bruno entusiásticamente, mientras se llevaban al profesor, tirando de él.

—¡Estamos enormemente en deuda con usted! —dijo el profesor, girando la cabeza por encima de su hombro.



—¡No hay de qué! —contestó el oficial, levantando su sombrero a modo de despedida.

—¡¿Qué número dijo?! —voceó el profesor desde la lejanía.

El oficial hizo bocina con ambas manos.

—¡Cuarenta! —gritó de manera estentórea—. ¡Aunque no le he cantado las cuarenta, sí se las he gritado! —agregó para sí—. ¡El mundo está loco, señores míos, loco de remate! —Encendió otro cigarro y siguió paseando hacia su hotel.

—¡Qué tarde más hermosa! —dije, uniéndome a él cuando pasó por mi lado.

—¡Preciosa, desde luego! —coincidió—. ¿De dónde ha salido usted? ¿Ha caído de las nubes?

—Estoy dando un paseo en su misma dirección —señalé, y al parecer no hicieron falta más explicaciones.

—¿Quiere un cigarro?

—Gracias, no fumo.

—¿Hay algún manicomio en las inmediaciones?

—No, que yo sepa.

—Pensé que a lo mejor sí. Acabo de encontrarme con un lunático. ¡El viejo más estrafalario que jamás he visto!

Y así, charlando amistosamente, pusimos rumbo a casa y nos deseamos mutuamente «buenas noches» en la puerta de su hotel.

Ya a solas, noté cómo la sensación de «inquietud» me asaltaba de nuevo, y vi, frente a la puerta del número cuarenta, las tres figuras que tan bien conocía.

—Entonces, ¿esta no es la casa? —estaba diciendo Bruno.

—¡No, no! Es la *casa* correcta —respondió de manera jovial el profesor—, pero es la *calle* equivocada. ¡Ahí es donde hemos cometido el fallo! Lo mejor ahora será...

Todo terminó. La calle se encontraba desierta. La vida ordinaria me rodeaba y la sensación de «inquietud» había desaparecido.

Capítulo 19

Cómo hacer un flizz

La semana transcurrió sin que hubiera más comunicación con el Hall, pues Arthur temía obviamente que pudiéramos «desgastar su hospitalidad», pero cuando el domingo por la mañana salíamos hacia la iglesia, accedí con gusto a su propuesta de dar un rodeo para preguntar por el earl, el cual, se decía, estaba indispuerto.

Eric, que se hallaba dando un paseo por el jardín, nos hizo un buen informe del estado del inválido, que seguía en cama, atendido por *lady* Muriel.

—¿Nos acompaña a la iglesia? —pregunté.

—No, gracias —repuso cortésmente—. No es... exactamente... lo mío, sabe usted. Es una institución magnífica... para los pobres. Cuando estoy con mi gente, voy; sólo por dar ejemplo. Pero aquí no me conocen, conque creo que me dispensaré de aguantar un sermón. ¡Los predicadores de los pueblos son siempre tan aburridos!

Arthur guardó silencio hasta que estuvimos fuera del alcance del oído de Eric. Entonces dijo para sí, de forma casi inaudible:

—«Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»^[*].

—Sí —asentí—; no cabe duda de que ese es el principio sobre el que descansa la asistencia a la iglesia.

Cita del Nuevo Testamento (Mateo 18, 20). [*N. del T*].

—Y cuando él lo hace —continuó (existía tal sintonía entre nuestros pensamientos que la conversación entre los dos resultaba en ocasiones un poco elíptica)— imagino que recita las palabras: «Creo en la comunión de los santos», ¿no?

Pero para entonces ya habíamos llegado a la pequeña iglesia, hacia cuyo interior fluía un buen torrente de fieles, formados en su mayor parte por pescadores y sus familias.

Cualquier devoto esteticista —o esteta religioso, ¿cómo he de llamarlo?— moderno habría calificado el servicio de burdo y frío; para mí, recién llegado de una iglesia londinense cada vez más cambiada bajo la batuta de un supuesto párroco «católico», fue indescriptiblemente refrescante.

No hubo ningún desfile teatral de recatados niños de coro esforzándose al máximo para no sonreír como bobos bajo la mirada admirada de la congregación; la parte de la gente en el servicio la realizó esta misma, sin ayuda, salvo por un puñado de buenas voces, situadas juiciosamente aquí y allá entre ellos, que evitaron que el canto se descarriara demasiado.

No se asesinó la noble música contenida en la Biblia y la liturgia, por medio de su

recitación en un apagado tono monocorde, sin más expresividad que una muñeca parlante.

No, las oraciones se rezaron, las lecturas se leyeron y —lo mejor de todo— el sermón se hizo hablado; y me vi repitiendo, cuando salíamos de la iglesia, las palabras de Jacob cuando «despertó de su sueño»: «¡No hay duda de que el Señor se encuentra aquí! “Esta no es sino la casa del Señor, y esta la puerta del Cielo”».

—Sí —asintió Arthur, aparentemente en respuesta a mis pensamientos—, esos servicios de la «Iglesia alta» se están convirtiendo rápidamente en puro formalismo. La gente está empezando a verlos cada vez más como «espectáculos», a los cuales únicamente «asisten» en el sentido francés. Y resulta especialmente perjudicial para los niños. Se sentirían mucho menos cohibidos disfrazados de hadas en un musical navideño. Con todas esas vestiduras y entradas y salidas a escena, y hallándose siempre *en évidence*, ¡no me sorprende que la vanidad consuma a esos petimetres descarados!

Cuando pasamos por delante del Hall, en nuestro regreso, vimos al earl y a *lady* Muriel sentados en el jardín. Eric se había ido a dar una vuelta.

Nos unimos a ellos, y la conversación pronto derivó hacia el sermón que acabábamos de oír, el cual había tratado del «egoísmo».

—Menudo cambio se ha producido en nuestros púlpitos —comentó Arthur— desde la época en que Paley^[*] dio esa definición totalmente egoísta de virtud: «hacer el bien a la humanidad, en obediencia a la voluntad de Dios, ¡y para lograr la felicidad eterna!».

Lady Muriel lo miró con aire inquisitivo, pero parecía haber aprendido por intuición lo que yo había aprendido tras años de experiencia: que el modo de sacar a la luz los pensamientos más profundos de Arthur no era asentir ni disentir, sino simplemente escuchar.

—Por aquel entonces —prosiguió este último—, un gran macareo de egoísmo barría el pensamiento humano. El Bien y el Mal habían sido transformados de alguna manera en Ganancia y Pérdida, y la religión se había convertido en una especie de transacción comercial. Demos gracias porque nuestros pastores estén empezando a adoptar una visión más noble de la vida.

—¿Pero no se enseña eso una y otra vez en la Biblia? —me atreví a preguntar.

—No en su conjunto —señaló Arthur—. En el Antiguo Testamento, sin duda, se apela constantemente a recompensas y castigos como motivos para las acciones. Esa enseñanza funciona mejor con los niños, y los israelitas parecer haber sido, mentalmente, completos niños. Guiamos así a nuestros hijos, al principio, pero apelamos, lo antes posible, a su sentido innato del Bien y el Mal; y, cuando esa etapa ha quedado firmemente atrás, recurrimos al motivo más elevado de todos: el deseo de semejanza, y unión, con el Bien Supremo. Creo que descubriré que eso es lo que nos enseña la Biblia, en su conjunto, empezando por «para que tus días sean prolongados en la tierra», y terminando con «sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial

es perfecto».

Guardamos silencio durante un rato, y luego Arthur cambió de enfoque.

—Mirad la letra de los himnos litúrgicos. ¡Qué corrompida está, hasta la médula, por el egoísmo! ¡Pocas composiciones humanas hay más totalmente degradadas que algunos himnos modernos!

Yo cité la estrofa:

Cuanto te demos, Señor,
mil veces será recompensado.
¡Daremos pues siempre con agrado,
generoso Creador!^[*].

—Sí —dijo él con gravedad—; esa es la estrofa típica. Y el último sermón que escuché, en el que se solicitaba dinero para los pobres, presentaba la misma infección. Tras dar muchas razones positivas para ser caritativo, el pastor concluyó con: «y, por todo lo que deis, ¡recibiréis una recompensa mil veces mayor!». Oh, que la absoluta mezquindad de un motivo tal sea expuesta ante hombres que conocen bien lo que es el autosacrificio, ¡que son capaces de apreciar la generosidad y el heroísmo! ¡Y hablando del Pecado Original! —continuó con creciente amargura—. ¿Acaso existe prueba más sólida de la Bondad Original que debe haber en esta nación que el hecho de que la religión nos haya sido predicada como una especulación comercial, durante un siglo, y que todavía creamos en Dios?

—No habría perdurado tanto —apuntó *lady* Muriel en tono reflexivo si la oposición no hubiera sido prácticamente silenciada, bajo lo que los franceses llaman *la clôture*. Seguro que en cualquier aula, o asociación privada, no habrían tardado en abuchear a quien enseñara algo así, ¿cierto?

—Eso espero —contestó Arthur—, y, aunque no quiero ver legalizadas las «disputas en la iglesia», debo decir que nuestros pastores disfrutaban de un enorme privilegio, que malamente merecen, y del cual abusan de manera terrible. Ponemos a nuestro hombre en un púlpito y prácticamente le decimos: «Ahora puedes hablarnos desde ahí durante media hora. ¡No abriremos la boca siquiera para interrumpirte! ¡Todo se hará a tu gusto!». ¿Y qué nos da él a cambio? Palabrería estúpida, que, de serte dirigida durante una cena, pensarías: «¿Es que me toma por idiota?».

El regreso de Eric de su paseo refrenó la marea de la elocuencia de Arthur y, tras unos minutos de charla sobre temas más convencionales, nos dispusimos a marcharnos. *Lady* Muriel nos acompañó a la cancela de la casa.

—Me ha dado mucho en lo que pensar —dijo con profunda franqueza, mientras le daba la mano a Arthur—. ¡Me alegra tanto que haya venido! —Y sus palabras provocaron que el pálido y fatigado rostro de él se iluminara con auténtico placer.

El martes, como Arthur no parecía sentirse con ánimo de salir otra vez a caminar,

di un largo paseo en solitario, una vez estipulado que no debía dedicar el día entero a sus libros, sino que se reuniría conmigo en el Hall en torno a la hora del té. Durante la vuelta, pasé al lado de la estación justo cuando el tren de la tarde aparecía en la distancia, y bajé tranquilamente las escaleras para verlo llegar. Pero apenas hubo nada que gratificara mi ociosa curiosidad y, cuando el tren quedó vacío, y el andén desierto, advertí que ya era hora de proseguir mi camino si pretendía estar en el Hall a las cinco.

Cuando me aproximaba al extremo del andén, del cual surgía una empinada e irregular escalera de madera que conducía al mundo superior, vi a dos pasajeros que, obviamente, habían llegado en el tren, pero en los cuales, por extraño que parezca, yo no había reparado en absoluto, a pesar del escaso número de viajeros que se habían apeado. Se trataba de una mujer joven y de una niña; la primera, hasta donde podía juzgarse por las apariencias, era una niñera, o posiblemente una niñera-institutriz, al cuidado de la chiquilla, cuyo rostro refinado, más aún que su vestido, la distinguía como de una clase superior a la de su acompañante.

El semblante de la niña mostraba finura, pero también agotamiento y tristeza, y contaba una historia (o eso fue lo que me pareció leer) de gran enfermedad y sufrimiento, sobrellevada con dulzura y paciencia. Portaba una pequeña muleta con la que ayudarse al andar; y ahora se encontraba plantada frente a larga escalera, mirándola con gesto taciturno, esperando aparentemente a poder reunir el coraje suficiente para emprender el penoso ascenso.

Hay cosas que uno dice —y también hace— en la vida que salen de manera automática, por un acto reflejo, como lo llaman los fisiólogos (lo cual, sin duda, significa acto «sin reflexión», tal como se dice que *lucus* deriva *dea non lucendo*^[*]. Cerrar los párpados, cuando algo parece volar hacia el ojo, es uno de tales actos, y decir: «¿Puedo ayudar a la niña a subir las escaleras?» constituyó otro. No fue que se me ocurriera pensamiento alguno de ofrecer ayuda, y que después hablara; el primer indicio que tuve de la probabilidad de dicho ofrecimiento fue el sonido de mi propia voz, y descubrir que había sido realizado. La criada calló por unos momentos, paseando dubitativamente su mirada de la niña a su cargo hasta mí, y luego de nuevo a ella.

—¿Te gustaría, querida? —le preguntó. Pero por la mente de la niña no pareció



pasar tal duda: levantó los brazos ansiosa por ser llevada a cuestas.

—¡Por favor! —fue todo lo que dijo, mientras una leve sonrisa se dibujaba fugazmente en el cansado y pequeño rostro. La levanté con escrupuloso cuidado, y su bracito se aferró al instante de manera confiada alrededor de mi cuello.

La niña pesaba muy poco —tan poco, de hecho, que se me pasó por la cabeza la ridícula idea de que me estaba resultando bastante más fácil subir con ella en brazos que si no la llevase—, y, cuando alcanzamos el camino en lo alto, con sus surcos producidos por carros y sus piedras sueltas —obstáculos formidables todos ellos para una niña coja—, descubrí que de mis labios había salido: «Más vale que cargue con ella durante este tramo tan accidentado», antes de haber establecido ninguna conexión mental entre su escabrosidad y mi pequeña y mansa carga.

—¡Ya se ha tomado demasiadas molestias, señor! —exclamó la criada—. Ella puede caminar perfectamente en llano. —Pero al oírse la sugerencia, el brazo ceñido a mi cuello se cerró apenas un poquitin más en torno a él, e hizo que me decidiera a contestar:

—De veras que no pesa nada. La llevaré un poco más. Voy en su misma dirección.

La niñera no planteó más objeciones, y el siguiente en hablar fue un niño andrajoso, descalzo y con una escoba al hombro, que cruzó el camino y simuló barrerlo frente a nosotros, aunque se encontraba perfectamente seco:

—¡Denos medio penique! —suplicó el golfillo, con una sonrisa de oreja a oreja en su sucia cara.

—¡No se lo dé! —advirtió la damita en mis brazos. Las palabras parecían duras, pero su tono era la ternura personificada—. ¡Es un pequeño gandul! —Y emitió una dulce risa argentina que jamás había oído de otros labios que no fueran los de Silvia. Para mi asombro, el muchacho, de hecho, comenzó igualmente a reír, como si existiera una cierta complicidad sutil entre los dos, cuando echó a correr por el camino y desapareció por un agujero en el seto.

Pero regresó enseguida, tras haberse deshecho de la escoba y provisto de un exquisito buqué de flores de misterioso origen.

—¡Compre un ramillete, compre un ramillete! ¡Sólo medio penique! —salmodió, arrastrando melancólicamente las palabras como un mendigo profesional.

—¡No se lo compre! —fue el edicto de Su Majestad, mientras observaba la harapienta criatura a sus pies con una altanería que parecía curiosamente mezclada con un tierno interés por ella.

Pero esta vez me rebelé, e ignoré el mandato real. No renunciaría a unas flores tan preciosas, y con unas formas tan completamente nuevas para mí, por orden de ninguna jovencita, por muy imperiosa que esta fuese. Compré el buqué, y el chiquillo, tras meterse el medio penique en la boca, hizo el pino, como si quisiera determinar si la boca humana está realmente adaptada para servir de hucha.

Con un asombro que crecía por momentos, dirigí mi atención a las flores, y las

examiné una por una: no había ni una sola entre ellas que pudiese recordar haber visto con anterioridad. Finalmente me volví hacia la niñera.

—¿Crecen estas flores por aquí de manera silvestre? Jamás he visto... —pero las palabras murieron en mis labios. ¡La niñera se había volatilizado!

—Ya puede bajarme, si quiere —señaló Silvia suavemente.

Yo obedecí sin decir nada, y no pude hacer otra cosa que preguntarme: «¿Estoy soñando?», al descubrir a Silvia y Bruno caminando uno a cada lado de mí, cogidos de mis manos con la pronta confianza de la niñez.

—¡Ahora sois más grandes que la última vez! —empecé por decir—. ¡Creo de veras que deberíamos presentarnos de nuevo! Hay mucho de vosotros que nunca he visto antes, ¿sabéis?

—¡Está bien! —respondió alegremente Silvia—. Este es Bruno. No se tarda nada. ¡Sólo tiene un nombre!

—¡Tengo *otdo nombde*! —protestó Bruno, con una mirada de reproche a la maestra de ceremonias—. Y es... ¡*señod*!

—Oh, por supuesto. Lo olvidé —dijo Silvia—. ¡Señor... Bruno!

—¿Habéis venido a verme a mí, niños? —pregunté yo.

—Recuerde que le dijimos que vendríamos el martes —explicó Silvia—. ¿Tenemos el tamaño adecuado para ser niños normales?

—Totalmente adecuado para ser niños —contesté, añadiendo mentalmente: «¡Aunque no seáis niños “normales”, en modo alguno!»—. ¿Pero qué le ha pasado a la niñera?



—¡Ya no está! —respondió Bruno con solemnidad.

—¿Entonces no era sólida, como Silvia y tú?

—No. No *pedería tocada*, ¿sabe? Si caminara hacia ella, ¡la *atdavesaría*!

—De veras que pensé que se daría cuenta —dijo Silvia— cuando Bruno la hizo pasar accidentalmente por un poste de telégrafo. Acabó partida por la mitad. Pero usted estaba mirando en la dirección contraria.

Sentí que realmente había dejado pasar una oportunidad: ¡ser testigo de un acontecimiento como que una niñera acabe «partida por la mitad» no le ocurre a uno dos veces en la vida!

—¿Cuándo adivinaste que se *tdataba* de Silvia? —inquirió Bruno.

—No lo hice, hasta que realmente fue ella —reconocí—. ¿Pero cómo

conseguisteis crear a la niñera?

—Lo hizo Bruno —señaló Silvia—. Es lo que se llama un «flizz».

—¿Y cómo haces un flizz, Bruno?

—El *profesod* me enseñó —dijo este—. *Pdimero* coges mucho aire...

—¡Oh, Bruno! —interpuso su hermana—. ¡El profesor dijo que no lo contaras!

—¿Pero quién hizo su voz? —pregunté.

—¡Ya se ha tomado demasiadas molestias, señor! Ella puede caminar perfectamente en llano.

Bruno rio de forma jovial cuando me giré precipitadamente hacia un lado y otro, buscando por todas partes a quien había hablado.

—¡Fui yo! —proclamó lleno de regocijo, con su propia voz.

—Es cierto que puede caminar perfectamente en llano —comenté—. Y creo que yo le he servido de montura.

Para entonces nos encontrábamos ya cerca del Hall.

—Aquí es donde viven mis amigos —indiqué—. ¿Entraréis a tomar el té con ellos?

Bruno dio un pequeño brinco de júbilo, y Silvia dijo:

—Sí, por favor. Te apetece un poco de té, ¿a que sí, Bruno? No lo ha probado —me explicó— desde que salimos de Exotilandia.

—¡Y no era buen té! —añadió su hermano—. ¡Era muy flojísimo!

Capítulo 20

Visto y no visto

La sonrisa de bienvenida de *lady* Muriel no logró disimular del todo la expresión de sorpresa con que contempló a mis nuevos acompañantes.

Los presenté como era debido.

—Esta es Silvia, *lady* Muriel. Y este es Bruno.

—¿Algún apellido? —inquirió ella, con ojos que chispeaban de diversión.

—No —contesté yo con gravedad—. Ninguno.

Ella se rio, pensando obviamente que hablaba en broma, y se inclinó para besar a los niños; un saludo al que Bruno se sometió de manera relucante; Silvia lo devolvió con creces.

Mientras Arthur (que había llegado antes que yo) y ella proporcionaban a los niños té y bizcocho, yo traté de entablar conversación con el earl; pero este se hallaba inquieto y *distract*, por lo que apenas logramos avanzar. Al fin, con una súbita pregunta, reveló la causa de su intranquilidad.

—¿Me permite echar un vistazo a esas flores que tiene en la mano?

—¡Con mucho gusto! —dije, pasándole el buqué. Yo sabía que la botánica era una de sus disciplinas favoritas, y estas flores me eran tan completamente desconocidas y misteriosas que sentía genuina curiosidad por ver qué diría un botánico de ellas.

Las flores no disminuyeron su desasosiego. Por el contrario, se fue poniendo más y más nervioso a medida que las examinaba.

—¡Estas son todas de la India central! —exclamó, dejando a un lado parte del buqué—. Son raras, incluso allí, y nunca las he visto en ningún otro punto del mundo. Estas dos son mexicanas... Esta... —Se levantó apresuradamente y la llevó a la ventana para examinarla con más luz, mientras el rubor producido por la emoción se le subía hasta la misma frente—... es, estoy casi seguro... pero tengo aquí un libro de plantas de la India... —Cogió un volumen de la librería y se puso a pasar las páginas con dedos temblorosos—. ¡Sí! ¡Compárela con este dibujo! ¡Es idéntica! Esta es la flor del upas, un árbol que crece por lo general sólo en el corazón de la selva; y la flor se marchita tan rápido una vez cortada, ¡que resulta prácticamente imposible conservar su forma o color más allá siquiera de sus contornos! Y, aun así, ¡esta está en plena floración! ¿Dónde ha conseguido estas flores? —añadió con jadeante ansiedad.

Yo le eché una mirada a Silvia, quien, silenciosa y solemnemente, se llevó un dedo a los labios, y luego le hizo una seña a Bruno para que la siguiera, y corrió

afuera al jardín; y me vi en la situación de un acusado en un juicio cuyos dos principales testigos han sido conducidos repentinamente fuera de la sala.

—¡Permítame regalarle las flores! —balbuceé finalmente, sin idea alguna de cómo salir del atolladero—. ¡Usted sabe mucho más que yo sobre ellas!

—¡Las acepto con sumo agradecimiento! Pero todavía no me ha dicho... —había comenzado a decir el earl, cuando fuimos interrumpidos, para mi gran alivio, por la llegada de Eric Lindon.

Para Arthur, sin embargo, el recién llegado era, como vi claramente, cualquier cosa menos bienvenido. El semblante se le nubló; se retiró un poco del círculo, y no tomó más parte en la conversación, que fue mantenida del todo, durante algunos minutos, por *lady* Muriel y su animado primo, los cuales estaban discutiendo sobre unas nuevas partituras musicales que acababan de llegar de Londres.

—¡Prueba a tocar sólo esta aunque sea! —rogó él—. La melodía parece fácil de cantar a primera vista, y la canción resulta totalmente apropiada para la ocasión.

—Entonces supongo que es:

¡Té de las cinco!
¡Siempre yo habré
de serte fiel,
té de las cinco!

—rio *lady* Muriel, mientras se sentaba al piano, y atacaba con suavidad unos cuantos acordes al azar.

—No exactamente, aunque es una especie de «¡Siempre yo habré de serte fiel...!»». Trata de una pareja de amantes desafortunados: él cruza el océano y ella queda atrás, lamentándose.

—¡Pues sí que es apropiada! —replicó ella en tono de mofa, mientras colocaba la canción frente a sí—. ¿Y el lamento he de hacerlo yo? ¿Y por quién, si puede saberse?

Tocó el aire de principio a fin unas cuantas veces, primero rápido, y lentamente al final, y después nos brindó la canción entera con tan grácil desenvoltura que pareció que la conociese de toda la vida.

Del navío bajó con pie liviano,
como un caballero andante.
Besó su mejilla y cogió su mano,
mas ella no osó mirarle.
«Muy alegre se lo ve —lucubró—:
¡muy alegre y muy galante
para pensar en alguien como yo

cuando se encuentre distante!».

«A mi amor le traigo esta perla hermosa
desde allende el ancho mar;
¡a quien ha de ser la más dulce esposa
que jamás se podrá hallar!».
Ella la aferra; sus ojos relucen,
y el corazón, palpitante,
le canta así: «Pensó en mí... ¡pensó en mí
cuando se hallaba distante!».

El navío partió rumbo a occidente:
su albatros emprendió el vuelo;
una punzada en el pecho ella siente,
pues queda sola y en duelo.
Mas una reveladora sonrisa
se dibuja en su semblante:
«¡Pensará en mí...! ¡oh, sí, pensará en mí
en tanto se halle distante!».

»Aunque tú, océano, te interpones,
su unión dos vidas proclaman:
no hay distancia entre fieles corazones
que con tal pasión se aman.
Y confío en que mi buen marinero,
por siempre, y a cada instante,
pensará en mí... ¡oh, sí, pensará en mí
mientras se encuentre distante!».

La expresión de desagrado, que había comenzado a extenderse por la faz de Arthur cuando el joven capitán habló de amor de forma tan frívola, fue desapareciendo a medida que la canción avanzaba, y escuchó con evidente placer. Pero su rostro se volvió a ensombrecer cuando Eric hizo la recatada observación:

—¿No te parece que «mi buen capitán» habría encajado igual de bien en la melodía?

—¡Pues claro que sí! —replicó *lady* Muriel, de manera jovialmente caustica—. Capitán, marinero, sastrecillo, calderero, ¡hay cantidad de palabras que encajarían! En mi opinión, queda mejor «mi buen calderero». ¿No crees?

Con objeto de ahorrarle más sufrimiento a mi amigo, me levanté para marcharme justo en el momento en que el earl se disponía a repetir su particularmente embarazosa pregunta acerca de las flores.

—Todavía no me ha...

—¡Sí, ya he probado el té, gracias! —corrí a atajarlo—. Y ya es más que hora de que nos vayamos. ¡Buenas noches, *lady* Muriel!

—Nos despedimos, y escapamos, mientras el earl seguía aún ensimismado examinando el misterioso buqué.

Lady Muriel nos acompañó a la puerta.

—¡No podría haberle hecho a mi padre un obsequio más apropiado! —dijo de manera afectuosa—. Le apasiona la botánica. Me temo que desconozco por completo la teoría de la misma, pero me ocupo de mantener en orden sus *hortus siccus*^[*]. He de conseguir algunas hojas de papel secante y desecar estos nuevos tesoros para él antes de que se marchiten.

—¡Eso no *sedvirá* de nada! —me reprendió Bruno, que nos estaba esperando en el jardín.

—¿Por qué no? —repliqué yo—. Sabes que tuve que darle las flores para que dejara de hacer preguntas.

—Sí, ya no hay remedio —terció Silvia—, ¡pero les dará lástima cuando descubran que han desaparecido!

—¿Cómo van a desaparecer?

—Bueno, el cómo, no lo sé. Pero se esfumarán. El ramillete no era más que un flizz, ¿sabe? Bruno lo creó.

Estas últimas palabras las dijo en susurros, ya que evidentemente no quería que Arthur las oyera. Pero de esto parecía existir un riesgo muy pequeño: apenas daba impresión de ser consciente de la presencia de los niños, sino que caminaba con paso lento, silencioso y abstraído; y cuando, a la entrada del bosque, nos dijo adiós de forma apresurada y se alejó a la carrera, parecía haber despertado de una ensoñación.

El buqué se desvaneció, como Silvia había augurado, y uno o dos días después, al realizar Arthur y yo una nueva visita al Hall, encontramos al earl y a su hija, junto con la anciana ama de llaves, fuera en el jardín, examinando los cierres de la ventana del salón.

—Estamos llevando a cabo una investigación —explicó *lady* Muriel, acercándose para recibirnos—, y los admitimos en ella, como inductores del suceso, para que nos cuenten todo lo que saben acerca de esas flores.

Herbarios. [N. del T].



—Los inductores declinan responder a cualquier pregunta —repuse con gravedad—. Y se reservan su defensa.

—Entonces, ¡hagan el favor de declarar como testigos en beneficio de la acusación! Las flores han desaparecido durante la noche —continuó, volviéndose hacia Arthur—, y tenemos la completa seguridad de que nadie de la casa las ha tocado. Alguien ha debido de entrar por la ventana...

—Pero los cierres no han sido forzados —informó el earl.

—Tuvo que ser mientras usted se hallaba cenando, *milady* —dijo el ama de llaves.

—Eso es —asintió el earl—. El ladrón debió de verle traer las flores —se dirigió a mí—, y advertiría que no las llevaba consigo al marcharse. Y debía de estar al tanto de su gran valor, ¡el cual es sencillamente inestimable! —exclamó, preso súbitamente de la excitación.

—¡Y usted no llegó a decirnos cómo las consiguió! —afirmó *lady* Muriel.

—Tal vez algún día —balbuceé yo— me sea posible decírselo. Pero por el momento, ¿me dispensarían de ello?

El earl puso cara de decepción, pero contestó de forma amable:

—Está bien, no haremos preguntas.

—Aunque le consideraremos un pésimo testigo de la acusación —añadió *lady* Muriel en tono pícaro, al tiempo que accedíamos al cenador—. Lo declaramos a usted cómplice del robo, y lo sentenciamos a reclusión en aislamiento y a ser alimentado con agua, pan y... mantequilla. ¿Quiere azúcar?

»Resulta intranquilizador, desde luego —prosiguió, una vez que todas las “comodidades” habían sido debidamente suministradas—, descubrir que han entrado a robar en la casa, en un lugar tan apartado como este. Si, al menos, las flores hubieran sido comestibles, uno podría haber sospechado de un ladrón de muy distinto tipo...

—¿Se refiere a esa explicación universal para todas las desapariciones misteriosas: que el culpable fue el gato? —dijo Arthur.

—Así es —respondió ella—. ¡Qué conveniente sería que todos los ladrones fueran del mismo tipo! ¡Resulta tan confuso que unos sean cuadrúpedos y otros bípedos!

—Yo me he topado con eso —apuntó Arthur— en forma de un curioso problema de teleología: la ciencia de las causas finales —añadió, en respuesta a una mirada inquisitiva de *lady* Muriel.

—¿Y una causa final es...?

—Bueno, digamos que es... el último de una serie de sucesos conectados, donde cada uno es causa del siguiente, por el cual el primer hecho tiene lugar.

—Pero el último suceso es prácticamente un efecto del primero, ¿no? Y, no obstante, ¡usted lo llama «causa»!

Arthur meditó un instante.

—Las palabras resultan bastante confusas, se lo concedo —dijo—. ¿Le vale así?: el último suceso es un efecto del primero, pero la necesidad de ese suceso es una causa de la necesidad del primero.

—Eso parece suficientemente claro —convino *lady* Muriel—. Oigamos ahora el problema.

—No es más que el siguiente: ¿qué objeto podemos presumir al orden por el cual

cada tamaño distinto, *grosso modo*, de criaturas vivientes se corresponde con una forma concreta? Por ejemplo, la raza humana posee un tipo de forma: bípeda. Otro conjunto, que va del león al ratón, es cuadrúpedo. Baje un peldaño o dos más y llegará a los insectos de seis patas: hexápodos; un nombre precioso, ¿no es cierto? Pero la belleza, en nuestro sentido de la palabra, parece disminuir a medida que descendemos: la criatura se vuelve más... yo no calificaría de «fea» a ninguna de las criaturas de Dios... más tosca. Y, cuando cogemos el microscopio, y seguimos bajando, nos topamos con animálculos, terriblemente toscos, ¡y con un número de patas inmenso!

—La alternativa —interpuso el earl sería una serie *in diminuendo* de repeticiones del mismo tipo. Olvidemos su monotonía: veamos de qué otros modos funcionaría. Comencemos por la raza de los hombres y las criaturas que necesita: digamos caballos, vacas, ovejas y perros... las ranas y las arañas no nos son exactamente necesarias, ¿verdad, Muriel?

Lady Muriel se estremeció perceptiblemente: saltaba a la vista que era un tema desagradable.

—Podemos prescindir de ellas —contestó muy seria.

—Bien, entonces tendremos una segunda raza de hombres, de medio metro de altura...

—¡... que tendrían una fuente de exquisito placer, de la que carecen los hombres ordinarios! —interrumpió Arthur.

—¿Cuál? —inquirió el earl.

—¡La grandiosidad del paisaje, cuál si no! Está claro que la grandiosidad de una montaña, según mi percepción, depende de su tamaño relativo con el mío. Doble la altura de la montaña, y naturalmente se vuelve dos veces más grandiosa. Reduzca la mía a la mitad, y producirá el mismo efecto.

—¡Dichosos, dichosos, dichosos los bajos! —musitó *lady Muriel* con entusiasmo—. ¡Pues sólo ellos, sólo ellos, sólo ellos disfrutaban de los altos!

—Pero déjeme proseguir —pidió el earl—. Tendremos una tercera raza de hombres, de diez centímetros de altura; una cuarta, de dos centímetros...

—¡No podrían comer ternera y carnero normal, estoy segura! —interpuso *lady Muriel*.

—Cierto, hija mía, se me olvidaba. Cada grupo debe tener sus propias vacas y ovejas.

—Y su propia vegetación —añadí yo—. ¿Qué podría hacer una vaca de dos centímetros de altura con una hierba que se mece con el viento muy por encima de su cabeza?

—Es cierto. Hemos de contar con un pasto dentro del pasto, por así decirlo. La hierba corriente haría las veces de un verde palmeral para nuestras vacas de dos centímetros, a la vez que en torno a la raíz de cada alto tallo se extendería una diminuta alfombra de hierba microscópica. Sí, creo que nuestro esquema funcionará

relativamente bien. Y resultaría muy interesante entrar en contacto con las razas por debajo de nosotros. ¡Los bulldogs de dos centímetros serían unas criaturitas preciosas! ¡Dudo que nadie pudiera echar a correr al verlos, ni siquiera Muriel!

—¿No crees que deberíamos tener igualmente una serie *in erescendo*? —planteó lady Muriel—. ¡Imagínate medir cien metros de alto! ¡Uno podría utilizar un elefante como pisapapeles y un cocodrilo como tijeras!

—¿Y haría usted que las razas de diferentes tamaños se comunicasen entre sí? —inquirí—. ¿Entrarían en guerra unas con otras, por ejemplo, o firmarían tratados?

—Pienso que hemos de descartar la guerra. Cuando uno es capaz de aplastar una nación entera de un solo puñetazo, no puede llevar a cabo una guerra en igualdad de condiciones. Pero cualquier cosa que involucrara únicamente un choque de intelectos sería posible en nuestro mundo ideal, pues, naturalmente, debemos conceder capacidades mentales a todos, independientemente del tamaño. Quizá la regla más justa sería que, cuanto más pequeña fuese la raza, ¡mayor debería ser su desarrollo intelectual!

—¿Estás diciendo —intervino lady Muriel— que esos hombrecillos de dos centímetros discutirán conmigo?

—¡Desde luego, desde luego! —afirmó el earl—. ¡La fuerza lógica de un argumento no depende del tamaño de la criatura que lo expone!

Ella sacudió la cabeza con indignación.

—¡Yo no discutiría con ningún hombre que midiera menos de quince centímetros! —exclamó—. ¡Lo pondría a trabajar!

—¿En qué? —quiso saber Arthur, que escuchaba todos aquellos disparates con una sonrisa divertida.

—¡Bordando! —respondió ella al instante—. ¡Qué bordados más bonitos haría!

—No obstante, si hicieran un mal trabajo —apunté yo— no podrías discutir la cuestión. No sé por qué, pero convengo en que no podría hacerse.

—La razón es —explicó lady Muriel— que uno no podría sacrificar hasta tal punto su dignidad.

—¡Por supuesto que no! —se mostró Arthur inmediatamente de acuerdo—. Sería como discutir con una patata. Disculpen el juego de palabras, ¡pero eso enterraría por completo la propia dignidad!

—Lo dudo —me posicioné yo—. Ni siquiera un juego de palabras es capaz de convencerme totalmente de ello.

—Pues si esa no es la razón —dijo lady Muriel—, ¿cuál propondría usted?

Traté esforzadamente de entender el significado de aquella pregunta, pero el persistente zumbido de las abejas me confundía, y el aire transmitía una somnolencia que interrumpía y mandaba a la cama cada pensamiento antes de haber sido completamente formado; así que lo único que pude decir fue:

—Eso depende por fuerza del peso de la patata.

Me dio la sensación de que el comentario no tenía tanto sentido como me hubiese

gustado. Pero *lady* Muriel pareció aceptarlo con absoluta normalidad.

—En tal caso... —empezó a decir, pero de repente dio un respingo, y se giró para escuchar—. ¿No lo oyen? —dijo—. Está llorando. Tenemos que encontrarlo, de algún modo.

Y yo me dije: «¡Qué extraño! Estaba seguro de encontrarme hablando con *lady* Muriel. ¡Pero se trataba de Silvia desde el principio!». E hice otro gran esfuerzo por decir algo que tuviera algún sentido:

—¿Es por la patata?

Capítulo 21

A través de la Puerta de Marfil

—No lo sé —contestó Silvia—. ¡Silencio! Tengo que pensar. Podría llegar hasta él, sola, sin problemas. Pero quiero que usted me acompañe.

—Déjame ir contigo —rogué—. Estoy seguro de poder seguirte el ritmo.

Silvia rio con jovialidad.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Pero si no puede dar ni un paso! ¡Está tendido de espaldas cuan largo es! Usted no entiende de estas cosas.

—Puedo andar igual de bien que tú —insistí. Y puse todo mi empeño en dar unos pocos pasos, pero el suelo se deslizó hacia atrás, exactamente a la misma velocidad que yo era capaz de imprimir a mis piernas, de modo que no avancé ni un ápice. Silvia se echó a reír otra vez.

—¿Lo ve? ¡Ya se lo advertí! ¡No sabe usted qué pinta más graciosa tiene, moviendo los pies en el aire, como si estuviese caminando! Espere un segundo. Le preguntaré al profesor qué conviene que hagamos. —Y llamó con los nudillos a la puerta de su estudio.

La puerta se abrió, y el profesor asomó la cabeza.

—¿Qué es ese llanto que acabo de oír? —inquirió—. ¿Es un ser humano?

—Es un niño —dijo Silvia.

—Me figuro que has estado chinchándolo, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que no! —contestó Silvia, con gran seriedad—. ¡Nunca lo hago!

—Bien, debo consultarlo con el otro profesor. —Se metió otra vez en el estudio, y lo oímos susurrar—:... un pequeño ser humano... dice que no ha estado chinchándolo... del tipo al que llaman niño...

—Pregúntale qué niño —dijo una nueva voz. El profesor volvió a salir.

—¿A qué niño no has estado chinchando?

Silvia me miró con ojos brillantes.

—¡Es usted un anciano adorable! —exclamó, poniéndose de puntillas para darle un beso, mientras él se inclinaba con solemnidad para recibir el saludo—. ¡Consigue dejarme perpleja! ¡Son varios los niños a los que no he estado chinchando!

El profesor regresó junto a su amigo, y en esta ocasión la voz dijo:

—Dile que los traiga aquí... ¡a todos!

—No puedo, ¡y no lo haré! —soltó Silvia, en cuanto reapareció el profesor—. Es Bruno quien llora, y es mi hermano, y, por favor, los dos queremos irnos; él no puede caminar, ¿sabe?; está... soñando, ¿ve usted? —Esto lo dijo en un susurro, por miedo a herir mis sentimientos—. ¡Permítanos atravesar la Puerta de Marfil!

—Le preguntaré —dijo el profesor, desapareciendo una vez más. Regresó enseguida—. Ha dado su permiso. Seguidme de puntillas.

La dificultad en mi caso habría consistido, en aquel momento, en no caminar de puntillas. Resultaba muy difícil estirar las piernas lo suficiente como para tocar el suelo, mientras Silvia me guiaba a través del estudio.

El profesor fue delante para abrir con llave la Puerta de Marfil. Apenas tuve tiempo de echar una ojeada al otro profesor, el cual se encontraba sentado leyendo, de espaldas a nosotros, antes de que el profesor nos hiciera pasar por la puerta, y la cerrara después. Bruno se encontraba allí, cubriéndose el rostro con las manos y llorando amargamente.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó Silvia, abrazándose al cuello de su hermano.



—¡Me he hecho *muchísimo* daño! —sollozó el pobrecillo.

—¡Cuánto lo siento, tesoro! ¿Y cómo has podido hacerte tanto daño?

—¡Pues claro que he podido! —saltó Bruno, riendo entre lágrimas—. ¿O acaso *cdees* que eres la única que puede *haced* cosas?

La situación claramente ya no parecía tan grave, ahora que Bruno había empezado a discutir.

—¡Venga, cuéntanoslo todo! —lo animé.

—A mi pie se le metió en la cabeza *desbaladse*... —empezó a explicar Bruno.

—¡Un pie no tiene cabeza! —apuntó Silvia, aunque totalmente en vano.

—*Desbalé* cuesta abajo. Y *tdopecé* con una *piedda*, ¡que me lastimó el pie! Luego pisé una abeja, ¡y la abeja me picó en el dedo! —sollozó de nuevo el pobre Bruno. La lista completa de penas resultaba demasiado para él—. ¡Y ella sabía que lo hice sin *quered*! —añadió, como clímax.

—¡A esa abeja debería darle vergüenza! —aseguré en tono severo, y Silvia abrazó y besó al lacerado héroe hasta que todas las lágrimas se secaron.

—¡El dedo ya no me *escoce*! —señaló Bruno—. ¿*Pod* qué existen las *pieddas*? *Hombde señod*, ¿lo sabe usted?

—Tienen una utilidad —dije yo—, aunque no sepamos cuál. ¿Para qué sirven los dientes de león, por ejemplo?

—¿Dieleontes? —contestó Bruno—. ¡Oh, son muy *pdeciosísimos*! Pero las *pieddas* no, ni una pizca. ¿Quiere unos dieleontes, *hombde señod*?

—¡Bruno! —murmuró Silvia en tono reprobatorio—. ¡No debes decir «hombre» y «señor» a la vez! ¡Recuerda lo que te expliqué!

—¡Me explicaste que debía decid «*hombde*» cuando hablara *de* él, y «*señod*» cuando hablara *con* él!

—Ah, pero es que no estás haciendo ambas cosas, ¿sabes?

—¡Sí que lo estoy *hacendó*, señorita tiquismiquis! —exclamó Bruno con aires triunfantes—. Quería *hablad* del *cabellero*, y con el *cabellero*. ¡Así que por supuesto dije «*hombde señod*»!

—No pasa nada, Bruno —tercié yo.

—¡Pues claro que no pasa nada! —contestó él—. ¡Es que Silvia no tiene ni idea!

—¡Nunca ha habido niño más impertinentísimo! —se exasperó Silvia, frunciendo el ceño hasta que sus resplandecientes ojos dejaron prácticamente de verse.

—¡Y nunca ha habido niña más ignorantísima! —replicó Bruno—. *Acompámañe* a *coged* unos dieleontes. —Y añadió hacia mí, en un estentóreo susurro—: ¡Silvia no vale para *otda* cosa!

—¿Pero por qué dices «dieleontes», Bruno? La palabra correcta es «dientes de león».

—Es por ir dando tantos brincos —dijo Silvia, riendo.

—Sí, así es —asintió Bruno—. Silvia me dice las *palabdás*, y entonces, cuando doy saltos, se baten todas en mi cabeza... ¡hasta que hacen espuma!

Me mostré perfectamente satisfecho con aquella explicación.

—Pero al final, ¿no vais a recoger ningún «dieleonte» para mí?

—¡Claro que sí! —gritó Bruno—. ¡Vamos, Silvia!

Y los felices niños se alejaron corriendo, saltando sobre la hierba con la celeridad y la gracia de jóvenes antílopes.

—Entonces, ¿no encontró usted el camino de regreso a Exotilandia? —le pregunté al profesor.

—¡Oh, sí que lo hice! —contestó—. No dimos con la calle Estrafalaria, pero hallé otro camino. He ido y vuelto varias veces desde entonces. Tenía que estar presente en las elecciones, ¿sabe?, como autor de la nueva Ley Monetaria. El emperador exhibió tal amabilidad que deseó que yo conservase el mérito de la misma. «¡Ocurra lo que ocurra (recuerdo perfectamente las palabras del discurso imperial), si resultara estar vivo el rector, vosotros daréis fe de que el cambio de moneda es obra del profesor, y no mía!». ¡Nunca antes en mi vida me habían ensalzado tanto! —Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas con el recuerdo, el cual al parecer no era agradable en su totalidad.

—¿Se ha dado al rector por muerto?

—En efecto: mas, fíjese, ¡yo no creo que sea así! Las pruebas son escasamente convincentes... meros rumores. Un bufón itinerante, que iba con un oso bailarín (los cuales se las arreglaron para entrar en palacio, un día), ha estado diciéndole a la gente que viene de Hadalandia, y que el rector murió allí. Yo quería que el vicerrector lo interrogara pero, por desgracia, *milady* y él siempre se encontraban fuera dando un paseo cuando aparecía el bufón. Sí, ¡se ha dado por muerto al rector! —Y las mejillas del anciano se vieron surcadas por más lágrimas.

—¿Pero en qué consiste la nueva Ley Monetaria?

El profesor recuperó el buen ánimo.

—El emperador fue el que la promovió —dijo—. Quería hacer que todos los habitantes de Exotilandia fuesen el doble de ricos que antes para así aumentar la popularidad del nuevo Gobierno. El problema era que casi no había dinero en el tesoro público para hacerlo. De modo que yo sugerí que podía conseguirlo doblando el valor de cada moneda y billete de Exotilandia. Es la solución más sencilla posible. ¡Me extraña que a nadie se le ocurriese antes! Nunca se vio un alborozo tan generalizado. Las tiendas están repletas de gente de sol a sol. ¡Todo el mundo compra de todo!

—¿Y cómo fue su homenaje?

Una súbita tristeza ensombreció el alegre semblante del profesor.

—Lo celebraron a mi vuelta a casa tras las elecciones —contestó apesadumbrado—. Su intención era buena..., ¡pero no me gustó! Agitaron banderas a mi alrededor hasta cegarme casi por completo, hicieron sonar campanas hasta dejarme prácticamente sordo, ¡y cubrieron el camino con tal cantidad de flores que me perdí! —El desdichado anciano exhaló un profundo suspiro.

—¿Cómo de lejos queda Exotilandia? —inquirí, para cambiar de tema.

—A unos cinco días de marcha, pero uno debe regresar cada cierto tiempo. Como

profesor de la corte, he de estar en todo momento con el príncipe Uggug, ¿comprende? La emperatriz se pondría furiosa si lo dejara solo, aunque fuera únicamente por una hora.

—Pero, sin duda, cada vez que viene aquí se ausenta durante diez días como mínimo, ¿no es cierto?

—¡Oh, más aún! —exclamó el profesor—. Una quincena, en ocasiones. Pero, naturalmente, tomo nota de la hora exacta de mi salida ¡para poder hacer retroceder el tiempo de la corte a ese mismo instante!

—Perdone —dije yo—. No comprendo.

Sin contestar, el profesor extrajo de su bolsillo un reloj de oro cuadrado, con seis u ocho manecillas, y lo sostuvo en el aire para que yo lo inspeccionara.

—Esto —empezó— es un reloj exotilandés...

—Debí haberlo supuesto.

—... que posee la peculiar propiedad de que, en vez de marchar con el tiempo, es este el que marcha con el reloj. Confío en que ahora me haya entendido.

—Apenas —admití.

—Permita que le explique. Si no se manipula, sigue su propio ritmo. El tiempo no le afecta.

—He conocido relojes así —observé.

—Funciona, como es natural, al ritmo acostumbrado. Lo especial es que el tiempo tiene que marchar con él. Por consiguiente, si muevo las manecillas, cambio la hora. Hacerlo hacia delante, sobrepasando la hora real, es imposible, pero puedo moverlas hasta un mes para atrás: ese es el límite. Y entonces uno encuentra que todos los acontecimientos se repiten de nuevo, con cualquier alteración que la experiencia pueda sugerir.

«¡Qué bendición sería un reloj como ese —pensé— en la vida real! Tener la capacidad de borrar una palabra irreflexiva... ¡de deshacer una acción imprudente!».

—¿Podría hacerme una demostración?

—¡Con gusto! —dijo el buen profesor—. Cuando desplazo esta manecilla para atrás hasta aquí —explicó, señalando el punto—, ¡la historia retrocede quince minutos!

Temblando de emoción, lo observé empujar la manecilla como había descrito.

—¡Me he hecho *muchísimo* daño!

De manera súbita y estridente las palabras resonaron en mis oídos y, más sorprendido de lo que quería mostrarme, me giré para buscar a quien las había pronunciado.

¡Sí! Allí estaba Bruno, con lágrimas corriendo por sus mejillas, justo como lo había visto un cuarto de hora antes, ¡y allí se encontraba Silvia abrazada al cuello de su hermano!

No me sentí capaz de hacer pasar al encantador pequeño por sus problemas una segunda vez, de modo que me apresuré a rogarle al profesor que devolviera las

manecillas a su anterior posición. En un instante, Silvia y Bruno volvieron a desaparecer, y alcancé a verlos en la lejanía, cogiendo «dieleontes».

—¡Es ciertamente maravilloso! —exclamé.

—Posee otra propiedad, más maravillosa todavía —indicó el profesor—. ¿Ve esta pequeña clavija? Recibe el nombre de «clavija de inversión». Si la presiona, los acontecimientos de la hora siguiente se producen en orden inverso. No lo pruebe ahora. Le prestaré el reloj unos cuantos días para que pueda divertirse haciendo experimentos.

—¡Muchas gracias! —dije, mientras me entregaba el reloj—. Lo trataré con sumo cuidado... ¡ah, aquí vuelven los niños!

—Sólo *logdamos encontdad* seis dieleontes —anunció Bruno, poniéndomelos en las manos— *podque* Silvia dijo que era hora de *volved*. ¡Y tome: una *gdan* mora para usted! ¡No *encontdamos* más que dos!

—Gracias, muy amable —contesté—. Supongo que la otra te la comiste tú, ¿no, Bruno?

—No —negó Bruno con despreocupación—. ¿No le parecen unos dieleontes muy bonitos, *hombde señod*?

—Sí, mucho, pero ¿por qué cojeas, hijito?

—¡Me he hecho daño *otda* vez en el pie! —respondió Bruno en tono lastimero. Acto seguido se sentó en el suelo y empezó a acariciárselo.

El profesor se llevó las manos a la cabeza, una postura que yo sabía indicaba agitación mental.

—Más vale que descanses un poco —aconsejó—. Puede que entonces mejore... o empeore. ¡Ojalá tuviera aquí algunas de mis medicinas! Soy el médico de la corte, ¿sabe usted? —añadió, en un aparte hacia mí.

—¿Quieres que vaya a buscarte unas moras, cariño? —susurró Silvia, con sus brazos en torno al cuello de su hermano, y secó con un beso una lágrima que resbalaba por su mejilla.

Bruno se animó al instante.

—¡Qué buena idea! —exclamó—. *Cdeo* que mi pie dejaría totalmente de *doled* si me comiera una mora... o dos o *tdes*... o seis o siete...

Silvia se levantó presurosa.

—Mejor me voy —me dijo sin que él la oyera— ¡antes de que llegue a las decenas!

—Deja que vaya contigo para ayudarte —me ofrecí yo—. Puedo llegar más alto que tú.

—Sí, por favor —asintió Silvia, colocando su mano en la mía, y echamos a andar juntos.

»A Bruno le encantan las moras —comentó, mientras caminábamos junto a un alto seto, el cual parecía un sitio muy prometedor donde encontrarlas— ¡y fue un detalle encantador por su parte hacer que me comiera la única que quedaba!

—Oh, ¿entonces fuiste tú quien se la comió? Bruno no parecía querer decírmelo.

—No; ya lo vi —apuntó Silvia—. Siempre le han asustado los elogios. ¡Pero me la hizo comer, literalmente! Hubiera preferido mucho más que... ¡oh!, ¿qué es eso? —Y aferró mi mano, un tanto asustada, cuando vimos una liebre tendida sobre un costado con las patas estiradas, justo a la entrada del bosque.

—Es una liebre, mi niña. A lo mejor está dormida.

—No, no lo está —dijo Silvia, acercándose tímidamente para examinarla—; tiene los ojos abiertos. ¿Está... está...? —su voz se redujo a un hilillo temeroso—. ¿Cree que está muerta?

—Sí, del todo —asentí, tras agacharme a inspeccionarla—. ¡Pobrecilla! Creo que ha muerto en una cacería. Sé que los lebreles andaban sueltos ayer. Pero no la han tocado. Es posible que vieran otra, dejando a esta morir de miedo y agotamiento.

—¿Muerta en una cacería? —repitió Silvia para sí misma, de manera lenta y triste—. Pensaba que la caza era un entretenimiento... como un juego. Bruno y yo cazamos caracoles, ¡pero nunca les hacemos daño al atraparlos!

«¡Ángel adorable! —pensé—. ¿Cómo voy a conseguir que tu mente inocente comprenda la idea del “deporte” de la caza?». Y mientras observábamos, cogidos de la mano, la liebre muerta, de pie frente a ella, traté de explicar el concepto con palabras que ella pudiese entender:

—¿Sabes lo fieros que son los leones y los tigres? —Silvia asintió con la cabeza—. Pues verás, en algunos países los hombres se ven forzados a matarlos, para salvar sus propias vidas, ¿sabes?

—Sí —contestó la niña—; si uno intentara matarme a mí, Bruno lo mataría... si pudiese.

—Entonces los hombres, los cazadores, llegan a disfrutar de ello, ¿sabes?: las carreras, la lucha, los gritos y el peligro.

—Sí —asintió Silvia—. A Bruno le gusta el peligro.

—Ya, pero en este país no hay leones ni tigres, en libertad, de modo que cazan otras criaturas, ¿entiendes? —Guardaba la esperanza, vana, no obstante, de que se quedara satisfecha con aquello, y no hiciera más preguntas.

—Cazan zorros —dijo Silvia, pensativa—. Y también los matan, según creo. Los zorros son muy fieros. Me figuro que los hombres no les tienen cariño. ¿Son fieras las liebres?

—No —tuve que admitir—. Una liebre es un animal encantador, manso y tímido... casi tan manso como un cordero.

—Pero si a los hombres les gustan las liebres, ¿por qué... por qué...? —la voz le temblaba y sus preciosos ojos estaban inundados de lágrimas.

—Mucho me temo que no les gustan, querida niña.

—A todos los niños les encantan —señaló Silvia—. Y a todas las damas.

—Siento decirlo, pero incluso algunas damas van en ocasiones de cacería.

Silvia se estremeció.

—¡Oh, no, las damas no! —suplicó de corazón—. ¡Lady Muriel no!

—No, ella nunca lo hace, estoy convencido... pero esta es una visión demasiado triste para ti, querida. Probemos a buscar alguna...

Pero Silvia aún no estaba satisfecha. En un tono solemne y apagado, con la cabeza inclinada y las manos unidas, formuló su pregunta final:

—¿Ama Dios a las liebres?

—¡Sí! —respondí yo—. ¡De eso no me cabe duda! Ama a todas las criaturas vivientes. Hasta a los hombres que cometen pecados. ¡Cómo no va a amar a los animales, que son incapaces de ello!

—No sé qué significa «pecado» —declaró Silvia. Y yo no traté de explicárselo.

—Ven, mi niña —dije, intentando alejarla de allí—. Dile adiós a la pobre liebre y vayamos a buscar moras.

—¡Adiós, pobre liebre! —repitió ella de manera obediente, mirándola por encima del hombro mientras nos disponíamos a marcharnos. Y entonces, en sólo un instante, perdió el control de sí misma. Soltando mi mano, regresó corriendo a donde yacía la liebre muerta y se tiró a su lado en un arranque de dolor que apenas habría creído posible en una niña tan joven.



»¡Oh, preciosa, preciosa mía! —gimió, repetidas veces—. ¡Dios te tenía reservada una vida tan hermosa!

De tanto en tanto, pero siempre ocultando su cara contra el suelo, extendía una manita para acariciar al desventurado animal muerto, y luego volvía otra vez a enterrar el rostro en las manos y sollozaba como si se le fuera a romper el corazón.

Yo temía de veras que acabase contrayendo alguna enfermedad; no obstante, creí conveniente dejar que desahogara el intenso dolor inicial. A los pocos minutos, los

sollozos cesaron paulatinamente, y Silvia se puso de pie y me miró con calma, aunque aún tenía lágrimas cayéndole por las mejillas.

No me atreví a hablar de nuevo, por el momento; me limité, en cambio, a ofrecerle mi mano para que pudiéramos abandonar aquel melancólico lugar.

—Sí, es hora de irse —dijo ella. Se arrodilló con gran reverencia y besó la liebre muerta; después se levantó y me dio la mano, tras lo cual nos marchamos en silencio.

El dolor de un niño es violento, pero breve; y fue casi con su voz habitual que dijo, pasado un minuto:

—¡Oh, pare, pare! ¡Aquí hay unas moras preciosas!

Llenamos nuestras manos de frutos y regresamos a toda prisa a la pendiente en la que nos esperaban sentados el profesor y Bruno.

Justo antes de llegar a donde pudiesen oírnos, Silvia me hizo parar.

—Por favor, ¡no le hable a Bruno de la liebre! —pidió.

—¡De acuerdo, mi niña! Pero ¿por qué no?

Las lágrimas relucieron nuevamente en aquellos hermosos ojos, y ella giró la cabeza, de modo que apenas logré escuchar su respuesta.

—Les... les tiene mucho cariño a los tiernos animalitos, ¿sabe? Y le... ¡le daría tanta pena! No quiero que se ponga así.

«Y tu doloroso arrebato no contará entonces para nada, ¡dulce y generosa niña!», pensé para mis adentros. Pero no hubo más palabras hasta que llegamos a donde se encontraban nuestros amigos, y Bruno se enfrascó demasiado en el festín que le habíamos llevado como para percatarse en lo más mínimo de la seria conducta de su hermana.

—Me temo que se está haciendo bastante tarde, ¿no cree, profesor? —dije.

—Así es —contestó este último—. Debo llevaros a todos otra vez por la Puerta de Marfil. Habéis agotado vuestro tiempo aquí.

—¿No podríamos quedarnos un poquito más? —suplicó Silvia.

—¡Sólo un minuto! —agregó Bruno.

Pero el profesor se mostró inflexible.

—Ya sólo pasar por ella resulta un gran privilegio —declaró—. Debemos irnos ya. —Dicho lo cual lo seguimos obedientemente hasta la Puerta de Marfil, que abrió de manera enérgica, y me hizo una seña para que yo la franqueara el primero.

—Vosotros también venís, ¿no? —le dije a Silvia.

—Sí —contestó ella—, pero no nos verá una vez que haya pasado.

—Pero ¿y si os espero fuera? —pregunté, al tiempo que cruzaba el umbral.

—En tal caso —observó Silvia—, creo que la patata tendría todo el derecho a preguntarle a usted su peso. ¡Puedo imaginarme sin problemas una patata Jersey Royal de calidad verdaderamente superior rehusando discutir con alguien que pese menos de noventa y cinco kilos!

Con un gran esfuerzo recuperé el hilo de mis pensamientos.

—¡Qué rápido empezamos a desvariar! —observé.

Capítulo 22

Cruzando la vía

—Volvamos entonces a la cordura —dijo *lady* Muriel—. ¿Otra taza de té? Espero que eso le parezca perfectamente racional.

«¡Y toda esa extraña aventura —pensé— ha ocupado el espacio de una sola coma en el discurso de *lady* Muriel! ¡Una única coma, para la cual los gramáticos nos dicen que “contemos uno”!». (Tuve la certeza de que el profesor había hecho retroceder amablemente el tiempo para mí hasta el punto exacto en que me había quedado dormido).

Cuando, unos minutos después, abandonamos la casa, el primer comentario de Arthur fue sin duda uno extraño.

—Hemos pasado ahí sólo veinte minutos —señaló— y no he hecho otra cosa que escuchar tu conversación con *lady* Muriel, y sin embargo, de algún modo, ¡me siento exactamente como si hubiese estado hablando con ella durante por lo menos una hora!

Yo tuve la seguridad de que así había sido, en realidad, sólo que, como el tiempo había sido devuelto al comienzo del *tête à tête* al que se refería, todo él había caído en el olvido, ¡si no en la nada! Pero tenía demasiado aprecio por mi propia reputación de persona cuerda como para atreverme a explicar lo que había sucedido.

Por algún motivo que en aquel momento no fui capaz de adivinar, Arthur se hallaba inusualmente serio y callado durante nuestro camino a casa. No podía tener que ver con Eric Lindon, reflexioné, pues este llevaba unos días en Londres; de modo que, teniendo a *lady* Muriel prácticamente «para él solo» —pues yo me encontraba tan sumamente encantado de oírlos conversar a los dos que no quise interponer ningún comentario propio—, debería, en teoría, haber estado especialmente radiante y contento con la vida. «¿Le habrán dado acaso alguna mala noticia?», dije para mis adentros. Y, casi como si me hubiese leído el pensamiento, dijo:

—Llegará en el último tren —anunció en el tono de quien está continuando una conversación en vez de empezando otra.

—¿Te refieres al capitán Lindon?

—Sí, el capitán Lindon —asintió Arthur—. Obvié su nombre porque me pareció que estábamos hablando de él. El earl me dijo que llega esta noche, aunque mañana es el día en que sabrá si le conceden el ascenso que está esperando. Me extraña que no se quede un día más en la ciudad para enterarse del resultado, si es que realmente le preocupa tanto como piensa el earl.

—Se lo pueden notificar mediante un telegrama —apunté yo—, ¡pero no es muy

propio de un soldado salir corriendo ante posibles malas noticias!

—Es un hombre magnífico —reconoció Arthur—, pero confieso que las noticias serían buenas, para mí, ¡si recibiera su ascenso y su orden de incorporación a filas al mismo tiempo! Le deseo toda la felicidad del mundo... con una excepción. ¡Buenas noches! —Habíamos llegado a casa para entonces—. Esta noche no soy una buena compañía... es mejor que esté solo.

El día siguiente no fue muy distinto. Arthur declaró que no se sentía sociable, por lo que hube de salir solo a pasear por la tarde. Tomé el camino a la estación y, en el punto en que este confluía con el procedente del Hall, me detuve, al ver a lo lejos a mis amigos, los cuales se dirigían aparentemente al mismo destino.

—¿Quiere unírseos? —me propuso el earl, después de un intercambio de saludos con él, *lady* Muriel y el capitán Lindon—. Este joven inquieto está esperando un telegrama y vamos a la estación para recogerlo.

—También hay una mujer inquieta implicada —añadió *lady* Muriel.

—Eso se sobreentiende, hija mía —contestó su padre—. ¡Las mujeres nunca están tranquilas!

—Para una generosa apreciación de las mejores cualidades de uno mismo —apuntó excelentemente la hija—, no hay nada como un padre, ¿no es cierto, Eric?

—Los primos no participan en ello —comentó este, y entonces, de algún modo, la conversación pasó a dos «duólogos», tomando los jóvenes la delantera, con los dos hombres de mayor edad siguiéndolos a un paso menos ansioso.

—¿Y cuándo volveremos a ver a sus pequeños amigos? —preguntó el earl—. Son unos niños singularmente cautivadores.

—Estaré encantado de traerlos, cuando pueda —respondí—. Pero yo mismo desconozco cuándo tendré ocasión de verlos otra vez.

—No voy a interrogarle —declaró el earl—, pero no hay nada de malo en mencionar que ¡a Muriel sencillamente le atormenta la curiosidad! Conocemos a la mayor parte de la gente de los alrededores y ella ha estado tratando de adivinar sin éxito en qué casa podrían estar alojándose.

—Tal vez algún día pueda arrojar un poco de luz al respecto, pero de momento...

—Gracias. Tendrá que sobrellevarlo lo mejor que pueda. Le diré que es una gran oportunidad para practicar la paciencia. Pero le cuesta verlo desde ese punto de vista. ¡Vaya, ahí están los niños!

Sí que lo estaban; esperaban (-nos, al parecer) en unas escaleras que permitían salvar una cerca, lo cual no podían haber hecho más que escasos momentos antes, pues *lady* Muriel y su primo habían pasado por delante de ella sin verlos. Al percatarse de que veníamos, Bruno se acercó corriendo a recibirnos y a enseñarnos, con mucho orgullo, el mango de una navaja —cuya hoja se encontraba rota que había encontrado en el camino.

—¿Y para qué la usarás, Bruno? —pregunté.

—No lo sé —respondió Bruno con despreocupación—; tengo que *pensadlo*.

—La visión que alberga inicialmente un niño de la vida —comentó el earl, con esa encantadora y triste sonrisa tan suya es que es un periodo que ha de dedicarse a la acumulación de posesiones que puedan llevar encima. Esa visión se modifica con los años. —Y le tendió la mano a Silvia, la cual se había colocado a mi lado, con aspecto de sentirse un poco intimidada por el earl.

Pero el amable anciano no era alguien con quien un niño, ya fuera humano o feérico, pudiera estar cohibido durante mucho tiempo, y al poco ella ya había cambiado mi mano por la suya, permaneciendo únicamente Bruno fiel a su primer amigo. Alcanzamos a la otra pareja justo cuando llegaba a la estación, y tanto *lady* Muriel como Eric saludaron a los niños como si los conocieran de toda la vida, este último diciendo:

—¿Así que llegasteis a Babilonia alumbrándoos sólo con velas, después de todo?

—Sí, ¡y hasta volvimos! —profirió Bruno.

Lady Muriel miró a uno y a otro con cara atónita.

—¿Qué? ¿Los conoces, Eric? —exclamó—. ¡Este misterio crece cada día más!

—Entonces debemos andar por el tercer acto —observó Eric—. No esperarás que el misterio se resuelva antes de que llegue el quinto, ¿no?

—¡Pero es una obra tan larga! —fue la lastimera respuesta de ella—. ¡A estas alturas debemos de estar ya en el quinto acto!

—Nos encontramos en el tercero, te lo aseguro —insistió el joven soldado de forma inmisericorde—. Escenario: un andén del ferrocarril. Se apagan las luces. Entra el príncipe (disfrazado, por supuesto) y su fiel criado. Este es el príncipe... —dijo cogiendo la mano de Bruno—. ¡Y aquí está su humilde sirviente! ¿Qué es lo que ordena a continuación su alteza real? —Y dedicó una reverencia de aires profundamente cortesanos a su desconcertado amiguito.

—¡Tú no eres un *sidviente*! —exclamó Bruno desdeñoso—. ¡Eres un *cabellero*!

—¡Un servidor, se lo aseguro a su alteza real! —insistió respetuosamente Eric—. Permítame referirle a su alteza real mis diversos empleos: pasados, presentes y futuros.

—¿Cuál fue el *pdimero*? —preguntó Bruno, que empezaba a entrar en la broma—. ¿Fuiste limpiabotas?

—¡Más bajo que eso, su alteza real! Hace años, me ofrecí como esclavo... como ¿«esclavo de confianza», creo que lo llaman? —inquirió, volviéndose hacia *lady* Muriel.

Pero *lady* Muriel no lo oyó; algo le había pasado a uno de sus guantes, el cual absorbía toda su atención.

—¿Conseguiste el puesto? —interrogó Bruno.

—Me apena decirlo, alteza real, ¡pero no! De modo que tuve que aceptar una plaza de... reservista, en la que llevo algunos años... ¿no es así? —Se volvió de nuevo a mirar a *lady* Muriel.

—Silvia, querida, ¡ayúdame a abrochar este guante! —susurró la dama,

agachándose con apremio, y sin haber llegado a oír la pregunta.

—¿Y luego qué serás? —continuó Bruno.

—Mi siguiente ocupación, espero será la de mari... nero. Y después...

—¡No vuelvas loco al niño! —interrumpió *lady* Muriel—. ¡Qué disparates dices!

—... después —continuó Eric pese a todo—, espero obtener el puesto de administrador doméstico, el cual... ¡Cuarto acto! —proclamó, con un repentino cambio de tono—. Se encienden las luces. Luces rojas y verdes. Se escucha un lejano retumbar. ¡Entra un tren de pasajeros!

Y un momento después el tren se detuvo junto al andén, y un torrente de pasajeros comenzó a salir con fluidez del despacho de billetes y las salas de espera.

—¿Alguna vez ha convertido la vida real en una obra dramática? —dijo el earl—. Pruebe a hacerlo ahora. A menudo me entretengo así. Considere este andén nuestro escenario. Hay buenas entradas y salidas a ambos lados, ¿ve? Un excelente decorado de fondo: una locomotora real que se desplaza arriba y abajo. Todo este bullicio, y la gente que va de acá para allá, ¡han tenido que requerir un cuidadoso ensayo! ¡Con qué naturalidad actúan! ¡Sin mirar ni un instante al público! Y los grupos son siempre totalmente nuevos, ¿se da cuenta? ¡Nada de repeticiones!

Tan pronto como empecé a asimilar aquel punto de vista, me pareció realmente admirable. Incluso un mozo que pasaba, con una carretilla llena de equipaje, daba tal impresión de realismo que uno sentía la tentación de aplaudir. Tras él apareció una madre enfadada, con el rostro encendido, arrastrando a dos niños que chillaban, y llamando a alguien que iba detrás: «¡John! ¡Venga!». Entra John, muy sumiso, muy callado, y cargado de paquetes. Y detrás de él, a su vez, venía una asustada y joven niñera, la cual llevaba en brazos a un rechoncho bebé, que también chillaba. Todos los niños lo hacían.

—¡Un estupendo detalle de la interpretación! —dijo el anciano en un aparte—. ¿Se ha percatado de la expresión aterrorizada de la niñera? ¡Era sencillamente perfecta!

—Ha dado usted con un filón completamente nuevo —aseguré—. Para la mayoría de nosotros la vida y sus placeres se asemejan a una mina que se halla prácticamente agotada.

—¡Ya lo ve! —exclamó el earl—. Para cualquiera con verdadero instinto dramático, ¡sólo ha acabado el prelude! Lo bueno aún está por venir. Uno va al teatro, paga los diez chelines de una butaca, ¿y qué recibe por su dinero? Quizá se trate de un diálogo entre un par de granjeros, poco naturales con sus exageradamente caricaturescos atuendos de granjeros, menos naturales aún en sus forzados gestos y poses, y nada naturales en absoluto en sus intentos por transmitir jovialidad y espontaneidad al hablar. Vaya en cambio a sentarse a un vagón de tren de tercera clase, ¡y tendrá el mismo diálogo, pero real como la vida misma! Asientos de primera fila, sin orquesta que obstruya la visión... ¡y gratis!

—Lo cual me recuerda —terció Eric— ¡que no hay que pagar para recibir un

telegrama! ¿Preguntamos si hay alguno? —Dicho esto, *lady* Muriel y él se alejaron tranquilamente en dirección a la oficina de telégrafos.

—Me pregunto si Shakespeare tenía eso en mente —cavilé en voz alta— cuando escribió: «El mundo entero es un escenario».

El anciano dejó escapar un suspiro.

—Lo es, en efecto —dijo—, se mire como se mire. La vida es, desde luego, un drama; uno con pocos bises... ¡y ningún buqué! —añadió en tono soñador—. ¡Nos pasamos media vida lamentándonos de las cosas que hicimos en la otra mitad!

»Y el secreto para disfrutar de ella —prosiguió, recuperando el tono alegre ¡es la intensidad!

—Pero no en el sentido esteticista moderno, imagino. Como esa joven dama, en *Punch*, que abre una conversación diciendo: «¿Es usted intenso?».

—¡En modo alguno! —replicó el earl—. Hablo de intensidad de pensamiento; de una atención concentrada. Perdemos la mitad del placer que podríamos tener en la vida por no prestar verdadera atención. Tome cualquier caso que desee; no importa lo banal que sea el placer, el principio es el mismo. Supongamos que A y B están leyendo la misma novela mediocre, sacada de una biblioteca pública. A nunca se preocupa por comprender al cien por cien las relaciones entre los personajes, de las que tal vez dependa todo el interés de la historia; se «salta» todas las descripciones del escenario y todos los pasajes que le parecen relativamente aburridos; a los que sí lee, ni siquiera les dedica una atención somera; sigue con el libro —por el simple deseo de terminar y encontrar otra ocupación— horas después de cuando debería haberlo dejado; ¡y llega al «finis» en un estado de completo hastío y depresión! B se entrega en cuerpo y alma al acto, siguiendo el principio de que «cualquier cosa digna de hacerse, es digna de hacerse bien»; domina las genealogías; evoca imágenes en su mente al tiempo que lee sobre el escenario; lo mejor de todo, cierra con resolución el libro al final de algún capítulo, mientras su interés se halla aún en su punto álgido, y traslada su atención a otras cuestiones; de modo que, la próxima vez que se permite una hora de lectura, es como si un hombre hambriento se sentase a cenar; y, cuando acaba el libro, ¡regresa a su quehacer cotidiano como «un gigante renovado»!

—¿Pero y si el libro fuera realmente basura, nada que compensase la atención dedicada?

—Bien, pongámonos en ese caso —dijo el earl—. ¡Mi teoría también lo contempla, se lo aseguro! A nunca descubre que es basura, sino que se deja llevar hasta el final, intentando creerse que está disfrutando. B cierra el libro con suavidad, tras haber leído una docena de páginas, se dirige a la biblioteca ¡y lo cambia por uno mejor! Dispongo aún de otra teoría para aumentar el goce vital... es decir, si no he agotado su paciencia. Temo que me considere una vieja cotorra.

—¡Por supuesto que no! —exclamé con franqueza. Y me parecía ciertamente difícil que uno pudiese cansarse de la dulce tristeza de su suave voz.

—La teoría es que deberíamos experimentar nuestros placeres con rapidez, y

nuestros dolores con lentitud.

—Pero ¿por qué? Yo lo habría dicho al revés.

—Al experimentar el dolor artificial, el cual puede ser tan banal como desee, de manera lenta, el resultado es que, cuando sobreviene un dolor real, por muy severo que este sea, lo único que necesita hacer es dejar que avance a su ritmo normal, ¡y cesará en un momento!

—Muy cierto —convine—, pero ¿qué pasa con el placer?

—Pues que, al experimentarlo rápidamente, puede introducir una cantidad mucho mayor en la vida. Se requieren tres horas y media para escuchar y disfrutar de una ópera. Imagine que fuera capaz de asimilarla, y gozar de ella, en media hora. ¡Entonces puedo disfrutar de siete óperas en el tiempo que usted tarda en escuchar una!

—Siempre en el supuesto de que dispusiera de una orquesta capaz de tocarlas — señalé—. ¡La cual está todavía por descubrir!

En el rostro del anciano se dibujó una sonrisa.

—He oído tocar un aire —declaró—, en modo alguno corto, de principio a fin, con variaciones y todo, ¡en tres segundos!

—¿Cuándo? ¿Y cómo? —inquirí ansiosamente, con cierta sensación de estar soñando otra vez.

—Lo hizo una pequeña caja de música —respondió con voz suave—. Tras haberle dado cuerda, el regulador, o alguna cosa, se rompió, y la canción entera sonó, como he dicho, en unos tres segundos. ¡Pero tuvo necesariamente que tocar todas las notas, ya sabe!

—¿Y le gustó? —pregunté, con toda la severidad de un abogado en el turno de repreguntas.

—¡Pues no! —confesó de forma sincera—. ¡Pero en aquel momento, sabe usted, no tenía el oído educado para apreciar ese tipo de música!

—Me encantaría probar su plan —dije, y, como resultó que Silvia y Bruno llegaron corriendo hasta nosotros en aquel momento, los dejé en compañía del earl y seguí paseando por el andén, haciendo que cada persona y acontecimiento jugara su papel en un improvisado drama teatral creado especialmente para mí.

—¿Es que el earl se ha cansado ya de vosotros? —pregunté, al pasar los niños corriendo a mi lado.

—¡No! —contestó Silvia con gran ímpetu—. ¡Quiere el periódico de la tarde, así que Bruno va a convertirse en un pequeño repartidor!

—¡Cuidad de que no os racanee con el pago! —voceé mientras se alejaban.

De vuelta de mi paseo por el andén, me tropecé con Silvia, que se encontraba sola.

—Y bien, niña —dije—, ¿dónde está tu pequeño repartidor? ¿No pudo conseguirte un ejemplar del periódico?

—Fue a buscar uno al quiosco del otro lado —explicó Silvia—, y lo trae cruzando

la vía... ¡oh, Bruno, deberías pasar por el puente! —advirtió, pues el rumor distante del expreso era ya audible. De pronto su faz adquirió una expresión horrorizada—. ¡Oh, ha tropezado! —gritó, y salió disparada por mi lado a una velocidad que frustró por completo el veloz intento que hice de detenerla.

Mas dio la casualidad de que el viejo y resollante jefe de estación se encontraba a escasa distancia detrás de mí; el pobre anciano no era ya capaz de mucho, pero sí de aquello; de modo que, antes de que yo consiguiera darme la vuelta, tenía a la niña sujeta entre sus brazos, a salvo de la muerte segura hacia la que corría. Tan concentrado estaba en esta escena que apenas me percaté de una rauda figura de traje gris claro que pasó como una exhalación desde el fondo del andén y que, un segundo después, se hallaba en la vía. Hasta donde uno podía tomar nota del tiempo en un momento de horror como aquel, disponía de unos diez claros segundos, antes de que el expreso llegara a su altura, para cruzar las vías y coger a Bruno. Si lo logró o no, fue algo totalmente imposible de adivinar; lo siguiente que se supo fue que el expreso había pasado, y que, con resultado de vida o muerte, todo había acabado. Cuando la nube de polvo se hubo despejado, y la vía se aclaró de nuevo a nuestros ojos, vimos con el corazón agradecido que el niño y su salvador estaban ilesos.

—¡Todo bien! —nos dijo Eric en voz alta y alegre, mientras cruzaba otra vez la vía—. ¡Está más asustado que lastimado!



Levantó al pequeñín hasta depositarlo en los brazos de *lady* Muriel y subió al

andén tan contento como si nada hubiera ocurrido, pero estaba mortalmente pálido y se apoyó con pesadez en el brazo que me apresuré a ofrecerle, temiendo que estuviese a punto de desmayarse.

—Me sentaré... sólo un momento... —dijo ensimismado—. ¿Dónde está Silvia?

Esta corrió hasta él y se abrazó de golpe a su cuello, sollozando como si se le fuese a partir el corazón.

—¡No hagas eso, preciosa! —musitó Eric, con una expresión extraña en la mirada—. No hay razón para llorar, ¿sabes? ¡Pero a punto has estado de matarte por nada!

—¡Por Bruno! —sollozó la pequeña muchacha—. Y él habría hecho lo mismo por mí. ¿A que sí, Bruno?

—¡Pod supuesto! —dijo Bruno, girándose con aire desorientado.

Lady Muriel le dio un beso en silencio al tiempo que lo dejaba en el suelo. Luego le hizo un gesto a Silvia para que se acercara a coger la mano de su hermano, e indicó a los niños que regresaran a donde el *earl* se hallaba sentado.

—Decidle... —susurró con labios temblorosos—. Decidle... ¡que todo va bien! —Después se volvió hacia el héroe del día—. Pensé que habíais muerto —confesó—. ¡Gracias a Dios que estáis ilesos! ¿Viste lo cerca que estaba?

—Vi que había tiempo suficiente —contestó Eric quitándole hierro al asunto—. Un soldado debe aprender a poner en riesgo su vida, ¿sabes? Me encuentro bien ya. ¿Volvemos a pasarnos por la oficina de telégrafos? Me figuro que a estas alturas ya habrá llegado.

Fui a reunirme con el *earl* y los niños, y esperamos —prácticamente en silencio, pues nadie parecía tener ganas de hablar, y Bruno dormitaba sobre el regazo de Silvia— hasta que se nos unieron los demás. No había llegado ningún telegrama.

—Daré una vuelta con los niños —anuncié, con la sensación de que sobrábamos un poco— y me pasaré por su casa durante la tarde.

—Debemos regresar ya al bosque —dijo Silvia, en cuanto estuvimos fuera del alcance de sus oídos—. No podemos mantener este tamaño por más tiempo.

—Entonces, la próxima vez que nos veamos, ¿seréis otra vez hadas diminutas?

—Sí —asintió Silvia—, pero volveremos a ser niños algún día... si le parece bien. Bruno tiene muchas ganas de ver otra vez a *lady Muriel*.

—Es muy simpaticuísima —dijo Bruno.

—Estaré encantado de llevaros a verla de nuevo —aseguré—. ¿No sería mejor que os devolviera el reloj del profesor? Cuando seáis hadas os resultará demasiado grande para cargar con él; ya sabéis.

Bruno rio de manera jovial. Me alegré de ver que se había recuperado por completo de la terrible escena por la que había pasado.

—¡Oh, qué va! —dijo—. Cuando nos hagamos pequeños, ¡el *deloj* también lo hará!

—E irá directamente a las manos del profesor —agregó Silvia— y usted ya no podrá usarlo más, así que más vale que lo haga ahora cuanto pueda. Debemos

menguar cuando se ponga el sol. ¡Adiós!

—¡Adiós! —gritó Bruno. Pero sus voces sonaron muy distantes y, cuando miré a mi alrededor, los dos niños habían desaparecido.

—¡Y sólo faltan dos horas para el crepúsculo! —dije mientras reanudaba mi paseo—. ¡He de aprovechar el tiempo!

Capítulo 23

Un reloj exotilandés

Al entrar en el pueblo me encontré con dos de las mujeres de los pescadores que intercambiaban esa última palabra «que nunca era la última»; y se me ocurrió, a modo de experimento con el reloj mágico, esperar a que la pequeña escena terminase, y añadirle después «un bis».

—¡Ñas noches! No t'olvides d'avisarnos cuandoscriba tu Martha, ¿eh?

—No, no m'olvidaré. Y si no vale pa'l trabajo, no le queda otra que volvé. ¡Ñas noches!

Un observador casual podría haber pensado: «¡Y ahí termina la charla!». Ese observador casual estaría equivocado.

—¡Ah, pero t'advierto que la gustarán! No la tratarán mal, pues estar segura. Son muy buena gente. ¡Ñas noches!

—¡Sí lo son! ¡Ñas noches!

—¡Ñas noches! Avísanos si'scribe, ¿eh?

—¡Sí, sí, no te preocupes! ¡Ñas noches!

Y por fin se fue cada una por su lado. Esperé hasta que se hubieron alejado unos veinte metros la una de la otra, y entonces atrasé el reloj un minuto. El instantáneo cambio fue asombroso: las dos figuras parecieron regresar al momento a donde se encontraban antes.

—... no vale pa'l trabajo, no le queda otra que volvé. ¡Nas noches! —estaba diciendo una de ellas; y así el diálogo entero se repitió, y, cuando se separaron por segunda vez, las dejé seguir sus diversos caminos, y continué con mi paseo por el pueblo.

«Pero la verdadera utilidad de este poder mágico —reflexioné— sería la de deshacer un perjuicio, un suceso doloroso, algún tipo de accidente...». No tuve que esperar mucho para disponer de una oportunidad de probar también esta propiedad del reloj mágico, ya que, justo cuando el pensamiento me pasaba por la mente, el accidente que estaba imaginando se produjo. Había una pequeña carreta parada en la puerta del «Gran Almacén de Sombreros de Señora» de Elveston, cargada de cajas de cartón que el carretero estaba transportando al interior de la tienda, una a una. Una de las cajas se había caído al suelo, pero casi no parecía que mereciera la pena acercarse a recogerla, ya que el hombre regresaría en un momento. Sin embargo, en aquel instante, un joven montado en bicicleta dobló bruscamente la esquina de la calle y, al tratar de esquivar la caja, volcó su máquina, y resultó arrojado de cabeza contra la rueda de la carreta. El carretero corrió a socorrerlo, y él y yo levantamos al

infortunado ciclista y lo llevamos adentro. Tenía un corte en la cabeza por el que sangraba, y una de sus rodillas parecía herida de gravedad; se decidió, pues, sin demora que lo mejor era trasladarlo de inmediato a la consulta del único traumatólogo del lugar. Ayudé a vaciar la carreta y a colocar en ella unas cuantas almohadas que sirvieran de lecho al herido, y fue únicamente cuando el carretero hubo subido a su asiento en el vehículo, y se disponía a salir para la consulta, que me acordé del extraño poder que poseía para deshacer todo aquel daño.

«¡Mi momento ha llegado!», me dije, mientras hacía retroceder la manecilla del reloj, y vi, casi sin sorprenderme esta vez, que todo regresaba al lugar que ocupaba en el instante crítico en que me percaté inicialmente de la caja caída.

Sin perder un segundo, salí a la calle, recogí la caja y la devolví a la carreta; un momento después la bicicleta había torcido la esquina, pasado la carreta sin impedimento ni obstáculo, y desaparecido al poco en la distancia, en una nube de polvo.

«¡El delicioso poder de la magia! —pensé—. ¡Qué cantidad de sufrimiento humano he... no sólo aliviado, sino aniquilado, en realidad!». Y me quedé observando la descarga de la carreta, con una agradable sensación de virtud consciente y el reloj mágico aún abierto en mi mano, pues albergaba curiosidad por saber qué pasaría cuando llegáramos nuevamente al momento exacto en que había hecho retroceder la manecilla.

El resultado fue uno que, de haber meditado la cuestión con detenimiento, podría haber previsto: al alcanzar la marca la manecilla del reloj, la carreta —que ya se había alejado y se encontraba para entonces a media calle de distancia reapareció de nuevo frente a la puerta, y en el momento de echar a rodar, a la vez que— ¡oh, desdichado sueño dorado de universal benevolencia que había deslumbrado mi fantasiosa imaginación! el joven lesionado retornó a su abultado lecho de almohadas, con su pálida faz contraída en una rígida expresión que revelaba un dolor soportado con entereza.

«¡Oh, reloj mágico, te burlas de mí! —dije para mis adentros, en tanto salía del pueblo y enfilaba el camino hacia la costa que conducía a mi alojamiento—. El bien que creí poder hacer se ha desvanecido como un sueño; ¡el mal de este mundo problemático es la única realidad duradera!».

Y ahora debo referir una experiencia tan extraña que creo de lo más justo, antes de empezar a narrarla, liberar a mi sufrido lector de cualquier obligación que pudiera sentir de creer esta parte de mi historia; yo mismo no lo habría hecho, admito con franqueza, si no lo hubiese presenciado con mis propios ojos; ¿por qué debería entonces esperarlo de mi lector, el cual, muy probablemente, jamás ha visto nada parecido?

Pasaba por delante de una hermosa casita de campo que se levantaba a bastante distancia del camino, en mitad de su jardín, con brillantes macizos de flores en la parte delantera; enredaderas que trepaban sin rumbo por las paredes y colgaban en

festones en torno a las ventanas mirador; una butaca olvidada en el césped, con un periódico tirado al lado; un perrito carlino echado frente a este, decidido a proteger el tesoro aun a costa de su vida, y una puerta principal que permanecía invitadoramente entreabierta. «¡Esta es mi oportunidad —pensé— de probar la “clavija de inversión” del reloj mágico!». La apreté y me interné en el jardín de la casa. En otra, la entrada de un extraño podría causar sorpresa, enfado tal vez, llegándose incluso a expulsar a dicho extraño con violencia, pero yo sabía que en mi caso no podía ocurrir nada parecido. El curso usual de los acontecimientos —primero, ignorarme; a continuación, levantar la cabeza para verme al oír mis pasos, y luego preguntarse qué estaba haciendo yo allí— sufriría una inversión por acción de mi reloj. Se preguntarían inicialmente quién era yo, después me verían, luego bajarían la cabeza y dejarían de pensar en mí. Y en cuanto a echarme de manera violenta, tal suceso habría de tener lugar necesariamente al principio, en este caso. «De modo que si al final logro entrar —me dije—, ¡todo riesgo de expulsión habrá desaparecido!».



El carlino se sentó sobre sus cuartos traseros, como medida de precaución, a mi paso; pero como no presté atención alguna al tesoro que estaba guardando, me dejó ir sin lanzar siquiera un ladrido de amonestación. «Quien se adueña de mi vida — parecía estar diciéndose, entre sibilantes resuellos— empuña la correa. ¡Pero quien se adueña del *Daily Telegraph*...!» Mas no me enfrenté a esta espantosa contingencia.

Los presentes en el salón —entré directamente, ¿entiendes?, sin llamar al timbre ni dar aviso alguno de mi acercamiento— eran cuatro niñas sonrosadas y risueñas, de edades comprendidas entre los catorce y los diez años, que aparentemente venían hacia la puerta (mas descubrí que, en realidad, estaban caminando hacia atrás), al

tiempo que su madre, sentada junto al fuego con labores de aguja en el regazo, decía, justo en el momento de entrar yo en la habitación: «Ahora, niñas, podéis ir a abrigaros para salir de paseo».

Para mi total asombro —pues no me encontraba todavía acostumbrado a la acción del reloj «todas las sonrisas cesaron» (utilizando las palabras de Browning) en las cuatro bonitas caras, y las niñas sacaron piezas de labor, y se sentaron. Ninguna se percató en lo más mínimo de mi presencia, mientras yo acercaba una silla sin hacer ruido y me sentaba a observarlas.

Una vez desdobladas las costuras, y listas las cuatro para empezar, su madre dijo: «¡Por fin habéis terminado! Podéis guardar vuestras labores, niñas». Pero estas hicieron caso omiso del comentario; por el contrario, se pusieron de inmediato a coser, si es que esa es la palabra apropiada para describir una operación que jamás antes había contemplado. Cada una de ellas enhebró su aguja con un corto cabo de hilo, unido a la labor, del que una fuerza invisible comenzó al instante a tirar, haciendo que atravesara la trama y arrastrara la aguja tras de sí; los hábiles dedos de la pequeña costurera cogieron esta en el otro lado, pero sólo para soltarla enseguida, una vez más. Y de este modo procedió el trabajo, deshaciéndose a un ritmo constante, y con los vestiditos cuidadosamente cosidos, o lo que quiera que fuesen, apedazándose sin parar. De tanto en tanto, una de las niñas hacía un alto cuando el hilo recuperado se volvía incómodamente largo, lo enrollaba en un carrete y recomenzaba con otro pequeño cabo.

Finalmente la labor quedó reducida por completo a retazos, que guardaron, y la dama se dirigió en primer lugar a la habitación de al lado, caminando de espaldas, y haciendo el siguiente comentario descabellado: «Todavía no, queridas: primero debemos terminar con la costura». Tras lo cual, no me sorprendió ver a las niñas brincando de espaldas tras ella, a la vez que exclamaban: «¡Oh, madre, hace un día precioso para salir a pasear!».

Sobre la mesa del comedor sólo había platos sucios y fuentes vacías. El grupo, no obstante —al cual se había sumado un caballero tan afable, y de piel tan sonrosada, como las niñas—, se sentó a ella con gran contento.

¿Has visto a gente comer tarta de cerezas, y dejar cada cierto tiempo de manera cuidadosa un hueso del fruto en los platos desde sus labios? Pues algo parecido tuvo lugar durante aquel terrorífico —¿o debería decir tal vez «fantasmagórico»?— banquete. Un tenedor vacío se eleva a los labios, donde recibe una pieza bien cortada de carnero, y rápidamente la lleva hasta el plato, donde se une en el acto y por sí sola a la carne que ya se encuentra allí. Al poco pasaron uno de los platos, provisto de una tajada entera de carnero y dos patatas, al caballero que presidía la mesa, que restituyó en silencio la tajada a la pata, y las patatas a la fuente.

Su conversación resultó ser, si es que ello era posible, más desconcertante que su forma de cenar. Comenzó cuando la muchacha más joven se dirigió, repentinamente y sin provocación previa, a su hermana mayor:

—¡Oh, qué cuentista eres! —dijo.

Yo esperaba una contestación desabrida por parte de la hermana pero, en cambio, esta se giró riendo hacia su padre, y dijo, en un estentóreo susurro teatral:

—¡Ser ella la novia!

El padre, para cumplir con su parte en una conversación que parecía propia únicamente de lunáticos, contestó:

—Susúrramelo al oído, cariño.

Pero ella, en vez de susurrar (aquellas niñas no hacían nunca lo que se les decía), repuso, en voz muy alta:

—¡Claro que no! ¡Todo el mundo sabe lo que quiere Dolly!

Y la pequeña Dolly se encogió de hombros, y dijo, terriblemente malhumorada:

—¡Vamos, padre, no te metas conmigo! ¡Ya sabes que no quiero ser dama de honor de nadie!

—Y la cuarta será Dolly —fue la estúpida respuesta de su padre.

Aquí metió baza la número tres:

—¡Oh, pero ya lo han decidido, querida madre, en serio! Mary nos lo contó todo. Será cuatro semanas después del próximo martes... y vendrán tres de sus primas para hacer de damas de honor... y...

—¡A ella no se le olvida, Minnie! —contestó la madre entre risas—. ¡Ojalá decidieran casarse de una vez! No me gustan los noviazgos largos.

Y Minnie cerró la conversación —si es que una serie tan caótica de comentarios merece tal nombre— con:

—¡Imagínate! Esta mañana pasamos por delante de Cedars, justo cuando Mary Davenant se estaba despidiendo desde la verja del señor... no recuerdo su nombre. Nosotras por supuesto miramos hacia otro lado.

Para entonces me encontraba tan desesperadamente confuso que dejé de escuchar y seguí la cena hasta la cocina.

¿Pero qué necesidad, oh, lector hipercrítico, decidido a no creer ni un punto de esta rara aventura, hay de relatarte cómo el carnero se colocó en el asador, y se desasó lentamente; cómo las patatas se envolvieron en sus pieles, y se entregaron al jardinero para que las enterrara; cómo, cuando el carnero llegó finalmente a estar crudo, el fuego, que había pasado gradualmente de un infierno al rojo a una simple llama, se extinguió tan bruscamente que el cocinero tuvo apenas el tiempo justo para atrapar su última chispa en el extremo de una cerilla; o cómo la criada, tras haber retirado el carnero del asador, se lo llevó (caminando de espaldas, por supuesto) fuera de la casa, al encuentro del carnicero, el cual venía (también de espaldas) por el camino?

Cuanto más vueltas le daba a aquella extraña aventura, más se enredaba sin solución el misterio, y supuso un verdadero alivio encontrar a Arthur en el camino y convencerlo de que me acompañara al Hall para averiguar qué noticias había traído el telégrafo. Le conté, durante el trayecto, lo que había sucedido en la estación, pero en lo que concernía a mis nuevos lances consideré que, de momento, lo mejor era

guardármelos para mí.

Cuando entramos, el earl se encontraba sentado a solas.

—Me alegro de que hayan venido a hacerme compañía —dijo—. Muriel se ha acostado, la emoción de esa terrible escena fue excesiva para ella, y Eric ha marchado al hotel para hacer el equipaje, con idea de salir para Londres en el próximo tren.

—¡Entonces el telegrama ha llegado! —afirmé.

—¿No lo sabía? Oh, lo había olvidado: llegó después de abandonar usted la estación. Sí, todo ha salido bien; Eric ha recibido su ascenso y, como ya ha hablado con Muriel de sus planes, tiene asuntos en la ciudad que debe atender sin demora.

—¿A qué planes se refiere? —pregunté con el corazón abatido, pues el pensamiento de las destrozadas esperanzas de Arthur me vino a la cabeza—. ¿Acaso están prometidos?

—Llevan prometidos, en cierto modo, desde hace dos años —contestó el anciano en tono afable—; es decir, que yo había prometido darle mi consentimiento tan pronto como pudiera asegurarse una ocupación permanente y estable en la vida. Jamás sería feliz si mi hija se casara con un hombre sin un propósito por el que vivir... ¡o por el que morir, siquiera!

—Espero que sean felices —dijo una extraña voz. Su dueño se hallaba obviamente en la habitación, pero no había oído abrirse la puerta, y miré a mi alrededor con cierto asombro. El earl parecía compartir mi sorpresa.

—¿Quién ha hablado? —preguntó este último.

—He sido yo —reveló Arthur, mirándonos con un semblante extenuado y demacrado, y unos ojos en los que parecía haberse apagado de súbito la luz de la vida—. Y permita que le desee igualmente dicha a usted, querido amigo —añadió, observando al earl con expresión triste, y hablando con la misma voz cavernosa que tanto nos había sobresaltado.

—Gracias —dijo el anciano, de manera franca y llana.

A continuación se hizo el silencio; yo me levanté, con la seguridad de que Arthur querría estar a solas y desearle buenas noches a nuestro amable anfitrión; mi amigo le estrechó la mano, pero no articuló palabra; ni tampoco lo hizo, en nuestro regreso a casa, hasta que llegamos a ella y encendimos las velas de nuestro dormitorio. Entonces dijo, más para sí mismo que para mí:

—«El corazón conoce su propia amargura»^[*]. Jamás antes de hoy había comprendido esas palabras.

Los días siguientes transcurrieron de manera bastante fatigosa. No me sentí inclinado a realizar nuevas visitas, en solitario, al Hall; y menos aún a proponerle a Arthur que viniera conmigo; parecía mejor esperar a que el Tiempo —ese dulce sanador de nuestros más amargos pesares— lo ayudara a recuperarse de la impresión inicial de la decepción que había devastado su vida.

Unos asuntos, no obstante, requirieron al poco mi presencia en la ciudad, y tuve que anunciarle a Arthur que debía ausentarme durante una temporada.

—Pero espero visitarte de nuevo dentro un mes —añadí—. Me quedaría, si pudiera. No creo que te venga bien estar solo ahora.

—No, no puedo hacer frente a la soledad, aquí, por mucho tiempo —dijo Arthur—. Pero no te preocupes por mí. He decidido aceptar un empleo en la India que me han ofrecido. Allí, en el extranjero, supongo que encontraré un motivo por el que vivir; ahora mismo soy incapaz de ver ninguno. «Esta vida guardo, como un valioso regalo de Dios, del daño y el mal, ¡y tampoco ardo en deseos de perderla!»^[*].

—Sí —dije—, tu tocayo soportó un golpe igual de duro y se sobrepuso.

—Uno mucho más duro que el mío —reconoció Arthur—. Comprobó que la mujer que amaba le había sido infiel. Tal mancha no existe en mis recuerdos de... de... —Dejó el nombre sin pronunciar, y agregó con rapidez—. Pero tú volverás, ¿no es así?

—Sí, regresaré por una breve temporada.

—Hazlo —pidió Arthur—, y escribe con noticias de nuestros amigos. Te enviaré mi dirección en cuanto me instale.

Capítulo 24

La fiesta de cumpleaños de las ranas

Y aconteció que, justo una semana después de la primera aparición de mis amigos feéricos como niños, me vi dando un último paseo de despedida por el bosque, con la esperanza de encontrarme con ellos una vez más. Sólo tuve que tumbarme sobre la suave hierba para que la sensación de «inquietud» me invadiera enseguida.

—Si baja la oreja muy mucho —dijo Bruno— ¡le contaré un *secdeto*! Es la fiesta de cumpleaños de las *dañas*... ¡y hemos *peddido* al bebé!

—¿Qué bebé? —inquirí yo, completamente desconcertado por aquella confusa noticia.

—¡El bebé de la *deina*, naturalmente! —declaró Bruno—. El bebé de Titania. Y *nosotdos* lo sentimos muy *muchósimo*. Silvia... ¡oh, lo *sente* un montón!

—¿Cuánto lo siente exactamente? —pregunté, con picardía.

—*Tdes cuadtos* de *metdo* —respondió Bruno con absoluta solemnidad—. Y yo también lo *sentó* un poquitín —agregó, cerrando los ojos para no ver su propia sonrisa.

—¿Y qué estáis haciendo respecto al bebé?

—Pues todos los soldados lo están buscando, de acá para allá, *pod* todas *padtes*.

—¿Los soldados? —exclamé.

—¡Pues claro! —asintió Bruno—. Cuando no tienen que *luchad*, los soldados hacen toda clase de *tdabajitos*, ¿sabe?

Me hizo gracia la idea de que encontrar al bebé de la reina se considerase «un trabajito».

—¿Pero cómo lo habéis perdido? —pregunté.

—Lo dejamos dentro de una flor —explicó Silvia, que acababa de unírse nos, con los ojos bañados en lágrimas—. ¡Pero no podemos recordar cuál!

—Dice que lo *ponimos* en una *flod* —interrumpió Bruno— *podque* no quiere que me castiguen a mí. Pero fui yo en *dealidad* el que lo hizo. Silvia estaba cogiendo dieleontes.

—No se dice «lo ponimos» —apuntó Silvia con gran seriedad.

—Bueno, entonces «le ponimos» —saltó su hermano—. ¡Nunca *logdo decoddad* cuándo hay que *usad* «lo» y cuándo «le»!

—Dejad que os ayude a buscarlo —me ofrecí. De modo que Silvia y yo iniciamos una «expedición» entre todas las flores, pero no dimos con ningún bebé.

—¿Dónde está Bruno? —pregunté, una vez completado nuestro recorrido.

—Está ahí abajo, en esa zanja —indicó Silvia—, entreteniendo a una joven rana.

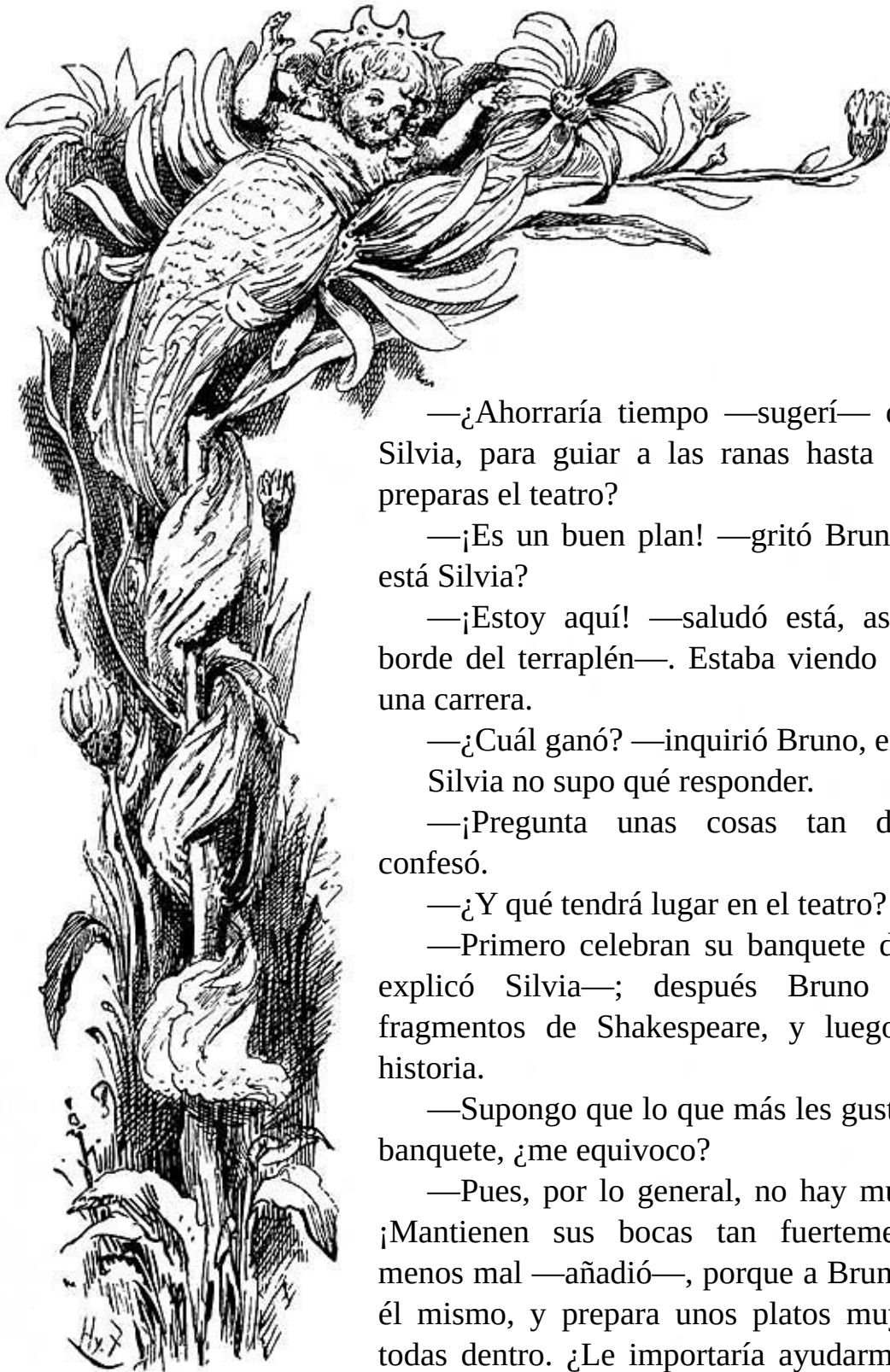
Me puse a cuatro patas para buscarlo, ya que sentía una enorme curiosidad por saber cómo se «debería» entretener a una joven rana. Tras un minuto escrutando la zanja, lo vi sentado al borde de la misma, al lado de la pequeña rana, con expresión bastante desconsolada.

—¿Cómo te va, Bruno? —dije, saludándolo con la cabeza, cuando levantó la vista.

—¡Ya no puedo *seguid entdeteniéndola* —contestó Bruno, muy afligido— *podque* no quiere *decid* qué le gustaría *haced* ahora! Ya le he enseñado todas las lentejas de agua y una *ladva* viva de *fdigánea*, ¡pero no contesta! ¿Qué... te apetece... *haced*? —chilló en el oído de la rana, pero la pequeña criatura se quedó sentada, completamente en silencio, ignorándolo—. ¡*Cdeo* que es *sodda*! —dijo Bruno, alejándose con un suspiro—. Ya es hora además de *pdeparad* el *teatdo*.

—¿Para qué público?

—Sólo *dañas* —declaró Bruno—. Pero aún no han venido. Hay que *conducidlas* hasta aquí *ariba*, como si fuesen ovejas.



—¿Ahorraría tiempo —sugerí— que yo fuera con Silvia, para guiar a las ranas hasta aquí, mientras tú preparas el teatro?

—¡Es un buen plan! —gritó Bruno—. ¿Pero dónde está Silvia?

—¡Estoy aquí! —saludó está, asomándose por el borde del terraplén—. Estaba viendo a dos ranas echar una carrera.

—¿Cuál ganó? —inquirió Bruno, entusiasmado. Silvia no supo qué responder.

—¡Pregunta unas cosas tan difíciles...! —me confesó.

—¿Y qué tendrá lugar en el teatro? —indagué yo.

—Primero celebran su banquete de cumpleaños —explicó Silvia—; después Bruno representa unos fragmentos de Shakespeare, y luego les cuenta una historia.

—Supongo que lo que más les gusta a las ranas es el banquete, ¿me equivoco?

—Pues, por lo general, no hay muchas que coman. ¡Mantienen sus bocas tan fuertemente cerradas! Y menos mal —añadió—, porque a Bruno le gusta cocinar él mismo, y prepara unos platos muy raros. Ya están todas dentro. ¿Le importaría ayudarme a colocarlas de modo que miren todas en la dirección adecuada?

No tardamos en resolver aquella parte del asunto, aunque las ranas croaban y croaban sin parar con gran descontento.

—¿Qué es lo que dicen? —le pregunté a Silvia.

—Dicen: «¡Tene-dor! ¡Tene-dor!»; ¡Vaya una tontería! ¡No vais a tener tenedores! —anunció con cierta severidad—. ¡Las que quieran comida solamente tienen que abrir la boca para que Bruno se la dé!

En ese momento apareció Bruno, que vestía un pequeño delantal blanco para mostrar que era cocinero, y llevaba una sopera con un líquido de aspecto muy extraño. Lo observé con atención mientras se movía entre las ranas, pero no alcancé a ver que ninguna de ellas abriera la boca para que le dieran de comer —salvo una muy joven, la cual, estoy casi seguro, lo hizo accidentalmente, en un bostezo—. No obstante, Bruno le echó de inmediato una gran cucharada de sopa en la boca, y la pobrecilla se pasó un rato tosiendo con violencia.

De manera que Silvia y yo tuvimos que compartir la sopa y fingir que nos gustaba, pues ciertamente se trataba de una receta muy rara.

Yo sólo me atreví a tomar una cucharada (Bruno la llamó la «Sopa Veraniega de Silvia»), y debo confesar con sinceridad que no estaba nada buena, y no conseguí sorprenderme que un número tan grande de invitados hubiese mantenido la boca firmemente cerrada.

—¿De qué está hecha la sopa, Bruno? —preguntó Silvia, que se había acercado a los labios una cucharada de la misma y la observaba con el gesto torcido.

La respuesta de Bruno fue de todo menos alentadora.

—¡De un poco de todo!

El espectáculo concluiría con unos «fragmentos de Shakespeare», en palabras de Silvia, los cuales representaría Bruno en su totalidad mientras Silvia se ocupaba enteramente de hacer que las ranas no desviaran su atención del escenario; a continuación Bruno aparecería caracterizado de sí mismo y les contaría una historia de su propia invención.

—¿Tendrá moraleja el relato? —le pregunté a Silvia, mientras Bruno se vestía para el primer «fragmento» detrás del seto.

—Creo que sí —respondió Silvia de forma insegura—. Normalmente hay una moraleja, aunque la introduce demasiado al principio.

—¿Y recitará él todos los fragmentos de Shakespeare?

—No, sólo los interpretará —aclaró Silvia—. No se sabe prácticamente el texto de ninguno. Cuando veo cómo va vestido, tengo que decirles a las ranas de qué personaje se trata. ¡Siempre están impacientes por adivinarlo! ¿No oye cómo preguntan todas? «¿Cuál? ¿Cuál?» —Y así era: hasta que Silvia lo explicó, parecía que únicamente croaban, pero ahora era capaz de distinguir el «¿Cuad? ¿Cuad?» con total claridad.

—¿Pero por qué tratan de adivinarlo antes de verlo?

—No lo sé —confesó Silvia—, pero siempre lo hacen. ¡A veces empiezan a hacer conjeturas semanas y semanas antes del día!

(Así que, en adelante, cuando oigas a las ranas croar de un modo particularmente pensativo, no te quepa duda de que están intentando adivinar cuál será el siguiente «fragmento» de Shakespeare que interpretará Bruno. ¿A que es interesante?).

Sin embargo, el coro especulativo fue interrumpido por Bruno, quien salió corriendo de repente de entre bambalinas y voló de un salto hasta caer en mitad de las

ranas, para recolocarlas.

La razón era que la rana más vieja y gorda —la cual no había sido correctamente colocada de cara al escenario, por lo que no tenía ni idea de qué estaba pasando— se estaba poniendo nerviosa, y había molestado a varias compañeras y dado la vuelta a otras que quedaron mirando en la dirección que no era. Y no tenía sentido, según Bruno, representar un «fragmento» de Shakespeare cuando no había nadie que lo viera (como ves, no me contó a mí como alguien). De manera que se puso manos a la obra con un palo, moviéndolas de forma muy parecida a como uno movería el té en una taza, hasta que la mayoría de ellas tuvo al menos un gran y estúpido ojo apuntando al escenario.

—Tienes que *venid a sentadte entde* ellas, Silvia —dijo preso de la desesperación—. He *ponido* a estas dos juntas, mirando al mismo sitio, un montón de veces, ¡pero no hacen más que *peleadse*!

Silvia ocupó pues su lugar como «maestra de ceremonias» y Bruno desapareció otra vez entre bastidores, con objeto de vestirse para el primer «fragmento».

—¡Hamlet! —anunció de pronto la voz clara y dulce que yo tan bien conocía. El croar cesó por completo y al instante, y yo me giré hacia el escenario, con cierta curiosidad por ver cuáles eran las ideas de Bruno respecto al comportamiento del personaje más importante de Shakespeare.

Según este eminente intérprete del drama, Hamlet vestía una corta capa negra (que empleaba principalmente para taparse el rostro, como si sufriera un fuerte dolor de muelas), y caminaba separando mucho hacia fuera las puntas de los pies.

—¡*Sed* o no *sed*! —comentó Hamlet en tono alegre, y después hizo el pino varias veces, provocando la caída de la capa en plena actuación.

Me sentí un poco decepcionado; la concepción que tenía Bruno del papel me parecía falta de solemnidad.

—¿No recitará más del soliloquio? —le susurré a Silvia.

—Creo que no —me contestó esta de igual forma—. Suele hacer el pino cuando no se sabe más partes del texto.

Bruno había resuelto entretanto la cuestión desapareciendo del escenario, y las ranas se pusieron inmediatamente a preguntar el nombre del próximo personaje.

—¡Lo sabréis cuando lo veáis! —gritó Silvia, al tiempo que recolocaba a dos o tres ranitas que se las habían arreglado para ponerse de espaldas al escenario—. ¡Macbeth! —añadió, al reaparecer Bruno.

Macbeth se había envuelto en algo que le pasaba por encima de un hombro y bajo el brazo contrario, y que se suponía que era, creo, un *plaid*^[*] escocés. Sujetaba una espina de planta en la mano, con el brazo totalmente extendido, como si le diera un poco de miedo.

—¿Es esto una daga? —inquirió Macbeth, con tono de cierta perplejidad, y al momento las ranas elevaron un coro de respuesta: «¡No! ¡No!» (a esas alturas yo ya había aprendido a entender perfectamente su croar).

—¡Es una daga! —proclamó Silvia con voz autoritaria—. ¡Callad! —El croar cesó en el acto.

Shakespeare no nos ha dicho, hasta donde yo sé, que Macbeth presentara en su vida privada ningún hábito de tal excentricidad como hacer el pino, pero Bruno lo consideraba claramente una parte absolutamente esencial del personaje, y abandonó el escenario realizando una serie de volteretas. No obstante, regresó otra vez momentos después, con el extremo de un mechón de lana (dejado probablemente en la espina por una oveja que pasaba) bajo el mentón, el cual constituía una magnífica barba, que le llegaba prácticamente hasta los pies.

—¡Shylock! —anunció Silvia—. ¡No, disculpad! —rectificó a toda prisa—. ¡El rey Lear! No me había fijado en la corona. (Bruno se había provisto ingeniosamente de una, que le quedaba perfectamente, cortando la parte central de un diente de león a fin de dejar hueco para su cabeza).

El rey Lear se cruzó de brazos (poniendo su barba en peligro inminente) y dijo, en un suave tono explicativo:

—¡Sí, un *dey* de los pies a la cabeza! —Y a continuación calló, como si se hallara considerando cuál podía ser el mejor modo de demostrar esto. Y aquí, con todo el respeto posible a Bruno como crítico shakespeariano, debo expresar mi opinión de que no era intención del poeta que sus tres grandes héroes trágicos tuviesen unos hábitos personales tan extrañamente parecidos; al igual que tampoco creo que hubiera aceptado la facultad de hacer el pino como prueba alguna de pertenencia a una casta real. Mas, al parecer, el rey Lear, tras una profunda reflexión, fue incapaz de dar con ningún otro argumento con el que probar su realeza, y, como aquel era el último de los «fragmentos» de Shakespeare («Nunca hacemos más de tres», explicó Silvia en susurros), Bruno ofreció al público una larguísima serie de piruetas antes de retirarse por fin, dejando a las extasiadas ranas en un clamor conjunto de «¡Otro! ¡Otro!» que supongo constituía su modo de pedir un bis. Pero Bruno no resurgió en escena hasta que llegó el momento de contar la historia.

Cuando al fin apareció caracterizado de sí mismo, noté un sensible cambio en su comportamiento. No ejecutó más volteretas. Obviamente opinaba que, por muy apropiado que pudiera ser el hábito de hacer el pino para don nadie como Hamlet y el rey Lear, Bruno jamás sacrificaría su dignidad hasta tal punto. Pero quedaba claro de igual modo que no se sentía totalmente a gusto, a solas en el escenario, sin un disfraz, y aunque comenzó a recitar, varias veces: «Había un *datón...*», no cesaba de mirar arriba y abajo, y en todas direcciones, como si buscara un sitio más cómodo desde el que contar el cuento. A un lado del escenario, el cual cubría parcialmente, había una alta dedalera que, meciéndose suavemente de acá para allá con la brisa de la tarde, parecía ofrecer exactamente el tipo de acomodo que deseaba el orador. Una vez decidido el sitio, sólo le hicieron falta unos segundos para trepar a toda prisa por el tallo como una ardilla diminuta y sentarse a horcajadas sobre su arco superior, donde había una mayor acumulación de flores con forma de dedal, y desde donde

podía dominar toda su audiencia a tal altura que su timidez desapareció por completo, e inició su relato en actitud jovial.

—Había una vez un *datón* y un *cocoddilo* y un *hombde* y una *cabda* y un león. — Nunca antes había escuchado introducir el *dramatis personae* en una avalancha tan temerariamente atropellada, y esta me dejó sin aliento alguno. Hasta Silvia se quedó boquiabierta, y dejó que tres de las ranas, que parecían haber empezado a cansarse del espectáculo, se metieran de un brinco en la zanja sin realizar ningún intento de detenerlas.

»Y el *datón* *encontdó* un zapato, y *cdeyó* que era una *tdampa* para *datones*. Así que se metió *dentdo*, y se quedó allí *muchósimo* tiempo.

—¿Y por qué se quedó? —preguntó Silvia. Su función parecía ser muy similar a la del coro en una obra griega: tenía que espolear al orador, y hacerlo hablar mediante una serie de preguntas inteligentes.

—*Podque cdeía* que no podía *salid* de allí —explicó Bruno—. Era un *datón* listo. ¡Sabía que no podía *escapad* de las *tdampas*!



—Pero ¿por qué entró en un principio? —insistió Silvia.

—... y saltó y saltó —continuó Bruno, ignorando la pregunta—, y *pod fin logdó salid*. Entonces miró la etiqueta del zapato. Y en ella aparecía el *nombde del hombde*, *pod* lo que supo que no era su zapato.

—¿Había pensado que lo era? —atacó de nuevo Silvia.

—¿No te he dicho ya que *cdeía* que era una *tdampa* para *datones*? —replicó el

indignado orador—. *Pod favod, hombde señod, ¿podería haced* que Silvia *pdestase* atención? —Esto hizo callar a su hermana, que pasó a ser toda oídos; de hecho, ella y yo habíamos pasado a ser la práctica totalidad de la audiencia, pues las ranas no paraban de marcharse dando saltos, y apenas quedaban ya allí unas pocas.

»Así que el *datón* le dio al *hombde* su zapato. Y el *hombde* se puso a *dad* botes, *podque* sólo tenía uno, y tenía muchas ganas de *encontdad* el *otdo*.

En ese momento aventuré una pregunta:

—¿Te refieres a botes de alegría o a que iba a la pata coja?

—A las dos cosas —dijo Bruno—. Y el *hombde* sacó a la *cabda* del saco. —«Pero no habías mencionado el saco antes», dije yo. «Ni lo volveré a *haced*», —contestó Bruno—. Y le dijo a la *cabda*: «Te quedarás *pod* aquí hasta que yo vuelva». Y el *hombde* se fue y cayó en un *pdofundo* hoyo. Y la *cabda* dio vueltas y más vueltas. Y pasó bajo el *ádbol*. Y meneó la cola. Y levantó la vista hacia el *ádbol*. Y cantó una *tdiste* cancioncilla. ¡Nunca habéis oído una igual!

—¿Puedes cantarla, Bruno? —le pedí.

—Sí, puedo —respondió Bruno en el acto—. Pero no lo haré. Haría *llorad* a Silvia...

—¡No es cierto! —lo cortó Silvia con gran indignación—. ¡Y no me creo para nada que la cabra la cantara!

—¡Sí que lo hizo! —aseguró Bruno—. La cantó entera. Yo vi cómo la cantaba con su *ladga badba*...

—No pudo cantarla con su barba —interpuse yo, esperando pillar al pequeñajo—: una barba no es una voz.

—¡Pues entonces no *poderías pasead* con Silvia! —exclamó Bruno en tono triunfal—. ¡Ella no es un pie!

Decidí que lo mejor era seguir el ejemplo de Silvia y guardar silencio por un rato. Bruno era demasiado listo para nosotros.

—Y cuando *tedminó* de *cantad* la canción, salió *coriendo*: en busca del *hombde*, ya sabéis. Y el *cocoddilo* fue *detdás* de ella, para *moddedla*, ¿entendéis? Y el *datón* siguió al *cocoddilo*.

—¿No iba corriendo el cocodrilo? —inquirió Silvia, que luego se dirigió a mí—: Los cocodrilos corren, ¿no?

Yo sugerí que lo correcto era decir que «se arrastran».

—No *coría* —aclaró Bruno— y no se *arastdaba*. Se movía con dificultad como un baúl de viaje. Y levantaba *tantósimo* la *badbilla* al *caminad*...

—¿Por qué lo hacía? —lo interrumpió Silvia nuevamente.

—¡*Podque* no le dolían las muelas! —espetó Bruno—. ¿Es que necesitas que lo *esplique* todo? Si le *habieran* dolido las muelas, naturalmente *habdta* ido con la cabeza baja, así, ¡y se la *habdía* envuelto en un montón de mantas calientes!

—Si hubiera tenido alguna —arguyó Silvia.

—¡Claro que tenía! —replicó su hermano—. ¿Acaso piensas que los *cocoddilos*

salen a *pasead* sin mantas? Y *fdunció* el *entdecejo*. ¡Y a la *cabda* sus cejas le dieron *muchósimo* miedo!

—¡Yo nunca me asustaría de unas cejas! —exclamó Silvia.

—Yo *cdeo* que sí, si *tenieran* un *cocoddilo* pegado a ellas, ¡como estas! Así que el *hombde* saltó, y saltó, y finalmente consiguió *salid* del hoyo.

Silvia se quedó otra vez ligeramente boquiabierta por el asombro: aquel rápido salto de un personaje a otro de la historia la había dejado sin aliento.

—Y salió *coriendo*... en busca de la *cabda*, ya sabéis. Y oyó *gduñid* al león...

—Los leones no gruñen —dijo Silvia.

—Este sí —afirmó Bruno—. Y tenía la boca *gdande* como un *admario*. Y en ella cabían un montón de cosas. Y el león *pedsiquió* al *hombde*... para *comédsele*, ¿sabéis? Y el *datón* *coría detdás* del león.

—Pero el ratón corría tras el cocodrilo —recordé yo—; ¡no podía perseguir a los dos!

Bruno dejó escapar un suspiro ante la falta de luces de su público, pero explicó de manera muy paciente:

—Sí que *pedseguía* a los dos: ¡*podque* iban en la misma dirección! Cogió *pdimero* al *cocoddilo*, y después no alcanzó al león. Y cuando cogió al *cocoddilo*, como tenía unas tenazas en el bolsillo, ¿qué *cdeéis* que hizo?

—No se me ocurre nada —reconoció Silvia.

—¡Nadie *pedería adivinadlo*! —gritó Bruno con gran regocijo—. ¡Pues que le sacó el diente al *cocoddilo*!

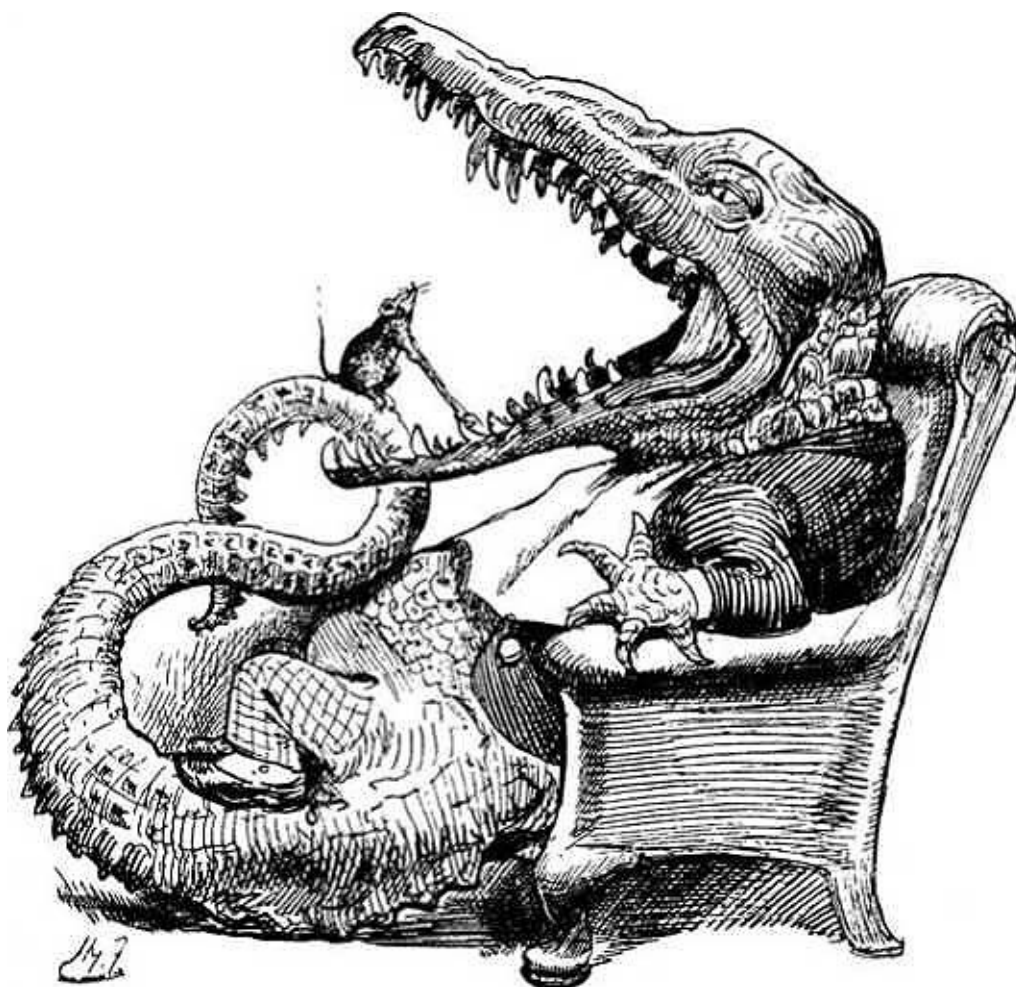
—¿Qué diente? —me atreví a preguntar.

Pero no había manera de poner en apuros a Bruno.

—¡El diente con el que iba a *modded* a la *cabda*, *podsupuesto*!

—No podía estar seguro de que no lo iba a hacer —sostuve—, a no ser que le sacara todos los dientes.

Bruno emitió una risa jovial, y dijo medio cantando y balanceando el cuerpo adelante y atrás:



—¡Le... sacó... todos... los dientes!

—¿Y por qué se quedó esperando el cocodrilo a que se los sacaran? —planteó Silvia.

—No le quedó más *demedio* —sentenció Bruno.

Yo aventuré otra pregunta:

—¿Pero qué pasó con el hombre que dijo: «Puedes quedarte por aquí hasta que yo vuelva»?

—No dijo «puedes *quedad te*» —explicó Bruno—. Dijo «te quedarás». Igual que me dice Silvia: «Estudiarás tus *lecciones* hasta las doce». ¡Oh, ojalá —añadió con un leve suspiro—. Silvia dijera: «Puedes *estudiad* tus *lecciones*»!

Silvia debió de pensar seguramente que aquel era un tema de discusión peliagudo, por lo que volvió al relato:

—¿Pero qué pasó con el hombre?

—Bueno, el león se *alabanzó sobde* él. Pero *taddó* tanto en *caed* que estuvo *tdes* semanas en el aire...

—¿Y se quedó el hombre esperando todo ese tiempo? —inquirí.

—¡Claro que no! —repuso Bruno, deslizándose de cabeza por el tallo de la dedalera hasta el suelo, pues la historia se acercaba claramente a su fin—. Vendió su casa e hizo las maletas, *mientdas* el león caía. Y se mudó a *otda* ciudad. Así que el león se comió al *hombde* equivocado.

Aquello era obviamente la moraleja; de manera que Silvia realizó su último anuncio a las ranas:

—¡La historia ha acabado! ¡Y de veras que no sé —agregó, en un aparte hacia mí — qué es lo que hemos de aprender de ella!

Yo tampoco lo tenía del todo claro, así que no sugerí nada, pero las ranas parecían bastante contentas, con moraleja o sin ella, y se limitaron a elevar en ronco coro «¡Adiós! ¡Adiós!» mientras se alejaban dando brincos.

Capítulo 25

Mirando al este

—Hace sólo una semana —le dije, tres días más tarde, a Arthur— que nos enteramos del compromiso de *lady* Muriel. Creo que debería pasarme por su casa, de todos modos, y ofrecerle mi enhorabuena. ¿Vendrás conmigo?

Mi amigo adoptó una fugaz expresión de dolor.

—¿Cuándo has de irte? —preguntó.

—El lunes, en el primer tren.

—Eh... sí, te acompañaré. Daría una impresión extraña y poco amistosa si no lo hiciera. Pero aún estamos a viernes. Dame tiempo hasta el domingo por la tarde. Me sentiré más fuerte para entonces.

Tapándose los ojos con una mano, como si se avergonzara un poco de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, extendió la otra hacia mí. Temblaba cuando se la estreché.

Intenté articular algunas palabras de apoyo, pero me pareció que eran frías e insuficientes, así que me las guardé.

—Buenas noches —fue mi única respuesta.

—¡Buenas noches, querido amigo! —contestó. Noté en su tono una energía varonil que me convenció de que estaba luchando con, y triunfando sobre, el gran dolor que a punto había estado de arruinar su vida, y de que, utilizando su propio cadáver como peldaño, ¡alcanzaría sin duda metas más elevadas!

Me alegré al pensar, cuando salimos el domingo por la tarde, que no había posibilidad de que nos encontráramos con Eric en el Hall, ya que había regresado a la ciudad el día siguiente a que se anunciase su compromiso. Su presencia podría haber enturbiado la calma —la calma casi antinatural— con la que Arthur se reunió con la mujer que había conquistado su corazón, y con la que musitó las concisas y elegantes palabras de simpatía que exigía la ocasión.

Lady Muriel se encontraba absolutamente radiante de felicidad: a la luz de aquella sonrisa, la tristeza no podía existir, e incluso Arthur recobró el buen ánimo ante ella, y, cuando *lady* Muriel comentó: «Como ve, estoy regando mis flores, aun cuando hoy es el día del sabbat», su voz casi mostró el viejo tono de alegría en su respuesta:

—Las obras piadosas se permiten incluso en sabbat. Pero hoy no lo es. El día del sabbat ya no existe.

—Ya sé que no es sábado —repuso *lady* Muriel—, pero ¿no se dice a menudo que el domingo es «el sabbat cristiano»?

—Se llama así, según creo, en reconocimiento del espíritu de la institución judía

de que un día de cada siete debería ser de descanso. Mas yo mantengo que los cristianos están liberados del cumplimiento literal del cuarto mandamiento^[*].

—Entonces, ¿en qué se basa nuestra observancia del descanso en domingo?

—Tenemos, en primer lugar, el hecho de que el séptimo día fue «santificado» cuando Dios descansó del trabajo de la Creación. Eso es vinculante para nosotros como teístas. En segundo lugar, tenemos el hecho de que «el Día del Señor» fue establecido por cristianos. Como tales, eso también es vinculante para nosotros.

—¿Y sus reglas prácticas serían...?

—Primero, como teístas, mantener su santidad de algún modo especial, y hacer de él, hasta donde sea razonablemente posible, un día de descanso. Segundo, como cristianos, asistir a los servicios religiosos.

—¿Y en cuanto a las diversiones permitidas?

—Yo diría de ellas, al igual que respecto a cualquier clase de trabajo, que todo lo que no es pecaminoso entre semana, tampoco lo es en domingo, siempre y cuando no interfiera con las obligaciones del día.

—¿Entonces usted permitiría a los niños jugar en domingo?

—Sin duda. ¿Por qué convertirlo en un día fastidioso para sus naturalezas inquietas?

—Guardo por alguna parte una carta —señaló *lady* Muriel—, de una vieja amiga, en la que describe cómo pasaban el domingo cuando era joven. Se la voy a traer.

—Una niña me hizo un relato similar, *viva voce*, hace años —dijo Arthur cuando *lady* Muriel se hubo marchado—. Resultaba realmente conmovedor notar el tono de melancolía con el que decía: «¡Los domingos no debo jugar con mi muñeca! ¡Los domingos no debo cavar en el jardín!». ¡Pobre niña! ¡Desde luego tenía abundantes motivos para odiar el domingo!

—Aquí está la carta —anunció *lady* Muriel al regresar—. Dejen que les lea un fragmento:

Cuando, siendo niña, abría por primera vez los ojos en una mañana de domingo, una deprimente sensación de anticipación, que aparecía como muy tarde el viernes, culminaba. Sabía lo que me aguardaba, y mi deseo interior, por no decir expreso, era: «¡Ojalá fuera ya por la tarde!». No se trataba de un día de descanso, sino de lecturas, catecismos (el de Watts^[]) y tratados sobre conversos, criadas piadosas y muertes edificantes de pecadores que salvaron su alma.*

Desde primera hora debíamos aprender de memoria himnos y pasajes de las Escrituras hasta las ocho en punto, momento en que orábamos en familia, para después desayunar, de lo cual nunca me era posible disfrutar, en parte por el ayuno previo, y en parte por el terror a lo que aún me esperaba.

A las nueve comenzaba la escuela dominical, y me indignaba que me

pusieran en clase con los niños del pueblo, además de preocuparme que, en caso de cometer alguna equivocación, me humillaran delante de ellos.

El servicio religioso era un verdadero desierto de Zin^[]. Yo deambulaba por él, e instalaba el tabernáculo de mis pensamientos en el forro del cuadrado banco de la familia, los revoltosos movimientos de mis hermanos pequeños y el horror de saber que, el lunes, tendría que escribir, de memoria, una recapitulación del improvisado e inconexo sermón, el cual podía tratar de cualquier cosa menos de lo que se le suponía, y que sería juzgada por el resultado.*

A continuación teníamos un almuerzo frío a la una (los criados no trabajaban ese día), escuela dominical otra vez de dos a cuatro, y oficio de tarde a las seis. Los tiempos muertos entre una cosa y otra eran quizá la prueba más dura de todas, debido a los esfuerzos que tenía que hacer para pecar menos de lo habitual, leyendo libros y sermones tan estériles como el mar Muerto. Tan sólo había un horizonte de esperanza durante todo el día, y ese era la «hora de dormir», ¡la cual nunca llegaba demasiado pronto!

—Tales enseñanzas albergaban buenas intenciones, no cabe duda —comentó Arthur—, pero debieron de provocar en muchas de sus víctimas el total abandono de los oficios religiosos.

—Me temo que yo misma deserté esta mañana —confesó lady Muriel con circunspección—. Tenía que escribir a Eric. ¿Les... les importa que les cuente algo que dije respecto a la oración? Nunca antes lo había considerado desde ese punto de vista.

—¿Qué punto de vista? —inquirió Arthur.

—El de que toda la naturaleza sigue unas leyes inmutables y ordenadas... la ciencia lo ha demostrado. De modo que pedirle a Dios que haga cualquier cosa (excepto cuando rezamos por bendiciones espirituales, por supuesto) es esperar un milagro, y no tenemos ningún derecho a hacer eso. No lo he expresado igual de bien que él, pero la conclusión era esa, y ello me ha confundido. Por favor, díganme qué pueden responder a ello.

—No pienso discutir las dificultades del capitán Lindon —contestó Arthur con gravedad—, especialmente si no se halla presente. Pero si se trata de una dificultad de usted —su voz adquirió inconscientemente un tono de ternura—, entonces lo haré.

—La dificultad es mía —afirmó ella de manera ansiosa.

—Entonces empezaré preguntando: ¿por qué ha dejado al margen las bendiciones espirituales? ¿Acaso su mente no es parte de la naturaleza?

—Sí, pero ahí entra en juego el libre albedrío; puedo elegir esto o aquello, y Dios puede influir en mi decisión.

—¿De modo que no es usted fatalista?

—¡Oh, no! —exclamó ella con franqueza.

—¡Gracias a Dios! —dijo Arthur para sí, pero en un susurro tan bajo que sólo yo lo oí—. ¿Está de acuerdo entonces con que puedo, por un acto de libre voluntad, mover esta taza —continuó, acompañando la palabra con la acción— en esta o esta otra dirección?

—Así es.

—Bien, veamos hasta qué punto el resultado es producto de unas leyes inmutables. La taza se desplaza porque ciertas fuerzas mecánicas actúan sobre ella por medio de mi mano. Mi mano se mueve debido a que ciertas fuerzas (eléctricas, magnéticas o de cualquier tipo que la «fuerza nerviosa» pruebe ser) actúan sobre ella por medio de mi cerebro. El origen de esa fuerza nerviosa, almacenada en este órgano, podría atribuirse probablemente, en caso de que la ciencia estuviese completa, a fuerzas químicas con que la sangre provee al cerebro, y que en última instancia derivan de la comida que ingiero y del aire que respiro.

—¿Pero no sería eso fatalismo? ¿Dónde participa ahí el libre albedrío?

—En la elección de los nervios —contestó Arthur—. La fuerza nerviosa del cerebro puede fluir de forma igualmente natural por un nervio que por otro. Hace falta algo más que una ley natural inmutable para decidir qué nervio la transmitirá. Ese «algo» es el libre albedrío.

Los ojos de *lady* Muriel brillaron.

—¡Ya veo lo que quiere decir! —exclamó—. El libre albedrío del hombre es una excepción al sistema de leyes fijas. Eric dijo algo parecido. Y además creo que apuntó que Dios solamente es capaz de influir en la naturaleza a través de la voluntad humana. De modo que a lo mejor sí es razonable rezar «danos el pan nuestro de cada día», porque muchas de las causas que producen pan están bajo el control del hombre. Pero rezar para que llueva, o haga buen tiempo, sería tan poco razonable como... —Interrumpió su disertación, como si temiera decir algo irreverente.

En un tono quedo y suave, trémulo por la emoción, y con la solemnidad de alguien en presencia de la muerte, Arthur contestó de manera pausada:

—«¿Instruirá al Todopoderoso quien con Él contiene?»^[*]. ¿Negaremos nosotros, «el enjambre que nació al sol del mediodía»^[*], sintiendo en nuestro interior el poder de dirigir, hacia un sitio u otro, las fuerzas de la naturaleza (de la cual constituimos una parte tan insignificante), negaremos, en nuestra arrogancia sin límites, ese poder al Anciano de los Días? Diciendo a nuestro creador: «No pases de ahí. Fuiste el creador, ¡pero no puedes gobernar!».

Lady Muriel había hundido el rostro entre las manos y no levantó la mirada. Se limitó a musitar, una y otra vez:

—¡Gracias, gracias!

Nos pusimos en pie para marcharnos. Arthur dijo, con evidente esfuerzo:

—Una cosa más. Si desea conocer el poder de la oración en todo lo que el hombre

puede necesitar, pruébalo. «Pide, y se te concederá». Yo... lo he comprobado. Sé con certeza que Dios responde a las plegarias.

Nuestro paseo a casa transcurrió en silencio, hasta prácticamente el momento de llegar a nuestro lugar de alojamiento; entonces Arthur murmuró (en un eco casi de mis propios pensamientos):

—«Pues ¿cómo sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido?»^[*].

No volvimos a sacar el tema. Nos sentamos a hablar mientras consumíamos una hora tras otra, de esta nuestra última noche juntos, sin darnos cuenta. Tenía mucho que contarme acerca de la India, la nueva vida que iba a emprender y el trabajo que esperaba realizar. Y su gran y generosa alma parecía tan llena de nobles ambiciones como para no dejar espacio a ningún remordimiento vano o queja egoísta.

—¡Ven, está a punto de amanecer! —dijo Arthur finalmente; se levantó y subió las escaleras por delante de mí—. El sol saldrá en pocos minutos, y aunque te he escamoteado vilmente tu última oportunidad de disfrutar de una noche de descanso aquí, estoy seguro de que me perdonarás, pues me he visto incapaz de darte las buenas noches antes. ¡Y sabe Dios si me volverás a ver alguna vez, o a tener noticias mías!

—¡No me cabe duda de que las tendré! —contesté de manera afectuosa, y cité los versos finales de ese extraño poema titulado «Waring»^[*]:

Oh, nunca una estrella
se perdió aquí: ¡se alzaba en la lejanía!
¡Mira al este, donde miles más habitan!
¿Qué avatar en su tierra Visnú tendría?

—¡Sí, mira al este! —respondió Arthur con entusiasmo, deteniéndose en la ventana de la escalera, que ofrecía una hermosa vista del mar y el horizonte oriental—. El oeste es la tumba apropiada para todo el pesar y los suspiros, para todos los errores y las insensateces del pasado; ¡para todas sus esperanzas marchitas y sus amores enterrados! ¡Del este llega una fuerza, una ambición, una esperanza, una vida y un amor renovados! ¡Mira al este! ¡Sí, mira al este!

Sus últimas palabras resonaban aún en mis oídos cuando entré en mi habitación y descorrí las cortinas de la ventana, justo a tiempo de ver cómo el sol emergía esplendorosamente desde su prisión oceánica, y envolvía al mundo con la luz de un nuevo día.

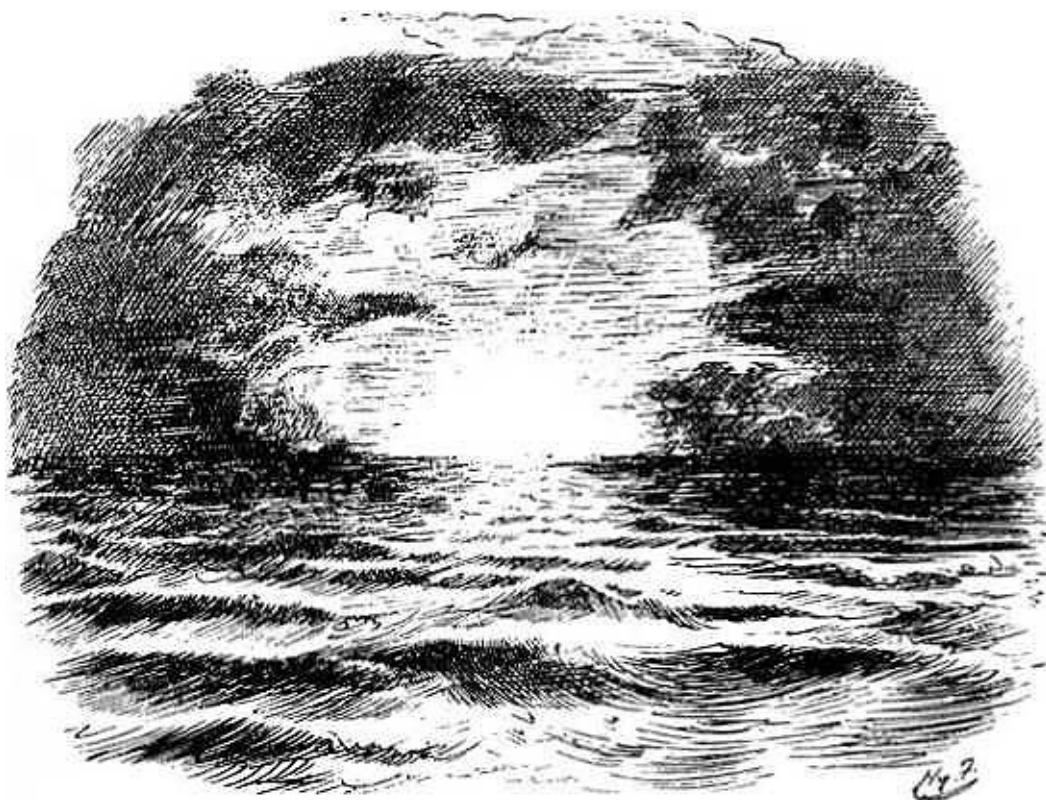
«¡Que así sea para él, para mí y para todos nosotros! —cavilé.

»¡Que todo lo malvado, muerto e irreparable desaparezca con la noche que ha quedado atrás! ¡Que todo lo bueno, vivo y esperanzador surja con el alba!

»¡Que desaparezcan, con la noche, las gélidas brumas, los vapores nocivos, las densas sombras, los vientos quejumbrosos y el melancólico ulular del búho; que

surjan, con el día, los penetrantes rayos del sol, la saludable brisa de la mañana, la calidez de una vida que alborea y la alocada música de la alondra! ¡Mira al este!

»¡Que desaparezcan, con la noche, los nubarrones de la ignorancia, la plaga mortal del pecado y las mudas lágrimas del pesar, y que surjan, elevándose más y más alto con el día, la radiante aurora del conocimiento, el dulce aliento de la pureza y el latido extático del mundo! ¡Mira al este!



»¡Que desaparezcan, con la noche, el recuerdo de un amor difunto, las hojas marchitas de una esperanza malograda y las enfermizas tribulaciones y los sombríos remordimientos que aturden las mejores energías del alma, y que surjan, creciendo, ascendiendo como una riada viviente, la determinación viril, la voluntad tenaz y la mirada a los cielos de la fe: el fundamento de toda esperanza, la evidencia de lo invisible!

»¡Mira al este! ¡Sí, mira al este!«.

La conclusión de Silvia y Bruno

Sueños, que eluden la comprensión del soñador;
manos rígidas, sobre el pecho de una difunta
madre, que nunca más devolverán con amor
los abrazos, ni tornarán ante el llanto en cuna;
de tales formas es mi deseo presentar
el relato que aquí acaba. ¡Deliciosa hada
que velas por aquel que vive para chincharte;
que quieres de corazón, que de broma regañas
al alegre y revoltoso Bruno! ¿Quién, al verte,
puede no amarte, preciosa, como lo hago yo?
¡Mi dulce Silvia, debemos decirnos adiós!

Prefacio

Permítanme expresar aquí mi sincera gratitud hacia los muchos críticos que han reseñado, ya sea de manera favorable o desfavorable, el volumen anterior. Sus comentarios negativos eran, con toda probabilidad, bien merecidos; los positivos, seguramente no tanto. Ambos han servido sin duda para que el libro fuese más conocido y han ayudado a que el público lector se formara sus opiniones de él. Permítanme asimismo asegurarles aquí que el que me haya abstenido prudentemente de leer cualquiera de sus críticas no se debe a que no sienta respeto alguno por ellas. Soy de la sólida opinión de que un autor haría muy bien en no leer recensiones de sus libros: las desfavorables casi con toda seguridad le harán enfadarse, y las favorables, engreírse; y ninguno de estos resultados es deseable.

Me han llegado críticas, no obstante, de fuentes privadas, y mi intención es dar contestación a algunas de ellas.

Una de tales críticas protesta por la censura excesivamente severa que hace Arthur sobre la cuestión de los sermones y los niños de los coros. Déjenme decirles, en respuesta, que no me responsabilizo personalmente de ninguna de las opiniones vertidas por los personajes de mi libro. Son tan sólo opiniones que, a mi juicio, podrían probablemente sostener las personas en cuyas bocas las pongo, y que eran dignas de tomarse en consideración.

Otros críticos han planteado objeciones a ciertas innovaciones en la ortografía^[*], como *ca'n't*, *wo'n't*, *traveler*. Sólo puedo contestar alegando mi firme convicción de que el uso general es incorrecto. Respecto a *ca'n't*, no se discutirá que, en todas las demás palabras terminadas en «n't», estas letras son una abreviación de *not*; ¡y resulta sin duda absurdo suponer que, en este caso aislado, *not* queda representado por «'t»! De hecho, *cantes* la abreviación adecuada de *can it*, del mismo modo que *is't* lo es de *is it*. De nuevo, en *won't*, el primer apóstrofo es necesario porque la palabra *would* queda acortada aquí a *wo'*; pero considero correcto escribir *don't* con un solo apóstrofo, porque la palabra *do* está aquí completa. En cuanto a palabras como *traveler*, sostengo que el principio correcto es doblar la consonante cuando el acento cae en esa sílaba, y dejar sólo una en caso contrario. Esta regla se observa en la mayoría de los casos (p. e., doblamos la «r» en *preferred*, pero dejamos una en *offered*), de manera que sólo estoy extendiendo a otros una regla ya existente. Admito, sin embargo, que no escribo *parallel*, como esta exigiría; pero es la etimología quien nos obliga a insertar la doble «l» en dicha palabra.

En el prefacio al vol. I había dos acertijos con los cuales mis lectores podían ejercitar su ingenio. Uno era detectar las dos líneas de «paja» que encontré necesario incluir en el pasaje que se extiende de la p. 63 a la p. 70. Son las líneas 18 de la p. 19. El otro

era determinar cuáles de las ocho estrofas de la «Canción del jardinero» fueron adaptadas al contexto (si alguna lo fue), y en cuáles fue el contexto el que se adaptó a ellas (*idem*). La última de todas fue la única que sufrió una adaptación al contexto, donde la «cancela que con una llave abría» sustituyó a una criatura (un cormorán, creo) «que en un árbol residía». En las pp. 94, 110 y 149, el contexto fue adaptado a la estrofa. En la p. 101, no se alteraron ni la estrofa ni el contexto: la conexión entre los dos fue simplemente un caso de buena suerte.

En el prefacio al vol. I (pp. 33-42), di cuenta de cómo se compuso la historia de *Silvia y Bruno*. Tal vez mis lectores acepten unos cuantos detalles más al respecto.

Fue en 1873, creo ahora, cuando se me ocurrió por primera vez la idea de que un pequeño cuento de hadas (escrito, en 1867, para *Aunt Judy's Magazine*, bajo el título de *La venganza de Bruno*) podría servir como núcleo de una historia más larga. Esta suposición se debe a que hallé el borrador original del último párrafo del vol. II, con fecha de 1873. De manera que este párrafo ha estado esperando veinte años su oportunidad de salir a imprenta: ¡más del doble del periodo que Horacio, de forma tan prudente, recomendaba «reprimir» las creaciones literarias!

Fue en febrero de 1885 cuando entré en negociaciones con el Sr. Harry Furniss para ilustrar el libro. El grueso del material de ambos volúmenes existía entonces de forma manuscrita, y mi intención original era publicar la historia completa de una sola vez. En septiembre de ese mismo año, recibí del Sr. Furniss la primera remesa de dibujos: los cuatro que ilustran «Pedro y Pablo»; en noviembre de 1886, me llegó la segunda: los tres que adornan la canción del profesor sobre el «hombrecito» que tenía un «trabuquito»; y en enero de 1887, la tercera: los cuatro que aparecen en «El cuento del cerdo».

De modo que continuamos, ilustrando primero un trozo de la historia, y luego otro, sin tener ningún orden pensado. Y no fue hasta marzo de 1889 cuando, tras haber calculado el número de páginas que ocuparía el relato, decidí dividirlo en dos partes y publicarlas por separado. Esto hacía necesario escribir una especie de conclusión para el primer volumen, y la mayoría de mis lectores, presumo, consideró esta la conclusión real cuando dicho volumen apareció en diciembre de 1889. Al menos, entre todas las cartas que recibí relacionadas con él, tan sólo hubo una que expresaba alguna clase de sospecha de que no era un final definitivo. Esta carta era de una niña, que escribió: «Nos alegramos mucho, cuando llegamos al final del libro, de ver que no había un desenlace, ya que eso nos indica que va a escribir una secuela».

Puede que a algunos de mis lectores les interese conocer la teoría sobre la cual se sustenta la historia. Es un intento de mostrar lo que quizá pudiera suceder, en el supuesto de que las hadas realmente existieran, y de que a veces fuesen visibles para nosotros y otras no, y de que fueran capaces en ocasiones de adoptar forma humana, y en el supuesto, asimismo, de que los seres humanos pudieran ser conscientes a veces de lo que ocurre en el mundo feérico, por una auténtica transferencia de su esencia inmaterial, como la que encontramos en *Budismo esotérico*^[*].

He imaginado que un ser humano es capaz de acceder a diversos estados psíquicos, con distintos grados de consciencia, del modo siguiente:

- a. el estado normal, sin consciencia de la presencia de hadas;
- b. el estado de «inquietud», en el cual, al tiempo que es consciente de su entorno real, lo es igualmente de la presencia de hadas;
- c. una forma de trance, en el que, no siendo consciente de su entorno real, y aparentemente dormido, migra (esto es, su esencia inmaterial) a otros lugares, del mundo real o de Hadalandia, y es consciente de la presencia de hadas.

He supuesto de igual manera que un hada es capaz de migrar de Hadalandia al mundo real, y de asumir, a voluntad, forma humana; y que es capaz, asimismo, de acceder a diversos estados psíquicos, a saber:

- a. el estado normal, sin consciencia de la presencia de seres humanos;
- b. una especie de estado de «inquietud» en el que es consciente, si se halla en el mundo real, de la presencia de seres humanos reales; y, si se halla en Hadalandia, de la presencia de las esencias inmateriales de estos últimos.

Presento a continuación en una tabla los pasajes, de ambos volúmenes, donde se producen estos estados.

Volumen I	Ubicación y estado del narrador	Otros personajes
pp. 45-55	En el tren (c)	Canciller (b) p. 45
pp. 63-78	En el tren (c)	
pp. 85-94	En el tren (c)	
pp. 97-106	En la casa (c)	
pp. 110-118	En la playa (c)	
pp. 118-160	En la casa (c)	S. & B. (b) pp. 146-160 Profesor (b) p. 152
pp. 165-183	En el bosque (b)	Bruno (b) pp. 169-183
pp. 187-191	En el bosque, sonámbulo (c)	S. & B. (b)
pp. 201-206	Entre las ruinas (a)	
pp. 207-211	Entre las ruinas, soñando (a)	

pp. 211-215	Entre las ruinas, (c)	S. & B. sonámbulo y el profesor en forma humana
pp. 216	En la calle (b)	
pp. 224-228	En la estación, etc. (b)	S. & B. (b)
pp. 237-251	En el jardín (c)	S., B. & el profesor (b)
pp. 253-255	En el camino, etc. (a)	S. & B. en forma humana
pp. 257-260	En la calle, etc. (a)	
pp. 276-287	En el bosque (b)	S. & B. (b)

Volumen II	Ubicación y estado del narrador	Otros personajes
pp. 317-325	En el jardín (b)	S. & B. (b)
pp. 343	En el camino (b)	S. & B. (b)
pp. 344-367	En el camino (b)	S. & B. en forma humana
pp. 367-373	En el camino (b)	S. & B. (b)
pp. 409-449	En el salón (a)	S. & B. en forma humana
pp. 450-471	En el salón (c)	S. & B. (b)
pp. 483-489	En el salón de fumar (c)	S. & B. (b)
pp. 509-515	En el bosque (b)	S. & B. (b), <i>lady</i> Muriel (b);
pp. 517-538	En la casa (c)	
pp. 543-572	En la casa (c)	
pp. 577-580	En la casa (b)	

En el prefacio del vol. I, di cuenta del origen de algunas de las ideas contenidas en el libro. Quizás a mis lectores les interesen unos cuantos más de tales detalles.

Vol. I, p. 172. El uso tremendamente peculiar que aquí se hace de un ratón muerto se ha extraído de la vida real. Una vez me encontré con un par de niños muy pequeños, en un jardín, que estaban echando un partido microscópico de críquet para dos. El bate tenía, me parece, más o menos el tamaño de una cuchara de servir, y la mayor distancia alcanzada por la pelota, en sus vuelos más audaces, era de unos cuatro o cinco metros. La longitud exacta era por supuesto una cuestión de suprema importancia, y siempre se medía cuidadosamente (compartiendo amigablemente el bateador y el lanzador el duro trabajo) ¡con un ratón muerto!

Vol. I, p. 209. Los dos axiomas cuasimatemáticos citados por Arthur en la p. 209 del vol. I («las cosas que son mayores que una misma cosa son mayores entre sí» y «todos los ángulos son iguales») fueron realmente enunciados, con toda seriedad, por estudiantes de una universidad situada a menos de cien millas de Ely.

Vol. II, p. 320. El comentario de Bruno: «puedo, si quiero...», fueron palabras reales de un niño.

Vol. II, p. 321. También es el caso de su comentario: «¡Sé lo que no pone!». Y el que dice: «He “ponido” los ojos bizcos...», lo oí de labios de una niña que acababa de resolver un acertijo que le había planteado.

Vol. II, p. 350. El soliloquio de Bruno («El papá, un caballo...») fue pronunciado en realidad por una niña pequeña asomada a la ventana de un vagón de tren.

Vol. II, p. 402. El comentario realizado por un invitado a la cena de gala al pedir una fuente con fruta («¡Llevo deseando que lleguen, diagonalmente, cierto tiempo!») se lo escuché al gran poeta laureado, cuya pérdida todos los aficionados a la literatura han tenido que lamentar de forma tan reciente^[*].

Vol. II, p. 309. Lo dicho por Bruno respecto a la edad de Mein Herr incorpora la respuesta de una niña a la pregunta «¿Es tu abuela una señora mayor?»: «No sé si es una señora mayor —dijo esta prudente jovencita—; tiene ochenta y tres años».

Vol. II, p. 445. ¡El discurso en torno a la «obstrucción» no es un mero producto de mi imaginación! Está copiado palabra por palabra de las columnas del *Standard*, y fue pronunciado por *sir* William Harcourt, quien era, en aquel momento, miembro de la «oposición», en el National Liberal Club, el 16 de julio de 1890.

Vol. II, p. 529. El comentario del profesor sobre una cola de perro («por ese lado no muerde») lo hizo en realidad un niño cuando lo avisaron del peligro que estaba corriendo por tirar de la cola del perro.

Vol. II, p. 556. El diálogo entre Silvia y Bruno con respecto al bizcocho es una copia literal (cambiando «bizcocho» por «penique») de otro que escuché a dos niños.

Doy fe de que una de las historias de este volumen («El picnic de Bruno») resulta adecuada para contársela a los niños, tras haber sido puesta a prueba repetidamente; y, ya fuese mi audiencia una docena de niñas de una escuela rural, una treintena o cuarentena en un salón londinense, o un centenar en un instituto, siempre las he encontrado francamente interesadas en atender, y profundamente apreciativas de la diversión que el relato proporcionaba.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para señalar lo que considero con orgullo un nombre de lo más conseguido, en la p. 70 del vol. I. ¿No está bastante bien plasmada la personalidad del subrector en el nombre «Sibimet»? El amable lector ha observado sin duda la especial inutilidad de guardar un bombo en casa si uno se limita a tenerlo tirado por ahí, ¡y nunca lo toca!

Los lectores del primer volumen que se han entretenido intentando resolver los dos enigmas propuestos en la p. 35 del prefacio, tal vez quieran ejercitar su ingenio descubriendo cuáles de los siguientes paralelismos (de existir) fueron intencionados,

y cuáles accidentales:

Los pajarillos *Sucesos y personas*

- Estrofa 1 El banquete
- 2 El canciller
- 3 La emperatriz y las espinacas (II, p. 524)
- 4 El retorno del rector
- 5 La charla del profesor (II, p. 535)
- 6 La canción del otro profesor (I, p. 130)
- 7 El berrinche de Uggug
- 8 El barón Doppelgeist
- 9 El bufón y el oso (I, p. 121); los zorritos
- 10 La llamada a la cena de Bruno; los zorritos

He reservado, para el final, uno o dos temas bastante más serios.

Mi intención era discutir, en este prefacio, de manera más exhaustiva de lo que lo hice en el volumen anterior, la «moralidad de la caza», en relación con las cartas que he recibido de amantes de esta última, en las que señalan los muchos y grandes beneficios que los hombres obtienen de ella, e intentan probar que el sufrimiento que inflige a los animales es demasiado insignificante para ser tenido en cuenta.

Pero cuando me puse a meditar la cuestión a fondo, y a ordenar todos los argumentos a favor y en contra, la encontré demasiado extensa para ser tratada aquí. Algún día, espero publicar un ensayo sobre este tema. De momento, me contentaré con dejar constancia del resultado final al que he llegado.

Este es que Dios ha concedido al hombre un derecho absoluto a tomar las vidas de otros animales por cualquier causa que sea razonable, como la de proveerse de abmento, pero que no ha otorgado al hombre el derecho a infligir dolor, salvo en caso de necesidad; que el mero placer, o beneficio, no constituye uno de dichos casos, y que, por consiguiente, ese dolor, infligido por esparcimiento, es cruel, luego no está bien. Pero me parece una cuestión mucho más compleja de lo que había supuesto, y que los argumentos del lado del cazador son mucho más sólidos de lo que había imaginado. De manera que, por el momento, no añadiré nada más.

Han surgido objeciones al severo lenguaje que he puesto en boca de «Arthur» respecto al tema de los «sermones», y al de los oficios corales y los niños que en ellos participan.

Ya he protestado contra quienes dan por hecho que estoy dispuesto a suscribir las opiniones de los personajes de mi historia. Pero, en estos dos casos, admito que estoy muy de acuerdo con «Arthur». A mi modo de ver, se esperan demasiados sermones

de nuestros pastores y, en consecuencia, se producen gran cantidad de ellos que no son dignos de atención; como resultado de esto último, tendemos enormemente a no escuchar. El lector de este párrafo probablemente asistió a un sermón la mañana del domingo pasado. Pues bien: que mencione, si es capaz, el nombre del texto, ¡y que exponga el tratamiento que le dio el pastor!

Luego, en lo referente a los niños de los coros, y todo el resto de accesorios — música, vestiduras, procesiones, etc.— que se han puesto de moda junto con ellos: mientras que admito sin problemas que el movimiento «ritualista» era urgentemente necesario, y que ha obrado una inmensa mejora en nuestros oficios religiosos, los cuales se habían vuelto áridos y tediosos en grado sumo, mantengo que, al igual que otros muchos movimientos convenientes, ha ido demasiado lejos en la dirección contraria, y ha introducido abundantes nuevos peligros.

Para los fieles este nuevo movimiento conlleva el peligro de empezar a pensar que es a ellos a quienes van dirigidos los oficios y que su presencia corporal es toda la contribución que se les exige. Y, tanto para el clero como para los fieles, conlleva el peligro de contemplar estas elaboradas ceremonias como fines en sí mismos y de olvidar que no son más que medios y la más hueca de las pantomimas si no fructifican en nuestras vidas.

Para los niños de los coros, parece conllevar el peligro del envanecimiento, tal como se describe en la p. 218, de que consideren que esas partes del oficio en las que su ayuda no se requiere no merecen atención, de que lleguen a verlo como algo puramente superficial —una serie de posturas que poner y de palabras que decir o cantar, mientras la mente está en otra parte y de que la «familiaridad» engendre «desprecio» por lo sagrado.

Permítanme ilustrar estas dos últimas formas de peligro, partiendo de mi propia experiencia. No hace mucho, asistí a un servicio religioso en una catedral y me colocaron justo detrás de una fila de hombres, miembros del coro; y no pude evitar percatarme de que trataban las lecturas como una parte de la ceremonia a la que no necesitaban prestar atención alguna, como una conveniente oportunidad para ordenar partituras, etc. También he visto muchas veces a una fila de niños de coro que, después de marchar en procesión hasta sus sitios, se arrodillaban, como si se dispusieran a rezar, y se ponían en pie tras pasar un minuto mirando a su alrededor, resultando más que evidente que su comportamiento era una simple farsa. ¿No será seguramente muy peligroso, para estos niños, acostumarlos así a fingir que rezan? Como ejemplo de un tratamiento irreverente de cuestiones sagradas, mencionaré un hábito que, no me cabe duda, muchos de mis lectores habrán advertido en iglesias en las que el clero y el coro entran en procesión: a saber que, al término de las oraciones privadas que se llevan a cabo en la sacristía, y que por supuesto resultan inaudibles para los fieles, el «amén» final se grita con suficiente fuerza como para que se oiga en todo el templo. Esto sirve de señal para que los fieles se preparen para levantarse cuando aparezca la procesión, y que se vocea de este modo con dicha idea no admite

discusión. Si recordamos a Quién va dirigido realmente ese «amén», y consideramos que en este caso se utiliza con el mismo propósito que una de las campanas de la iglesia, hemos de admitir ciertamente que se trata de una muestra flagrante de irreverencia, ¿no creen? Para mí es como si viera usarse una Biblia como reposapiés.

A modo de ilustración de los peligros, para el propio clero, introducidos por este nuevo movimiento, permítanme mencionar el hecho de que, según mi experiencia, los sacerdotes de esta escuela son particularmente dados a contar anécdotas cómicas en las que los nombres y las palabras más sagradas —en ocasiones textos extraídos de la propia Biblia se utilizan como tema de chanza. Muchas de ellas se refieren como comentarios dichos originalmente por niños, cuya total ignorancia del mal debe sin duda absolverlos, a ojos de Dios, de toda culpa, pero no ha de ser así para aquellos que, conscientemente, utilizan tales palabras inocentes como material para su impío regocijo.

Déjenme añadir, no obstante, con toda franqueza, que estoy convencido de que esta irreverencia es, en muchos casos, inconsciente: el «medio» (como he tratado de explicar en la p. 392) supone una diferencia crucial entre un hombre y otro, y me alegra pensar que muchas de esas historias profanas —cuya escucha me resulta tan dolorosa, y que se me antojaría pecaminoso repetir— no provocan dolor en sus oídos, ni turban sus conciencias, y que pueden pronunciar, de forma no menos sincera que yo, las dos plegarias «santificado sea tu nombre» y «de la insensibilidad, y del menosprecio hacia tu palabra y mandamiento, ¡líbranos, buen Señor!». A lo cual desearía añadir, por su bien y el mío, la hermosa petición de Keble: «¡Ayúdanos, hoy y todos los días, a vivir más cerca de ti con nuestras oraciones!». Es, de hecho, por sus consecuencias —por los graves peligros que trae consigo, tanto para el hablante como para el oyente— más que por lo que es en sí misma, que lamento esta costumbre clerical de departir de manera irreverente. Al creyente que atiende le acarrea el riesgo de que pierda su respeto hacia las cosas sagradas, por el simple acto de escuchar, y disfrutar de, tales gracias; y también la tentación de repetírselas a otros para su diversión. Al no creyente le supone una agradable confirmación de su teoría de que la religión es una fábula, al asistir al espectáculo de que sus defensores acreditados traicionen así aquello en lo que creen. Y para el propio hablante conlleva inevitablemente el peligro de perder la fe, pues tales chanzas, si se pronuncian sin conciencia de estar haciendo nada malo, implican a la fuerza que tampoco se es consciente, en ese mismo momento, de la realidad de Dios, como ser viviente, que oye todo lo que decimos. Y aquel que se permite el hábito de proferir palabras sagradas sin pensar en su significado descubrirá con toda probabilidad que, para él, Dios se ha convertido en un mito, y el Cielo en una fantasía poética; que, para él, la luz de la vida se ha apagado, y que en el fondo es un ateo perdido en «una oscuridad palpable».

Se da, me temo, en nuestra época una creciente tendencia al tratamiento irrespetuoso del nombre de Dios y de los temas relacionados con la religión. Algunos

de nuestros teatros están favoreciendo este movimiento decadente por las ofensivas caricaturas que hacen sobre las tablas de los miembros del clero; algunos de nuestros clérigos están ayudando también personalmente a ello al mostrar que pueden despojarse de su espíritu de reverencia junto con sus sobrepellices, y que pueden tomarse a broma, fuera de sus iglesias, nombres y cosas a los que brindan una veneración casi supersticiosa cuando están dentro de ellas: el Ejército de Salvación, con la mejor de las intenciones, me temo, ha contribuido en gran medida a que esto sea así, debido a la ordinaria familiaridad con la que tratan las cuestiones sagradas, y está claro que todo aquel que desee vivir con el espíritu de la oración «santificado sea tu nombre» debería hacer lo que esté en su mano, por poco que sea, para frenar eso. De modo que he aprovechado con gusto esta oportunidad única, por muy poco adecuado que pueda parecer el tema para el prefacio de un libro de este tipo, para expresar algunos pensamientos que han estado preocupándome durante largo tiempo. No esperaba, cuando escribí el prefacio del vol. I, que llegara a tener un número apreciable de lectores, pero me alegra pensar, a partir de los indicios que me han llegado, que han sido muchos los que lo han leído, y espero que con este prefacio ocurra lo mismo; creo que, entre ellos, encontraré a algunos dispuestos a compartir las opiniones que he planteado, y a ayudar, con sus plegarias y su ejemplo, a que renazca, en la sociedad, el espíritu en declive de la reverencia.

Navidad de 1893

Capítulo 1

Las lecciones de Bruno

Durante el siguiente mes, o dos, mi solitaria vida en la ciudad me pareció, en comparación, desacostumbradamente monótona y tediosa. Extrañaba a los agradables amigos que había dejado en Elveston, el cálido intercambio intelectual, la afinidad que otorgaba a las propias ideas una realidad nueva y vivida, pero quizá, más que nada, echaba en falta la compañía de las dos hadas —o niños de los sueños, pues todavía no había logrado resolver la cuestión de quiénes o qué eran— cuyas encantadoras travesuras habían iluminado mi vida con su magia.

En horas de oficina —las cuales, me figuro, reducen a la mayoría de los hombres al estado mental de un molinillo de café o un rodillo escurridor—, el tiempo transcurría a toda velocidad como suele ser habitual; era en los recesos de la vida, las desoladas horas en que los libros y los periódicos eran incapaces de seguir satisfaciendo el hastiado apetito, y en que uno, devuelto a sus terribles cavilaciones, trataba —completamente en vano— de poblar el aire vacío con los queridos rostros de los amigos ausentes, cuando la verdadera amargura de la soledad se hacía sentir.

Una tarde, en que la vida me parecía un poco más pesada que de costumbre, fui paseando hasta mi club, no tanto con la esperanza de encontrar allí a algún amigo, pues Londres se hallaba ahora «fuera de la ciudad», sino con la sensación de que allí, al menos, escucharía «dulces palabras pronunciadas por el ser humano», y contactaría con su pensamiento.

Sin embargo, prácticamente el primer rostro que vi allí fue el de un amigo. Eric Lindon se encontraba leyendo ociosamente un periódico, con expresión bastante «aburrida», e iniciamos una conversación con una satisfacción común que ninguno de los dos trató de ocultar.

Pasado un rato, me atreví a plantear lo que justo en ese momento suponía el foco central de mis pensamientos:

—Entonces supongo que el doctor —un nombre que habíamos adoptado por tácito acuerdo, como conveniente equilibrio entre la formalidad de «el doctor Forester» y la familiaridad, a la que Eric Lindon difícilmente parecía tener derecho, de «Arthur»— ya se hallará a estas alturas en el extranjero, ¿no es así? ¿Puede darme su dirección actual?

—Sigue en Elveston, según creo —fue su respuesta—. Pero no he vuelto al pueblo desde la última vez que nos vimos usted y yo.

No supe decidir qué parte de aquella información me resultaba más sorprendente.

—¿Y podría preguntarle, si no es excesiva libertad por mi parte, cuándo doblarán

sus campanas de boda? ¿O acaso ya lo han hecho?

—No —contestó Eric, con una voz firme que apenas dejó entrever un atisbo de emoción—; ese compromiso terminó. Sigo siendo «Benedick el hombre no desposado»^[*].

Tras escuchar aquello, la avalancha de imaginaciones —radiantes todas de nuevas posibilidades de felicidad para Arthur— que me sobrevino fue demasiado apabullante para admitir una continuación de la conversación, y aproveché con sumo gusto la primera excusa decente que se presentó para retirarme en silencio.

Al día siguiente escribí a Arthur, con una reprimenda lo más severa que pude plasmar sobre el papel por su prolongado silencio, rogándole que me contara cómo le iba la vida.

Debían transcurrir necesariamente tres o cuatro días —posiblemente más antes de que pudiese recibir su respuesta, y jamás viví unos que arrastraran sus lentas horas con mayor y tediosa indolencia que aquellos.

Para matar el tiempo, salí a dar una vuelta, una tarde, por los Jardines de Kensington, y al poco, paseando sin rumbo por cualquier camino que apareciese, me di cuenta de que me había internado, de algún modo y sin pretenderlo, por uno que me era completamente desconocido. Aunque mis experiencias con los duendes parecían haber desaparecido de manera tan absoluta de mi vida que nada se encontraba más lejos de mi mente que la idea de volver a ver a mis amigos feéricos, reparé entonces por casualidad en una pequeña criatura que se movía entre el césped que bordeaba el camino, y que no daba impresión de ser un insecto, ni una rana, ni ninguna otra criatura viva que pudiera concebir. Arrodillándome con cuidado, y creando una jaula improvisada con mis dos manos, atrapé al pequeño andarín, y me asaltó una súbita sensación de sorpresa y placer al descubrir que mi prisionero no era otro que ¡el mismísimo Bruno!

Este se tomó la situación con mucha tranquilidad y, cuando lo dejé nuevamente en el suelo, a una distancia que nos permitiese mantener una conversación con facilidad, comenzó a hablar, como si apenas hiciera unos minutos desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Conoces la *degla* —inquirió— que se aplica cuando *atdapas* un hada sin que te *hubiera* dicho dónde estaba? —Los conocimientos gramaticales de Bruno ciertamente no habían mejorado desde nuestro último encuentro.

—No —respondí—. Desconocía que hubiese ninguna regla.

—*Cdeo* que tienes derecho a *comedme* —dijo el pequeño, mirándome a la cara con una sonrisa encantadora—. Pero no estoy *asolutamente* seguro. *Mejod* espera a *pdeguntadle* a alguien antes de *hacedlo*.

Desde luego parecía razonable no dar un paso tan irrevocable como ese sin la debida consulta previa.

—Definitivamente me informaré primero —dije—. Además, ¡todavía no sé si merecería la pena comerte!

—Me imagino que soy un bocado muy deliciosísimo —señaló Bruno con tono de satisfacción, como si fuese algo de lo que estar bastante orgulloso.

—¿Y qué estás haciendo aquí, Bruno?

—¡No me llamo así! —replicó mi avisado amiguito. ¿Es que no sabes que mi nombre es «¡Oh, *Bdunoh!*»? Así es como me llama *siempde* Silvia cuando *decito* mis *lecciones*.

—Bien, pues ¿qué estás haciendo aquí, oh, Bruno?

—¡Estudiando mis *lecciones*, *pod* supuesto! —aseguró con ese brillo pícaro en la mirada que siempre aparecía cuando sabía que estaba soltando algún disparate.

—Oh, ¿así es como estudias tus lecciones? ¿Y consigues aprendértelas bien?

—Yo *siempde* me *apdendo* mis *lecciones* —dijo Bruno—. ¡Son las de Silvia las que me cuestan *horores!* —Frunció el entrecejo, como si estuviese realizando un terrible esfuerzo mental, y se dio unos golpecitos en la frente con los nudillos—. ¡Mi coco no me *pedmite entededlas!* —explicó con desesperación—. ¡*Cdeo* que me *hacerían* falta dos cocos!

—¿Pero a dónde ha ido Silvia?

—¡Eso es justo lo que yo quiero *sabed!* —señaló desconsolado—. ¿De qué *sidve* que me ponga *lecciones*, si luego no está aquí para *esplicad* las *padtes* difíciles?

—¡Yo la encontraré por ti! —me ofrecí, y, levantándome, di una vuelta alrededor del árbol bajo cuya sombra me había reclinado, mientras buscaba a Silvia por todos lados. Un minuto después volví a advertir una cosa extraña que se movía entre la hierba y, al ponerme de rodillas, me topé de inmediato con la inocente cara de Silvia, iluminada por una gozosa expresión de sorpresa causada por mi presencia, y me vi saludado, por la dulce voz que tan bien conocía, con lo que parecía ser el final de una frase cuyo comienzo no había alcanzado a oír.

—... y creo que ya debería haber terminado con ellas. Así que voy a volver con él. ¿Quiere acompañarme? Está aquí a la vuelta de este árbol.

Para mí eran solamente unos cuantos pasos, pero una gran cantidad para Silvia; de modo que tuve que poner mucha atención en caminar despacio, a fin de no dejar a la criaturita tan atrás como para perderla de vista.

Dar con las lecciones de Bruno resultó bastante fácil: parecían estar escritas con pulcritud sobre unas grandes y lisas hojas de hiedra que se encontraban desperdigadas con cierto desorden por una pequeña zona de terreno en la que la hierba se había ajado hasta desaparecer, pero al pálido estudiante, que debería haber estado justamente inmerso en su lectura, no se lo veía por ninguna parte; lo buscamos por doquier, en vano, durante un rato, pero, finalmente, los agudos ojos de Silvia lo hallaron columpiándose de un zarcillo de hiedra, y su severa voz ordenó su regreso inmediato a tierra firme y a sus tareas cotidianas.



«Primero el placer y luego el trabajo» parecía ser el lema de estos diminutos seres, en vista de la cantidad de abrazos y besos que hubieron de intercambiar antes de poder pasar a otra cosa.

—Y bien, Bruno —empezó Silvia en tono de reproche—, ¿no te dije que debías continuar con tus lecciones, a menos que oyeras lo contrario?

—¡Es que oí lo *contdario*! —sostuvo Bruno, con un brillo travieso en la mirada.

—¿Qué fue lo que oíste, diablillo?

—Una especie de *duido* en el aire —señaló Bruno—, como si algo se moviera. ¿No lo oyó usted, *hombde señod*?

—¡En cualquier caso, no te tienes que dormir en tus lecciones, perezoso! —le riñó su hermana, pues Bruno se había arrebujado con la «lección» más grande y estaba colocando otra a modo de almohada.

—¡No estaba *dodmido*! —se quejó Bruno, en tono profundamente ofendido—.

¡Cuando *ciero* los ojos, eso quiere decir que estoy *despiedto*!

—A ver, entonces, ¿cuánto has aprendido?

—Un poquitín muy minúsculísimo —dijo Bruno con pudor, claramente temeroso de exagerar sus logros—. ¡No puedo *apdended* más!

—¡Oh, Bruno! Sabes que si quisieras, podrías.

—¡Claro que puedo, si quiero! —replicó el pálido estudiante—. ¡Pero no puedo, si no quiero!

Silvia tenía una forma —que no me resultaba excesivamente admirable— de evitar las paradojas lógicas de Bruno consistente en pasar súbitamente a otro orden de cosas, estrategia maestra que adoptó en esta ocasión.

—Bueno, hay una cosa que debo decir...

—¿Sabía usted, *hombde señod* —comentó Bruno con aire contemplativo—, que Silvia no puede *contad*? Cada vez que suelta: «hay una cosa que debo *decid*», ¡sé *pedfectamente* que dirá dos! Y *siempde* lo hace.

—Dos cabezas piensan mejor que una, Bruno —respondí yo, sin tener una idea muy clara de adonde quería llegar con ello.

—No me *impodtaría tened* dos cabezas —se dijo Bruno en voz baja—: una para *tomad* la cena y *otda* para *discutid* con Silvia... ¿*cdee* usted que me vería más guapo si *teniera* dos cabezas, *hombde señod*?

La cuestión, le aseguré, no admitía dudas.

—El motivo *pod* el que Silvia está tan enfadada... —continuó Bruno con gesto muy serio, casi apenado.

Los ojos de Silvia se abrieron como platos por la sorpresa de aquella nueva línea de indagación, mientras su tez sonrosada irradiaba buen humor por cada poro. Pero no dijo nada.

—¿No sería mejor que me lo contases una vez acabadas las lecciones? —sugerí yo.

—Vale —aceptó Bruno con aire de resignación—, aunque entonces ya no estará enfadada.

—Sólo quedan tres lecciones —señaló Silvia—: Ortografía, Geografía y Canto.

—¿Aritmética no? —pregunté.

—No, no tiene cabeza para la Aritmética...

—¡Pues claro que no! —saltó Bruno—. Mi cabeza es para el pelo. ¡No tengo un montón de ellas!

—... y es incapaz de aprenderse la tabla de multiplicación...

—*Pdefiero* mil veces la Historia —apuntó Bruno—. Tú tienes que *depetid* esa tabla de multicomplicación...

—Y tú tienes que repetir...

—¡No! —interrumpió Bruno—. La Historia se *depiteme* a sí misma. ¡Eso dijo el *pdofesod*!

Silvia estaba colocando unas letras sobre una pizarra: R-O-M-A.

—A ver, Bruno —dijo—, ¿qué pone ahí?

Bruno miró las letras, en solemne silencio, durante un momento.

—¡Sé lo que no pone! —contestó finalmente.

—Eso no me vale —declaró su hermana—. ¿Qué pone?

Bruno miró de nuevo las misteriosas letras.

—¡Oh, es «A-M-O-R» al *devés*! —exclamó. (Yo convine en que así era, desde luego).

—¿Cómo has hecho para ver eso? —preguntó Silvia.

—He *ponido* los ojos bizcos —dijo Bruno—, y entonces lo he *veído* enseguida. ¿Puedo *cantad* ya la *Canción del madtín pescadod*?

—Ahora la Geografía —señaló Silvia—. ¿Acaso no conoces las reglas?

—¡Pienso que no debería *habed* tanto montón de *deglas*, Silvia! Pienso...

—¡Sí que debería, pillo, más que pillo! ¿Cómo te atreves a pensar siquiera en ello? ¡Y cierra esa boca ahora mismo!

Y, como «esa boca» no parecía inclinada a ello, Silvia la cerró por él —con ambas manos y la selló con un beso, igual que uno haría con una carta.

—Ahora que Bruno ya no puede hablar —dijo a continuación, volviéndose hacia mí—, le enseñaré el mapa sobre el que estudia sus lecciones.

Y ahí estaba, un gran mapamundi, extendido sobre el suelo. Era tan grande que Bruno tuvo que moverse por encima de él a gatas para señalar los lugares nombrados en la «lección del martín pescador».

—Cuando un *madtín pescadod* ve una mariquita que se aleja volando, dice: «No sientas Timor, que soy muy Pacífico». Y cuando la *atdapa*, dice: «¡Deja de moverte para todos Laos, que me Kansas!». Cuando la tiene *entde* sus *garas*, dice: «¡Se te acabaron los Buenos Aires!». Cuando se la mete en el pico, dice: «Ahora te voy a Catar». Y cuando se la ha *tdagado*, dice: «Vas a conocer mis Honduras». Ya está.

—Absolutamente perfecto —lo felicitó Silvia—. Ahora puedes cantar la «Canción del martín pescador».

—¿Cantará usted el *estdibillo*? —inquirió Bruno dirigiéndose a mí.

Me disponía a decir «me temo que no conozco la letra», cuando Silvia le dio la vuelta en silencio al mapamundi y descubrí que estaba escrita de principio a fin en su parte de atrás. Era una canción muy peculiar, por lo siguiente: el estribillo de cada estrofa aparecía en mitad de ella, en vez de al final. No obstante, la melodía era tan sencilla que no tardé en cogerla, y también logré hacer el estribillo coral; bueno, tal vez, hasta donde ello le es posible a una sola persona. Mis gestos hacia Silvia para que me ayudase fueron en vano; se limitó a sonreír con dulzura mientras negaba con la cabeza.

El martín pescador cortejaba a la mariquita

—¡*Cantad Oseznos, cantad Ornitorrincos y Olivos!*—:

«A ningún otro encontrarás —dijo—

con tan magnífica testa, de fijo;
con una barba como cuajada, de tan blanquita;
¡con unos ojos tan expresivos!».



«Cabeza tienen los alfileres —respondió ella.
—¡Cantad Erizos, cantad Ensaladas y Esqueleto!
Y estos, dondequiera que los clave,
permanecen, por lo que son, ¿sabe?,
en mi opinión, opción infinitamente más bella
¡que alguien que no para nunca quieto!

»Barbas —siguió la mariquita— las ostras presentan
—¡Cantad Lentejas, cantad Libélulas y Laguna!—:
yo las adoro, para empezar,
porque son poco dadas a hablar;

no sacaría palabra de las conchas que ostentan
¡ni aunque usted mismo pescara una!

»Ojos tienen las agujas —inició su remate.
—¡*Cantad Patos, Cantad Pepinillos y Picaporte!*—
que agudas son; cosa, justamente,
que no puedo decir de su mente;
conque márchese; ¡resulta un completo disparate
su pretensión de hacerme la corte!».

—Así que se fue —agregó Bruno a modo de posdata, cuando la última nota de la canción se apagó—. Justo cual *siempde* hacía.

—¡Oh, mi querido Bruno! —exclamó Silvia, con las manos sobre los oídos—. No se dice «cual», sino «como».

A lo que Bruno replicó, evasivamente:

—Yo sólo digo «¿cómo?» cuando hablas muy bajito, para *poded oídte*.

—¿Y adónde fue? —pregunté, esperando impedir una discusión.

—Se *madchó* muy lejísimos, a un *lugad* que nunca antes había *veído* —explicó Bruno.

—No se dice «veído» —lo corrigió Silvia—; deberías decir siempre «visto».

—Entonces tú no deberías *pdegunad*: «¿Te has “leído” ya la lección?», ¡sino que deberías *decid siempde* que soy muy «listo»!

Esta vez Silvia eludió la discusión dándose la vuelta y poniéndose a enrollar el mapamundi.

—¡Las lecciones han terminado! —proclamó con una voz de lo más melodiosa.

—¿Nada de lloros? —inquirí—. ¿No lloran siempre los niños pequeños cuando han de estudiar sus lecciones?

—Yo nunca lloro después de las doce —dijo Bruno—, *podque* entonces queda poco para la hora de la cena.

—A veces, por la mañana —apuntó Silvia en voz baja—, los días que toca lección de Geografía, cuando ha sido desobe...

—¡Mira quién fue a *hablad*, Silvia! —corrió a interrumpirla Bruno—. ¿Acaso *cdees* que el mundo se hizo para que hablastes?

—¿Y dónde quieres que hable, entonces? —repuso Silvia, claramente preparada para discutir.

Pero Bruno contestó de manera resuelta:

—No voy a *discutid*, *podque* se está haciendo *tadde*, y no *habdá* tiempo... ¡pero estás más equivocada que nunca! —Y se frotó los ojos, en los que unas lágrimas comenzaban a relucir, con el dorso de la mano.

Los ojos de Silvia se empañaron al instante.

—¡No hablaba en serio, Bruno, cariño! —susurró, y el resto de la discusión se

perdió «entre los enmarañados cabellos de Neaera», mientras los dos participantes se abrazaban y besaban el uno al otro.

Pero esta nueva forma de reñir fue conducida a un repentino fin por un relámpago, que se vio seguido de cerca por un trueno y por un torrente de gotas de lluvia que bajaban silbando y escupiendo, casi como criaturas vivas, a través de las hojas del árbol que nos servía de refugio.

—¡Vaya, está lloviendo a cántaros! —dije.

—¡Y *dentro* de los cántaros había un montón de *sedpientes*! —comentó Bruno.

El golpeteo de la lluvia cesó un minuto más tarde, tan abruptamente como había empezado. Yo salí de debajo del árbol y comprobé que la tormenta había pasado; pero, al regresar, mis intentos de encontrar a mis diminutos acompañantes fueron inútiles. Se habían desvanecido con la tormenta, y no me quedó más remedio que tratar de disfrutar al máximo mi camino de vuelta al hogar.

Sobre la mesa, aguardando mi regreso, había un sobre de ese peculiar tono amarillo que siempre anuncia un telegrama, y que debe de estar, en la memoria de tantos de nosotros, inseparablemente unido a algún súbito y gran pesar, algo que ha arrojado una sombra, que nunca será completamente retirada mientras estemos en este mundo, sobre la claridad de la vida. No cabe duda de que, para muchos de nosotros, también ha sido heraldo de inesperadas noticias gozosas, pero este caso, creo, resulta menos común: la vida humana parece, en su conjunto, contener más penas que alegrías. Y, aun así, el mundo sigue girando. ¿Quién sabe por qué?

Esta vez, sin embargo, no hube de enfrentarme a ninguna impresión dolorosa; de hecho, las escasas palabras que incluía («Me sentía incapaz de escribir. Ven pronto. Siempre bienvenido. Te enviaré una carta. Arthur.») me recordaron tanto al propio Arthur al hablar que me provocaron una intensísima alegría, y de inmediato me puse a hacer los preparativos necesarios para el viaje.

Capítulo 2

El toque de queda del amor

—¡Estación de Fayfield, cambio de tren a Elveston!

¿Qué sutil recuerdo, conectado con estas corrientes palabras, podía estar provocando tal avalancha de pensamientos felices en mi cerebro? Me apeé del coche en un estado de jovial excitación que en un principio no me vi capaz de explicar. Ciertamente, había emprendido este mismo viaje, y a la misma hora del día, seis meses antes, pero muchas cosas habían sucedido desde entonces, y la memoria de un anciano no posee más que una leve retentiva de los acontecimientos recientes: busqué «el eslabón perdido» en vano. De repente mi mirada se topó con un banco —el único existente en el desangelado andén— en el cual había una dama sentada, y entonces toda la escena que había olvidado me asaltó de manera tan vivida como si estuviese teniendo lugar otra vez.

«Sí —pensé—: ¡este andén desnudo está, para mí, adornado con el recuerdo de una vieja amiga! Estaba sentada en ese mismo banco, y me invitó a compartirlo con ella, mediante una cita de Shakespeare... no recuerdo cuál. Probaré el plan de dramatización de la vida del earl, e imaginaré que esa figura es *lady* Muriel; ¡y no tendré demasiada prisa por desengañarme!».

De manera que eché a andar tranquilamente por el andén, «jugando» (como dicen los niños) con entrega a que la pasajera que resultaba estar allí, sentada en ese banco, era la *lady* Muriel que yo tan bien recordaba. Tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, lo cual ayudó al elaborado engaño al que me estaba sometiendo a mí mismo, pero aunque tuve cuidado, al pasar por el lugar, de mirar en la dirección opuesta con idea de prolongar la agradable ilusión, fue inevitable que, al girarme para desandar el paseo, viera de quién se trataba: ¡*lady* Muriel en persona!

La escena al completo retornó entonces vívidamente a mi memoria y, para acrecentar aún más la extrañeza de esta repetición, allí estaba el mismo anciano al que yo recordaba haber visto echado con tan malos modos por el jefe de estación a fin de hacerle sitio a su noble pasajera. El mismo, pero «con una diferencia»: ya no caminaba tambaleándose frágilmente por el andén, sino que de hecho se encontraba sentado al lado de *lady* Muriel, ¡y hablando con ella!

—Sí, guárdeselo en el monedero —decía esta última—, y recuerde que ha de gastárselo todo en Minnie. ¡Y procure llevarle algo bonito, eso le hará mucho bien! ¡Y dele recuerdos! —Tan absorta estaba al pronunciar estas palabras que, a pesar de que el sonido de mis pasos le había hecho levantar la cabeza y mirarme, al principio no me reconoció.



Levanté mi sombrero al acercarme, y entonces su cara adoptó en el acto una sincera expresión de alegría que recordaba de manera tan exacta al dulce rostro de Silvia, la última vez que nos vimos en los Jardines de Kensington, que me quedé totalmente perplejo.

En vez de molestar al pobre anciano a su vera, se levantó de su asiento y se unió a mi paseo por el andén, y durante unos minutos nuestra conversación fue tan absolutamente banal y corriente que parecía que no fuésemos más que dos invitados a una cena que acababan de conocerse en el salón de una casa de Londres. Daba la impresión de que ninguno de los dos se atrevía, inicialmente, a abordar los temas más serios que enlazaban nuestras vidas.

El tren de Elveston se detuvo junto al andén, mientras hablábamos y, obedeciendo la servil indirecta del jefe de estación. —«¡Por aquí, *milady*! ¡Es la hora!»—, nos dirigíamos como podíamos hacia el extremo que alojaba el único coche de primera clase; estábamos pasando justo por delante del banco ahora vacío, cuando *lady* Muriel vio sobre él, tirado, el monedero en el que su obsequio había sido tan cuidadosamente depositado, mientras su dueño, inconsciente por completo de su pérdida, era ayudado a subir a un vagón del otro extremo del tren. *Lady* Muriel corrió al instante a por el objeto.

—¡Pobre anciano! —exclamó—. ¡No debe irse pensando que lo ha perdido!

—¡Deje que se lo lleve yo! ¡Puedo correr más deprisa que usted! —dije. Pero ella ya había recorrido medio andén, volando («corriendo» es una palabra demasiado mundana para una forma de moverse tan parecida a la de un hada) a una velocidad

que sobrepasaba de manera inevitable cualquier posible esfuerzo por mi parte.

Estuvo de regreso antes de que yo pudiese completar mi audaz fanfarronada sobre mi celeridad como corredor, y dijo, de manera totalmente recatada, mientras subíamos a nuestro coche:

—¿Y de verdad piensa usted que podría haberlo hecho más rápido?

—¡En absoluto! —contesté—. Me declaro «culpable» de flagrante exageración, ¡y dejo mi suerte a la merced del tribunal!

—El tribunal lo pasará por alto... ¡esta vez! —Entonces, de súbito, su actitud pasó de picara y jovial a una gravedad inquieta.

—¡No tiene muy buen aspecto! —dijo con una mirada de preocupación—. De hecho, creo que se le ve más inválido que cuando nos dejó. De veras dudo que Londres le siente bien.

—Tal vez sea su aire —declaré—, o el trabajo duro... o mi vida relativamente solitaria; en cualquier caso, no me vengo sintiendo muy bien últimamente. Pero Elveston no tardará en reanimarme otra vez. ¡La prescripción de Arthur (es mi médico, ya sabe, y tuve noticias tuyas esta mañana) es «abundante ozono, leche fresca y compañía agradable»!

—¿Compañía agradable? —repitió *lady* Muriel, fingiendo meditar la cuestión en una bonita pose; Pues en serio que no sé dónde podemos encontrarle eso! Tenemos muy pocos vecinos. Pero lo de la leche fresca podemos arreglarlo. Cómprselas a mi vieja amiga la Sra. Hunter, allá, subiendo la colina. Puede confiar en su calidad. Y su pequeña Bessie va a la escuela a diario pasando por delante de donde se hospeda. Así que sería muy sencillo hacérsela llegar.

—Seguiré su consejo encantado —dije yo—; iré mañana a encargarme de ello. Estoy seguro de que Arthur querrá dar un paseo.

—Verá que es un paseo nada duro: menos de tres millas, me parece.

—Bien, ahora que hemos zanjado ese asunto, deje que le devuelva el comentario. ¡No creo que tenga usted muy buen aspecto!

—Me imagino que no —contestó en voz baja, y su semblante pareció ensombrecerse de repente—. He tenido algunos problemas últimamente. Es un tema que llevo queriendo consultarle mucho tiempo, pero me costaba escribirle al respecto. ¡Me alegra tanto disponer de esta oportunidad!

»¿Cree usted —comenzó nuevamente, tras un instante de silencio, de un modo visiblemente avergonzado, algo nada común en ella— que una promesa, hecha de manera voluntaria y solemne, es siempre vinculante... salvo, por supuesto, en caso de que su cumplimiento acarreará un verdadero pecado?

—No se me ocurre ninguna otra excepción en este momento —respondí—. Esa rama de la casuística se trata normalmente, creo, como un problema de verdad o falsedad...

—¿Seguro que el principio es ese? —interrumpió ella con ansiedad—. Siempre había creído que la enseñanza de la Biblia al respecto consistía en textos como «no os

mintáis los unos a los otros», ¿me equivoco?

—He considerado esa cuestión —contesté— y, a mi modo de ver, la esencia de mentir es la intención de engañar. Si uno hace una promesa, pensando totalmente en cumplirla, entonces en ese momento está sin duda actuando con sinceridad, y si posteriormente la rompe, ello no implica ningún engaño. No puedo calificarlo de falsedad.

Siguió otra pausa silenciosa. El rostro de *lady* Muriel resultaba difícil de leer; parecía contenta, pensé, pero también desconcertada, y sentí curiosidad por saber si su pregunta tenía, como comenzaba a sospechar, alguna relación con la ruptura de su compromiso con el capitán (ahora comandante) Lindon.

—Me ha aliviado usted un gran miedo —dijo—, pero es algo que por supuesto está mal, de algún modo. ¿Qué textos citaría usted para probarlo?

—Cualquiera que hiciera hincapié en el pago de las deudas. Si A le promete algo a B, B tiene derecho a reclamárselo a A. Y el pecado de A, en caso de romper su promesa, me parece más análogo a robar que a mentir.

—Es una nueva forma de verlo, para mí —señaló *lady* Muriel—, pero parece igualmente cierta. En cualquier caso, ¡no me andaré con generalidades con un viejo amigo como usted! Porque somos viejos amigos, en cierto modo. ¿Sabe que pienso que fuimos viejos amigos desde el principio? —añadió con un tono divertido en total disonancia con las lágrimas que relucían en sus ojos.

—Muchas gracias por el comentario —respondí—. Me gusta pensar en usted como en una vieja amiga —«¡... aunque su aspecto parezca desmentirlo!» habría sido la apostilla casi imprescindible con cualquier otra mujer, pero tenía la sensación de que ella y yo ya habíamos dejado atrás hacía mucho tiempo la fase en que eran posibles los cumplidos, o cualquier otra trivialidad similar.

En ese momento el tren hizo una breve parada en una estación, donde dos o tres pasajeros se subieron al coche; de manera que no volvimos a hablar hasta que hubimos llegado al destino de nuestro viaje.

A nuestra llegada a Elveston, *lady* Muriel aceptó inmediatamente mi sugerencia de ir andando juntos, por lo que, en cuanto se hicieron debidamente cargo de nuestro equipaje —del suyo, el criado que la recibió en la estación y del mío, uno de los mozos—, nos pusimos los dos en marcha por los familiares caminos, ahora unidos en mi memoria a tantos momentos deliciosos. *Lady* Muriel retomó la conversación en el punto donde había sido interrumpida.

—Usted sabía lo de mi compromiso con mi primo Eric. ¿Se ha enterado también de...?

—Sí —la interrumpí, deseoso de ahorrarle el sufrimiento de tener que dar detalles—. He oído que todo se canceló.

—Me gustaría contarle cómo ocurrió —dijo—, ya que esa es la cuestión sobre la que quiero su consejo. Yo era consciente desde hacía tiempo de que no estábamos en sintonía en lo relativo a la fe religiosa. Sus ideas sobre el cristianismo son muy

sombrías; e incluso en lo que concierne a la existencia de un Dios, vive como en un estado de letargo. ¡Pero ello no ha afectado su vida! Ahora estoy convencida de que el ateo más absoluto puede llevar, aunque camine a ciegas, una vida noble y pura. Y si supiera la mitad de las buenas acciones... —Calló repentinamente, y volvió la cabeza.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dije—. ¿Y acaso no tenemos la promesa de nuestro Salvador de que una vida así conducirá con seguridad a la luz?

—Sí, lo sé —asintió con voz desgarrada y los ojos aún apartados—. Y eso mismo le dije yo. Dijo que creería, por mí, si fuera capaz de ello. Y deseó, por mí, poder ver las cosas como yo. ¡Pero eso está completamente mal! —prosiguió con vehemencia—. ¡Dios no puede aprobar unos motivos tan bajos como esos! Aun así, no fui yo la que lo rompió. Yo sabía que me amaba y había realizado una promesa, y...

—¿Entonces fue él quien lo hizo?

—Me liberó de ella sin condiciones. —Ahora volvía a mirarme, habiendo recuperado del todo su calma habitual.

—En ese caso, ¿cuál es el problema?

—Es el siguiente: que no creo que lo hiciera libre y voluntariamente. Ahora, suponiendo que lo hiciera en contra de su voluntad, simplemente para satisfacer mis escrúpulos, ¿no conservaría su derecho sobre mí toda su fuerza? ¿Y no seguiría siendo vinculante mi promesa? Mi padre dice que no, pero no puedo evitar temer que su amor por mí haya influido en su decisión. Y no lo he consultado con nadie más. Tengo muchos amigos, pero para los días de sol radiante, no para los nubarrones y las tormentas de la vida; ¡no viejos amigos como usted!

—Déjeme pensar un momento —pedí, y durante unos minutos seguimos caminando en silencio, mientras yo, afligido ante la visión del amargo sufrimiento que había venido a caer sobre esta alma pura y amable, luchaba inútilmente por desentrañar la enmarañada madeja de motivos contrapuestos.

«Si ella lo ama verdaderamente —al parecer, había dado finalmente con la clave del problema—, ¿no es esa la voz de Dios que le habla? ¿No puede albergar la esperanza de que ella haya sido enviada a él, como Ananías fue enviado a Saulo en su ceguera, para que él pueda recibir su visión?». Una vez más, creí escuchar a Arthur susurrar: «¿cómo sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido?» y rompí el silencio con las palabras:

—Si usted todavía lo ama de verdad...

—¡No! —se apresuró a interrumpir ella—. Al menos... no de ese modo. Creo que lo amaba cuando me prometí, pero yo era muy joven; es difícil de decir. Pero fuera cual fuese el sentimiento, ahora ha desaparecido. El motivo por su parte es el amor; por el mío es... ¡el deber!

Se produjo otro largo silencio. La madeja de pensamientos estaba más enredada que nunca. En esta ocasión, fue ella la que reanudo la conversación.

—¡No me malinterprete! —quiso aclarar—. Cuando digo que mi corazón no era

suyo, ¡no me refería a que le perteneciera a otro! Ahora mismo siento una obligación hacia él, y hasta que sepa que soy absolutamente libre, a ojos de Dios, para amar a cualquier otro hombre, ni siquiera se me ocurriría pensar en nadie más... de ese modo, quiero decir. ¡Antes me moriría! —Jamás había imaginado a mi dulce amiga capaz de pronunciar palabras tan apasionadas.

No me atreví a hacer ningún comentario más hasta que estuvimos prácticamente en la cancela del Hall, pero cuanto más reflexionaba yo, más claro se me presentaba que ningún deber exigía el sacrificio —posiblemente de la felicidad de una vida que *lady* Muriel parecía dispuesta a hacer. Traté de hacérselo ver también a ella, junto con algunas advertencias de los peligros que sin duda aguardaban a una unión en la que faltara el amor mutuo.

—El único argumento a favor, que merece la pena considerar —dije como colofón—, parece ser la supuesta reluctancia de él a liberarla a usted de su promesa. He intentado otorgar a ese argumento todo su peso, y he llegado a la conclusión de que no afecta a los derechos del caso, ni invalida la carta de libertad que le ha dado a usted. Mi opinión es que usted es totalmente libre para actuar como ahora parezca correcto.

—Se lo agradezco enormemente —contestó ella de manera sincera—. ¡Créalo, por favor! ¡No soy capaz de hallar las palabras apropiadas! —Dicho lo cual el tema fue abandonado por mutuo consentimiento, y sólo mucho después descubrí que nuestra discusión había servido realmente para disipar las dudas que la habían acosado durante tanto tiempo.

Nos despedimos en la cancela del Hall; encontré a Arthur esperando con impaciencia mi llegada y, antes de irnos a dormir aquella noche, escuché toda la historia: cómo había retrasado su viaje día tras día, sintiendo que no podía marcharse de allí hasta que su destino hubiera quedado irrevocablemente sellado por la boda que iba a tener lugar; cómo los preparativos de la boda, y el entusiasmo en el vecindario, habían cesado repentinamente, y se había enterado (por el comandante Lindon, que lo visitó para desearle un buen viaje) de que el compromiso había sido roto de común acuerdo; cómo había abandonado en el acto todos sus planes de irse al extranjero y decidido quedarse en Elveston, por lo menos durante un año o dos, hasta que sus renovadas esperanzas demostraran ser fundadas o infundadas, y cómo, desde aquel día memorable, había evitado todo encuentro con *lady* Muriel por temor a delatar sus sentimientos antes de tener pruebas suficientes de cuál era la visión que ella tenía de él.

—Pero han pasado casi seis semanas desde que todo eso sucedió —dijo para concluir— y ya nos podemos ver como de costumbre, sin necesidad de alusiones dolorosas. Te habría escrito para contarte todo esto, pero conservaba la esperanza un día tras otro de que... ¡de que hubiese algo más que contar!

—¿Y cómo iba a ser así, tonto —le insté afectuosamente—, si ni siquiera te acercas a ella? ¿Es que esperas que la propuesta te la haga ella?

A Arthur se le escapó una sonrisa.

—No —admitió—, estoy casi seguro de que no será el caso. Pero soy un tremendo cobarde. ¡De eso no hay duda!

—¿Y qué razones has oído para la ruptura del compromiso?

—Muchas —contestó Arthur, y procedió a contarlas con los dedos—: primero, se descubrió que ella se estaba muriendo de... algo; así que él lo rompió. Luego él se estaba muriendo de... otra cosa; de modo que ella lo rompió. Más tarde el comandante resultó ser un jugador empedernido, por lo que fue el earl quien lo rompió. Después el earl lo insultó a él, así que el comandante lo rompió. Visto lo visto, ¡quedó roto y bien roto!

—Naturalmente, todo esto te llegó de la mejor de las fuentes, ¿no es así?

—¡Oh, sin duda! ¡Y se me comunicó en la más estricta confidencialidad! Sean cuales sean los defectos de los que adolezca la sociedad de Elveston, ¡la falta de información no está entre ellos!

—Ni tampoco la de comunicación, por lo que se ve. Pero, hablando en serio, ¿conoces la verdadera razón?

—No tengo ni la menor idea.

No me pareció que yo dispusiera de derecho alguno a revelársela, de modo que cambié de tema al menos fascinante de la «leche fresca», y acordamos que me acercaría, al día siguiente, a la granja de Hunter, comprometiéndose Arthur a guiarme parte del camino, tras lo cual tendría que regresar para cumplir con un compromiso profesional.

Capítulo 3

El rayar del alba

El día siguiente resultó ser cálido y soleado, y salimos temprano para disfrutar del lujo de una buena y larga charla antes de que Arthur se viera obligado a dejarme.

—Este vecindario tiene mayor cuota de pobreza extrema de la que le corresponde —comenté al pasar por delante de unas casuchas, demasiado ruinosas como para merecer el nombre de «casitas de pueblo».

—Pero los pocos ricos que hay —contestó Arthur— ayudan caritativamente en mayor proporción de la que les corresponde, de manera que el equilibrio se mantiene.

—El earl colabora enormemente, imagino.

—Es generoso en sus donativos, pero no cuenta ni con salud ni con fuerza para hacer más. *Lady Muriel* aporta con clases en la escuela y visitas a las casas de los pobres más de lo que le gustaría que yo revelara.

—Entonces ella, al menos, no es una «boca holgazana» de las que uno tan a menudo encuentra entre las clases superiores. A veces pienso que se las verían y desearían si de repente se les pidiese que dieran su *raison d'être*, ¡y expusieran el motivo por el que debería permitírseles continuar viviendo!

—La cuestión general —dijo Arthur— de lo que podemos llamar «bocas holgazanas» (me refiero a personas que absorben parte de la riqueza material de una comunidad, en forma de comida, ropa y cosas así, sin contribuir con un trabajo productivo equivalente) es complicada, sin duda. He tratado de llegar a una conclusión. Y me pareció que la forma más simple del problema, de la que partir, es una comunidad sin dinero, que compra y vende únicamente por medio del trueque, y la cosa se simplifica aún más si suponemos que es posible conservar la comida y el resto de cosas muchos años sin que se estropeen.

—Tu plan es excelente —lo alabé—. ¿Qué solución has encontrado al problema?

—El tipo más común de «boca holgazana» —procedió a explicar Arthur— sin lugar a dudas la producida por el dinero que los padres dejan en herencia a sus propios hijos. Por consiguiente, imaginé un hombre (excepcionalmente inteligente, o excepcionalmente fuerte y trabajador) que había contribuido con tal cantidad de trabajo útil a las necesidades de la comunidad que su equivalente, en ropa, etc., era (pongamos) cinco veces lo que necesitaba para sí mismo. No podemos negar su derecho absoluto a repartir la riqueza sobrante tal como elija. De modo que, si deja cuatro hijos a su muerte (dos hijos y dos hijas, por ejemplo), junto con recursos suficientes como para cubrir sus necesidades básicas durante toda una vida, no me parece que se esté cometiendo injusticia alguna con la comunidad si los hijos deciden

no hacer otra cosa en ella que «comer, beber y ser felices». Estoy absolutamente convencido de que la comunidad no podría decir con justicia, en referencia a ellos: «Si algún hombre no quiere trabajar, que tampoco coma». Su respuesta sería aplastante: «El trabajo ya ha sido hecho, el cual es un justo equivalente de la comida que estamos tomando, y vosotros ya os habéis beneficiado de él. ¿En base a qué principio de la justicia podéis exigir dos cuotas de trabajo por una de alimento?».

—Estoy seguro, no obstante —dije yo—, de que hay algo de algún modo incorrecto si esas cuatro personas son perfectamente capaces de realizar un trabajo útil, que la comunidad realmente necesita, y deciden sentarse y no hacerlo, ¿no?

—Creo que sí —contestó Arthur—, pero a mi modo de ver emana de una ley de Dios, que todo el mundo debe hacer lo posible por ayudar a los demás, y no de ningún derecho, por parte de la comunidad, de exigir trabajo como equivalente de una comida que ya ha sido ganada de manera justa.

—Supongo que la segunda forma del problema es aquella en que las «bocas holgazanas» poseen dinero en vez de riqueza material, ¿cierto?

—Así es —contestó Arthur—, y creo que el caso más simple es el del papel moneda. El oro es en sí una forma de riqueza material, pero un billete de banco es sencillamente una promesa de ceder una cierta cantidad de ella cuando se solicite. Digamos que el padre de estas cuatro «bocas holgazanas» había realizado cinco mil libras de trabajo útil para la comunidad. A cambio, esta le había entregado el equivalente a una promesa escrita de darle, cuando se le solicitase, cinco mil libras de comida, etc. Entonces, si él usa únicamente mil libras y deja el resto de los billetes a sus hijos, no cabe duda de que estos poseen todo el derecho a presentar estas promesas escritas y decir: «Danos la comida cuyo trabajo equivalente ya ha sido hecho». Ahora considero que merece la pena exponer este caso, pública y claramente. Me gustaría metérselo en la cabeza a esos socialistas que aleccionan a nuestros indigentes carentes de cultura con opiniones como: «¡Mira a esos aristócratas hinchados! Sin dar ni un palo al agua por sí mismos, ¡y viviendo del sudor de nuestras frentes!». Me gustaría obligarlos a que vieran que el dinero que esos aristócratas se gastan representa una cantidad de trabajo ya realizada para la comunidad, y cuyo equivalente, en riqueza material, se lo debe esta a ellos.

—¿Y no podrían responder los socialistas: «Gran parte de ese dinero no representa en modo alguno trabajo honesto»? Si se pudiera rastrear su origen, yendo de poseedor en poseedor, aunque uno comenzase tal vez por varios pasos legítimos, como regalos, o legados, o «valores recibidos», pronto llegaría a un poseedor desprovisto de derecho moral a tenerlo, que lo obtuvo mediante fraude u otros delitos, y por supuesto sus descendientes no poseerían mayor derecho a recibir ese dinero que él.

—Sin duda, sin duda —contestó Arthur—. Pero ello, ciertamente, introduce la falacia lógica del razonamiento que prueba demasiado, ¿no? Resulta tan aplicable a la riqueza material como al dinero. Si empezamos a remontarnos más allá del hecho de

que el poseedor actual de una cierta propiedad la obtuvo de manera honesta, y a preguntar si alguno anterior, en tiempos pasados, la consiguió por medio de un fraude, ¿quedaría a salvo propiedad alguna?

Tras meditarlo un instante, me sentí obligado a admitir la verdad de aquello.

—Mi conclusión general —continuó Arthur— desde el mero punto de vista de los derechos humanos, de un hombre frente a otro, fue esta: que si alguna «boca holgazana» y rica, que haya conseguido su dinero de manera legal, aunque no haya realizado por sí mismo ni una sola pizca del trabajo que representa, elige gastarlo en sus propias necesidades, sin contribuir con ningún trabajo a la comunidad a la que compra su comida y ropa, esa comunidad no tiene derecho a interponerse. Pero si consideramos la ley divina, la cosa cambia sensiblemente. Juzgado según ese criterio, un hombre así está indudablemente actuando mal si no utiliza, en beneficio de aquellos que lo necesitan, la fuerza o la habilidad que Dios le ha otorgado. Esa fuerza y habilidad no pertenecen a la comunidad, para satisfacer ninguna deuda; no pertenecen al hombre en sí, para su disfrute personal; pertenecen a Dios, para ser usadas de acuerdo a su voluntad, y se nos ha dejado meridianamente clara cuál es dicha voluntad: «haced bien, y prestad, sin esperar nada a cambio».

—En cualquier caso —dije yo—, las «bocas holgazanas» muy a menudo donan grandes cantidades como caridad.

—Lo que ellos llaman «caridad» —me corrigió—. Perdona si parezco expresarme de forma poco caritativa. No se me pasaría por la cabeza acusar de ello a nadie en concreto. Pero yo diría, hablando en general, que un hombre que se permite cualquier capricho que se le ocurre, sin privarse de nada, y simplemente da a los pobres parte de, o incluso toda, la riqueza que le sobra, sólo se está engañando a sí mismo si llama a eso «caridad».

—Pero al desprenderse de su riqueza superflua, puede estar privándose del placer de acumular propio del avaro, ¿no crees?

—Eso te lo concedo encantado —convino Arthur—. En caso de que poseyese tal ansia malsana, al contenerla estaría haciendo una buena acción.

—Pero incluso si gasta su dinero en sí mismo —insistí—, nuestro típico hombre rico muchas veces hace el bien, al emplear a gente que de otro modo carecería de trabajo, y eso resulta a menudo mejor que pauperizarlos dándoles el dinero.

—¡Me alegro de que hayas hecho ese comentario! —contestó Arthur—. No querría abandonar el tema sin poner de manifiesto las dos falacias contenidas en esa afirmación, ¡las cuales llevan tanto tiempo sin rebatirse que la sociedad las acepta ya como un axioma!

—¿Cuáles son? —dije—. Yo ni siquiera veo una sola.

—Una es simplemente la falacia de la ambigüedad: el supuesto de que «hacer el bien» (es decir, beneficiar a alguien) es necesariamente algo bueno (es decir, una cosa correcta). La otra es el supuesto de que, si una de dos acciones determinadas es mejor que la otra, la primera es necesariamente una buena acción en sí misma. Me gustaría

llamar a esta última la «falacia de la comparación», la cual da por hecho que lo que es bueno de manera relativa lo es, por ello, de manera absoluta.

—¿Entonces qué prueba para ti que una acción es buena?

—Que sea la mejor que somos capaces de dar —respondió Arthur con confianza—. E incluso en ese caso «siervos inútiles somos». Pero permíteme que ponga un ejemplo de las dos falacias. Nada ilustra mejor una falacia que un caso extremo, al cual incluye claramente. Suponte que encuentro dos niños que se están ahogando en un estanque. Me lanzo corriendo a él y salvo a uno de los dos, para luego marcharme, dejando que el otro se ahogue. Está claro que «he hecho el bien» al salvarle la vida a un niño, ¿no? Pero... De nuevo, suponte que me cruzo con un extraño inofensivo, lo tumbo de un golpe y sigo mi camino. Obviamente eso es «mejor» que si a continuación hubiese saltado sobre él y le hubiera roto las costillas, ¿no? Pero...

—Esos «peros» son completamente irrefutables —apunté—. Mas me gustaría un caso extraído de la vida «real».

—Bien, cojamos una de esas abominaciones de la sociedad moderna: un mercadillo benéfico. Es una interesante cuestión para considerar qué parte del dinero que llega al objetivo proyectado es auténtica caridad, y si esta se gasta incluso del mejor modo posible. Pero el tema requiere una clasificación ordenada, y un análisis, para una adecuada comprensión.

—Tal análisis me complacería mucho —señalé—; es algo que muchas veces me ha intrigado.

—De acuerdo, siempre que no te esté aburriendo. Pongamos que nuestro mercadillo benéfico haya sido organizado con objeto de proporcionar fondos a algún hospital, y que A, B y C ofrecen sus servicios elaborando artículos para la venta y ejerciendo de vendedores, mientras que X, Y y Z compran los artículos, y el dinero así pagado va al hospital.

»Hay dos tipos distintos de tales mercadillos: uno donde el pago exigido es simplemente el valor de mercado de los productos proporcionados, es decir, exactamente lo que uno tendría que pagar por ellos en una tienda; el otro, aquel en que se pide pagar unos precios exorbitantes. Debemos considerar cada uno por separado.

»Primero, el caso del “valor de mercado”. Aquí A, B y C se hallan exactamente en la misma posición como comerciantes corrientes; la única diferencia es que donan lo recaudado al hospital. Prácticamente, están ofreciendo su trabajo especializado en beneficio del hospital. Esto en mi opinión es caridad genuina. Y no veo de qué otro modo mejor podrían ejercitarla. Pero X, Y y Z se encuentran exactamente en la misma posición que cualquier comprador corriente de productos. Hablar de “caridad” en relación con su parte en la transacción es un puro despropósito. Aunque es muy probable que ellos lo hagan.

»Segundo, el caso de los “precios exorbitantes”. Aquí creo que lo más sencillo es dividir el pago en dos partes: el “valor de mercado” y el excedente. La parte del

“valor de mercado” se encuentra en la misma situación que en el primer caso; el excedente es lo único que hemos de considerar. Veamos: A, B y C no lo ganan, de modo que podemos dejarlos al margen de la cuestión; es un regalo de X, Y y Z al hospital. Y mi opinión es que no es la mejor manera de darlo; es mucho mejor comprar lo que quieran comprar, y dar lo que quieran dar, como dos transacciones separadas; entonces se deja alguna posibilidad de que su motivación al dar pueda ser caridad real, en vez de tratarse de una motivación mixta: mitad caridad, mitad autocomplacencia. “La huella de la serpiente está sobre todo esto”. ¡Y es por ello que abomino completamente de actividades “benéficas” espurias como esas! —concluyó con inusual vehemencia, y decapitó salvajemente, con su bastón, un alto cardo al borde del camino, detrás del cual vi con sorpresa a Silvia y Bruno, allí de pie. Traté de detener el brazo de Arthur, pero era demasiado tarde. No estaba seguro de si el bastón los había alcanzado o no; sea como fuere, no le hicieron el más mínimo caso y, en cambio, sonrieron alegremente, y me saludaron con la cabeza; y de inmediato advertí que sólo eran visibles para mí; la influencia “inquietante” no había alcanzado a Arthur.

—¿Por qué trataste de salvarlo? —preguntó—. ¡No es la adúltera secretaria de un mercadillo benéfico! ¡Aunque ojalá lo fuese! —añadió con brutalidad.

—¿Sabe que ese bastón me ha *atdavesado* la cabeza? —dijo Bruno. (Para entonces habían rodeado a Arthur corriendo hasta llegar a mí, y cada uno me tenía cogido de una mano). ¡Justo *pod* debajo de la *badbilla*! ¡Menos mal que no soy un *caddo*!

—Bueno, ¡de todos modos ya hemos terminado con el tema! —agregó Arthur—. Me temo que he estado hablando demasiado, para tu paciencia y mis fuerzas. Pronto deberé dar media vuelta. Estoy al borde del agotamiento.

«Cóbrate tres pasajes, barquero.
Ten, te los pago de buen grado,
¡ya que conmigo (invisibles, empero)
un par de espíritus han cruzado!^[*]»,

citó, involuntariamente.

—Para citas totalmente inapropiadas e irrelevantes —rio Arthur—, ¡«pocos hay que te igualen, y ninguno que te supere»! —Tras lo cual, retomamos nuestro paseo.

Al pasar junto a la desviación que bajaba hasta la playa, reparé en una figura solitaria que caminaba despacio por ella, yendo hacia el mar. Estaba a bastante distancia de nosotros, y nos daba la espalda, pero se trataba, inconfundiblemente, de *lady* Muriel. Sabiendo que Arthur no la había visto, pues había estado mirando en la dirección opuesta hacia un nubarrón que se estaba formando, no hice comentario alguno, sino que traté de inventar algún pretexto verosímil para mandarlo de regreso

por la costa.

La oportunidad se presentó por sí sola de inmediato.

—Estoy empezando a sentir cansancio —dijo él—. No creo que sea prudente que continúe. Será mejor que dé la vuelta aquí.

Desanduve un poco del camino con él, y cuando nos aproximábamos de nuevo a la desviación, sugerí, con la mayor indiferencia de la que fui capaz:

—No vuelvas por el camino. Es demasiado caluroso y polvoriento. Yendo por esta desviación a la playa se tarda casi lo mismo y te dará un poco la brisa marina.

—Sí, creo que tienes razón —empezó a decir Arthur, pero en ese momento *lady* Muriel quedó al alcance de nuestra visión, y él calló de repente—. No, es un rodeo demasiado grande. Aunque sin duda sería mucho más refrescante... —Se quedó plantado, vacilante, mirando primero un camino y después el otro; ¡una penosa imagen de absoluta indecisión!

Cuánto más se habría prolongado aquella humillante escena, de ser yo la única influencia externa, resulta imposible de decir; pues en aquel momento Silvia, con una veloz resolución digna del mismo Napoleón, tomó las riendas del asunto.

—Ve y tráela a ella por este camino —le dijo a Bruno—. ¡Yo haré que él baje! —A continuación agarró el bastón que Arthur llevaba y tiró suavemente de él en dirección a la desviación.

Arthur era totalmente inconsciente de que había otra voluntad distinta a la suya actuando sobre el bastón, y al parecer pensó que había adoptado una posición horizontal simplemente porque estaba apuntando con él.



—Eso que hay bajo aquel seto, ¿no son *Orchis*? —observó—. Creo que eso me decide. Recogeré algunas de camino.

Entretanto, Bruno había corrido tras *lady* Muriel, y, dando numerosos saltos y gritos (audibles únicamente para Silvia y para mí mismo), de manera muy parecida a como si estuviera guiando ovejas, consiguió que diera media vuelta y caminase, con la vista recatadamente clavada en el suelo, en nuestra dirección.

¡La victoria era nuestra! Y, dado que era evidente que los enamorados, exhortados a reunirse de tal modo, debían encontrarse enseguida, yo me di la vuelta y me marché, esperando que Silvia y Bruno siguieran mi ejemplo, pues tenía el convencimiento de que cuantos menos espectadores hubiese, mejor sería para Arthur y su bondadoso ángel.

«¿Y cómo sería el encuentro?», me pregunté ensimismado mientras caminaba con resueltas zancadas.

Capítulo 4

El rey perro

—¡Se dieron la mano! —dijo Bruno, que trotaba a mi lado, en respuesta a la tácita pregunta.

—¡Y se los veía contentísimos! —añadió Silvia desde el otro lado.

—Pues entonces debemos continuar, al paso más rápido que podamos —señalé—. ¡Ojalá supiese cuál es el mejor camino a la granja de Hunter!

—Seguro que en esta casita lo conocen —indicó Silvia.

—Me imagino que sí. Bruno, ¿te importa acercarte corriendo a preguntar?

Silvia lo frenó, riendo, cuando su hermano ya se iba.

—Espera un segundo —dijo—. Antes tengo que hacerte visible; ya sabes.

—Y también audible, ¿me equivoco? —agregué yo, al tiempo que ella cogía la joya que le pendía del cuello, se la pasaba por encima de la cabeza de Bruno y le tocaba con ella los ojos y los labios.

—Sí —asintió Silvia—, y una vez, ¿sabe?, le hice audible, ¡y olvidé volverlo visible! Y fue a comprar unos caramelos a una tienda. ¡El dueño se asustó tanto! Una voz pareció surgir del aire: «*Pod favod*, ¡quiero cincuenta *gdamos* de caramelos de cebada^[*]!». ¡Y sobre el mostrador apareció un chelín, con un golpetazo! Y el hombre dijo: «¡No puedo verte!». Y Bruno contestó: «¡Da igual que me veas o no, *mientdas* puedas *ved* el chelín!». Pero el hombre dijo que nunca vendía caramelos de cebada a personas que no fuera capaz de ver. Así que tuvimos que... ¡Bruno, ya estás listo! —Y este se alejó corriendo.

Mientras lo esperábamos, Silvia empleó el tiempo en hacerse visible también ella misma.

—Resulta un poco violento, sabe usted —me explicó—, cuando nos encontramos con gente y pueden ver a uno de los dos, ¡pero no al otro!

Bruno regresó unos momentos después, con una expresión un tanto desconsolada.

—Había amigos con él, ¡y se enfadó! —contó—. Me *pdeguntó* quién era. Y yo dije: «Soy *Bduno*; ¿quiénes son estos?». Y él *despondió*: «Uno es mi medio *hedmano*, y la *otda* mi media *hedmana*; ¡y no quiero más compañía! ¡*Ladgo* de aquí!». Y yo dije: «¡No me puedo *id codto* de aquí!». Y añadí: «¡No debería *tened tdozos* de *pedsonas* tirados *pod* ahí de ese modo! ¡Eso es sed muy *desoddenadísimo*!». Y él contestó: «¡Oh, no me digas!». ¡Y me echó afuera, y luego *cero* la *puedta*!

—¿Y no llegaste a preguntar dónde estaba la granja de Hunter? —inquirió Silvia.

—No *hubió* espacio para *pdeguntas* —se excusó Bruno—. El *cuadto* estaba lleno de gente.

—Tres personas no podían llenar una habitación —señaló su hermana.

—Pues así era —insistió Bruno—. Él llenaba la *mayod padte*. Es un *hombde* muy *gduesísimo*, tanto que no *poderlas* tiradlo al suelo.

No fui capaz de entender el argumento de Bruno.

—Estoy seguro de que es posible tirar al suelo a cualquiera —sostuve—, sin importar si es grueso o delgado.

—No *poderías tiradlo* al suelo —repitió Bruno—. Es más ancho que alto, así que cuando está tumbado es más alto que cuando está de pie; ¡está claro entonces que no *poderlas tiradlo* «al suelo»!

—Aquí hay otra casita —observé—. Esta vez preguntaré yo cómo llegar.

En aquella ocasión no hubo necesidad de entrar en la casa, ya que la mujer se encontraba en la puerta principal con un bebé en los brazos, y hablando con un hombre vestido de forma respetable —un granjero, supuse— que parecía hallarse de camino al pueblo.

—... y cuando hay bebía de por medio —estaba diciendo este último—, es el peor de tos, tu Willie. Eso m’han dicho. ¡Se pone como loco cuando bebe!

—¡Hac’un año, les habría hecho traga la mentira! —dijo la mujer con voz quebrada—. ¡Pero ya no puedo! ¡No puedo! —Enmudeció al vernos, se retiró apresuradamente al interior de la casa y cerró la puerta.

—¿Podría usted decirme dónde se halla la granja de Hunter? —le pregunté al hombre, cuando se alejaba de la casa.

—¡Sí que puedo, señó! —contestó con una sonrisa—. Soy John Hunter en persona, a su servicio. Está a no ma de media milla, Túnica casa que se ve, pasá la curva del camino d’allá. Mi buena mujé está’n casa, si su asunto é con ella. ¿O a lo mejó le valgo yo?

—Gracias —dije—. Quiero encargar algo de leche. Quizá lo mejor es que lo arregle con su esposa, ¿no?

—Sí —asintió el hombre—. Ella s’ocupa de to eso. Que tenga buen día, señó... ¡y también sus querubines! —Y siguió su camino con paso trabajoso.

—Debería *habed* dicho «querubín», no «querubines» —dijo Bruno—. ¡Silvia es una sola *pedsona*!

—Se refería a nosotros dos —explicó Silvia.

—¡No es *ciedto*! —insistió Bruno—, *podque* un «querubín» es guapo, ¿sabes?

—Bueno, al menos nos miraba a los dos —mantuvo Silvia.

—Entonces ha tenido que *ved* que no éramos los dos «querubines» —replicó Bruno—. ¡Está muy clarísimo que yo soy mucho más feo que tú! ¿Se *defería* a Silvia, *hombde señod*? —gritó por encima del hombro, mientras se alejaba a la carrera.

Pero no tenía sentido responder, dado que ya había desaparecido por la curva del camino. Cuando lo alcanzamos estaba trepando por una barrera de entrada, mientras observaba con gesto serio el campo del otro lado, donde un caballo, una vaca y un cabrito pacían en amistosa compañía.

—El papá, un caballo —murmuró para sí mismo—. La mamá, una vaca. Y su querido hijito, una pequeña *cabda*: ¡es lo más curiosísimo que he visto en mi mundo!

«¡El mundo de Bruno! —cavilé—. Sí, supongo que cada niño tiene un mundo propio... y también cada hombre, ya que estamos. Me pregunto si esa es la causa de todos los malentendidos que hay en la vida».

—¡Esa tiene que ser la granja de Hunter! —dijo Silvia, apuntando a una casa en la cima de la colina, hasta la cual subía un camino de carros—. No hay más granjas a la vista, en esta dirección, y usted dijo que a estas alturas prácticamente ya debíamos de haber llegado.

Era algo que había pensado mientras Bruno trepaba por la barrera, pero no recordaba haberlo dicho. En cualquier caso, era obvio que Silvia tenía razón.

—Baja, Bruno —dije—, y ábrenos la barrera.

—¡Qué bien que estemos con usted!, ¿no es *ciecto*, *hombde señod*? —apuntó Bruno, cuando entrábamos en el campo—. Ese *perazo pedería habedle moddido*, ¡si *babiera* estado solo! ¡No debe *tenedle* miedo! —susurró, aferrando mi mano para infundirme valor—. ¡No es fiero!

—¡Fiero! —repitió Silvia con tono de mofa, mientras el perro (un magnífico terranova), que se había cruzado el campo corriendo a toda velocidad para recibirnos, empezó a corvetear a nuestro alrededor, con brincos llenos de grácil belleza, y dándonos la bienvenida con pequeños ladridos alegres—. ¡Fiero! ¡Pero si es tan bueno como un corderito! Es... ¡oh, Bruno!, ¿no lo reconoces? Es...

—¡Sí que es! —gritó Bruno, abalanzándose sobre el perro y rodeando su cuello con los brazos—. ¡Oh, *perito* querido! —Y dio la impresión de que los dos niños no iban a acabar nunca de abrazarlo y acariciarlo.

—¿Y cómo *recódcholis* ha llegado hasta aquí? —dijo Bruno—. *Pdegúntale*, Silvia. Yo no sé cómo.

Y entonces se inició una ávida charla en perruno, que naturalmente yo no entendí, y sólo pude suponer, cuando la hermosa criatura, con una traviesa ojeada hacia mí, susurró algo al oído de Silvia, que ahora el tema de conversación era yo. Silvia se giró riendo.

—Me ha preguntado quién era usted —explicó—. Y yo le he dicho: «Es nuestro amigo». Y ha contestado: «¿Cómo se llama?». Y yo he dicho: «Hombre señor». Y él ha contestado: «¡Bah!».

—¿Y qué significa «¡bah!» en perruno? —pregunté.

—Lo mismo que en nuestro idioma —dijo Silvia—. Sólo que, cuando es un perro quien lo dice, es una especie de susurro, mitad tos y mitad ladrido. Nerón, di «¡bah!».

Y Nerón, que se había puesto de nuevo a brincar a nuestro alrededor, dijo «¡bah!» varias veces; y vi que la descripción que había hecho Silvia del sonido era absolutamente certera.

—Me pregunto qué habrá tras esta larga tapia —dije, cuando reanudamos nuestro camino.

—Es la huerta —contestó Silvia, tras consultarlo con Nerón—. Mire, hay un chico bajándose de la tapia en aquella esquina. Y ahora ha echado a correr por el campo. ¡Me parece que ha estado robando las manzanas!

Bruno salió en su persecución, pero regresó enseguida, pues estaba claro que no tenía posibilidades de alcanzar al granujilla.

—¡No pude *cogedle*! —se lamentó—. Ojalá *habiera* echado a *cored* un poco antes. ¡Tenía los bolsillos llenos de manzanas!

El rey perro levantó la vista hacia Silvia y dijo algo en perruno.

—¡Pues claro que puedes! —exclamó Silvia—. ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡Nerón lo atraparé por nosotros, Bruno! Pero más vale que primero lo haga invisible. —A continuación sacó la joya mágica y empezó a agitarla sobre la cabeza de Nerón y a pasársela por el lomo.

—¡Con eso basta! —gritó Bruno, impaciente—. ¡*Tdas* él, *perito* bueno!

—¡Oh, Bruno! —profirió Silvia en tono de reproche—. ¡No deberías haberlo mandado para allá tan rápido! ¡No había terminado con la cola!

Entretanto, Nerón volaba a través del campo como un galgo, o al menos eso concluí a partir de lo único que podía ver de él —la larga y plumosa cola, que surcaba el aire como un meteoro—, y escasos segundos después había alcanzado al pequeño ladrón.

—¡Lo tiene cogido de un pie! —gritó Silvia, observando la persecución de manera expectante—. ¡Ya no hace falta correr, Bruno!



De modo que cruzamos el campo a paso muy tranquilo, hasta donde se encontraba el asustado muchacho. Apenas había visto cosa más curiosa, en todas mis experiencias «inquietas». Todas las partes de su cuerpo se retorcían violentamente, excepto el pie izquierdo, el cual aparentaba hallarse pegado al suelo, puesto que no había nada visible que lo sujetara; mientras tanto, a corta distancia, la larga y plumosa cola se meneaba graciosamente de un lado a otro, revelando que Nerón, al menos, veía todo el asunto como nada más que un espléndido juego.

—¿Qué te pasa? —dije, lo más serio que pude.

—¡M'ha dao un calambre n'el tobillo! —gruñó el ladrón en respuesta—. ¡Y se m'ha dormío un pie! —Luego se puso a lloriquear con fuerza.

—¡Atiende! —ordenó Bruno en tono autoritario, poniéndose delante de él—. ¡Tienes que *devolved* esas manzanas!

El joven me echó una mirada, pero no pareció pensar que mi intromisión fuera a crearle problemas. Luego miró a Silvia: ella, claramente, tampoco contaba demasiado. Entonces se envalentonó.

—¡Hará falta un hombre mejó que cualquiera de vosotros pa quitármelas! —repuso en actitud desafiante.

Silvia se inclinó y le dio unas palmaditas a Nerón.

—¡Aprieta un poco más! —susurró. Y un penetrante chillido del astroso muchacho mostró con qué rapidez había captado la indicación el rey perro.

—¿Qué te pasa ahora? —dije yo—. ¿Ha empeorado tu tobillo?

—¡Y se *ponerá peod, peod y peod* —le aseguró Bruno solemnemente hasta que no devuelvas esas manzanas!

Al parecer el ladrón se convenció finalmente de aquello, y empezó a vaciar malhumoradamente sus bolsillos de las manzanas. Los niños observaban a poca distancia, con Bruno danzando con regocijo a cada nuevo alarido que Nerón extraía del aterrado prisionero.

—Ya'stá —anunció el chico por fin.

—¡No está! —saltó Bruno—. ¡Quedan *tdes* en ese bolsillo!

Otra indicación de Silvia al rey perro —otro agudo alarido del ladrón, ahora también culpable de mentir y las tres manzanas restantes fueron entregadas.



—Suéltalo, por favor —dijo Silvia en perruno, y el muchacho se alejó renqueando a paso rápido, inclinándose de cuando en cuando para frotarse el dolorido tobillo, con miedo, aparentemente, de que el «calambre» pudiese atacarlo de nuevo.

Bruno volvió corriendo, con su botín, a la tapia de la huerta, y arrojó una a una las manzanas por encima de ella.

—¡Me temo *muchísimo* que algunas han caído bajo los *ádboles* equivocados! —jadeó, cuando nos alcanzó otra vez.

—¡Los árboles equivocados! —se rio Silvia—. ¡Los árboles no pueden equivocarse! ¡No hay árboles equivocados!

—¡Entonces tampoco puede *habed ádboles corectos*! —exclamó Bruno, y Silvia dejó la cuestión.

—¡Espere un momento, por favor! —me dijo ella—. ¡He de hacer visible a Nerón!, ¿sabe?

—¡*Pod favod*, no lo hagas! —pidió Bruno a voces, el cual ya se había montado sobre el lomo real y se encontraba retorciendo el regio pelo para convertirlo en unas bridas—. ¡Será muy *diveddtidísimo tenedlo* así!

—Sí que tiene un aspecto gracioso —reconoció Silvia, que abrió la marcha hacia la casa de labor, donde aguardaba la esposa del granjero, claramente perpleja ante la extraña procesión que se dirigía ahora hacia ella.

—¡Creo que algo le pasa a mis anteojos! —musitó, mientras se los quitaba y empezaba a limpiarlos diligentemente con una esquina de su delantal.

Silvia, entretanto, hizo bajar corriendo a Bruno de su montura, y apenas tuvo tiempo de volver a su majestad completamente visible antes de que los anteojos regresaran a su sitio.

Ahora todo era normal, pero la buena mujer todavía parecía un tanto intranquila al respecto.

—Mi vista va cada vez peor —dijo—, ¡pero ahora sí que os veo, preciosos! Me daréis un besito, ¿a que sí?

Bruno se refugió detrás de mí al instante; Silvia, sin embargo, levantó el rostro para recibir un beso, en representación de ambos, y todos entramos juntos en la casa.

Capítulo 5

Matilda Jane

—Ven conmigo, caballere —dijo nuestra anfitriona, subiendo a Bruno a su regazo—, y cuéntamelo todo.

—No puedo —contestó Bruno—. No *habdía* tiempo. Además, no lo sé todo.

La buena mujer puso cara de cierta estupefacción y se volvió hacia Silvia en busca de ayuda.

—¿Le gusta montar? —preguntó.

—Sí, me parece que sí —respondió Silvia con suavidad—. Acaba de montar a Nerón.

—Ah, Nerón es un perro magnífico, ¿no es cierto? ¿Alguna vez probaste un caballo, hombrecito?

—¡Nunca! —negó Bruno con gran decisión—. Los caballos no son para *comed*. ¿Usted se los come?

En aquel momento creí conveniente intervenir y mencionar el asunto que nos había traído allí, de modo que la liberé, durante unos minutos, de las desconcertantes preguntas de Bruno.

—¡Y estos queridos niños querrán un trozo de bizcocho, se lo aseguro! —comentó la hospitalaria mujer del granjero, una vez concluido el trabajo, mientras abría su armario y sacaba un bizcocho—. ¡Y no dejes la corteza, caballere! —agregó, a la vez que le pasaba una buena porción a Bruno—. ¿Sabes lo que dice el libro de poemas acerca de desperdiciar cosas adrede?

—No —dijo Bruno—. ¿El qué?

—¡Díselo tú, Bessie! —Y la madre bajó la mirada, con orgullo y amor, hacia una sonrosada muchachita que acababa de entrar lenta y tímidamente en la habitación, y se apoyaba en su rodilla—. ¿Qué es lo que dice tu libro de poemas sobre desperdiciar cosas adrede?

—Porque desperdiciar adrede un drama comprende —recitó Bessie, en un susurro casi inaudible—, y tal vez vivas para decir: «¡Ojalá tuviera esa corteza de la que entonces prescindí!».

—¡Ahora intenta decirlo tú, precioso! Porque desperdiciar...

—*Podque despeddiciad...* nosequenosecuántos... —empezó a repetir Bruno, bastante dispuesto, y a continuación se paró en seco—. ¡Ya no me *acueddo* de más!

—Bueno, ¿qué has aprendido entonces del poema? Al menos eso nos lo podrás decir, ¿no?

Bruno le dio un pequeño bocado al bizcocho y se quedó pensando, pero la

moraleja no parecía resultarle muy obvia.

—Siempre... —le apuntó Silvia en un susurro.

—*Siempde*... —repitió Bruno en voz baja, y entonces, súbitamente inspirado, añadió—: ¡*siempde mirad* adonde va!

—¿Adonde va *qué*, precioso?

—¡Pues la *codteza*. claro! —aclaró Bruno—. Entonces, si viviera para *decid*. «Ojalá tuviera esa *codteza*...» y todo eso, ¡*sabdía* dónde la tiré!

Esta nueva interpretación dejó completamente boquiabierto a la buena mujer, que regresó al tema de «Bessie».

—¿No os gustaría ver la muñeca de Bessie, cielitos? Bessie, ¡lleva a la señorita y al caballerete a ver a Matilda Jane!

La timidez de Bessie desapareció al instante.

—Matilda Jane se acaba de despertar —declaró, confidencialmente, a Silvia—. ¿Me ayudarás con su vestido? ¡Hacerle los lazos es un rollo!

—Eso puedo hacerlo yo —escuchamos decir a Silvia, con su dulce voz, mientras las dos niñas salían juntas de la habitación. Bruno ignoró todo aquello y se acercó tranquilamente a la ventana con verdaderos andares de refinado caballero. Las niñas y las muñecas no iban en absoluto con él.

Acto seguido la madre amatísima procedió a referirme (¿qué madre no está dispuesta a ello?) todas las virtudes de Bessie (y también sus defectos, de paso) y las muchas y temibles enfermedades que, a pesar de esos carrillos rubicundos y esa figura regordeta, a punto habían estado, repetidas veces, de barrerla de la faz de la tierra.

Cuando el caudaloso torrente de tiernos recuerdos prácticamente se hubo agotado, comencé a preguntarle por los hombres que trabajaban en aquella zona, y en especial por el tal «Willie», del que habíamos oído hablar en su propia casa.

—En su día era un buen hombre —dijo mi amable anfitriona—, ¡pero su ruina ha sido la bebida! No es que yo se la fuese a quitar a los hombres, a la mayoría de ellos les hace bien, pero hay algunos demasiado débiles como para soportar las tentaciones de las barricas; es una inmensa lástima, para esos, ¡que construyesen el León Dorado en esa esquina!

—¿El León Dorado? —repetí.

—Es la nueva taberna —explicó la mujer—. Se encuentra justo de camino, a mano para los obreros, cuando vuelven del ladrillal, los días como hoy, con su salario semanal. Un buen montón de dinero se va de ese modo. Y algunos de ellos se emborrachan.

—Si sólo pudiesen conseguir la bebida en sus propias casas... —cavilé, sin darme apenas cuenta de que había hablado en voz alta.

—¡Así es! —exclamó ella con entusiasmo. Se trataba evidentemente de una solución al problema con la que ella ya había dado—. Si tan sólo se pudiese conseguir que cada hombre tuviera su propio barrilito en casa, ¡difícilmente habría un

solo borracho a lo largo y ancho del país!

Entonces le conté la vieja historia de un cierto hombre de pueblo que se compró un pequeño barril de cerveza y puso a su esposa al cuidado del mismo, y de cómo, cada vez que quería tomarse su jarra, se la pagaba siempre directamente a ella, y ella nunca le «fiaba», y era una camarera totalmente inflexible que jamás le permitía excederse más de lo debido; cada vez que había que rellenar el barril, la mujer disponía de dinero en abundancia para ello, y lo que sobraba, lo metía en la hucha. Al terminar el año, él no sólo poseía una salud y un ánimo de primera, con ese aire indefinible pero inconfundible que siempre distingue al hombre sobrio del que «se pasa un poquitín», sino que además tenía una hucha llena de dinero, ¡ahorrado enteramente de su propio bolsillo!

—¡Ojalá todos hicieran lo mismo! —deseó la buena mujer, secándose los ojos, rebosantes de gentil compasión—. La bebida no habría de ser entonces la maldición que es para algunos...

—Únicamente es una maldición —dije yo— cuando se usa de manera incorrecta. Cualquiera de los dones de Dios puede convertirse en una maldición, si no lo utilizamos con sabiduría. Pero debemos volver ya a casa. ¿Le importaría llamar a las niñas? ¡Estoy seguro de que Matilda Jane ha tenido compañía suficiente, por un día!

—Las traeré enseguida —señaló mi anfitriona, levantándose para salir de la habitación—. ¿Quizá ese joven caballero vio adonde fueron?

—¿Dónde están, Bruno? —le pregunté.

—No están en el campo —fue su respuesta, un tanto evasiva—, *podque* allí sólo hay *ceddos*, y Silvia no es un *ceddo*. Y no me vuelva a *interumpid*, *podque* le estoy contando una historia a esta mosca, ¡y se *distdae*!

—¡Están donde los manzanos, se lo garantizo! —sugirió la mujer del granjero. De manera que dejamos que Bruno concluyera su relato y salimos a la huerta, donde no tardamos en encontrar a las niñas, que caminaban con calma una junto a la otra; Silvia llevaba la muñeca, mientras la pequeña Bessie le tapaba la cara a esta última con una gran hoja de repollo a modo de parasol.

Nada más vernos, la pequeña Bessie soltó la hoja y vino corriendo a recibirnos, mientras Silvia la seguía más despacio, ya que su preciosa carga evidentemente requería mayor cuidado y atención.

—Yo soy su mamá, y Silvia la niñera principal —explicó Bessie—; y Silvia me ha enseñado una canción de lo más bonita, ¡para que se la cante a Matilda Jane!

—Oigámosla otra vez, Silvia —pedí, encantado de tener la oportunidad, que tanto tiempo llevaba deseando, de oírla cantar. Pero a Silvia le entró vergüenza y se acobardó al momento.

—¡Oh, no, por favor! —me dijo, en un serio «aparte»—. Bessie se la sabe ya a la perfección. ¡Puede cantarla ella!

—¡Eso, eso! ¡Que la cante Bessie! —animó la orgullosa madre—. Bessie también tiene una voz bonita —este fue otro «aparte» para mí—, ¡aunque esté mal que yo lo

diga!

Bessie se mostró tremendamente encantada de aceptar el «bis». De manera que la rechonchita mamá se sentó a nuestros pies, con su horrorosa hija apoyada de forma rígida en el regazo (era de las que no se sientan, por muchísima persuasión que uno empleara), y, luciendo un rostro sencillamente radiante de felicidad, empezó a cantar la nana, con un berrido que debería de haberle provocado un ataque al pobre bebé. La niñera principal se agachó detrás de ella, manteniéndose respetuosamente en segundo plano, con las manos sobre los hombros de la joven señora de la casa, como si estuviese preparada para hacer de apuntadora, en caso de necesidad, y llenar «cada hueco de la traicionera memoria».

El chillido con el que empezó resultó ser únicamente un esfuerzo momentáneo. Tras muy pocas notas, Bessie redujo la intensidad, y siguió cantando en una voz suave pero muy dulce. Al principio sus grandes ojos negros estaban clavados en su madre, pero pronto su mirada se perdió arriba, entre las manzanas, y pareció haberse olvidado por completo de que había más gente escuchando aparte de su bebé y su niñera principal, quien una o dos veces proporcionó, de manera casi inaudible, la nota correcta, cuando a la cantante empezaba a faltarle un poco de altura.

Matilda Jane, nunca miras
de mis libros los dibujos
que enseñarte yo procuro.
¡Has de estar ciega, Matilda!

Te cuento historias y enigmas,
mas no podemos hablar
pues no respondes jamás.
¡Te creo muda, Matilda!

Cielo, por mucho que insista,
nunca parece oír
mis llamadas hacia ti.
¡Estás tan sorda, Matilda!

Matilda Jane, tú tranquila:
aunque seas muda, sorda
y ciega, alguien te adora,
¡y ese alguien soy yo, Matilda!

Cantó tres de las estrofas de una manera bastante mecánica, pero fue evidente que la última emocionó a la muchachita. Su voz se alzó, cada vez más clara y fuerte; tenía una expresión de embelesamiento en el rostro, como si estuviese experimentando una

súbita inspiración, y, en el momento de cantar las últimas palabras, sujetó con fuerza contra el pecho a la desatenta Matilda Jane.

—¡Ahora dale un beso! —le recordó la niñera. Y al instante la faz inexpresiva y bobalicona del bebé se vio cubierta por una lluvia de apasionados besos.

—¡Qué canción más bonita! —exclamó la mujer del granjero—. ¿Quién se inventó la letra, cielito?

—Cr-creo que iré a buscar a Bruno —se excusó Silvia de forma pudorosa, y nos dejó a toda prisa. La curiosa niña parecía siempre temerosa de recibir elogios, o incluso simple atención.

—Fue Silvia —nos informó Bessie, orgullosa de su información superior—; y Bruno creó la música... ¡y yo la canté! —circunstancia esta última, por cierto, que no hacía falta que nos notificara.

Seguimos, pues, a Silvia, y todos entramos juntos al salón. Bruno seguía aún en la ventana, con los codos apoyados en el alféizar. Aparentemente ya había terminado de contarle la historia a la mosca y encontrado una nueva ocupación.

—¡No me *imperumpáis!* —dijo a nuestra llegada—. ¡Estoy contando los *ceddos* en el campo!

—¿Cuántos hay? —inquirí.

—Unos mil y *cuatdo* —señaló Bruno.

—Querrás decir «unos mil» —lo corrigió Silvia—. No sirve de nada que añadas «y cuatro»: ¡no puedes estar seguro de esos cuatro!

—¡Y tú te equivocas como *siempde!* —exclamó Bruno con triunfalismo—. Es sólo de los *cuatdo* de los que puedo *estad* seguro ¡*podque* están aquí, hociendo debajo de la ventana! ¡Los «mil» son los que he contado de manera *apdoximada!*



—Pero algunos de ellos se han metido en la pocilga —señaló Silvia, inclinándose sobre él para mirar por la ventana.

—Sí —reconoció Bruno—, pero *entdaron* tan lentos y tan pocos, que no me molesté en *sumadlos*.

—Tenemos que irnos, niños —anuncié—. Despedíos de Bessie. —Silvia rodeó con sus brazos el cuello de la muchachita y le dio un beso, pero Bruno guardó las distancias, con gesto desacostumbradamente tímido. («¡Yo sólo doy besos a Silvia!», me explicó más tarde). La mujer del granjero nos acompañó a la puerta, y poco después habíamos emprendido ya el regreso a Elveston.

—Supongo que esa es la nueva taberna de la que estuvimos hablando —comenté, cuando vimos un edificio bajo y alargado con las palabras «El León Dorado» sobre la puerta.

—Sí, esa es —asintió Silvia—. Me pregunto si estará dentro el Willie de aquella mujer. Entra un momento, Bruno, y mira a ver.

Yo me interpuse, pues me parecía que Bruno, en cierto modo, estaba a mi cuidado.

—No es un lugar en el que deban entrar niños. —Los parroquianos estaban ya empezando a armar jarana, y una mezcla estrepitosa y discordante de cantos, gritos y risas sin sentido llegaba hasta nosotros a través de las ventanas abiertas.

—Ellos no le verán, ya sabe —explicó Silvia—. ¡Aguarda un segundo, Bruno! —

Cogió la joya que siempre pendía de su cuello, sujetándola entre las palmas de las manos, y murmuró para sí unas pocas palabras. Me fue imposible discernirlas, pero al momento pareció acontecer una misteriosa transformación. Tuve la impresión de que mis pies ya no tocaban el suelo, y la sensación, como si estuviera soñando, de que súbitamente poseía la capacidad de flotar en el aire. Todavía era capaz de ver a los niños, pero sus figuras eran difusas e insustanciales, y sus voces sonaban como si llegasen desde un tiempo y un lugar lejanos, de lo irreales que eran. No obstante, no puse nuevas objeciones a que Bruno entrara en la taberna. A los pocos momentos, regresó.

—No, todavía no ha venido —informó—. Están hablando de él *adentro*, y comentando lo *boracho* que se puso la semana pasada.

Mientras decía esto, uno de los hombres salió por la puerta en actitud relajada, con una pipa en una mano y una jarra de cerveza en la otra, y cruzó hasta donde nos encontrábamos con objeto de tener una mejor visión del camino. Otros dos o tres se asomaron por la ventana abierta, sosteniendo cada uno su propia jarra, con rostros colorados y ojos somnolientos.

—¿Pues verlo, chacho? —preguntó uno de ellos.

—No sé —contestó el hombre, dando un paso adelante, lo cual nos colocó casi frente a frente. Silvia tiró de mí con urgencia para apartarme de su camino.

—Gracias, niña —dije—. Había olvidado que no podía vernos. ¿Qué habría pasado si me hubiese quedado en medio?

—Lo desconozco —admitió Silvia con gravedad—. A nosotros dos no nos afectaría, pero tal vez con usted sea distinto. —Dijo esto con su tono de voz habitual, pero el hombre no pareció percatarse, a pesar de encontrarse ella justo delante de él, y de estar mirándole a la cara mientras hablaba.

—¡Ya viene! —gritó Bruno, señalando al fondo del camino.

—¡Ya viene p'acá! —repitió el hombre, extendiendo el brazo justo sobre la cabeza de Bruno, y apuntando con su pipa.

—¡Tonces cantemos otra vé! —vociferó uno de los enrojecidos hombres de la ventana, y, acto seguido, una docena de gargantas aullaron, siguiendo una melodía áspera y discordante, el estribillo:

Estamos él, tú y yo,
¡colegas de juerga!
Amamos la diversión,
pues somos sin excepción
colegas de juerga.
¡Colegas de juerga!

El hombre entró de nuevo con paso tranquilo en la taberna, uniéndose con

entusiasmo al estribillo mientras lo hacía, de modo que los niños y yo éramos los únicos en el camino cuando «Willie» llegó.

Capítulo 6

La mujer de Willie

Se dirigió a la puerta de la taberna, pero los niños lo interceptaron. Silvia se le colgó de un brazo, al tiempo que Bruno, en el lado opuesto, lo empujaba con todas sus fuerzas, y muchos gritos inarticulados de «¡Arre! ¡Ria! ¡So!» que había oído a los cocheros de carruajes.

«Willie» no se apercibió en lo más mínimo de su presencia; era consciente únicamente de que «algo» lo había detenido; y, a falta de cualquier otro modo de explicárselo, pareció considerarlo un acto voluntario.

—No voy a entrá —dijo—; hoy no.

—¡Una jarra cerveza no t'hará daño! —le gritaron a coro sus amigos—. ¡Ni dos jarras! ¡Ni una docena!

—No —se plantó Willie—. Me voy pa casa.

—¿Qué? ¿Sin bebé na, Willie, compadre? —vocearon los demás. Pero el «compadre» no estaba por la labor de discutir y se dio media vuelta porfiado, mientras los niños lo flanqueaban para protegerlo de cualquier cambio en su súbita resolución.

Durante un rato continuó su camino de manera bastante decidida, con las manos en los bolsillos y silbando suavemente una melodía, al ritmo de sus pesados pasos; su éxito en aparentar una absoluta despreocupación fue casi completo, pero un observador cuidadoso habría notado que había olvidado la segunda parte del aire, y que, cuando lo interrumpió, empezó otra vez desde el principio, pues estaba demasiado nervioso como para pensar en otro, y demasiado inquieto como para soportar el silencio.



Ahora no era el viejo miedo el que lo dominaba; el viejo miedo que había sido su sombrío compañero cada noche de sábado que alcanzaba a recordar mientras avanzaba dando tumbos, apoyándose en cancelas y cercas de jardín, y cuando los agudos reproches de su esposa le parecían a su aturrido cerebro únicamente el eco de una voz interior todavía más penetrante, el intolerable lamento de un remordimiento sin solución; era un miedo completamente nuevo el que lo había asaltado ahora: la vida había adquirido una nueva paleta de colores, y un brillo inédito y deslumbrante, y aún no veía cómo su vida doméstica, y su esposa e hija, iban a encajar en el nuevo orden de las cosas; la misma novedad de todo aquello provocaba, en su mente sencilla, un desconcierto y un terror abrumador.

Y entonces la melodía mutó en un repentino silencio en los labios temblorosos cuando torció abruptamente una esquina y vio su propia casa, donde su mujer

aguardaba, reclinada en el portillo con los brazos cruzados, y contemplando el camino con un semblante pálido, en el cual no había ni una luz de esperanza... sólo la pesada sombra de una profunda y glacial desesperación.

—¡Bien pronto llegas hoy, chacho! ¡Bien pronto! —Las palabras podrían haber sido una bienvenida, pero ¡oh, con qué tono de resentimiento las pronunció!—. ¿Qué t'ha hecho abandoná a tus alegres amigos, y los bailes y las tonterías? Imagino que traes los bolsillos vacíos, ¿ch? ¿O a lo mejó vienes pa vé morí a tu chiquilla? El bebé'stá muerto d hambre, y no tengo boca ni sorbo que darle. ¿Pero a ti qué ma te da? —Abrió el portillo con violencia y lo recibió con ojos encendidos por la furia.

El hombre no dijo nada. Lentamente, y mirando al suelo, pasó al interior de la casa, mientras ella, un tanto aterrada por su extraño silencio, lo siguió sin decir ni una palabra más; y no fue hasta que él se hubo desplomado sobre una silla, con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza gacha, que logró recuperar el habla.

Nos pareció totalmente natural entrar con ellos; en una ocasión distinta uno habría pedido permiso, pero yo tenía la sensación, no sabía por qué, de que éramos invisibles de algún modo misterioso, y tan libres de ir y venir como espíritus incorpóreos.

El bebé de la cuna se despertó, y elevó un llanto lastimero que al momento atrajo a los niños hasta su lado; Bruno meció la cuna, al tiempo que Silvia recolocaba con ternura la cabecita sobre la almohada de la que se había resbalado. Pero la madre no prestó atención al lloro, ni siquiera al gorjeo de satisfacción que emitió la criatura cuando Silvia le devolvió el contento; únicamente miraba a su marido, intentando en vano, con labios blancos y trémulos (creo que pensaba que se había vuelto loco), hablarle en el tono estridente y reprobatorio que él tan bien conocía.

—Y t'has gastao to'l salario, me parta un rayo si no, en la bebía del mismo diablo, hasta perdé el sentío, como siempre haces...

—No —masculló el hombre, con una voz apenas más fuerte que un susurro, mientras vaciaba lentamente sus bolsillos, desparramando su contenido sobre la mesa—. Ahí tie su salario, señora; ca penique.

La mujer se quedó boquiabierta y se llevó una mano al corazón, como si hubiera sufrido un gran ataque de sorpresa.

—¿Cómo has conseguido'ntonces la bebía?

—No he bebío —le respondió él, en un tono más triste que airado—. Este bendito día no he probao una gota. ¡No! —vociferó, golpeando fuertemente la mesa con su puño cerrado y levantando la cabeza hacia su mujer con ojos brillantes—, ni jamás probaré otra gota de la maldita bebía... hasta que me muera... ¡con la ayúa de Dios mi creado! —Su voz, que se había elevado súbitamente en un grito ronco, descendió de nuevo con la misma rapidez; luego volvió a bajar la cabeza y enterró el rostro entre sus brazos cruzados.

La mujer había caído de rodillas junto a la cuna, mientras su esposo hablaba. Ni lo miró ni pareció oírlo. Con las manos unidas sobre la cabeza, se balanceaba

violentamente adelante y atrás.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —era lo único que repetía, una y otra vez.

Silvia y Bruno separaron con delicadeza sus manos y se las bajaron, hasta que tuvo un brazo en torno a cada uno de ellos, aunque los ignoró por completo, y permaneció arrodillada con los ojos levantados al cielo, y unos labios que se movían como en un silencioso agradecimiento. El hombre mantenía el rostro escondido y no profería sonido alguno, pero uno podía *ver* los sollozos que lo sacudían de pies a cabeza.

Pasado un rato, él alzó la cabeza, con el rostro completamente húmedo por las lágrimas.

—¡Polly! —dijo con suavidad; y luego, más fuerte—: ¡Mi quería Poli!

Entonces ella se puso en pie y fue hasta él, con expresión aturdida, como si estuviera caminando en sueños.

—¿Quién m'ha llamao «quería Poli»? —preguntó; su voz adoptó al hablar un tono de tierna picardía; sus ojos centelleaban, y la sonrosada luz de la juventud inundó sus pálidas mejillas hasta que pareció más una alegre chica de diecisiete que una ajada mujer de cuarenta—. ¿Ha sío mi muchacho, mi Willie, que m'espera en el paso de la cerca?

También el rostro de él experimentó una transformación, bajo la acción de la misma luz mágica, hasta asemejar el de un tímido joven, y unos mozuelos aparentaban ser cuando él la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí, mientras con el otro arrojaba lejos el montón de dinero, como si su contacto le resultase odioso.

—¡Cógelo, muchacha! —dijo—. ¡Llévatelo to! Y tráenos algo que comé, pero compra primero un poco leche pa'l bebé.

—¡Mi pequeño bebé! —murmuró ella mientras recogía las monedas—. ¡Mi nena! —Después se dirigió hacia la puerta y se dispuso a salir, pero un súbito pensamiento pareció detenerla; regresó apresuradamente: primero para arrodillarse a besar al bebé dormido, y luego para arrojarle a los brazos de su esposo y estrecharse con fuerza contra su corazón. Acto seguido se puso en marcha, llevándose con ella una jarra que pendía de un gancho cerca de la puerta; nosotros la seguimos a corta distancia.

No habíamos andado mucho cuando vimos un letrero colgante que exhibía la palabra «Lechería», y allí entró la mujer, que fue bienvenida por un perrillo blanco de pelo ensortijado, el cual, sin estar bajo la influencia «inquietante», vio a los niños y los recibió de un modo de lo más efusivo. Cuando pasé al interior de la tienda, el lechero se disponía a coger el dinero.

—¿Es pa usted, señora, o pa'l bebé? —preguntó, tras llenar la jarra, haciendo una pausa con ella en la mano.

—¡Pa'l bebé! —dijo ella, casi en tono de reproche—. ¿Se cree que probaría una sola gota mientras ella *n'habiera* comío?

—Está bien, señora —contestó el hombre, dándose la vuelta con la jarra en la mano—. Tonces asegurémonos de que é suficiente. —Se dirigió al fondo del

establecimiento, entre sus repisas con boles de leche, cuidando de mantenerse de espaldas a ella mientras echaba una pequeña medida de nata en la jarra, y susurraba para sí—: ¡Quizá esto anime un poco a la nenita!



La mujer no llegó a percatarse de la buena acción, sino que recogió la jarra con un sencillo: «Ñas tardes, señó», y se marchó, pero los niños habían estado más atentos y, cuando la seguimos afuera, Bruno comentó:

—Eso ha sido muy *amablísimo*; y adoro a ese *hombde*. Y si yo fuese muy *diquísimo* le daría cien *libdas*, y un bollo. ¡Ese *perito gduñón* no sabe *metedse* en sus asuntos! —Se refería al perrillo del lechero, el cual daba la impresión de haber olvidado por completo la afectuosa bienvenida que nos había brindado a nuestra llegada, y ahora nos seguía a una respetuosa distancia, al tiempo que se empleaba a fondo para «acelerar la partida del invitado» con un aluvión de pequeños y estridentes ladridos, que parecían pisarse unos a otros.

—¿Cuáles son los «asuntos» de un perro? —rio Silvia—. ¡No pueden llevar tiendas y dar el cambio!

—Los asuntos de las *hedmanas* no son *deídse* de sus *hedmanos* —replicó Bruno completamente serio—. Y los de los *peros* son *laddad*... pero no así: debería *acabad* un *laddido* antes de *empezad otdo*, y debería... ¡Oh, Silvia, ahí hay dieleontes!

Y un momento después los felices niños volaban a través del ejido en una carrera por alcanzar el terreno alfombrado de dientes de león.

Mientras los observaba, me asaltó una extraña sensación, como si estuviera soñando: un andén del ferrocarril pareció tomar el lugar del verde prado y, en vez de la leve figura saltarina de Silvia, creí ver la silueta moviéndose a toda velocidad de *lady* Muriel, pero no fui capaz de juzgar si Bruno había experimentado igualmente una transformación para convertirse en el anciano al que ella trataba de alcanzar a la carrera, pues la sensación se fue tan súbitamente como vino.

Cuando retorné a la pequeña sala de estar que compartía con Arthur, lo encontré de pie, dándome la espalda y mirando por la ventana abierta, y evidentemente no me había oído entrar. Una taza de té, que parecía haber sido probada nada más y apartada a un lado, descansaba sobre la mesa, en cuyo extremo contrario había una carta, apenas comenzada, con la pluma encima; un libro abierto yacía en el sofá; el periódico de Londres ocupaba el sillón; y sobre la mesita que había junto a él vi un puro sin encender y una caja de cerillas abierta; todo indicaba que el doctor, de costumbre tan metódico y autosuficiente, había estado intentando ocupar su tiempo con todo lo que se le había ocurrido, ¡sin lograr decidirse por nada!

—¡Esto es tan impropio de usted, doctor! —comencé a decir, pero callé, cuando él se giró al oír mi voz, por el puro asombro que me produjo el maravilloso cambio que se había obrado en su apariencia. Jamás antes había visto un rostro tan radiante de felicidad, ¡ni ojos que brillaran con una luz tan celestial! «¡Exactamente este! —pensé—, debió de ser el aspecto del ángel de la anunciación, que comunicó a los pastores que vigilaban de noche sus rebaños aquel dulce mensaje de ¡“paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres”!».

—¡Sí, querido amigo! —dijo, como en respuesta a la pregunta que, imagino, leyó en mi semblante—. ¡Es cierto! ¡Es cierto!

No hacía falta preguntar «qué» era cierto.

—¡Dios os bendiga a ambos! —exclamé, mientras notaba cómo se me saltaban las lágrimas de felicidad—. ¡Estáis hechos el uno para el otro!

—Así es —contestó, simplemente—. Es lo que creo. ¡Y qué cambio produce en la vida de uno! ¡Este ya no es el mismo mundo! ¡Ese no es el cielo que veía ayer! Esas nubes... ¡nunca en mi vida había visto nubes parecidas! ¡Parecen ejércitos de ángeles que nos sobrevuelan!

A mí me parecían nubes de lo más corrientes, ¡pero claro que yo no me había alimentado «de ambrosía celestial, y bebido la leche del Paraíso»^[*]!

—Ella quiere verte... de inmediato —añadió, descendiendo de pronto a asuntos mundanos—. ¡Dice que es la gota que falta todavía en su copa de la felicidad!

—Iré ahora mismo —dije, mientras me daba la vuelta para abandonar la habitación—. ¿No quieres acompañarme?

—¡No, señor! —repuso el doctor, en un súbito esfuerzo, que resultó un completo fracaso, de recobrar su conducta profesional—. ¿Acaso doy esa impresión? ¿Nunca ha oído que dos son compañía, y...?

—Sí —lo interrumpí—, lo he oído; ¡y soy dolorosamente consciente de ser el número tres! Pero ¿cuándo nos reuniremos otra vez los tres?

—¡Cuando pase todo el jaleo! —respondió con una alegre carcajada, como no le había oído en muchos años.

Capítulo 7

Mein Herr

De modo que emprendí mi solitario camino y, al llegar al Hall, encontré a *lady* Muriel esperándome en la cancela del jardín.

—No hace falta que le transmita felicidad, ni que se la desee, ¿verdad? —fue lo primero que dije.

—¡En absoluto! —contestó ella, riendo alegremente como una niña—. Damos a las personas lo que no tienen; deseamos lo que está aún por venir. ¡Para mí, todo está aquí! ¡Es todo mío! Querido amigo —se interrumpió de improviso—; ¿cree que el Cielo da comienzo en la tierra, para alguno de nosotros?

—Para algunos —opiné—. Para algunas personas, tal vez, sencillas e inocentes como niños. Sabe que él dijo: «de ellos es el Reino de los Cielos».

Lady Muriel entrelazó sus manos y levantó la vista al cielo despejado con una expresión que había visto muchas veces en los ojos de Silvia.

—Me siento como si hubiera comenzado para mí —declaró, casi en un susurro—. Me siento como si yo fuese uno de los felices niños que Él pidió que le acercaran, aunque la gente prefiriese que no. Sí, Él me ha visto entre la multitud. Ha descifrado el melancólico deseo en mis ojos. Me ha invitado a acercarme a Él con un gesto. Ellos han tenido que apartarse para dejarme pasar. Me ha cogido en sus brazos. ¡Ha colocado sus manos sobre mí y me ha bendecido! —Paró de hablar, sin resuello por su felicidad absoluta.

—Sí —asentí yo ¡Creo que así ha sido!

—Tiene que venir a hablar con mi padre —continuó diciendo, mientras permanecíamos uno al lado del otro en la cancela, con la vista puesta en el sombrío camino. Pero en el mismo momento en que ella pronunciaba estas palabras, me asaltó de repente la sensación de «inquietud»; y vi cómo se acercaba hacia nosotros el querido y viejo profesor, y también, lo cual resultaba incluso más extraño, ¡que era visible para *lady* Muriel!

¿Qué había de hacerse? ¿Se había fundido la vida del mundo de las hadas con la real? ¿O acaso compartía *lady* Muriel el estado de «inquietud», y poseía por tanto la capacidad de adentrarse conmigo en el mundo feérico? Me disponía a decir algo («Estoy viendo a un viejo amigo mío en el camino; si no lo conoce, ¿quiere que se lo presente?») cuando ocurrió algo extrañísimo: *lady* Muriel habló.

—Estoy viendo a un viejo amigo mío en el camino —dijo ella—: si no lo conoce, ¿quiere que se lo presente?

Me pareció despertar de un sueño, ya que aún notaba con fuerza la sensación de

«inquietud», y la figura ante mis ojos parecía cambiar a cada instante, como una de las imágenes de un caleidoscopio: en un momento era el profesor, ¡y al siguiente era alguien distinto! Para cuando llegó a la cancela, no cabía duda de que era otra persona, y sentí que el proceder correcto era que *lady* Muriel, y no yo, lo presentara. Ella lo saludó amablemente y, tras abrir la cancela, invitó a pasar al venerable anciano —un alemán, a todas luces— que miraba a su alrededor con expresión confundida, ¡como si él también acabase de despertar de un sueño!

No, ¡claramente no se trataba del profesor! Mi viejo amigo no podría haberse dejado crecer una barba tan magnífica desde la última vez que nos vimos; además, me habría reconocido, pues yo albergaba la seguridad de no haber cambiado tanto durante ese tiempo.

De tal modo, se limitó a mirarme de manera vaga, y se quitó el sombrero en respuesta a las siguientes palabras de *lady* Muriel: «Permita que le presente a Mein Herr»; mientras que en su contestación, articulada con un fuerte acento alemán: «¡Es un orgullo conocerlo, señor!», no pude detectar el menor atisbo de que nos hubiéramos visto antes en alguna ocasión.

Lady Muriel nos condujo al familiar rincón lleno de sombra donde ya se habían hecho los preparativos del té de la tarde; luego, mientras ella entraba en la casa en busca del earl, nosotros nos sentamos en dos butacas, y Mein Herr echó mano a la labor de *lady* Muriel y la examinó a través de sus amplios anteojos (uno de los complementos que le conferían un aspecto tan incómodamente similar al del profesor).

—¿Cosiéndole el dobladillo a unos pañuelos? —dijo en tono pensativo—. Así que a esto dedican el tiempo las damas inglesas, ¿eh?

—¡Es la única destreza —señalé— en la que el hombre nunca ha sido rival para la mujer!

Lady Muriel regresó entonces con su padre y, después de intercambiar algunas palabras amistosas con Mein Herr, y de habernos provisto todos de las comodidades necesarias, el recién llegado volvió al sugerente tema de los pañuelos de bolsillo.

—¿Ha oído hablar de la bolsa de Fortunatus, *milady*? ¡Ah, sí! ¿Se sorprendería al saber que, con tres de estos pequeños pañuelos, será capaz de hacerla, de manera totalmente sencilla y rápida?

—¿En serio? —respondió *lady* Muriel con entusiasmo, mientras colocaba un montón de ellos en su regazo y enhebraba su aguja—. ¡Por favor, dígame cómo, Mein Herr! ¡Haré una antes de probar una gota más de té!

—Primero... —empezó a explicar Mein Herr, proveyéndose de dos de los pañuelos, extendiendo uno sobre el otro y sujetándolos en el aire por dos esquinas primero una estas esquinas superiores, la derecha con la derecha, la izquierda con la izquierda, y la abertura entre ellas será la boca de la bolsa.

Unas pocas puntadas bastaron para llevar a efecto aquellas indicaciones.

—Y ahora, si coso los tres bordes restantes —sugirió *lady* Muriel—, ¿la bolsa

está terminada?

—No, *milady*, los bordes inferiores han de unirse antes... ¡oh, así no! —la corrigió, pues ella estaba empezando a coserlos—. Dele la vuelta a uno de ellos, luego junte la esquina inferior derecha de uno con la esquina inferior izquierda del otro, y cosa los bordes de abajo, como diría usted, «al revés».



—¡Entiendo! —dijo *lady* Muriel, en tanto ejecutaba diestramente la orden—. ¡Pues es una bolsa muy retorcida, incómoda y de aspecto sorprendente! Pero la moraleja resulta encantadora. ¡La riqueza ilimitada sólo puede conseguirse haciendo las cosas al revés! ¿Y cómo se supone que hemos de unir estas misteriosas... digo, esta misteriosa abertura? —comentó, dándole vueltas y vueltas al objeto con aire confuso—. Sí, es una sola abertura. Al principio me pareció que eran dos.

—¿Alguna vez ha visto el rompecabezas del anillo de papel? —prosiguió *Mein Herr*, dirigiéndose al *earl*—, ¿en el que coge un pedazo de papel, y une sus extremos, retorciendo antes uno, como si quisiera juntar la esquina superior de un extremo con la esquina inferior del otro?

—Lo vi hacer, ayer mismo —respondió el *earl*. Muriel, hija mía, ¿no hiciste tú uno, para entretener a esos niños que invitaste al té?

—Sí, conozco ese rompecabezas —afirmó *lady* Muriel—. El anillo tiene una sola superficie y un solo borde. Es muy misterioso.

—La bolsa es exactamente igual, ¿no es cierto? —sugerí yo—. ¿No es la superficie externa de uno de sus lados continua con la superficie interna del otro lado?

—¡En efecto! —exclamó ella—. Sólo que no es una bolsa, todavía. ¿Cómo llenaremos esta abertura, *Mein Herr*?

—¡Así! —anunció el anciano de manera chocante, para luego quitarle la bolsa y ponerse en pie emocionado por la explicación—. El borde de la abertura está formado por cuatro bordes de pañuelo, y uno puede seguirlo de manera continua, alrededor de toda la abertura: bajando por el borde derecho de un pañuelo, subiendo por el borde izquierdo del otro ¡y después bajando por el borde izquierdo del primero y subiendo por el borde derecho del segundo!

—¡Naturalmente! —murmuró pensativamente *lady* Muriel, con la cabeza apoyada en una mano, mientras observaba con gesto de concentración al anciano—. ¡Y eso resulta ser una sola abertura!

Su aspecto recordaba de un modo tan extraño al de una niña, confusa ante una lección difícil, y Mein Herr se comportaba, por el momento, de forma tan parecida al viejo profesor, que me invadió un total desconcierto; la sensación de «inquietud» era profundamente intensa en mí, y me sentí casi impelido a decir: «¿Lo entiendes, Silvia?». No obstante, logré guardar silencio con gran esfuerzo, y dejé que el sueño (si es que lo era, en realidad) se desarrollase hasta el final.

—Ahora, este tercer pañuelo —continuó Mein Herr— posee asimismo cuatro bordes, que uno puede seguir de manera continua dando toda la vuelta; lo único que hay que hacer es unir sus cuatro bordes con los cuatro bordes de la abertura. La bolsa está entonces completa, y su superficie externa...

—¡Ya comprendo! —lo cortó *lady* Muriel con exaltamiento—. ¡Su superficie externa será continua con la interna! Pero llevará tiempo hacerlo. La coseré después del té. —Dejó la bolsa a un lado, y cogió otra vez su taza—. ¿Pero por qué la llama la «bolsa de Fortunatus», Mein Herr?

El adorable anciano le sonrió jovialmente de oreja a oreja, exhibiendo un parecido más fiel al profesor que nunca.

—¿Es que no lo ve, mi niña... quiero decir, *milady*? Todo lo que está dentro de la bolsa, también está fuera, y viceversa. ¡Así que tiene toda la riqueza del mundo en esa pequeña bolsa!

Su pupila aplaudió, con desaforado placer.

—Desde luego coseré el tercer pañuelo... en algún momento —señaló—, pero no voy a consumir su tiempo tratando de hacerlo ahora. ¡Cuéntenos más cosas maravillosas, por favor! —Y su cara y su voz me recordaron con tal exactitud a las de Silvia, que no pude evitar echar un vistazo en derredor mío, ¡esperando en parte ver también a Bruno!

Mein Herr comenzó a hacer equilibrios con su cuchara en el borde de su taza de té, mientras le daba vueltas en su cabeza a aquella petición.

—¿Algo maravilloso... como la bolsa de Fortunatus? Que ella te proporcionará, una vez fabricada, más riquezas de las que jamás hayas podido soñar, ¡pero no te dará tiempo!

Siguió un silencio que *lady* Muriel empleó para el muy práctico propósito de volver a llenar las tazas de té.

—En su país —comenzó a decir Mein Herr sin previo aviso, sorprendiendo a todos—, ¿dónde acaba todo el tiempo que se pierde?

Lady Muriel puso un gesto serio.

—¿Quién sabe? —susurró medio para sus adentros—. Todo lo que uno sabe es que se ha ido... ¡para no volver!

—Bueno, en mi... quiero decir, en un país que visité —rectificó el anciano—, lo guardan; ¡y resulta de lo más útil, años después! Por ejemplo, imagine que tiene una tarde larga y tediosa por delante; nadie con quien hablar; nada interesante que hacer, y aún quedan horas para irse a la cama. ¿Qué hace entonces?

—Me pongo de muy mal humor —admitió ella con franqueza— ¡y me entran ganas de lanzar cosas por la habitación!

—Cuando eso le sucede a... a la gente que visité, nunca actúan así. Mediante un breve y sencillo proceso, que no puedo explicarle, guardan las horas inútiles y, en alguna otra ocasión, cuando por un casual necesitan tiempo adicional, lo vuelven a sacar.

El earl escuchaba con una sonrisa ligeramente incrédula.

—¿Por qué no puede explicar el proceso? —inquirió.

Mein Herr tenía preparada una razón a prueba totalmente de réplicas.

—Porque no tienen palabras, en su lengua, para transmitir las ideas necesarias. Podría explicárselo en... en... ¡pero no lo entendería!

—¡Claro que no! —dijo *lady Muriel*, dispensando generosamente a Mein Herr de tener que dar el nombre del idioma desconocido—. Yo nunca lo he aprendido... al menos, no para hablar con fluidez, ya sabe. Por favor, ¡cuéntenos más cosas maravillosas!

—Conducen sus trenes sin motores de ningún tipo: lo único que se necesita es maquinaria para detenerlos. ¿Le parece eso suficientemente maravilloso, *milady*?

—¿Pero de dónde extraen su fuerza motriz? —me atreví a preguntar.

Mein Herr se giró al momento, para mirar al nuevo interlocutor. Después se quitó los anteojos, los limpió y me volvió a mirar, con evidente perplejidad. Pude ver que estaba pensando, de hecho, al igual que yo, que debíamos de habernos visto antes.

—Utilizan la fuerza de la gravedad —dijo—. Es una fuerza que también se conoce en su país, ¿me equivoco?

—Pero para eso haría falta una vía que bajara en pendiente —señaló el earl—. No se pueden tener todas las vías de tren cuesta abajo, ¿cierto?

—Son todas así —reveló Mein Herr.

—Pero no por ambos extremos.

—Por ambos extremos.

—¡Entonces me doy por vencido! —exclamó el earl.

—¿Puede explicar el proceso? —pidió *lady Muriel*—. ¿Sin usar esa lengua que soy incapaz de hablar con fluidez?

—No hay problema —contestó Mein Herr—. Cada vía ferroviaria se halla en un

largo túnel, perfectamente recto; de modo que, como es lógico, el punto medio del mismo está más próximo al centro del planeta que los dos extremos; con lo cual todos los trenes recorren la mitad del camino *cuesta abajo*, y eso les proporciona impulso suficiente para recorrer la otra mitad *cuesta arriba*.

—Gracias. Lo he entendido a la perfección —dijo *lady Muriel*—. Pero la velocidad, en el punto medio del túnel, ¡debe de ser terrible!

Mein Herr estaba evidentemente muy complacido por el perspicaz interés que *lady Muriel* ponía en sus comentarios. A cada momento que pasaba, el anciano parecía más hablador y desenvuelto.

—¿Le gustaría conocer nuestros métodos de conducción? —inquirió sonriente—. Para nosotros, ¡un caballo desbocado no supone problema alguno!

Lady Muriel sufrió un leve estremecimiento.

—Para nosotros es un peligro muy serio —explicó.

—Ello se debe a que su carruaje se encuentra totalmente detrás del caballo. Su caballo echa a correr, y el carruaje lo sigue. Quizá el animal tenga el bocado entre los dientes. ¿Quién lo va a detener? Y usted sale disparada, ¡cada vez a mayor velocidad! ¡Y finalmente se produce el inevitable disgusto!

—¿Pero y si el caballo de usted se las arregla para que el bocado se le quede entre los dientes?

—¡No importa! No nos preocuparía. Los arcos de nuestro caballo están unidos al mismo centro de nuestro carruaje. Hay dos ruedas delante de él, y dos detrás. Se fija al techo un extremo de un amplio cinturón, que se hace pasar por debajo del caballo, y cuyo otro extremo se sujeta a un pequeño... lo que ustedes llaman «cabrestante», creo. El caballo coge el bocado con los dientes. Echa a correr. ¡Nos movemos a diez millas por hora, como un rayo! Hacemos girar nuestro pequeño cabrestante: cinco vueltas, seis, siete y... ¡puf! ¡Nuestro caballo se levanta del suelo! Que galope en el aire cuanto le apetezca: nuestro carruaje permanece quieto. Nos sentamos alrededor de él, y lo observamos hasta que se cansa. Entonces lo bajamos. ¡Nuestro caballo se alegra mucho, muchísimo, cuando sus pezuñas vuelven a pisar el suelo!

—¡Magnífico! —profirió el earl, que había estado escuchando con gran atención—. ¿Poseen sus carruajes alguna otra peculiaridad?

—En las ruedas, a veces, milord. Usted, por cuestión de salud, viaja a la playa para sentarse en balancines, para rodar por la arena y, de vez en cuando, para sumergirse en el agua. Nosotros hacemos todo eso en tierra: nos balanceamos, como usted; rodamos, como usted, pero en cuanto a sumergirnos, ¡no! ¡No hay agua!

—¿Cómo son las ruedas, entonces?

—Son ovaladas, milord. En consecuencia, los carruajes suben y bajan.

—Sí, y balancean el carruaje adelante y atrás, ¿pero cómo consiguen que ruede?

—Porque no van a la par, milord. El extremo de una rueda se corresponde con el lateral de la rueda contraria. De modo que primero un costado del carruaje se eleva, y luego el otro. Y durante todo el proceso, no para de balancearse. ¡Ah, uno ha de ser

un buen marinero para conducir nuestros carruajes-barco!

—No me resulta difícil creerlo —dijo el earl.

Mein Herr se levantó de su butaca.

—Debo irme ya, *milady* —anunció, consultando su reloj—. Tengo otro compromiso.

—¡Desearía que tuviésemos guardado algo de tiempo extra! —dijo *lady* Muriel, estrechando su mano—. ¡Entonces podríamos haberlo retenido aquí un poco más!

—En tal caso me quedaría con mucho gusto —contestó Mein Herr—. Pero así las cosas... ¡me temo que he de despedirme!

—¿Dónde lo conoció? —le pregunté a *lady* Muriel, una vez que Mein Herr se hubo marchado—. ¿Y dónde vive? ¿Y cuál es su verdadero nombre?

—Lo... conocí... —respondió en actitud pensativa—, ¡no puedo recordar dónde, en realidad! ¡Y no tengo idea de dónde vive! ¡Ni he oído nunca que tuviera otro nombre! Es muy curioso. ¡Nunca antes me había dado por pensar en lo misterioso que es!

—Espero que nos volvamos a encontrar —comenté—; despierta en mí un gran interés.

—Estará en nuestra fiesta de despedida, dentro de dos semanas —señaló el earl—. Usted naturalmente vendrá, ¿no es así? Muriel tiene muchas ganas de reunir a todos nuestros amigos una vez más, antes de que nos vayamos del pueblo.

Y entonces me explicó, pues *lady* Muriel nos había dejado solos, que estaba tan ansioso por alejar a su hija de un lugar con tal cantidad de recuerdos dolorosos relacionados con el compromiso con el comandante Lindon, ya cancelado, que habían acordado celebrar la boda dentro de un mes, después de la cual Arthur y su esposa se irían de viaje al extranjero.

—¡No olvide venir el martes siguiente al próximo! —me recordó cuando nos despedíamos con un apretón de manos—. Ojalá pudiese traer consigo a esos encantadores niños que nos presentó en verano. ¡Y hablamos del misterio de Mein Herr! ¡No es nada comparado con el misterio que parece rodearlos a ellos! ¡Nunca olvidaré esas maravillosas flores!

—Los traeré si me es posible —dije yo. Pero cómo cumplir una promesa como aquella, cavilé durante mi camino de regreso a nuestro alojamiento, ¡era un problema que se me escapaba completamente!

Capítulo 8

Un lugar a la sombra

Los diez días transcurrieron rápidamente, y el día antes de que tuviera lugar la gran fiesta, Arthur propuso que diésemos un paseo hasta el Hall, a tiempo para el té de la tarde.

—¿No sería mejor que fueses solo? —sugerí—. Seguramente estaré muy de más, ¿no?

—Bueno, será una especie de experimento —dijo—. *¡Fiat experimentum in corpore vili!*^[*] —agregó, con una graciosa reverencia de burlesca cortesía hacia la infortunada víctima—. Entiende que tendré que soportar la visión, mañana por la noche, de que mi amada se dedique a agradar a todo el mundo excepto a la persona apropiada, ¡y llevaré la agonía mucho mejor si realizamos antes un ensayo general!

—Siendo mi papel en la obra, al parecer, el de la persona inapropiada tipo, ¿cierto?

—Eh, no —negó Arthur en tono pensativo, cuando salíamos—; no hay un rol así en una compañía típica. ¿«Padre circunspecto»? Ese no valdrá, ya está cogido. ¿«Doncella cantarina»? Bueno, la «primera dama» hace también ese papel. ¿«Viejo cómico»? No resultas lo bastante cómico. Después de todo, me temo que no queda otro papel para ti que el «villano elegante»; ¡aunque —añadió, con una miradita crítica— la ropa no me convence del todo!

«Experimentemos en un cuerpo sin valor». [N. del T.]

Encontramos a *lady* Muriel sola, pues el earl había salido a hacer una visita, y enseguida recuperamos el antiguo trato de confianza, en el umbroso cenador donde los avíos del té parecían estar siempre esperando. La única novedad en la distribución (una que *lady* Muriel parecía considerar completamente natural) era que dos de las butacas estaban colocadas muy próximas, una junto a la otra. Por extraño que parezca, ¡no se me invitó a ocupar ninguna de ellas!

—Hemos estado discutiendo, mientras veníamos, sobre la correspondencia —abrió Arthur la conversación—. El querrá saber qué tal lo estamos pasando en nuestro *tour* suizo y, naturalmente, deberemos fingir que muy bien, ¿verdad?

—Por supuesto —asintió ella obedientemente.

—Y el cadáver en el armario... —insinué yo.

—... supone siempre una dificultad —interrumpió *lady* Muriel rápidamente— cuando uno está de viaje y no hay armarios en los hoteles. No obstante, el nuestro es muy fácil de llevar e irá cuidadosamente empaquetado en una bonita maleta de piel...

—Pero por favor, no penséis en escribir —pedí— cuando tengáis algo más

interesante que hacer. Me encanta leer cartas, pero sé muy bien lo cansado que es escribirlas.

—Lo es, a veces —convino Arthur—. Por ejemplo, cuando no tienes apenas confianza con la persona a la que tienes que escribir.

—¿Se puede notar eso en la carta? —inquirió *lady* Muriel—. Naturalmente, cuando oigo hablar a alguien, a ti, por ejemplo, ¡puedo advertir lo desesperadamente tímido que ese alguien es! ¿Pero puedes detectarlo en una carta?

—Por supuesto, cuando oyes a alguien hablar de manera fluida, a ti, por ejemplo, uno puede advertir lo desesperadamente poco tímido que es ese alguien... ¡por no decir descarado! Pero la persona más tímida y que se atasca más a menudo en una conversación dará necesariamente la impresión contraria al escribir una carta. Quizás haya necesitado media hora para redactar su segunda frase, pero ahí está, ¡justo después de la primera!

—¿Entonces las cartas no expresan todo lo que podrían expresar?

—Ello se debe simplemente a que nuestro sistema de escritura de cartas está incompleto. Un escritor tímido debería poder mostrar que lo es. ¿Por qué no debería hacer pausas al escribir, al igual que haría hablando? Podría dejar espacios en blanco, de media página cada vez, pongamos. Y una joven muy tímida, si tal cosa existe, podría escribir una frase en la primera hoja de su carta, luego poner un par de hojas en blanco, a continuación una frase en la cuarta, y así sucesivamente.

—Auguro con certeza que nosotros... me refiero a este inteligente muchacho y yo... —se dirigió a mí *lady* Muriel, obviamente con el amable deseo de meterme en la conversación— vamos a hacernos famosos (naturalmente todos nuestros inventos son ahora propiedad común) ¡por un nuevo código de reglas para la escritura de cartas! ¡Por favor, pequeño, inventa algo más!

—Bueno, otra cosa que hace muchísima falta, pequeña, es algún modo de expresar que no queremos decir lo que decimos.

—¡Explícate, chico! Seguro que no puede ser difícil expresar una ausencia total de significado, ¿o sí?

—Me refiero a que uno debería poder ser capaz, cuando no quiere que alguna cosa sea tomada en serio, de expresar ese deseo, ya que la naturaleza humana está constituida de tal modo que cualquier cosa que uno escribe en serio se interpreta como una broma, ¡y al revés! En cualquier caso, ¡eso es lo que ocurre al escribir a una dama!

—¡Ah, no estás acostumbrado a escribirte con damas! —apuntó *lady* Muriel, reclinándose en su butaca y dirigiendo su mirada al cielo con gesto pensativo—. Deberías probar.

—Muy bien —contestó Arthur—. ¿Con cuántas damas puedo empezar a escribirme? ¿Tantas como sea capaz de contar con los dedos de ambas manos?

—¡Con tantas como puedas contar con el pulgar! —replicó su amada con gran severidad—. ¡Vaya un muchacho travieso que está hecho! ¿No le parece? —dijo,

lanzándome una mirada apelante.

—Es un poco rebelde —declaré yo—. Quizá le esté saliendo un diente. —Entretanto, yo me decía para mis adentros: «¡Son idénticos a Silvia y Bruno, cuando esta le riñe!».

—El nene quiere su té. —Dijo el travieso infante, sin que nadie le preguntara—. ¡Se cansa muchísimo ante la mera perspectiva de la gran fiesta de mañana!

—¡Entonces tendrá antes un buen descanso! —contestó ella en tono tranquilizador—. El té no está hecho aún. Vamos, pequeño, recuéstate en tu butaca y no pienses en nada... ¡o hazlo en mí, lo que prefieras!

—¡Aun así, aun así! —murmuró Arthur de manera soñolienta, mirándola con ojos llenos de cariño, mientras ella acercaba su butaca a la mesa del té y empezaba a prepararlo—. Entonces esperará su té, ¡como un niño bueno y paciente!

—¿Te traigo los periódicos de Londres? —ofreció *lady* Muriel—. Los vi encima de la mesa al salir, pero mi padre dijo que no había nada de interés, excepto ese horrible proceso por asesinato. —La sociedad estaba justo por aquel entonces disfrutando de su dosis diaria de sensacionalismo con el estudio de los detalles de un asesinato especialmente truculento en un cubil de ladrones del este londinense.

—No me apetecen horrores —contestó Arthur—. Pero espero que hayamos aprendido la lección que deberían enseñarnos... ¡aunque es muy probable que lo entendamos todo al revés!

—Estás hablando en clave —le recriminó *lady* Muriel—. Explicate, por favor. Mira —dijo, haciendo corresponder la acción con la palabra—, me siento a tus pies, ¡como si fueras un segundo Gamaliel! No, gracias. —Aquello iba dirigido a mí, que me había levantado para acercar su butaca a su anterior ubicación—. Le ruego que no se moleste. Este árbol y la hierba constituyen una butaca muy comfortable. ¿Cuál es la lección que uno siempre entiende al revés?

Arthur se quedó callado un instante.

—Me gustaría tener claro qué quiero decir —advirtió, en actitud pausada y reflexiva— antes de decirte nada a ti, porque tú piensas sobre ello.

Cualquier cosa que se pareciera a un cumplido era algo tan inusual en Arthur que provocó un rubor de agrado en las mejillas de *lady* Muriel, al tiempo que contestaba:

—¡Tú eres el que me da las ideas!

—El primer pensamiento que acude a la mente —procedió Arthur— al leer cualquier cosa particularmente vil o brutal, llevada a cabo por un congénere, suele ser la percepción de un nuevo nivel de profundidad pecaminosa revelado debajo de nosotros, y nos parece contemplar ese abismo desde alguna posición superior, muy distante de él.



—Creo que te voy comprendiendo. Te refieres a que uno no debería pensar «Dios, te doy las gracias por no ser como otros hombres», sino «Dios, ten piedad conmigo, que podría ser, si me faltara tu gracia, un pecador tan vil como él».

—No —dijo Arthur—. Me refería a mucho más que eso.

Ella levantó la vista rápidamente, pero se contuvo de hablar y esperó en silencio.

—Uno debe empezar desde más atrás, en mi opinión. Piensa en otro hombre de la misma edad que ese pobre diablo. Remóntate a la época en que ambos comenzaban su vida... antes de que tuvieran suficiente juicio para distinguir el Bien del Mal. Entonces, al menos a ojos de Dios, eran iguales, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Tenemos, por tanto, dos épocas diferenciadas en las que podemos contemplar a los dos hombres cuyas vidas estamos comparando. En la primera época están, en lo que atañe a la responsabilidad moral, exactamente en igualdad de condiciones: los dos son incapaces de hacer el bien o el mal. En la segunda época (estoy poniendo un caso extremo, para comparar) uno se ha ganado el aprecio y el amor de todos los que le rodean; posee una reputación intachable, y su nombre será honrado en adelante; la historia del otro hombre es una serie constante de crímenes, y al final las violaciones de las leyes de su país le cuestan la vida. Veamos, ¿cuáles han sido las causas, en cada caso, de que la situación de uno y otro hombre fuese la que era en la segunda época? Son de dos tipos: las que actúan desde dentro y las que lo hacen desde fuera. Estos dos tipos deben discutirse por separado; es decir, siempre y cuando no os haya cansado ya con este rollo.

—Todo lo contrario —dijo *lady* Muriel—, me supone un especial placer discutir una cuestión de este modo: analizándola y ordenándola de manera que resulte

comprensible. Algunos libros, que afirman discutir a fondo un asunto, me resultan tediosos hasta lo intolerable, simplemente porque las ideas están todas colocadas sin orden ni concierto, como si fueran poniéndolas por escrito según se les ocurren.

—Resultas muy alentadora —contestó Arthur, con gesto complacido—. Las causas que actúan desde dentro, que hacen del carácter de un hombre lo que es en un momento dado, son sus sucesivos actos de volición: esto es, sus elecciones de si hará esto o aquello.

—¿Hemos de presuponer la existencia de libre albedrío? —planteé yo, con objeto de dejar totalmente claro ese punto.

—De no ser así —fue la tranquila respuesta—, *cadit quaestio*^[*]: y no tengo más que decir.

—¡Lo presupondremos! —proclamó imperiosamente el resto de la audiencia (la mayoría, podría decirse, desde el punto de vista de Arthur). El orador continuó:

—Las causas que actúan desde fuera son su entorno: lo que el Sr. Herbert Spencer llama su «medio». El punto que quiero dejar claro ahora es este: que un hombre es responsable de su acto de elección, pero no de su medio. Por consiguiente, si estos dos hombres realizan, en una ocasión determinada, cuando se ven expuestos a una tentación igual, esfuerzos iguales por resistir y elegir lo correcto, su condición, a ojos de Dios, debe ser la misma. Si Él está complacido en uno de los casos, también lo estará en el otro, y al contrario.

—Eso es así, no cabe duda; lo entiendo con toda claridad —observó *lady* Muriel.

—Aun así, debido a sus diferentes medios, uno puede lograr una gran victoria sobre la tentación, mientras el otro cae en algún negro abismo criminal.

—Pero naturalmente, no dirías que esos hombres eran igual de culpables ante Dios, ¿verdad?

—No —dijo Arthur—, y si me equivocase dejaría de creer en la justicia perfecta de Dios. Pero dejadme que exponga un caso más que mostrará lo que quiero decir de forma aún más convincente. Pongamos que el primer hombre posee una alta posición social, mientras que el otro es, por ejemplo, un ladrón corriente. Imaginemos que aquel se ve tentado a ejecutar una acción deshonesta sin importancia, algo que puede hacer con la absoluta certeza de que nunca será descubierto, algo de lo que podría abstenerse sin ningún esfuerzo, y que sabe sin género de duda que es un pecado. Supongamos que el otro se ve tentado a cometer un crimen terrible, desde la perspectiva humana, pero en unas circunstancias cuya presión resultaba prácticamente insoportable; por supuesto, no insoportable del todo, puesto que ello eliminaría toda la responsabilidad. Entonces, en este caso, pongamos que el segundo hombre realiza un esfuerzo mayor de resistirse que el primero, y supongamos asimismo que ambos ceden a la tentación: yo digo que el segundo hombre es, a ojos de Dios, menos culpable que el otro.

Lady Muriel respiró hondo.

—Trastoca todas las ideas que tiene uno de lo que está bien y mal... ¡sólo a

primera vista! Y en ese terrible juicio por asesinato, tú dirías, supongo, que tal vez el hombre menos culpable en la sala del tribunal fuese el asesino, y que posiblemente el juez que lo procesó, al ceder a la tentación de hacer una observación injusta, ¡había cometido un crimen que empequeñecía la carrera entera del criminal!

—Sin duda —contestó Arthur de manera firme—. Parece una paradoja, lo admito. Pero solamente considera cuán grave debe de ser, a ojos de Dios, el pecado de ceder a una tentación muy leve que podríamos haber resistido perfectamente, y hacerlo de forma deliberada, siendo totalmente conscientes además de la Ley Divina. ¿Qué penitencia puede expiar un pecado como ese?

—Soy incapaz de rebatir tu teoría —dijo—. ¡Pero vaya si parece ampliar la posible extensión del pecado en el mundo!

—¿Es cierto eso? —inquirió *lady* Muriel con desasosiego.

—¡Oh, qué va, qué va! —fue la entusiasta réplica—. Tal como yo lo veo, disipa en buena medida la nube que ensombrece la historia del mundo. Recuerdo que, cuando esta visión de las cosas se me presentó con claridad, salí a dar una vuelta por el campo, mientras repetía en silencio ese verso de Tennyson: «¡No parecía haber sitio para la conciencia del mal!». El pensamiento de que quizá la culpabilidad real de la raza humana era infinitamente menor de lo que había imaginado, de que millones de personas, que yo había considerado hundidos sin remedio en las profundidades del pecado, eran tal vez, para Dios, prácticamente inocentes, ¡fue más dulce de lo que soy capaz de expresar con palabras! ¡La vida me pareció más luminosa y hermosa, después de ocurrírseme ese pensamiento! «¡Una esmeralda más brillante centellea en la hierba, un zafiro más puro se funde con el mar!». —Cuando concluyó, le temblaba la voz y las lágrimas habían aflorado a sus ojos.

Lady Muriel se protegió el rostro del sol con la mano y guardó silencio por un instante.

—Es una idea hermosa —dijo, levantando finalmente la vista—. ¡Gracias, Arthur, por metérmela en la cabeza!

El earl regresó a tiempo de tomar el té con nosotros y de darnos la muy desagradable noticia de que se había desatado un brote de fiebre en el pequeño pueblo que se encontraba al sur, en una ensenada de la costa; una fiebre de un tipo tan maligno que, aunque había aparecido tan sólo uno o dos días antes, ya había más de una docena de afectados, dos o tres de los cuales, según se había informado, se encontraban en peligro inminente.

En respuesta a las ansiosas preguntas de Arthur —el cual, como es lógico, tomó un profundo interés científico en el asunto—, pudo dar escasos detalles «técnicos», pese a haberse visto con el médico local. Aparentemente, sin embargo, se trataba de una enfermedad prácticamente desconocida —al menos en este siglo, aunque cabía la posibilidad de que resultara ser idéntica a la peste documentada por la historia—, muy infecciosa, y de acción terriblemente rápida.

—Con todo, no impedirá nuestra fiesta de mañana —dijo en conclusión—.

Ninguno de los invitados pertenece al distrito infectado, el cual está habitado, como saben, exclusivamente por pescadores; de modo que pueden venir sin miedo alguno.

Arthur se mostró muy callado durante todo el camino de regreso y, al llegar a nuestro alojamiento, se entregó inmediatamente a unos estudios médicos, relacionados con la preocupante enfermedad de cuya llegada acabábamos de enterarnos.

Capítulo 9

La fiesta de despedida

Al día siguiente, Arthur y yo llegamos al Hall con suficiente antelación, ya que únicamente habían llegado unos pocos invitados —iban a ser dieciocho en total—, y estos se encontraban hablando con el earl, lo cual nos concedió la oportunidad de intercambiar unas palabras con nuestra anfitriona.

—¿Quién ese hombre de aspecto sumamente erudito con los grandes anteojos? —indagó Arthur—. Nunca me lo he encontrado antes por aquí, ¿me equivoco?

—No, es un nuevo amigo nuestro —dijo *lady* Muriel—; alemán, según creo. ¡Es un anciano verdaderamente encantador! Y ciertamente el hombre más docto que jamás he conocido... ¡con una excepción, por supuesto! —añadió modestamente, cuando Arthur se irguió con aire de ofendida dignidad.

—Y la joven dama de azul, justo detrás de él, que está hablando con ese hombre de apariencia extranjera, ¿también es culta?

—No lo sé —admitió *lady* Muriel—. Pero me han dicho que es una pianista maravillosa. Espero que la escuches tocar esta noche. Le pedí a ese extranjero que la trajera, porque él posee igualmente grandes dotes musicales. Es un conde francés, tengo entendido, ¡y canta de manera espléndida!

—Ciencia, música, canto... ¡desde luego tienes una fiesta completa! —comentó Arthur—. Me siento una persona absolutamente privilegiada al conocer a todas estas estrellas. ¡Adoro la música!

—¡Pero la lista de invitados no está verdaderamente completa! —declaró *lady* Muriel—. No ha venido usted acompañado de esos dos preciosos niños —añadió, girándose hacia mí—. Los traje a tomar el té un día, ¿sabes?, el verano pasado —explicó, dirigiéndose otra vez a Arthur—, ¡y son adorables!

—Lo son, desde luego —asentí.

—¿Pero por qué no los ha traído? Le prometió a mi padre que lo haría.

—Lo lamento muchísimo —me disculpé—; fue realmente imposible que vinieran conmigo... —En aquel momento mi intención era ciertamente acabar la frase, y fue con una sensación de absoluto asombro que no soy capaz de describir de manera adecuada, que me oí añadir—: pero se reunirán aquí conmigo durante la tarde. —Esas fueron las palabras, pronunciadas con mi voz, y que al parecer salieron de mis labios.

—¡Qué alegría! —contestó *lady* Muriel con alborozo—. ¡Me encantará presentárselos a algunos de los amigos que están hoy aquí! ¿A qué hora cree que llegarán?

Me refugié en el silencio. La única respuesta honesta habría sido: «El comentario

no era mío. Yo no lo dije, ¡y es completamente falso!». Pero no tuve el valor moral de hacer tal confesión. No resulta muy difícil, creo, adquirir reputación de «lunático», pero es asombrosamente complicado deshacerse de ella, y me pareció completamente seguro que una declaración como esa justificaría del todo la expedición de una orden *de lunático inquiriendo*^[*].

Lady Muriel pensó evidentemente que no había oído su pregunta, y se volvió hacia Arthur con un comentario sobre algún otro tema; y yo tuve tiempo para recobrarme de mi ataque de sorpresa... o para despertar de mi estado de «inquietud» momentáneo, lo que fuese.

Cuando las cosas a mi alrededor me parecieron nuevamente reales, Arthur se encontraba diciendo:

—Me temo que es irremediable: su número ha de ser finito.

—Me apenaría tener que creerlo —contestó *lady Muriel*—. Aunque, cuando uno piensa en ello, hoy en día ya no hay melodías nuevas. Cuando la gente habla de «la última novedad musical», ¡esta siempre me recuerda a alguna melodía que escuché de niña!

—Llegará un día (si el mundo dura lo suficiente) —dijo Arthur— en el que cada melodía posible habrá sido compuesta, cada juego de palabras posible, realizado... —*lady Muriel* se retorció las manos como una reina de la tragedia— y, algo aún peor, ¡cada libro posible, escrito!, ya que el número de palabras es finito.

—Para los autores apenas supondría diferencia —sugerí—. En vez de decir: «¿*Qué* libro voy a escribir?», un escritor se preguntará: «¿*Cuál* voy a escribir?». ¡Una mera distinción verbal!

Lady Muriel me dirigió una sonrisa de aprobación.

—Pero sin duda los locos siempre escribirían libros nuevos, ¿no? —agregó—. ¡No podrían escribir los libros cuerdos otra vez!

—Cierto —asintió Arthur—. Pero sus libros también se acabarían. El número de libros locos está limitado por el número de locos.

—Y dicho número crece cada año —terció un hombre pomposo, al cual reconocí como el autodesignado animador del día del picnic.

—Eso dicen —contestó Arthur—. Y cuando el noventa por ciento de nosotros lo seamos —parecía tener muchas ganas de soltar disparates—, a los manicomios se les dará el uso que les corresponde.

—¿Que es...? —inquirió el hombre pomposo.

—¡Acoger a los cuerdos! —exclamó Arthur—. Nos encerraremos dentro. Los locos dominarán el mundo, fuera. Lo harán de un modo un tanto extraño, no cabe duda. Los choques de trenes serán cosa habitual; no pararán de estallar buques de vapor; la mayoría de las ciudades arderán hasta los cimientos; la mayor parte de los barcos acabarán hundidos...

—¡Y casi todos los hombres morirán! —murmuró el hombre pomposo, que se hallaba clara y completamente turbado.

—Ciertamente —asintió Arthur—. Hasta que finalmente habrá menos locos que hombres cuerdos. Entonces saldremos del manicomio, ellos entrarán, ¡y las cosas volverán a su estado normal!

El hombre pomposo frunció el ceño malhumoradamente, se mordió el labio y cruzó los brazos, mientras trataba en vano de llegar a una conclusión.

—¡Está bromeando! —masculló al final para sí, en un avergonzado tono de desdén, mientras se alejaba a grandes zancadas.

Para entonces, el resto de invitados ya había llegado, y se anunció la cena. Arthur, por supuesto, acompañó a la mesa a *lady* Muriel, y descubrí con agrado que yo me sentaba al otro lado de ella, teniendo a una señora mayor de aspecto adusto (con la que no había hablado previamente y con cuyo nombre, como suele ocurrir en las presentaciones, no me había quedado en absoluto, y sobre el que llegué únicamente a la conclusión de que sonaba como un nombre compuesto) como pareja de banquete.

Daba impresión, no obstante, de conocer a Arthur, y me confesó en voz baja su opinión de que era «un joven al que le encantaba discutir». Arthur, por su parte, parecía totalmente dispuesto a mostrarse merecedor de la reputación que ella le había otorgado y, cuando la oyó decir: «¡Nunca tomo vino con la sopa!» (esto no fue una confidencia hacia mí, sino que fue lanzado a la concurrencia, como un asunto de interés general), él de inmediato la desafió a un combate preguntando:

—¿Cuándo diría usted que comienza la propiedad de un plato de sopa?

—Esta es mi sopa —replicó ella en actitud severa—, y la que tiene delante de usted, la suya.

—No cabe duda —dijo Arthur—, ¿pero cuándo comencé a poseerla? Hasta el momento de servirla en el plato, era propiedad de nuestro anfitrión; mientras era ofrecida a la mesa, el camarero, podríamos decir, la guardaba en fideicomiso; ¿pasó a ser mía cuando la acepté? ¿O cuando se me colocó delante? ¿O cuando tomé la primera cucharada?

—¡Cómo le encanta discutir! —fue todo lo que dijo la anciana señora, pero lo dijo en voz alta, esta vez, sintiendo que los presentes tenían derecho a saberlo.

Arthur sonrió pícaramente.

—¡Me apostaría gustoso con usted un chelín —continuó diciendo— a que el Eminente Abogado a su lado! —¡ciertamente, es posible decir algunas cosas de modo que requieran mayúsculas iniciales!— ¡no es capaz de responderme!

—Yo *nunca* apuesto —replicó la señora con desabrimiento.

—¿Ni siquiera puntos de seis peniques al *whist*^[*]?

—¡Nunca! —repitió—. El *whist* es bastante inocente... ¡pero apostando!... —La señora se estremeció.

Arthur se puso serio otra vez.

—Me temo que no puedo aceptar esa visión —dijo—. Considero que la introducción de pequeñas apuestas en los juegos de cartas fue uno de los actos más morales que la sociedad, como tal, ha llevado jamás a cabo.

—¿Y cómo es eso? —preguntó *lady* Muriel.

—Porque sacó los naipes, de una vez por todas, de la categoría de juegos en los que es posible hacer trampas. Miren el modo en que el *croquet* está desmoralizando a la sociedad. Las damas están empezando a hacer trampas en él, de manera terrible y, si se las descubre, se limitan a reírse, y dicen que es divertido. Pero cuando hay dinero en juego, eso es imposible. No se acepta al tramposo como alguien ocurrente. Cuando un hombre se sienta a jugar a las cartas y les estafa dinero a sus amigos, no se divierte mucho con ello... ¡a no ser que considere divertido que lo tiren a patadas por las escaleras!

—Si todos los caballeros pensaran tan mal de las damas como usted —comentó mi vecina con cierto resentimiento—, habría muy pocas... muy pocas... —Pareció vacilar sobre cómo concluir la frase, pero finalmente eligió «lunas de miel» como palabras seguras.

—Al contrario —repuso Arthur, al tiempo que la sonrisa traviesa regresaba a su faz—: si la gente adoptara mi teoría, el número de lunas de miel... de una clase totalmente nueva... ¡aumentaría muchísimo!

—¿Y podemos conocer esa nueva clase de lunas de miel? —pidió *lady* Muriel.

—Llamemos X al caballero —comenzó a explicar Arthur, elevando un poco el tono de voz, ya que ahora se veía con una audiencia de seis personas, incluyendo a Mein Herr, el cual estaba sentado al otro lado de mi pareja polinominale Y a la dama a la que piensa proponerle matrimonio. Él solicita una «luna de miel de prueba». Se le concede. De inmediato, la joven pareja, acompañada por la tía abuela de Y como carabina, parte para un viaje de un mes, durante el cual dan muchos paseos a la luz de la luna, y tienen muchas conversaciones a solas, y cada uno puede formarse una idea más correcta del carácter del otro, en cuatro semanas, de lo que habría sido posible en una cantidad igual de años, cuando se ven bajo las restricciones normales de la sociedad. ¡Y es únicamente tras su regreso que X decide si al final le planteará o no la trascendental pregunta a Y!

—En nueve casos de cada diez —proclamó el hombre pomposo—, ¡decidiría romper el compromiso!

—Entonces, en nueve casos de cada diez —replicó Arthur— se evitaría una unión poco idónea, ¡y se salvaría a las dos partes del sufrimiento!

—Las únicas uniones realmente poco idóneas —apuntó la señora mayor— son las efectuadas sin el suficiente dinero. El amor puede llegar después. ¡Pero se necesita dinero para empezar!

Esta observación se lanzó a la concurrencia como una especie de desafío general y, como tal, varios de los que lo oyeron lo aceptaron inmediatamente. El dinero pasó a ser la tónica de la conversación durante cierto rato, y un eco intermitente de la misma volvió a escucharse cuando colocaron el postre sobre la mesa, los criados abandonaron la habitación y el earl inauguró el vino en su bien recibida vuelta en torno a la mesa.

—Me alegro mucho de ver que mantienen las viejas costumbres —le dije a *lady* Muriel en tanto llenaba su copa—. Es una verdadera delicia experimentar, una vez más, la sensación de tranquilidad que lo invade a uno cuando los camareros abandonan la habitación... cuando uno puede conversar sin la sensación de estar siendo espiado, y sin que constantemente le pasen platos a uno por encima del hombro. ¡Cuánto más sociable resulta ser capaz de servirle el vino a las damas y de pasar los platos a aquellos que desean servirse!

—En ese caso, tenga la amabilidad de mandar esos melocotones para acá —dijo un gordo de tez colorada, que estaba sentado más allá de nuestro pomposo amigo—. ¡Llevo deseando que lleguen, diagonalmente, cierto tiempo!

—Sí, se trata de una innovación espantosa —contestó *lady* Muriel—, dejar que los camareros vayan sirviendo el vino alrededor de la mesa durante el postre. Para empezar, siempre dan la vuelta con él en el sentido equivocado... ¡lo cual, por supuesto, siempre trae mala suerte a todos los presentes!

—¡Mejor ir en el sentido equivocado que no ir en absoluto! —interpuso nuestro anfitrión—. ¿Le importaría servirse? —dijo hacia el gordo de tez colorada—. Creo que usted no es abstemio, ¿o sí?

—¡Por supuesto que sí! —replicó este, pasando las botellas—. En Inglaterra se gasta casi el doble de dinero en bebida que en cualquier otro producto alimenticio. Lea esta tarjeta. —¿Qué persona con tendencia a abrazar cualquier moda pasajera no lleva siempre los bolsillos llenos de literatura apropiada?—. Las columnas de distinto color representan las cantidades gastadas en diversos productos alimenticios. Observe las tres más altas. Dinero gastado en mantequilla y leche: treinta y cinco millones; en pan: setenta millones; en bebidas alcohólicas: ¡ciento treinta y seis millones! Si por mí fuera, ¡cerraría todas las tabernas del país! Examine esa tarjeta, y lea el lema: «¡Ahí es donde va a parar todo el dinero!».

—¿Ha visto la tarjeta probebidas alcohólicas? —inquirió Arthur en tono inocente.

—¡No, señor! —repuso el orador de forma violenta—. ¿Cómo es?

—Prácticamente idéntica a esta. Las columnas de colores son las mismas. La única diferencia es que, en vez de las palabras «Dinero gastado en», pone: «Ingresos derivados de la venta de»; y, en vez de «¡Ahí es donde va a parar todo el dinero!», su lema es: «¡De ahí viene todo el dinero!».

El hombre de tez colorada frunció el ceño, pero obviamente consideraba que Arthur no merecía su atención. De modo que *lady* Muriel rompió una lanza a su favor.

—¿Sostiene usted —inquirió que las personas pueden promover de manera más efectiva la abstención del consumo de bebidas alcohólicas si ellas mismas son abstemias?

—¡Desde luego! —repuso el hombre—. Mire, aquí tengo un ejemplo que viene al caso —dijo, desdoblado un recorte de periódico—; permita que le lea esta carta de un abstemio:

Al editor:

Señor: Yo en su día bebía con moderación, y conocía a un hombre que lo hacía en exceso. Fui a hablar con él. «Deja de beber —le dije—. ¡Arruinará tu salud!». «Tú bebes —me contestó él—; ¿por qué no debería hacerlo yo?». «Sí —le contesté yo a mi vez—, pero sé cuándo dejarlo». Me dio la espalda. «Tú bebes a tu manera —dijo—; deja que yo lo haga a la mía. ¡Lárgate!». Entonces vi que, para ayudarlo, debía renunciar a la bebida. ¡Desde entonces no he probado una gota!

»¡Ahí lo tiene! ¿Qué dice a eso? —Miró a su alrededor en actitud triunfante, mientras el recorte pasaba de mano en mano para su inspección.

—¡Verdaderamente curioso! —exclamó Arthur cuando le hubo llegado a él—. ¿No leería por casualidad una carta, la semana pasada, sobre el madrugador? Era extrañamente parecida a esta.

Aquello picó la curiosidad del hombre.

—¿Dónde apareció? —preguntó.

—Permita que se la lea —dijo Arthur. Sacó unos papeles de su bolsillo, abrió uno de ellos, y leyó lo siguiente:

Al editor:

Señor: Yo en su día dormía con moderación, y conocía a un hombre que lo hacía en exceso. Fui a suplicarle. «Deja de estar tirado en la cama —le dije—. ¡Arruinará tu salud!». «Tú te acuestas —me contestó él—; ¿por qué no debería hacerlo yo?». «Sí —le contesté yo a mi vez—, pero sé cuándo levantarme por la mañana». Me dio la espalda. «Tú duermes a tu manera —dijo—; deja que yo lo haga a la mía. ¡Lárgate!». Entonces vi que, para ayudarlo, debía renunciar a dormir. ¡Desde entonces no me he acostado!

Arthur dobló y se guardó el papel, y pasó el recorte de periódico. Ninguno de nosotros se atrevió a reír, pues el hombre de tez colorada estaba claramente furioso.

—¡Su paralelismo no se sostiene! —gruñó.

—¡Pero los bebedores moderados siempre lo hacen! —repuso Arthur con calma. Incluso la adusta señora mayor se rio al escuchar aquello.

—¡Una cena perfecta, no obstante, requiere muchas otras cosas! —terció lady Muriel, claramente ansiosa por cambiar de tema—. ¡Mein Herr! ¿Cuál es su idea de una cena de gala perfecta?

El anciano miró a todos lados de manera sonriente, y sus gigantescos anteojos dieron la impresión de ser más gigantescos que nunca.

—¿Una cena de gala perfecta? —repitió—. En primer lugar, ¡debe estar presidida

por nuestra actual anfitriona!

—¡Eso no hay ni que decirlo! —interpuso ella con jovialidad—. ¿Pero qué más, Mein Herr?

—Sólo puedo contarle lo que he visto —contestó este— en mi... en el país que visité.

Paró de hablar durante un minuto entero, y se puso a mirar el techo con una expresión tan ensimismada en el rostro que temí que estuviera inmerso en alguna ensoñación, lo cual parecía ser su estado normal. No obstante, pasado ese tiempo, reanudó súbitamente la conversación.

—Lo que causa principalmente el fracaso de una cena de gala es la escasez... no de carne, ni de bebida, siquiera, sino de conversación.

—¡Nunca he visto una cena de gala inglesa —apunté yo— en la que se acabara la charla!

—Disculpe —contestó respetuosamente Mein Herr—; yo no he hablado de «charla». He dicho «conversación». Todos esos temas como el tiempo, la política o los chismorreos locales son algo desconocido entre nosotros. Resultan o insulsos o controvertidos. Lo que nosotros necesitamos para conversar es un tema original y de interés. Para asegurarnos de ello, hemos probado diversas estrategias: pinturas en movimiento, criaturas salvajes, invitados en movimiento y un humorista giratorio. Pero este último es adecuado únicamente en fiestas pequeñas.

—¡Háblenos de ellas por turnos en cuatro capítulos, por favor! —solicitó *lady* Muriel, quien se hallaba evidente y profundamente interesada; como, de hecho, lo estaba la mayoría de los presentes, para entonces; la conversación se había interrumpido a lo largo de toda la mesa, y las cabezas se inclinaban hacia delante, ansiosas por captar algún retazo de la exposición de Mein Herr.

»¡Capítulo uno! ¡Pinturas en movimiento! —proclamó la voz argentina de nuestra anfitriona.

—La mesa de comedor tiene la forma de un anillo circular —comenzó a explicar Mein Herr en tono suave y soñoliento, el cual, no obstante, podía oírse perfectamente en el silencio—. Los invitados están sentados en el lado interior además de en el exterior, habiendo accedido a sus sitios por una escalera de caracol desde la habitación situada en el piso de abajo. A lo largo de la parte central de la mesa discurren unos pequeños raíles, y hay un tren con una interminable cola de vagones que da vueltas por ella impulsado mecánicamente; en cada vagón hay dos pinturas, apoyadas una contra otra de cara a los comensales. El tren da dos vueltas durante la cena y, tras la primera, los camareros giran las pinturas de cada vagón, haciendo que miren en la dirección opuesta. Así, ¡cada invitado ve todas las pinturas!

Mein Herr paró de hablar, y el silencio pareció más sepulcral que nunca. *Lady* Muriel tenía una expresión aterrorizada.

—¡De veras que si esto sigue así —exclamó— tendré que soltar unas moscas para que se oiga algo! ¡Oh!, la culpa es mía, ¿no es cierto? —añadió en respuesta a una

mirada apelante de Mein Herr—. Había olvidado mi deber. ¡Capítulo dos! ¡Criaturas salvajes!

—Encontrábamos las pinturas en movimiento ligeramente monótonas —continuó Mein Herr—. La gente no quería hablar de arte de principio a fin de una cena; de modo que probamos con criaturas salvajes. Entre las flores que repartíamos por la mesa (igual que hacen ustedes), aparecía por acá un ratón, por allá un escarabajo; por acá una araña —*lady* Muriel se estremeció—, por allá una avispa; por acá un sapo, por allá una serpiente. —«¡Padre!», saltó *lady* Muriel con desazón. «¿Has oído eso?»—; ¡así que teníamos mucha materia de conversación!

—Y cuando les picaban... —empezó a decir la señora mayor.

—¡Estaban todas sujetas, señora mía!

La anciana asintió satisfecha con la cabeza.

Esta vez no siguió silencio alguno.

—¡Tercer capítulo! —proclamó *lady* Muriel de inmediato—. ¡Invitados en movimiento!

—Incluso las criaturas salvajes resultaban monótonas —prosiguió el orador—. De manera que dejamos que los invitados eligieran sus propios temas y, para evitar el aburrimiento, los cambiábamos de sitio a ellos. Hicimos una mesa de dos anillos, y el interior giraba lentamente en círculo, sin parar, junto con el suelo del centro de la habitación y la línea interior de invitados. Así, se iba situando a cada uno de estos frente a todos los invitados exteriores. Era un poco confuso, en ocasiones, tener que empezar una historia con un amigo y acabarla con otro, ¡pero todas las estrategias tienen sus fallos, ya saben!

—¡Capítulo cuarto! —corrió a anunciar *lady* Muriel—. ¡El humorista giratorio!

—Descubrimos que, para grupos pequeños, una estrategia excelente era tener una mesa redonda con un hueco en el centro lo suficientemente grande como para que cupiese un invitado. En él colocábamos a nuestro mejor conversador. Giraba despacio sobre sí mismo, poniéndose de cara sucesivamente a cada uno de los demás invitados, ¡sin parar ni un segundo de contar entretenidas anécdotas!

—¡No creo que me gustara! —murmuró el hombre pomposo—. ¡Me marearía dar vueltas de ese modo! Declinaría la... —Pareció caer en la cuenta en ese instante de que tal vez el supuesto que había hecho no quedaba garantizado por las circunstancias; dio un apresurado trago de vino, que se le atragantó.

Pero Mein Herr había recaído en su estado de ensimismamiento, y no añadió nada más. *Lady* Muriel dio la señal, y las damas abandonaron la sala.

Capítulo 10

Parloteo y mermelada

Cuando la última de las damas hubo desaparecido, y el earl, ocupando su lugar en la cabeza de la mesa, hubo emitido la orden militar: «¡Caballeros! ¡Cierren filas, si tienen la bondad!», y cuando, en obediencia a ella, nos hubimos agrupado estrechamente en torno a él, el hombre pomposo dio un profundo suspiro de alivio, llenó su copa hasta el borde, pasó el vino e inició uno de sus discursos favoritos.

—¡Resultan encantadoras, no cabe duda! Encantadoras, pero muy frívolas. Nos arrastran, por así decirlo, a un nivel inferior. Ellas...

—¿No requieren todos los pronombres un nombre que los anteceda? —inquirió con suavidad el earl.

—Discúlpeme —dijo el hombre pomposo, con altiva condescendencia. Pasé por alto el nombre. Las damas. Lamentamos su ausencia. Pero nos consolamos nosotros mismos. El pensamiento es libre. Con ellas, nos vemos limitados a temas banales: arte, literatura, política y otros así. Uno puede soportar discutir de materias sin importancia como esas con una dama. Pero no hay hombre, en sus cabales...— paseó una severa mirada por la mesa, como si estuviese desafiando a los invitados a que lo contradijeran ¡que haya hablado de vino con una dama! —Probó su copa de oporto, se reclinó en su silla y levantó el vino a la altura de su ojo, como para verlo al trasluz de la lámpara—. ¿La añada, *milord*? —inquirió, dirigiendo una mirada a su anfitrión.

El earl dio la fecha.

—Lo que suponía. Pero a uno le gusta estar seguro. El tono es, quizá, un poco pálido. Pero el cuerpo no admite dudas. Y en cuanto al buqué...

¡Ah, aquel prodigioso buqué! ¡Con qué viveza me recordó esa mágica palabra la escena! El pequeño mendigo dando su voltereta en el camino, la dulce damita impedida en mis brazos, la misteriosa niñera evanescente... todos asaltaron tumultuosamente mi mente, como criaturas de un sueño; y a través de este embotamiento aún seguía escuchándose, resonante como el tañido de una campana, ¡la solemne voz del gran entendido en vinos!

Incluso sus palabras habían adoptado una forma extraña, como si perteneciesen a un sueño.

—No —siguió diciendo... ¿y por qué sucede, me detengo a preguntar, que, al retomar el hilo interrumpido de un diálogo, uno siempre comienza con este monosílabo desprovisto de alegría? Tras meditarlo angustiosamente, he llegado a la conclusión de que el propósito es el mismo que el del colegial, cuando la suma en la que está trabajando se ha convertido en un embrollo sin solución, y cuando

desesperado coge la esponja, lo borra todo y empieza de nuevo. Exactamente del mismo modo, el orador apabullado, mediante el simple proceso de negar todo lo que se ha afirmado hasta entonces, descarta de un plumazo la discusión entera, y puede «empezar como es debido» con una nueva teoría—. No —siguió diciendo—; no hay nada como la mermelada de cereza, después de todo. ¡Eso es lo que yo digo!

—¡No en todas sus cualidades! —interpuso un hombrecillo de manera entusiasta y estridente—. En lo que respecta a la riqueza del tono general, no digo que tenga rival. Pero en cuanto a la delicadeza de la modulación... lo que podría llamarse los «armónicos» del sabor... ¡a mí deme una buena mermelada de frambuesa!

—¡Permítanme decir una cosa! —Irrumpió en el diálogo el gordo de tez colorada, totalmente ronco de emoción—. ¡Es una cuestión demasiado importante para ser resuelta por aficionados! Yo puedo ofrecerles la visión de un profesional: quizá el catador de mermelada más experimentado vivo en la actualidad. Yo mismo lo he visto fijar la edad de una mermelada de fresa con un margen de error de un día (y todos sabemos lo difícil que es poner fechas a esa mermelada) ¡probándola una sola vez! Pues bien, le planteé la misma cuestión que ustedes están discutiendo. Sus palabras fueron: «La mermelada de cereza es la mejor para un mero claroscuro de sabor; la de frambuesa se presta mejor a esas discordancias resueltas que persisten de manera tan encantadora en la lengua, pero para un absoluto arrebató de perfección azucarada, ¡las demás mermeladas no tienen nada que hacer frente a la de albaricoque!». ¿No les parece muy bien dicho?

—¡Perfectamente! —chilló el hombrecillo entusiasta.

—Conozco bien a su amigo —dijo el hombre pomposo—. Como catador de mermeladas, ¡no tiene rival! No obstante, apenas creo que...

La discusión pasó entonces a ser general, y sus palabras se perdieron en una mezcolanza de nombres, en la que cada invitado pronunciaba alabanzas a su propia mermelada favorita. Finalmente, a través del barullo, la voz de nuestro anfitrión consiguió hacerse oír:

—¡Reunámonos con las damas! —Estas palabras parecieron traerme de vuelta a la realidad, y tuve la seguridad de que, durante los últimos minutos, había caído otra vez en el estado de «inquietud».

«¡Un extraño sueño! —me dije mientras desfilábamos escaleras arriba—. ¡Hombres adultos discutiendo, con tanta seriedad como si fuesen cuestiones de vida o muerte, los irremediablemente triviales detalles de meras exquisiteces culinarias, que no estimulan más funciones superiores humanas que los nervios de la lengua y el paladar! ¡Qué espectáculo más humillante sería una discusión así en la realidad!».

En ese momento, de camino al salón, recibí de manos del ama de llaves a mis pequeños amigos, vestidos con unos trajes de noche de lo más exquisitos, y más radiantes en su aspecto, arrebolado por la expectativa de goce, de lo que nunca antes los había visto. Aquello no me sorprendió, sino que acepté el hecho con la misma apatía irracional con que uno recibe los sucesos de un sueño, y apenas era consciente

de una vaga ansiedad respecto a cómo iban a desenvolverse en una situación tan nueva para ellos... olvidando que la vida cortesana de Exotilandia era un entrenamiento más que suficiente para alternar en el mundo más sustancial.

Consideré que sería mejor presentárselos cuanto antes a alguna invitada simpática, y elegí a la joven dama cuyas aptitudes pianísticas tanto habían dado que hablar.

—Estoy convencido de que le gustan los niños —dije—. ¿Puedo presentarle a dos amiguitos míos? Esta es Silvia, y este es Bruno.

La joven dama besó a Silvia con gran elegancia. Habría hecho lo mismo con Bruno, pero este retrocedió bruscamente fuera de su alcance.

—Sus caras no me suenan —dijo la joven—. ¿De dónde venís, preciosos?

Yo no había anticipado una pregunta tan poco conveniente, y temiendo que pudiera poner a Silvia en una situación embarazosa, respondí por ella:

—De bastante lejos. Sólo van a estar aquí esta tarde.

—¿Cuánto habéis viajado, bonita? —insistió la joven dama.

Silvia puso cara de confundida.

—Una milla o dos, creo —dijo con aire dubitativo.

—Una milla o *tdes* —terció Bruno.

—No se dice «una milla o tres» —lo corrigió Silvia.

La joven dama mostró su aprobación con un asentimiento de cabeza.

—Silvia tiene toda la razón. No es habitual decir «una milla o tres».

—Lo sería... si lo *diciéramos* lo bastante a menudo —apuntó Bruno.

Ahora quien puso cara de confundida fue la joven dama.

—¡Es muy ingenioso, para su edad! —musitó—. No eres mayor de siete, ¿verdad, precioso? —añadió en voz alta.

—No soy tantos —contestó Bruno—. Soy uno. Silvia es una. Silvia y yo somos dos. Ella me enseñó a *contad*.

—¡Oh, no te estaba contando!, ¿sabes? —aclaró la joven dama entre risas.

—¿Es que no has *apdendido* a *hacedlo*? —dijo el niño.

La joven se mordió el labio.

—¡Caramba! ¡Qué preguntas más embarazosas hace! —exclamó en un «aparte» a media voz.

—¡Bruno, no hagas eso! —dijo Silvia en tono reprobatorio.

—¿Que no haga qué? —repuso su hermano.

—No hagas... ¡esa clase de preguntas!

—¿Qué clase de *pdeguas*? —siguió Bruno con picardía.

—Las que ella díjote —replicó Silvia, con una tímida mirada a la joven dama, y perdiendo todo sentido de la gramática en su confusión.

—¡No eres capaz de *pdonuciadlo*! —gritó Bruno en tono victorioso. Luego se volvió hacia la joven dama, buscando apoyos a su triunfo—. ¡Sabía que no *podería pdonuciad* «embalosasos»!

La joven dama creyó conveniente regresar al problema aritmético.

—Cuando te pregunté si eras mayor de siete, ¿sabes?, no me refería al número de niños, sino a la edad.

—Sólo tengo una edad —contestó Bruno—. Nadie tiene siete edades.

—¿Y eres el hermano de esta jovencita? —dijo a continuación la dama, evitando hábilmente el problema.

—¡Yo no soy «su» *hedmano*! —saltó Bruno—. ¡Silvia es «mi» *hedmana*! —Y la estrechó con ambos brazos mientras añadía—: ¡Es *compeletamente* mía!

—¿Sabes —prosiguió la joven dama que tengo una hermanita en casa que es exactamente igual que tu hermana? Estoy segura de que se gustarían muchísimo.

—Serían muy utilísimas la una a la *otda* —dijo Bruno, con gesto pensativo—. Y no les haría falta espejo para *cepilladse* el pelo.

—¿Por qué no, mi niño?

¡*Podque* cada una haría de espejo para la *otda*, *pod* supuesto! —exclamó Bruno.

Pero en aquel momento *lady* Muriel, que había estado hasta entonces escuchando aquel diálogo desconcertante sin inmiscuirse, interrumpió para preguntar si la joven dama nos honraría con un poco de música; acto seguido, los niños siguieron a su nueva amiga hasta el piano.

Arthur se acercó y se sentó a mi lado.

—Si lo que dicen es cierto —susurró—, ¡vamos a presenciar una auténtica delicia! —Y entonces, en mitad de un silencio donde no se oía ni una respiración, comenzó la actuación.

Era una de esas intérpretes a las que la sociedad califica de «brilantes», y se lanzó a ejecutar la más hermosa de las sinfonías de Haydn con un estilo que era claramente el producto de años de paciente estudio con los mejores maestros. Al principio parecía ser la perfección de la música a piano, pero tras unos cuantos minutos empecé a preguntarme, con hastío: «¿Qué es lo que le falta? ¿Por qué no se extrae placer de ello?».

Entonces me puse a escuchar con gran atención cada una de las notas, y el misterio se aclaró por sí solo. Existía una corrección mecánica casi perfecta... ¡pero eso era todo! No estaban sonando notas equivocadas, naturalmente: la pianista se sabía la pieza demasiado bien como para que eso ocurriera, pero se daba la irregularidad justa del compás para dejar al descubierto que ella no poseía verdadero «oído» para la música; la falta justa de fluidez en los pasajes más elaborados para revelar que no creía que su audiencia mereciera un auténtico esfuerzo; la monotonía mecánica justa en la acentuación para despojar de alma todas las modulaciones celestiales que estaba profanando; en resumen, resultaba simplemente irritante, y, cuando hubo tocado el final del tirón y ejecutado el último acorde como si, ahora que había terminado con el instrumento, le diese igual cuántas cuerdas rompía, ni siquiera me vi capaz de *fingir* unirme al estereotipado «¡Oh, gracias!» que fue pronunciado a coro a mi alrededor.

Lady Muriel se unió a nosotros por un instante.

—¿No es hermosa? —le susurró a Arthur, con una sonrisa traviesa.

—¡No, para nada! —contestó este. Pero la suave dulzura de su rostro neutralizó por completo la aparente rudeza de la respuesta.

—¡Su ejecución, ya me entiendes! —insistió *lady Muriel*.

—Es lo que ella merece —replicó Arthur, en sus trece—, pero la gente alberga tantos prejuicios en contra de la pena capital que...

—¡Ya empiezas con las tonterías! —exclamó su prometida—. Pero a ti te gusta la música, ¿no? Eso dijiste hace un momento.

—¿Que si me gusta la música? —repitió para sí el doctor en voz baja—. Mi querida *lady Muriel*, hay música y música. Tu pregunta es dolorosamente vaga. También podrías preguntarme, para el caso: «¿Te gusta la gente?».

Lady Muriel se mordió el labio, frunció el ceño y dio una patadita en el suelo. Como representación dramática de mal humor, resultó un claro fracaso. Sin embargo, logró engañar a uno de sus espectadores, y Bruno corrió a interponerse, como pacificador de una riña en gestación, con el siguiente comentario:

—¡A mí me gusta la gente!

Arthur plantó una cariñosa mano en la cabecita de ensortijados cabellos.

—¿Qué? ¿Toda la gente? —inquirió.

—No toda —explicó Bruno—. Sólo Silvia... y *lady Muriel*... y él... —dijo, señalando al earl— y tú... ¡y tú!

—No deberías señalar a la gente —le recriminó Silvia—. Es de muy mala educación.

—En el mundo de Bruno —observé yo— sólo hay cuatro personas... ¡dignas de mención!

—¡En el mundo de Bruno! —repitió *lady Muriel* con gesto pensativo—. Un mundo luminoso y florido, en el que la hierba siempre es verde, la brisa siempre sopla con suavidad y nunca se juntan nubarrones; donde no hay bestias salvajes, ni desiertos...

—Desiertos tiene que haber —apuntó Arthur de manera firme—, al menos si se tratara de mi mundo ideal.

—¿Pero qué utilidad puede tener un desierto? —planteó *lady Muriel*—. No me creo que quisieras un páramo en tu mundo ideal.

Arthur sonrió.

—¡Pues claro que sí! —aseguró—. Un páramo resultaría más necesario que un ferrocarril, ¡y muchísimo más propicio para la felicidad general que unas campanas de iglesia!

—¿Pero para qué lo querrías?

—Para practicar música en él —respondió él—. Todas las damas jóvenes sin oído musical, pero que aun así insisten en aprender, deberían ser conducidas, cada mañana, dos o tres millas al interior del páramo. Allí cada una encontraría un cómodo cuarto

habilitado para ellas, y también un piano barato de segunda mano, en el que podría tocar durante horas, ¡sin añadir ni una sola punzada de innecesario dolor al conjunto del sufrimiento humano!

Lady Muriel miró alarmada en derredor suyo, no fuese a ser que alguien oyera de pasada aquella atroz opinión. Pero la hermosa pianista se encontraba a una distancia segura.

—Has de admitir al menos que es una joven dulcísima, ¿no te parece? —dijo a continuación.

—Oh, sin duda. Tan dulce como el agua con azúcar, si quieres... ¡y casi igual de interesante!

—¡Eres incorregible! —dijo *lady* Muriel, quien luego se giró hacia mí—: Espero que la Sra. Mills le haya parecido una pareja interesante para la cena.

—¡Oh, así que ese es su nombre! —repuse—. Pensaba que sería más largo.

—Y así es y será «bajo su propia cuenta y riesgo» (signifique lo que signifique eso) si alguna vez se atreve a dirigirse a ella de ese modo. ¡Es la «Sra. Ernest-Atkinson-Mills»!

—Es una de esas advenedizas —intervino Arthur— que piensan que, por añadir a su apellido todos sus nombres de pila sobrantes, con guiones entre medias, pueden darle al mismo un toque aristocrático. ¡Como si no fuera ya bastante difícil recordar un solo apellido!

A esas alturas la habitación se estaba abarrotando, dado que los invitados a la fiesta de la noche estaban empezando a llegar, y *lady* Muriel hubo de dedicarse a la tarea de darles la bienvenida, la cual acometió con la más encantadora cortesía imaginable. Silvia y Bruno permanecieron a su lado, profundamente interesados en el proceso.

—Espero que os gusten mis amigos —les dijo ella—. En especial mi querido y viejo amigo, Mein Herr (¿me pregunto qué habrá sido de él? ¡Oh, ahí está!), ese anciano caballero de anteojos, ¡y larga barba!

—¡Es un señor muy mayor! —comentó Silvia, observando con admiración a Mein Herr, quien se había instalado en un rincón, desde el cual sus afables ojos nos sonreían a través de un gigantesco par de lentes—. ¡Y qué barba más adorable!

—¿Cómo se llama? —susurró Bruno.

—Se llama Mein Herr —le respondió Silvia, del mismo modo.

Bruno meneó la cabeza con impaciencia.

—¡«*Manjad*» es como llama a la comida que le gusta, no a él mismo, tonta! —Recurrió entonces a mí—: ¿Cómo se llama, *hombde señod*?

—Ese es el único nombre del que tengo constancia —dije yo—. Pero parece encontrarse muy solo. ¿No os da lástima su cabello gris?

—Me da lástima él —matizó Bruno—, pero su pelo no, ni una pizca. ¡Su pelo no puede *sentid*!

—Nos lo encontramos esta tarde —dijo Silvia—. Habíamos ido a ver a Nerón; ¡lo

pasamos tan bien con él, volviéndolo otra vez invisible! Y vimos a ese simpático señor mayor cuando volvíamos.

—Bien, vayamos a hablar con él y animémoslo un poco —sugerí—; quizá descubramos cómo se llama a sí mismo.

Capítulo 11

El hombre de la luna

Los niños vinieron encantados. Con uno de ellos a cada lado mío, me acerqué al rincón ocupado por Mein Herr.

—Espero que los niños no le incomoden —abrí yo la conversación.

—«¡La hosca vejez y la juventud no pueden vivir juntas!» —contestó el anciano de manera alegre, con una amistosa sonrisa—. ¡Ahora miradme bien, niños! Vosotros diríais que soy un hombre mayor, ¿no?

A primera vista, aunque su rostro me había recordado de un modo tan misterioso al del «profesor», transmitía la impresión de ser decididamente más joven que él, pero cuando al fin miré en las maravillosas profundidades de sus grandes ojos soñadores, me produjeron la sensación, junto con un extraño temor reverencial, de que era incalculablemente más viejo; parecía observarnos desde alguna era remota, siglos atrás.

—No sé si es usted un *hombde mayod* —repuso Bruno, mientras su hermana y él, ganados por la suave voz, se acercaban al hombre un poco más, con pasitos cortos—. *Cdeo* que tiene ochenta y *tdes* años.

—¡Qué exactitud! —exclamó Mein Herr.

—¿Y anda muy desencaminado? —pregunté.

—Hay razones —contestó Mein Herr apaciblemente—, que no puedo explicar con libertad, para no mencionar explícitamente personas, lugares o fechas. Sólo voy a permitirme un comentario: que el periodo de vida comprendido entre los ciento sesenta y cinco y los ciento setenta y cinco años resulta especialmente seguro.



—¿Cómo llega a esa conclusión? —inquirí.

—Del siguiente modo: uno consideraría que nadar es un entretenimiento muy seguro, si apenas le llegasen noticias de que alguien muriese por ello. ¿Me equivoco al pensar que jamás ha oído que nadie se haya muerto entre esas dos edades?

—Entiendo lo que quiere decir —asentí—, pero me temo que no puede demostrar que la natación es segura, basándose en el mismo principio. No resulta raro oír que alguien se ha ahogado.

—En mi país —dijo Mein Herr— nadie se ahoga nunca.

—¿No hay aguas lo suficientemente profundas?

—¡En abundancia! Pero no podemos hundirnos. Todos somos más ligeros que el agua. Dejen que se lo explique —añadió, al ver mi gesto de sorpresa—: imagine que desean obtener una raza de palomas de una forma o un color concretos; ¿no seleccionan, año tras año, aquellas que se aproximan más a la forma o el color que quieren, y se quedan con esas, deshaciéndose de las demás?

—Así es —respondí—. Lo llamamos «selección artificial».

—Exacto —dijo Mein Herr— Pues bien, nosotros la hemos practicado durante algunos siglos, seleccionando sin cesar a la gente más ligera; de modo que, ahora, todo el mundo es más ligero que el agua.

—Entonces, ¿nunca pueden ahogarse en el mar?

—¡Nunca! Sólo en tierra (por ejemplo, cuando asistimos a una representación en un teatro) nos vemos en una situación de peligro como esa.

—¿Cómo es posible eso en un teatro?

—Todos nuestros teatros son subterráneos. Sobre ellos se colocan grandes tanques de agua. En caso de que se declare un incendio, los grifos se abren, y un minuto después el teatro se halla inundado ¡hasta el mismísimo techo! De ese modo se acaba con el fuego.

—Y con la audiencia, supongo.

—Eso es secundario —repuso Mein Herr con despreocupación—. Pero tienen el consuelo de saber que, ahogados o no, son todos más ligeros que el agua. Aún no hemos llegado a que la gente sea más ligera que el aire, pero estamos en ello; quizá en otros mil años o así...

—¿Qué hacen con la gente que pesa demasiado? —inquirió Bruno con gravedad.

—Hemos aplicado el mismo proceso —continuó Mein Herr, sin percatarse de la pregunta de Bruno— a muchos otros propósitos. Hemos seleccionado sin cesar bastones de paseo, conservando siempre aquellos que permitían andar mejor, ¡hasta que hemos obtenido algunos que caminan solos! Lo mismo hemos hecho con el algodón hidrófilo, ¡hasta conseguir algodón más ligero que el aire! ¡No tiene ni idea de lo útil que es como material! Lo llamamos «imponderal».

—¿Para qué lo emplean?

—Pues principalmente para empaquetar objetos que han de enviarse por correo. Hace que pesen menos que nada, ¿sabe?

—¿Y cómo saben los empleados de la oficina postal cuánto ha de pagar usted?

—¡Eso es lo hermoso del nuevo sistema! —exclamó Mein Herr de forma exultante—. Ellos nos pagan a nosotros, ¡no al revés! A veces me dan hasta cinco chelines por enviar un paquete.

—¿Y su Gobierno no se opone?

—Bueno, sí que plantea algunas objeciones. Dice que sale muy caro, a la larga. Pero la cuestión está meridianamente clara, según sus propias normas. Si yo envío un paquete que pesa medio kilo *más* que nada, pago tres peniques; de modo que, naturalmente, si pesa medio kilo *menos* que nada, yo debería recibir tres peniques.

—¡Sí que es un artículo útil! —dije.

—Aun así, incluso el «imponderal» tiene sus desventajas —prosiguió—. Compré un poco, hace unos días, me lo guardé en el sombrero para llevarlo a casa, ¡y el sombrero sencillamente se fue flotando!

—¿Llevaba hoy usted un poco de esa cosa *dara* en su *sombdero*? —indagó Bruno—. Silvia y yo le vimos en el camino, ¡y su *sombdero* estaba muy altísimo! ¿A que sí, Silvia?

—No, eso fue otra cosa totalmente distinta —aclaró Mein Herr—. Estaba chispeando un poco, así que coloqué el sombrero en lo alto de mi bastón, como un paraguas, ¿sabes? Mientras venía por el camino —continuó, volviéndose hacia mí— me vi sorprendido por...

—¿... un *chaparán*? —aventuró Bruno.

—Bueno, se parecía más a la cola de un perro —repuso Mein Herr—. ¡Fue algo curiosísimo! Algo se restregó cariñosamente contra mi rodilla. Y yo bajé la vista, ¡y no pude ver nada! Aunque, a eso de un metro, había una cola de perro, meneándose, ¡totalmente por sí sola!

—¡Oh, Silvia! —murmuró Bruno con reprobación—. ¡No *tedminaste* de *hacedlo* visible!

—¡Cuánto lo siento! —se disculpó Silvia, que parecía muy arrepentida—. Quería pasarle la joya por el lomo, pero teníamos mucha prisa. Iremos mañana a terminarlo. ¡Pobrecillo! ¡A lo mejor no le dan de cenar esta noche!

—¡Claro que no! —dijo Bruno—. ¡Nadie le da nunca huesos a una cola de *pero*! Mein Herr miró a uno y a otro con estupefacción.

—No os comprendo —confesó—. Yo me había perdido, estaba consultando un mapa de bolsillo, y se me había caído de algún modo uno de mis guantes, cuando este algo invisible, que se había frotado contra mi pierna, aunque parezca increíble, ¡me lo trajo!

—¡*Pod* supuesto! —exclamó ahora Bruno—. ¡Le encanta *muchísimo jugad a tdaed* cosas!

Mein Herr puso una cara de perplejidad tan absoluta que me pareció conveniente cambiar de tema.

—¡Qué cosa más útil es un mapa de bolsillo! —comenté.

—Eso también es algo que hemos aprendido de su nación —dijo Mein Herr—: la cartografía. Pero lo hemos llevado mucho más lejos. ¿Cuál considera que es el mapa más grande que poseería verdadera utilidad?

—Uno de en torno a quince centímetros por milla.

—¡Sólo eso! —exclamó Mein Herr—. Nosotros no tardamos en llegar a los seis metros por milla. Luego probamos con cien metros por milla. ¡Y después vino la idea más grandiosa de todas! Hicimos un mapa del país, en serio, ¡a una escala de una milla por milla!

—¿Y lo han usado mucho? —inquirí.

—Todavía no ha sido desplegado nunca —apuntó Mein Herr—; los granjeros se opusieron: decían que cubriría todo el campo, ¡bloqueando la luz del sol! De modo que en la actualidad usamos el propio campo como mapa, y le aseguro que funciona casi igual de bien. Deje que le haga yo ahora otra pregunta. ¿Cuál es el mundo más pequeño en el que le gustaría vivir?

—¡Yo sé en cuál! —gritó Bruno, que estaba escuchando con atención—. A mí me gustaría un mundito muy *diminutísimo*, ¡en el que sólo *cabiéramos* Silvia y yo!

—Entonces tendríais que permanecer en extremos opuestos del mismo —observó Mein Herr—. ¡Por lo que nunca en la vida verías a tu hermana!

—Y no *tenería* que *decibid lecciones* —dijo Bruno.

—¡No querrá decir que han estado realizando experimentos en esa dirección! —exclamé yo.

—Bueno, no experimentos exactamente. No pretendemos construir planetas. Pero un científico amigo mío, que ha realizado varios viajes en globo, me asegura que ha visitado un planeta tan pequeño que ¡fue capaz de recorrer una vuelta entera a pie alrededor de él en veinte minutos! Se había producido una gran batalla, justo antes de su visita, que terminó de un modo bastante curioso: el ejército derrotado huyó a toda velocidad, y a los poquísimos minutos se encontró cara a cara con el ejército vencedor, el cual marchaba de regreso a casa, ¡y este se asustó tanto al verse entre dos ejércitos, que se rindió en el acto! Naturalmente eso le hizo perder la batalla, aunque, de hecho, había matado a todos los soldados del bando contrario.

—Los soldados *muedtos* no pueden *huid* —apuntó Bruno con expresión pensativa.

—«Matado» es un tecnicismo —repuso Mein Herr—. En el pequeño planeta del que hablo, las balas estaban hechas de una suave sustancia negra que dejaba una marca en todo lo que tocaba. De manera que, tras una batalla, lo único que había que hacer era contar cuántos soldados de cada bando estaban «muertos», lo cual quiere decir «marcados por detrás», ya que las marcas por delante no contaban.

—¿Entonces no se podía matar a nadie, a no ser que saliera corriendo? —planteé yo.

—Mi amigo científico descubrió un procedimiento mejor que ese. Advirtió que, si las balas se disparaban en dirección contraria alrededor del mundo, alcanzarían al enemigo por la espalda. Después de eso, los peores tiradores pasaron a ser considerados los mejores, y el peor de todos siempre conseguía el primer premio.

—¿Y cómo decidían cuál era el peor tirador de todos?

—Muy fácil. El mejor disparo posible es, ya sabe, el que alcanza lo que está exactamente delante de uno: de manera que, por supuesto, el peor disparo posible es el que da en lo que está exactamente detrás.

—¡Eran gente extraña en ese pequeño planeta! —dije.

—¡Desde luego! Pero quizá lo más extraño de todo era su método de gobierno. En este planeta, según me han contado, una nación está formada por varios súbditos, y un rey, pero en el pequeño planeta del que hablo, lo estaba por varios reyes, ¡y un súbdito!

—Dice usted que le han «contado» lo que sucede en este, nuestro planeta —observé—. ¿Sería mucho suponer que usted mismo es un visitante de otro planeta?

Bruno aplaudió preso de la emoción.

—¿Es usted el *hombde* en la luna^[*]? —exclamó.

Mein Herr pareció incomodarse.

—No estoy en la luna, querido —dijo evasivamente—. Volviendo a lo que estaba diciendo, creo que ese método de gobierno debería ser satisfactorio. Verán, los reyes, sin duda, crearían leyes contradictorias unas con otras, por lo que el súbdito nunca podría ser castigado, porque, hiciese lo que hiciese, siempre estaría obedeciendo alguna de ellas.

—E, hiciese lo que hiciese, ¡estaría *desobedeciendo* alguna ley! —profirió Bruno con fuerza—. ¡Así que *siempde* lo castigarían!

Lady Muriel pasaba por allí en ese momento, y escuchó casualmente la última palabra.

—¡Nadie va a ser castigado aquí! —dijo, cogiendo a Bruno en brazos—. ¡Este es el salón de la libertad! ¿Me dejaría a los niños un segundo?

—Los niños nos abandonan, ya ve —comenté hacia *Mein Herr* mientras *lady Muriel* se los llevaba—; ¡así que los viejos tendremos que hacernos compañía mutuamente!

El anciano suspiró.

—¡Oh, bueno! Somos viejos ahora y, sin embargo, yo mismo fui niño, una vez... al menos eso creo.

No pude evitar reconocer para mis adentros que parecía desde luego una suposición bastante improbable, viendo su enmarañado cabello cano y la larga barba, que hubiera sido niño alguna vez.

—¿Le gusta la gente joven? —pregunté.

—Los jóvenes —respondió—. No exactamente los niños. Solía enseñar a jóvenes, hace muchos años, en mi querida y antigua universidad.

—No me quedé del todo con el nombre —dije a modo de indirecta.

—No lo mencioné —contestó el anciano con afabilidad—. Tampoco conocería el nombre si lo hiciese. ¡Le podría contar historias curiosas acerca de todos los cambios que he presenciado allí! Mas me temo que le aburriría.

—¡En absoluto! —negué—. Hágalo, se lo ruego. ¿Qué clase de cambios?

Pero el anciano parecía de más humor para preguntas que para respuestas.

—Dígame una cosa —rogó, posando su mano de manera imponente sobre mi brazo—. Pues soy forastero en su tierra, y apenas sé de sus modos de educación, aunque algo me dice que estamos más adelantados que ustedes en el ciclo eterno del cambio, y que muchas de las teorías que hemos probado y encontrado ineficaces, ustedes también las probarán, con un entusiasmo más exacerbado, y también encontrarán el fracaso, ¡con una desesperación más amarga!

Fue extraño ver cómo, a medida que hablaba, y sus palabras fluían de forma cada vez más libre, con una cierta elocuencia rítmica, sus facciones parecían resplandecer con una luz interior, y todo su cuerpo dio la impresión de transformarse, como si hubiera rejuvenecido cincuenta años en un instante.

Capítulo 12

Música feérica

El silencio que se produjo a continuación se vio roto por la voz de la joven pianista, que se había sentado cerca de nosotros y conversaba con uno de los invitados que acababan de llegar.

—¡Yaya! —dijo en un desdeñoso tono de sorpresa—. ¡Al parecer vamos a escuchar algo de nueva música!

Miré a mi alrededor en busca de una explicación, y quedé prácticamente tan asombrado como la propia señorita: ¡era a Silvia a quien *lady* Muriel estaba conduciendo al piano!

—¡Inténtalo, querida! —estaba diciendo esta última—. ¡Estoy segura de que puedes tocar maravillosamente!

Silvia se volvió hacia mí, con lágrimas en los ojos. Traté de enviarle una sonrisa de ánimo, pero aquello suponía obviamente una gran tensión para una niña tan nada acostumbrada a que la usaran como espectáculo de feria, y se sentía asustada y descontenta. No obstante, surgió entonces la absoluta dulzura de su manera de ser: pude ver que estaba decidida a olvidar sus reservas y a esforzarse al máximo por agradar a *lady* Muriel y sus amigos. Se sentó ante el instrumento y comenzó a tocar de inmediato. El compás y la expresión, hasta donde uno podía juzgar, eran perfectos, pero su ataque de las teclas poseía una ligereza tan extraordinaria que al principio apenas resultaba posible, a través del murmullo de conversación que aún persistía, escuchar una nota de lo que estaba interpretando.

Pero un momento después el murmullo se había transformado en un silencio absoluto, y todos nos sentamos, conteniendo el aliento embelesados, para escuchar una música tan celestial que ninguno de los presentes podría jamás olvidarla.

Acariciando prácticamente las teclas en un comienzo, tocó una especie de introducción en una tonalidad menor, que se asemejaba a un crepúsculo encarnado; daba la sensación de que las luces se estaban atenuando y de que una niebla se deslizaba lentamente por la sala. Entonces destellaron en la creciente penumbra las primeras notas de una melodía tan hermosa, tan delicada, que uno contenía la respiración por miedo a perderse una sola nota. De tanto en tanto la música caía en el patético tono menor con el que había empezado, y cada vez que la melodía se abría camino, por así decirlo, hasta la luz del día a través de la penumbra circundante resultaba más cautivadora, más mágicamente dulce. Bajo la etérea interpretación de la niña, el instrumento daba de hecho la impresión de trinar, como un pájaro. «¡Despierta, mi amor, hermosa mía —parecía cantar—, y acompáñame! Pues

contempla, el invierno ha pasado, la lluvia se ha marchado; las flores brotan de la tierra; ¡ha llegado el momento de que los pájaros canten!». Uno podía creer que oía el tintineo de las últimas gotas, sacudidas de los árboles por una ráfaga de viento; que veía los primeros rayos relumbrantes del sol, penetrando las nubes.

El conde cruzó la habitación presuroso, poseído por una gran emoción.

—¡No puedo recordarme —exclamó— el nombre de este aire tanto encantador! Es de una ópera, estoy de lo más seguro. ¡Pero ni siquiera la ópera consigue recordarme su nombre! ¿Cómo llamas a ella, querida niña?

Silvia se dio la vuelta para mirarlo con expresión arrobada. Había dejado de tocar, pero aún paseaba sus dedos por las teclas de manera intermitente. El miedo y la timidez habían desaparecido ya por completo, y únicamente permanecía el puro gozo de la música que había estremecido nuestros corazones.

—¡El título de ella! —repitió el conde con impaciencia—. ¿Cómo llamas la ópera?



—No sé lo que es una ópera —contestó Silvia medio susurrando.

—¿Cómo entonces llamas el aire?

—No conozco ningún nombre para él —repuso Silvia, levantándose del instrumento.

—¡Pero esto es maravilloso! —exclamó el conde, siguiendo a la niña, y dirigiéndose a mí, como si yo fuese el dueño de este prodigio musical y debiera

conocer por tanto la fuente de su música—. ¿Usted la ha oído tocar esto, más pronto... digo «antes de esta ocasión»? ¿Cómo llama el aire?

Yo negué con la cabeza, pero me vi salvado de más preguntas por *lady* Muriel, que se acercó a pedirle una canción al conde.

Este separó las manos excusándose, y agachó la cabeza.

—Pero *milady*, ya he revisionado... digo revisado... todas sus canciones; ¡y no habrá ninguna apropiada para mi voz! ¡No son para voces de bajo!

—¿No quiere echarles otra ojeada? —imploró *lady* Muriel.

—¡Ayudémosle! —le susurró Bruno a Silvia—. ¡*Encontdemos* para él... ya sabes!

Silvia hizo un asentimiento de cabeza.

—¿Quiere que le busquemos una canción? —ofreció dulcemente al conde.

—¡*Mais oui!* —exclamó el hombrecillo.

—¡Claro que sí! —dijo Bruno, al tiempo que, cogido cada uno a una mano del encantado conde, lo conducían al atril.

—¡Aún hay esperanza! —declaró *lady* Muriel por encima del hombro, mientras los seguía.

Yo me volví hacia Mein Herr, esperando poder retomar nuestra interrumpida conversación.

—Me estaba comentando usted... —empecé a decir, pero en aquel momento Silvia vino a llamar a Bruno, el cual había regresado a mi lado, y mostraba un gesto inusualmente serio.

—¡Yen, Bruno! —le rogó—. ¡Sabes que ya casi la tenemos! —Luego, añadió en un susurro—: Ya he cogido el guardapelo. ¡No podía sacarlo mientras miraban!

Pero Bruno se apartó de ella.

—El *hombde* se ha metido conmigo —dijo muy digno.

—¿Qué te ha dicho? —inquirí con cierta curiosidad.

—Le he *pdeguntado* —explicó Bruno— qué tipo de canción *pdefería*. Y ha dicho: «Una canción de un *hombde*, no de una *mujed*». Y yo he dicho: «¿Quiere que Silvia y yo le busquemos la canción del *señod* Tottles?». Y ha dicho: «¿Cua?». Y yo no soy un pato, ¿sabes?

—¡Estoy segura de que ha sido sin querer! —señaló Silvia con seriedad—. Es algo en francés... ya sabes que no puede hablar inglés tan bien como...

Bruno transigió de manera visible.

—¡Pues claro que no puede, si es *francés!* ¡Los *faranceses* nunca pueden *hablad* un inglés tan *buenósimo* como *nosotdos!* —Y Silvia se llevó consigo al voluntario cautivo.

—¡Qué niños más simpáticos! —dijo el anciano, quitándose los anteojos y limpiándolos cuidadosamente. Después se los volvió a poner y miró con una sonrisa de aprobación cómo los niños revolvían el montón de partituras, y en ese momento oímos a Silvia recriminar: «¡Bruno, no estamos aventando heno!».

—Nuestra conversación se ha visto largamente interrumpida —apunté yo—. ¡Sigamos, se lo ruego!

—¡Con mucho gusto! —repuso el amable anciano—. Yo estaba muy interesado en lo que usted... —Calló un instante, y se pasó la mano por la frente con desasosiego—. Uno se olvida —murmuró—. ¿Qué estaba yo diciendo? ¡Oh! Algo que usted me iba a contar. Sí. ¿A cuáles de sus profesores valoran ustedes más, a los que se entiende con facilidad o a los que hacen sentirse a uno confundido cada vez que hablan?

Me sentí obligado a admitir que por lo general admirábamos más a los profesores a quienes no entendíamos del todo.

—Justamente —dijo Mein Herr—. Así es al principio. Bien, nosotros estábamos en esa fase hace unos ochenta años... ¿o eran noventa? Nuestro profesor predilecto se expresaba peor cada año, y cada año lo teníamos en mayor admiración... ¡del mismo modo que sus aficionados al arte denominan «neblina» al más hermoso elemento paisajístico, y admiran una vista con desafortunado placer cuando no pueden ver nada! Ahora le voy a decir cómo acabó la cosa. Nuestro ídolo impartía clases de Filosofía Moral. Pues bien, sus pupilos no entendían ni jota, pero se lo aprendieron todo de memoria, y cuando llegó el momento de los exámenes, respondieron con ello, y los examinadores dijeron: «¡Magnífico! ¡Qué profundidad!».

—¿Pero de qué sirvió eso a los jóvenes después?

—¿Acaso no lo ve? —repuso Mein Herr—. Ellos se convirtieron a su vez en maestros, y repitieron de nuevo todas esas cosas, y sus alumnos las pusieron en el examen, y los examinadores las aceptaron, ¡y nadie tenía la más mínima idea de qué quería decir todo aquello!

—¿Y cómo acabó?

—Del siguiente modo: nos levantamos un buen día y descubrimos que no había nadie allí que supiera nada de Filosofía Moral. De forma que la abolimos; profesores, clases, examinadores y todo lo demás. Y si alguien quería aprender algo al respecto, tenía que descubrirlo por sí mismo, ¡y pasados otros veinte años o así ya había varios hombres que realmente sabían algo de la materia! Ahora dígame otra cosa. ¿Cuántos años de aprendizaje pasa un joven antes de que lo examinen, en sus universidades?

Le dije que tres o cuatro años.

—¡Exactamente lo mismo que hacíamos nosotros! —exclamó—. Les enseñábamos un poquito y, justo cuando empezaban a asimilarlo, ¡se lo sacábamos todo de nuevo! Vaciábamos nuestros pozos antes de que estuviesen a un cuarto de su capacidad; cosechábamos nuestras huertas con las manzanas todavía en flor; ¡aplicábamos la severa lógica de la aritmética a nuestros pollos, mientras dormían pacíficamente en sus cascarones! No cabe duda de que pájaro durmiente, tarde hincha el vientre, pero si el pájaro se levanta tan escandalosamente temprano que el gusano está todavía bien bajo tierra, ¿cuáles son entonces sus posibilidades de desayunar?

No muchas, reconocí.

—¡Vea pues cómo funciona eso! —prosiguió de manera ansiosa—. Si quieren vaciar sus pozos tan pronto... porque supongo que me dirá que es lo que deben hacer, ¿no?

—Así es —dije—. En un país superpoblado con este, únicamente las oposiciones...

Mein Herr alzó las manos como si estuviese fuera de sí.

—¿Qué, otra vez ? —gritó—. ¡Creía que desaparecieron hace cincuenta años! ¡Oh, este upas de las oposiciones! ¡Bajo cuya mortífera sombra todo el genio original, todo el estudio exhaustivo, toda la incansable diligencia de una vida mediante los cuales nuestros antepasados tanto hicieron avanzar el conocimiento humano, deben lenta pero inevitablemente marchitarse para verse reemplazados por un sistema de cocina, en el que la mente humana es una salchicha, y lo único que nos preguntamos es cuánta materia indigerible puede embutirse en su interior!

Siempre, después de estos arranques de elocuencia, parecía perder el control durante un momento y mantenerse asido al hilo de sus pensamientos por alguna palabra aislada.

—Embutirse, sí —repitió—. Sufrimos toda esa fase de la enfermedad; ¡fue horrible, se lo garantizo! Naturalmente, como la oposición era una prueba general, intentábamos incluir en ella exactamente lo que se quería, ¡y el gran objetivo a alcanzar era que el candidato no necesitase saber nada que no entrara en el examen! No digo que alguna vez se consiguiera del todo, pero uno de mis propios alumnos (perdone el egotismo de un anciano) estuvo muy cerca de ello. Tras el examen, me expuso los escasos datos que sabía pero no había sido capaz de incluir en su respuesta, ¡y puedo asegurarle que eran nimios, señor, absolutamente nimios!

Yo expresé mi sorpresa y placer sin demasiado entusiasmo.

El anciano hizo una inclinación de cabeza, con una sonrisa satisfecha, y continuó.

—En aquella época, nadie había dado con la estrategia mucho más racional de esperar los destellos individuales de genio y recompensarlos a medida que apareciesen. Por tanto, metíamos a nuestro desafortunado alumno en una botella de Leyden, lo cargábamos hasta las cejas, luego aplicábamos el electrodo de una oposición y extraíamos una magnífica chispa, ¡que muy a menudo rompía la botella! Pero ¿qué más daba eso? Le poníamos una etiqueta de «chispa de sobresaliente», ¡y la dejábamos en la repisa!

—¿Pero el sistema más racional...? —sugerí.

—¡Ah, sí!, ese vino después. En vez de dar toda la recompensa por aprender de una sola vez, solíamos pagar por cada buena respuesta a medida que se producían. ¡Qué bien me acuerdo de mis clases de aquellos días, con una pila de moneditas a mi lado! Era: «¡Una respuesta excelente, Sr. Jones!» (eso se traducía en un chelín, la mayoría de las veces). «¡Bravo, Sr. Robinson!» (lo cual valía media corona). Le voy a decir qué tal funcionó. ¡Ningún alumno aprendía un solo dato que no tuviera su premio! Y cuando llegaba de la escuela un muchacho inteligente, ¡recibía más dinero

por aprender de lo que nos pagaban a nosotros por enseñarle! Entonces surgió la moda más disparatada de todas.

—¿Qué, otra moda? —dije.

—Es la última —dijo el anciano—. Debo de haberle cansado con mi largo relato. Cada *college*^[*] quería para sí a los muchachos inteligentes; de manera que adoptamos un sistema que habíamos oído que resultaba muy popular en Inglaterra: los *colleges* competían entre sí por los jóvenes, ¡que se subastaban al mejor postor! ¡Qué idiotas éramos! De un modo u otro, estaban obligados a venir a la universidad. ¡No hacía falta que les pagáramos! ¡Y todo nuestro dinero se iba en conseguir que los más listos fueran a un *college* en vez de a otro! La competencia era tan fuerte que al final los simples pagos monetarios no bastaron. Cualquier *college* que quisiera conseguir a algún joven especialmente brillante tenía que abordarlo en la estación y perseguirlo por las calles. El primero que lo alcanzase tenía derecho a llevárselo.

—Esa persecución de los estudiantes cuando llegaban debía de ser algo curioso —comenté—. ¿Podría darme alguna idea de cómo era?

—¡Con mucho gusto! —asintió el anciano—. Le voy a describir la última que tuvo lugar, antes de que esa clase de deporte (pues de hecho era considerado un deporte en aquellos días; lo llamábamos «caza de novatos») finalmente se abandonara. Yo mismo la presencié, ya que pasaba casualmente por allí en aquel momento, y vi «el final de la caza», como solía llamársele. ¡Lo estoy viendo ahora mismo! —añadió en tono emocionado, con esos grandes ojos soñadores suyos clavados en el infinito—. Parece que fuese ayer, aunque ocurriera... —Paró de hablar bruscamente, y las palabras restantes murieron en un susurro.

—¿Hace cuántos años ha dicho? —pregunté, muy interesado en la posibilidad de obtener al fin algún dato concreto de su pasado.

—Hace muchos —respondió—. La escena en la estación de trenes había sido (según me dijeron) extremadamente alocada. Ocho o nueve directores de *college* se habían reunido a las puertas (no se permitía la entrada a ninguno), y el jefe de estación había dibujado una línea en la acera, e insistía en que todos permanecieran detrás de la misma. ¡Las puertas se abrieron de golpe! El joven salió disparado a través de ellas y enfiló como un relámpago calle abajo, ¡mientras los directores proferían verdaderos gritos de emoción al verlo! El supervisor dio la salida, mediante la vieja fórmula establecida: «¡Semel! ¡Bis! ¡Ter! ¡Currite!»^[*], ¡y la caza dio comienzo! ¡Oh, era algo digno de verse, créame! En la primera esquina el alumno tiró su lexicón de griego; más adelante, su manta de viaje; después varios objetos pequeños; a continuación su paraguas; por último, lo que supongo más apreciaba, su pequeña maleta, pero el juego había acabado: el esférico director de... de...

—¿De qué *collegé*? —pregunté.

—... de uno de ellos —reanudó su relato— había puesto en práctica la teoría (su propio descubrimiento) de la velocidad acelerada, y atrapó al joven justo enfrente de donde yo me encontraba. ¡Nunca olvidaré aquel frenético y emocionante forcejeo!

Pero pronto llegó a su fin. ¡Era imposible escapar de aquellas manazas huesudas!

—¿Puedo preguntarle por qué se refiere a él como el «esférico» director? —dije.

—El epíteto aludía a su forma, que era una esfera perfecta. ¿Usted es consciente de que una bala, otro ejemplo de esfera perfecta, cuando cae en línea totalmente recta, se mueve con velocidad acelerada?

Yo asentí en silencio.

—Pues bien, mi esférico amigo (como me enorgullezco en llamarlo) se entregó a la investigación de las causas de ello. Descubrió que eran tres. Uno: que es una esfera perfecta. Dos: que se mueve en línea recta. Tres: que su movimiento no es ascendente. Cuando estas tres condiciones se cumplen, uno obtiene velocidad acelerada.

—Me parece que no —dije—, si me permite discrepar. Imagine que aplicamos la teoría al movimiento horizontal. Si una bala se dispara horizontalmente, esta...

—... no se mueve en línea recta —terminó tranquilamente mi frase.

—Tiene usted razón —reconocí—. ¿Qué hizo su amigo a continuación?

—Lo siguiente era aplicar la teoría, como usted correctamente sugiere, al movimiento horizontal. Pero el cuerpo que se desplaza, que tiende siempre a caer, necesita un apoyo constante, si ha de moverse en una verdadera línea horizontal. «Entonces», se preguntó, «¿qué proporcionará apoyo constante a un cuerpo en movimiento?». Y su respuesta fue: «¡Las piernas humanas!». ¡Ese fue el descubrimiento que inmortalizó su nombre!

—¿Que era...? —dije a modo de indirecta.

—No lo he mencionado —fue la delicada contestación de mi sumamente insatisfactorio informador—. Su siguiente paso fue uno obvio. Inició una dieta de bolas de masa cocida con manteca, hasta que su cuerpo se convirtió en una esfera perfecta. Entonces salió a hacer su primera carrera experimental... ¡que a punto estuvo de costarle la vida!

—¿Y eso?

—Bueno, verá, no tenía ni idea de la tremenda nueva fuerza de la naturaleza que estaba activando. Empezó demasiado rápido. ¡En muy pocos minutos se vio corriendo a cien millas por hora! Y, si no hubiera poseído el aplomo para estrellarse contra un almiar (el cual destrozó a los cuatro vientos), no cabe ninguna duda de que habría abandonado el planeta al que pertenecía, ¡hasta adentrarse en el espacio!

—¿Y qué ocurrió para que esa fuese la última caza de novatos? —inquirí.



—Bien, verá usted, aquello condujo a una disputa bastante escandalosa entre dos de los *colleges*. Otro director había puesto su mano sobre el joven, prácticamente tan a la vez con el esférico que no había forma de saber cuál de los dos lo había tocado primero. La disputa llegó a los periódicos, desprestigiándonos, y, en resumen, las cazas de novatos llegaron a su fin. Ahora le voy a decir cómo nos curamos de esa moda absurda de pujar unos contra otros por los estudiantes más listos, ¡igual que si fueran artículos de una subasta! Justo cuando la moda había alcanzado su punto álgido, y uno de los *colleges* había anunciado una beca de mil libras anuales, uno de nuestros turistas nos trajo el manuscrito de una antigua leyenda africana... casualmente llevo una copia de la misma en mi bolsillo. ¿Quiere que se la traduzca?

—Adelante, se lo ruego —dije, aunque me parecía estar experimentando una creciente sensación de somnolencia.



Capítulo 13

Las francas palabras de Tottles

Mein Herr desenrolló el manuscrito, pero para mi gran sorpresa, en vez de leerlo, comenzó a cantarlo, con una sonora y melodiosa voz que parecía resonar por la habitación.

«Mil libras al año, en mi opinión, vaya,
¡no es una cifra pero que nada mala!
—soltó Totdes—. Y francamente te digo
que, para casarse, ¡ese es buen motivo!
“Todo hombre necesita su costilla”
no es, creo yo, la manera de exponerlo.
¡Para la mujer no hay mayor alegría
que un marido!», dijo Tottles (e iba en serio).

La gozosa luna de miel ya es pasado,
y la parejita al fin se ha instalado.
La suegra el nido de ambos compartirá
y hará meta suya su felicidad.
«Disponéis de unos ingresos de impresión:
¡disfrutadlos, hijos míos!» (Y eso hicieron).
«¡Me parece que toda esta diversión
no durará!», dijo Tottles (e iba en serio).

Adquirieron una casita en el campo;
y también en el Covent Garden un palco.
Constantes visitas llenaban sus días
de conocidos que a su puerta acudían:
su hogar en Londres (de oneroso alquiler)
servía asimismo de lugar de encuentro.
«¡La vida resulta un enorme placer!»,
exclamó dichoso Tottles (e iba en serio).

«Para vivir me basta con poca cosa»
(solía en casa de Gunter decir eso).
Compró un práctico yate de corta eslora;
una docena de resueltos podencos;

el coto de pesca de un «loch» escocés;
para circunnavegarlo, un velero.
«Ese “och”, ¿cómo se pronuncia, pardiez?
¡No me aclaro!», saltó Tottles (e iba en serio).

Entonces, con uno de esos convulsivos sobresaltos que le despiertan a uno en el momento exacto en que va a quedarse dormido, me di cuenta de que los profundos tonos musicales que me emocionaban no pertenecían a Mein Herr, sino al conde francés. El anciano seguía aún estudiando el manuscrito.

—¡Le pido perdón por tenerlo esperando! —dijo—. Sólo me estaba asegurando de que conocía la traducción inglesa de todas las palabras. Ya estoy completamente listo. —Y me leyó la siguiente leyenda:

En una ciudad que se alza en pleno corazón del África, y que el turista ocasional raramente visita, la gente siempre le había comprado huevos —una necesidad diaria en un clima en el que el ponche de huevo era la dieta usual— a un mercader que paraba ante sus puertas una vez por semana. Y la gente siempre pujaba como loca entre sí por conseguirlos, de modo que se producía una animadísima subasta cada vez que el mercader se presentaba, y el último huevo de su cesta solía alcanzar el valor de unos dos o tres camellos. Y los huevos se cotizaban más semana tras semana. Y seguían bebiendo su ponche de huevo, y se preguntaban por qué se les iba todo el dinero.

Y llegó un día en que se pusieron a discutir juntos el problema.

Y comprendieron lo asnos que habían sido.

Al día siguiente, cuando apareció el mercader, se acercó a hablar con él un solo hombre, que dijo: «Oh, mercader de la nariz ganchuda y los ojos como platos, mercader de la barba interminable, ¿cuánto por ese lote de huevos?».



Y el mercader le contestó: «Podría dejarte ese lote a diez mil piastras la docena».

Y el hombre rio suavemente para sus adentros, y dijo: «Diez piastras la docena te ofrezco, y no más, ¡oh, descendiente de un distinguido antepasado!».

Y el mercader se mesó la barba, y dijo: «¡Ejem! Aguardaré la venida de tus amigos». Así que esperó. Y el hombre esperó con él. Y los dos esperaron juntos.

—El manuscrito se interrumpe aquí —señaló Mein Herr, mientras lo enrollaba de nuevo—, pero bastó para abrirnos los ojos. Vimos lo bobos que habíamos sido, comprando a nuestros estudiantes de manera similar a como esos salvajes ignorantes compraban sus huevos, y el ruinoso sistema fue abandonado. ¡Ojalá pudiéramos

haber abandonado, junto con él, todas las demás modas que copiamos de ustedes, en vez de llevarlas a su resultado lógico! Pero no sería así. Lo que arruinó mi país, y me obligó a dejar el hogar, fue la introducción (en el ejército, ¿puede creerlo?) ¡de su teoría de la dicotomía política!

—¿Le supondría excesiva molestia —dije yo— explicar a qué se refiere con «teoría de la dicotomía política»?

—¡En absoluto! —fue la educadísima contestación de Mein Herr—. Me encanta hablar cuando dispongo de un oyente tan bueno como usted. Lo que dio inicio a todo, entre nosotros, fue el informe que trajo uno de nuestros hombres de Estado más eminentes, el cual había pasado cierto tiempo en Inglaterra, sobre el modo en que se llevaban aquí los asuntos. Era una necesidad política (o eso nos aseguró y nosotros le creímos, aunque jamás lo hubiéramos sabido hasta ese momento) que existiesen dos partidos para cada cuestión y sobre cualquier tema. En política, los dos partidos, que ustedes habían encontrado necesario instituir, se llamaban, según nos contó, *Whigs* y *Tories*^[*].

—Debió de ser hace algún tiempo, ¿no? —apunté.

—Lo fue —admitió él—. Y el modo en que se llevaban los asuntos de la nación británica era el siguiente (corrí) ame si mi manera de representarlo es incorrecta, pero únicamente repito lo que nuestro viajero nos contó: estos dos partidos, que siempre mostraban una hostilidad crónica mutua, se turnaban en la dirección del Gobierno, y, según creo, el partido que resultaba no estar en el poder recibía el nombre de «oposición», ¿cierto?

—Ese es el nombre —asentí—. Desde el principio ha habido, siempre que hemos tenido Parlamento, dos partidos, uno en el poder y otro en la oposición.

—Bien, la función de los «gobernantes» (si puedo llamarlos así) era hacer todo lo posible por el bienestar de la nación, en cuestiones tales como declarar guerras y paces, tratados comerciales, etc., ¿no es así?

—Sin duda —dije.

—Y la función de los «oposidores» era (según nos aseguró nuestro viajero, aunque en un principio nos costase mucho creerlo) impedir que los «gobernantes» tuvieran éxito en cualquiera de esas cosas, ¿cierto?

—Criticar y enmendar sus medidas —lo corregí—. ¡Sería antipatriótico obstaculizar al Gobierno en sus acciones por el bien de la nación! Siempre hemos considerado al patriota el mayor de los héroes, ¡y que un espíritu antipatriótico es uno de los peores males humanos!

—Excúseme un momento —repuso de manera cortés el anciano caballero, sacando su libreta de notas—. Tengo aquí unos cuantos apuntes de una correspondencia que mantuve con nuestro turista y, si me lo permite, voy a refrescar mi memoria (aunque estoy totalmente de acuerdo con usted: se trata, como dice, de uno de los peores males humanos). —Y entonces, Mein Herr se puso a cantar otra vez:

¡Mas, oh, el peor de los males humanos
(descubrió Tottles) son las «facturillas»!
Y, con la cuenta tiritando en el banco,
su desánimo, ¿a quién extrañaría?
No obstante, dado que sus fondos volaban,
¿en qué se gastaba su esposa el dinero?
«¡Me estás saliendo por veinte libras diarias,
como poco!», chilló Tottles (e iba en serio).

«¡Son esas visitas sociales, ya sabes!
Es algo que jamás me paré a pensar:
“No podemos faltar —decía mi madre—
o por unas ‘cualquieras’ nos tomarán”.
Estaba segura de que esa diadema
de brillantes era de mamá un obsequio,
¡hasta que la factura entró por la puerta!».
«¡Víbora!», espetó Tottles (e iba en serio).

La señora T. no pudo aguantar más,
y se desplomó cuan larga era: ¡plaf!
La suegra, de gran angustia poseída,
trata en vano de despertar a su hija.
«¡Deprisa! ¡Toma estas sales aromáticas!
Es buena chica, James, pese a sus defectos:
¡después te arrepentirás, si la regañas!».
«¡Lo sé muy bien!», gimió Tottles (e iba en serio).

«Fui un auténtico idiota —Tottles chilló—
al escoger como futura a su hija.
¡Fue usted quien nos mandó hacer ostentación
y la que nos ha conducido a esta ruina!
Tampoco se ha molestado en sugerir
ni un solo modo de ponerle remedio...».
«¿Qué sentido tiene entonces discutir?».
«¡Cierre el pico!», gritó Tottles (e iba en serio).

Una vez más me desperté con un respingo, y me percaté de que quien cantaba no era Mein Herr. Este seguía consultando sus anotaciones.

—Es exactamente lo que me contó mi amigo —continuó diciendo, tras examinar diversos papeles—. «Antipatriótico» es la palabra que yo usé, al escribirle, ¡y «obstaculizar» es justamente la que él empleó en su contestación! Deje que le lea un fragmento de su carta:

Le puedo asegurar —escribe— que, por antipatriótico que tal vez le parezca, la función reconocida de la «oposición» es obstaculizar, de cualquier modo no prohibido por la ley, la acción del Gobierno. Este proceso se denomina «obstrucción legítima»; y el mayor triunfo que la «oposición» puede llegar a disfrutar es el de tener la oportunidad de señalar que; debido a su «obstrucción», ¡el Gobierno ha fracasado en todas las acciones que emprendió por el bien de la nación!

—Su amigo no lo ha expresado correctamente del todo —comenté—. La oposición se alegraría sin duda de señalar que el Gobierno ha fracasado por su propia culpa, ¡pero no que lo ha hecho a causa de la «obstrucción»!

—¿Usted cree? —contestó él apaciblemente—. Permita que le lea ahora este recorte de periódico que mi amigo adjuntó en su carta. Es parte de la crónica de un discurso público, realizado por un hombre de Estado que era por aquel entonces miembro de la oposición:

Al cierre de la sesión, pensaba que no tenían razón ninguna para estar descontentos con la suerte de la campaña. Habían derrotado al enemigo en todos los puntos. Pero la persecución debía continuar. Tan sólo tenían que presionar a un enemigo desorganizado y falto de moral.

—Y bien, ¿a qué etapa de su historia nacional cree usted que se estaba refiriendo el orador?

—En realidad, el número de guerras victoriosas que hemos librado durante el último siglo —contesté, con un cálido sentimiento de orgullo británico es demasiado elevado para que adivine, con alguna posibilidad de éxito, en cuál nos encontrábamos inmersos en ese momento. Sin embargo, nombraré la India como la más probable. El Motín^[*] había sido sin duda prácticamente aplastado en el momento en que se pronunció ese discurso. ¡Qué alocución más hermosa, viril y patriótica debió de ser! —exclamé en un arranque de entusiasmo.

—¿Eso cree? —repuso, en un tono de suave compasión—. Pues mi amigo me cuenta que «enemigo desorganizado y falto de moral» iba referido simplemente a los estadistas que resultaban estar en el poder por aquel entonces; que «persecución» quería decir meramente «obstrucción», ¡y que las palabras «habían derrotado al enemigo» significaban únicamente que la «oposición» había logrado obstaculizar al Gobierno para que no pudiese realizar ninguno de los cometidos para los que la nación lo había investido!

Consideré conveniente no decir nada.

—Nos pareció extraño, al principio —prosiguió, tras esperar educadamente mi respuesta unos momentos—, pero nuestro respeto por su nación era tan grande que,

cuando nos hicimos a la idea, ¡lo aplicamos en todos los aspectos de la vida! Fue «el principio del fin» para nosotros. ¡Mi país nunca más volvió a levantar cabeza! —Y el pobre y anciano caballero emitió un hondo suspiro.

—Cambiemos de tema —propuse—. ¡No se aflija usted, se lo ruego!

—¡No, no! —dijo, haciendo un esfuerzo por recobrase—. ¡Prefiero terminar mi historia! El siguiente paso (tras reducir a nuestro Gobierno a la impotencia y poner freno a toda nuestra legislación útil, lo cual no nos llevó excesivo tiempo) fue introducir lo que llamábamos «el glorioso principio británico de la dicotomía» en la agricultura. Convencimos a muchos de los terratenientes de que dividieran a sus trabajadores en dos partidos y les asignaran posturas enfrentadas. Se los llamaba, al igual que a nuestros partidos políticos, «gobernantes» y «opositores»; el trabajo de los gobernantes era arar, sembrar, o cualquier otra cosa que se necesitara, tanto como pudieran en un día, y al llegar la noche se les pagaba de acuerdo a la cantidad realizada; el trabajo de los opositores era obstaculizar el de los primeros, y se les pagaba del mismo modo proporcional. Los terratenientes descubrieron que tenían que pagar únicamente la mitad de dinero que antes en salarios, y no advirtieron que la cantidad de trabajo realizada era de tan sólo una cuarta parte de la que se hacía previamente; de manera que, en un primer momento, acogieron la medida con gran entusiasmo.

—¿Y después...? —inquirí.

—Ah, después ya no les gustó tanto. En un breve espacio de tiempo, las cosas se acomodaron a una rutina regular. No se realizaba ningún trabajo en absoluto. De manera que los gobernantes no obtenían dinero, y los opositores recibían la paga completa. Y los terratenientes nunca descubrieron, hasta que la mayoría de ellos estuvieron arruinados, que los granujas habían acordado esa situación, ¡y se repartían la paga entre ellos! Mientras aquello duró, ¡se producían visiones curiosas! No son pocas las veces que he visto a un labrador, con dos caballos enganchados al arado, esforzándose al máximo por hacerlo avanzar, al tiempo que el labrador de la oposición, con tres burros sujetos al extremo contrario, ¡se afanaba con todas sus fuerzas en hacerlo retroceder! ¡Y el arado no se movía ni un ápice en ninguna de las dos direcciones!

—¡Pero nosotros nunca hemos hecho nada parecido! —exclamé yo.

—Tan sólo porque ustedes eran menos lógicos que nosotros —repuso Mein Herr— Algunas veces, ser un zoquete constituye una ventaja. ¡Disculpe! No era una alusión personal. ¡Todo eso ocurrió hace mucho tiempo, sabe usted!

—¿Y el principio de dicotomía tuvo éxito en algún caso? —indagué.

—En ninguno —confesó con franqueza Mein Herr—. En el comercio tuvo un periodo de prueba extremadamente corto. Los dueños de las tiendas no lo aceptaron, después de haber probado el plan de tener a la mitad de los dependientes ocupados en empaquetar y llevar los artículos que la otra mitad trataba de extender sobre los mostradores. ¡Decían que a los clientes no les gustaba!

—No me sorprende —comenté.

—Probamos el «principio británico» durante unos cuantos años. Y su fin definitivo llegó cuando... —su voz quedó reducida de pronto casi a un susurro, y unos lagrimones comenzaron a resbalar por sus mejillas—... cuando nos vimos envueltos en una guerra; y hubo una gran batalla, en la que superábamos ampliamente en número al enemigo. Pero ¿qué podía esperarse cuando sólo la mitad de nuestros soldados luchaban, mientras la otra mitad tiraba de ellos? Acabó en una derrota aplastante, un completo desastre. Esto provocó una revolución, y se desterró a la mayoría de miembros del Gobierno. Yo mismo fui acusado de traición por haber defendido con tanta fuerza el «principio británico». Me despojaron de todos mis bienes y... y... ¡fui empujado al exilio! «Como el daño ya está hecho», dijeron, «quizá sea usted tan amable de abandonar el país». Casi me rompió el corazón, ¡pero tuve que hacerlo!

El tono triste se convirtió en un lamento; el lamento en un canto, y el canto en una canción... aunque no estaba seguro de si, esta vez, era Mein Herr quien cantaba, u otra persona.

«Como el daño ya está hecho, quizá sea usted tan amable de hacer las maletas, pues dos (su hija y su yerno) son compañía, mas tres no entran en dicha categoría. Iniciaremos un programa de ahorro; para obtener efectivo hallaré el medio. ¡Y no crea, suegra, que meterá el morro en todo ello!», bramó Tottles (¡e iba en serio!)

La música pareció desvanecerse. Mein Herr estaba hablando de nuevo con su voz normal.

—Dígame una cosa más —pidió—. ¿Estoy en lo cierto al pensar que en sus universidades, aunque un hombre permanezca en una tal vez treinta o cuarenta años, lo examinan, una vez y no más, al final de los primeros tres o cuatro?

—Así es, sin duda —admití.

—Entonces, ¡prácticamente examinan a un hombre al comienzo de su carrera! —dijo para sí mismo el anciano, más que para mí—. ¿Y qué garantías tienen de que retiene el conocimiento por el cual lo han recompensado... por adelantado, podríamos decir?

—Ninguna —reconocí, sintiéndome un poco desconcertado ante la deriva de sus comentarios—. ¿Cómo logran ustedes ese objetivo?

—Examinándolo al final de sus treinta o cuarenta años, no al principio —respondió con tranquilidad—. De media, el conocimiento que se halla entonces es de

un quinto aproximadamente del que había inicialmente, produciéndose el olvido a un ritmo muy constante, y aquel que olvida menos, se lleva el mayor honor y la mayor recompensa.

—¿Entonces le dan el dinero cuando ya no lo necesita? ¡Y lo obligan a vivir la mayor parte de su vida con nada!

—En absoluto. El hace sus pedidos a los comerciantes; estos le sirven durante cuarenta, a veces cincuenta años, bajo su propia cuenta y riesgo; luego recibe su beca de investigador (que le reporta en un solo año tanto dinero como las suyas en cincuenta) y entonces puede pagar fácilmente todas sus facturas, con intereses.

—Pero ¿y si no logra obtener la beca? Eso ocurrirá en ocasiones.

—Así es, ocasionalmente. —Ahora era el turno de Mein Herr de hacer admisiones.

—¿Y qué pasa entonces con los comerciantes?

—Hacen sus cálculos correspondientes. Cuando un hombre parece estar volviéndose ignorante, o estúpido, de un modo alarmante, algunas veces se niegan a seguir sirviéndole. ¡No tiene usted ni idea de con qué entusiasmo comienza a refrescar un hombre los conocimientos de ciencias o idiomas que había olvidado cuando su carnicero le ha cortado el suministro de ternera y carnero!

—¿Y quiénes hacen de examinadores?

—Los jóvenes que acaban de llegar, rebosantes de saber. Le resultaría curioso —prosiguió— ver a unos simples muchachos examinando a tales ancianos. Conocí a un hombre al que pusieron a examinar a su propio abuelo. Fue un poco doloroso para ambos, sin duda. El añoso caballero estaba calvo como una bola de billar...

—¿Cuán calvo sería eso? —No tenía ni idea de por qué había hecho esa pregunta. Me dio la sensación de que se me estaba reblandeciendo el cerebro.

Capítulo 14

El picnic de Bruno

—Pues tan calvo como un calvo —fue la desconcertante respuesta—. Ahora, Bruno, voy a contarte una historia.

—Y yo le voy a *contad otda* a usted —dijo Bruno, que inició su relato a toda prisa por miedo a que Silvia se le adelantara—: Había una vez un *datón*... un *datón* muy pequeño... ¡un *datón* muy diminutísimo! ¡Jamás se vio *datón* tan enano!...

—¿Y nunca le pasó nada, Bruno? —pregunté yo—. ¿No tienes ninguna otra cosa que contarnos de él, aparte de que era tan diminuto?

—Nunca le sucedió nada —repuso Bruno con solemnidad.

—¿Y por qué? —planteó Silvia, la cual estaba sentada con la cabeza sobre el hombro de su hermano, esperando pacientemente una oportunidad para comenzar su propia historia.

—*Podque* era demasiado diminuto —explicó Bruno.

—¡Esa no es excusa! —dije—. Por minúsculo que fuese, le podría haber pasado alguna cosa.

Bruno me dirigió una mirada compasiva, como si considerase que yo era muy estúpido.

—Era demasiado diminuto —repitió—. Si le pasara algo, moriría... ¡era de lo más diminutísimo!

—¡Ya basta de hablar de su tamaño! —interpuso Silvia—. ¿Aún no has inventado nada más sobre él?

—Todavía no.

—Pues, entonces, ¡no deberías empezar una historia hasta que sepas cómo seguir! Ahora calla, sé bueno y escucha la historia que he pensado yo.

Y Bruno, que había agotado ya prácticamente toda su inventiva, por haber empezado de manera demasiado precipitada, se resignó en silencio a prestar atención.

—Cuenta algo del *otdo Bduño, pod favod* —trató de persuadirla.

Silvia colocó sus brazos alrededor del cuello de su hermano y comenzó:

—El viento susurraba entre los árboles. —«¡Menudos modales!», interrumpió Bruno. «Eso da igual», le contestó Silvia— y había caído la noche... una hermosa noche con luna, y los búhos ululaban...

—¡Haz como que no eran búhos! —rogó Bruno, acariciando la mejilla de su hermana con su manita regordeta—. No me gustan los búhos. Tienen unos ojos muy *gdandísimos*. ¡Haz como que eran pollos!

—¿Te asustan sus enormes ojos, Bruno? —pregunté.

—A mí no me asusta nada —contestó Bruno en el tono más despreocupado que pudo poner—; son feos con esos ojazos. *Cdeo* que si lloraran, las *lágdimas* serían tan *gdandes*... ¡como la luna! —Se echó a reír de manera alegre—. ¿Alguna vez lloran los búhos, *hombde señod*?

—Ninguna vez lloran —respondí en actitud seria, tratando de emular la forma de hablar de Bruno—; no tienen nada de qué lamentarse, ¿sabes?

—¡Oh, eso no es *veddad*! —exclamó Bruno—. ¡Les da *muchósima* pena cuando matan a los *pobdes datones*!

—Pero me figuro que no será así si tienen hambre.

—¡Usted no sabe nada de búhos! —apuntó Bruno desdeñoso—. Cuando tienen *hambde*, les da mucha, mucha pena *habed* matado a los *datoncitos*, *podque* si no lo *habiesen* hecho *tenerían* algo para *cenad*, ¿sabe usted?

Bruno estaba entrando claramente en un peligroso estado inventivo, por lo que Silvia lo interrumpió diciendo:

—Voy a seguir con la historia. De manera que los búhos... quiero decir, los pollos, estaban mirando a ver si podían encontrar un buen ratón rollizo para su cena...

—¡Haz como que era un gazapo! —dijo Bruno.

—Pero para ellos, ¡matar ratones no es un gazapo! —arguyo Silvia—. ¡No puedo hacer eso!

—¡No hablaba de gazapo de equivocación, tonta! —respondió Bruno con un alegre brillo en los ojos—. ¡Gazapos de los que *coren pod* el campo!

—¿Una cría de conejo? Bueno, puede ser un gazapo si quieres. Pero no debes alterar tanto mi historia, Bruno. ¡Un pollo no podría comerse un gazapo!

—Pero tal vez le *babdía* gustado *ved* si era capaz de *hacedlo*.

—Está bien; el pollo quería ver si era capaz de... ¡oh, Bruno, en serio, eso no tiene pies ni cabeza! Voy a volver a los búhos.

—Pues, entonces, ¡haz como que no tenían ojos *gdandes*!

—Y vieron a un niño —continuó Silvia, negándose a hacer más correcciones—, el cual les pidió que le contaran un cuento. Y los búhos ulularon y huyeron... —«No se dice “huyeron”; se dice “huiron”», susurró Bruno. Pero Silvia lo ignoró—. Luego se encontró con un león y le pidió lo mismo que a los búhos. Y el león aceptó. Y, mientras le contaba el cuento al niño, fue picando a mordiscos de su cabeza...

—¡No digas que «picó»! —suplicó Bruno—. Sólo las cosas pequeñas pican... cositas finas y *codtantes*, con filo...

—Bueno, pues entonces lo «mordisqueó» —dijo Silvia—. Y cuando le hubo mordisqueado la cabeza entera, el niño se marchó, ¡sin darle ni siquiera las gracias!

—Eso fue muy *gdozero* —señaló Bruno—. Si no era capaz de *hablad*, *poderla habedse* despedido con la cabeza... ah, no, tampoco podía. Bueno, ¡pues que le *habiera* dado la mano al león!

—¡Oh, había olvidado esa parte! —apuntó Silvia—. Sí que le dio la mano.

Volvió, ¿sabes?, y le agradeció mucho su historia al león.

—¿Le había vuelto a *cdecad* la cabeza para entonces? —inquirió Bruno.

—Oh, sí, le creció enseguida. Y el león le pidió perdón, y dijo que no volvería a mordisquear cabezas de niños... ¡nunca más!

Bruno pareció muy satisfecho ante aquel cambio de los acontecimientos.

—¡Ahora sí que es una historia bonita de *veddad*! —exclamó. ¿*No es ciedto, hombde señod*?

—Mucho —opiné—. Me gustaría escuchar otra historia de ese niño.

—A mí también —dijo Bruno, acariciando otra vez la mejilla de su hermana—. Háblanos *pod favod* del picnic de *Bduno*, ¡y no de leones *moddisqueantes*!

—No lo haré si te da miedo —aseguró Silvia.

—¡*Dadme* miedo! —exclamó Bruno con indignación—. ¡No es eso! Es *podque* «*moddisquead*» es una *palabda* que *detumba* mucho cuando se tiene la cabeza apoyada en el *hombdo* de *otda pedsona*. Cuando ella habla así —manifestó hacia mí—, su voz me baja *podios* dos lados de la cara, hasta la *badbilla*, ¡y hace unas cosquillas! ¡Tantas como para que me *cdezca badba*, seguro!

Bruno dijo esto último con gesto muy serio, pero se trataba obviamente de una broma; así que Silvia se rio —de una manera suave, deliciosa y musical— y reclinó su tersa mejilla sobre la cabeza de rizados cabellos de su hermano, como si fuese una almohada, mientras proseguía con su relato.

—Entonces, el niño...

—¡Pero no era yo, ya sabe! —la cortó Bruno—. ¡Y no tiene *pod* qué *haced* como si lo fuese, *hombde señod*!

Yo declaré, respetuosamente, que no estaba intentando dar esa impresión.

—... era un niño bastante bueno...

—¡Era un niño muy buenísimo! —la corrigió Bruno—. ¡Y nunca hacía nada que no le *dicieran*!

—¡Eso no le hace a uno bueno! —señaló Silvia de manera despectiva.

—¡Claro que sí! —insistió su hermano.

Silvia se dio por vencida.

—Bueno, era un niño muy bueno, y siempre conservaba sus promesas, y poseía un gran armario...

—¡... donde *consedvaba* todas sus *pdomesas*! —prorrumpió Bruno.

—Si conservaba todas, todas sus promesas —observó Silvia, con una expresión maliciosa en los ojos—, ¡no era como algunos niños que conozco!

—Tenía que *echadles* sal, naturalmente —apuntó Bruno con gravedad—. No se pueden *consedvad pdomesas* si no hay sal, *podque* se echan a *pedded*. Y *consedvaba* su cumpleaños en el segundo estante.

—¿Cuánto tiempo lo tuvo? —pregunté yo—. Nunca puedo conservar el mío más de veinticuatro horas.

—¡Pero si un cumpleaños ya dura eso *pod* sí solo! —exclamó Bruno—. ¡Usted no

sabe *consedvadlos*! ¡Este niño tuvo el suyo un año entero!

—Y entonces comenzaría su siguiente cumpleaños —dijo Silvia—. Así que siempre lo estaría celebrando.

—Así era —asintió Bruno—. ¿A usted le hacen *degalos* en su cumpleaños, *hombde señod*?

—A veces —respondí.

—Cuando se *podta* bien, ¿a que sí?

—Ser bueno ya es una especie de regalo, ¿no crees? —declaré.

—¡Una especie de *degalo*! —repitió Bruno—. ¡A mí me parece una especie de castigo!

—¡Oh, Bruno! —terció Silvia, casi con tristeza—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Pero es que es así —reiteró Bruno—. ¡Mire, *hombde señod*! ¡Esto es *sed* bueno! —Acto seguido, se sentó muy derecho y puso una cara ridículamente solemne—. *Pdimero* uno debe *sentadse* más tieso que velas...

—... que una vela —lo corrigió Silvia.

—... que velas —repitió de manera firme Bruno—. Luego tiene *que juntadlas* manos... así. Y después: «¿*Pod* qué no te has cepillado el pelo? ¡Ye a *cepilládtelo* ahora mismo!». Luego: «¡Oh, *Bduno*, no debes *doblád* las hojas de las *madgaritas*! ¿*Apdendió* usted a *deletdead* con *madgaritas*, *hombde señod*?

—Quiero que me hables del cumpleaños de ese chico —dije yo.

Bruno regresó a su historia de inmediato.

—El niño dijo entonces: «¡Hoy es mi cumpleaños!». Así que... ¡estoy cansado! —cesó súbitamente su relato, y apoyó la cabeza en el regazo de su hermana—. Silvia se la sabe *mejod*, *podque* es más *mayod* que yo. ¡Sigue tú, Silvia!

Silvia, con mucha paciencia, retomó el hilo de la historia.

—Así que dijo: «Hoy es mi cumpleaños. ¿Qué puedo hacer para conservarlo?». Todos los niñitos buenos —Silvia se apartó un poco de su hermano y fingió con gran teatralidad estar susurrándole aquello—, los niños que se aprenden sus lecciones a la perfección, siempre conservan sus cumpleaños, ¿sabe? De modo que, como no podía ser de otro modo, ¡ese niño mantuvo el suyo!

—Puedes *llamadlo Bduno*, si quieres —comentó el pequeñín con aire indiferente—. No era yo, pero hace más interesante la historia.

—Así que Bruno se dijo: «Lo más adecuado es que celebre un picnic, yo solo, en lo alto de la colina. Y llevaré conmigo un poco de leche, pan y manzanas; ¡y, antes de nada, quiero algo de leche!». De manera que, primeramente, Bruno cogió un balde de leche...

—¡... y fue y *deslechó* a la vaca! —intervino Bruno.

—Sí —asintió Silvia, aceptando sin rechistar el nuevo verbo—. Y la vaca dijo: «¡Muuu! ¿Qué vas a hacer con toda esa leche?». A lo que Bruno contestó: «Por favor, señora, la quiero para mi picnic». La vaca contestó a su vez: «¡Muuu! ¡Pero espero que no la vayas a hervir!». Y Bruno dijo: «¡Claro que no! ¡La leche recién ordeñada

está tan buena y calentita que no hace falta hervirla!».

—Que no hace falta ni *hedvidla* —sugirió Bruno, como corrección.

—Así que Bruno puso la leche en una botella, y luego dijo: «¡Ahora quiero algo de pan!». De modo que fue al horno y sacó de él una deliciosa hogaza recién hecha. Y el horno...

—¡... sumamente ligera y *esponjósima*! —la corrigió Bruno de forma impaciente—. ¡No deberías *saltadte* tantas *palabdas*!

Silvia pidió disculpas con humildad.

—... una deliciosa hogaza recién hecha, sumamente ligera y esponjosa. Y el horno dijo... —Silvia hizo entonces una larga pausa—. ¡La verdad es que no sé con qué empieza un horno cuando quiere hablar!

Los dos niños me miraron con gesto suplicante, pero lo único que pude decir, irremediablemente, fue:

—¡No tengo la menor idea! ¡Jamás he oído hablar a un horno!

Permanecimos todos callados durante unos segundos, y después Bruno dijo, en voz muy baja:

—*Hodno* empieza con «Ho».

—¡Buen chico! —exclamó Silvia—. La ortografía se le da muy bien. ¡Es más listo de lo que cree! —añadió, en un aparte, hacia mí—. De manera que el horno dijo: «¡Oh! ¿Qué vas a hacer con todo ese pan?». Y Bruno contestó: «Por favor...». ¿Diría usted que un horno es «señor» o «señora»? —Silvia me miró, en espera de una respuesta.

—Ambas cosas, creo. —Aquella me pareció la contestación más segura.

Silvia aceptó la sugerencia sin demora.

—Así que Bruno dijo: «Por favor, señor-a, lo quiero para mi picnic». El horno contestó: «¡Oh! ¡Pero espero que no lo vayas a tostar!». Y Bruno dijo: «¡Claro que no! ¡El pan recién hecho es tan ligero y esponjoso que no hace falta tostarlo!».

—Que no hace falta ni siquiera *tostadlo* —contribuyó Bruno—. ¡Ojalá no fueses tan tacaña con las *palabdas*!

—De manera que Bruno metió el pan en la cesta, y dijo a continuación: «¡Ahora quiero unas manzanas!». Cogió pues la cesta y fue hasta el manzano, de donde cogió unas cuantas manzanas maduras y lindas. Y el manzano dijo... —Se produjo en ese momento otro largo silencio.

Bruno optó por su recurso predilecto, consistente en darse golpecitos en la frente, mientras Silvia levantaba la vista con gesto serio, como si albergase la esperanza de que los pájaros, que cantaban alegremente entre las ramas por encima de nuestras cabezas, le sugirieran algo. Pero aquello no dio resultado alguno.

—¿Con qué empieza un manzano, cuando quiere hablar? —murmuró Silvia con desesperación hacia los pájaros, que no le ofrecieron respuesta.

Finalmente, siguiendo el ejemplo de Bruno, me atreví a decir:

—¿No empieza «manzano» siempre con «mmm»?

—¡Naturalmente! ¡Qué listo es usted! —exclamó Silvia encantada.

Bruno pegó un brinco y me dio una palmadita en la cabeza. Intenté que aquello no se me subiera a la misma.

—Así que el manzano dijo: «¡Mmm! ¿Qué vas a hacer con todas esas manzanas?». A lo cual Bruno contestó: «Por favor, señor, las quiero para mi picnic». El manzano contestó a su vez: «¡Mmm!

¡Pero espero que no las vayas a asar!». Y Bruno dijo: «¡Claro que no! ¡Las manzanas maduras están tan buenas y dulces que no hace falta asarlas!».

—No hace falta ni... —empezó a decir Bruno, pero Silvia rectificó antes de que él pudiera terminar de hablar.

—«No hace falta ni siquiera asarlas para nada en absoluto». De forma que Bruno metió las manzanas en la cesta, junto con el pan y la botella de leche. Y fue a celebrar su picnic, en lo alto de la colina, totalmente solo...

—No era un glotón, sabe usted, *pod celebidad* el picnic totalmente solo —quiso aclarar Bruno, tocándome el moflete para llamar mi atención—. Lo que pasa es que no tenía *hedmanos* ni *hedmanas*.

—Resulta muy triste que no tuviera hermanas, ¿no? —observé.

—Bueno, no sé —contestó Bruno con expresión pensativa—; así no tenía que *haced lecciones*. De modo que no le *impodtaba*.

Silvia continuó:

—Así que, mientras andaba por el camino, oyó a su espalda un tipo curioso de ruido: una especie de ¡tum, tum, tum! «¿Qué es eso?», dijo Bruno. «¡Oh, ya lo sé!», agregó. «¡Son sólo las manillas de mi reloj!».

—¿Eran las manillas de su reloj? —me preguntó Bruno, con ojos que centelleaban de travieso placer.

—¡No cabe duda! —respondí. Y Bruno se carcajeó, exultante.

—Entonces Bruno lo pensó con más detenimiento. Y dijo: «¡No!, no pueden ser las manillas de mi reloj ¡porque no tengo ninguno!».

Bruno levantó la vista ansiosamente hacia mi rostro, para ver cómo me tomaba aquello. Yo agaché la cabeza y me metí un pulgar en la boca, para evidente deleite del pequeño.

—Bruno avanzó, pues, un poco más por el camino. Y entonces lo oyó de nuevo, aquel ruido extraño: ¡tum, tum, tum! «¿Qué es eso?», dijo. «¡Oh, ya lo sé!». «¡Es sólo el carpintero arreglando mi carretilla!».

—¿Era el *cadpintero areglando* su *caretilla*? —me preguntó Bruno.

Yo me animé, y dije:

—¡Debía de serlo! —aseguré, en tono plenamente convencido.

Bruno se abrazó al cuello de su hermana.

—¡Silvia! —le dijo, en un susurro perfectamente audible—. ¡Dice que «debía» de *sedlo*!

—Entonces Bruno lo pensó un poco mejor. Y dijo: «¡No!, no puede ser el

carpintero arreglando mi carretilla ¡porque no tengo ninguna!».

Esta vez oculté el rostro entre mis manos, sintiéndome absolutamente incapaz de hacer frente a la mirada victoriosa de Bruno.

—De modo que Bruno avanzó un poco más por el camino. Y entonces volvió a oír ese extraño ruido: ¡tum, tum, tum! Así que pensó que, en esta ocasión, se daría la vuelta, sólo por ver de qué se trataba. ¡Y resultó ser simplemente un gran león!

—Un *gdan* león *enodme* —la corrigió Bruno.

—Un gran león enorme. Y Bruno se asustó muchísimo, y salió corriendo...

—¡No estaba ni una pizca asustado! —interrumpió Bruno. (Saltaba a la vista que le preocupaba la reputación de su tocayo).— Salió *coriendo* para *echadle* un buen vistazo al león *podque* quería *ved* si era el mismo que solía *moddisquead* cabezas de niños, ¡y *averiguad* lo *gdande* que era!

—Bueno, salió corriendo para echarle un buen vistazo al león. Y el león trotó lentamente tras él, y lo llamó con voz muy suave: «¡Muchacho, muchacho! ¡No tienes por qué asustarte de mí! Ahora soy un viejo león muy amable. Ya nunca mordisqueo cabezas de niños, como solía hacer». Así que Bruno contestó: «¿Es cierto eso, señor? ¿Entonces de qué se alimenta usted?». Y el león...

—¡Ya ve que no estaba para nada asustado! —me dijo Bruno, pasando nuevamente su mano por mi mejilla—, *podque se acoddó de llamadlo «señod»*, ¿sabe usted?

Yo repuse que no había duda de que aquella era la verdadera prueba para saber si alguien tenía miedo o no.

—Y el león dijo: «Oh, me alimento de pan con mantequilla, cerezas, mermelada, bizcocho con pasas...».

—¡... y manzanas! —interpuso Bruno.

—Sí, «y manzanas». Bruno dijo: «¿Quiere venir conmigo a mi picnic?». Y el león contestó: «¡Oh, iría encantadísimo!». De modo que Bruno y el león se fueron juntos. —Silvia calló repentinamente.

—¿Eso es todo? —pregunté yo, abatido.

—Todo no —repuso Silvia de forma picara—. Hay una o dos frases más. ¿Verdad, Bruno?

—Sí —dijo este con una despreocupación claramente fingida—; sólo una o dos *fdases* más.

—Luego, durante su camino en mutua compañía, miraron por encima de un seto, ¡y qué fue lo que vieron sino un corderito negro! Y el cordero tenía muchísimo miedo. Y echó a correr...

—¡Estaba asustado de *veddad*! —intervino Bruno.

—Echó a correr. Y Bruno salió corriendo detrás de él, diciendo a voces: «¡Corderito! ¡No debes tenerle miedo a este león! ¡Nunca mata a nadie! Se alimenta de cerezas y mermelada...».

—¡... y manzanas! —añadió Bruno—. ¡*Siempde* te olvidas de las manzanas!

—Y Bruno dijo: «¿No quieres acompañarnos a mi picnic?». El cordero respondió: «¡Oh, me encantaría, si mi mamá me deja!». Y Bruno contestó: «¡Vayamos a preguntarle a tu mamá!». De modo que fueron a ver a la vieja oveja. Bruno le dijo: «Por favor, ¿puede venir su corderito a mi picnic?». Y la oveja contestó: «Sí, si ya ha estudiado todas sus lecciones». A lo que el cordero contestó: «¡Oh, sí, mamá! ¡Ya me las he estudiado!».

—¡Haz como que no tenía *lecciones*! —rogó Bruno con vehemencia.

—¡Oh, de eso ni hablar! —se negó Silvia—. ¡No puedo quitar de la historia todo lo relativo a las lecciones! De modo que la vieja oveja preguntó: «¿Te sabes ya el abecé? ¿Te has aprendido la A?». Y el cordero respondió: «¡Oh, sí, mamá! ¡Fui A la campiña, y A-llí A-yudé A A-rar!». «¡Muy bien, mi niño! ¿Y has aprendido la B?». «¡Oh, sí, mamá! ¡Fui a B-r si el B-B tenía un B-rinche!» «¡Estupendo, hijito mío! ¿Y has aprendido la C?» «¡Oh, sí, mamá! ¡Me a-C-rqué a C-rar la C-rca de los C-rdos!» «¡Muy bien, cariñito! Puedes ir al picnic de Bruno».

»Así que se pusieron en marcha, con Bruno en el centro, para que el cordero no viera al león.

—Tenía miedo —explicó Bruno.

—Sí, y temblaba mucho; y se fue poniendo cada vez más pálido, de tal forma que, antes de que llegaran a lo alto de la colina, se había convertido en un corderito blanco... ¡tan blanco como la nieve!



—¡Pero *Bduno* no estaba asustado! —aclaró el propietario del nombre—. ¡Así que siguió siendo *negdo*!

—¡No, qué va! ¡Siguió siendo *rosa*! —rio Silvia—. Si fueras negro, no te daría besos como este, ¿sabes?

—¡*Tenerías* que *hacedlo*! —dijo Bruno con gran decisión—. Además, *Bduno* no era *Bduno*, ya sabes... quiero *decid*, que *Bduno* no era yo... esto... ¡no digas tonterías, Silvia!

—¡No volverá a pasar! —se excusó Silvia con gran humildad—. Así, mientras continuaban su camino, el león dijo: «Oh, voy a contaros lo que solía hacer cuando era un joven león. Tenía la costumbre de agazaparme detrás de los árboles, a la espera de niñitos. —Bruno se abrazó con más fuerza a su hermana—. Y, si pasaba por allí un niño flacucho y esmirriado, solía dejarlo ir. Pero si se acercaba un niño regordete y jugoso...».

Bruno no pudo soportarlo más.

—¡Haz como que no era jugoso! —suplicó, medio sollozando.

—¡No seas tonto, Bruno! —replicó su hermana con brusquedad—. ¡Termino enseguida! «... si se acercaba un niño regordete y jugoso, ¡solía abalanzarme sobre él

y zampármelo! ¡Oh, no tenéis ni idea de lo delicioso que resulta... un niño succulento!». Y Bruno contestó: «¡Oh, señor, le ruego que no hable sobre comerse niños pequeños! ¡Hace que me entren escalofríos!».

El auténtico Bruno se estremeció, en simpatía con el héroe.

—Y el león dijo: «Oh, bueno, ¡no hablaremos de eso, pues! Os contaré lo que sucedió el día de mi boda...».

—Esta *padte* me gusta más —comentó Bruno, tocándome en la mejilla para que no me durmiese.

—«¡Oh, hubo un desayuno nupcial de lo más encantador! En un extremo de la mesa había un pudin de pasas. ¡Y en el otro un hermoso cordero asado! ¡Oh, no os imagináis lo delicioso que resulta... un buen cordero asado!». El cordero dijo entonces: «¡Oh, señor, le ruego que no hable sobre comerse corderos! ¡Hace que me entren escalofríos!». A lo que el león contestó: «Oh, bueno, ¡no hablaremos de eso, pues!».

Capítulo 15

Los zorritos

—Así que, cuando llegaron a lo alto de la colina, Bruno abrió la cesta y sacó el pan, las manzanas y la leche, y se pusieron a comer y a beber. Y una vez que hubieron terminado con la leche y con la mitad del pan y de las manzanas, el cordero dijo: «¡Oh, qué pegajosas están mis patas! ¡Quiero lavármelas!». Y el león contestó: «Baja, entonces, la colina, y lávatelas en aquel arroyo. ¡Te esperamos!».

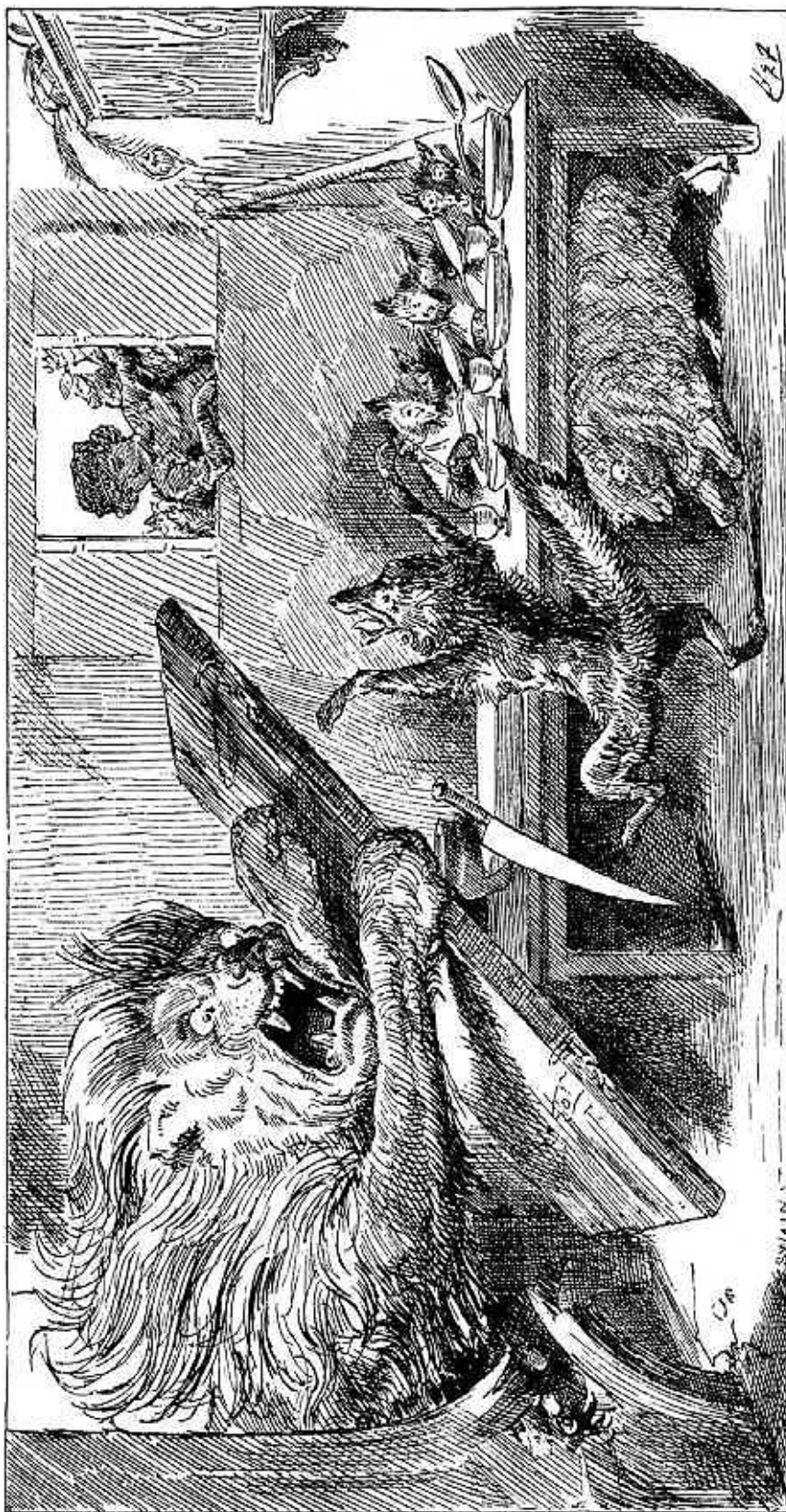
—¡Nunca *degdesó!* —me susurró Bruno con aire serio.

Pero Silvia lo había oído.

—¡No susurres cosas, Bruno! ¡Arruina la historia! Pasado mucho rato sin que el cordero volviera, el león le dijo a Bruno: «¡Ve a ver qué le ha pasado a ese tonto corderito! Debe de haberse perdido». Y Bruno descendió la colina. Y al llegar al arroyo, vio al cordero sentado en la orilla, ¡y a su lado no había sentado otro que un viejo zorro!

—No sé *pod* qué dices que «no había *otdo*» —dijo Bruno con aire pensativo—. «Y a su lado había sentado un viejo *zoro*».

—Y el viejo zorro estaba diciendo —continuó Silvia, admitiendo por una vez la matización gramatical—: «Sí, bonito, serás de lo más feliz con nosotros, ¡no tienes más que venir a vernos! Tengo allí tres zorros pequeños, ¡y nos encantan los corderitos!». A lo cual el cordero contestó: «Pero ustedes nunca comen corderos, ¿verdad, señor?». Y el zorro dijo: «¡Oh, no! ¿Cómo vamos a comernos un cordero? ¡Es algo con lo que nunca soñaríamos!». De modo que el cordero dijo: «En tal caso, iré con usted». Y allá que se fueron, cogidos de la mano.



—Ese zoro era pero que muy *pedvedsísimo*, ¿veddad que sí? —afirmó Bruno.

—¡No, no! —repuso Silvia, un tanto horrorizada por la intensidad de semejante palabra—. ¡No era tan malvado!

—Bueno, me *defiero* a que bueno no era —rectificó el pequeñín.

—De manera que Bruno volvió con el león. «¡Oh, ven rápido!», dijo. «¡El zorro se ha llevado al cordero a su casa! ¡Estoy seguro de que quiere comérselo!». Y el león

dijo: «¡Iré lo más deprisa que pueda!». Y los dos bajaron con apremio por la colina.

—¿*Cdee* que *atdaparon* al zoro, *hombde señod*? —me preguntó Bruno. Yo meneé negativamente la cabeza, pues no quería interrumpir el relato, que Silvia retomó:

—Y cuando llegaron a la casa, Bruno se asomó por la ventana. Y allí vio a los tres zorritos sentados alrededor de la mesa, con sus delantales limpios puestos y cucharas en las manos...

—¡Cucharas en las manos! —repitió Bruno con extático gozo.

—Y el zorro tenía un gran cuchillo enorme... listo para matar al pobre corderito... —(«¡No tiene de qué *asustadse*, *hombde señod*!», se apresuró a decir Bruno, en un susurro).

—Y justo cuando se disponía a ello, Bruno oyó un gran RUGIDO... —el auténtico Bruno me cogió la mano y la apretó con fuerza— y el león entró derribando la puerta, ¡y un segundo después le había arrancado de un mordisco la cabeza al viejo zorro! Bruno entró de un salto por la ventana y se puso a dar botes por la habitación, gritando: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡El viejo zorro ha muerto! ¡El viejo zorro ha muerto!».

Bruno se levantó con cierta excitación.

—¿Puedo *hacedlo* ahora? —inquirió.

Silvia fue totalmente clara al respecto.

—Espera a después —dijo—. Ahora viene la parte en la que hablan, ¿no lo sabes? Eso siempre te encanta, ¿a que sí?

—Sí —asintió Bruno, que se volvió a sentar.

—Lo que dijo el león: «Ahora, corderito tonto, vete a casa con tu madre y nunca vuelvas a hacer caso a viejos zorros. Y sé muy bueno y obediente».

»Lo que dijo el cordero: “¡Oh, señor, eso haré sin duda, señor!”, y el cordero se marchó. —“¡Pero usted no tiene *pod* qué *idse*”!, explicó Bruno. “¡Ahora viene la *padte* más chula de todas!” Silvia sonrió. Le gustaba contar con una audiencia agradecida.

»Lo que el león le dijo a Bruno: “Ahora, Bruno, llévate esos zorritos a casa contigo y enséñalos a ser buenos y obedientes. ¡No como ese viejo malvado sin cabeza!”. —“Sin ninguna cabeza”, remachó Bruno.

»Lo que Bruno le dijo al león: “¡Oh, señor, eso haré sin duda, señor!”. Y el león se marchó. —“Ahora se pone cada vez *mejod*”, me susurró Bruno, “¡hasta *llegad* al final!”.

»Lo que Bruno le dijo a los pequeños zorros: “A ver, zorritos, vais a recibir vuestra primera lección de buen comportamiento. Voy a meteros en la cesta, junto con las manzanas y el pan, y no debéis comeros ni las unas ni lo otro, ni nada de nada, hasta que lleguemos a mi casa, y entonces os daré de cenar”.

»Lo que los zorritos le dijeron a Bruno: nada.

»De modo que Bruno metió las manzanas en la cesta, y a los zorritos, y el pan. —“Se habían bebido toda la leche en el picnic”, explicó Bruno en un cuchicheo—, y emprendió el camino hacia su casa. —“Ya queda poco para el final”, apuntó Bruno.

»Y, tras recorrer un breve trecho, se le ocurrió mirar en la cesta para ver qué tal les iba a los zorritos.

—Así que *abdió* la tapa... —intervino Bruno.

—¡Oh, Bruno —exclamó Silvia—, soy yo la que está contando la historia! Así que abrió la tapa, ¡y hete aquí que no había manzanas! Por lo que Bruno dijo: «Zorrito mayor, ¿te has comido tú las manzanas?». Y el zorrito mayor respondió: «¡No, no, no!». —Resulta imposible describir el tono con el que Silvia repitió este veloz y conciso «¡no, no, no!». Alcanzo como mucho a decir que fue como si un patito excitado hubiese tratado de emitir las palabras: demasiado rápido para ser un graznido de pato y, sin embargo, demasiado áspero para tratarse de ninguna otra cosa —. Bruno dijo entonces: «Zorrito mediano, ¿te has comido tú las manzanas?». Y el zorrito mediano contestó: «¡No, no, no!». Luego Bruno dijo: «Zorrito menor, ¿te has comido tú las manzanas?». Y el zorrito menor intentó articular: «¡No, no, no!», pero tenía la boca tan llena que le fue imposible, y sólo pudo decir: «¡Uac, uac, uac!»; Bruno miró entonces en el interior de su boca, ¡y estaba repleta de manzanas! El muchacho meneó la cabeza, y dijo: «¡Oh, dios mío! ¡Qué malos que son estos zorros!».

Bruno estaba escuchando con mucha atención y, al callar Silvia un momento para tomar aire, lo único que logró decir, con voz entrecortada, fue:

—¿Y qué hay del pan?

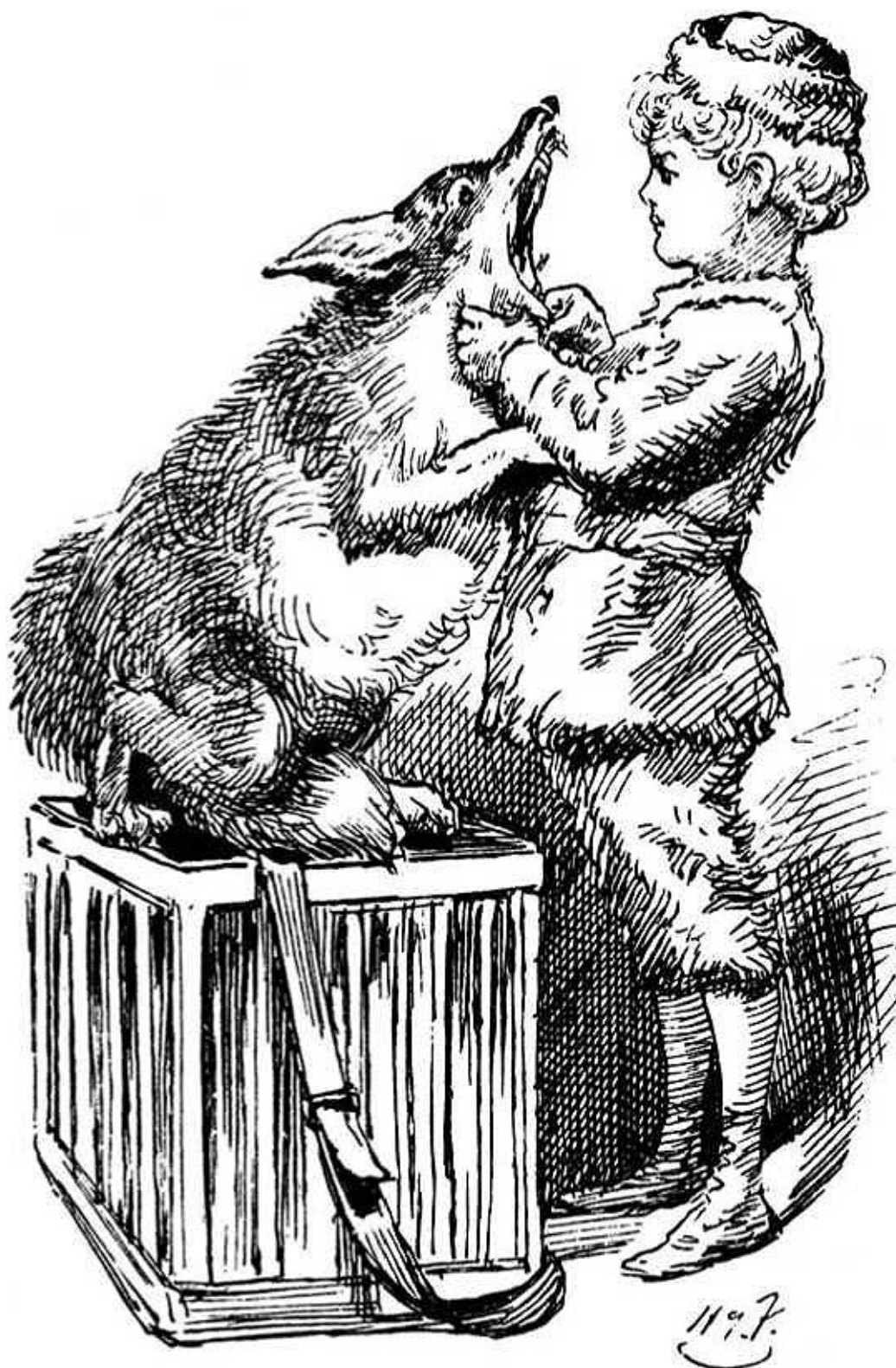
—Sí —contestó Silvia—, ahora voy con eso. Así pues, cerró de nuevo la tapa y siguió caminando un poco más; y entonces pensó en echar otro vistazo dentro. ¡Y hete aquí que el pan no estaba! —«¿Qué significa “hete aquí”?», preguntó Bruno. «¡Silencio!», contestó Silvia—. Y dijo: «Zorrito mayor, ¿te has comido tú el pan?». Y el zorrito mayor respondió: «¡No, no, no!». «Zorrito mediano, ¿te has comido tú el pan?». Y el zorrito mediano contestó: «¡Uac, uac, uac!»; Bruno miró entonces en el interior de su boca, ¡que estaba llena de pan! —«*Poderla habedse ahogado*», observó Bruno—. Así que dijo: «¡Oh, dios mío! ¿Qué voy a hacer con estos zorros?». Y avanzó un poco más por el camino. —«Ahora viene la *padte* más interesante», susurró Bruno.

»Y cuando Bruno abrió nuevamente la cesta, ¿qué os imagináis que vio? —“¡Sólo dos zorros!”, corrió a gritar Bruno—. No deberías revelarlo tan rápido. En cualquier caso, eso fue lo que vio. Y dijo: “Zorrito mayor, ¿te has comido tú al zorrito menor?”. Y el zorrito mayor contestó: “¡No, no, no!”. “Zorrito mediano, ¿te has comido tú al zorrito menor?”. Y el zorrito mediano trató por todos los medios de responder: “¡No, no, no!”, pero sólo consiguió decir: “¡Uac, uac, uac!”. Y al mirar Bruno dentro de su boca, vio que una mitad estaba llena de pan, ¡y la otra de zorro! —Bruno no dijo nada esta vez en la nueva pausa que se produjo. Estaba empezando a respirar de manera jadeante, pues sabía que la crisis se acercaba.

»Y cuando casi había llegado a casa, miró una vez más en la cesta, y vio...

—Solamente... —empezó a decir Bruno, pero lo asaltó un pensamiento generoso,

y me miró—. ¡Puede *decidlo* usted si quiere, *hombde señod!* —susurró. Era un noble ofrecimiento, pero no le iba a arrebatarse ese placer:



—Hazlo tú, Bruno —repuse—; a ti te sale muchísimo mejor.

—¡Solamente... un... *zoro!* —dijo Bruno con gran solemnidad.

—«Zorrito mayor —continuó Silvia, abandonando la forma narrativa en su entusiasmo—, tú has sido tan bueno que apenas puedo creer que me hayas desobedecido, pero me estoy temiendo que te has comido a tu hermana pequeña». Y

el zorrillo mayor dijo: «¡Uauac, uauac!», y entonces algo hizo que se atragantara. Bruno miró dentro de su boca, ¡y estaba llena! —Silvia paró de hablar para tomar aliento; Bruno se tumbó entre las margaritas y me lanzó una mirada de triunfo. «¿No es fabuloso, *hombde señod?*», dijo. Yo me esforcé por adoptar un tono crítico: «Es fabuloso», contesté, «¡aunque aterrador!». «Puede *sentadse* un poquitín más *cedca* de mí, si lo desea», ofreció Bruno.

—De modo que Bruno se fue a casa, y llevó la cesta a la cocina, donde la abrió. Y vio... —Silvia me miró a mí, en esta ocasión, como si pensase que me habían tenido un poco olvidado y que debía permitírseme, al menos, una oportunidad de adivinarlo.

—¡No tiene ni idea! —voceó Bruno de manera impaciente—. ¡Me temo que debo *decídselo* yo! En la cesta no había... ¡nada! —Yo me estremecí de pavor, y Bruno aplaudió de forma gozosa—. ¡Está asustado, Silvia! ¡Cuenta el *desto*!

—Así, Bruno dijo: «Zorrillo mayor, ¿te has comido a ti mismo, granuja?». Y este dijo: «¡Uauac!». Y Bruno vio entonces que lo único que quedaba en la cesta era ¡la boca del zorrillo! Así que la cogió, la abrió y ¡sacudió y sacudió! Y, por fin, ¡consiguió sacar al zorrillo de su propia boca! Y luego dijo: «¡Abre otra vez la boca, pequeño malvado!». ¡Y sacudió y sacudió, hasta que logró sacar al zorrillo mediano! Y a continuación ordenó a este último: «¡Ahora abre tú la boca!». ¡Y sacudió y sacudió, hasta que logró sacar al zorrillo menor, junto con todas las manzanas, y todo el pan!

»Y entonces Bruno puso a los zorrillos contra la pared y les soltó una pequeña reprimenda: “Zorrillos, os habéis portado muy mal hasta ahora... y os voy a tener que castigar. En primer lugar, iréis al cuarto de los niños, os lavaréis la cara y os pondréis delante limpios. Después oiréis la campanilla de la cena y bajaréis; ¡pero no habrá cena, sino una buena azotaina! Después os iréis a la cama. Por la mañana, oiréis la campanilla del desayuno. ¡Pero no habrá desayuno, sino una buena azotaina! Luego estudiaréis vuestras lecciones. Y, quizá, si sois muy muy buenos, cuando llegue la hora de la cena, ¡comeréis algo y no habrá más azotes!”. —“¡Qué magnánimo era!”, le susurré a Bruno. “¡No tanto!”, me corrigió Bruno con gravedad.

»De manera que los zorrillos fueron corriendo hasta el cuarto de los niños. Y, al poco, Bruno entró en el vestíbulo e hizo sonar la gran campanilla. “¡Tin, tin, tin! ¡A cenar, a cenar, a cenar!”. ¡Y los zorrillos bajaron raudos a por su cena! ¡Con delante limpios! ¡Y cucharas en sus manos! Y, al entrar en el comedor, ¡en la mesa había puesto un mantel blanquísimo! Pero sobre él no había nada salvo un enorme vergajo. ¡Y menuda zurra recibieron! —Yo me tapé los ojos con el pañuelo, y Bruno se subió rápidamente a mi rodilla y me acarició la cara. “¡Sólo queda una *atozaina, hombde señod!*”, susurró. “¡No llore más si puede *evitadlo!*”.

»Y temprano al día siguiente, Bruno hizo sonar de nuevo la gran campanilla. “¡Tin, tin, tin! ¡A desayunar, a desayunar, a desayunar!”. ¡Y los zorrillos bajaron! ¡Con delante limpios! ¡Y cucharas en sus manos! ¡Pero no hubo ningún desayuno! ¡Sólo el gran vergajo! Luego vinieron las lecciones —Silvia aceleró la narración, pues yo

seguía con el pañuelo sobre los ojos—. ¡Y los zorritos se portaron estupendamente! Y aprendieron sus lecciones del derecho y del revés, y cabeza abajo. Y Bruno por fin hizo sonar otra vez la gran campanilla. “¡Tin, tin, tin! ¡A cenar, a cenar, a cenar!”. Y cuando los zorritos bajaron... —“¿Llevaban delantales limpios?”, interrogó Bruno. “¡Por supuesto!”, respondió Silvia. “¿Y cucharas?”. “¡Sabes que sí!”. “No estaba seguro”, dijo Bruno— ¡lo hicieron más lentos que un caracol! Y dijeron: “¡Oh! ¡No habrá cena! ¡Sólo el gran vergajo!”. Pero cuando entraron en la habitación, ¡vieron una cena magnífica! —¿Con bollos?», preguntó Bruno a gritos y dando palmas—. Con bollos y bizcocho y... —«¿... y mermelada?», sugirió Bruno—. Sí, mermelada... y sopa... y... —«¡... y confites!», intervino Bruno nuevamente, y Silvia pareció satisfecha.

»Y, en adelante, ¡fueron siempre unos zorritos buenísimos! Más buenos que el pan, cuando tocaba estudiar las lecciones, y nunca desobedecían a Bruno, y jamás volvieron a comerse unos a otros... ¡ni a sí mismos!

La historia llegó a su fin de un modo tan repentino que a punto estuve de quedarme sin aliento; no obstante, me esforcé por pronunciar unas palabras bonitas de agradecimiento.

—Estoy seguro de que es muy... muy... ¡muy así, sin duda! —me pareció oírme decir.

Capítulo 16

Allende estas voces

—¡No he oído bien lo que ha dicho! —fueron las siguientes palabras que llegaron a mis oídos, pero ciertamente no en la voz de Silvia ni de Bruno, a los cuales distinguía, entre la multitud de invitados, de pie junto al piano, y escuchando la canción del conde—. Quien hablaba era Mein Herr ¡No he oído bien lo que ha dicho! —repitió—. Pero no me cabe duda de que coincide conmigo. Muchísimas gracias por su cordial atención. ¡Sólo queda por cantar una estrofa! —Estas últimas palabras no fueron pronunciadas por la apacible voz de Mein Herr, sino por la profunda voz de bajo del conde francés. Y, en el silencio subsiguiente, la última estrofa de la canción de Tottles resonó por la habitación.

Ved qué tranquila reside la pareja
en su nuevo nidito de las afueras.
La mujer, entre lágrimas, resignada,
acepta llevar una vida más llana.
Pero de rodillas pide una merced:
«¡Tesorito, no te enfades, te lo ruego:
puede que mamá venga por dos o tres...!».
«¡Ni pensarlo!», aulló Tottles (e iba en serio).

Al acabar la canción se produjo un verdadero coro de agradecimientos y cumplidos desde todas partes de la sala, a lo cual respondió el satisfecho cantante con reverencias en todas direcciones:



—Para mí es gran privilegio —dijo hacia *lady* Muriel— haberme encontrado con esta canción tanto maravillosa. El acompañamiento resulta tanto extraño y misterioso; ¡es como si se habría inventado una nueva música! ¡Lo tocaré una vez más para mostrar a usted qué quiero decir! —El conde regresó al piano, pero la partitura había desaparecido.

El desconcertado cantante rebuscó en la pila que había sobre una mesa contigua, pero tampoco se encontraba allí. *Lady* Muriel colaboró en la búsqueda, a la que no tardaron en unirse otros; la agitación fue en aumento.

—¿Qué puede haber pasado con ella? —exclamó *lady* Muriel. Nadie lo sabía; sólo había una cosa segura: que nadie había estado cerca del piano desde que el conde había cantado la última estrofa de la canción.

—¡Da la misma! —dijo, con enorme afabilidad—. ¡Se la tocaré sólo con memoria! —Se sentó y empezó a pulsar las notas de manera vaga, pero no sonó nada que se pareciese a la melodía. Entonces él también se alteró.

—¡Pero qué rareza! ¡Cuánto singular! Que haya perdido, no solamente la letra, sino la melodía asimismo... es del todo curioso, ¿no creen?

Todos lo creíamos, absolutamente.

—Fue ese niño encantador quien la halló para mí —sugirió el conde—. ¿A lo muy mejor él es el ladrón?

—¡Pues claro! —profirió en voz alta *lady* Muriel—. ¡Bruno! ¿Dónde estás, bonito?

Pero no contestó ningún Bruno; aparentemente, los dos niños habían desaparecido de forma tan súbita, y misteriosa, como la canción.

—¿Estarán gastándonos una broma? —exclamó *lady* Muriel alegremente—. ¡Les

habrá dado por jugar de repente al escondite! ¡Ese pequeño Bruno es un diablillo!

La explicación propuesta fue bienvenida por la mayoría de nosotros, dado que algunos de los invitados habían empezado a dar visibles muestras de intranquilidad. Se emprendió con gran entusiasmo una búsqueda general: se recorrieron y sacudieron cortinas, se abrieron armarios y se voltearon otomanas, pero el número de escondites posibles resultó ser estrictamente limitado, y la búsqueda llegó a su fin nada más haber empezado, prácticamente.

—Deben de haber salido a toda prisa, mientras estábamos absortos en la canción —dijo *lady* Muriel, dirigiéndose al conde, que parecía más alterado que el resto—, y no hay duda de que se las han arreglado para regresar al cuarto del ama de llaves.

—¡No por esta puerta! —fue la firme protesta de un grupo de dos o tres caballeros, que habían permanecido juntos en torno a la puerta (uno de ellos, de hecho, apoyado en ella) la última media hora, al declarar—: ¡No se ha abierto desde que comenzó la canción!

Un incómodo silencio siguió a este anuncio. *Lady* Muriel no aventuró más conjeturas, y se dedicó, en cambio, a examinar en silencio los cierres de las ventanas, que se abrían como puertas. Todas resultaron estar bien cerradas, desde dentro.

Sin haber agotado aún todos sus recursos, *lady* Muriel hizo sonar la campanilla.

—Díganle al ama de llaves que venga —pidió—, y que traiga las prendas de calle de los niños.

—Aquí está, *milady* —dijo la obsequiosa ama de llaves, al entrar tras otro momento de silencio—. Pensé que la jovencita habría ido a mi cuarto para ponerse sus botas. ¡Aquí las tienes, cariño! —añadió en tono jovial, buscando por todas partes a los niños con la mirada. No hubo respuesta, y la mujer se volvió hacia *lady* Muriel con una sonrisa confundida—. ¿Se han escondido los pequeñuelos?

—Ahora mismo no sé dónde están —repuso *lady* Muriel, de manera bastante evasiva—. Puedes dejar sus cosas aquí, Wilson. Yo los vestiré cuando estén listos para marcharse.

Los dos pequeños sombreros y la chaqueta de paseo de Silvia circularon entre las damas de mano en mano, suscitando numerosas exclamaciones de deleite. Sin duda, poseían una hermosura que resultaba un tanto mágica. Incluso las pequeñas botas se llevaron su parte de críticas favorables.

—¡Qué ropita más mona! —exclamó la joven pianista, casi acariciándola mientras hablaba—. ¡Y qué piecitos más chiquitines deben de tener!

Finalmente, las cosas se dejaron amontonadas sobre la otomana central, y los invitados, que habían perdido ya la esperanza de ver nuevamente a los niños, comenzaron a despedirse y a marcharse de la casa.

Quedaban únicamente unos ocho o nueve —a los que el conde les estaba explicando, por vigésima vez, cómo había estado mirando a los niños durante la última estrofa de la canción; cómo había echado entonces una ojeada por la habitación, para ver qué efecto había tenido «la gran nota de pecho» sobre su

audiencia, y cómo, al mirar otra vez, ambos habían desaparecido cuando empezaron a oírse exclamaciones de consternación por todas partes, momento en que el conde finalizó bruscamente su relato para unirse al clamor.

¡Las prendas habían desaparecido!

Después del total fracaso de la búsqueda de los niños, se hizo otra muy poco entusiasta de sus atavíos. Los invitados que aún quedaban allí dieron la impresión de estar más que contentos de irse, dejándonos solos al conde y a nosotros cuatro.

El conde se desplomó sobre una butaca, respirando entre leves jadeos.

—¿Quién son, entonces, estos adorables niños, le ruego me diga? —preguntó—. ¿Por qué vienen, por qué van, en este modo tan poco ordinario? Que la música se haya desaparecido; que los sombreros, las botas, se hayan desaparecido... le suplico me diga cómo es posible.

—¡No tengo ni idea de dónde están! —fue lo único que pude decir, al ver que se me solicitaba, por consenso general, una explicación.

El conde pareció disponerse a hacer más preguntas, pero se contuvo.

—La hora se vuelve tarde —señaló—. Le deseo una muy buena noche, *milady*. Me traslado a mi cama, para soñar... ¡si es que, en realidad, no soy soñando ya! —Dicho lo cual, abandonó presto la habitación.

—¡No se vaya todavía, no se vaya! —rogó el earl cuando me preparaba para seguir al conde—. ¡Usted no es un invitado!, ¿sabe? ¡Los amigos de Arthur están aquí en su casa!

—¡Gracias! —dije mientras, con genuino instinto inglés, arrimábamos nuestras sillas a la chimenea, pese a no haber ningún fuego encendido; a continuación, *lady* Muriel se colocó el montón de partituras sobre las rodillas para realizar una última búsqueda de la canción extrañamente desaparecida.

—¿No os apetece como a unos locos, en ocasiones —empezó a decir esta última, dirigiéndose a mí—, tener las manos ocupadas, mientras habláis, con algo que no sea simplemente sujetar un puro, y sacudirlo cada cierto rato para que caiga la ceniza? ¡Oh, sé perfectamente lo que vas a decir! —Esto iba para Arthur, que parecía disponerse a interrumpirla—. La majestad del pensamiento reemplaza el trabajo manual. El intenso esfuerzo intelectual de un hombre, más los golpecitos a un puro, equivalen a las ideas banales, añadiendo la labor de bordado más elaborada, de una mujer. ¿Esa es tu opinión, no es cierto, sólo que mejor expresada?

Arthur observó la expresión radiante y picara de su rostro con una sonrisa circunspecta y enormemente tierna.

—Así es —dijo con resignación—; eso es exactamente lo que pienso.

—Descanso del cuerpo y actividad de la mente —interpuse—. Hay algún escritor que dice que ese es el *summum* de la felicidad humana.

—¡Al menos, descanso corporal no falta! —contestó *lady* Muriel, echando una ojeada a las tres figuras reclinadas que la rodeaban—. Pero lo que ustedes llaman actividad mental...

—... es un privilegio exclusivo de los jóvenes doctores —concluyó el earl la frase de su hija—. Los ancianos como nosotros no tienen derecho a estar activos. ¿Qué le resta a un viejo sino morir?

—Espero que muchas otras cosas —dijo Arthur de manera sincera.

—Bueno, quizá sea así. No obstante, ¡tienes ventaja sobre mí de muchas maneras, querido muchacho! No sólo tu día está alboreando mientras el mío se halla en su ocaso, sino que además tu interés por la vida... por algún motivo, no puedo evitar envidiarte en eso. Pasarán muchos años antes de que lo pierdas.

—Aunque ciertamente muchos intereses humanos sobreviven al fin de la vida, ¿no creen? —dije yo.

—Muchos, no hay duda. Y algunas formas de ciencia, pero sólo algunas, en mi opinión. Las matemáticas, por ejemplo: estas parecen poseer un interés inagotable; resulta imposible imaginar cualquier forma de vida, o raza de seres inteligentes, en la que la verdad matemática perdiese su razón de ser. Pero me temo que la medicina no se halla en la misma situación. Suponga que descubre un remedio para alguna enfermedad que hasta la fecha se creía incurable. Bien, es algo delicioso en el momento, sin duda; tremendamente interesante; tal vez le reporte fama y fortuna. Pero ¿luego qué? Centre su mirada en el futuro, unos pocos años después, en una vida en la que no existen las enfermedades. ¿De qué vale, entonces, su descubrimiento? Milton hace prometer demasiado a Jove. «De inmensa fama en el Cielo has de aguardar tu recompensa». ¡Pobre consuelo cuando la «fama» se debe a cuestiones que dejarán de tener sentido!

—Cuando menos, uno no se molestaría en hacer nuevos descubrimientos médicos —convino Arthur—. No veo forma de evitar eso... aunque me daría lástima abandonar mis estudios favoritos. Sin embargo, la medicina, las enfermedades, el dolor, el pesar, el pecado... me temo que están todos conectados. ¡Destierra el pecado y desterrarás todo lo demás!

—El caso de la ciencia militar resulta aún más evidente —señaló el earl—. Sin pecado, la guerra sería sin duda imposible. Aun así, cualquier mente que haya tenido en esta vida algún interés profundo, no pecaminoso en sí, encontrará por sí sola con seguridad alguna línea de trabajo posterior que le agrade. Puede que Wellington no tuviera más batallas que librar y, con todo,

No dudamos que, para alguien tan leal,
otras tareas más nobles debe haber
que la batalla que libró en Waterloo,
¡y la victoria siempre suya ha de ser!^[*].

Pronunció los hermosos versos muy despacio, como si los amara; y su voz, cual una música lejana, se hundió luego en el silencio.

Pasados unos instantes, volvió a hablar.

—Si no estoy aburriéndooos, me gustaría hablaros de una idea sobre la vida en el futuro que me ha estado rondando durante años, como una especie de pesadilla diurna... No logro quitármela de la cabeza.

—Por favor, adelante —contestamos Arthur y yo, casi al unísono. *Lady Muriel* dejó a un lado el montón de partituras y entrelazó las manos.

—La idea —continuó el earl que, a mi modo de ver, eclipsa todas las demás es la de Eternidad; la cual implica, como así parece, el inevitable agotamiento de todos los temas de interés humano. Tomad el caso de la matemática pura, por ejemplo: una ciencia independiente de nuestro presente entorno. Yo mismo la he estudiado un poco. Considerad el tema de las circunferencias y elipses: lo que llamamos las «curvas de segundo grado». En una vida futura, que un hombre descubriera absolutamente todas sus propiedades sería únicamente cuestión de unos años (o de cientos de años, si lo preferís). Luego, podría pasar a las curvas de tercer grado. Pongamos que con ellas tardara diez veces más (como veis, disponemos de tiempo ilimitado). Me resulta difícil imaginar que su interés en la materia durara siquiera tanto, y, aunque no existe límite al grado de las curvas que podría estudiar, ciertamente el tiempo necesario para agotar toda la novedad y el interés del tema sería completamente finito, ¿no? E igual con todas las demás ramas de la ciencia. Y, cuando me transporto, con la mente, unos miles o millones de años al futuro, y me imagino poseedor de tantos conocimientos como puede albergar una razón creada, me pregunto: «¿Y ahora qué? Con nada más por aprender, ¿puede uno descansar satisfecho de conocimientos, con toda la eternidad aún por delante?». Esta idea ha sido una carga muy pesada. A veces he pensado que uno podría, en esa situación, decir: «Es mejor no ser», y rezar por la aniquilación personal: el nirvana de los budistas.

—Pero esa es sólo una visión parcial de la cuestión —dije yo—. Además de trabajar para uno mismo, ¿no se puede ayudar al prójimo?

—¡Ciertamente, ciertamente! —exclamó *lady Muriel* en tono de alivio, mirando a su padre con ojos brillantes.

—En efecto —asintió el earl—, siempre y cuando hubiese algún otro que necesitara ayuda. Pero con el paso de los eones, todas las razones creadas alcanzarían finalmente y sin duda alguna el mismo nivel límite de saciedad. Y, llegados a ese punto, ¿qué ilusión queda?

—Conozco esa sensación de hastío —terció el joven doctor—. He pasado por ella, más de una vez. Deje que le diga cómo me lo he planteado yo. Me he imaginado a un niño pequeño, que juega con juguetes en el suelo de su cuarto, y que es capaz, no obstante, de razonar y de pensar sobre cómo será su vida treinta años más tarde. ¿No podría ocurrir que se dijera a sí mismo: «Para entonces me habré cansado ya de juegos de cubos y bolos. ¡Qué aburrida será la vida!»? Sin embargo, si avanzamos esos treinta años, descubrimos que es un gran estadista, lleno de intereses y que experimenta placeres mucho más intensos de lo que su vida como bebé podía

ofrecerle; placeres totalmente inconcebibles para su mente infantil y que ningún lenguaje acorde sería capaz de describir en absoluto. Entonces, ¿acaso no puede nuestra vida, dentro de un millón de años en el futuro, guardar la misma relación con nuestra vida actual que la del hombre con la del niño? Y, del mismo modo que uno podría tratar, de forma completamente inútil, de explicarle a este último en términos de cubos y bolos lo que es la «política», tal vez todas esas descripciones del Cielo, con su música, sus banquetes y sus calles pavimentadas de oro, sean únicamente intentos de describir, con nuestras palabras, cosas para las que en realidad no disponemos de palabra alguna. ¿No cree usted que, en su idea de otra vida, está usted de hecho trasladando a ese niño a la vida política, sin darle ocasión de que crezca?

—Creo que te entiendo —repuso el earl—. La música del Cielo puede ser algo que esté más allá del poder de nuestra imaginación. ¡Pero aun así, la música terrenal es hermosa! Muriel, hija mía, ¡cántanos algo antes de que nos vayamos a la cama!

—Adelante —la animó Arthur, mientras se levantaba de su asiento y encendía las velas que había encima del piano vertical que había sido recientemente desterrado del salón para dejar sitio a un piano «de media cola»—. Aquí hay una canción que nunca te he oído cantar:

¡Yo te saludo, espíritu risueño!
¡Pájaro nunca fuiste tú,
que desde el Cielo, o sus inmediaciones,
viertes el corazón entero![*],

leyó de la partitura que había abierto frente a ella.

—¡Y nuestra breve vida aquí —dijo el earl a continuación— es, respecto a esa hora grandiosa, como un día de verano para un niño! El cansancio se va apoderando de uno a medida que la noche avanza —añadió, con un deje de tristeza en su voz— ¡y empieza a desear irse a la cama! Y escuchar esas gratas palabras: «¡Vamos, pequeño, es hora de dormir!».

Capítulo 17

¡Al rescate!

—¡No es hora de *dodmid!* —dijo una vocecilla soñolienta—. Los búhos no se han ido a la cama, ¡y yo tampoco lo haré hasta que me cantes una canción!

—¡Oh, Bruno! —exclamó Silvia—. ¿Es que no sabes que los búhos acaban de despertarse? Pero las ranas se fueron a la cama hace un siglo.



—Pues yo no soy una *daña* —arguyó Bruno.

—¿Qué quieres que cante? —preguntó Silvia, evitando con habilidad la discusión.

—*Pdegúntale al hombd e señod* —respondió Bruno de manera indolente, juntando las manos detrás de su cabeza de pelo rizado, y tumbándose de espaldas sobre su hoja de helecho, hasta que esta estuvo a punto de combarse bajo su peso—. Esta hoja no es cómoda, Silvia. ¡Búscame *otda, pod favod!* —añadió, como una idea de último momento, obedeciendo a un dedo de advertencia levantado por Silvia—. ¡No me gusta *estad* cabeza abajo!

Fue hermoso ver cómo, de forma maternal, la niña-hada cogió en brazos a su hermanito y lo dejó sobre una hoja más robusta, a la que propinó un simple empujoncito para que empezara a mecerse, y la hoja continuó haciéndolo

enérgicamente por sí sola, como si albergase algún mecanismo oculto. Desde luego no era el viento el causante, pues la brisa de la tarde se había detenido otra vez casi por completo, y no había ni una sola hoja agitándose sobre nuestras cabezas.

—¿Por qué se mece así esa hoja y las demás no? —le pregunté a Silvia. Ella se limitó a sonreír con dulzura y menear la cabeza.

—No sé por qué —respondió—. Siempre es así cuando tiene encima un niño-hada. Ha de hacerlo, ¿sabe?

—¿Y puede la gente que no ve al hada ver cómo se balancea la hoja?

—¡Naturalmente! —exclamó Silvia—. Una hoja es una hoja y todo el mundo puede verla, pero Bruno es Bruno, y a él no pueden verlo a menos que estén «inquietos», como usted.

Entonces comprendí cómo uno en ocasiones, al cruzar un bosque una tarde en calma, ve una hoja de helecho que se mece sin parar, totalmente por sí sola. ¿Te ha pasado a ti alguna vez? La próxima, trata de ver al hada que duerme sobre ella, si puedes, pero haz lo que hazas, no cojas la hoja; ¡deja dormir a la criaturita!

Pero a cada segundo que pasaba, Bruno se iba quedando cada vez más dormido.

—¡Canta, canta! —musitó con impaciencia. Silvia me miró solicitando instrucciones.

—¿Qué canción? —preguntó.

—¿Podrías cantarle la canción infantil de la que una vez me hablasteis? —sugerí—. Aquella que fue pasada por el rodillo mental, ya sabes. «El hombrecito que tenía un trabuquito», creo que se llamaba.

—¡Oh, esa es una de las canciones del *pdofesod*! —gritó Bruno—. Me gusta el *hombdecito*, y cómo le hicieron *dad* vueltas... como una pirindola. —Y lanzó una tierna mirada al afable anciano que se hallaba sentado al otro lado de la hoja que le servía de cama, quien de inmediato se puso a cantar, acompañándose con su guitarra exotilandesa, mientras el caracol que le servía de asiento meneaba sus cuernos al compás de la música.

En estatura el hombrecito resultaba achaparrado
—no era ningún gigantón corpulento—;
con desgana miraba los cangrejos preparados
por su mujercita, del té acompañamiento.
«Alcánzame, átomo querido, mi trabuquito,
y tira, para que traiga suerte, la vieja herradura.
¡Deja que me acerque un momento al arroyito
y te cace una palmípeda criatura!».



Ella le alcanza su menudo trabuquito;
y tira, en busca de suerte, la vieja herradura.
«¡Deja que me acerque un momento al arroyito
y te cace una palmípeda criatura!».
Luego se afana en hornear un bollito
para recibirle con su palmípeda criatura.
Él sale escopetado, sin malgastar palabrita,
aunque sus pensamientos no se separen, en su mente,
del lugar donde la hermosa avecit
hace «cua cua» tan suavemente;

donde ronda la langostita, y el cangrejito
arrastra sus patas perezosas;
donde el delfín está en su casa, y el lenguadito
le hace largas visitas ceremoniosas;
donde la ranita busca al bichito;
donde el pato persigue a la rana;
donde el perrito corre en pos del patito:
¡tal es la ventura mundana!

Con balas y pólvora ha cargado su arma;
sus pisadas, leves como el aire, no suenan;



pero se escuchan voces en creciente alarma
que braman, rugen y atruenan.
Se agitan a su espalda y delante,
revolotean sobre él y por el suelo
atropelladas risas en coro chirriante,
¡extraños aullidos de duelo!

Resuenan en su interior y exterior,
y vibran en el vello de sus quijadas;
girando cual perinola a su alrededor,

lanzando burlas nunca antes lanzadas.
«¡Venganza —gritan— sobre nuestro enemiguito!
¡Que el retaco lamente sus desmanes miles!
¡Llenémosle la cabecita (y todo el cuerpecito).
de canciones infantiles!^[*].

»Lo veremos recitar pensativo “¡Menea el cuerpín!”
a lomos de la vaca que la luna saltara;
hablará entusiasmado del gato y el violín,
y del plato que fugose con una cuchara;
también se sentirá un tanto apenado
(cuando la pequeña Muffet su suero bebía)
por la araña que tomó asiento a su lado
¡y le pegó un buen susto a la cría!

»La música de la locura estival
lo aguijoneará repetidamente
hasta que, en un éxtasis de tristeza jovial,
de lúgubre gozo quede gimiente.
Se envolverá, como en la neblina de la mañana,
de tópicos atractivos pero de jugo anodino,
¡tal la caterva que por siempre engalana
la “Canción del langostino”!

»Cuando del ave se decida el destino funesto,
lo enviaremos en un tris con su esposa,
y el banquete, con sencillez dispuesto,
será de arroz y capullos de rosa.
En un despliegue de pragmática invención
lidiará con el Hado, y saldrá triunfante,
pero carece de amigos dignos de mención,
¡así que a por él, adelante!».

¡Abatió al animal el delicado personaje!
Y las voces han cesado de regañar:
ni un susurro de mofa, amenaza o ultraje
mientras lo lleva de vuelta a su hogar.
Entonces, masticando alegremente el bollito
que su esposa horneó con esmero,
se apresura en regresar al arroyito
¡para traerle de la pata al compañero!

—Se ha quedado roque —dijo Silvia en tanto remetía cuidadosamente los bordes

de una hoja de violeta con la que había tapado a su hermano, a modo de manta—. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —dije yo a mi vez.

—¡Ya puede usted dar las buenas noches! —rio *lady* Muriel, levantándose y cerrando la tapa del piano mientras hablaba—. ¡Cuando no ha parado de cabecear todo el tiempo que he estado cantando para usted! A ver, ¿de qué trataba la canción? —demandó imperiosamente.

—¿Algo sobre un pato? —aventuré—. Bueno, ¿sobre un pájaro de algún tipo? —rectifiqué al percatarme en el acto de que al menos esa respuesta había sido incorrecta.

—¡Algo sobre un pájaro de algún tipo! —repitió *lady* Muriel, con un desdén tan fulminante como su dulce rostro fue capaz de transmitir—. Así es como se refiere a la alondra de Shelley, ¿no? En concreto, cuando el poeta dice: «¡Yo te saludo, espíritu risueño! ¡Pájaro nunca fuiste tú...!».

Lady Muriel abrió la marcha hasta el salón de fumar, donde, ignorando todas las costumbres de la sociedad e instintos caballerosos, los tres Señores de la Creación nos acomodamos en unas mecedoras bajas y dejamos que la única dama presente se moviera grácilmente entre nosotros para satisfacer nuestras necesidades en forma de refrescos, cigarrillos y lumbre. No es cierto: fue uno de los tres, únicamente, el que tuvo la caballerosidad de ir más allá del habitual «gracias» y de citar la exquisita descripción del poeta de cómo Geraint se sintió conmovido, al ser servido por Enid^[*]:

Inclinarse a besar el delicado pulgar
que cogía la bandeja al dejarla en la mesa,

y acompañar la palabra con la acción: una audaz libertad por la cual, me siento obligado a informar, no fue debidamente reprendido.

Dado que a ninguno de nosotros parecía ocurrírsele ningún tema de conversación, y gozábamos, los cuatro, de esa maravillosa relación mutua (la única, en mi opinión, sobre la que cualquier amistad, que merezca el calificativo de «íntima», puede mantenerse) que supone la ausencia total de necesidad de hablar por hablar, nos mantuvimos en silencio en nuestros asientos durante unos minutos. Finalmente, yo rompí el silencio al preguntar:

—¿Ha llegado alguna noticia de la ensenada respecto a la fiebre?

—Ninguna desde esta mañana —dijo el earl con gesto muy serio—. Pero eso ya resultó suficientemente alarmante. La fiebre se está extendiendo deprisa: el médico de Londres ha abandonado el lugar por miedo y ahora el único disponible es cualquier cosa menos un médico normal; es farmacéutico, médico, dentista y no sé cuántos otros oficios, todo en uno. Las perspectivas son malas para esos desdichados pescadores... y peores para todas las mujeres y los niños.



—¿Cuántos afectados hay en total? —preguntó Arthur.

—Había casi cien, la semana pasada —señaló el earl—, pero desde entonces ha habido veinte o treinta muertos.

—¿Y qué asistencia religiosa se les va a procurar?

—Hay tres valientes en el pueblo —contestó el earl, con voz trémula por la emoción—, ¡héroes gallardos como jamás ganaron la Cruz Victoria^[*]! Estoy seguro de que ninguno de los tres llegará a marcharse sólo por salvar su propia vida. Está el párroco, junto con su mujer; no tienen hijos. Luego está el cura católico. Y también el pastor wesleyano^[*]. Cada uno cuida de su propio rebaño, principalmente; pero según he oído, a los moribundos les es indiferente cuál de los tres está con ellos. ¡Qué delgadas parecen ser las barreras que separan a un cristiano de otro cuando uno ha de enfrentarse con los grandes acontecimientos de la vida y la realidad de la muerte!

—Y así debe ser... —Arthur se disponía a decir algo más cuando sonó la campanilla de la puerta principal, de manera repentina y violenta.

Oímos cómo fueron corriendo a abrirla, y unas voces fuera; después unos golpecitos en la puerta del salón de fumar, tras los cuales apareció la vieja ama de

llaves, con expresión ligeramente asustada.

—Dos personas, milord, que desean hablar con el Dr. Forester.

Arthur salió de inmediato y le escuchamos decir en tono alegre: «¿Y bien, señores míos?», pero la respuesta fue menos audible, siendo las únicas palabras que pude distinguir con claridad: «diez desde esta mañana, y dos más justo...».

«¿Pero hay un médico allí?», escuchamos decir a Arthur, y una voz profunda, que no habíamos oído hasta entonces, contestó: «Muerto, señor. Falleció hace tres horas».

Lady Muriel se estremeció y ocultó el rostro entre las manos, pero en ese momento cerraron con cuidado la puerta principal, y no oímos nada más.

Permanecemos en completo silencio durante unos minutos; después el earl salió de la habitación, y regresó al poco para decirnos que Arthur se había marchado con los dos pescadores, dejando aviso de que volvería más o menos en una hora. Y, ciertamente, transcurrido ese tiempo —durante el cual apenas se habló, pues ninguno de nosotros parecía estar de ánimo para ello—, la puerta principal chirrió nuevamente sobre sus herrumbrosas bisagras, y se oyeron unos pasos en el pasillo, difícilmente reconocibles como pertenecientes a Arthur, de lo lentos e inseguros que eran, como los de un ciego que caminase a tientas.

Entró en el salón y se detuvo frente a *lady* Muriel, apoyando una mano pesadamente sobre la mesa, y con una extraña expresión en sus ojos, como si estuviera sonámbulo.

—Muriel... amor mío... —Dejó de hablar y los labios le temblaron, pero enseguida continuó con más seguridad.

»Muriel... cariño... me... requieren... en la ensenada.

—¿Es imprescindible que vayas? —suplicó ella; acto seguido se levantó de su asiento y apoyó las manos en los hombros de su prometido, con sus grandes ojos cuajados de lágrimas fijos en el rostro de él—. ¿Es imprescindible, Arthur? Quizá suponga... ¡la muerte!

Él la miró a los ojos sin acobardarse.

—Supone la muerte —dijo, en un ronco susurro—, pero... cariño... me llaman. Y ni siquiera mi vida misma... —Le falló la voz, y no añadió más.

Durante un instante ella permaneció totalmente en silencio, con los ojos alzados en una mirada de impotencia, como si incluso las oraciones fueran ahora inútiles, al tiempo que sus facciones se agitaban y estremecían con la gran agonía que estaba soportando. Entonces pareció llegarle una súbita inspiración que iluminó su semblante con una dulce y extraña sonrisa.

—¿Tu vida? —repitió ella—. ¡No puedes darla, pues no te pertenece!

Arthur se había recuperado para entonces, y pudo responder con absoluta firmeza:

—Eso es cierto —dijo—. Ya no me pertenece a mí, sino a ti, mi... ¡futura esposa! Y tú me... ¿me prohíbes que vaya? ¿No me dejarás marchar, querida mía?

Sin soltar las manos, *lady* Muriel apoyó suavemente su cabeza sobre el pecho de él. Nunca antes había hecho tal cosa en mi presencia, por lo que me di cuenta

entonces de lo profundamente emocionada que debía de estar.

—Sí te dejaré —afirmó, en voz baja y tranquila—, con Dios.

—Y con los pobres de Dios —susurró él.

—Y con los pobres de Dios —agregó ella—. ¿Cuándo ha de ser, amor mío?

—Mañana por la mañana —respondió él—. Y tengo mucho que hacer hasta entonces.

Luego nos contó cómo había pasado su hora de ausencia. Había estado en casa del párroco, y acordado que la boda se celebrara a las ocho de la mañana siguiente (no existía ningún obstáculo legal, pues había obtenido, con cierta antelación, una licencia especial) en la pequeña iglesia que tan bien conocíamos.

—Mi viejo amigo aquí presente —dijo, señalándome— ejercerá de «padrino», estoy convencido; tu padre estará para darme tu mano, y... y... ¿podrás pasar sin damas de honor, querida?

Ella asintió con la cabeza; no pronunció palabra.

—Entonces podré irme con el corazón dispuesto... a hacer la obra de Dios... sabiendo que somos uno solo... y que estamos juntos en espíritu, pese a no estarlo de cuerpo presente... ¡y juntos sobre todo cuando recemos! Así se elevarán nuestras oraciones...

—¡Sí, sí! —sollozó *lady* Muriel—. ¡Pero no pierdas más tiempo aquí, cariño! Ye a casa y descansa un poco. Mañana necesitarás todas tus fuerzas...

—Bien, me marcho —dijo Arthur—. Vendremos mañana con tiempo de sobra. ¡Buenas noches, mi querido tesoro!

Yo seguí su ejemplo, y los dos nos fuimos de la casa juntos. Durante el retorno a nuestro alojamiento, Arthur dejó escapar uno o dos profundos suspiros, y dio la impresión de estar a punto de hablar... pero no lo hizo, hasta que hubimos entrado en la casa y encendido nuestras velas, y estuvimos en las puertas de nuestros respectivos dormitorios. Entonces Arthur dijo:

—¡Buenas noches, viejo amigo! ¡Que Dios te bendiga!

—¡Que Dios te bendiga! —le correspondí yo con el mismo deseo, desde lo más hondo de mi corazón.

A las ocho de la mañana estábamos de vuelta en el Hall, y encontramos a *lady* Muriel, al earl y al viejo párroco esperándonos. Fue una procesión extrañamente triste y silenciosa la que llegó hasta la pequeña iglesia, y regresó de allí; y no pude evitar sentir que aquello se parecía mucho más a un funeral que a una boda; y eso era, de hecho, para *lady* Muriel: un funeral en vez de una boda; tal era el peso del presentimiento (como más tarde nos dijo) que albergaba de que su flamante marido se dirigía a su muerte.

A continuación desayunamos y, con demasiada prontitud, llegó el coche que debía trasladar a Arthur, primero a donde se hospedaba, para recoger las cosas que iba a llevar consigo, y luego lo más lejos posible en dirección a la aldea azotada por la muerte como se considerase seguro. Unos pocos pescadores debían ir a recibirlo allí,

para cargar con sus cosas el resto del camino.

—¿Y estás totalmente seguro de que no olvidas nada que vayas a necesitar? —inquirió *lady* Muriel.

—Llevo todo lo que voy a necesitar como médico, ciertamente. Y mis propias necesidades personales son pocas: ni siquiera llevaré nada de mi guardarropa; hay un traje de pescador, de confección, esperándome en mi alojamiento. Iré únicamente con mi reloj, unos cuantos libros y... espera: hay un libro que me gustaría incluir, un Nuevo Testamento de bolsillo, para usarlo junto a los lechos de los enfermos y los moribundos...

—¡Llévate el mío! —pidió *lady* Muriel, que salió corriendo escaleras arriba para cogerlo—. No tiene nada escrito salvo «Muriel» —dijo al regresar con él—. ¿Quieres que ponga...?

—No, querida mía —contestó Arthur, tomándolo de entre sus manos—. ¿Qué podrías poner mejor que eso? ¿Podría algún nombre humano marcarlo de manera más clara como de mi propiedad?



¿Acaso no eres tú mía? ¿Acaso —dijo recuperando su característica actitud picara—, como diría Bruno, no me «pedteneces»?

Arthur nos brindó una larga y afectuosa despedida al earl y a mí y salió de la habitación, acompañado tan sólo por su esposa, quien estaba sobrellevando con valentía la situación, y se encontraba —exteriormente, al menos— menos embargada por la emoción que su anciano padre. Esperamos en la habitación unos minutos, hasta que el sonido de las ruedas nos indicó que Arthur había partido, e incluso entonces esperamos un poco más a que los pasos de *lady* Muriel, que subían las escaleras hasta su cuarto, se perdieran en la distancia. Sus pisadas, habitualmente tan ligeras y animadas, sonaban ahora lentas y fatigadas, como las de alguien que arrastrara una carga de irremediable tristeza, y yo me sentí casi tan abatido y desdichado como ella. «¿Estamos destinados, nosotros cuatro, a volver a encontrarnos alguna vez a este lado

de la tumba?», me pregunté, mientras regresaba a casa. Y el repicar de una campana distante pareció responderme: «¡No! ¡No! ¡No!».

Capítulo 18

Un recorte de periódico

Extracto del Fayfield Chronicle:

Nuestros lectores habrán seguido con doloroso interés las crónicas que hemos venido publicando cada cierto tiempo sobre la terrible epidemia que, en los últimos dos meses, se ha llevado a la mayoría de los habitantes de la aldea de pescadores colindante con el pueblo de Elveston. Los últimos supervivientes, que ascienden únicamente a veintitrés personas, de una población que, hace apenas tres meses, superaba las ciento veinte, fueron desalojados el pasado miércoles, bajo la autoridad de la Junta Local, e instalados de manera segura en el Hospital del Condado: de modo que el lugar es ahora una auténtica «ciudad de los muertos», sin una sola voz humana que rompa su silencio.

El grupo de rescate consistió en seis recios hombres, pescadores de los contornos, dirigidos por el médico residente del hospital, el cual acudió con dicho propósito, encabezando un convoy de ambulancias. Los seis hombres habían sido seleccionados —de entre un número mucho mayor que se había ofrecido para esta «misión desesperada»— por su fuerza y robusta salud, pues la expedición se consideraba, incluso ahora, cuando la enfermedad ha pasado su pico de virulencia, no desprovista de peligro.

Se adoptaron todas las precauciones que la ciencia pudo sugerir contra el riesgo de infección, y se procedió al cuidadoso traslado en camilla de los enfermos, individualmente, hasta lo alto de la empinada colina, y a su acomodo en las ambulancias, dotadas con una enfermera cada una, que aguardaban en el camino a nivel. Las quince millas, hasta el hospital, se recorrieron a paso de peatón, pues algunos de los pacientes se encontraban en un estado de postración tal que no habrían soportado el traqueteo de los coches, y el viaje consumió la tarde entera.

Nueve hombres, seis mujeres y ocho niños componían los veintitrés pacientes. No ha sido posible identificarlos a todos, ya que algunos de los niños —sin familiares supervivientes— son bebés, y dos hombres y una mujer no han sido capaces hasta el momento de ofrecer contestaciones racionales, al estar sus capacidades cerebrales completamente en suspenso. En personas de clase más pudiente, habría habido nombres bordados en sus ropas, pero en este caso no se dispuso de tales indicios.

Aparte de los pobres pescadores y sus familias, había sólo cinco personas a tener en cuenta, y se determinó, más allá de cualquier duda, que todas ellas figuraban entre los fallecidos. Es un triste placer hacer constar aquí los nombres de estos auténticos

mártires que, sin duda, ¡merecen como el que más figurar en la gloriosa lista de los héroes de Inglaterra! Son los siguientes:

El Rvdo. James Burgess, magíster en Humanidades, y su mujer Emma. Era el párroco de la ensenada, cuya edad no alcanzaba los treinta años, y con únicamente dos de matrimonio. En su casa se encontró un documento en el que constaban las fechas de sus muertes.

Junto a los suyos situaremos el honorable nombre del Dr. Arthur Forester, el cual, a la muerte del médico local, afrontó noblemente el inminente peligro de muerte, en vez de dejar a esa pobre gente abandonada en su hora de máxima necesidad. No se halló ningún registro de su nombre, ni de la fecha de su defunción, pero el cadáver fue fácilmente identificado, pese a ir vestido con un traje corriente de pescador (el cual se había procurado a su llegada a la aldea, según se sabe), por una copia del Nuevo Testamento, regalo de su esposa, que fue hallada sobre su pecho, cerca del corazón, y bajo sus manos cruzadas. No se consideró prudente retirar el cuerpo para su traslado a otro lugar de entierro, y, de acuerdo a ello, fue inhumado sin demora *in situ*, junto con otros cuatro encontrados en distintas casas, con toda la debida reverencia. Su esposa, cuyo nombre de soltera era *lady* Muriel Orme, contrajo matrimonio con él la misma mañana en la que emprendió su misión de sacrificio.

Nuestra siguiente mención es para el Rvdo. Walter Saunders, pastor wesleyano. Se cree que su fallecimiento tuvo lugar hace dos o tres semanas, dado que en la pared de la habitación que se sabe ocupaba se hallaron escritas las palabras: «Muerto el 5 de octubre»; la casa se encontraba cerrada y, aparentemente, nadie había entrado en ella durante algún tiempo.

Por último —aunque ni un ápice por detrás de los otros cuatro en gloriosa abnegación y entrega al deber—, permítannos dejar constancia del nombre del padre Francis, un joven sacerdote jesuita que llevaba solamente unos cuantos meses en el lugar. Murió apenas unas horas antes de que el grupo de reconocimiento tropezara con el cuerpo, que fue identificado, sin posibilidad alguna de duda, por su atuendo, y el crucifijo que, como ocurría con el Nuevo Testamento del joven doctor, tenía aferrado contra el pecho.

Desde su ingreso en el hospital, dos de los hombres y uno de los niños han muerto. Se albergan esperanzas para todos los demás, aunque hay dos o tres casos en que las fuerzas vitales parecen encontrarse tan completamente agotadas que una recuperación final está en contra de todo pronóstico.

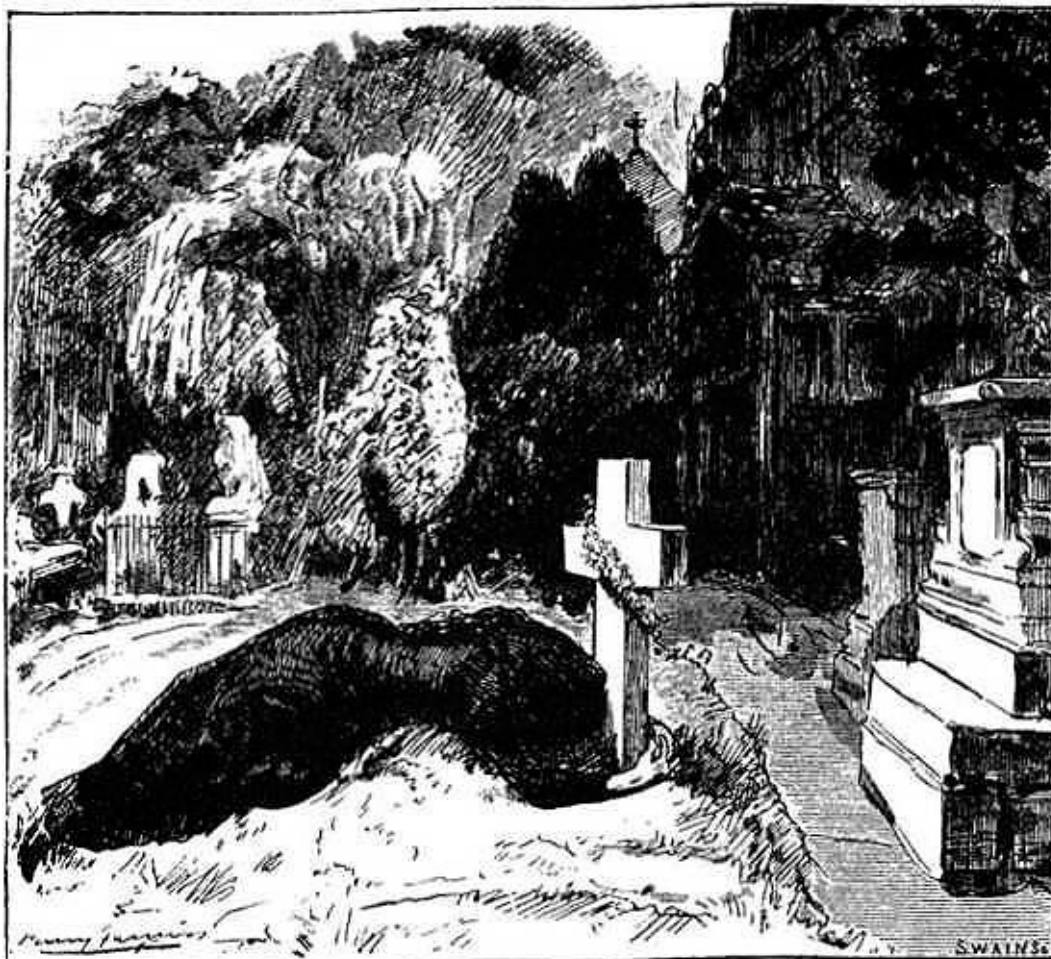
Capítulo 19

Un dueto de hadas

El año —¡qué año lleno de acontecimientos había sido para mí!— estaba llegando a su fin, y el breve día invernal apenas ofrecía luz suficiente para reconocer los viejos objetos familiares, estrechamente ligados a tantos recuerdos felices, cuando el tren describió suavemente la última curva antes de entrar en la estación, y el ronco grito de «¡Elveston! ¡Elveston!» resonó a lo largo del andén.

Me entristecía regresar al lugar y sentir que nunca jamás volvería a ver la jovial sonrisa de bienvenida que había aguardado mi llegada hacía tan pocos meses. «Y, con todo, si lo encontrase aquí —susurré, mientras seguía con ensimismamiento al mozo que llevaba mi equipaje en una carretilla—, y si “de pronto estrechara mi mano y preguntase mil cosas sobre mi hogar”, ello no... “ello no me resultaría extraño”^[*]».

Tras haber dado instrucciones de que transportaran mi equipaje a mi antiguo alojamiento, abandoné la estación solo y a paso tranquilo, para hacer una visita, antes de instalarme en mi propia casa, a mis viejos y queridos amigos —pues así los consideraba, realmente, aunque casi no hacía ni medio año desde que los había conocido—: el earl y su hija enviudada.



El camino más corto, como recordaba a la perfección, era pasar a través del cementerio. Empujé el pequeño portillo y eché a andar lentamente por entre las solemnes estelas de los silenciosos difuntos, pensando en los muchos que, durante el pasado año, habían dejado el lugar, para «unirse a la mayoría». Apenas unos pocos pasos me condujeron ante el objeto de mi búsqueda. *Lady Muriel*, vestida de luto riguroso, el rostro oculto por un largo velo de crepé, se encontraba arrodillada frente a una pequeña cruz de mármol, en torno a la cual estaba sujetando una corona de flores.

La cruz se levantaba sobre una parcela llana de hierba, no perturbada por ninguna elevación del terreno, por lo que supe que se trataba simplemente de una cruz conmemorativa, para alguien cuyas cenizas reposan en otro sitio, antes incluso de leer la sencilla inscripción:

En memoria de
ARTHUR FORESTER, doctor en Medicina,
cuyos restos mortales yacen enterrados junto al mar;
cuyo espíritu ha regresado con Dios, quien le dotó de él.
No hay amor más grande que el del hombre
que da la vida por sus amigos.

Ella se retiró el velo de la cara al ver que me aproximaba y avanzó a mi encuentro con una sonrisa tranquila y una serenidad mucho mayor de la que habría podido esperar.

—¡Verle por aquí otra vez es casi como volver a los viejos tiempos! —dijo, en tono de verdadero agrado—. ¿Se ha pasado ya a ver a mi padre?

—No —respondí—. Me dirigía hacia allí, y vine por aquí por ser el camino más corto. Espero que se encuentre bien, y usted también.

—Gracias, los dos estamos perfectamente. ¿Y usted? ¿Está usted ya algo mejor?

—No mucho, me temo, pero tampoco peor, doy gracias.

—Sentémonos un rato y charlemos tranquilamente —sugirió ella. La calma, rayante en la indiferencia, con que se comportaba me sorprendió un poco. Apenas podía sospechar yo la férrea contención que se estaba imponiendo a sí misma.

»Uno puede hallar aquí tanto silencio —dijo a continuación—. Vengo todos, todos los días.

—Es un lugar muy tranquilo —asentí.

—¿Recibió mi carta?

—Sí, pero fui posponiendo mi respuesta. Resulta tan difícil decir... por carta...

—Lo sé. Fue amable por su parte. Usted estaba con nosotros la última vez que vimos a... —Calló un instante, y prosiguió de forma más viva—: Bajé a la ensenada varias veces, pero nadie sabe en cuál de esas grandes tumbas está. No obstante, me enseñaron la casa en la que murió; lo cual supuso cierto consuelo. Estuve en la misma habitación en la que... en la que... —Trató denodadamente de continuar, sin lograrlo. Las compuertas habían cedido finalmente, y la ola de dolor fue la más terrible que jamás hube presenciado hasta el momento. Haciendo caso totalmente omiso de mi presencia, se arrojó sobre la hierba, enterrando el rostro en ella, y aferrándose con las manos a la pequeña cruz de mármol—. ¡Oh, precioso, precioso mío! —sollozó—. ¡Dios te tenía reservada una vida tan hermosa!

Me sobresaltó oír, de tal forma repetidas por *lady* Muriel, las mismas palabras de la adorable niña a la que había visto lamentarse con tanta amargura por la liebre muerta. ¿Se había transferido algún misterioso influjo del espíritu de aquella dulce hada, antes de su regreso a Hadalandia, al espíritu de la mujer que tanto cariño le tenía? La idea parecía demasiado descabellada para creerla. Y, aun así, ¿acaso no hay «más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía»?

—Le tenía reservada una vida hermosa —susurré—, y no hay duda de que se la concedió. ¡Dios es siempre infalible! —No me atreví a decir más y, en vez de ello, me levanté y la dejé sola. Esperé a la entrada de la casa del earl, apoyado en la cancela mientras observaba la puesta de sol, repasando muchos recuerdos (algunos felices, otros dolorosos), hasta que *lady* Muriel se reunió conmigo.

Ya se había tranquilizado otra vez del todo.

—Pase —me invitó—. ¡Mi padre estará encantado de verlo!

El anciano se levantó de la silla, con una sonrisa, para darme la bienvenida, pero

su autodominio era muy inferior al de su hija, y las lágrimas le surcaron el rostro cuando cogió mis manos entre las suyas, y las estrechó cálidamente.

Me sentía demasiado embargado por la emoción para hablar, y todos nos sentamos en silencio durante unos momentos. Entonces *lady* Muriel hizo sonar la campanilla del té.

—¡Sé que usted toma el té de las cinco —me dijo, con la encantadora actitud vivaracha que tan bien recordaba—, incluso aunque le sea imposible imponer su traviesa voluntad a la ley de la gravedad, y hacer que las tazas desciendan por el espacio infinito un poco más rápido que el té!

Este comentario marcó el tono de nuestra conversación. Por tácito consenso, evitamos, durante aquel primer encuentro de los dos tras su inmensa desgracia, los dolorosos temas que llenaban nuestros pensamientos, y charlamos como niños alegres que jamás hubieran conocido preocupaciones.

—¿Se ha preguntado en alguna ocasión —empezó a decir *lady* Muriel, sin relación con nada— cuál es la principal ventaja de ser un hombre en vez de un perro?

—De hecho, no —respondí—, pero creo que el perro, por su parte, también cuenta con ventajas.

—Eso es indudable —contestó ella, con esa fingida seriedad que tanto le favorecía—, pero por parte del hombre, la principal ventaja a mi modo de ver consiste en ¡tener bolsillos! Fue algo de lo que me percaté... nos percatamos, más bien, pues sucedió cuando mi padre y yo regresábamos de un paseo... ayer mismo. Nos tropezamos con un perro que llevaba un hueso a su hogar. Para qué lo quería, no tengo ni idea; ciertamente, no conservaba carne ninguna...

Me asaltó la rara sensación de que ya había escuchado todo aquello, o algo exactamente igual, con anterioridad, y casi esperé que sus siguientes palabras fuesen: «¿Pensaría hacerse una capa para el invierno?». Sin embargo, lo que dijo en realidad fue:

—... y mi padre intentó darle explicación por medio de un chiste espantoso relacionado con la expresión *ad* «*naóseam*». Pues bien, el perro soltó la pieza ósea, no porque le hubiera disgustado el juego de palabras, lo cual habría probado que era un perro con gusto, sino simplemente para descansar las mandíbulas, ¡pobrecillo! ¡Me dio tanta pena! ¿No quiere unirse a mi asociación benéfica para la dotación de bolsillos a los perros? ¿Qué le parecería a usted tener que llevar su bastón en la boca?

Ignorando la difícil pregunta sobre la razón de ser de un bastón en el supuesto de que uno no tuviera manos, mencioné un curioso caso, del que una vez había sido testigo, de razonamiento por parte de un perro. Un caballero, acompañado de una dama, un niño y un perro, se encontraba al final de un muelle por el que yo estaba caminando. Para divertir a su hijo, me figuro, el caballero dejó en el suelo su paraguas y la sombrilla de la dama, y después llevó a su familia hasta el otro extremo del muelle, desde donde mandó de vuelta al perro en busca de los objetos abandonados. Yo observaba la escena con cierta curiosidad. El perro vino corriendo

hasta donde me hallaba, pero encontró inesperados problemas para recoger las cosas a por las que había ido. Con el paraguas en la boca, tenía las fauces tan separadas que no podía agarrar de manera firme la sombrilla. Tras dos o tres intentos fallidos, hizo una pausa y meditó la cuestión.

Entonces soltó el paraguas y cogió primero la sombrilla. Esta, naturalmente, no abría tanto sus mandíbulas, por lo que fue capaz de coger bien el paraguas; luego regresó triunfante a la carrera. Uno no podía dudar de que había llevado a cabo un auténtico proceso de razonamiento lógico.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo *lady* Muriel—, pero ¿no condenan los autores ortodoxos esa opinión, porque sitúa al hombre al mismo nivel de los animales inferiores? ¿No marcan ellos una clara frontera entre la razón y el instinto?

—Esa era, ciertamente, la visión ortodoxa, hace una generación —explicó el earl—. La veracidad de la religión parecía sustentarse por completo en la afirmación de que el hombre era el único animal racional. Pero ya no es así. El hombre aún puede afirmar su derecho a ciertos monopolios, tales, por ejemplo, como el uso de un lenguaje que nos permite aprovechar el trabajo de muchos mediante la «división del trabajo». Pero la creencia de que disponemos del monopolio de la razón hace tiempo que fue desterrada. Y ello no se vio seguido, aun así, de ninguna catástrofe. Como dice un viejo poeta: «Dios sigue en su sitio».

—La mayoría de los creyentes estaría ahora de acuerdo con el obispo Butler^[*] —señalé— y no rechazaría ni una Enea de razonamiento, incluso en el caso de que ello condujese directamente a la conclusión de que los animales poseen alguna clase de alma que sobrevive a su muerte corporal.

—¡Ojalá fuese cierto! —exclamó *lady* Muriel—, por el bien de los pobres caballos, al menos. A veces he pensado que lo único que podría llegar alguna vez a hacer que dejara de creer en un Dios perfectamente justo es el sufrimiento de los caballos... ¡libres de toda culpa que los haga merecedores de él, y desprovistos de compensación alguna!

—Es sólo parte del gran enigma —terció el earl— de cómo es posible que los inocentes sufran. Supone un gran esfuerzo para la fe... pero no hasta el punto de quebrarla, en mi opinión.

—Los sufrimientos de los caballos —planteé— están causados principalmente por la crueldad del hombre. De modo que es tan sólo uno de los muchos casos en los que el pecado hace sufrir a otros que no son el propio pecador. ¿Pero no encuentra mayores dificultades cuando el sufrimiento lo inflige un animal sobre otro? Pongamos, el de un gato que juega con un ratón. Suponiendo que no tuviese responsabilidad moral, ¿no es un misterio más oscuro que el de un hombre que fuerza a un caballo más allá del límite?

—A mí me lo parece —repuso *lady* Muriel, que luego apeló a su padre con una mirada.

—¿Qué derecho tenemos a hacer esa suposición? —objetó el earl—. Muchas de

nuestras dificultades religiosas no son más que inferencias a partir de supuestos injustificados. La respuesta más sabia a la mayoría de ellas es, creo yo: «He aquí que nada sabemos».

—Mencionó usted la «división del trabajo», hace un momento —dije—. Sin duda, es algo que alcanza una maravillosa perfección en una colmena de abejas, ¿no cree?

—Tan maravillosa, tan completamente sobrehumana —contestó el *early* tan enteramente inconsistente con la inteligencia que muestran en otras cuestiones, que no me cabe ninguna duda de que es puro instinto, y no, como algunos sostienen, una razón de un nivel muy elevado. ¡Fíjese en la absoluta estupidez de una abeja cuando trata de pasar por una ventana abierta! No «intenta» pasar, en ningún sentido razonable de la palabra: ¡simplemente se va chocando aquí y allá hasta dar con la salida! De un cachorrito que se comportase así, diríamos que es imbécil. Y, sin embargo, ¡se nos pide que creamos que su nivel intelectual excede el de *sir* Isaac Newton!

—Entonces, ¿usted sostiene que el instinto puro no incluye ningún tipo de razón?

—Al contrario —negó el *earl*—: sostengo que en el trabajo de una abeja participa una razón del máximo nivel. Pero no es la abeja la que la aporta. Es Dios quien ha llevado a cabo todo el razonamiento y ha introducido en la mente de la abeja las conclusiones, únicamente, de dicho proceso.

—¿Pero cómo llegan sus mentes a trabajar conjuntamente? —inquirí.

—¿Qué derecho tenemos a suponer que poseen mentes?

—¡Trampa, trampa! —prorrumpió *lady* Muriel, en un tono triunfante de lo menos filial—. ¡Pero si tú mismo acabas de decir: «la mente de la abeja»!

—Pero no he dicho «mentes», hija mía —repuso el *earl* con suavidad—. Se me ha ocurrido, como solución más probable al «misterio de la abeja», que un enjambre posee una sola mente común. Estamos acostumbrados a ver una sola mente que anima un conjunto sumamente complejo de miembros y órganos, cuando estos se hallan unidos. ¿Cómo sabemos que es imprescindible una conexión material? ¿No podría bastar la mera proximidad? De ser así, ¡un enjambre de abejas no es más que un único animal cuyos muchos miembros no están ligados!

—Es una idea sorprendente —admití— que requiere una noche de descanso para su correcto entendimiento. Tanto la razón como el instinto me dicen que debería marcharme a casa. ¡Buenas noches, pues!

—Le «guiaré» durante parte del camino —se ofreció *lady* Muriel—. Hoy no he salido a pasear. Me sentará bien, y tengo más cosas de las que hablar con usted. ¿Quiere que vayamos por el bosque? Será más agradable que por el ejido, aunque esté oscureciendo ya.

Abandonamos el camino para internarnos bajo el sombrío dosel de la enramada, la cual formaba una estructura de una simetría casi perfecta, agrupada en encantadoras bóvedas de arista, o que se prolongaba, hasta donde alcanzaba la visión,

en interminables naves centrales y laterales, coros y presbiterios, como si se tratara de una catedral fantasmal, erigida en sueños por un poeta trastornado.

—Siempre, en este bosque —comenzó a decir *lady* Muriel tras un breve silencio (silencio que resultaba natural en aquella solitaria penumbra)—, ¿me da por pensar en las hadas! ¿Puedo hacerle una pregunta? —agregó de manera titubeante—. ¿Cree usted en las hadas?

El momentáneo impulso que sentí de hablarle de mis experiencias en aquel mismo bosque fue tan fuerte que tuve que hacer un verdadero esfuerzo por contener las palabras que acudían en tropel a mis labios.

—Si por «creer» se está refiriendo a «creer en su posible existencia», le digo que sí. Ya que en lo que respecta a su existencia real, naturalmente, se necesitarían pruebas.

—Decía usted, el otro día —continuó ella—, que aceptaría cualquier cosa, para la que hubiera indicios suficientes, que no fuese *a priori* imposible. Y me parece que mencionó los fantasmas como ejemplo de un fenómeno probable. ¿Serían las hadas otro caso?

—Así lo creo. —Me costó reprimir nuevamente el deseo de añadir más, pero aún no estaba seguro de que mi interlocutora fuese a aceptar mi confesión.

—¿Y tiene usted alguna teoría sobre qué tipo de lugar ocuparían en la Creación? ¿Dígame qué piensa acerca de ellas! ¿Tendrían, por ejemplo, suponiendo que tales seres existieran, responsabilidad moral de alguna clase? Quiero decir —su tono jocoso y despreocupado cambió de súbito a uno profundamente serio—, ¿serían capaces de pecar?

—Pueden razonar, quizás a un nivel inferior al de los hombres y las mujeres; nunca por encima, pienso yo, de las facultades de un niño; y, con absoluta seguridad, poseen sentido de la moral. Sería absurdo que existiera un ser así sin libre albedrío. De manera que ello me induce a concluir que tienen la capacidad de pecar.

—¿Cree, pues, en las hadas? —exclamó encantada, haciendo un repentino ademán, como si fuese a batir palmas—. Entonces, dígame, ¿qué razones tiene para ello?

Yo me resistía todavía a llevar a cabo la revelación que, estaba convencido, se acercaba.

—Creo que hay vida en todas partes, no únicamente material, no sólo aquella palpable a nuestros sentidos, sino también inmaterial e invisible. Creemos en nuestra propia esencia inmaterial, llámela «alma», o «espíritu», o como prefiera. ¿Por qué no iban a existir otras esencias similares a nuestro alrededor, no ligadas a un cuerpo visible y material? ¿No creó Dios este enjambre de alegres abejas para que danzaran bajo este sol durante una hora de gozo, sin otro objeto, que podamos concebir, que el de aumentar la felicidad general que sentimos? ¿Y dónde osaremos fijar el límite, y decir: «Esta es toda su obra, no hay nada más»?

—¡Sí, sí! —asintió ella, mirándome con ojos resplandecientes—. Pero esas son

razones tan sólo para no negarlo. Usted tiene más razones, ¿verdad?

—Bueno, sí —admití, con la sensación de que ya podía contar todo sin peligro—. Y no podría hallar momento o lugar más adecuado para confesarlo. Las he visto... ¡y en este mismo bosque!

Lady Muriel no hizo más preguntas. Continuó andando en silencio a mi lado, con la cabeza baja y las manos fuertemente entrelazadas. Se limitó, en tanto progresaba mi relato, a realizar alguna que otra inspiración brusca y superficial, como una niña que jadeara de gozo. Y le dije que nunca antes le había revelado a nadie ni en susurros mi doble vida, y mucho menos (pues la mía podría haber pasado por una ensoñación diurna) la doble vida de esos dos adorables niños.

Y cuando le hablé de las locas travesuras de Bruno, se echó a reír de manera alegre; y cuando le hablé de la dulzura de Silvia, de su generosidad absoluta y su amor sin reservas, inspiró hondo, como alguien que recibe al fin unas preciosas noticias por las que el corazón ha suspirado largo tiempo; y por sus mejillas resbalaron lágrimas de felicidad, que se perseguían unas a otras.

—He sentido muchas veces el intenso deseo de encontrarme con un ángel —susurró, en voz tan baja que apenas alcanzaba a oírla—. ¡Me alegro tanto de haber conocido a Silvia! Quedé prendada de esa niña desde el primer momento en que la vi... ¡Escuche! —se interrumpió bruscamente—. ¡Es Silvia cantando! ¡Estoy segura! ¿No reconoce su voz?

—He oído cantar a Bruno, más de una vez —dije—, pero nunca a Silvia.

—Yo sólo la he oído en una ocasión —repuso *lady Muriel*—. Fue el día que usted nos trajo aquellas misteriosas flores. Los niños habían salido corriendo al jardín, y yo vi a Eric venir en esa dirección, y me acerqué a la ventana para saludarlo; Silvia estaba cantando, bajo los árboles, una canción que jamás había oído. La letra era algo así: «Creo que es amor, siento que es amor». Su voz sonaba muy lejana, como en un sueño, pero era tan hermosa que no podía expresarse con palabras... tan dulce como la primera sonrisa de un bebé, o el primer destello de los blancos acantilados de Dover cuando uno regresa al hogar tras años llenos de tedio... una voz que parecía inundarlo a uno de paz y pensamientos divinos... ¡Escuche! —exclamó, interrumpiéndose otra vez por la emoción—. ¡Esa es su voz, y se trata de la misma canción!

Yo era incapaz de distinguir palabra alguna, pero podía percibirse en el aire una vaga melodía que parecía crecer en intensidad, como si estuviera aproximándose a nosotros. Nos quedamos totalmente callados, y un instante después los dos niños aparecieron, dirigiéndose directamente hacia nosotros a través de un paso con forma de arco entre los árboles. Cada uno rodeaba al otro con un brazo, y el sol poniente dibujaba un halo dorado en torno a sus cabezas, como los que uno ve en las imágenes de los santos. Estaban mirando en nuestra dirección, pero era evidente que no nos veían, y no tardé en percatarme de que *lady Muriel* había entrado por una vez en un estado bien conocido por mí, y en el que ahora los dos nos encontrábamos, el de

«inquietud»; y de que, aunque nosotros pudiésemos ver perfectamente a los niños, éramos totalmente invisibles para ellos.

La canción cesó en cuanto los vimos; pero para mi placer, Bruno dijo de inmediato: «¡Cantémosla entera *otda* vez, Silvia! ¡Ha sonado muy *pdeciosísima!*». A lo que Silvia contestó: «Está bien. Ya sabes que eres tú el que empieza».

Así pues, Bruno empezó a cantar en esa dulce voz de tiple que tan familiar me era:

Dime: ¿cuál es el hechizo, cuando sus polluelos pían,
que incita al ave a volver a su nido?

¿O despierta a la cansada madre, cuyo bebé se desgañita, para acunarlo hasta
que se ha dormido?

¿Qué magia actúa sobre el infante, radiante de alegría,
que lo mueve a emitir gorgoritos?

Acto seguido tuvo lugar la más extraña de todas las experiencias extrañas que marcaron el maravilloso año cuya historia estoy escribiendo: la experiencia de oír cantar a Silvia por primera vez. Su parte era muy breve —apenas unas pocas palabras —, la cual entonó de una forma tímida, y realmente bajísima, casi inaudible, pero la dulzura de su voz resultaba simplemente indescriptible; nunca había oído sobre la faz de la tierra una música como aquella.

Es un secreto, no alcemos la voz:
¡y el nombre de ese secreto es amor!

El primer efecto que tuvo su voz sobre mí fue una súbita punzada que parecía atravesarle a uno el mismísimo corazón. (Sólo una vez en mi vida había sentido anteriormente una punzada similar, y había sido al ver lo que, en aquel momento, supuso la encarnación de la idea que tenía de la belleza perfecta: fue en una exposición en Londres, donde, al abrirme paso por entre una multitud, me encontré de pronto, cara a cara, con una niña de una hermosura absolutamente celestial). Entonces acudió a mis ojos un torrente de ardientes lágrimas, como si fuera posible llorar la propia alma de puro gozo. Y por último me invadió una sensación de temor reverencial lindante con el terror: una sensación un tanto semejante a la que Moisés debió de sentir cuando oyó las palabras: «Descálzate tus sandalias, pues el suelo que pisas es sagrado». Las figuras de los niños se volvieron vagas y difusas, como meteoros rielantes, cuando sus voces resonaron a coro en exquisita armonía al cantar:

Porque creo que es amor,
porque siento que es amor,

¡porque sé que no es otra cosa que amor!

Para entonces podía verlos otra vez con claridad. Bruno volvió a entonar solo:

Dime: ¿de dónde viene la voz que, cuando se desata la ira,
ordena que cese la tempestad;
que conmueve dolorosamente el alma ofendida
con el anhelo de la paz fraternal?



¿De dónde la música que a nuestro alrededor palpita e inunda nuestra forma carnal?

Silvia cantó con mayor arrojo, en esta ocasión; las palabras parecieron arrebatarla hasta el éxtasis.

Es un secreto; nadie sabe cómo vino, ni cómo marchó:
¡pero el nombre del secreto es amor!

Y sonó con fuerza y nitidez el estribillo:

Porque creo que es amor,
porque siento que es amor,
¡porque sé que no es otra cosa que amor!

Una vez más, se escuchó sólo la delicada vocecilla de Bruno:

Dime: ¿quién es el artista que pinta valle y colina
como un cuadro tan hermoso a mis ojos;
que el verde prado de sol y sombra salpica
haciendo a los corderitos saltar de gozo?

Y de nuevo se alzó aquella voz argentina, cuya dulzura apenas me era posible soportar:

Es un secreto que se niega a corazones de piedra,
aunque los ángeles del Cielo hagan de él una canción
con notas que resuenan limpias para quien puede oírlas;
¡y el nombre de ese secreto es amor!

Y luego Bruno volvió a unirse con:

Porque creo que es amor,
porque siento que es amor,
¡porque sé que no es otra cosa que amor!

—¡Qué *bonitísimo*! —exclamó el pequeñín, al pasar los dos por nuestro lado, tan cerca que nos retiramos un poco para dejarles sitio, y parecía que sólo teníamos que extender una mano para tocarlos, pero no hicimos el intento.

—¡Es inútil que tratemos de detenerlos! —dije yo, mientras desaparecían en las sombras—. ¡Ni siquiera podían vernos!

—Totalmente inútil —contestó *lady* Muriel con un suspiro—. A una le gustaría volver a estar con ellos, ¡en persona! Pero siento que, por algún motivo, ya nunca podrá ser. ¡Han salido de nuestras vidas! —Exhaló otro suspiro; y los dos guardamos silencio hasta que salimos al camino principal, en un punto cercano a mi alojamiento.

»Bien, voy a dejarle aquí —dijo—. Quiero regresar antes de que oscurezca, y he de pasarme antes por la casita de un conocido. ¡Buenas noches, querido amigo! Que nos veamos pronto... ¡y a menudo! —añadió con una afectuosa calidez que me llegó al corazón—. ¡“Pues pocos son aquellos a los que estimamos”!

—¡Buenas noches! —repuse—. Tennyson dijo eso de un amigo más digno que yo.^[*]

—¡Tennyson no tenía ni idea! —replicó ella descaradamente, con un toque de su antigua jovialidad infantil; después nos separamos.

Capítulo 20

Espinacas y tonterías

La bienvenida de mi casera fue especialmente calurosa, y aunque, exhibiendo una desacostumbrada delicadeza, no hizo alusión directa al amigo cuya compañía tanto había hecho por alegrar mi vida, tuve el convencimiento de que una amable compasión por mi solitario estado era la causa de su particular afán por hacer todo lo que se le ocurría para asegurar mi comodidad, y hacerme sentir como en casa.

La tarde, que transcurrió en soledad, se me hizo larga y tediosa; aun así, no me dediqué a otra cosa que a contemplar el mortecino hogar y a dejar que la imaginación moldeara las rojas ascuas en formas y rostros pertenecientes a escenas del pasado. Primero pareció ser la pícara sonrisa de Bruno la que centelleó durante un instante, y se extinguió; luego la sonrosada mejilla de Silvia, y a continuación la redonda y alegre cara del profesor, radiante de gozo. «¡Sed bienvenidos, pequeños míos!», aparentaba estar diciendo. Y entonces, el rojo carbón, que en aquel momento encarnaba al querido y viejo profesor, empezó a apagarse y, acompañando su brillo moribundo, las palabras parecieron fundirse en el silencio. Yo así el atizador y, con uno o dos hábiles toques, reviví el menguante resplandor, mientras la imaginación — trovadora nada tímida cantaba para mí una vez más la mágica melodía que yo adoraba escuchar.

—¡Sed bienvenidos, pequeños! —repitió la risueña voz—. Les informé de que veníais. Vuestras habitaciones están listas. Y el emperador y su consorte... ¡bueno, creo que están más contentos que otra cosa! De hecho, su alteza la emperatriz dijo: «¡Espero que lleguen a tiempo para el banquete!»». ¡Esas fueron sus palabras exactas, os lo aseguro!

—¿Estará Uggug en el banquete? —preguntó Bruno. Ambos niños parecieron intranquilizarse ante la sombría alusión.

—¡Pues claro! —rio el profesor suavemente—. ¿Acaso no sabéis que es su cumpleaños? Se brindará a su salud y todo eso. ¿Qué sería el banquete sin él?

—*Muchísimo más agdadable* —dijo Bruno. Pero lo dijo apenas en un susurro, y nadie excepto Silvia lo oyó.

El profesor volvió a reír.

—¡Será un banquete estupendo, contigo aquí, jovencito! ¡Me alegra tanto verte otra vez de vuelta!

—Me temo que nos ha llevado un montón —observó Bruno educadamente.

—Bueno, así es —se mostró de acuerdo el profesor—. En cualquier caso, es un consuelo que os haya traído finalmente. —Luego pasó a enumerar los planes del día

—: Primero tendrá lugar la charla —explicó—. Es algo en lo que insiste la emperatriz. Dice que la gente comerá tanto en el banquete que tendrá demasiado sueño para atender en caso de que fuese después, y quizá tenga razón. Habrá un pequeño refrigerio, nada más llegar la gente; una especie de sorpresa para la emperatriz, ¿sabéis? Desde que ya no es... bueno, tan inteligente como antes... hemos creído aconsejable preparar pequeñas sorpresas para ella. Luego viene la charla...

—¿Qué? ¿La charla que llevaba preparando... tantísimo tiempo? —inquirió Silvia.

—Sí, esa —admitió el profesor con cierta reluctancia—. Prepararla ha requerido un tiempo considerable. Tengo muchos otros asuntos que atender. Por ejemplo, soy el médico de la corte. He de mantener la buena salud de toda la servidumbre real... ¡lo cual me recuerda! —profirió a voces, haciendo sonar la campanilla a toda prisa—. ¡Hoy es el día de la medicina! Sólo administramos medicamentos una vez por semana. ¡Si empezásemos a hacerlo a diario, los frascos no tardarían en quedar vacíos!

—Pero ¿y si enferman cualquier otro día? —planteó Silvia.

—¿Qué?, ¡enfermar el día equivocado! —exclamó el profesor—. ¡Oh, eso sería inaceptable! ¡Un criado que se pusiera enfermo el día equivocado sería despedido fulminantemente! Esta es la medicina para hoy —prosiguió, bajando un gran frasco de un estante—. Yo mismo hice el preparado esta mañana temprano. ¡Pruébalo! —dijo, tendiéndole el frasco a Bruno—. ¡Moja el dedo y pruébalo!

Bruno así lo hizo, y puso una cara tan espantosa que Silvia exclamó con preocupación:

—¡Oh, Bruno, no hagas eso!

—¡Está muy asquerosísimo! —dijo su hermano, cuando sus facciones hubieron vuelto a la normalidad.

—¿Que está asqueroso? —repuso el profesor—. ¡Naturalmente! ¿Qué sería la medicina, si no estuviese asquerosa?

—*Agdadable* —apuntó Bruno.

—Me disponía a decir... —dijo el profesor de manera titubeante, bastante sorprendido por la pronta réplica de Bruno— ¡que eso sería inaceptable! La medicina ha de saber mal, ¿sabes? Tenga la bondad de llevar este frasco al comedor de la servidumbre —le dijo al lacayo que contestó a la campanilla—, y dígales que es su medicina para hoy.

—¿Quién debe tomarla? —preguntó el lacayo, mientras se llevaba el frasco.

—¡Oh, aún no lo he decidido! —respondió el profesor con energía—. Iré enseguida a resolverlo. En cualquier caso, ¡dígales que esperen hasta que yo llegue! ¡Es realmente maravilloso —dijo, girándose hacia los niños— el éxito que he tenido en la cura de enfermedades! Estas son algunas de mis notas. —Cogió del estante una pila de papelitos, sujetos en grupos de dos y tres—. Mirad, por ejemplo, este caso:

«Pinche número trece recuperado de fiebre común, *febris communis*». Y ved lo que pone en la nota adjunta: «Administré al pinche número trece una dosis doble de medicina». ¿No es algo de lo que enorgullecerse?

—¿Pero qué sucedió primero? —dijo Silvia, con expresión de gran desconcierto.

El profesor examinó cuidadosamente los papeles.

—No están fechados, por lo que veo —dijo con un aire de leve abatimiento—, así que me temo que no puedo decírtelo. Pero ambas cosas ocurrieron; de eso no cabe duda. Lo importante es la medicina, ¿sabes? Las enfermedades lo son mucho menos. Uno puede conservar un medicamento durante años y años, ¡pero nadie quiere conservar jamás una enfermedad! Por cierto, venid a ver el estrado. El jardinero me pidió que fuera a comprobar si servía. Más vale que vayamos antes de que oscurezca.

—¡Con mucho gusto! —repuso Silvia—. Venga, Bruno, ponte el sombrero. ¡No hagas esperar al querido profesor!

—¡No lo *encontdo*! —contestó el pequeñín apenado—. Estaba haciéndolo *dodad* como una pelota... ¡y se ha ido *pod* sí solo!

—A lo mejor se ha colado por ahí —sugirió Silvia, señalando el oscuro interior de un armario, cuya puerta se encontraba entornada; Bruno se metió corriendo a echar un vistazo. Un momento después volvió a salir, despacio, con gesto muy serio, y cerró con cuidado la puerta.

—No está ahí *dentdo* —dijo, con una solemnidad tan poco habitual que despertó la curiosidad de Silvia.

—¿Qué hay ahí, Bruno?

—Telarañas... dos arañas... —contestó Bruno con aire pensativo, repasando el catálogo con los dedos— la *cubiedta* de un *libdo* con dibujos... una *totuga*... un plato con nueces... y un anciano.

—¡Un anciano! —gritó el profesor, en tanto cruzaba rápidamente la habitación con gran entusiasmo—. ¡Debe de ser el otro profesor, que se perdió hace muchísimo tiempo!

Abrió de par en par la puerta del armario, y allí estaba el otro profesor, sentado en una silla, con un libro en las rodillas, y disponiéndose a coger una nuez de un plato, el cual había bajado de un estante al que llegaba por los pelos. Se giró hacia nosotros, pero no dijo nada hasta que hubo partido y engullido la nuez. Entonces le hizo al profesor la vieja pregunta:

—¿La charla está lista?

—Dará comienzo en una hora —le comunicó el profesor, evadiendo la pregunta—. Primero, debemos sorprender a la emperatriz con algo. Y luego viene el



banquete...

—¡El banquete! —gritó el otro profesor, levantándose como un resorte y llenando la habitación con una nube de polvo—. En tal caso, más vale que vaya a... a pasarme un poco el cepillo. ¡Hay que ver cómo estoy!

—¡Sí que le hace falta un buen cepillado! —dijo el profesor, con aire crítico—. ¡Aquí está tu sombrero, jovencito! Me lo había puesto yo por equivocación. Olvidé por completo que ya tenía uno en la cabeza. Vayamos a examinar el estrado.

—¡Y ahí sigue todavía ese simpático *jardinero*! —exclamó Bruno encantado cuando salíamos al jardín—. ¡Seguro que lleva cantando esa misma canción desde que nos fuimos!

—¡Por supuesto que sí! —repuso el profesor—. Si dejara de hacerlo, no sería él, ¿sabes?

—¿Y quién sería? —quiso saber Bruno, pero el profesor pensó que lo mejor era hacer oídos sordos a la pregunta—. ¿Qué está haciendo con ese erizo? —le gritó al jardinero, al que encontraron a la pata coja, tarareando para sí y haciendo rodar adelante y atrás un erizo con el pie que tenía levantado.

—Es que quería saber qué comen los erizos, así que estoy reteniendo a este para ver si come patatas...

—Sería mucho mejor que retuviera una patata —sugirió el profesor—, ¡y que viera si el erizo se la come!

—¡Esa sería la forma correcta, sin duda! —exclamó el encantado jardinero—. ¿Vienen a ver el estrado?

—¡Sí, sí! —respondió alegremente el profesor—. ¡Y ya ve que los niños han regresado!

El jardinero se giró hacia ellos con una sonrisa. Luego abrió la marcha hasta el pabellón, al tiempo que iba cantando:

... mas luego advirtió que eran
dos reglas de tres seguidas.
«¡Y este gran misterio —dijo—
pa mí es claro como el día!».

—Lleva meses enteros con esa canción —observó el profesor—. ¿Aún no ha terminado?

—Sólo queda una estrofa —contestó el jardinero apenado. Y, con lágrimas resbalándole por las mejillas, cantó la estrofa final:

Creyó ver un argumento
que en papa lo convertía:
mas luego advirtió que era

de jabón una pastilla.
«¡Algo tan horrendo —dijo—
mis esperanzas fulmina!».

Ahogándose en sollozos, el jardinero corrió a adelantarse unos metros respecto a los demás, con objeto de ocultar su emoción.

—¿Vio él la pastilla de jabón? —inquirió Silvia, mientras lo seguíamos.

—¡Oh, desde luego! —dijo el profesor—. Esa canción es la historia de su vida, ¿sabes?

Lágrimas provocadas por una compasión siempre a flor de piel relucieron en los ojos de Bruno.

—¡Me da *muchísima* pena que no sea el papa! —dijo—. ¿A ti no, Silvia?

—Bueno... no estoy segura —repuso Silvia de manera muy vaga—. ¿Eso le alegraría? —preguntó al profesor.

—El que no se alegraría sería el papa —observó este—. ¿No es precioso el estrado? —inquirió, cuando entramos en el pabellón.

—¡Le he colocado un madero más por debajo! —dijo el jardinero, dándole unos golpecitos afectuosos mientras hablaba—. Ahora es tan resistente que... ¡que un elefante furioso podría bailar sobre él!

—¡Muchas gracias! —contestó el profesor con efusión—. No tengo muy claro que nos vaya a hacer falta... pero está bien saberlo. —A continuación subió a los niños al estrado para explicarles cómo iban a estar colocados.

—Aquí hay tres asientos, ¿veis?, para el emperador, la emperatriz y el príncipe Uggug. ¡Pero debe haber otras dos sillas más aquí! —apuntó, mirando al jardinero, al pie del estrado—. Una para *lady* Silvia ¡y otra para la criaturita!

—¿Puedo *colaborad* en la *chadla*? —preguntó Bruno—. Me sé algunos *tducos* de magia.

—Bueno, no es exactamente una charla sobre magia —dijo el profesor, a la vez que colocaba unas cuantas máquinas de aspecto curioso sobre la mesa—. De todos modos, ¿qué sabes hacer? ¿Alguna vez has traspasado una tabla, por ejemplo?

—¡Muchas veces ! —respondió Bruno—. ¿No es *ciecto*, Silvia?

El profesor se sorprendió claramente, aunque trató de disimularlo.

—Eso debe ser estudiado —murmuró para sí, mientras sacaba una libreta de notas—. Lo primero... ¿qué tipo de tabla?

—¡Díselo! —le susurró Bruno a Silvia, abrazándose a su cuello.

—Díselo tú —contestó Silvia.

—No puedo —dijo Bruno—. Es una *palabda* espinosa.

—¡Tonterías! —rio Silvia—. Eres capaz de decirla sin problemas, si haces el esfuerzo. ¡Vamos!

—Multi... —lo intentó Bruno—. Empieza así.

—¿De qué habla? —exclamó el confundido profesor.

—Se refiere a que ha repasado muchas veces la tabla de multiplicación —explicó Silvia.

El profesor puso cara de indignación y volvió a cerrar su libreta.

—Oh, pero eso es otra cosa totalmente distinta —dijo.

—Es un montón muy *gdandísimo* de *otdas* cosas —matizó Bruno—. ¿A que sí, Silvia?

Un estrepitoso toque de trompetas interrumpió aquella conversación.

—¡Vaya, el divertimento ha comenzado! —exclamó el profesor, que se apresuró a llevar a los niños al salón de recepciones. ¡No tenía ni idea de que fuese tan tarde!

Había una mesa pequeña, con bizcocho y vino, en un rincón del salón; y allí encontramos al emperador y la emperatriz, que nos esperaban. El resto de la sala había sido despejada de mobiliario para dejar espacio a los invitados. Me sorprendió enormemente el gran cambio que unos pocos meses habían obrado en los rostros de la pareja imperial. Una mirada perdida constituía ahora la expresión usual del emperador, mientras que en el rostro de la emperatriz aparecía y desaparecía, de manera intermitente, una sonrisa sin sentido.

—¡Así que por fin habéis llegado! —comentó irritado el emperador cuando el profesor y los niños ocuparon sus asientos. Saltaba a la vista que estaba de muy mal humor, y no tardamos en descubrir el porqué. No consideraba que los preparativos realizados para la corte imperial estuvieran a la altura de su posición—. ¡Una mesa corriente de caoba! —gruñó, señalándola desdeñosamente con el pulgar—. ¿Por qué no se fabricó de oro, me gustaría saber?

—Habría llevado mucho... —empezó a decir el profesor, pero el emperador cortó la frase:

—¡Y luego está el bizcocho! ¡De pasas corrientes y molientes! ¡Por qué no se elaboró de... de...! —Se produjo otra interrupción—. ¡Y el vino! ¡Un simple madeira de toda la vida! ¿Por qué no...? ¡Y esta silla! Eso es lo peor de todo. ¿Por qué no fue un trono? Las otras omisiones podrían disculparse, ¡pero lo de la silla es inaceptable!

—¡Lo que yo no puedo aceptar —terció la emperatriz, en exaltada sintonía con su furioso marido— es la mesa!

—¡Bah! —soltó el emperador.

—¡Es algo muy lamentable! —repuso con suavidad el profesor, en cuanto tuvo ocasión de hablar. Tras pensarlo un momento, reforzó el comentario—: ¡Todo —añadió, dirigiéndose a la concurrencia en general— es muy lamentable!

Un murmullo de «¡Eso, eso!» se elevó en el atestado salón.

A continuación se produjo un silencio bastante tenso; era evidente que el profesor no sabía cómo empezar. La emperatriz se inclinó hacia él y le susurró:

—¡Cuenta unos chistes, profesor, ya sabe... sólo para que la gente se relaje y se sienta cómoda!

—¡Cierto, cierto, señora! —contestó con docilidad el profesor—. Este muchachito...

—¡No haga ningún chiste *sobde* mí, *pod favod*! —exclamó Bruno, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No lo haré si no quieres —dijo el bondadoso profesor—. Era sólo algo sobre una misión de infantería: un juego de palabras inofensivo... pero es igual. —Entonces se volvió hacia la multitud y se dirigió a ellos en voz alta—: ¡Siéntanse como seis! —voceó—. ¡Como cinco! ¡Como cuatro! ¡Y como tres! ¡Entonces se sentirán como dos!

Hubo una sonora carcajada por parte de todos los asistentes, y después un gran número de susurros confundidos: «¿Qué ha dicho? Algo sobre comer, me parece...».

La emperatriz sonrió a su modo vacuo, y se abanicó. El pobre profesor le echó una tímida mirada: volvían a escasearle claramente las ideas, y estaba deseando que le dieran algún pie. La emperatriz susurró de nuevo:

—Que traigan unas espinacas, profesor, ya sabe, para sorprender a los invitados.

El profesor le hizo una seña al jefe de cocina y le dijo algo en voz baja. Luego este abandonó el salón, seguido del resto de cocineros.

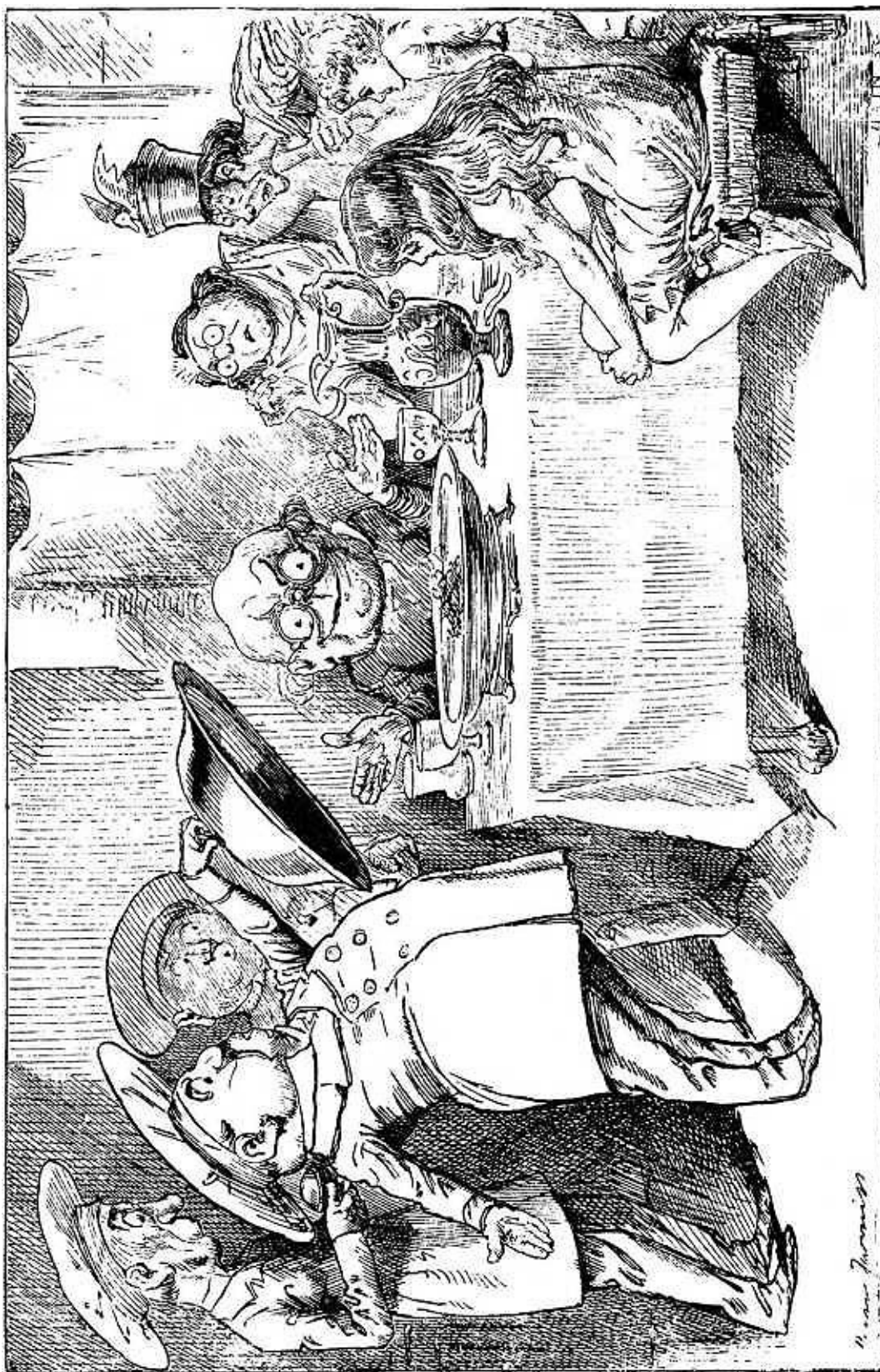
—No es fácil romper el hielo —le comentó el profesor a Bruno—. Pero cuando lo hagamos, todo irá como la seda, ya verás.

—Si quiere *sodpdended* a la gente —apuntó Bruno—, debería *ponedles dañas* vivas en la espalda.

En aquel momento regresaron todos los cocineros, en procesión, con el jefe de cocina en último lugar, el cual traía algo en las manos que los demás trataban de ocultar agitando banderas a su alrededor. «¡Son sólo banderas, alteza imperial! ¡Sólo banderas!», no dejó de repetir, mientras dejaba ante ella lo que acarreaba. Entonces, en un momento, todas las banderas fueron bajadas, al tiempo que el jefe de cocina levantaba la tapadera de una enorme fuente.

—¿Qué es? —preguntó débilmente la emperatriz, llevándose sus gemelos a los ojos—. ¡Caramba, si son espinacas!

—Su alteza imperial está sorprendida —explicó el profesor a los presentes, algunos de los cuales aplaudieron. El jefe de cocina hizo una reverencia, y en el proceso dejó caer una cuchara sobre la mesa, como por accidente, justo al alcance de la emperatriz, que miró en la dirección opuesta y fingió no haberla visto.



—¡Qué sorpresa! —le dijo la emperatriz a Bruno—. ¿No estás tú sorprendido?
—Ni una pizca —expuso Bruno—. He oído cómo... —Pero Silvia le tapó la boca con la mano, y habló por él:
—Me parece que está bastante cansado. Está deseando que empiece la charla.
—Estoy deseando que empiece la cena —la corrigió Bruno.
La emperatriz cogió la cuchara en actitud distraída e intentó sostenerla en

equilibrio sobre el dorso de su mano, dejándola caer acto seguido en el plato, y, cuando la sacó de nuevo, estaba llena de espinacas.

—¡Qué curioso! —dijo, y se metió la cuchara en la boca—. ¡Sabe a espinacas de verdad! Creía que eran una imitación... ¡pero no me cabe duda de que son reales! —Dicho lo cual, tomó otra cucharada.

—No lo serán *pod* mucho tiempo —observó Bruno.

Pero la emperatriz ya había comido bastante y, de algún modo —no pude percatarme del proceso exacto—, todos nos vimos entonces en el pabellón, cuando el profesor se disponía a dar comienzo a la largamente esperada charla.

Capítulo 21

La charla del profesor

—En ciencia... de hecho, en la mayoría de las cosas... normalmente es mejor empezar por el principio. En algunas, por supuesto, es mejor empezar por el otro extremo. Por ejemplo, si uno quisiera pintar un perro de verde, lo más conveniente sería quizá empezar por la cola, ya que por ese lado no muerde. De modo que...

—¿Puedo *ayudadle*? —interrumpió Bruno.

—¿Ayudarme a qué? —dijo el desconcertado profesor, levantando la vista un momento, pero sin retirar el dedo de la libreta de la que estaba leyendo, con objeto de no perderse.

—¡A *pintad* un *pero* de *veddá!* —exclamó Bruno—. ¡Usted puede *empezad* con la boca, y yo...!

—¡No, no! —rechazó el profesor la propuesta—. Todavía no hemos llegado a los experimentos. De modo —prosiguió, regresando a su libreta— que les voy a enumerar los axiomas de la ciencia. A continuación mostraré algunos especímenes. Luego explicaré uno o dos procesos. Y concluiré con unos cuantos experimentos. Un axioma, como saben, es algo que uno acepta sin contradicción. Por ejemplo, si yo dijese: «¡Aquí estamos!», sería aceptado sin oposición alguna, y es una buena forma de empezar una conversación. De manera que eso sería un axioma. O, de nuevo, suponiendo que yo dijese: «¡Aquí no estamos!», eso sería...

—¡... una bola! —gritó Bruno.

—¡Oh, Bruno! —dijo Silvia, en un susurro de amonestación—. ¡Pues claro que sería un axioma, si el profesor lo dijera!

—Tal vez fuese un «aquí-asoma» —replicó Bruno—, ¡pero no sería *veddad!*

—El desconocimiento de los axiomas —continuó el orador— es un gran inconveniente en la vida. Tener que repetirlos una y otra vez es una pérdida enorme de tiempo. Por ejemplo, tomen el axioma: «Nada es mayor que sí mismo»; esto es, «Nada puede contenerse a sí mismo». Cuántas veces se oye decir a la gente: «Estaba tan alterado, que era absolutamente incapaz de contenerse». ¡Pues claro que era incapaz! ¡El que estuviera alterado no tenía nada que ver en ello!

—¡Escuche una cosa! —saltó el emperador, que estaba empezando a ponerse un poco nervioso—. ¿Cuántos axiomas nos va a enunciar? A este ritmo, ¡no llegaremos a los experimentos hasta dentro de una semana!

—¡Oh, será mucho antes, se lo aseguro! —repuso el profesor, levantando la vista alarmado—. Sólo hay —consultó nuevamente sus notas— dos más que sean realmente necesarios.

—Pues léalos y pasemos a los especímenes —refunfuñó el emperador.

—El primer axioma —leyó en voz alta el profesor con gran premura— consta de las siguientes palabras: «Lo que es, es». Y el segundo, de estas otras: «Lo que no es, no es». Ahora vamos a pasar a los especímenes. La primera bandeja contiene cristales y otras cosas. —Acercó esta hacia sí y volvió a consultar su libreta—. Algunas de las etiquetas, debido a una adhesión insuficiente... —Entonces calló otra vez, y examinó cuidadosamente la página con sus gemelos—. No puedo leer el resto de la frase —dijo finalmente—, pero lo que dice es que las etiquetas se han despegado, y las cosas, mezclado...

—¡Deje que yo las vuelva *apegad!* —gritó Bruno con entusiasmo, el cual empezó a lamer las etiquetas como si fuesen sellos postales y a colocarlas en los cristales y las demás cosas. Pero el profesor corrió a apartar la bandeja lejos de su alcance.

—¡Podrían acabar pegadas en los especímenes equivocados!, ¿sabes?

—¡No debería *tened* «especímenes» equivocados en la bandeja! —replicó Bruno con descaro—. ¿A que no, Silvia?

Esta se limitó a negar con la cabeza.

El profesor no le oyó. Había cogido uno de los frascos y estaba leyendo atentamente la etiqueta a través de sus gemelos.

—Nuestro primer espécimen —anunció, mientras colocaba el frasco delante del resto de cosas— es... es decir, se llama... —entonces lo levantó, y volvió a examinar la etiqueta, como si pensara que a lo mejor había cambiado desde la última vez que la miró— se llama *aqua pura*, agua corriente, el fluido que anima...

—¡Hip, hip...! —empezó a entonar el jefe de cocina entusiásticamente.

—¡... pero no embriaga! —se apresuró en continuar el profesor, a tiempo de detener por poco el «¡Hurra!» que estaba iniciándose.

»Nuestro segundo espécimen —prosiguió, abriendo con cuidado un pequeño tarro es... —entonces retiró la tapa, y un escarabajo de gran tamaño salió en el acto disparado de él, y abandonó directamente el pabellón con un zumbido de enfado— es... o más bien, debería decir —agregó, mirando el interior del frasco vacío con gesto triste—, era, un tipo curioso de escarabajo azul. ¿Alguien advirtió por casualidad, a su paso, tres manchitas azules debajo de cada ala?

Nadie lo había hecho.

—¡Oh, bueno! —dijo el profesor con un suspiro—. Es una lástima. A menos que uno advierta esa clase de cosas en el momento, ¡es muy fácil que pasen desapercibidas! ¡El siguiente espécimen, en cualquier caso, no se marchará volando! Es, siendo conciso, o tal vez sea más correcto decir, siendo extenso, un elefante. Observarán... —En aquel momento le hizo una señal al jardinero para que subiera al estrado, y con su ayuda empezó a montar lo que parecía una enorme caseta para perros, de la que salían proyectados por ambos lados unos tubos cortos.

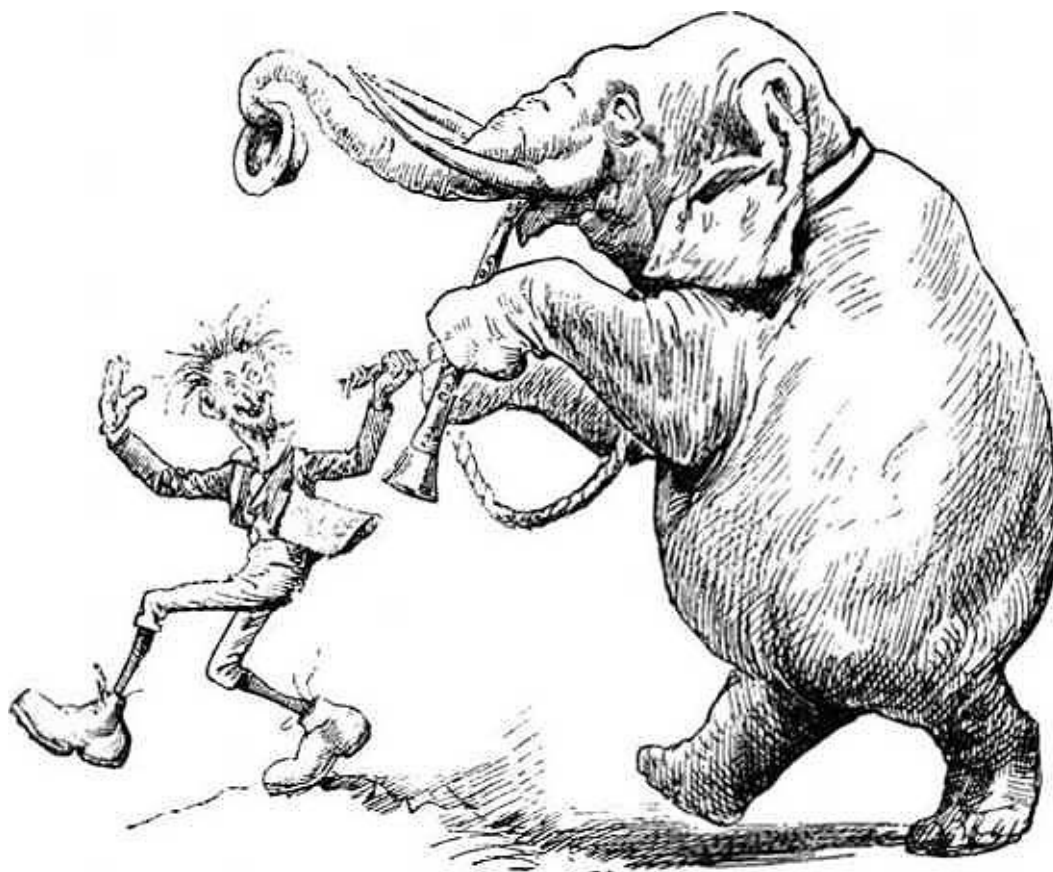
—Pero ya hemos visto elefantes con anterioridad —refunfuñó el emperador.

—Sí, ¡pero no a través de un megaloscopio! —repuso el profesor exaltado—.

Ustedes saben que no pueden ver una pulga, como es debido, sin una lente de aumentos... lo que llamamos un «microscopio». Pues bien, exactamente del mismo modo, uno no puede ver un elefante como es debido sin una lente de reducción. Hay una en cada uno de estos pequeños tubos. ¡Y esto es un megaloscopió! El jardinero traerá a continuación el siguiente espécimen. Retiren por favor ambas cortinas, en aquel extremo de allí, ¡y abran paso al elefante!

Todo el mundo se apartó rápidamente hacia los laterales del pabellón, y todos los ojos se volvieron hacia el extremo abierto, a la espera del regreso del jardinero, el cual se había marchado cantando: «¡Creyó ver un elefante, que alto un pífano tocaba!». Hubo un momentáneo silencio, y entonces su áspera voz volvió a oírse en la distancia: «“Mas luego...”, ¡venga, arriba! “Mas luego advirtió que era...”, ¡so!, “que era, de su esposa, una...” ¡abran paso, que viene!».

Y entró marchando o bamboleándose —difícil decir qué palabra es la correcta un elefante, sobre sus patas traseras, mientras tocaba y sujetaba con las delanteras un pífano gigantesco.



El profesor abrió a toda prisa un portón en un extremo del megaloscopió, y el enorme animal, a una señal del jardinero, soltó el pífano y trotó obedientemente al interior del aparato, tras lo cual el profesor cerró de inmediato el portón.

—¡El espécimen está ahora listo para su observación! —proclamó—. ¡Es exactamente del tamaño de un ratón común: *Mus communis*!

El conjunto de los espectadores se abalanzó sobre los tubos, y observaron

encantados cómo la minúscula criatura enrollaba de manera juguetona su cola alrededor del dedo extendido del profesor, hasta que terminó subida a la palma de su mano, mientras este la levantaba cuidadosamente y la sacaba del aparato para enseñársela a la corte imperial.

—¿A que es muy monísimo? —exclamó Bruno—. ¿Puedo *acariciadlo, pod favod?* ¡Lo haré con *muchósima* suavidad!

La emperatriz lo inspeccionó solemnemente con sus gemelos.

—Es muy pequeño —dijo con voz grave—. Más de lo que suelen serlo los elefantes, ¿me equivoco?

El profesor dio un brinco de gozosa sorpresa.

—¡Vaya, es cierto! —murmuró para sí mismo. Luego añadió en voz más alta, volviéndose hacia la audiencia—: ¡Su alteza imperial ha hecho una observación perfectamente lógica! —A lo cual respondió la amplia multitud con desaforados vítores.

—El siguiente espécimen —declaró el profesor, tras colocar con sumo cuidado al elefantito en la bandeja, entre los cristales y otras cosas es una pulga, que agrandaremos con el propósito de observarla. Cogiendo un pequeño pastillero de la bandeja, avanzó hasta el megaloscopio y puso todos los tubos del revés—. ¡El espécimen está listo! —anunció a voces, con el ojo puesto en uno de los tubos, mientras vaciaba cuidadosamente el pastillero por un agujerillo de su costado ¡Ahora tiene el tamaño del caballo común: *Equus communis!*

Se produjo otra avalancha general para mirar por los tubos, y el pabellón se llenó de exclamaciones de gozo, por encima de las cuales apenas resultaba posible distinguir la preocupada voz del profesor.

—¡Mantengan cerrada la puerta del microscopio! —gritó—. ¡Si la criatura escapase, con este tamaño...! —Pero el daño ya estaba hecho. La puerta se había abierto de golpe, y un momento después el monstruo andaba suelto, pisoteando a los aterrorizados espectadores, que no paraban de lanzar chillidos.

Pero el profesor no perdió su aplomo.

—¡Descorred esas cortinas! —gritó. Y así se hizo. El monstruo juntó sus patas, y de un tremendo salto desapareció en el cielo.

—¿Dónde está? —inquirió el emperador, frotándose los ojos.

—En la provincia de al lado, me imagino —respondió el profesor—. ¡Habré salvado como mínimo cinco millas con ese salto! Lo siguiente es explicar uno o dos procesos. Pero veo que apenas tengo sitio para maniobrar... la criaturita está relativamente en medio...

—¿De quién habla? —le susurró Bruno a Silvia.

—¡De ti! —le contestó esta, del mismo modo—. ¡Calla!

—Sé bueno y muévete, en ángulo, a esta esquina —pidió el profesor, dirigiéndose a Bruno.

Bruno movió presuroso su silla en la dirección indicada.

—¿Me he movido lo bastante como una angula? —preguntó.

Pero el profesor estaba otra vez absorto en su charla, la cual estaba leyendo de su libreta.

—A continuación explicaré el proceso de... siento decir que el nombre está emborronado. Se ilustrará con varios... varios... —Se quedó entonces un rato estudiando las páginas, hasta que al fin dijo—. No está muy claro si son «experimentos» o «especímenes»...

—Que sean experimentos —sugirió el emperador—. Ya hemos visto especímenes de sobra.

—¡Ciertamente, ciertamente! —asintió el profesor—. Realizaremos algunos experimentos.

—¿Puedo *hacedlos* yo? —pidió Bruno ilusionado.

—¡Oh, no! —El profesor puso cara de consternación—. ¡De verdad que no sé lo que ocurriría de hacerlos tú!

—¡Ni tampoco sabe nadie lo que *ocurrirá* si los hace usted! —replicó Bruno.

—Nuestro primer experimento requiere una máquina. Tiene dos mandos; sólo dos. Pueden contarlos, si lo desean.

El jefe de cocina se adelantó, los contó y se retiró convencido.

—Ahora uno podría pulsar a la vez ambos mandos, pero no funciona así. O uno podría poner la máquina del revés, ¡pero tampoco funciona así!

—¿Y cómo funciona? —preguntó Bruno, que estaba escuchando con mucha atención.

El profesor sonrió de manera benevolente.

—¡Ah, sí! —dijo, como si estuviera leyendo el título de un capítulo—: ¡Cómo funciona la máquina! ¡Permíteme! —Y un instante después había subido a Bruno a la mesa—. Divido el asunto —empezó a explicar— en tres partes...

—¡*Cdeo* que voy a *bajad*! —le susurró Bruno a Silvia—. ¡No es *agdadable* que lo *padtan* a uno!

—¡No tiene ningún cuchillo, bobo! —le devolvió su hermana el susurro—. ¡Estate quieto! ¡Vas a romper todos los frascos!

—La primera parte es agarrar los mandos —señaló, colocándolos en las manos de Bruno—. La segunda parte es... —Entonces accionó la manivela y, con un fuerte «¡Oh!», Bruno soltó los dos mandos, y empezó a frotarse los codos.

El profesor emitió una risita de placer.

—El efecto ha sido apreciable, ¿verdad? —inquirió.

—¡Pues no! —contestó Bruno indignado—. Yo no lo *apdecio* nada de nada. ¡Ha hecho que me *tintineen* los codos, chasque la espalda, *cdepite* el pelo y zumben los huesos!

—¡Seguro que no! —dijo Silvia—. ¡Sólo te lo estás inventando!

—¡Y tú qué sabes! —contestó Bruno—. No estabas allí. Nadie puede *metedse* en mis huesos. ¡No hay sitio!

—Nuestro segundo experimento —anunció el profesor, mientras Bruno regresaba a su asiento, frotándose aún los codos ensimismado es la producción de ese fenómeno apenas-visto-pero-que-será enormemente-admirado—: ¡la luz negra! Ustedes han contemplado la luz blanca, la roja, la verde, etcétera, ¡pero nunca, hasta este día maravilloso, han contemplado ojos distintos a los míos la luz negra! Esta caja —indicó, levantando el objeto con cuidado de la mesa, tras lo cual lo cubrió con un montón de mantas— está totalmente repleta de ella. Lo logré de la siguiente manera: metí una vela encendida en un armario a oscuras y cerré la puerta. Naturalmente, este estaba en ese momento lleno de luz amarilla. Luego cogí un bote de tinta negra y lo vertí sobre la vela y, para mi deleite, ¡cada chispa de luz amarilla pasó a ser negra! ¡Ese fue sin duda el momento de mayor orgullo de mi vida! Entonces llené una caja con ella. Y ahora... ¿querría alguien asomarse debajo de las mantas para verla?

Esta petición vino seguida de un silencio mortal pero, finalmente, Bruno dijo:

—Yo miraré, si no va a *haced* que me tintineen los codos.

Convencido a este respecto, Bruno se arrastró bajo las mantas y, unos instantes después, salió muy acalorado, cubierto de polvo y con pelos de loco.

—¿Qué has visto en la caja? —lo interrogó Silvia.

—¡Nada! —respondió Bruno con pesar—. ¡Estaba demasiado oscuro!

—¡Ha descrito a la perfección el aspecto de la luz negra! —exclamó el profesor con entusiasmo—. Esta y la nada resultan tan extremadamente similares, a primera vista, ¡que no me extraña que no haya logrado distinguir las! Procederemos ahora al tercer experimento.

El profesor bajó del estrado y se dirigió, seguido por los espectadores, a un poste que había sido clavado firmemente en el suelo. A un lado del poste había sujeta una cadena, con una pesa de hierro enganchada en su extremo, y del otro sobresalía una tira de ballena, con una argolla al final.

—¡Este es un experimento interesantísimo! —anunció el profesor—. Requerirá tiempo, me temo, pero ese es un inconveniente sin importancia. Ahora observen. Si yo desenganchase esta pesa, y la soltara, caería al suelo. ¿Alguien lo niega?

Nadie lo hizo.

—Y, del mismo modo, si yo doblo esta tira de ballena alrededor del poste, así, y uno la argolla con el gancho, así, permanece doblada; pero si la desengancha, se pone derecha otra vez. ¿Alguien lo niega?

De nuevo, nadie lo hizo.

—Bien, supongamos ahora que dejamos las cosas como están, durante mucho tiempo. La fuerza de la ballena se agotaría, como saben, y seguiría doblada, incluso en caso de que la desenganchara. Ahora bien, ¿por qué no debería suceder lo mismo con la pesa?



La barba de ballena se acostumbra tanto a estar doblada, que ya no puede enderezarse por sí sola. ¿Por qué no debería la pesa acostumbrarse tanto a estar sujeta en alto, que ya no pudiese caer más? ¡Eso es lo que quiero saber!

—¡Eso es lo que queremos saber! —repitió la multitud.

—¿Cuánto hemos de esperar? —gruñó el emperador.

El profesor miró su reloj.

—Bueno, creo que bastarán mil años para empezar —dijo—. Entonces liberaremos cuidadosamente la pesa y, si todavía muestra (como quizá sea el caso) una ligera tendencia a caer, la engancharemos otra vez a la cadena, y la dejaremos durante otros mil años.

La emperatriz experimentó entonces uno de esos destellos de sentido común que sorprendían a todos los que la rodeaban.

—Entretanto habrá tiempo para otro experimento —señaló.

—¡Desde luego! —exclamó el encantado profesor—. Volvamos al estrado y pasemos al cuarto experimento.

»Para este último experimento, tomaré un cierto álcali, o ácido, no recuerdo qué. Ahora verán lo que ocurre cuando lo mezclo con un poco de... —cogió en ese momento un frasco y lo miró con aire dubitativo— cuando lo mezclo con... con algo...

El emperador interrumpió entonces:

—¿Cuál es el nombre de la sustancia? —preguntó.

—No me acuerdo —se disculpó el profesor— y se le ha caído la etiqueta. —
Vacío rápidamente el frasco en el otro y, con una tremenda explosión, ambos volaron
en pedazos, perturbando todos los aparatos, e inundando el pabellón con un denso
humo negro. Yo me levanté al instante, aterrado, y... y me vi de pie frente a mi
solitaria chimenea, donde el atizador, tras caer finalmente de la mano del durmiente,
había tirado las tenazas y el recogedor, y sacudido la tetera, lo cual había llenado el
aire de nubes de vapor. Con un suspiro de cansancio, me encaminé hacia la cama.

Capítulo 22

El banquete

«La pesadumbre puede durar la noche entera, pero con el alba llega la alegría». El día siguiente me encontró totalmente cambiado. Incluso los recuerdos de mi amigo y compañero perdido eran radiantes como el agradable tiempo que sonreía a mi alrededor. No me atreví a importunar a *lady* Muriel, o a su padre, con otra visita tan pronto y, en vez de ello, fui a dar un paseo por el campo, y sólo emprendí la vuelta a casa cuando los bajos rayos del sol me avisaron de que el día no tardaría en llegar a su fin.

De camino al hogar, pasé por delante de la casita donde residía el anciano cuyo rostro siempre me recordaba el día en que conocí a *lady* Muriel y, al hacerlo, eché una ojeada al interior de la parcela, sintiendo cierta curiosidad por ver si seguía viviendo allí.

Sí: el anciano todavía vivía. Estaba sentado en el porche, con el mismo aspecto que tenía cuando lo vi por primera vez en la estación de Fayfield... ¡parecía que había sido sólo unos pocos días antes!

—¡Buenas noches! —saludé, deteniéndome.

—¡Nas noches, señó! —me devolvió el saludo, de manera jovial—. ¿No quie pasá?

Así lo hice, y tomé asiento en el banco del porche.

—Me alegro de verlo tan animado —comencé por decir—. La última vez, recuerdo, pasaba casualmente por aquí justo cuando *lady* Muriel salía de la casa. ¿Sigue ella viniendo a visitarlo?



—Sí —repuso de forma pausada—. No s’ha olvidao de mí. No pierdo de vista su guapa cara muchos días seguíos. Bien m’acuerdo de la primera ve que vino, después de vernos en la’estación de tren. Me dijo que vendría pa compensarme. ¡Dulce chiquilla! ¡Imagínese! ¡Pa compensarme!

—¿Compensarle por qué? —inquirí—. ¿Qué podía haber hecho ella que exigiese una compensación?

—Pasó lo siguiente, ¿sabe? Tábamos los dos esperando’l tren en la’estación. Y yo m’había sentao n’el banco. Y el jefe’estación vie y me manda a paseo... pa que la dama puea sentarse, ¿entiende?

—Lo recuerdo todo —asentí—. Yo estaba allí ese día.

—Ah, ¿estaba? Pues bien, ella me píe perdón por eso. ¡Imagínese! ¡Perdón a mí!

¡A un viejo inútil como yo! ¡Ah! M'ha visitao muchas veces desde'ntonces. Ayé mismo por la noche, como quien dice, estuvo aquí sentá, ahí dond'usté, se dijera, ¡y con pinta más dulce y amable qu'un ángel! Y va y dice: «Ya no tie a su Minnie», dice, «pa que s'ocupe d'usté». Minnie era mi nieta, señó, que vivía conmigo. Murió hace cosa d'un par de mese, quizá tres. Era una linda chiquilla, y buena, también. ¡Ah, pero la vía s'hace rara y solitaria sin ella!

Hundió el rostro entre sus manos y yo esperé unos instantes, en silencio, a que se recobrara.

—Así que dice: «¡Haga como que soy su Minnie!», dice. «¿No le preparaba Minnie el té?». «Sí», le digo yo. Y prepara el té. «¿Y no l'encendía Minnie la pipa?», dice luego. «Sí», contesto. Y me enciende la pipa. «¿Y no le sacaba Minnie el té al porche?». Y yo digo: «Bonita», le digo, «¡me parece qu'eres ella!». Y s'echa a llorá un poco. Los dos lloramo un poco...

Guardé silencio nuevamente durante unos momentos.

—Y mientras me fumo la pipa, se sient'a hablá conmigo, ¡iguá d'encantadora y agradable! ¡Que me aspen si no era mi Minnie, qu'había vuelto! Y cuando se levanta pa irse, le digo: «¿No me vas a da la mano?», digo. Y ella dice: «No», dice, «¡no pueo darle la mano!».

—Siento que le contestara eso —comenté, pensando que nunca antes había tenido constancia de un caso en que *lady* Muriel se mostrase altiva por motivos de posición social.

—¡Dios le bendiga, no era orgullo! —dijo el anciano, leyéndome la mente—. Ella dice: «Su Minnie nunca le daba la mano», dice. «Y ahora yo soy su Minnie», dice. Y me pone los brazos alrededó del cuello, y me da un beso'n la mejilla... ¡quel Dios del Cielo la bendiga! —Y entonces el pobre anciano perdió el control, y le fue imposible continuar.



—¡Que Dios la bendiga! —repetí yo—. ¡Y que usted tenga buenas noches! —Apreté su mano y lo dejé solo—. *Lady Muriel* —me dije en voz baja de camino a casa—, ¡usted sí que sabe compensar un agravio!

Sentado una vez más junto a mi solitaria chimenea, traté de recordar la extraña visión de la noche anterior y de hacer aparecer el rostro del querido profesor entre los carbones ardientes. «Ese negro, con un simple toque de rojo, le iría que ni pintado»,

pensé. Tras un desastre como ese, estaría sin duda cubierto de manchas negras, y diría: «El resultado de esa combinación, tal vez se hayan dado cuenta, ¡ha sido una explosión! ¿Quieren que repita el experimento?».

—¡No, no! ¡No se moleste! —fue el clamor general. Y todos salimos desfilando, a toda prisa, hacia el salón de banquetes, donde el festín ya había dado comienzo.

Nadie perdió el tiempo a la hora de servirse, y rapidísimamente todos los invitados tuvieron su plato lleno de succulentas viandas.

—Siempre he mantenido el principio —empezó a decir el profesor— de que es un buen hábito tomar un poco de comida, de tanto en tanto. La gran ventaja de las cenas de gala... —Calló de pronto—. ¡Oh, pero si está aquí de hecho el otro profesor! —exclamó—. ¡Y no queda asiento para él!

El otro profesor entró leyendo un gran libro que sujetaba justo frente a sus ojos. Un resultado de que no fuese mirando por dónde iba fue que tropezó, mientras cruzaba el salón, salió por los aires, y cayó pesadamente de bruces en mitad de la mesa.

—¡Qué lástima! —profirió el bondadoso profesor, al tiempo que lo ayudaba a levantarse.

—Si no me tropezara, no sería yo —dijo el otro profesor.

El profesor puso cara de gran horror.

—¡Antes que eso, sería preferible casi cualquier cosa! —exclamó—. Nunca es apropiado —añadió, en un aparte a Bruno— ser otra persona, ¿no es cierto?

A lo cual Bruno contestó, con gesto serio.

—No hay nada en mi plato.

El profesor corrió a ponerse los anteojos, para asegurarse de que la información era correcta, antes de nada; entonces volvió su sonriente y redonda faz hacia el desdichado propietario del plato vacío.

—¿Y qué te gustaría tomar a continuación, jovencito?

—Bueno... —dijo Bruno, un poco titubeante—, *cdeo* que tomaré un poco de pudín de pasas, *pod favod*, *mientdas* lo pienso.

—¡Oh, Bruno! —Esto era un susurro por parte de Silvia—. ¡No es de buena educación pedir un plato antes de que esté servido!

Su hermano le respondió de la misma forma.

—Pero a lo *mejod* me olvido de *pedidlo*, cuando llegue, ¿sabes?; a veces sí que me olvido de cosas —agregó, al ver que Silvia se disponía a susurrarle algo más.

Y esta última no osó contradecir aquella afirmación.

Mientras tanto, habían colocado una silla para el otro profesor, entre la emperatriz y Silvia. A esta le pareció un vecino bastante aburrido; de hecho, después le fue imposible recordar que se dirigiera a ella en ningún momento durante todo el banquete, aparte de para comentar lo siguiente: «¡Qué consuelo tener un diccionario!». (Ella le contó a Bruno, más tarde, que se había sentido muy asustada de contestarle otra cosa que no fuera «Sí, señor», y aquello había sido el fin de su

conversación. Respecto a lo cual Bruno expresó una opinión muy decidida de que «eso» no merecía en absoluto el nombre de «conversación». «Deberías *habledle* dicho una *avidinanza* —añadió de manera triunfante—. ¡Yo le dije *tdes* al *pdofesod*! Una fue la que me contaste *pod* la mañana: “¿Cuántos peniques hay en dos chelines?”. Y otra fue...». «¡Oh, Bruno! —lo interrumpió su hermana—. ¡Eso no era una adivinanza!». «¡Sí lo era!», contestó Bruno, airado).

Para entonces, un camarero le había servido a Bruno un plato lleno de algo, lo cual hizo que se olvidara del pudin de pasas.

—Otra ventaja de las cenas de gala —explicó el profesor alegremente, para quien quisiera escucharle— es que lo ayuda a uno a ver a sus amigos. Si quieres ver a un hombre, ofrécele algo de comer. Con los ratones pasa lo mismo.

—Este gato es muy bueno con los *datones* —dijo Bruno, indignándose a acariciar un ejemplar notablemente rollizo de la especie que acababa de entrar con andares bamboleantes en la sala, y que se estaba frotando cariñosamente contra la pata de su silla—. *Pod favod*, Silvia, echa un poco de leche en tu platito. ¡El *mimino* tiene *muchósima* sed!

—¿Por qué quieres mi platito? —preguntó Silvia—. ¡Tú ya tienes uno!

—Ya lo sé —contestó Bruno—, pero quería el mío para *ponedle otdo* poquito más de leche.

Silvia puso cara de no estar muy convencida; no obstante, parecía completamente imposible que pudiera negarse alguna vez a una petición de su hermano; de modo que, sin decir nada más, llenó el platito de su taza con leche y se lo pasó a Bruno, el cual se bajó de su silla para dárselo al gato.

—Hace mucho calor en la sala, con toda esta gente —le comentó el profesor a Silvia—. Me pregunto por qué no ponen algunos bloques de hielo en la chimenea. Uno la llena de carbón en el invierno, ya sabes, y se sienta en torno a ella para disfrutar del calor. ¡Qué agradable sería llenarla de hielo y hacer lo mismo con el fresquito!

A pesar del calor que hacía, la idea le provocó un ligero escalofrío a Silvia.

—Hace mucho frío fuera —señaló—. Hoy casi se me congelan los pies.

—¡Eso es culpa del zapatero! —repuso con jovialidad el profesor—. ¡Cuántas veces habré tenido que explicarle que debería hacer botas con pequeños soportes de hierro bajo las suelas, para instalar candiles! Pero nunca piensa. Nadie tendría frío, si tan sólo atendieran a esos pequeños detalles. Yo mismo siempre utilizo tinta caliente en invierno. ¡A poca gente se le ocurre alguna vez! ¡Con lo simple que es!

—Sí, mucho —asintió educadamente Silvia—. ¿Ya no quiere más el gato? —Esta pregunta era para Bruno, que había devuelto el platito lleno hasta la mitad.

Pero Bruno no la oyó.

—Hay alguien *dascando* la *puedta podque* quiere *entdad* —dijo—. Luego se descolgó de su silla y se acercó a la entrada para asomarse con cuidado.

—¿Quién era? —preguntó Silvia, una vez que su hermano hubo vuelto a su sitio.

—Un *datón* —explicó Bruno— que se asomó. Y vio al gato. Y dijo: «Ya *veniré otdo* día». Y yo le dije: «No tienes de qué *asustadte*. El gato es muy buenísimo con los *datones*». Y él contestó: «Pero es que tengo un asunto *impodtante* que debo *atended*»: Y añadió: «Me pasaré *otda* vez mañana». Y luego: «Dale *decueddos* al gato».

—¡Qué gato más gordo! —exclamó el lord canciller, inclinándose por delante del profesor para dirigirse a su pequeño vecino de asiento—. ¡Es totalmente asombroso!

—Era *tdemendamente goddo* al *entdad* —dijo Bruno—, así que sería *muchósimo* más *asombdoso* que adelgazara en un momento.

—¿Y esa fue la razón, supongo —planteó el lord canciller—, de que no le dieras el resto de la leche?

—No —negó Bruno—. Fue *pod* una *dazón mejod*. ¡Le quité el platito *podque* no le estaba gustando nada!

—A mí no me lo parece —apuntó el lord canciller—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—*Podque gduñía con la gadganta*.

—¡Oh, Bruno! —exclamó Silvia—. ¡Así es como expresan los gatos que están contentos!

Bruno no parecía convencido.

—No es buen modo —objetó—. ¡Tú no *decirías* que estoy contentó, si hiciera ese *duido* con la *gadganta*!

—¡Qué niño más singular! —musitó para sí mismo el lord canciller, pero Bruno lo había oído.

—¿Qué significa «un niño *singulad*»? —le susurró a Silvia.

—Significa «un» niño —le contestó Silvia, también susurrando—. Y «plural» significa dos o tres.

—Entonces me *alegdo* muy *muchósimo* de *sed* un niño *singulad* —declaró Bruno con gran énfasis—. ¡Sería *horible sed* dos o *tdes* niños! ¿Y si no jugaran conmigo?

—¿Por qué deberían hacerlo? —planteó el otro profesor, despertando repentinamente de un profundo ensimismamiento—. Es posible que estuviesen dormidos, ¿sabes?

—No, si yo estoy *despiedto* —dijo Bruno, astutamente.

—¡Oh, pero podría ocurrir! —objetó el otro profesor—. Los niños no se van a dormir todos a la vez, ¿sabes? Con lo que estos muchachos... ¿pero de quién estás hablando?

—¡Nunca se acuerda de empezar por ahí! —le susurró el profesor a los hermanos.

—¡Pues del *desto* de mí, de quién va a *sed*! —exclamó Bruno en actitud triunfante—. ¡Suponiendo que fuese dos o *tdes* niños!

El otro profesor dejó escapar un suspiro, y luego dio la impresión de estar regresando a su estado de ensimismamiento, pero de pronto se le iluminó otra vez el rostro y se dirigió al profesor:

—Ya no queda nada por hacer, ¿verdad?

—Bueno, la cena aún no ha terminado —recordó el profesor con una sonrisa de desconcierto—, ni el calor que hemos de soportar. Espero que disfrute de la cena, aunque sepa a poco, y que no le importe el calor, aunque sepa a mucho.

La frase parecía correcta, mas de algún modo no la entendí del todo, y daba la impresión de que el otro profesor no estaba en mejor situación.

—¿Sepa a mucho qué? —demandó con irritación.

—Sepa a mucho menos de lo que podría saber —respondió el profesor, recurriendo a la primera idea que le vino a la cabeza.

—¡Ah, ahora entiendo lo que quiere decir! —apuntó el otro profesor de manera gentil—. ¡Está muy mal expresado, pero ahora lo entiendo perfectamente! Hace trece minutos y medio —continuó, mirando primero a Bruno y luego su reloj mientras hablaba—, dijiste: «Este gato es muy bueno con los *datones*». ¡Debe de ser un animal singular!

—Sí que lo es —contestó Bruno, tras examinar con atención al gato, con objeto de asegurarse de cuántos había.

—¿Pero cómo sabes que se porta bien con los *datones*, o, hablando más correctamente, los ratones?

—Porque juega con ellos —explicó Bruno— para que se *diviedtan*, ¿sabe?

—Pero eso es justo lo que no tengo claro —replicó el otro profesor—. ¡Yo creo que juega con ellos para matarlos!

—¡Oh, eso pasa por *accidente*, en *dealidad*! —empezó a argumentar Bruno, con tanta vehemencia, que era obvio que ya le había planteado aquella misma dificultad al gato—. Me lo ha *esplicado* todo, *mientdas* se bebía la leche. Dijo: «Les enseño a los *datones* juegos nuevos, y a ellos les encanta». Y luego: «A veces pasan *accidentes*, y los *datones* se matan a sí mismos». Y luego: «*Siempde* me da *muchósima* pena, cuando sucede». Y luego...

—Si le diera tantísima pena —terció Silvia, con cierto desdén—, ¡no se comería a los ratones después de haberse matado a sí mismos!

Pero era obvio que también esta dificultad había sido tenida en cuenta en la exhaustiva discusión ética que acababa de tener lugar.

—Él dijo —el orador omitía constantemente, como algo superfluo, su parte del diálogo, y daba simplemente las contestaciones del gato—: «Los *datones muedtos* nunca ponen *ojeciones* a que se los coman». Y luego: «No tiene sentido *despeddiciad* unos buenos *datones*». Y luego: «*Podque despeddiciad...*» —nosequenosecuántos. Y luego: «y tal vez vivas para *decid*. “¡Ojalá tuviera aquel *datón* del que entonces *pdescindí!*”». Y luego...

—¡No ha tenido tiempo de decir tantas cosas! —interrumpió Silvia en tono indignado.

—¡No sabes cómo hablan los gatos! —replicó Bruno desdeñosamente—. ¡Lo hacen muy *dapidísimo*!

Capítulo 23

El cuento del cerdo

A esas alturas, los apetitos de los invitados parecían casi saciados, y hasta Bruno se atrevió a decir, al ofrecerle el profesor un cuarto trozo de pudín de pasas: «¡Cdeo que tdes son suficientes!».

De pronto el profesor dio un respingo como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica.

—¡Caramba, casi me olvido de la parte más importante del acto! El otro profesor ha de recitar un cerdo de un cuento... quiero decir, un cuento de un cerdo —se corrigió a sí mismo—. Tiene unas estrofas introductorias al principio, y al final.

—No puede tener estrofas introductorias al final, ¿o sí? —dijo Silvia.

—Espera a escucharlo —la instó el profesor—, entonces lo entenderás. No estoy seguro de que no tenga también alguna por la mitad. —Se puso en pie en ese momento, y se produjo un silencio instantáneo en todo el salón de banquetes; evidentemente, esperaban un discurso.

—Damas y caballeros —empezó el profesor—, el otro profesor va a tener la amabilidad de recitar un poema. El título del mismo es «El cuento del cerdo». ¡Jamás lo ha recitado con anterioridad! —(Ovación general entre los invitados)—. ¡Nunca volverá a hacerlo! —(Entusiasmo desatado y toda la sala lanzando vítores como loca, con el propio profesor, tras haberse subido corriendo a la mesa, dirigiendo estos últimos y sosteniendo sus anteojos en una mano y una cuchara en la otra).

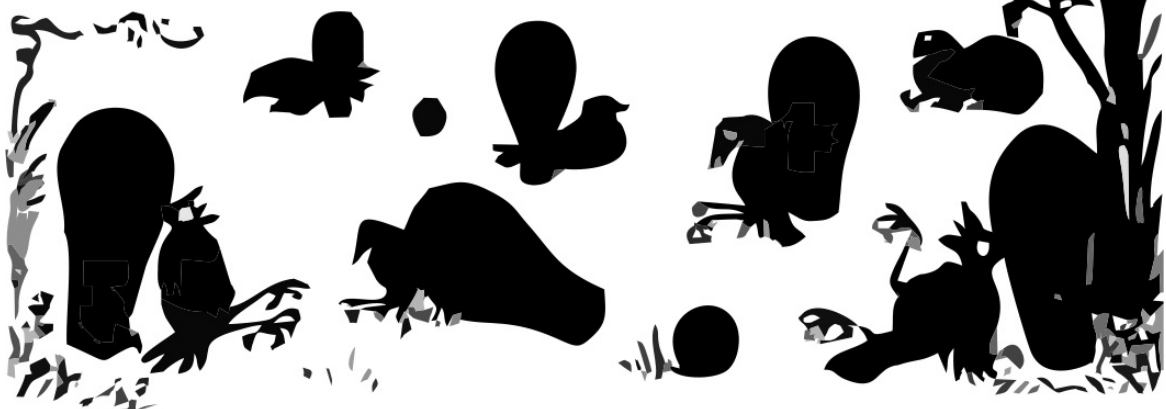
Entonces el otro profesor se puso en pie y empezó a recitar:



Los pajarillos se atracan
con disimulo y sigilo,
en una celda escondidos;
por obra de camareros,
digo, de precioso atuendo:
narrar es mi cometido.

Los pajarillos engordan
a jueces con mermelada,
rica en carne churruscada;
muy rico, digo, en ostras
que claustros sombríos rondan:
es de mí de quien hablaba.

Los pajarillos enseñan
a sonreír a unos tigres,
de cualquier malicia libres;
sonreír sin doblez, digo,
con la boca en semicírculo:
esa es la forma admisible.



Los pajarillos dormitan
entre los bolos de un campo,
donde gana el derrotado;
donde, digo, como quiere
estornuda, si le viene.
Y aquí da inicio el relato.

Había una vez un cerdo sentado a solas
junto a una fuente rota,
que día y noche se lamentaba;
a un corazón de piedra habría conmovido
verlo retorcerse las pezuñas y soltar gemidos
porque era incapaz de saltar.

Un cierto camello oyó sus voces
—un camello con joroba—:
«¡Oh!, ¿se trata de un pesar, o de gota?
¿A qué vienen esos berridos?».
Y el cerdo contestó, con morro tembloroso:
«¡Es que no puedo saltar!».

Aquel camello lo escrutó con ojos soñolientos.
«En mi opinión, estás demasiado rechoncho.
Jamás conocí a un cerdo tan grueso,
que se bamboleara tanto al andar,
y que pudiese, por mucho que lo intentara,
¡hacer algo semejante a saltar!»



»Aun así, ¿ves aquellos árboles, a dos millas de aquí,
que forman un bosquecillo tupido?
Si pudieras trotar hasta él dos veces al día,
sin detenerte nunca a descansar ni jugar,
dentro de mucho... ¿quién sabe?,
tal vez estuvieses en forma para saltar».

El camello se fue, dejándolo allí,
junto a la fuente rota.
Llenaban el aire sus gritos de angustia.
Se tiraba de los pelos, se retorció las pezuñas,
porque no era capaz de saltar.

Pasó por la zona una rana
acicalada y lustrosa, aunque boba;
le echó un vistazo con ojos inexpresivos
y dijo: «¡Oh, cerdo!, ¿por qué lloras?».
Amarga fue la respuesta del cochino:
«¡Porque no puedo saltar!».

La rana sonrió con regocijo
y se dio un golpe en el pecho.
«¡Oh, cerdo! —dijo—, sigue mis preceptos
y verás qué te depara el destino.
¡Ahora mismo, a cambio de una nimiedad,
te enseñaré a saltar!

»Tal vez te desmayes de muchas caídas
y quedes magullado por cantidad de trompazos.
Pero si perseveras hasta el final,
y practicas primero con algo bajo
hasta un muro de tres metros alcanzar,
¡descubrirás que puedes saltar!«.

El cerdo alzó la vista con un respingo de gozo:
«¡Oh, rana, eres formidable!
Tus palabras han curado mi intenso dolor.
Vamos, di lo que quieres y cumple tu parte:
trae consuelo a un quebrado corazón
¡enseñándome a saltar!«.

«El pago será de carnero una chuleta.
Y esta fuente rota mi meta.
¡Observa con qué suavidad
me planto en lo alto!
Ahora dobla las rodillas y ¡alehop!:
¡así es como se da un salto!«.



El cerdo se levantó y arremetió de lleno
contra la fuente rota;
cayó rodando como un saco vacío

hasta quedar de espaldas tendido,
rompiéndose de una vez todos los huesos.
Fue un salto fatal.

Cuando el otro profesor terminó de recitar esta última estrofa, cruzó el salón hasta la chimenea y metió la cabeza por el conducto. Al hacerlo, perdió el equilibrio, cayó de cráneo en la parrilla vacía y quedó tan firmemente atascado en ella que llevó cierto tiempo conseguir sacarlo de allí.

—Cdeí que quería *ved* cuánta gente había *dentdo* de la *chibenea* —había tenido tiempo de decir Bruno.

—Chimenea, no *chibenea* —lo había corregido Silvia.

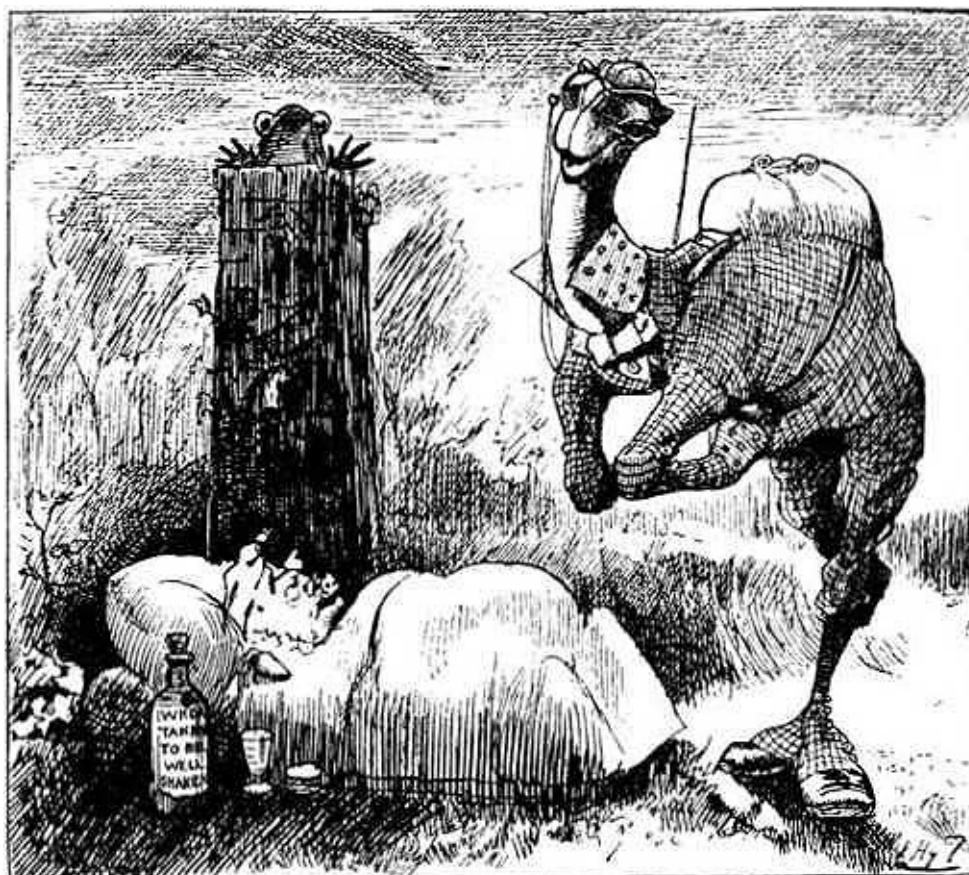
—¡No digas bobadas! —había contestado Bruno.

Todo esto mientras sacaban al otro profesor.

—¡Se le debe de haber quedado la cara negra! —señaló la emperatriz con preocupación—. ¿Quiere que mande traer un poco de jabón?

—No, gracias —rechazó el ofrecimiento el otro profesor, manteniendo la cara girada hacia otro lado—. El negro es un color totalmente respetable. Además, el jabón sería inútil sin agua...

Dándole completamente la espalda a la audiencia, prosiguió con los versos introductorios:





Los pajarillos escriben libros de gran interés, lectura para los chefs; lectura, digo, no asados: el texto, si está tostado, deja de verse tan bien.

Los pajarillos practican con sus gaitas en la playa, donde turistas descansan: «¡Gracias! —gritan—.! ¡ Genial., sí! ¡Oh, tomad este chelín! ¡Pero basta de parranda!».

Los pajarillos empapan a cocodrilos con crema, tal si soñando estuvieran; sí... pero el sueño no dura: ¡un cocodrilo en ayunas es más de lo que aparenta!



El camello pasó junto a la fuente
cuando el día ya oscurecía.
«¡Oh, corazón quebrado! ¡Oh, miembro partido!
¡Hay que ser —le dijo el camello—
un poco más grácil y esbelto
para un salto ejecutar!».

El cerdo yacía inmóvil como una piedra,
y ni sacudir una pata podía;
tampoco se lo vio, a decir verdad,
volver a quejarse jamás,
ni retorcer sus pezuñas o gemir,
por ser incapaz de saltar.

La rana guardó silencio,
pues se encontraba de lo más abatida:
sabía que la consecuencia del hecho
era quedarse sin chuleta, necesariamente;
¡y allí continúa sentada con desconsuelo
en lo alto de aquella fuente!

—¡Qué historia más *tdisté!* —dijo Bruno—. Empieza *tdiste*, y acaba más *tdiste* aún. *Cdeo* que voy a *llorad*. Silvia, déjame tu pañuelo, *pod favod*.

—No lo tengo aquí —susurró Silvia.

—Entonces, no lloraré —declaró Bruno valientemente.

—Todavía hay más estrofas introductorias —comunicó el otro profesor—, pero tengo hambre. —Se sentó, cortó un gran pedazo de bizcocho, lo puso en el plato de Bruno y se quedó mirando su propio plato vacío con cara de estupefacción.

—¿De dónde has sacado ese bizcocho? —le susurró Silvia a Bruno.

—Me lo ha dado él —contestó su hermano.

—¡Pero no deberías pedir cosas! ¡Sabes que está mal!

—¡Yo no lo pedí! —dijo Bruno, tomando un nuevo bocado—; ¡me lo dio él!
Silvia meditó la cuestión un instante, y entonces vio cómo resolverla.

—Bien, en tal caso, ¡pídele que me dé un poco a mí!

—Pareces deleitarte con ese bizcocho, ¿no? —observó el profesor.

—¿Significa eso «*masticad*»? —le preguntó Bruno en voz baja a su hermana.
Silvia asintió con la cabeza.

—Significa «masticar» y «gustarte masticar».

Bruno le sonrió al profesor.

—Sí que me deleito —dijo.

El otro profesor oyó sus palabras.

—¿Y no te deleitas también con la compañía, jovencito? —inquirió.

La cara de horror que puso Bruno lo asustó sobremanera.

—¡Pues claro que no! —saltó este.

El otro profesor parecía estar totalmente confundido.

—¡Bueno, bueno! —dijo—. ¡Prueba un poco de vino de primavera! —Llenó un vaso y se lo dio a Bruno—. ¡Bebe esto, bonito, y ya no serás el mismo!

—¿Quién seré? —preguntó Bruno, deteniéndose cuando se lo llevaba a los labios.

—¡No hagas tantas preguntas! —terció Silvia, deseosa de ahorrarle más confusión al pobre anciano—. ¿Y si le pedimos al profesor que nos cuente una historia?

Bruno aprobó la idea con entusiasmo.

—¡Sí, *pod favod!* —gritó exaltado—. ¡Algo sobde tigdes... y abejoros... y petirojos!, ¿vale?

—¿Por qué has de meter siempre criaturas en las historias? —preguntó el profesor—. ¿Por qué no introduces acontecimientos, o circunstancias?

—¡Oh, *pod favod*, invente una historia así! —pidió Bruno a voces.

El profesor empezó con bastante soltura:

—Había una vez una coincidencia dando un paseo con un pequeño accidente, y se encontraron con una explicación, una explicación viejísima, tan vieja que iba completamente doblada sobre sí misma, y parecía más un enigma... —Cesó repentinamente su relato.

—¡Por favor, siga! —exclamaron ambos niños.

El profesor se sinceró:

—Me resulta muy difícil inventar una historia de ese tipo. ¿Qué tal si Bruno cuenta una primero?

Bruno aceptó la sugerencia contentísimo.

—Había una vez un *ceddo*, un *acoddeón* y dos botes de *medmelada* de naranja...

—El *dramatis personae* —musitó el profesor—. ¿Y qué pasó entonces?

—Pasó que, cuando el *ceddo* tocó el *acoddeón* —continuó Bruno—, a uno de los botes de *medmelada* de naranja no le gustó la canción, y al *otdo* bote de *medmelada* de naranja sí... ¡seguro que me voy a *haced* un lío con los botes, Silvia! —susurró con preocupación.

—Ahora recitaré las demás estrofas introductorias —anunció el otro profesor.



Los pajarillos ahogan
con pan a unos «baronets»,
y dar tiros saben bien;
tiros, digo, en invierno
a salmones —ya fragmentos—
lo hacen por puro placer.

Los pajarillos ocultan
sus crímenes en carteras,
y de ciervos connivencia;
connivencia y luego palos,
pues acaban devorados
si la memoria flaquea.

Los pajarillos ya catan
oro y agradecimientos,
pálidos por enfriamiento;
pálidos y contrariados:
las campanas han sonado
y llega a su fin el cuento.



—Lo siguiente —comentó alegremente el profesor al lord canciller en cuanto el aplauso, motivado por el recital del cuento del cerdo, hubo acabado— es brindar en honor del emperador, ¿no es así?

—¡Indudablemente! —repuso el lord canciller con gran solemnidad, al tiempo que se ponía en pie para dar las instrucciones necesarias para la ceremonia—. ¡Llenen sus copas! —rugió. Todos lo hicieron, sin perder un segundo—. ¡Beban a la salud del emperador! —Un gorgoteo generalizado resonó por todo el salón—. ¡Tres hurras por el emperador! —Este anuncio se vio seguido por el murmullo más débil posible, y el canciller, con una presencia de ánimo admirable, proclamó inmediatamente—: ¡El emperador va a hablar!

Este inició su discurso casi antes de que el canciller pronunciase aquellas palabras.

—Pese a mi escasa disposición a ser el emperador... dado que todos así lo deseáis... ya sabéis lo mal que el difunto rector manejaba las cosas... con semejante entusiasmo como habéis mostrado... él os perseguía... os cobraba demasiados impuestos... sabéis quién es el más indicado para ser emperador... mi hermano carecía de sentido común...

Cuánto podría haber durado aquel curioso discurso resulta imposible de decir, pues justo en ese momento un huracán sacudió el palacio hasta los cimientos, abriendo de golpe las ventanas, apagando algunas de las lámparas y llenando el aire de nubes de polvo, las cuales adoptaban formas extrañas y parecían formar palabras.

Pero la tormenta amainó tan súbitamente como se había levantado: las ventanas volvieron a cerrarse; el polvo desapareció; todo estaba como un instante antes... a excepción del emperador y la emperatriz, en los cuales se había producido un cambio maravilloso. La mirada perdida y la sonrisa sin sentido se habían esfumado: todos podían ver que estos dos extraños seres habían recobrado el juicio.

El emperador retomó su discurso como si no hubiese tenido lugar ninguna interrupción:

—Y nos hemos comportado, mi esposa y yo, como dos bellacos redomados. No merecemos mejor calificativo. Cuando mi hermano se marchó, perdisteis al mejor rector que habéis tenido jamás. Y yo he hecho todo lo posible, pues soy un maldito hipócrita, para lograr con argucias que me convirtierais en emperador. ¡A mí! ¡Alguien que apenas tiene cerebro para ser limpiabotas!

El lord canciller se retorció las manos con desesperación.

—¡Está loco, buenos señores! —había empezado a decir. Pero el emperador y él dejaron repentinamente de hablar... y, en mitad del silencio absoluto que siguió, se oyó que alguien llamaba a la puerta principal.

—¿Qué es eso? —fue el grito general. La gente comenzó a entrar y salir corriendo del salón. La agitación crecía por momentos. El lord canciller, olvidando todas las reglas protocolarias de la corte, cruzó el vestíbulo tan rápido como pudo,

para regresar un instante después, pálido y jadeante.

Capítulo 24

El retorno del pordiosero

—¡Alteza imperial! —empezó a decir—. ¡Es el viejo pordiosero otra vez! ¿Le echo los perros?

—¡Traedlo aquí! —ordenó el emperador.

El canciller apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿Aquí, alteza imperial? ¿He entendido correctamente...?

—¡Traedlo aquí! —rugió de nuevo el emperador. El canciller atravesó el vestíbulo tambaleándose y, un momento después, la multitud se abrió y se vio entrar en el salón de banquetes al pobre y viejo pordiosero.

Se trataba desde luego de una visión lastimosa: los harapos que colgaban de su cuerpo estaban totalmente salpicados de barro; su cabello cano y su larga barba se encontraban salvajemente revueltos. Aun así, caminaba erguido, con paso majestuoso, como si estuviese acostumbrado a impartir órdenes, y, lo que resultaba más extraño de todo, Silvia y Bruno lo acompañaban, aferrados a sus manos y mirándolo con mudas expresiones de amor.

La gente permanecía expectante para ver cómo recibiría el emperador al osado intruso. ¿Lo tiraría rodando por las escaleras del estrado? Pero no. Para su completo asombro, el emperador se arrodilló al acercarse el pordiosero, y con la cabeza inclinada murmuró:

—¡Perdónanos!

—¡Perdónanos! —repitió de manera dócil la emperatriz, al tiempo que se arrodillaba al lado de su esposo.



El paria sonrió.

—¡Levantaos! —dijo—. ¡Os perdono! —Y la gente vio maravillada que se había producido un cambio en el viejo pordiosero, a la vez que hablaba. Lo que hasta entonces habían parecido mugrientos andrajos y manchas de barro resultaron ser en realidad atavíos reales, con bordados de oro y centelleantes gemas. Todos lo reconocieron entonces, e hicieron una reverencia ante el hermano mayor, y auténtico rector.

»¡Hermano mío y cuñada mía! —empezó a decir este último, con una voz clara que se escuchó en todo el vasto salón—. No vengo a molestaros. Sigue gobernando, como emperador, y hazlo sabiamente. Pues he sido elegido rey de Elfolandia. Mañana regreso allí, y no abandonaré el reino, salvo para... para... —Le tembló la voz y, con una expresión de inefable ternura, colocó sus manos en silencio sobre las cabezas de los dos niños que lo flanqueaban, agarrados a él.

Pero no tardó nada en recobrarle, y le indicó con un gesto al emperador que retomara su lugar en la mesa. Los demás comensales se sentaron de nuevo, hallándose hueco para el rey elfo entre sus dos hijos, y el lord canciller se puso en pie una vez más, para proponer el siguiente brindis.

—Brindemos ahora por... el protagonista del día... ¡caramba, si no está aquí! —

se interrumpió, preso del desconcierto.

¡Dios santo! ¡Todo el mundo se había olvidado del príncipe Uggug!

—Fue informado del banquete, ¿verdad? —dijo el emperador.

—¡Indudablemente! —repuso el canciller—. Esa tarea le correspondía al jefe de vuestra guardia personal.

—¡Que se adelante el jefe de la guardia! —dijo con gravedad el emperador.

El primero obedeció.

—Yo atendía a su obesidad imperial —fue la declaración del tembloroso oficial—. Le informé de la charla y el banquete...

—¡Sigue! —mandó el emperador, ya que el infeliz parecía casi demasiado asustado para continuar.

—Su obesidad imperial tuvo el generoso placer de mostrarse irritado, propinarme un sopapo y proferir: «¡Me trae sin cuidado!».

—«Sin-cuidado» acabó mal —le susurró Silvia a Bruno—. No estoy segura, pero creo que lo colgaron^[*].

El profesor oyó lo que había dicho.

—Ese resultado —comentó en actitud indiferente fue solamente un caso de confusión de identidad.

Ambos niños pusieron cara de no entender nada.

—Permitid que os lo explique. Sin-cuidado y Cuidados eran dos hermanos gemelos. Cuidados, como sabéis por el refrán, mató al asno. Y detuvieron por equivocación a Sin-cuidado, y fue a él a quien colgaron. De manera que Cuidados sigue vivo todavía. Pero vivir sin su hermano ha hecho de él alguien muy taciturno. Esa es la razón de que la gente diga: «¡Allá penas y Cuidados!».

—¡Gracias! —dijo Silvia efusivamente—. Es extremadamente interesantísimo. Tal como yo lo veo, ¡eso lo explica todo!

—Bueno, todo todo no —replicó el profesor de manera modesta—. Hay dos o tres problemas científicos...

—¿Qué impresión general te dio su obesidad imperial? —preguntó el emperador al jefe de su guardia.

—Mi impresión fue que su obesidad imperial tiene cada vez más tendencia a...

—¿A qué?

Todos aguardaron la siguiente palabra con el aliento contenido.

—¡A pinchar!

—¡Que lo traigan de inmediato! —exclamó el emperador. Y el jefe de la guardia partió como un rayo. El rey elfo meneó apenado la cabeza.

—¡Es inútil! ¡Inútil! —murmuró para sí—. ¡Está falto de amor!

Pálido, tembloroso, mudo y con paso lento regresó el jefe de la guardia.

—¿Y bien? —inquirió el emperador—. ¿Por qué no se presenta el príncipe?

—No es difícil ver —opinó el profesor— que su obesidad imperial está, sin duda, preocupadín.

Bruno lanzó una solemne mirada de curiosidad a su anciano amigo.

—¿Qué significa esa *palabda*?

Pero el profesor no se percató de la pregunta. Estaba esperando con atención la respuesta del jefe de la guardia.

—¡Como desee su alteza! Su obesidad imperial es... —No logró articular ni una palabra más.

La emperatriz se levantó presa de una súbita preocupación.

—¡Vayamos a buscarlo! —gritó. Y todo el mundo se dirigió en tromba hacia la puerta.

Bruno se deslizó fuera de su silla en un instante.

—¿Podemos *id nosotdos* también? —preguntó con impaciencia. Pero el rey no oyó la pregunta, pues el profesor le estaba hablando—. ¡Preocupadín, majestad! —estaba diciendo—. ¡Eso es lo que está, no cabe duda!

—¿Podemos *id a vedle*? —repitió Bruno. El rey asintió con la cabeza, y los niños marcharon a la carrera. Regresaron al poco, con paso lento y expresión grave.

—¿Y bien? —inquirió el rey—. ¿Qué le pasa al príncipe?

—Es... lo que usted dijo —contestó Bruno mirando al profesor—. Esa *palabda* tan difícil. —Luego se volvió hacia su hermana en busca de ayuda.

—Puercoespín —dijo Silvia.

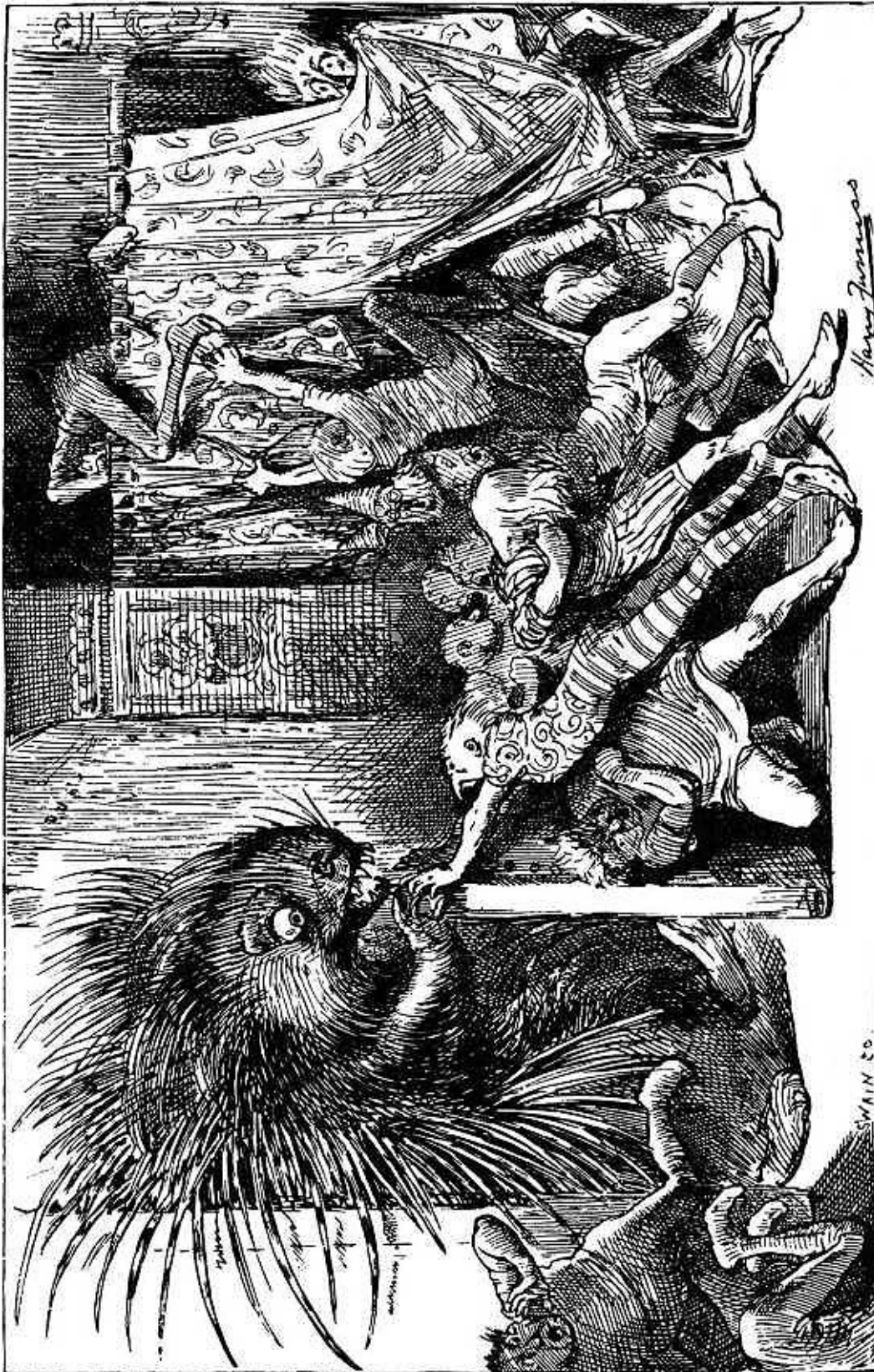
—¡No, no! —la corrigió el profesor—. «Preocupadín», quieres decir.

—No, es «puercoespín» —insistió Silvia—. No esa otra palabra, para nada. ¿Le importaría venir? Hay un circo enorme montado en la casa. —(«¡Y más vale que *tdaiga* unos gemelos para *ved* la función!», agregó Bruno).

Nos levantamos con gran apremio y seguimos a los niños escaleras arriba. Nadie se percató en lo más mínimo de mi presencia, pero esto no me sorprendió en absoluto, ya que hacía largo rato que me había dado cuenta de que era totalmente invisible para todos ellos, hasta para Silvia y Bruno.

A lo largo de toda la galería que conducía al aposento del príncipe, una agitada muchedumbre iba y venía en oleadas, y la babel de voces resultaba ensordecadora: había tres hombres musculosos apoyados contra la puerta de la habitación, tratando en vano de cerrarla, pues desde dentro algún tipo de animal de gran tamaño no paraba de embestir contra ella, abriéndola hasta la mitad, y alcanzamos a ver fugazmente, antes de que los hombres lograran devolverla otra vez a su posición a empujones, la cabeza de una bestia salvaje y furiosa, con grandes ojos encendidos y dientes rechinantes. Su voz era una especie de mezcla: había rugidos de león y bramidos de toro, y de vez en cuando un chillido como el de un loro gigante.

—¡Es imposible de determinar por la voz! —gritó enormemente emocionado el profesor—. ¿Qué es? —preguntó a voces a los hombres en la puerta. Y un coro entero le respondió:



—¡Un puercoespín! ¡El príncipe Uggug se ha convertido en un puerco espín!

—¡Un nuevo espécimen! —exclamó el encantado profesor—. Déjenme pasar, se lo ruego. ¡Debería ser catalogado de inmediato!

Pero lo único que hicieron los hombres musculosos fue hacerle retroceder de un empujón.

—¡Cómo que catalogarlo! ¿Es que quiere que lo devore? —gritaron.

—¡Olvídese de especímenes, profesor! —dijo el emperador, abriéndose camino entre la multitud—. ¡Díganos cómo ponerlo a salvo!

—¡Una jaula grande! —repuso de inmediato el profesor—. ¡Traed una jaula grande —indicó en general hacia la gente— con fuertes barrotes de acero y una reja levadiza como la de una trampa para ratones! ¿Alguien tiene a mano algo así, por un casual?

No parecía algo que nadie fuese a tener a mano y, sin embargo, le trajeron una en el acto; curiosamente, resultó que había una en mitad de la galería.

—¡Colocadla de cara a la puerta, y subid la reja! —Esto se hizo en un momento.

»¡Ahora unas mantas! —voceó el profesor—. ¡Este es un experimento de lo más interesante!

Había casualmente por allí al lado una pila de mantas, y no había terminado prácticamente el profesor de decir las palabras cuando ya las tenían todas desplegadas y sujetas en alto como cortinas por doquier. El profesor se ocupó rápidamente de que las colocaran formando dos hileras, a modo de un corredor oscuro que condujera directamente de la puerta a la entrada de la jaula.

—¡Ahora abrid la puerta! —Para esto no hizo falta hacer nada: los tres hombres sólo tuvieron que apartarse de un salto y el espantoso monstruo la abrió él solo de un empujón, tras lo cual, con un chillido que sonó como el silbido de una máquina de vapor, se abalanzó al interior de la jaula.

—¡Bajad la reja! —Dicho y hecho, y todos respiraron aliviados de nuevo, al ver al puercoespín a buen recaudo.

El profesor se frotó las manos con infantil alborozo.

—¡El experimento ha sido un éxito! —proclamó—. Todo lo que hace falta ahora es darle de comer tres veces al día, a base de zanahorias picadas y...

—¡Olvídese por el momento de su comida! —lo interrumpió el emperador—. Volvamos al banquete. Hermano, tú primero, por favor. —Y el anciano, acompañado de sus hijos, encabezó el desfile de gente escaleras abajo.

—¡Ahí tienes el destino de una vida sin amor! —le dijo a Bruno, mientras regresaban a sus sitios. A lo cual este contestó:

—¡Yo *siempde* he querido a Silvia, así que nunca pincharé como lo hace él!

—Ahora el príncipe Uggug pincha mucho, ciertamente —comentó el profesor, que había oído las últimas palabras—, pero por muy puercoespín que sea, ¡sigue teniendo sangre real! Una vez que acabe el festín, voy a llevarle un pequeño regalo... sólo para que se calme, ya sabéis; no es agradable vivir en una jaula.

—¿Qué le va a *degalad pod* su cumpleaños? —inquirió Bruno.

—Un platito de zanahoria picada —respondió el profesor—. En lo relativo a regalos de cumpleaños, mi lema es... ¡que sean baratos! Me parece que ahorro cuarenta libras al año por regalar... ¡oh, qué punzada de dolor!

—¿Qué le pasa? —preguntó Silvia con preocupación.

—¡Mi viejo enemigo! —gimió el profesor—. Lumbago, reumatismo, esas cosas.

Creo que iré a tumbarme un rato. —Y salió renqueando del salón, bajo la compasiva mirada de los dos niños.

—¡No tardará en ponerse mejor! —dijo en tono jovial el rey elfo—. ¡Hermano! —agregó, girándose hacia el emperador—. Tengo algunos asuntos que discutir contigo esta noche. La emperatriz cuidará de los niños. —Y los dos hermanos se marcharon juntos, cogidos del brazo.

A la emperatriz los niños le parecieron una compañía bastante triste. No sabían hablar de otra cosa que no fuera «el querido profesor» y «qué pena que esté tan malito», hasta que acabó por hacer la bien recibida propuesta: «¡Vayamos a verlo!».

Los niños agarraron con entusiasmo las manos que ella les tendió y nos dirigimos al estudio del profesor, donde lo encontramos tumbado en el sofá, tapado con unas mantas, y leyendo un pequeño cuaderno de apuntes.

—¡Notas sobre el volumen tres! —musitó, levantando la vista hacia nosotros. Y allí, en una mesa cercana a él, yacía el libro que había estado buscando la primera vez que lo vimos.

—¿Cómo se encuentra ahora, profesor? —preguntó la emperatriz, inclinándose sobre el inválido.

El profesor miró hacia arriba, y sonrió débilmente.

—¡Tan fiel a su alteza imperial como siempre! —dijo con un hilillo de voz—. ¡Todo en mí es lealtad, a excepción del lumbago!

—¡Qué sentimiento más encantador! —exclamó la emperatriz con lágrimas en los ojos—. ¡Una apenas oye cosas tan bonitas... ni siquiera en una tarjeta de San Valentín!

—Tenemos que llevarlo a pasar una temporada en la playa —dijo Silvia de manera tierna—. ¡Le hará muchísimo bien! ¡Y el océano es tan grandioso!

—¡Pero una montaña lo es más! —opinó Bruno.

—¿Qué tiene el mar de grandioso? —repuso el profesor—. ¡Pero si cabría dentro de una taza de té!

—Sólo parte de él —lo corrigió Silvia.

—Bueno, únicamente se necesitaría un cierto número de tazas de té para contenerlo todo. ¿Y dónde estaría entonces la grandiosidad? En cuanto a la montaña... ¡uno podría trasladarla entera en una carretilla, si se dispusiera de unos cuantos años!

—Reducida a pedazos en la carretilla... no tendría un aspecto grandioso —admitió Silvia con franqueza.

—Pero cuando los juntas *otda* vez... —empezó a decir Bruno.

—Cuando seas mayor —saltó el profesor—, ¡sabrás que uno no puede recomponer montañas así como así! Uno vive y aprende, ¿sabes?

—Pero no tiene *pod* qué *hacedlo* la misma *pedsona*, ¿no? —planteó Bruno—. ¿No vale con que yo viva y Silvia *apdenda*?

—¡Yo no puedo aprender sin vivir! —protestó Silvia.

—¡Pero yo puedo *vivid* sin *apdended*! —replicó Bruno—. ¡Sólo tienes que *ponedme* a *pdueba*!

—Lo que quería decir era... —comenzó a explicarse el profesor, con gesto muy confundido— era... que uno no lo sabe todo, ¿entiendes?

—¡Pero yo sé todo lo que sé! —insistió el pequeñín—. ¡Sé *muchósimas* cosas! Todo, *escepto* las cosas que no sé. Y Silvia sabe todo lo demás.

El profesor emitió un suspiro y se dio por vencido.

—¿Sabes lo que es un *boojum*?

—¡Sí lo sé! —gritó Bruno—. ¡Es eso que se come y se puede *haced* en el *hodno* o fuera de él!

—Se refiere a un «bollo» —explicó Silvia en un susurro.

—No puedes hacer un bollo fuera del horno —observó el profesor en tono suave.

Bruno rio con desvergüenza.

—¡Sí que se puede! A veces el *hodno* no está para bollos.

—Había una vez un *boojum*... —empezó a contar el profesor, pero se detuvo repentinamente—. He olvidado el resto de la fábula —dijo—. Y tenía una moraleja. Me temo que también la he olvidado.

—¡Seré yo quien le cuente una *fáluba*! —se lanzó Bruno a toda prisa—. Érase una vez una langosta, una *uraca* y un maquinista. Y la moraleja es que hay que *acostumbdadse* a *maddugad*...

—¡No resulta nada interesante! —opinó Silvia con desdén—. No deberías poner la moraleja tan al principio.

—¿Cuándo inventaste esa fábula? —quiso saber el profesor—. ¿La semana pasada?

—¡No! —contestó Bruno—. ¡Hace *muchósimo* menos! ¡*Pdueba otda* vez!

—No se me ocurre —se rindió el profesor—. ¿Hace cuánto?

—¡Todavía no lo he hecho! —exclamó Bruno en actitud triunfante—. ¡Pero sí he inventado una genial! ¿Se la cuento?

—Sólo si la tienes terminada —puso Silvia como condición—. ¡Y que la moraleja sea «vuelve a intentarlo»!

—No —se negó Bruno de manera muy decidida—. ¡La moraleja es «no vuelvas a *intentadlo*»! Había una vez un bonito *hombde* de *podcelana* en lo alto de la *depisa* de la *chibenea*. Y estuvo allí *atiba muchósimo* tiempo, hasta que un día se cayó, y no se hizo ni pizca de daño. Pero lo volvió a *intentad*. Y la siguiente vez que se cayó, se hizo *muchósimo* daño, y *peddió* un montón *enodme* de esmalte.

—¿Pero cómo regresó a la repisa de la chimenea tras su primera caída? —preguntó la emperatriz. (Era la primera pregunta lógica que había formulado en toda su vida).

—¡Lo subí yo! —exclamó Bruno.

—Entonces me temo que tú sabes algo sobre por qué se cayó —dijo el profesor—. ¿Acaso lo tiraste tú?

A lo cual Bruno respondió, muy serio:

—No lo empujé mucho... era un *hombde* de *podcelana* muy bonito —se apresuró en añadir, claramente muy ansioso por cambiar de tema.

—¡Venid, hijos míos! —dijo el rey elfo, el cual acababa de entrar en la habitación—. Hemos de tener una pequeña charla antes de que os vayáis a la cama. —Y los estaba llevando afuera cuando, en la puerta, los dos soltaron sus manos y regresaron corriendo para desearle buenas noches al profesor.



—¡Buenas noches, profesor, buenas noches! —Y Bruno le estrechó solemnemente la mano al anciano, que lo miraba con una sonrisa cariñosa, mientras Silvia se inclinaba para aplicar sus dulces labios sobre la frente de este.

—¡Buenas noches, pequeños! —dijo el profesor—. Ya podéis dejarme... con mis pensamientos. Soy tan alegre como largo es el día, salvo cuando hay que meditar sobre alguna cuestión sumamente difícil. ¡Todo en mí —murmuró de manera soñolienta mientras salíamos de la habitación—, todo en mí, que no es *bonhommie*, es meditación!

—¿Qué ha dicho, Bruno? —inquirió Silvia, tan pronto como nos encontramos lo bastante lejos como para que no nos oyese.

—*Cele* o que dijo: «Todo en mí que no va en mí es mi habitación». ¿Qué es ese *duido*, Silvia?

Silvia se quedó quieta y escuchó con nerviosismo. Sonaba como si hubiera

alguien dándole patadas a una puerta.

—¡Espero que ese puercoespín no esté escapándose! —exclamó.

—¡Vamos! —la urgió Bruno—. ¡No hay motivo para *esperad!*, ¿sabes?

Capítulo 25

Vida desde la muerte

El golpeteo producido por aquellas patadas, o nudillos, crecía en intensidad por momentos, y finalmente una puerta se abrió a poca distancia de nosotros, en alguna parte.

—¿Ha dicho «¡adelante!», señor? —preguntó mi casera tímidamente.

—¡Oh, sí, adelante! —contesté—. ¿Qué sucede?

—El hijo del panadero acaba de traer una nota para usted, señor. Dijo que pasaba por el Hall cuando le pidieron que se acercara hasta aquí para dejarla.

La nota contenía únicamente cinco palabras: «Venga inmediatamente, por favor. Muriel».

Un súbito terror pareció helarme el mismo corazón. «¡El earl está enfermo! —me dije—. ¡Quizá esté muriéndose!». Y me preparé apresuradamente para salir de la casa.

—Espero que no fuesen malas noticias, señor —dijo mi casera, cuando me vio partir—. El chico dijo que tenían una visita inesperada...

—¡Espero que sea eso! —deseé en voz alta. Pero sentía más miedo que esperanza; no obstante, al acceder al Hall, me tranquilizó algo encontrar un equipaje en la entrada que portaba las iniciales «E. L.».

«¡Se trata sólo de Eric Lindon, después de todo! —pensé, en parte aliviado y en parte irritado—. ¡Desde luego, no es razón para haberme hecho venir!».

Lady Muriel me recibió en el pasillo. Los ojos le brillaban, pero su emoción se debía a la alegría, más que al pesar.

—¡Tengo una sorpresa para usted! —susurró.

—¿Se refiere a la presencia de Eric Lindon? —dije yo, tratando en vano de disimular la involuntaria amargura de mi tono. «Los pasteles del funeral se sirvieron fríos en el banquete de bodas»^[*], recité para mis adentros, sin poder evitarlo. ¡Cuán cruel y equivocadamente la estaba juzgando!

—¡No, no! —repuso ella, de forma ansiosa—. Eric está aquí, en cualquier caso. Pero... —le tembló la voz ¡pero hay otro!

Sobraban más preguntas. La seguí al interior de la casa con expectación. Allí en la cama yacía —pálido y agotado, una simple sombra de su antiguo yo ¡mi viejo amigo, regresado de entre los muertos!

—¡Arthur! —exclamé. Me vi incapaz de decir nada más.

—¡Sí, he vuelto, viejo amigo! —dijo con un hilo de voz, y sonrió al cogerle yo la mano—. Él —añadió, señalando a Eric, que se encontraba allí al lado me salvó la

vida. Me trajo de regreso. ¡Después de a Dios, Muriel, esposa mía, es a él a quien debemos estar agradecidos!

Le estreché la mano a Eric en silencio, y luego al earl, y de común acuerdo nos trasladamos todos a la zona más oscura de la habitación, donde podíamos hablar sin molestar al inválido, que yacía, callado y feliz, sosteniendo la mano de su mujer y contemplándola con ojos que resplandecían con la firme e intensa luz del amor.

—Ha estado delirando hasta hoy —explicó Eric en voz baja—, y todavía habla de manera incoherente de vez en cuando. Pero verla a ella le ha insuflado nueva vida. — Luego pasó a relatarnos, en un tono de pretendida despreocupación (yo sabía lo mucho que odiaba mostrar sus sentimientos), cómo él mismo había insistido en regresar al pueblo azotado por la plaga para sacar de allí a un hombre agonizante al que el médico había abandonado al considerar que no había solución para él, pero que, a su juicio, podía recuperarse de ser trasladado al hospital; cómo no había visto nada en aquellos rasgos demacrados que le recordase a Arthur, y no lo había reconocido hasta un mes más tarde, en una visita al hospital; cómo el doctor le había prohibido anunciar el hallazgo, alegando que cualquier impresión para el extenuado cerebro podía matarlo en el acto, y cómo había permanecido en el hospital, y cuidado al enfermo día y noche; ¡todo esto con la estudiada indiferencia de alguien que estuviera refiriendo los actos comunes y corrientes de un conocido cualquiera!

«¡Y este era su rival! —pensé—. ¡El hombre que le había arrebatado el corazón de la mujer que amaba!».

—El sol se está poniendo —dijo *lady* Muriel, levantándose y dirigiéndose a la ventana abierta—. ¡Miren el cielo del oeste! ¡Qué hermosos tonos carmesíes! Mañana tendremos un día espléndido... —Nosotros habíamos cruzado la habitación tras ella, y nos encontrábamos de pie en un pequeño grupo que conversaba quedo en la creciente penumbra, cuando nos vimos sobresaltados por la voz del enfermo, quien murmuraba unas palabras demasiado confusas para que el oído las entendiera.

—Está divagando otra vez —susurró *lady* Muriel, que regresó al lado de la cama. Nosotros también nos acercamos, pero no, aquello no eran en absoluto incoherencias producto del delirio.

—«¿Cómo recompensaré al Señor —estaban pronunciando los labios trémulos— todos los dones que me ha concedido? Recibiré la copa de la salvación, y apelaré...». —Pero entonces la debilitada memoria falló y la exánime voz se diluyó en el silencio.

Su esposa se puso de rodillas junto al lecho y le levantó un brazo que colocó entre los suyos, besando cariñosamente la delgada y lívida mano que reposaba de forma tan lánguida en su amoroso abrazo. Aquella me pareció una buena oportunidad para escabullirme sin tener que hacerla pasar a ella por ninguna clase de despedida; de modo que, tras saludar al earl y a Eric con la cabeza, abandoné en silencio la habitación. Este último me siguió escaleras abajo y afuera, a la noche.

—¿Vivirá? —le pregunté, tan pronto estuvimos lo bastante lejos de la casa como para poder hablar en un tono normal.



—¡Vivirá! —respondió con un énfasis cargado de entusiasmo—. Los médicos están totalmente de acuerdo al respecto. Todo lo que necesita ahora, dicen, es reposo, tranquilidad absoluta y buenos cuidados. Para nada le faltarán reposo y tranquilidad aquí; y, en cuanto a los cuidados, ¡vaya!, creo más que posible... —se esforzó por hacer que su temblorosa voz asumiera un tono de picardía— que, en su actual alojamiento, ¡reciba un trato bastante bueno!

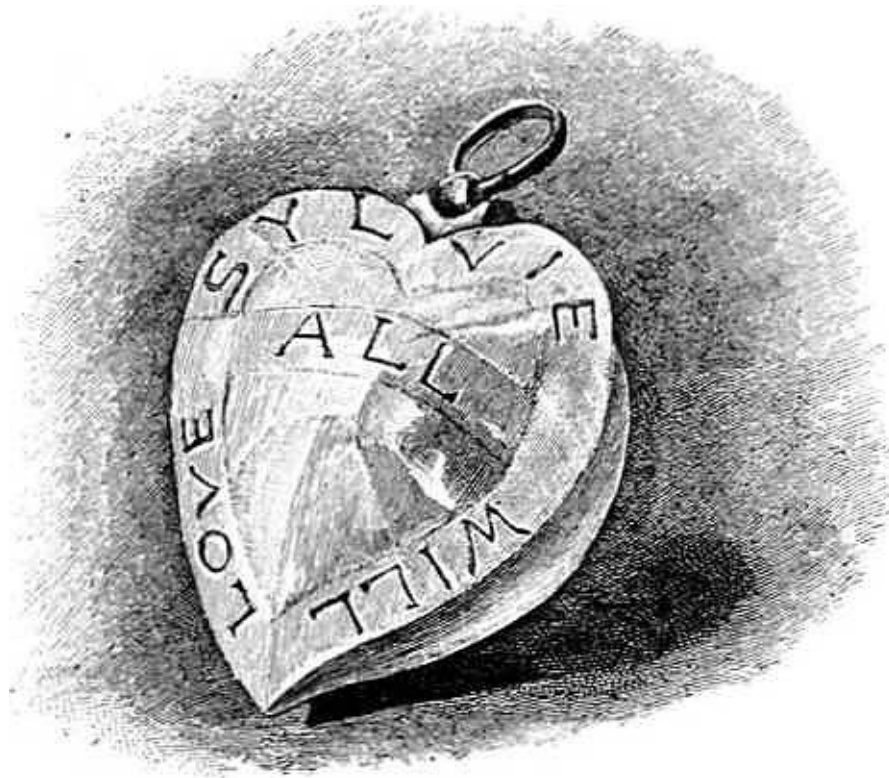
—¡Estoy convencido de ello! —afirmé—. ¡Muchas gracias por salir a comunicármelo! —Y, pensando que ya había dicho todo lo que había venido a decir, extendí mi mano para despedirme. La estrechó cálidamente y añadió, apartando el rostro mientras hablaba:

—Por cierto, hay otra cosa que quería decir: creí que le gustaría saber que... que no... que ya no pienso igual que la última vez que nos vimos. No es... que pueda aceptar la fe cristiana... todavía no, al menos. Pero todo esto ha ocurrido de un modo tan extraño. Y ella había rezado, ¿sabe? Y yo también. Y... y... —se le quebró la voz, y apenas pude escuchar sus últimas palabras— *¡hay un Dios que responde a las plegarias!* Ahora lo sé con certeza. —Estrechó mi mano una vez más y se fue bruscamente. Nunca antes lo había visto tan profundamente emocionado.

Así pues, mientras caía la noche, eché a andar tranquilamente hacia mi casa, en medio de un tumultuoso torbellino de pensamientos felices: sentía el corazón henchido y desbordado de gozo y gratitud; todo aquello que había deseado con tanto fervor, y por lo que había rezado, parecía ahora haberse hecho realidad. Y, a pesar de reprocharme a mí mismo amargamente la indigna sospecha que por un momento había albergado contra la honesta *lady* Muriel, me consolé sabiendo que no había sido más que un pensamiento fugaz.

Ni el propio Bruno podría haber subido las escaleras con paso tan ligero al tiempo que avanzaba a tientas en la oscuridad, sin que me hubiese detenido a prender una cerilla en la entrada dado que sabía que había dejado la lámpara encendida en mi sala de estar.

Pero no fue ninguna luz de lámpara corriente lo que me bañó cuando entré en la habitación, con una extraña, nueva y vaga sensación de que el lugar se encontraba bajo el efecto de algún encantamiento sutil. La luz, más intensa y dorada de lo que ninguna



lámpara podría despedir, inundaba la estancia, entrando a raudales por una ventana de cuya existencia nunca antes me había percatado, e iluminando un grupo de tres figuras difusas que se volvían más claras a cada momento: un anciano circunspecto con vestiduras reales, reclinado en una butaca, y dos chiquillos, una niña y un niño, de pie junto a él.

—¿Todavía tienes la joya, hija mía? —estaba diciendo el anciano.

—¡Oh, sí! —exclamó Silvia con inusitado entusiasmo.

»¿Acaso crees que sería capaz de perderla u olvidarla? —Deshizo el lazo que rodeaba su cuello, mientras hablaba, y puso la joya en la mano de su padre.

Bruno la observaba admirado.

—¡Qué *bdillo* más bonito! —dijo—. ¡Es igual que una *estdellita doja*! ¿Puedo *cogedla*?

Silvia asintió; de modo que Bruno la llevó hasta la ventana y la sostuvo en alto contra el cielo, cuyo color azul, cada vez más profundo, se encontraba ya salpicado de estrellas. Regresó corriendo enseguida y un tanto excitado.

—¡Silvia! ¡Mira! —exclamó—. Puedo *ved* a *tdavés* de ella cuando la levanto hacia el cielo.

»Y no es *doja* para nada: ¡oh, es de un azul de lo más *pdecioso*! ¡Y las *palabdas* son totalmente distintas! ¡Mírala!

Silvia estaba ya también bastante excitada a estas alturas, y los dos niños sostuvieron la joya al trasluz y entre los dos leyeron letra por letra la inscripción: «Todos querrán a Silvia».

—¡Caramba, esta es la *otda* joya! —exclamó Bruno—. ¿No te *acueddas*, Silvia? ¡La que no escogiste!

Silvia se la quitó, con expresión confundida, y la sostuvo primero a contraluz y luego abajo.

—¡Es azul, de una manera —dijo suavemente para sí misma—, y roja, de la otra! Pero yo creía que había dos joyas... ¡Padre! —exclamó de pronto, depositando el guardapelo otra vez en la mano de este. ¡Ahora creo que era la misma joya todo el rato!

—Entonces la elegiste en vez de ella misma —apuntó Bruno con aire cavilante—. *Padde*, ¿es eso posible?

—Sí, mi niña —le respondió el anciano a Silvia, sin advertir la embarazosa pregunta de su hermano—, era la misma joya, pero elegiste de manera totalmente correcta. —A continuación volvió a anudar el lazo en torno al cuello de su hija.

—Silvia *querá* a todos... todos *querán* a Silvia —susurró Bruno, que luego se puso de puntillas para besar la «estrellita roja»—. Cuando uno la mira, es *doja* y *addiente* como el sol... y cuando uno mira a *tdavés* de ella, ¡es delicada y azul como el cielo!

—El cielo de Dios —dijo Silvia, con aire ensimismado.

—El cielo de Dios —repitió el pequeñín, mientras permanecían cariñosamente cogidos el uno al otro, observando la noche por la ventana—. Pero oh, Silvia, ¿qué es lo que hace que el cielo sea de un azul tan bonito?

Los dulces labios de Silvia formaron las palabras de su respuesta, pero su voz se escuchó débil y muy distante. La visión estaba desvaneciéndose rápidamente ante mi ansiosa mirada, pero tuve la impresión, en ese último momento de desconcierto, de que quien se asomaba a través de esos confiados ojos castaños no era Silvia sino un ángel, y de que era la voz de este, y no la de la niña, la que susurraba:

—Es el amor.





CHARLES LUTWIDGE DODGSON (Daresbury, Cheshire, Reino Unido, 27 de enero de 1832-Guildford, Surrey, Reino Unido, 14 de enero de 1898), más conocido por su seudónimo Lewis Carroll, fue un diácono anglicano, lógico, matemático, fotógrafo y escritor británico. Sus obras más conocidas son *Alicia en el país de las maravillas* y su continuación, *Alicia a través del espejo*.

En 1862, en el curso de uno de sus paseos habituales con la pequeña Alice Liddell y sus dos hermanas, hijas del deán del Christ Church, les relató una historia fantástica, «Las aventuras subterráneas de Alicia». El libro se publicó en 1865, con el título de *Alicia en el país de las maravillas*; él mismo costeó la edición, que fue un éxito de ventas y recibió los elogios unánimes de la crítica, factores que impulsaron a Carroll a escribir una continuación, titulada *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* (1871).

La peculiar combinación de fantasía, disparate y absurdo, junto a incisivas paradojas lógicas y matemáticas, permitieron que las obras se convirtieran a la vez en clásicos de la literatura infantil y en inteligentes sátiras morales, llenas de apuntes filosóficos y lógicos, aunque naturalmente para un público adulto y atento.

Por otra parte, han sido objeto de diversas especulaciones las tendencias sexuales de Carroll, sobre todo en lo referente a sus numerosas amistades con niñas, a las que gustaba de fotografiar en las poses más variadas, ataviadas con multitud de vestimentas, e incluso desnudas.

Escribió también poesía, campo en el que destaca en su producción el poema

narrativo *La caza del snark*, plagado también de elementos fantásticos. Además de diversos textos matemáticos, fue autor de trabajos dedicados a la lógica simbólica, con el propósito explícito de popularizarla, en los cuales apunta su inclinación por explorar los límites y las contradicciones de los principios aceptados.

Notas

[1] Antiguo semanario satírico inglés fundado en 1841, de gran seguimiento en el país. Antes que Furniss, también John Tenniel, ilustrador de los libros de *Alicia*, colaboró muchos años en él. <<

[2] Personaje de ficción de la obra *Speed the plough* («Ara más rápido», 1798) del dramaturgo inglés Thomas Morton (1764-1838), que desde su aparición pasó al imaginario colectivo anglosajón como encarnación del decoro y la presión de la opinión pública sobre el comportamiento de las personas. Carroll lo menciona muy a menudo en sus cartas al hablar de lo que pensará la gente de sus relaciones con sus amiguitas. <<

[3] Cita extraída de la edición en castellano: M. N. Cohen, *Lewis Carroll*, J. A. Molina Foix (trad.), Barcelona, Anagrama, 1998, p. 541. <<

[4] B. Sibley, «The Poems to Sylvie and Bruno», *Jabberwocky*. Vol. 4, N.º 3 (verano de 1975), pp. 51-58. <<

[5] Cita extraída de la edición de Dover Publications, Inc., de 1988 de *Silvia y Bruno*; p. VIII. <<

[6] Movimiento nacido en la comunidad eclesiástica de Oxford que promovía un acercamiento del dogma y la liturgia de la Iglesia anglicana al modelo católico, por reconocer que este había sido en origen la Iglesia universal fundada por los apóstoles. Esta corriente, conocida también como tractarianismo, o «ritualismo» en su versión más ortodoxa, se oponía a la interpretación personal de las Escrituras que defendían los protestantes más acérrimos. <<

[7] Véase la nota 5 para la fuente. <<

[8] Al momento de haber escrito estas palabras, llamaron a la puerta, y me fue entregado un telegrama que anunciaba la inesperada muerte de un querido amigo. <<

[*] *The scorched fly* («La mosca abrasada»), del poeta inglés Coventry Patmore (1823-1896). [N. del T.] <<

[*] Los versos pertenecen al final de *The rime of the ancient mariner* («La balada del viejo marinero»), de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), poeta romántico inglés muy admirado por Carroll. [N. del T.] <<

[*] Marinero escocés (1676-1721) famoso por haber vivido solo durante cuatro años y cuatro meses (de 1704 a 1709) en una isla entonces deshabitada del archipiélago de Juan Fernández, en Chile. Se cree que Daniel Defoe se inspiró en parte en su historia para la creación de su novela *Robinson Crusoe*. El verso mencionado por la dama no es en realidad de Selkirk, sino del poeta inglés William Cowper (1731-1800), autor de *The solitude of Alexander Selkirk* («La soledad de Alexander Selkirk»), obra también inspirada en las experiencias del marinero. [N. del T.] <<

[*] Versos extraídos de *The lay of the last minstrel* («El lay del ultimo juglar»), poema narrativo del literato escocés Sir Walter Scott (1771-1832). [N. del T.] <<

[*] *Quantum sufficit*: «en cantidad suficiente». *Fiant pilulae quam plurimae*: «háganse píldoras en abundancia». Los médicos utilizaban antiguamente expresiones en latín en la prescripción de sus recetas. [N. del T.] <<

[*] Nombre de uno de los personajes del *Roman de Renart*, un extenso poema satírico francés compuesto por veintisiete relatos independientes, obra de diversos autores de los s. XII y XIII, anónimos en su mayor parte. Los personajes de estas historias son siempre animales antropomórficos; Renart, su protagonista, es un zorro, mientras que Bruín o Brun es un oso. [N. del T.] <<

[*] Estos versos que ensalzan la valentía pertenecen (aunque en esta versión traducida han sufrido una ligera adaptación) al poema *I'll never love thee more* («Ya no te querré más») del soldado, poeta y noble escocés James Graham (1612-1650), primer marqués de Montrose. [N. del T.] <<

[*] Un coche ligero y cubierto, de dos ruedas y un solo caballo, con el pescante para el conductor detrás del asiento de los pasajeros. *[N. del T.]*. <<

[*] Isaac Watts (1674-1748): poeta, teólogo, pedagogo y lógico inglés, considerado el padre de la composición de himnos litúrgicos en su lengua. Los versos presentados forman parte de un grupo de canciones moralizantes dirigidas a niños, una de sus temáticas predilectas como escritor. Carroll parodió en *Alicia en el País de las Maravillas* uno de sus poemas más conocidos durante la era victoriana: «Contra la holgazanería y las pillerías». [N. del T.] <<

[*] Verso extraído del poema *Ode on a distant prospect of Eton College* («Oda a una vista lejana del Eton College»), del poeta y erudito inglés Thomas Gray (1716-1771).
[N. del T]. <<

[*] *I arise from dreams of thee*, de Percy Bysshe Shelley (1792-1822), célebre poeta romántico inglés. [N. del T.] <<

[*] Carroll recoge aquí (según explica en el prefacio de *La conclusión de Silvia y Bruno*) una perversión estudiantil de la primera noción común o primer axioma de los *Elementos* de Euclides, que afirma que «las cosas que son iguales a una misma cosa son iguales entre sí». [N. del T.] <<

[*] En su «explicación» de la estructura de un argumento lógico, el personaje de Arthur realiza varios juegos de palabras con la intención de tomar el pelo y poner en evidencia a su resabida interlocutora. «Prememas» (nótese el uso de la cursiva) sustituye a «premisas», «confusión» a «conclusión» y «silogilismo» a «silogismo». Naturalmente, los juegos de palabras eran distintos (y más claros, me temo) en el original inglés. [N. del T.] <<

[*] Los versos forman parte de una canción infantil popular en Inglaterra durante el s. XIX. *[N. del T.]*. <<

[*] Cita del Nuevo Testamento (Mateo 18, 20). *[N. del T.]*. <<

[*] William Paley (1743-1805), filósofo y teólogo utilitarista inglés. Es conocido sobre todo por su exposición del argumento teleológico de la existencia de Dios en su obra *Natural Theology* («Teología natural»). Fue un influyente defensor de la teoría del «diseño inteligente» del universo. La idea central de su pensamiento es que dicho diseño queda demostrado por la felicidad o bienestar general evidente en el orden físico y social de las cosas. [N. del T.] <<

[*] Este fragmento pertenece al himnario *The holy year* («El año sacro») del religioso y literato inglés Christopher Wordsworth (1807-1885), sobrino del famoso poeta William Wordsworth. [N. del T.] <<

[*] *Lucus a non lucendo* es una frase latina del gramático del s. IV Mario Servio Honorato que afirma, con intención irónica, que la palabra «arboleda» en latín —*lucus*— procede del verbo *lucere* («resplandecer») supuestamente porque el ramaje de los árboles impide el paso de la luz del sol. La frase se usa generalmente como ilustración del peligro de emparentar etimológicamente dos palabras sólo porque se parecen. [N. del T.]. <<

[*] Herbarios. [N. del T.] <<

[*] Título traducido del poema *The heart knoweth its own bitterness*, de la poetisa británica Christina Rossetti (1830-1894), una de las más importantes de la Inglaterra del s. XIX y hermana del pintor y también poeta prerrafaelista Dante Gabriel Rossetti. Su obra más conocida es el poema narrativo *Goblin market* («El mercado de los duendes»). [N. del T.] <<

[*] Cita extraída del ciclo de poemas *Idylls of the king* («Los idilios del rey») del célebre Alfred Tennyson (1809-1892), extensa obra que relata la leyenda del rey Arturo y sus caballeros (de ahí el comentario que hace a continuación el narrador en el libro). [N. del T.] <<

[*] Prenda tradicional escocesa, usada especialmente como uniforme de gala por militares y gaiteros, consistente en una pieza alargada de tartán que se envuelve alrededor del cuerpo. Se lleva por lo general en combinación con el conocido *kilt*, con el cual debe ir siempre a juego. [N. del T.] <<

[*] Para los cristianos protestantes, el cuarto mandamiento es el que obliga a descansar el sábado (o sabbat), cuyo equivalente católico es el tercero: «Santificarás las fiestas». [N. del T.] <<

[*] Véase la nota 10. *[N. del T.]*. <<

[*] Un desierto mencionado en la Tora y en la Biblia que se situaría en lo que hoy es el sudoeste de Israel, cerca de la frontera con Egipto. *[N. del T.]*. <<

[*] Cita del Antiguo Testamento (Job 40, 2). *[N. del T.]*. <<

[*] Verso extraído (y ligeramente modificado por el autor) del poema *The curse upon Edward* («La maldición sobre Edward») del poeta y erudito inglés Thomas Gray (1716-1771). [N. del T.] <<

[*] Cita del Nuevo Testamento (I Corintios 7, 16). [N. del T.] <<

[*] Del eminente poeta y dramaturgo Victoriano Robert Browning (1812-1889). [*N. del T.*]. <<

[*] Naturalmente, dichas innovaciones no aparecen reflejadas en una traducción al castellano de la obra. *[N. del T.]*. <<

[*] Libro del escritor y teosofista inglés Alfred Percy Sinnet (1840-1921), publicado en 1883. Basado supuestamente en enseñanzas de *mahatmas* tibetanos, su temática se inscribe en el interés decimonónico por las ciencias ocultas y la espiritualidad oriental. [N. del T.] <<

[*] Se refiere a Alfred Tennyson, fallecido en octubre de 1892. [*N. del T.*]. <<

[*] Referencia al personaje, soltero acérrimo, de la obra de Shakespeare *Mucho ruido y pocas nueces*. [N. del T] <<

[*] Estrofa final del poema *Aufder Überfahrt* («El pasaje») del autor alemán Johann Ludwig Uhland (1787-1862). Mi traducción ha sido realizada a partir de la versión inglesa que aparece en el original de este mismo volumen, obra de la traductora Sarah Austin (1793-1867). [N. del T.] <<

[*] *Barley sugar drops* en el original: caramelos de color ámbar que se elaboran hirviendo azúcar de caña en agua en la que se ha cocido cebada. [N. del T.] <<

[*] Versos finales del poema *Kubla Khan*, de Coleridge. [N. del T.] <<

[*] «Experimentemos en un cuerpo sin valor». [N. del T.] <<

[*] «La cuestión no admite más debate». [N. del T.] <<

[*] En el antiguo sistema legal inglés, una orden judicial para que las autoridades indagasen si una persona estaba cuerda o no. *[N. del T.]*. <<

[*] Un popular juego de naipes victoriano. *[N. del T.]*. <<

[*] Un personaje que, en diversas leyendas y mitos de todo el mundo y en una canción infantil inglesa, se dice, habita en la luna. Cada una de las fuentes otorga distintas características y aspecto a dicha figura. *[N. del T.]*. <<

[*] En el Reino Unido, las universidades tradicionales como Oxford y Cambridge son federaciones de *colleges*: instituciones autónomas de enseñanza superior que ofertan distintas carreras académicas y que poseen órganos de dirección independientes. [N. del T.]. <<

[*] Versión latina de «¡A la de una! ¡A la de dos! ¡A la de tres! ¡Ya!». [N. del T.] <<

[*] Whigs y *Tories* eran los nombres que recibían respectivamente las facciones liberal y conservadora del Parlamento inglés hasta mediados del s. XIX, [N. del T.]. <<

[*] El Motín de la India o Rebelión de la India de 1857 fue un levantamiento del ejército cipayo de la Compañía de las Indias Orientales inglesa, que desembocó en otras sublevaciones populares y en un intento de restauración de los regímenes mogol y maratha en el subcontinente. La revuelta fue completamente sofocada un año después, con una durísima represión. *[N. del T.]*. <<

[*] De *Ode on the death of the Duke of Wellington* («Oda a la muerte del duque de Wellington»), de Tennyson. [N. del T.] <<

[*] Estrofa inicial de *To a skylark* («A una alondra»), de Shelley (véase la nota de la p. 205). [N. del T.] <<

[*] Las siguientes estrofas del poema hacen referencia a distintas canciones infantiles populares durante la era victoriana, como *Hey diddle diddle* o *Little Miss Muffet*. [N. del T.] <<

[*] De *Idylls of the king*, de Tennyson (véase la nota de la p. 273). [N. del T.] <<

[*] La más alta condecoración militar al valor en combate que se concede en el Reino Unido y los demás países de la Commonwealth. *[N. del T.]*. <<

[*] El wesleyanismo es una rama del protestantismo cristiano que se fundamenta en las creencias y obras teológicas de los hermanos y reformistas evangélicos del s. XVIII John y Charles Wesley. *[N. del T.]*. <<

[*] Versos extraídos del poema *In memoriam* de Tennyson, compuesto justamente en recuerdo de un amigo fallecido. [N. del T.] <<

[*] Joseph Butler (1692-1752) fue un filósofo y teólogo inglés, obispo primero de Bristol y luego de Durham, autor de diversas obras de gran influencia en pensadores posteriores. En una de las más importantes, *The analogy of religion, natural and revealed* («Analogía de la religión, natural y revelada»), expone su visión de que no existen pruebas que demuestren que la «fuerza vital» de los animales desaparece a su muerte. [N. del T.] <<

[*] En su poema *To the Rev. F. D. Maurice* («Al reverendo F. D. Maurice»). [N. del T.]. <<

[*] Estas palabras de Silvia hacen referencia a una canción infantil inglesa en la que un niño llamado «Sin-cuidado», al que todo «le trae sin cuidado», acaba colgado y cocinado en una olla por robar ciruelas y peras. *[N. del T.]*. <<

[*] Cita de *Hamlet* por William Shakespeare. [N. del T.] <<